

NUEVAS LECTURAS DE POLÍTICA Y GOBIERNO

UNA DISCIPLINA SEGMENTADA

ESCUELAS Y CORRIENTES EN LAS CIENCIAS POLÍTICAS

Estudio introductorio de Juan de Dios Pineda Guadarrama

GABRIEL A.
ALMOND

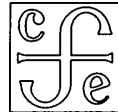


GABRIEL A. ALMOND

UNA DISCIPLINA SEGMENTADA

Escuelas y corrientes en las ciencias políticas

Estudio introductorio de
JUAN DE DIOS PINEDA GUADARRAMA



COLEGIO NACIONAL DE CIENCIAS POLÍTICAS
Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA, A. C.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Título original:

A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science

D. R. © 1990, Sage Publications, Inc., Estados Unidos, Londres y Nueva Delhi

Publicado por acuerdo con Sage Publications, Inc.

ISBN 0-8039-3301-0 (empastado)

 CREATIVE COMMONS

D. R. © 1999, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

www.fce.com.mx

ISBN 968-16-4973-7

Impreso en México

ESTUDIO INTRODUCTORIO

JUAN DE DIOS PINEDA

RECOGIENDO PINCELADAS DE HISTORIA Y UN PUNTO DE ENCUENTRO

La ciencia política como disciplina académica tiene un origen muy reciente a pesar de sus profundas raíces históricas. Desde la Antigüedad clásica hasta finales del siglo XIX, la realidad política no se constituyó en objeto de estudio de una disciplina autónoma en sentido estricto; ciertamente, la ciencia política ha sido el último campo susceptible de un conocimiento humano metodológico, riguroso y sistemático.¹

No obstante, la historia de la ciencia política como disciplina contemporánea² ha estado signada por diversas escuelas y corrientes que desean adjudicarse las definiciones, funciones y paternidad de ese campo de estudio. Las pretensiones parten desde la autoría y sustento teórico hasta la vasta interpretación y análisis de los fenómenos sociales. De ahí que, por exclusión, haya surgido en la década de los sesenta una propuesta que afirma que se han vivido etapas

¹ Para Albert Batlle, el estudio de la ciencia política hasta finales del siglo XIX formaba parte del conjunto de elementos con los que se estructuraban los sistemas filosóficos. De ahí que, señala Batlle, apenas en el ocaso de ese siglo la ciencia política ha abandonado la *madre filosofía*. Gabriel Almond *et al.*, "Introducción" al libro *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 1992.

² El florecimiento de la ciencia política en los Estados Unidos de Norteamérica inició en la década de los veinte, produciéndose una concatenación ágil de estudios experimentales de investigadores profundos como Charles E. Merriam, "New Aspects of Politics", en Heinz Eulau *et al.* (comps.), *Political Behavior*, Nueva York, The Free Press of Glencoe, 1956; Harold D. Lasswell, *Psychopathology and Politics*, Chicago, University of Chicago Press, 1930, y *Politics: Who Gets What, When, and How?*, Nueva York, Mc Graw-Hill, 1936. Otros autores son E. P. Herring, Elmer Schattschneider y Peter Odegard. Tomado de Gabriel A. Almond y Bingham Powell, *Política comparada*, Buenos Aires, Paidós, 1972, pp. 10-22.

cíclicas de confusión de conceptos y metodologías en el estudio de la ciencia política.³

Antes de iniciar este siglo, la base metodológica sobre la que se cimentaba la ciencia política —siguiendo paradigmas morales o jurídicos—, giraba en torno, principalmente, a conceptos como la justicia, el derecho, la sociedad, la soberanía y el Estado. Su perfil era más interpretativo, axiológico e histórico, que investigativo y propositivo. Es decir, la política como objeto específico de estudio no podía quitarse el ropaje filosófico, y se integraba e interpretaba a partir del estudio general de la sociedad: la realidad política constituía el elemento básico para análisis de corte filosófico.⁴

Los *constructores* de la ciencia política —a inicios del siglo xx— desarrollaron sus argumentos sin mucho éxito, pero sí como un *continuum*, a partir de dos vertientes complementarias en la búsqueda de un marco conceptual propio de la disciplina. Por un lado, se manifestó una concatenación de ideas desde los pensadores de los siglos xvi hasta el xix —por supuesto, sin olvidar a Maquiavelo como creador del Estado moderno, y *entrefronteras* de la Alta Edad Media. Así, los pensadores modernos del momento⁵ —específicamente en los albores del Renacimiento y la Ilustración en Europa— retomaban las ideas de sus antecesores con un sentido hermenéutico y formal definido: interpretaban los textos clásicos de la filosofía moral y la filosofía política a partir de la escuela socrática.

Por tanto, esta primer vertiente de la ciencia política se identificó como la intérprete, en sentido estricto, de la historia del pensamiento político de los grandes filósofos de la escuela socrática: se analizaban sus ideas, se interpretaba su significado y, a lo más, se evaluaba la

³ Umberto Cerroni señalaba que había que retomar a los clásicos del pensamiento político para salvar la dificultad de lograr acuerdos permanentes en las plataformas y categorías de esa ciencia y, por extensión, de la administración pública. Véase Humberto Cerroni *et al.*, *Problemas de la ciencia política contemporánea*, México, UNAM, 1987, 138 pp.

⁴ Gabriel Almond *et al.*, "Introducción" a *Diez textos básicos...*, *op. cit.*, pp. 9-10.

⁵ Véase Jürgen Habermas, "La modernidad un proyecto incompleto", mimeografiado, pp. 19-23. Para Habermas, el concepto de *moderno* en un contenido diverso, "expresa una y otra vez la conciencia de una época, que se relaciona con el pasado, la antigüedad, para considerarse a sí misma como el resultado de una *transición de lo antiguo a lo nuevo*". [Cursivas mías.] Ése es el significado de *moderno* que se toma para los fines de estas notas.

perspectiva histórica de sus discursos. La ciencia política así constituida era extraordinariamente limitada, pues su objetivo consistía en descubrir el desarrollo evolutivo del significado de conceptos fundamentales como democracia, Estado, política, igualdad y gobierno, principalmente.

La vertiente complementaria, desarrollada durante la segunda mitad del siglo XIX, se sustentaba en la idea del Estado:⁶ se procuraba analizar sus elementos constitutivos con el incipiente instrumental teórico derivado de la ideología dominante del método experimental de análisis científico. El concepto de Estado podía considerarse desde dos puntos de vista: el primero se refería al elemento subjetivo-ideológico, con base en el cual se proponían las reformas necesarias para lograr una ciencia política más colmada y un gobierno más natural, derivado de los conceptos teóricos de la tradición clásica de justicia e igualdad. El segundo consistía en la perspectiva concreta-institucional, vinculada al derecho, la sociología, y los positivismo axiológico y evolucionista (el contexto intelectual de los últimos años del siglo XIX estaba delimitado por la influencia ejercida por Hegel, Spencer y Comte).⁷

Desde esa perspectiva, el análisis del Estado se consideraba con base en parámetros evolucionistas, históricos y comparados: el Estado no era más que un conjunto de estructuras e instituciones políticas que se podían explicar empíricamente a través del estudio y análisis del derecho y la sociología. En todo caso, esa ciencia política en ciernes tenía tres sustentos y/o explicaciones: *i)* se interpretaba el sentido de los textos clásicos del pensamiento político; *ii)* desde un terreno normativo se argumentaban los elementos necesarios para el *mejor de los gobiernos*,⁸ y *iii)* se adoptaba intrínsecamente la estruc-

⁶ Véase Ernst Cassirer, *El mito del Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 363 pp. En este libro se parte de la definición del mito como una masa de ideas, representaciones, creencias teóricas y juicios; de ahí que la técnica del mito político moderno sea, en ese sentido, la construcción y el entendimiento del Estado.

⁷ Gabriel Almond et al., "Introducción" a *Diez textos básicos...*, op. cit., pp. 11-12.

⁸ Véase Fritz Wagner, *La ciencia de la historia*, México, UNAM, 1980, pp. 275-283. De este autor se retoma la frase *el mejor de los gobiernos*, en su sentido clásico positivista. Es decir aquel gobierno que ofrece a los ciudadanos propiciar el más alto desarrollo individual con base en criterios de educación plena, fundada en datos experimentales de la ciencia, y soslayando la discusión filosófica sobre los problemas del *ser y del deber ser*.

tura jurídico-formal. En conclusión, la ciencia política incipiente de finales del siglo pasado se preguntaba moral o jurídicamente por la naturaleza, origen y evolución del Estado, así como de la soberanía, la justicia y el derecho a partir de réplicas hermenéuticas del conocimiento; de forma paralela, intentaba hacer descripciones comparadas de los mecanismos y procesos políticos que determinaban las diversas formas de gobierno.⁹

En 1903 se crea en los Estados Unidos de Norteamérica la Asociación Estadunidense de Ciencia Política, que buscó avanzar en el estudio metodológico de la ciencia política y luchar porque ésta se convirtiera en una disciplina académica diferenciada, auténtica, con base en criterios académicos independientes, un sólido instrumental teórico e investigaciones bibliográficas y metodología propias que seducían a los nuevos pensadores estadounidenses y de otras latitudes. A partir de este ambiente y punto de encuentro, Gabriel Almond¹⁰ repasa en su trabajo bibliográfico y comparativo las escuelas y corrientes de la ciencia política contemporánea, partiendo de la tesis central de que es una disciplina dividida debido a su fragmentación en campos ideológicos y metodológicos confrontados.

ARREGLO EDITORIAL

Es un privilegio para los lectores hispanos contar con la traducción directa del inglés de la obra de Gabriel Almond: escuelas y corrientes de la ciencia política.¹¹ Esta novedad editorial trasciende los motivos de interés académico, ya que el autor recoge sus experiencias y conclusiones de investigación a lo largo de más de seis décadas de intensos estudios: primero, en la Universidad de Chicago y, posteriormente, en el Colegio de Brooklyn, y las universidades de Princeton, Yale y Standford.

⁹ Gabriel Almond, *et al.*, "Introducción" a *Diez textos básicos...*, *op. cit.*, pp. 13.

¹⁰ Este intelectual estadounidense nació en 1911, en el estado de Illinois. Obtuvo sus grados de bachillerato y doctorado en la Universidad de Chicago. Posee una vastísima producción bibliográfica, sobre todo en trabajos comparativos. Sus libros y artículos se especializan en temas sobre cultura política, teoría y desarrollo políticos, política comparada y muchos más. Véase la sección "Acerca del autor", de la presente publicación.

¹¹ Publicado originalmente como *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Sage Publications, Inc., 1990, 348 pp.

Los ensayos reunidos en esta obra fueron escritos en la década de los ochenta —con excepción del artículo “Nubes, relojes y el estudio de la política”, elaborado con Stephen Genco en 1977—, y se basan en la argumentación de que la ciencia política moderna ha sido desde sus orígenes punto de divergencia y de reiterada polémica entre quienes consideran a esta disciplina una ciencia exacta —formal, matemática, estadística y experimental— dedicada a la construcción de un conglomerado de leyes generales probadas; y quienes sostienen que los métodos de conocimiento propiamente científico-experimentales y otros menos rígidos —como los de la historia, la filosofía y el derecho— son igualmente útiles y apropiados para analizar y explicar la ciencia social y, en consecuencia, la ciencia política. Para Almond, esta segunda escuela (a la que él pertenece) supone que las relaciones en las ciencias sociales son menos predecibles en comparación con las de las ciencias exactas, en virtud de que la información utilizada por aquéllas —las acciones y circunstancias humanas— es regida por la memoria profesional, el aprendizaje generacional, las aspiraciones metodológicas abiertas y la persecución de objetivos sin recurrir a las pruebas de laboratorio ni a los eventos matemáticos.¹²

Son dos las vertientes del trabajo de Almond: por un lado, trata la naturaleza de la ciencia política como tal; debate el cambio de posturas del discurso; discute sobre la fragmentación de la disciplina en terrenos ideológicos, bibliográficos y metodológicos diferentes; en algunos casos complementarios, propone una línea de investigación para el restablecimiento de acuerdos en la naturaleza de la ciencia política, y, finalmente, distingue del racionalismo económico el *entrecamino* de que las ciencias sociales y políticas en nada se distinguen de las ciencias exactas; de ahí que, por definición en una primera etapa y después por exclusión, explique el campo metodológico de la disciplina. La segunda vertiente de análisis se centra en el problema de la transmisión generacional de los métodos y reconocimientos de la ciencia política, aspecto en el que se advierte una discontinuidad argumentativa notoria entre las generaciones de estudiosos posteriores a 1965 con aquellas que las precedieron.

El primer capítulo: “Mesas separadas: escuelas y corrientes en las ciencias políticas” (que inspiró en parte el título de la obra) se com-

¹² Véase Gabriel A. Almond, “Prefacio” a *Una disciplina...*, *op. cit.*, p. 7.

plementa con cinco espléndidos trabajos que tienen como propósito —para satisfacción de los analistas— consolidar la política como disciplina plenamente delimitada, con objeto de estudio definido, y sustentada con instrumental teórico y metodológico propios, pese a la fragmentación de la disciplina en territorios ideológicos y metodológicos diversos.

Los seis ensayos que conforman la primera parte de la obra, aunque escritos en diferentes fechas, y ocasionalmente concatenados, giran en torno de la interpretación y explicación de los diversos enfoques de la disciplina. Uno de los artículos vio la luz en 1977 y el resto en la década de los ochenta, en momentos del surgimiento de paradigmas en la ciencia política, basados sobre todo en las escuelas racionalista y de la elección pública,¹³ así como en el estudio sobre comunismo y la teoría de la cultura política.

La segunda parte de este volumen, que consta de cuatro capítulos, se centra en la exposición de la heurística y la formación de las memorias profesionales en la ciencia política. Plantea las modalidades de transmisión de conocimientos generacionales sobre la vertiente de una disciplina práctica del ser en general y sus propiedades trascendentales en los estudios de campo y en la investigación bibliográfica y comparativa. Además, hace una revisión del movimiento que reivindica al Estado, y analiza las virtudes y desequilibrios de éste; incluye un estudio crítico sobre la teoría de la dependencia, y concluye con un ensayo acerca del vínculo nacional-internacional a partir del paradigma de la dependencia.

La obra de Almond se cierra con la incorporación inteligente de dos anexos: el primero es una memoria biográfica de Harold Lasswell,¹⁴ uno de los intelectuales más prolíficos de la escuela estadounidense

¹³ Esta corriente se funda en el éxito de las teorías sobre el comportamiento político, inspiradas en el pensamiento microeconómico. La teoría parte de postulados acerca de los motivos del comportamiento humano y sus implicaciones en los ámbitos institucional y de gobierno, que se desprenden de los supuestos racionalistas. Asimismo, se parte del individualismo metodológico, que supone que todos los fenómenos sociales son reductibles a las características y comportamientos de los individuos. La teoría de la elección racional es una estrategia puramente deductiva, que diversos autores plantearon a partir de la década de los sesenta. Véase Anthony Downs, *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper & Row, 1967.

¹⁴ Para Almond, ese intelectual "figura en la media docena de innovadores más creativos del siglo xx en el área de las ciencias sociales". Véase anexo A de este

de este siglo en las ciencias sociales; el segundo es una valiosa pieza anecdótica sobre los momentos de producción científica social de Almond a su largo paso por la universidad de Chicago.

CANON EXPOSITIVO

En esta perspectiva, el canon expositivo de este "Estudio introductorio", presenta las líneas argumentativas más relevantes de Almond, basadas en el análisis de la diversidad y riqueza de los ensayos reunidos. También busca mostrar el interés académico por profundizar en el análisis bibliográfico de las ciencias sociales, y destacar la idoneidad de los estudios comparados en la ciencia política, pues esta disciplina se constituyó en parte por sus referencias al método comparativo, que no tardó en imponerse como sustituto de la experimentación.¹⁵

En las primeras notas se recoge un análisis sobre la importancia y validez de los trabajos de política comparada como método de investigación, con base en los argumentos de Gabriel Almond y Bingham Powell, así como Bertrand Badie y Guy Hermet. En la segunda sección se comenta el ensayo central del libro de Almond y se rescata la utilidad analítica para el estudio incremental de la ciencia política. Posteriormente, se trata por separado la teoría de la elección racional y de la elección pública; se estudia sobre todo la camisa de fuerza a la que ha sometido sin necesidad alguna a la ciencia política, en las décadas de los sesenta y setenta —y aún en nuestros días en las escuelas latinoamericanas, que han recogido tardíamente este enfoque—. Una cuarta sección presenta una síntesis comentada sobre la teoría de la cultura política.

La segunda parte que se propone en este estudio inicia con el análisis de la memoria profesional a partir de los trabajos sobre las volúmenes: "Harold D. Lasswell: una memoria biográfica". Entre sus obras destacan *Psychopathology and Politics*; *World Politics and Personal Insecurity*; *Politics: Who Gets What, When, and How*; *The Analysis of Political Behavior*; *Power and Society*; *The Policy Sciences* y *The Future of Political Science*.

¹⁵ Véase Bertrand Badie y Guy Hermet, *Política comparada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 320 pp. Para estos autores, los estudios comparativos se pusieron a la vanguardia de las ciencias políticas más como método que como objeto de estudio. Véanse sobre todo los capítulos I y II de la primera parte.

corrientes de grupos de interés. Posteriormente, con base en la tradición de investigación bibliográfica de Almond y de su metodología, se analiza la escuela del desarrollo y la falta de argumentación teórica de la escuela de la dependencia.

REVELACIONES TEMÁTICAS SOBRE LA CIENCIA POLÍTICA

Un acercamiento a la política comparada

Desde el inicio de la historia del conocimiento, los filósofos han recurrido a ejercicios comparativos para explicar los fenómenos sociales. No obstante, estos incipientes ejercicios de política comparada no enfrentan los retos de las ciencias sociales contemporáneas, los cuales —iniciados en la década de los cincuenta— se fundamentan en la necesidad de tomar en cuenta al menos tres consideraciones: *i)* el advenimiento a la escena política internacional de países con una estructura política diferente a la forma de gobierno constitucional pluralista —propio de la mayoría de los países occidentales—; *ii)* en consecuencia, esos nuevos escenarios en la estructura de gobernación, atípica de las democracias constitucionales, significó para los investigadores sociales de esa época la imperiosa necesidad de plantear conceptos teóricos nuevos, pues en esas condiciones estructurales *disímbolas*, las categorías eurocéntricas no eran capaces de ir más allá del análisis jurídico-institucional de los países europeos con regímenes democráticos, y *iii)* al ampliarse el horizonte de investigación, se manifiesta una gran dificultad para separar la estructura, la información y las categorías propias de los regímenes políticos democráticos de los *atípicos*; por tanto, la propuesta metodológica de clasificar a las naciones como homogéneas y heterogéneas se erigió en condición básica para iniciar estudios comparativos.¹⁶

¹⁶ Véase Norberto Bobbio *et al.*, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1983, p. 1226. Se sugiere revisar, sobre todo, la sección "orígenes y objetivos de la moderna política comparada". Cuando se hace alusión a los países con una estructura política *atípica* respecto al modelo constitucional-pluralista, propio de buena parte de los países occidentales, se debe pensar tanto en las democracias populares de la enton-

Desde esa perspectiva, el propósito central de la política comparada consiste en ofrecer explicaciones de la política contemporánea a partir de criterios de *investigación del control* empírico y rigor metodológico; es decir, para definir la ciencia política como "científica" —o correctamente formulada desde el punto de vista científico— es necesario que cualquier ejercicio de explicación de los fenómenos políticos debe pasar por el tamiz del control con base en la experiencia científica.¹⁷ De ahí que el menú de probabilidades para incrementar la validez de los conocimientos desde esa perspectiva, dependa del rigor de los procedimientos utilizados para someter a pruebas concretas las hipótesis, generalizaciones y teorías. Desde esta vertiente, las ciencias sociales parten del examen de los procedimientos de control clásicos —experimental, estadístico, comparado e histórico— para sustentar el método comparado como un medio con soporte teórico definido y al que sin ningún resquicio se puede recurrir en la ciencia política.¹⁸

En rigor, la expresión *política comparada* se refiere a la vertiente de estudio de la ciencia política contemporánea, que se sustenta en la utilización de un estricto y particular método de control —el comparativo—, ligado al procedimiento de verificación empírica de la hipótesis, las generalizaciones y las teorías que conciernen a los fenómenos políticos. En todo caso, como complemento, la política comparada encuentra su punto de fusión científica al diferenciar entre la importancia del *fenómeno* y el *modelo* de comparación; pues una de las virtudes de esta corriente se sustenta en el énfasis de la identificación de los campos de análisis diferenciados. Por lo anterior, se considera a la política comparada como método y como campo de estudio, ya que su propósito no es realizar un vasto inventario jerarquizado de las similitudes y divergencias comprobables de un sistema político a otro, sino de revelar ese inventario en el eje conductor de una explicación de los procesos sociales.¹⁹

Como se ha señalado, la política comparada produjo una revolución intelectual en los estudios de ciencia política a partir de la déca-

ces rebozante área comunista como en los países en vías de desarrollo del denominado Tercer Mundo.

¹⁷ *Ibid.*, secciones 3 y 4, pp. 1228-1229.

¹⁸ *Ibid.*, p. 1227.

¹⁹ Bertrand Badie y Guy Hermet, *op. cit.*, pp. 15-21.

da de los cincuenta.²⁰ Las investigaciones comparadas no sólo constituyeron una vertiente de la disciplina con riqueza metodológica, campos de análisis, corrientes de autores y bibliografía propios, sino que se erigió sobre todo como una forma de investigar la esencia y tendencia de los fenómenos sociales y políticos profundizando en el análisis empírico y la teoría política. Cabe señalar que la modalidad comparativa no se limitó al estudio de los sistemas de gobierno ni a identificarse como un método propio de la ciencia política.²¹

En la actualidad, la política comparada ha renovado su método a partir de la crisis del modelo comparativo clásico y su faceta desarrollista que descansaba en un doble postulado: lo universal de los conceptos y de su metodología, y lo universal de las prácticas. Este postulado dual y recíproco remite a la convicción de que no puede ser utilitario un método comparativo en la ciencia política contemporánea sin un conjunto adicional de elementos aplicables a la disciplina, como la noción de cultura política, de modernización de las instituciones, y de globalización de las economías, dejando de lado, además, la presunta idoneidad de la concepción universalista de los modelos de desarrollo político de los países occidentales. Dentro de este marco, las nuevas orientaciones del método comparativo se construyen al abrigo de dos nuevos paradigmas de la ciencia política: el redescubrimiento del análisis cultural y la asunción del análisis estratégico.²²

²⁰ Véase Gabriel A. Almond y Bingham Powell, *Política comparada...*, *op. cit.*, p. 12. Estos autores señalan que dentro de las críticas al enfoque de política comparada predominaron tres temas: el *parroquialismo*, que implicaba la limitación de la política comparada al estudio del continente europeo; el enfoque *configurativo*, que consistía en analizar y definir características de los sistemas políticos; y el *formalismo disciplinario*, que restringía los estudios a las instituciones —especialmente gubernamentales—, y se enfocaba en las normas legales, reglamentos e ideologías, soslayando contenidos de interacción, ejecución y conductas políticas.

²¹ *Ibid.* Para Almond y Powell, la política comparada sufrió una considerable influencia de las teorías y los métodos sociológicos, antropológicos y psicológicos, que se introdujeron posteriormente en los estudios políticos.

²² Bertrand Badie y Guy Hermet, *op. cit.*, pp. 15-21. Para estos autores, "parece ser que las actuales tendencias [del método comparativo] consagran el regreso a la sociología weberiana, y constituyen el intento de volver a utilizar el paradigma del maestro alemán, para restablecer las nuevas bases del método comparativo renovado". Se recomienda revisar, sobre todo, los dos primeros capítulos de esa obra.

*Escritorios dispersos en la ciencia política
como disciplina*²³

Para Almond, describir la situación de la ciencia política durante la década de los ochenta implica analizar diversas escuelas y corrientes. No existe un debate central en el que converjan las diferentes vertientes de la disciplina, y, al parecer, no hay interés por discutir en una mesa central los propósitos de estudio actuales de las ciencias sociales y la política contemporánea. En esa década, también se observa que las diferentes expresiones teóricas se inclinan a arenas independientes de discusión, construyendo así un ropaje teórico unidimensional. Basta observar que cada mirador, erigido unilateralmente como el modelo de lo que *debe ser* la ciencia política, busca ante todo protegerse y resistir los embates de la corriente de "enfrente". Almond parte de la tesis que hay un campo de estudio definido para la ciencia política, pero atendido desde diversas corrientes

Esa ruptura heurística interrumpe la tradición incrementalista en la ciencia política. Muestra de ello es la fuerte convicción de que el dominio científico en el estudio de los fenómenos políticos demostró cierta eficacia en la década de los sesenta. En consecuencia, se utilizó como un procedimiento válido para el estudio de la historia, la filosofía política, la ciencia política y la descripción de las instituciones. Otro ejemplo es el avance concatenado en los estudios de política comparada y en la consolidación del método estructural-funcionalista para explicar las relaciones dialécticas de las instituciones políticas. En cambio, debido a la fragmentación manifiesta, los investigadores de la administración pública buscan una nueva base teórica para apoyar sus investigaciones sobre el cambio organizacional y el nuevo institucionalismo,²⁴ en virtud de que los economistas políticos predominan en las ciencias sociales, con el paradigma que pretende

²³ A partir de este tema se presenta una síntesis comentada, con el uso de bibliografía de otros autores, de los diversos ensayos que se han plasmado en esta obra de Gabriel Almond; *Una disciplina...*, op. cit., pp. 13-65.

²⁴ Véase James G. March y Johan P. Olsen, *El redescubrimiento de las instituciones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, 330 pp. Véase sobre todo el "Estudio introductorio" a cargo de Rodolfo Vergara, y revisar los capítulos del I al IV de este libro. Otro estudio sugerido es el de Douglas North, *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

relacionar los procesos históricos, políticos e institucionales sobre una base instrumental dominada por la estadística, la tecnología, la teoría de sistemas y los modelos matemáticos, en otras palabras, por la teoría de la elección racional.²⁵

Con todo, la tesis de la ciencia política como disciplina dividida se basa en el reconocimiento de dos vertientes irreconciliables: la primera, de carácter metodológico; la segunda, como dimensión ideológica. A la vez, en la primera vertiente se presentan dos polos extremos, de acuerdo con las categorías de Almond: *i)* la corriente *blanda*, y *ii)* la corriente *dura*. En el primer extremo figuran los estudios densamente descriptivos, con un enfoque interpretativo y cuyas explicaciones se basan en la filosofía política; también se incorporan los estudios filosóficos abiertos a pruebas empíricas y a análisis lógicos. En el otro extremo se ubican los trabajos de corte cuantitativo, econométrico e impregnados de modelos matemáticos y de análisis estadístico.²⁶

En la segunda vertiente, la dimensión ideológica, existen cuatro grupos identificados con la tradición marxista: los ortodoxos, los teóricos de la política crítica, los de la teoría de la dependencia, y los teóricos del sistema mundial.²⁷ Las cuatro escuelas anteriores rechazan la posibilidad de separar el conocimiento de la acción, y subordinan la ciencia política a la lucha por el triunfo del socialismo. El extremo conservador se configura con los neoconservadores, quienes favorecen, entre otros aspectos, la economía de libre mercado y la restricción de los poderes del Estado.

En consecuencia, si se combinan esas dimensiones se encuentra una enorme cantidad de corrientes con matices ideológicos y metodológicos dispersos. Es por ello que son múltiples los escritorios para estudiar la ciencia política desde enfoques diversos, al parecer sin punto de encuentro, y en todo caso ligeramente interconectados por

²⁵ Para Almond, la versión de la historia de la ciencia política presentada por la corriente radical de la elección pública confunde técnica con sustancia, "por lo que no se debe soslayar el saber generado por las [...] metodologías tradicionales, por el hecho de que ahora se dispone de poderosas herramientas estadísticas y matemáticas". No obstante, Almond concluye que la disciplina está abierta a cualquier metodología susceptible de hacer más inteligible el mundo de la política.

²⁶ Gabriel A. Almond, *Una disciplina...*, *op. cit.*, pp. 13-16.

²⁷ *Ibid.*

un puente metodológico. Las evidencias muestran que no existe una discusión central definida sobre las tareas de la ciencia política contemporánea, y en cambio se presentan terrenos aislados y limitados. La alternativa a esa indefinición, plantea Almond, son los enfoques teóricos de los politólogos eclécticos²⁸ porque advierten la necesidad de dirigir de manera ideológica y metodológica la actividad profesional e investigativa, pues sin lugar a dudas no se puede conceder el privilegio de escribir la historia de la ciencia política ateniéndose a cualquiera de las dos dimensiones señaladas.²⁹

*Estudio comentado sobre la teoría
de la cultura política*

Existe un acuerdo generalizado en las ciencias sociales que define a la cultura política como un concepto con diversos significados; en ocasiones, se define a sí misma por el contexto lingüístico y cultural en el que se emplea. La corriente que abarca los valores, las creencias, normas y premisas en gobernación y política, acompañada del modelo de relaciones sociales, es retomada para vincular las relaciones sociales como ordenadoras y contextualizadoras de los procesos políticos.³⁰

La cultura política y su dinámica plantea profundos problemas a la capacidad de gobernar, pero esos problemas suelen identificarse en términos gradualistas de ausencia de gobernabilidad. Por ello, los estudios de cultura política particularizan e identifican cuatro problemas principales en las tareas de gobierno: *i*) las dificultades internas de los sistemas democráticos; *ii*) las tensiones entre las culturas políticas domésticas y las exigencias internas; *iii*) los problemas inherentes

²⁸ *Ibid.*, p. 38.

²⁹ Otro de los factores que han desviado el estudio de la ciencia política actual se refiere a la inclinación de reducir la disciplina a los esquemas de la lógica explicativa propios de la física y de la ciencia exacta perdiendo, a cambio, su base ontológica. Es por ello que al adaptar la metodología de las ciencias experimentales, las ciencias sociales fueron impregnadas de una base neopositivista que legitimaba la posición metametodológica de la ciencia política. *Ibid.*, p. 44.

³⁰ Yehezkel Dror, *La capacidad de gobernar, informe al Club de Roma*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, 446 pp.

que conllevan los intentos de hacer de la democracia un ejercicio pleno, y iv) las deficiencias de la gobernación global.³¹

Con todo, la cultura política de una nación consiste en la distribución específica de las pautas de orientación hacia los terrenos políticos. Para ello es necesario definir y especificar los modos de orientación política y las clases de objetos políticos. Almond y Powell definen y clasifican los tipos de orientación política siguiendo a Parsons y Shils.³² Dicha clasificación incluye: i) la orientación cognitiva, que se refiere a conocimientos y creencias acerca del sistema político; ii) la orientación afectiva, que son los sentimientos acerca del sistema político y sus funciones, y iii) la orientación evaluativa, que se refiere a los juicios y opiniones sobre objetos políticos que involucran típicamente la combinación de criterios de valor con la información y los aspectos subjetivos.³³ Las tres categorías sobre las arenas políticas son: i) las funciones o estructuras específicas, como los cuerpos legislativos, ejecutivos o burocráticos; ii) los titulares de tales funciones, como los legisladores y funcionarios, y iii) los principios de gobierno y toma de decisiones de las políticas públicas.

Por otro lado, el propósito de explicar la política y la administración pública mediante la cultura política data, paralelamente, del surgimiento de la ciencia política contemporánea de manera más rigurosa. La cultura política, así entendida, se ha alimentado de tres componentes de investigación: i) la tradición sociológica de Weber, Durkheim, Mannheim y Parsons, entre otros; ii) la psicología social de Graham, Wallas, Walter Lippman y William McDougall, y iii) la psicoantropología iniciada por Freud y continuada por Adorno y Harold Lasswell.³⁴ No obstante, la corriente más importante en el surgimiento de la investigación moderna en materia de cultura política fue el desarrollo de la metodología y técnica de investigación mediante encuestas y procesos cuantitativos. Por tanto, Almond señala que, como a menudo sucede en la historia de la ciencia, el avance de las disciplinas es impulsado más por el desarrollo de nuevas herramientas técnicas y empíricas que por la concepción acabada de teorías e hipótesis sustantivas.

³¹ *Ibid.*, p. 111. Se ha retomado la tipología de Dror sobre los retos de la cultura política.

³² Gabriel A. Almond y Bingham Powell, *Política...*, op. cit., p. 180.

³³ *Ibid.*

³⁴ Gabriel A. Almond, *Una disciplina...*, op. cit., pp. 138-156.

Siguiendo los argumentos de Almond se pueden rescatar cuatro partes que definen la teoría de la cultura política: la primera está compuesta por la serie de concepciones subjetivas de la política que prevalecen en una población nacional; la segunda consta de componentes cognoscitivos, afectivos y valorativos, incluyendo los conocimientos y las creencias relacionadas con la realidad y los valores políticos; la tercera se refiere al contenido de la cultura política como consecuencia de la socialización y la exposición a los medios de comunicación masiva; y la cuarta nos indica que la cultura política afecta a la estructura y al desempeño político y gubernamental. No obstante, destacan cuatro críticas a esta teoría: *i)* posee un enfoque determinista, ya que postula que la socialización política genera actitudes recíprocas; *ii)* indica que el cambio de actitudes obedece más a transformaciones de orden estructural y económico que a las estructuras de comportamiento político; *iii)* plantea que es inadmisibles separar las actitudes políticas del comportamiento, y *iv)* argumenta que la estructura y comportamiento políticos responden a cálculos de interés material a corto plazo de los actores.³⁵

Desde esa línea de argumentación se sustenta que el estado actual de la cultura política es incierto en virtud de que posee dos fuerzas centrífugas: por una parte, los cambios de soberanía de los estados, la globalización de las economías y las formas de gobernación modifican la metodología de la cultura política; por otra, de acuerdo con su tradición milenaria, la cultura política puede soportar duros embates sin cambiar significativamente.³⁶ No obstante, se pueden exponer dos elementos permanentes de esta teoría: su estabilidad, persistencia y autonomía para explicar los fenómenos políticos, y la relevancia de los factores externos e internos que afectan a la cultura política a partir del desempeño político y gubernamental.

*La teoría de la elección racional como camisa de fuerza
para la ciencia política*

Esta sección recoge la orientación de Almond en el sentido de que la teoría de la elección racional tuvo su época dorada a partir de la crisis

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Norberto Bobbio *et al.*, *Diccionario...*, *op cit.*, pp. 415-417. Sobre todo, consúl-

de legitimidad de la política democrática en los Estados Unidos de Norteamérica;³⁷ sobre todo, el impulso de la conformación de fuerzas políticas en las instituciones parlamentarias y de gobierno; en otras palabras, la decadencia de la ideología y la asunción del pragmatismo político. En esa etapa —desde inicios de los cincuenta hasta finales de los setenta—, se emplearon de manera directa los principios del racionalismo económico, el concepto de competencia para el análisis de los fenómenos políticos, y la noción de liderazgo a partir de criterios de negociación, intercambio e incentivos.

Tenemos, pues, que el uso de las metáforas economicistas era una de las fuentes metodológicas comunes para los analistas de la política estadounidense de esa época. Se consideraba que votar era algo similar a intercambiar mercancías (votos) por políticas. De ahí que se manifestaran, de manera reiterada, analogías entre las actividades de los políticos y los empresarios; ambos estaban empeñados en incrementar valores mediante el tráfico de posiciones y la combinación de recursos con miras a la formación de coaliciones triunfadoras, siguiendo la lógica de que en la misma forma en que los votos inciden en el triunfo electoral, la producción incide en la ganancia.³⁸

Anthony Down dio el anclaje teórico esperado a esta revolución de la teoría del racionalismo y fue uno de sus principales exponentes. Ese investigador generó hipótesis específicas acerca de los sistemas de mercado, los cuales podían probarse mediante métodos empíricos. A partir de ello, Down abrió las posibilidades de una investigación rigurosamente científica, aplicada a algunos campos de las ciencias políticas, en la que se utilizaron complejos métodos matemáticos y estadísticos. Ese afán de rigor deductivo e inductivo caracterizó a las ciencias sociales de los años cincuenta y sesenta; de ahí que la bibliografía relativa a la elección racional y a la elección pú-

tese este apartado para abordar el estudio sobre la cultura política de élites respecto a la cultura política de masas, que son precisamente las interpretaciones más cuestionadas sobre esta teoría.

³⁷ Para tener un contexto amplio y reflexivo sobre esta etapa de la *decepción* de las políticas gubernamentales en la administración estadounidense, se recomienda el "Estudio introductorio" de Luis F. Aguilar Villanueva en *Antología de políticas públicas*, t. IV: *La implementación de las políticas*, editado por Miguel Ángel Porrúa, 1996.

³⁸ Véase Gabriel A. Almond, *Una disciplina...*, op. cit., pp. 119-120.

blica floreciera exitosamente y se convirtiera, aun en la década de los setenta, en punta de lanza de la ciencia política *científica*.

Entonces, la teoría de la elección racional comenzó a salirse de su nicho original, la economía, y predominó en los enfoques explicativos de las ciencias sociales y en el análisis de los fenómenos políticos, pues en ella se supone que el gobierno y la política son similares a las leyes de mercado, y a la característica individualista que aspira a maximizar los beneficios políticos y a reducir la zona de incertidumbre desde una perspectiva racionalista.

Si bien existen numerosos casos de la productividad del enfoque de la elección racional aplicado a las ciencias políticas, sobre todo en el sentido de que sus perspectivas y métodos esclarecieron diversos aspectos de los sistemas democráticos electorales y de partidos, esa teoría ha sido renuente a asimilar el enriquecedor acervo bibliográfico y las perspectivas de las ciencias sociales que tratan en detalle, y con herencia histórica, los valores de la cultura y la formación de las instituciones políticas, así como la tipología de las formas de gobierno en los diferentes sistemas democráticos y atípicos, como serían los países del Tercer Mundo y los gobiernos de corte comunista.

Asimismo, el hecho de no relacionar en forma alguna el modelo económico racionalista con las corrientes sociológicas, psicológicas y antropológicas —sin considerar siquiera el enfoque de las ciencias políticas como tal— manifiesta lo limitado de sus propuestas y, en consecuencia, de la dependencia teórica a un solo eje en la labor investigativa, como sería la bibliografía economicista de la elección racional. Resulta difícil entender cómo los teóricos de la elección racional pudieron desatender los textos de las ciencias sociales que muestran en el tiempo y el espacio la diversidad de valores, preferencias y objetivos en diferentes periodos históricos, culturales y sociales de la humanidad. La teoría de la elección racional así entendida se limita en el tiempo y el espacio, y no trata con el rigor de las categorías de la política, los fenómenos sociales y cambios políticos en sociedades diversas.³⁹ Se puede concluir que la teoría de la elección racional, afortunadamente durante una etapa histórica limitada (casi tres décadas), metió en una camisa de fuerza sin sustancia ni estructura el desarrollo incremental de las ciencias políticas.

³⁹ *Ibid.*, pp. 131-135.

*Memoria profesional: Estudios sobre las corrientes
de los grupos de interés*⁴⁰

En el tratamiento de este tema, Almond refiere que estos estudios en las ciencias políticas como disciplina profesional parten desde el advenimiento de este siglo. Señala que la primera corriente —surgida y desarrollada en las primeras tres décadas del siglo xx— formó parte de un movimiento antiformalista surgido como reacción a la teoría de la soberanía legalista; su ideología, basada en metodologías de corte realista y procesal, consideraba las ideas liberales y pluralistas como punto de encuentro.

La segunda corriente mostró cierta continuidad, y se manifestó a partir de la década de los cuarenta y hasta los años sesenta. Su objetivo fue ampliar el ámbito de la ciencia política empírica y auspiciar, tímidamente, un alejamiento del formalismo y de los estudios ideológicos en las investigaciones políticas sobre Europa y los países del Tercer Mundo. Los esfuerzos académicos se centraron en dimensionar la participación de los sindicatos, asociaciones mercantiles y sociedades de profesionales en países como Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. Una vertiente adicional se abocó a enriquecer una base de datos para los estudios de política comparada a partir de la generación de hipótesis acerca de las condiciones y consecuencias de las diferentes formas de interacción entre el gobierno y la sociedad, espacios en los que los grupos de interés desempeñaban papeles relevantes.

La tercera corriente de estudios comenzó a partir de los años setenta como reflejo de las dificultades que encontraron las políticas económicas keynesianas y pluralistas al enfrentar los problemas económicos y políticos de esa década. Indicadores económicos como la inflación, la balanza de pagos, el producto nacional bruto, así como un desempleo creciente en las sociedades industriales —aunado a la incapacidad de los partidos políticos y grupos de interés para formar coaliciones estables para generar políticas efectivas de gobierno— dieron origen a un clima de crisis en la ciencia y sociología políticas. Lo anterior, según señala Almond, favoreció la prolifera-

⁴⁰ Este apartado recoge las principales líneas de investigación bibliográfica, referidas al capítulo vii de la obra de Gabriel A. Almond, *Una disciplina...*, op. cit., pp. 173-188.

ción de diagnósticos y propuestas neoconservadoras y neocorporativistas.⁴¹

En la lectura de Almond se destaca que la memoria profesional de esas tres etapas de investigación se ha caracterizado, en líneas generales, por su falta de congruencia histórica y de enfoque incrementalista. Además, esas tres corrientes han soslayado la riqueza bibliográfica y comparativa de cada una de ellas, despreciando, al mismo tiempo, la base de investigación tanto metodológica como de acopio de información de la ciencia política. Eso contribuye a explicar y reforzar la tesis del autor sobre la fragmentación de la disciplina y, en consecuencia, de la ausencia de un proyecto convergente o, si se quiere, de una mesa o escritorio central de discusión sobre la memoria profesional en los estudios de política comparada.

*Estudios sobre el desarrollo*⁴²

Son tres los ejes de investigación que Almond presenta en este apartado, apoyándose en una amplia red bibliográfica: *i)* se destacan los principales estudios acerca de la teoría del desarrollo; *ii)* se presentan los rasgos generales de la teoría de la dependencia, y *iii)* se habla sobre la productividad de los estudios de política comparativa en general, a partir del esbozo de los temas de investigación surgidos en las décadas de los setenta y ochenta, muchos de ellos aún en ciernes.

En el texto se parte de la consideración de que durante el periodo comprendido entre los años cuarenta e inicios de los sesenta los estudios comparativos y sobre el desarrollo de las naciones estaban en expansión, en momentos en que se realizaban avances relevantes en las ciencias sociales; los estudios sobre el desarrollo intentaron interpretar la reconstrucción de los gobiernos y las economías de Europa de finales de la guerra, así como la diversificación de nacio-

⁴¹ *Ibid.*, p. 175. [Almond refiere que la bibliografía neocorporativista se concentró en la interacción de los principales grupos de interés socioeconómicos, con los componentes apropiados del gobierno —en particular la burocracia—, en un proceso de negociación en torno a los problemas centrales de salarios, precios, gobierno social e inversión.]

⁴² Este apartado recoge las principales líneas argumentativas referidas al capítulo ix de la obra de Gabriel A. Almond, *Una disciplina...*, *op. cit.*, pp. 219-262.

nes en África y los intentos de modernización en los países del Tercer Mundo, sobre todo, los de Latinoamérica. Los trabajos de investigación sobre el desarrollo en el Tercer Mundo fueron atendidos a partir de estudios multidisciplinarios, en los que participaron, sobre todo, generaciones de politólogos, economistas, sociólogos y otros especialistas en las ciencias sociales. También se emplearon metodologías de investigación aplicadas, como la estadística y los modelos matemáticos de análisis económico, con el propósito de desarrollar y probar hipótesis relacionadas con diversos aspectos de la modernización en la industrialización, urbanización y educación, por un lado; y con el análisis de la movilización política y la democratización, por el otro. Los trabajos en el Tercer Mundo se abocaron, sobre todo a analizar los procesos de industrialización, transferencia tecnológica y desarrollo agrícola en el marco de una incipiente modernización.

La ola de trabajos acerca del desarrollo de las ciencias sociales en el análisis de la etapa en estudio motivó la convicción de que el desarrollo de los países del Tercer Mundo exigía no sólo una miscelánea de políticas económicas, también necesitaba de estudios que promovieran instituciones políticas, capaces de movilizar y actualizar recursos humanos y materiales. La argumentación era que las variables políticas revestían tanta importancia como los aspectos de índole económica. De hecho, una premisa consensada de esos investigadores partía del supuesto de que no podía haber desarrollo económico sin desarrollo político.⁴³ Desde esa perspectiva, los estudios se centraron en cuatro campos: *i)* análisis del papel de la burocracia en los procesos de modernización y desarrollo; *ii)* investigaciones sobre la estrategia del proceso central de modernización: la educación; *iii)* estudio de la cultura y el desarrollo políticos, con marcos comparativos entre países europeos y naciones subdesarrolladas, y *iv)* análisis del papel de los partidos políticos en países con tradición autoritaria y hegemónica.

En las décadas de los sesenta y setenta, los trabajos de investigación en los países subdesarrollados arrojaron las siguientes conclusiones: *i)* los esquemas de desarrollo podían explicarse por la forma en que las naciones y sociedades enfrentaban y daban solu-

⁴³ *Ibid.*, p. 222.



ción a problemas propios; *ii*) el curso de esos problemas y la secuencia en que se manifestaban restringían, cuando no determinaban, el desarrollo estructural y cultural de los sistemas políticos, y *iii*) se identificaron cuatro problemas principales de la crisis del desarrollo: la identidad nacional, la legitimidad, la participación y la penetración extracultural.

Por otro lado, los rasgos generales de la teoría de la dependencia, expuesta en los trabajos de Cardoso y Faletto —surgidos de la tradición intelectual marxista-leninista—, se basaban en el modelo del capitalismo mundial, el cual consideraba que éste estaba integrado por cuatro clases interrelacionadas: *i*) el *centro capitalista*, identificado con las clases predominantes en los Estados Unidos de Norteamérica, los países de Europa occidental y Japón, entre otros; *ii*) la *periferia del centro*, que hacía referencia a las clases explotadas del mundo capitalista avanzado; *iii*) el *centro de la periferia*, haciendo alusión a la burguesía dependiente en países latinoamericanos, y *iv*) la *periferia de la periferia*, identificada con las poblaciones campesinas, rurales e indígenas, y otros núcleos poblacionales de América Latina y de otros países del Tercer Mundo.⁴⁴

Sobre este modelo caótico planteado por los dependentistas sudamericanos, reunidos en la escuela *cepalina*, Almond propone las siguientes críticas: *i*) refiere que, comparada con el marxismo y leninismo, la teoría de la dependencia se observa incompleta y ambigua, pues, aun cuando postula la revolución y el socialismo como alternativas al capitalismo mundial, la estrategia a seguir no se especifica en su metodología; *ii*) que los dependentistas son parciales en su análisis histórico y multidisciplinario, en virtud de que sólo consideran los esquemas de modernización enfocados a la explotación, descuidando las otras propuestas de las teorías del desarrollo basadas en estudios de diversas disciplinas, y *iii*) que los dependentistas son reduccionistas, puesto que sugieren que la teoría del desarrollo fue un sofisticado engaño para ocultar la confrontación entre explotadores y explotados en el centro capitalista, en la periferia del centro, en la periferia con desarrollo dependiente y en la periferia subdesarrollada de la periferia.

La principal crítica que plantea Almond se refiere a que, más que

⁴⁴ *Ibid.*, p. 231.

una corriente metodológica de estudio progresivo, la escuela de la dependencia exhibe su parcialidad ideológica y, a la vez, no respeta su base teórica de marxismo y leninismo. Almond precisa que no se hace justicia al marxismo, porque el pensador alemán era un erudito en historia y ciencias sociales como para considerar que la economía política mundial podía reducirse a cuatro formaciones de clase.⁴⁵ Además, de conformidad con Marx, una revolución marxista tendría que llevarse a cabo en el mundo industrializado capitalista y no en la periferia agrícola, atrasada y en su mayor parte rural, como sugieren los teóricos de la dependencia.

Por otro lado, Almond refiere que en las décadas de los setenta a los ochenta, han surgido líneas de investigación académica complementarias, a partir de la aplicación de la política comparada y de los estudios acerca del desarrollo, aspecto que se presenta a continuación en cinco áreas principales. La economía política del desarrollo se ha erigido como un campo fértil de investigación, que profundiza en los estudios sobre crecimiento, distribución del ingreso y problemas del bienestar y el crecimiento en el Tercer Mundo. También se han desarrollado estudios comparativos sobre historia política a partir de la tesis de que el desarrollo político ha sido influido por tres corrientes intelectuales: la sociología política weberiana, las ideas neomarxistas, y las hipótesis y métodos generales de las ciencias sociales.

Un tercer campo de investigación se basa en encuestas comparativas sobre las estructuras, condiciones y consecuencias de la participación política y de la cultura política de masas —y de grupos de élite— en las sociedades industriales avanzadas. Un cuarto esquema se enfoca en estudios comparativos sobre administración pública; área vinculada inherentemente en el estudio de las ciencias políticas, pues la expectativa es la producción de estudios acerca de las condiciones económicas, políticas y culturales de diferentes naciones y su impacto en la estructura burocrática funcional y de gobierno. Por último, una quinta tarea se enmarca en repasar la corriente general de las ciencias políticas, con base en el acopio y generación de una vasta bibliografía metodológica, examen de los problemas de equivalencia lingüística mediante investigaciones realizadas en países

⁴⁵ *Ibid.*, p. 232.

con diferentes niveles de desarrollo, y el establecimiento de normas de conceptualización y exploración de las diversas estrategias comparativas.⁴⁶

LÍNEA FINAL

La obra de Gabriel Almond es de trascendencia para el estudio de las ciencias sociales y políticas. Entre muchos elementos de identidad científica, las investigaciones del autor poseen la virtud de analizar, interpretar y confrontar a las diferentes escuelas y corrientes de las ciencias políticas contemporáneas —soportados en una riqueza bibliográfica y en inteligentes estudios comparativos—. Su trabajo académico, siempre apoyado en una metodología investigativa de rigor, supera con creces la labor científica de la interpretación y la experimentación en el marco de las ciencias sociales. Además, los apuntes que hace Almond acerca de los campos incipientemente explorados en la ciencia política motivan la producción de nuevos paradigmas. Ese brillante intelectual no sólo ha superado viejos principios de las ciencias sociales y actualizado argumentos, también ha brindado luces para el desarrollo de paradigmas contemporáneos en la construcción e interpretación de las ciencias sociales.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 247-253.

PREFACIO

Este libro reúne una serie de artículos y ensayos que escribí en estos últimos años. La justificación para hacer esto es que tienen cierta coherencia y oportunidad. Tratan sobre dos grandes e importantes temas profesionales: la naturaleza de la ciencia política como ciencia, y el problema de las generaciones y la memoria profesional.

La ciencia política ha sido desde tiempo atrás escenario de una acalorada polémica entre quienes consideran esta disciplina como una ciencia exacta —formal, matemática, estadística y experimental— dedicada a la construcción de “leyes generales” probadas, y otros, menos optimistas y más eclécticos, que sostienen que todos los métodos de acceso al conocimiento, tanto los propiamente científicos como otros menos rígidos como los de la historia, la filosofía y el derecho, son igualmente apropiados y útiles. Esta segunda escuela —a la que yo pertenezco— asume que las relaciones en las ciencias sociales son menos predecibles que en las ciencias exactas, toda vez que la información manejada por las ciencias sociales —las acciones y circunstancias humanas— es regida por la memoria, el aprendizaje, las aspiraciones y la persecución de objetivos. Estas características de la cultura y del comportamiento humano tienden a limitarnos en el descubrimiento de regularidades menos tangibles y “erosionables”, y la postura metametodológica más apropiada es la del “abogado del diablo”. Dicho en otras palabras, tenemos la obligación de reexaminar constantemente nuestras conclusiones y si éstas resisten repetidas pruebas, entonces podemos considerarlas legítimas... hasta la próxima prueba.

El segundo tema —objeto de la Segunda Parte, las generaciones y la memoria profesional— se enfoca en el problema de cómo se transmiten de una generación a las siguientes los métodos y hallazgos de la disciplina de la ciencia política. Los capítulos que aparecen en la Segunda Parte sugieren una discontinuidad particularmente notoria entre las generaciones de estudiosos posteriores al año de 1965 y aquellas que les precedieron. La natural proclividad de cada genera-

ción a caricaturizar y simplificar la obra de sus predecesores y maestros, con el propósito de asentar bases intelectuales independientes, adquirió proporciones inauditas en la generación posterior a 1965. Cabe preguntarse muy seriamente si tan sistemática ruptura con el pasado no la condena a repetir sus mismos errores, a más de impedirle beneficiarse con sus logros efectivos.

Permítaseme hacer una breve introducción a los diferentes ensayos publicados en este libro. En la Primera Parte, "Mesas separadas: escuelas y corrientes en las ciencias políticas" esencialmente es un lamento acerca de la atrofia del discurso civil en las ciencias políticas, la fragmentación de la disciplina en campos ideológicos y metodológicos. Se identifican los campos y se sugieren los problemas para el restablecimiento de los consensos.

El segundo capítulo, "Nubes, relojes y el estudio de la política", escrito hace más de una década en colaboración con Stephen Genco, intenta corregir la opinión en ese entonces generalizada de que las ciencias políticas y las sociales en nada se distinguían de las ciencias "exactas". Partiendo del argumento de Karl Popper con respecto a la heterogeneidad de la realidad y las peculiares características de la cultura y del comportamiento humanos, este capítulo defiende una nueva perspectiva de la naturaleza de la ciencia política en su calidad de ciencia, y respalda una estrategia interdisciplinaria y de desarrollo abierta tanto a los tradicionales enfoques institucional, filosófico e histórico, como a los nuevos de carácter "científico"; tanto en el aspecto "aplicado" como en el "puro" de la disciplina.

El capítulo III, "El ajuste de modelos en los estudios sobre el comunismo", escrito en colaboración con Laura Roselle, responde a un argumento metodológico expuesto a principios de la década de 1970 por Giovanni Sartori, en el sentido de que era un error transferir los modelos provenientes de investigaciones norteamericanas a estudios europeos, comunistas y del Tercer Mundo, toda vez que semejante "peregrinación conceptual" tenía como efecto la distorsión y "deformación" la realidad política que se pretendía esclarecer. Semejante crítica solamente sería justificada si los modelos y metáforas empleados pretendieran reflejar la realidad en vez de emplearse dentro de un esquema de ensayo y error. El capítulo hace una reseña de la historia del ajuste de modelos en los estudios sobre el comunismo, y muestra cómo esta utilización de modelos propios de otras

ramas de la ciencia política gradualmente fue adoptando el mencionado enfoque de ensayo y error. Una revisión de esta historia corrobora el valor heurístico y constructivo del procedimiento de ajuste de modelos, al demostrar que el uso de los modelos totalitario, estructural-funcional, cultural, de desarrollo, pluralista, corporativo, de toma de decisiones en el nivel burocrático, enfocado en la relación patrón-cliente, etc., iluminó diversos aspectos de la realidad política comunista, y que dichos modelos integraron un repertorio analítico que permitía entender las propiedades únicas de los sistemas comunistas y las diferencias que existían entre ellos, así como sus pautas de evolución y desarrollo.

“La teoría de la elección racional y las ciencias sociales” (capítulo iv) se escribió en ocasión del trigésimo aniversario de la publicación de *Economic Theory of Democracy* (Teoría económica de la democracia) de Anthony Downs, uno de los primeros productos del movimiento de la elección racional en la ciencia política. Este capítulo intenta colocar en un contexto histórico el movimiento de la elección racional de las últimas décadas, relacionándolo con anteriores metáforas políticas, y señalando sus puntos fuertes y débiles. La fuerza del citado movimiento radica en la sencillez y precisión de sus postulados, gracias a los cuales se presta a formulaciones formales y matemáticas. Su debilidad estriba en su inherente incapacidad para aprehender el carácter variado y complejo de los propósitos del quehacer humano. En el mismo capítulo se señalan los primeros indicios de que dichos problemas están siendo reconocidos.

Los capítulos v y vi tratan sobre el concepto de cultura política. En el capítulo v, se hace una breve reseña de la historia intelectual de este concepto, una evaluación de la actual polémica en torno a su poder explicativo; y un análisis de las formas en que la cultura política afecta y es afectada por la estructura y los procesos políticos, además de que examina las maneras en que puede ser modelada por la experiencia política. El capítulo vi “comprueba” la importancia de la cultura política como variable explicativa al examinar la persistencia de creencias y valores prerrevolucionarios y precomunistas en aquellas naciones que llevaron a cabo los programas más sistemáticos y sostenidos encaminados a erradicar creencias y valores capitalistas, liberales, étnicos y nacionales, para sustituirlos por una cultura “comunista” o “socialista”.

En la Segunda Parte del libro, los capítulos VII y VIII demuestran que justo en el momento en que los teóricos y dirigentes políticos de los países comunistas están redescubriendo, o tal vez descubriendo por vez primera la importancia del pluralismo, algunos de nuestros estudiosos parecen haber olvidado el significado y la historia de esta noción. El capítulo VII revisa la obra de Suzanne Berger, *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics* (La organización de intereses en la Europa occidental: pluralismo, corporativismo, y la transformación de la política). Este libro, inspirado en gran medida en el pensamiento de estudiosos europeos, deja de lado la gran cantidad de bibliografía estadounidense relacionada con los grupos de intereses en los Estados Unidos de Norteamérica y el extranjero que se publicó entre 1920 y 1960, y tampoco considera la bibliografía teórica de finales del siglo XIX y principios del XX sobre el pluralismo. El movimiento neoestatista descrito en el capítulo VIII, "El retorno al Estado", al no considerar la bibliografía existente, incurre de nueva cuenta en los excesos de la controversia que tuvo lugar durante el cambio de siglo en torno a la dicotomía soberanía-pluralismo.

Los capítulos IX y X son esfuerzos para rectificar las exageraciones en que incurrió la bibliografía de la "dependencia" al tratar la investigación realizada durante las décadas de 1950 y 1960 sobre el desarrollo político. El capítulo IX, "El desarrollo del desarrollo político", cuestiona la carga de dependencia y de etnocentrismo que hay en la predicción, por parte de la bibliografía del desarrollo, del triunfo de la democracia capitalista en el Tercer Mundo. El examen de esta bibliografía le muestra que debe ser muy cuidadosa con respecto a las expectativas del Tercer Mundo. El movimiento de la dependencia en turno, es vulnerable a la crítica por no conceder poder explicativo a las fuerzas internas en los países del Tercer Mundo. El capítulo X, "El vínculo internacional-nacional" cuestiona el argumento expresado en algunos ejemplos de la bibliografía del desarrollo contemporáneo, de que la disciplina de la política comparativa ha tratado de explicar el desarrollo de los Estados única y exclusivamente en función de factores o fuerzas domésticas. Aun cuando la tradición predominante no deja de mostrar esta parcialidad doméstica, se demuestra en este capítulo la existencia de otra tradición sólida, aunque menor, que destaca la importancia de los contextos econó-

mico, cultural y de seguridad internacionales en la conformación de la política y administración pública de las naciones-Estados. En esta tradición deberían incluirse las obras previas a la primera Guerra Mundial de John R. Seeley y Otto Hintze, las de Gershenkron, Hirschman, Peacock y Wiseman, correspondientes al periodo inmediatamente posterior a la segunda Guerra Mundial, y los estudios más recientes de Lijphart, Tilly, Gurewitsch, Skocpol y Katzenstein.

Los apéndices tratan sobre la denominada escuela conductual de ciencias políticas de la Universidad de Chicago, en la cual tuve la fortuna de recibir mi formación profesional. Pueden servir para evocar y tal vez desmitificar la "cultura" de la escuela de Chicago. La biografía que presento de Harold D. Laswell quizás ilustre la inaudita creatividad de uno de los más destacados miembros de esta comunidad intelectual. El papel que desempeñó en la escuela de Chicago y lo que fueron los miembros de dicha escuela en su juventud, quedan de manifiesto en algunas selecciones de mi reseña oral, actualmente incluida en los archivos de la American Political Science Association (Asociación Estadunidense de Ciencias Políticas). Tal vez brinde una perspectiva más realista de aquella comunidad de investigadores que trabajaron juntos en la Universidad de Chicago durante el periodo incluido entre 1920 y 1940.

GABRIEL A. ALMOND

PRIMERA PARTE
LA POLÍTICA COMO CIENCIA

I. MESAS SEPARADAS: ESCUELAS Y CORRIENTES EN LAS CIENCIAS POLÍTICAS*

Miss Cooper: La soledad es algo terrible, ¿no cree usted?

Anne: Ya lo creo. Es algo terrible...

Miss Meacham: Ella no es de las que disfrutan con la soledad.

Miss Cooper: ¿Acaso hay quien disfrute con la soledad, Miss Meacham?

(Fragmento de *Separate Tables* ("Mesas separadas")
de TERENCE RATTIGAN, 1955, 78, 92)

EN *SEPARATE TABLES*, el mayor éxito de la temporada teatral de Nueva York en 1955, el dramaturgo irlandés Terence Rattigan recurrió a la metáfora de unos clientes solitarios sentados en el comedor de un hotel de segunda clase de Cornualles para ilustrar la soledad de la condición humana. Tal vez sea un poco descabellado usar esta metáfora para describir la situación de las ciencias políticas durante la década de 1980. Pero en cierta forma, las diversas escuelas y corrientes de las ciencias políticas se encuentran actualmente sentadas ante mesas separadas, cada una con su concepción de lo que deben ser las ciencias políticas, protegiendo un núcleo oculto de vulnerabilidad.

Las cosas no siempre han sido así. Si recordamos el estado en que se encontraban las ciencias políticas hace un cuarto de siglo, digamos a principios de la década de 1960, las críticas de David Easton (1953) y David Truman (1955), relativas al atraso de esta disciplina en comparación con el resto de las disciplinas propias de las ciencias sociales, habían sido tomadas muy en serio por un importante y productivo cuadro de jóvenes politólogos. En 1961, Robert Dahl escribió su *Epitaph for a Monument to a Successful Protest*, que reflejaba la confianza de un movimiento triunfante, cuyos dirigentes rápidamente estaban convirtiéndose en las figuras más destacadas de la profesión. Ni Dahl ni Heinz Eulau, cuya *Behavioral Persuasion*

* Gabriel A. Almond, *Separate Tables*, PS, vol. 21, núm. 4. Derechos reservados en 1988 por la American Political Science Association. Reproducción autorizada.

se publicó en 1963, hicieron demandas exageradas o exclusivas a las nuevas ciencias políticas. Expresaron su convicción de que el enfoque científico en el estudio de los fenómenos políticos había demostrado su eficacia, y que podía considerarse, al lado de la filosofía política, el derecho público, y la historia y descripción de las instituciones, como un procedimiento válido para el estudio de la política. Como la parte "en movimiento" de la disciplina, digamos, suscitó cierta inquietud entre las viejas subdisciplinas. Una metáfora ilustrativa del estado de las ciencias políticas en aquella época podría ser el modelo de "turco joven-turco viejo", con los turcos jóvenes que ya pintan canas. Pero todos somos turcos.

Ahora prevalece una incómoda fragmentación. Los especialistas en administración pública buscan un anclaje en la realidad, una "nueva institucionalidad" en la cual apoyar sus brillantes deducciones; los econométricos políticos quieren relacionar los procesos históricos e institucionales; los humanistas critican la evitación de los valores políticos por el llamado "cientificismo" y se sienten incomprendidos en un mundo dominado por las estadísticas y la tecnología; y los teóricos políticos radicales "críticos", como los profetas de la antigüedad, maldicen a los conductistas y positivistas, así como a la simple noción de un profesionalismo en las ciencias políticas tendiente a separar el saber de la acción. Sin embargo, su antiprofesionalismo deja en entredicho su propia calidad de teóricos o políticos.

El malestar que prevalece entre los profesionales de las ciencias políticas no es físico sino anímico. En el transcurso de las últimas décadas, la profesión ha aumentado a más del doble en términos cuantitativos. La ciencia política norteamericana se ha extendido a Europa, América Latina, Japón y, curiosamente, hasta China y la URSS. Las ciencias políticas adoptaron las características metodológicas y de organización de la ciencia —institutos de investigación, presupuestos en gran escala, el uso de métodos estadísticos y matemáticos, etc. La ciencia política ha prosperado materialmente, pero no es una profesión feliz.

Estamos divididos en dos dimensiones: una ideológica, y otra metodológica (véase el cuadro 1). En la dimensión metodológica están los extremos de blandos y duros. En el extremo blando figuran estudios clínicos "densamente descriptivos" como los de Clifford Geertz (1972). Como ejemplo de este tipo de orientación, Albert Hirschman (1970) citó la biografía escrita por John Womack (1969) del guerri-

CUADRO 1

<i>Dimensión metodológica</i>		<i>Dimensión ideológica</i>	
		Izquierda ^a	Derecha
		ID	DD
	Dura	ID	DD
	Blanda	IB	DB

llero mexicano Emiliano Zapata; se trata de una obra casi exenta de cualquier tipo de conceptualización, hipótesis, o intentos de demostrar proposiciones. Hirschman argumenta que no obstante esta aparente carencia metodológica, dicho estudio sobre Zapata está repleto de implicaciones teóricas de suma importancia. Leo Strauss (1959) y los seguidores de su filosofía política, con su enfoque interpretativo en la evocación de las ideas de filósofos políticos, también se aproximan en gran medida a este extremo blando, aunque el estilo de Womack con su carácter narrativo y descriptivo parece dejarlo todo implícito, la exégesis straussiana conlleva la disciplina propia de la explicación de los grandes textos, que descubre su "verdadero" significado mediante el análisis del lenguaje empleado en ellos.

Un tanto alejados del extremo blando, pero aún del lado blando del continuo, podrían estar los estudios filosóficos más abiertos a las pruebas empíricas y el análisis lógico. Obras recientes, como las de Michael Walzer acerca de la justicia (1983) y la obligación (1970), y las de Carole Pateman sobre la participación (1970) y la obligación (1979), podrían ser ilustrativas. En estos casos existe algo más que una evocación sencilla y profusamente documentada de un acontecimiento o personalidad, o una exégesis precisa de las ideas de los filósofos políticos. Se presenta una argumentación lógica, a menudo corroborada por el estudio de pruebas, y desarrollada en forma más o menos rigurosa.

En el otro extremo del continuo metodológico se encuentran los estudios de carácter cuantitativo, econométrico y aquellos que contienen modelos matemáticos; y lo más extremo podría ser la combinación de modelos matemáticos, análisis estadísticos, experimentos y la simulación computarizada en la bibliografía sobre opinión pública. Ejemplos extremos de este polo duro podrían ser las teorías relativas al sufragio, la formación de coaliciones y la toma de decisiones en comités y burocracias, implicadas en la comprobación de hipótesis generadas por medio de modelos formales y matemáticos.

En el lado izquierdo del continuo ideológico, tenemos cuatro grupos de la tradición marxista: los marxistas propiamente dichos, los teóricos de la "política crítica", los llamados *dependencistas*, y los teóricos del sistema mundial, los cuales, todos ellos, rechazan la posibilidad de separar al conocimiento de la acción y subordinan la ciencia política a la lucha por el socialismo. En el extremo conservador del continuo figuran los neoconservadores, quienes favorecen entre otras cosas a la economía de libre mercado y a la limitación de los poderes del Estado, así como a una política exterior agresivamente anticomunista.

Si combinamos estas dos dimensiones, obtenemos cuatro escuelas en las ciencias políticas, cuatro mesas separadas —la izquierda blanda, la izquierda dura, la derecha blanda y la derecha dura. La realidad, desde luego, no está tan claramente delimitada. Los matices ideológicos y metodológicos son más sutiles y complejos. Prosiguiendo con nuestra metáfora sin salirnos del espacio del refectorio, toda vez que la inmensa mayoría de los politólogos están en algún punto cercano al centro —ideológicamente "liberales" y moderados, al mismo tiempo que eclécticos y abiertos al diálogo en cuestión de metodología— podría hablarse de una gran cafetería central en la que la mayoría de nosotros seleccionamos nuestro alimento intelectual, y en donde compartimos grandes mesas en compañía de diversos y cambiantes comensales.

Las mesas exteriores de este enorme refectorio disciplinario están muy bien iluminadas y visibles, en tanto que el gran centro permanece en la penumbra. Es lamentable que el humor y la reputación de la disciplina de las ciencias políticas estén tan influidos por estas posturas extremas. Esto se debe en parte a que los extremos suelen ser sumamente audibles y visibles —la izquierda blanda emite un ruido de fondo permanente y flagelante, y la derecha dura produce los refinados modelos matemáticos y estadísticos que aparecen en las páginas de nuestras revistas especializadas.

LA IZQUIERDA BLANDA

Supóngase que empezamos con la izquierda blanda. Todos los subgrupos de la izquierda blanda comparten el postulado metametodo-

lógico según el cual el mundo empírico no puede entenderse en función de esferas y dimensiones separadas, sino como una totalidad espacial-temporal. La "teoría crítica" desarrollada por Horkheimer, Adorno, Marcuse y otros integrantes de la "escuela de Francfort", rechaza la estrategia de desprendimiento y disgregación atribuida a la corriente principal de las ciencias políticas. Las diversas partes del proceso social deben considerarse como "aspectos de una situación total implícita en el proceso del cambio histórico" (Lukács, citado en David Held, 1980, p. 164). Tanto el estudioso como su objeto de estudio participan en una lucha. Por tanto, la objetividad no es apropiada. "Los positivistas no entienden que el proceso de acceso al conocimiento es inseparable de la lucha histórica que tiene lugar entre los seres humanos y el mundo. La teoría y el quehacer teórico están entrelazados en los procesos de la vida social. El teórico no puede mantenerse al margen, contemplando, reflejando y describiendo la 'sociedad' o la 'naturaleza'" (Held, p. 165). Para entender y explicar es menester estar comprometido con un resultado. No existe una *ciencia* política en el sentido positivista de la palabra, es decir, una ciencia política ajena a un compromiso ideológico. Intentar una separación equivale a respaldar el orden establecido, históricamente obsoleto.

Marxistas más ortodoxos como Perry Anderson (1976), Goran Therborn (1977), Philip Slater (1977) y otros, si bien comparten la metametodología de la "escuela crítica", van más lejos al argüir que, a no ser que se acepte el materialismo histórico en su sentido más reduccionista, consistente en explicar el acontecer político en términos de lucha de clases, se deja de apreciar la relación existente entre teoría y *praxis*.

Al considerar la configuración de la izquierda blanda, comienza a desintegrarse nuestra metáfora cuatripartita de las mesas separadas. Los teóricos marxistas de diversas orientaciones —los "teóricos críticos", los escritores de la "dependencia" y los teóricos del "sistema mundial"— son compañeros de mesa con varias disputas. Todos comparten la creencia en la unidad de la teoría y la *praxis*, y están convencidos de que es imposible separar la ciencia de la política. Como consecuencia lógica, la corriente positivista, empeñada en separar la actividad científica de la política, ha perdido contacto con la arrolladora unidad del proceso histórico y permanece absurdamente atada al *statu quo*. La ciencia política positivista se niega a

tomar en cuenta la dialéctica histórica que hace inevitable el paso del capitalismo al socialismo.

Fernando Cardoso, principal teórico de la escuela de la dependencia, compara la metodología de dicha teoría con la tradición norteamericana de las ciencias sociales:

Nuestro propósito es restaurar la tradición intelectual fundamentada en una ciencia social integral. En vez de concentrarnos únicamente en dimensiones específicas del proceso social, buscamos una comprensión dinámica y global de las estructuras sociales. Nos oponemos a la tradición académica que consideraba la dominación y las relaciones socioculturales como "dimensiones" analíticamente independientes la una de la otra y de la economía, como si cada una de esas dimensiones hubiese correspondido a distintos rasgos de la realidad [...] Nuestro estudio de la sociedad, así como de sus estructuras y procesos de cambio, está basado en un enfoque dialéctico [...] A final de cuentas, la opción que se plantea no es la consolidación del Estado o el advenimiento de un "capitalismo autónomo", sino más bien en qué forma sustituirlos. Por lo tanto, lo importante es cómo trazar vías conducentes al socialismo. (Cardoso y Faletto, 1979, pp. ix y xxiv)

De modo que la ciencia política no puede ser ciencia si no está dedicada plenamente a la consecución del socialismo.

Richard Fagen, uno de los principales exponentes del enfoque de la "dependencia", detalla las implicaciones de la postura de Cardoso para la comunidad académica interesada en cuestiones de desarrollo. Un avance real en el estudio sobre el desarrollo debe asociarse con una reestructuración de las asimétricas relaciones internacionales de poder y "un ataque, mucho más difícil e históricamente significativo, contra las propias formas capitalistas de desarrollo [...] Solamente cuando tan crucial toma de conciencia dirija la naciente crítica académica contra el sistema capitalista global, podremos afirmar que el cambio de paradigmas en las ciencias sociales estadounidenses cobró fuerza y está acercando el quehacer académico a lo que realmente importa" (1978, p. 80).

Dos recientes interpretaciones de la historia de la ciencia política estadounidense, indican que está ganando terreno esta crítica de la "izquierda blanda" contra la corriente dominante de investigación en la disciplina. David Ricci, en *The Tragedy of Political Science* (1984),

describe el surgimiento, en las postrimerías de la segunda Guerra Mundial, de una escuela científica liberal de las ciencias políticas en los Estados Unidos de Norteamérica. Se trataba, según Ricci, de un movimiento empeñado en demostrar, mediante los métodos más precisos, la superioridad de los postulados y valores pluralistas liberales. La validez de esta complaciente "teoría política empírica", creada por politólogos como David Truman, Robert Dahl, C. E. Lindblom, un grupo de especialistas electorales de la Universidad de Michigan y otros investigadores, quedó en duda durante los disturbios de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, junto con el desprestigio de la política y administración pública estadounidenses. Ricci concluye que este episodio conductista-posconductista demuestra que la ciencia política como ciencia empírica, sin la inclusión sistemática de valores y opciones morales y éticas, y sin un compromiso con la acción política, está condenada al fracaso. La ciencia política debe inclinarse hacia algún lado, no hacerlo propicia su repliegue a una postura de futilidad y especialización preciosista.

La izquierda blanda de Ricci es una variedad de la izquierda humanista moderada. La que propugna Raymond Seideman (1985) corresponde a un tratamiento más radical de la historia de la ciencia política estadounidense. En un libro titulado *Disenchanted Realists: Political Science and the American Crisis, 1884-1984*, Seideman desarrolla con detalle una tesis que sustenta la existencia de tres corrientes en la teoría política estadounidense: una corriente institucionalista, otra democrática populista y una tercera, relativamente efímera, "ciencia política liberal", iniciada en las décadas de 1920 y 1930 en la escuela de la Universidad de Chicago, y que habría de prosperar en los Estados Unidos de Norteamérica desde la época inmediatamente posterior a la segunda Guerra Mundial hasta los años setenta, poco más o menos. La corriente institucionalista corresponde a la tradición hamiltoniana-madisoniana incorporada al sistema constitucional y tendiente a frustrar la voluntad de las mayorías. La teoría de la separación de poderes se fundamenta en la desconfianza de las tendencias populares. Opuesta a esta tradición en la teoría política estadounidense está la tendencia democrática populista manifiesta en el temprano igualitarismo agrario, el abolicionismo, el populismo y otros movimientos similares. Esta segunda tradición de Thomas Paine es antiestatista y antigubernamental, y

fue desprestigiada por el auge de la sociedad industrial urbana y la necesidad de un gobierno central poderoso.

La tercera tradición se basaba en la fe en la viabilidad de una ciencia política que ayudase a producir un poderoso Estado nacional, dirigido por expertos que aplicaran políticas públicas constructivas y coherentes, y respaldado por mayorías populares virtuosas. Esta ilusión de una ciencia política grande y constructiva se esfumó, tanto en el ámbito de la política como en el de la ciencia. La realidad política se convirtió en una serie desarticulada de "redes de problemas" y "triángulos de hierro" dominados por la *élite* e incapaces de perseguir políticas públicas consistentes y eficaces, y la ciencia, a su vez, se transformó en un conjunto de especialidades inconexas carentes de relación con la política y la administración pública. Seidelman concluye:

Desde el punto de vista histórico, el profesionalismo en ciencias políticas no ha hecho otra cosa que oscurecer conflictos y opciones en la vida pública estadounidense, toda vez que consideró a los ciudadanos como meros objetos de estudio o clientes de un paternalismo político benigno [...] Mientras no se percaten los politólogos de que su política democrática no puede llevarse a cabo mediante un profesionalismo yermo, la vida intelectual permanecerá ajena a los auténticos aunque tal vez secretos sueños de los ciudadanos estadounidenses. La historia de las ciencias políticas ha confirmado esta laguna, aun cuando intentó colmarla. La ciencia política moderna deberá lograrlo para poder transformar meras ilusiones en nuevas realidades democráticas. (P. 241)

El principal cometido de la izquierda blanda es la impugnación del profesionalismo en las ciencias políticas. Es un llamado a la academia para que se integre a la lucha política y oriente sus actividades didácticas y de investigación hacia compromisos ideológicos de izquierda: concretamente, hacia un socialismo moderado o revolucionario.

LA DERECHA DURA

La derecha dura, por el contrario, es ultraprofesional en cuanto a metodología, y cuenta con un formidable arsenal de metodologías científicas: deductivas, estadísticas y experimentales. Propende a

considerar las formas de análisis histórico, descriptivo y cuantitativo sencillo como productos menores de la ciencia política, aun cuando en años recientes se ha observado una notable rehabilitación de las instituciones políticas, así como una tendencia a vincular la labor deductiva formal con la tradición empírica inaugurada por Gosnell, Herring y V. O. Key.

En una reciente revisión del movimiento de la elección pública en las ciencias políticas, William Mitchell (1988) hace una distinción entre dos centros principales, a los que designa con los nombres de escuelas de Virginia y Rochester. La escuela de Virginia, que tuvo su mayor efecto entre los economistas, fue fundada por James Buchanan y Gordon Tullock, en tanto que William Ricker fundó la escuela de Rochester, de mayor trascendencia entre los politólogos. Ambas escuelas tienden a desconfiar de la política y la burocracia, y mantienen una postura conservadora desde el punto de vista fiscal. Sin embargo, la escuela de Virginia declara abiertamente que el mercado constituye la piedra de toque de una distribución eficiente de la riqueza. Según Mitchell, los virginianos están "plenamente convencidos de que la economía privada es mucho más robusta, eficiente y quizás más equitativa que otras economías, y además, bastante más eficiente que los procesos políticos en lo que toca a la distribución de recursos [...] Gran parte de las aportaciones del [virginiano] Center for Study of Public Choice pueden considerarse como contribuciones a una teoría sobre el fracaso de los procesos políticos [...] la desigualdad, la ineficiencia y la coerción son las consecuencias más comunes de la definición de políticas democráticas" (pp. 106-107). Buchanan sugirió un plan de reducción automática del déficit años antes de la adopción de la propuesta Gramm-Rudman-Hollings; también fue el autor de una primera versión de la enmienda constitucional propuesta para equilibrar el presupuesto. En dos libros —*Democracy in Deficilt: The Political Legacy of Lord Keynes* (Buchanan y Wagner, 1977) y *The Economics of Politics* (1978)— Buchanan presenta un modelo de política democrática en la cual el electorado actúa en función de sus intereses de corto plazo, o sea que se resiste a pagar impuestos y busca beneficios materiales para sí mismo; los políticos aprovechan naturalmente estas preferencias favoreciendo el gasto y oponiéndose a los impuestos, en tanto que los burócratas procuran acrecentar su poder y recursos sin tomar en cuenta el interés público.

Estos teóricos difieren en cuanto a su grado de convicción de que este modelo de maximización de utilidades a corto plazo refleja la realidad humana. Algunos estudiosos emplean este modelo como una simple fuente de hipótesis. Así, Robert Axelrod, mediante modelos deductivos, experimentación y simulación por computadora, hizo importantes aportaciones a nuestra comprensión de las formas en que surgen las normas cooperativas y, en particular, de cómo pueden surgir normas de cooperación internacional a partir de una perspectiva de maximización de utilidades a corto plazo (1984). Douglass North (1981), Samuel Popkin (1979), Robert Bates (1988) y otros, combinan modelos de elección racional con análisis sociológicos en sus estudios sobre el desarrollo y el proceso histórico del Tercer Mundo.

La naturaleza defensiva de esta perspectiva se refleja en comentarios hechos en fechas recientes por estudiosos de incuestionable credibilidad científica. Así, Herbert Simon cuestiona el postulado de elección racional de dicha bibliografía:

Para la investigación en general, y en particular para nuestra estrategia de investigación, existe una enorme diferencia entre estudiar el casi omnisciente *homo economicus* de la teoría de la elección racional, o el resueltamente racional *homo psychologicus* de la psicología cognoscitiva. Esta diferencia atañe no solamente a la investigación, sino también al correcto diseño de instituciones políticas. James Madison tenía plena conciencia de esto, y en las páginas de *Federalist Papers* optó por la siguiente perspectiva de la condición humana: "De la misma manera que existe en la naturaleza humana cierto grado de depravación que requiere alguna medida de circunspección y desconfianza, también se encuentran otras cualidades que justifican cierta cantidad de estima y confianza:" —una perspectiva que podemos considerar equilibrada y realista de la racionalidad humana con sus concomitantes flaquezas de motivo y razón. (P. 303)

James March y Johan Olsen impugnan el formalismo de la bibliografía sobre la elección pública: "El nuevo institucionalismo es un prejuicio con base empírica, el cual sustenta que lo que observamos en el mundo es incongruente con las formas en que las teorías contemporáneas exigen que nos expresemos [...] La agencia burocrática, el comité legislativo y el tribunal de apelación son arenas en las que

contienen fuerzas sociales, pero también son conjuntos de procedimientos y estructuras normativas de operación que definen y defienden intereses" (1984, 738). Asimismo, cuestionan el postulado racional del interés propio de la bibliografía sobre la elección pública, al argumentar que:

Aun cuando la política sin duda alguna obedece en gran medida a intereses propios, es frecuente que la acción esté encaminada a averiguar el comportamiento normativo apropiado y no propiamente a calcular los beneficios que cabe esperar de elecciones alternativas. Por consiguiente, el comportamiento político, lo mismo que cualquier otro comportamiento, puede describirse en términos de deberes, obligaciones, papeles y reglas. (P. 744.)

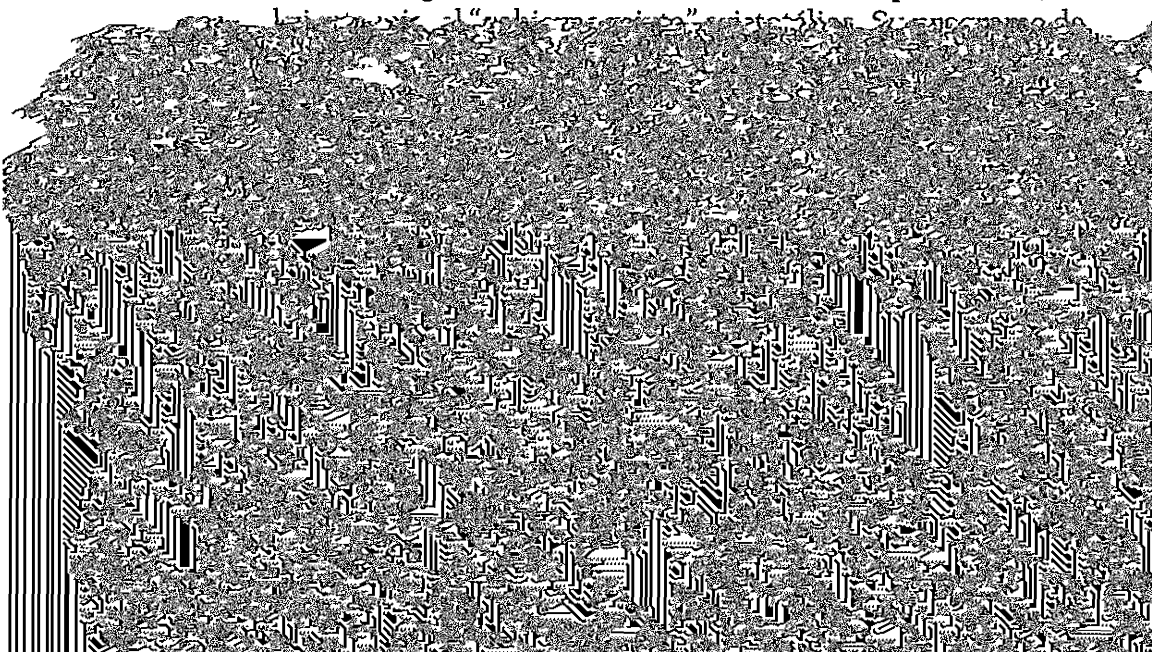
LA DERECHA BLANDA

En la celdilla correspondiente a la derecha blanda, se encuentran diversos tipos de conservadores de viejo y nuevo cuño, quienes tienden a ser tradicionales en sus metodologías y a ubicarse en el lado derecho del espectro ideológico. Sin embargo, los adeptos de la teoría política de Leo Strauss pertenecen a una categoría distinta. Es claro su conservadurismo metodológico. La Ilustración y la revolución científica son los enemigos. La ciencia política libre de valores y éticamente neutral de Max Weber ocupa un lugar privilegiado en su escala de prioridades. Como lo expresó Leo Strauss: "El embotamiento moral es una condición necesaria para el análisis científico. Nuestra seriedad como científicos sociales está en función directa del grado en que logremos desarrollar dentro de nosotros mismos un sentimiento de indiferencia hacia la consecución de cualquier objetivo, que nuestros procedimientos se vuelvan erráticos y carentes de propósito, en una actitud general que podría calificarse de nihilista" (1959, p. 19). Pero la *ciencia* política no sólo es amoral, tampoco es realmente generadora de conocimiento. De nuevo Leo Strauss: "En términos generales, cabe preguntarse si la nueva ciencia política ha generado algo políticamente importante que no conocieran ya los profesionales inteligentes de la política, poseedores de un profundo conocimiento de la historia, o los periodistas brillantes y cultos, sin mencionar a los viejos politólogos" (en Storing, 1962, p. 312).

Los straussianos rechazan cualesquiera interpretaciones de la

teoría política de carácter "historicista" o basadas en una "sociología del saber". El significado verdadero de los textos filosóficos está contenido en lo que se ha escrito. El filósofo de la política debe poseer la habilidad y la visión necesarias para explicar este sentido original. La verdad esencial puede encontrarse en los escritos de los filósofos clásicos, en particular en los de Platón —con su racionalismo socrático libre de contingencias—. Las verdades están fuera del tiempo, del espacio y de cualquier contexto. La filosofía política posmaquiaveliana propició el relativismo moral y el deterioro de la virtud cívica; la ciencia política "conductista" es el producto degradado de este deterioro moral.

Durante los recientes festejos del ducentésimo aniversario de la Constitución, los straussianos, como era de esperarse, estuvieron a la vanguardia de la escuela del "primer intento" de la interpretación constitucional. Gordon Wood, en un reciente análisis de la bibliografía straussiana sobre la Constitución (1988), señala que para straussianos como Gary McDowell y Walter Berns, toda la verdad de la Constitución está contenida en el texto constitucional, y tal vez en el registro escrito de las deliberaciones y los Informes Federalistas. Wood indica que el compromiso straussiano con el "derecho natural" los hace desconfiar de todos los derechos históricamente constituidos, "en particular de los recién identificados por la Suprema Corte" (1988, p. 39). Para algunos straussianos, el derecho natural a la propiedad postulado por los fundadores puede servir de base para hacer retroceder el estado de bienestar moderno. Para otros muchos straussianos, el régimen moral ideal es la aristocracia platónica o, en



fesionalismo de esta corriente ideológica. Esta realidad se refleja en el nerviosismo de los principales teóricos socialistas y de la dependencia a la hora de cuantificar y probar hipótesis. Así, Christopher Chase-Dunn, uno de los principales cuantificadores del sistema mundial, aclara con sus colegas: "Mi preocupación es que nos enfrasquemos en estériles controversias entre 'historicistas' y 'científicos sociales', o entre investigadores cuantitativos y cualitativos. Las fronteras 'étnicas' pueden proveernos mucho material para alimentar animados diálogos, pero para una verdadera comprensión del sistema mundial, es menester superar esta clase de sectarismo metodológico" (1982, p. 181). Los principales teóricos de la dependencia, entre ellos Cardoso y Fagen, cuestionan seriamente la validez de los estudios "cuantitativos de carácter científico" sobre los postulados de la teoría de la dependencia. Por motivos que no se han precisado con toda claridad, esta clase de investigaciones son "prematuras" o fallan en su propósito. Por esta razón, es probable que no reconozcan como válidos los hallazgos del grupo de Sylvan, Snidal, Russett, Jackson y Duvall (1983), quienes, durante el periodo incluido entre 1970 y 1975, probaron un modelo formal de "dependencia" en un conjunto de países dependientes, y obtuvieron una serie de resultados mixtos y poco concluyentes. Sin embargo, cuantificadores y econometras de la dependencia y del sistema mundial, incluidos politólogos y sociólogos como Chase-Dunn (1982), Richard Robinson (véase Robinson y Chase-Dunn, 1979), Albert Bergesen (1980), Volker Bornschier y J. P. Hoby (1981) y otros, están actualmente llevando a cabo estudios encaminados a demostrar la validez de los postulados del sistema mundial y de la dependencia.

UNA RESEÑA DE NUESTRA HISTORIA PROFESIONAL

La mayoría de los politólogos se sentirían incómodos sentados en las mesas lejanas al centro. Con apenas dos o tres generaciones de haberse convertido nuestra profesión en una importante disciplina académica, no estamos dispuestos a renunciar a nuestros galardones de integridad profesional al someter nuestra actividad docente y de investigación a controversias de orden político. Esto se refleja en la renuncia parcial a su postura de antiprofesionalismo por parte de

la izquierda dura, la cual sostiene que los asertos relativos a la sociedad y la política pueden probarse dándoles una formulación explícita y precisa, y aplicándoles, cuando sea necesario, métodos estadísticos.

Asimismo, a la mayoría de nosotros nos desconcierta la autoadjudicación, por parte de los politólogos de la elección pública y la estadística, de la insignia del profesionalismo, así como el hecho de que pretendan relegar al resto de nosotros a un *status* precientífico. Comparten esta preocupación algunos de nuestros más distinguidos y sofisticados politólogos, actualmente empeñados en rehabilitar las metodologías tradicionales de la ciencia política: como el análisis filosófico, legal e histórico, y la descripción institucional.

A decir verdad, pocos politólogos aceptarían que desde el siglo xvi la ciencia política no ha hecho más que alejarse del recto camino, y que la única vía hacia el profesionalismo está en la exégesis de los textos clásicos de la teoría política.

Digno de mención es el hecho de que cada una de estas escuelas o corrientes mantiene su versión de la historia de las ciencias políticas. Quien controle la interpretación del pasado en los archivos de nuestra historia profesional tendrá grandes posibilidades de controlar su futuro. En años recientes, la izquierda blanda ha tratado de apropiarse de la responsabilidad de escribir la historia profesional de la ciencia política. Mi opinión es que tal vez logró convencer a algunos de nosotros de que nos hemos alejado del recto camino. Tanto Ricci como Seidelman, trataron de convencernos de que la ciencia política moderna, metódica y objetiva, sólo podía desarrollarse en los Estados Unidos de Norteamérica, en donde, durante un corto tiempo, parecieron factibles la democracia liberal, lo mismo que un profesionalismo objetivo. Sostienen que conforme ha decaído este optimismo estadounidense, al recrudecerse de manera inevitable el antagonismo partidista y de clases, se hace insostenible la tesis de una ciencia política políticamente neutral. Dentro de esta línea de razonamiento, la ciencia política necesita convertirse de nueva cuenta en parte activa de un movimiento de carácter político y, para algunos, revolucionario.

La derecha dura presenta una perspectiva muy escorzada de nuestra historia profesional: antes de la introducción de las metodologías matemática, estadística y experimental, no existían ciencia ni teoría políticas en el sentido estricto de la palabra.

Sin embargo, la inmensa mayoría de los politólogos, eclécticos en cuanto a sus enfoques metodológicos, así como quienes se esfuerzan por controlar la orientación ideológica de la actividad profesional —nuestra “cafetería central”— no deberían conceder a ninguna de estas dos escuelas el privilegio de escribir la historia de la disciplina. La historia de la ciencia política no apunta hacia ninguna de esas apartadas mesas, sino más bien hacia la porción central del comedor, en donde sus ocupantes son partidarios de metodologías mixtas y aspiran a la objetividad.

Es un error afirmar que la ciencia política se desvió de la filosofía política clásica durante los siglos XVI y XVII, y que ha venido torciendo el rumbo a partir de entonces. Tampoco es correcto atribuir a la ciencia política estadounidense el mérito de haber separado la teoría y la acción políticas. Los straussianos no pueden pretender ser los únicos en fundamentar sus principios en la filosofía clásica griega. El impulso científico en los estudios políticos tuvo sus orígenes entre los filósofos clásicos griegos. En mi opinión, Robert Dahl es un seguidor más ortodoxo de Aristóteles que Leo Strauss.

Existe toda una tradición sociológica y política que viene desde Platón y Aristóteles, pasa por Polibio, Cicerón, Maquiavelo, Hobbes, Locke, Montesquieu, Hume, Rousseau, Tocqueville, Comte, Marx, Pareto, Durkheim, Weber, y llega hasta Dahl, Lipset, Rokkan, Sartori, Moore y Lijphart, que intentó, y continúa haciéndolo, relacionar las condiciones socioeconómicas con las constituciones políticas y las estructuras institucionales, y asociar estas características estructurales con tendencias políticas en tiempos de paz y guerra.

Nuestros padres fundadores se adhirieron a dicha tradición. Como observara Alexander Hamilton en *Federalist* 9: “La ciencia de la política [...] como la mayoría de las demás ciencias, ha evolucionado considerablemente. Se entiende actualmente con toda claridad la eficacia de varios principios que los antiguos no conocían en absoluto, o acaso en una forma muy parcial” (1937). En *Federalist* 31, Hamilton trata sobre el eterno problema de qué tan científicos pueden ser los estudios de carácter moral y político. Concluye que:

Aun cuando no puede considerarse que los principios del saber moral y político poseen, en general, el mismo grado de certidumbre que los de las matemáticas, no dejan de mostrar en este sentido mayores cualidades [...] de las que estaríamos dispuestos a concederles. (P. 189.)

Cabe señalar que la dicotomía entre las ciencias "exactas" y aquellas a las que no se les reconoce este atributo, la cual se nos ha hecho creer es un fenómeno reciente atribuible a la herejía del movimiento conductista estadounidense, de hecho ha sido endémica en la disciplina desde sus orígenes.

Durante el siglo xix y principios del xx, Auguste Comte, Marx y Engels y sus seguidores, Max Weber, Emile Durkheim, Vilfredo Pareto, y otros, trataron la política con perspectivas más propias de la ciencia social, con regularidades semejantes a leyes y relaciones necesarias. A la vuelta del siglo xx, John Robert Seeley y Otto Hintze, Moissaye Ostrogorski, y Roberto Michels, formularon lo que consideraron "leyes científicas" de la política —Seeley y Hintze teorizaron sobre la relación entre las presiones externas y la libertad interna en el desarrollo de las naciones-Estado de Europa occidental; Ostrogorski, acerca de la incompatibilidad entre el partido político burocrático de masas y la democracia, conclusión que obtuvo de un estudio comparativo sobre el surgimiento de los sistemas de partidos británico y estadounidense; y Michels escribió acerca de la "ley de hierro de la oligarquía", a saber, la propensión en las grandes organizaciones burocráticas a que el poder gravite hacia la dirigencia suprema, un razonamiento que se desprendió de su estudio de caso "crítico" del partido socialdemócrata alemán. En fechas más recientes, también provino de Europa la "ley" de Duverger acerca de la relación existente entre los sistemas electorales y de partidos.

Entre los pioneros de ciencia política profesional moderna, desde el principio fue práctica común calificar de "ciencia" a esta rama del conocimiento. Así, sir Frederick Pollock y John Robert Seeley, el primero catedrático en Oxford y la Royal Institution, el segundo en Cambridge, titularon sus libros *The History of the Science of Politics* (1890) y *An Introduction to Political Science* (1896), respectivamente. Lo que estos autores entendían por "ciencia" variaba de un caso a otro. Pollock distingue entre ciencias naturales y morales: "La comparativa inexactitud de las ciencias morales no es culpa de los hombres que les dedicaron sus talentos, sino que depende, como lo constatará Aristóteles, de la naturaleza de la materia sobre la cual tratan" (p. 5).

Para John Robert Seeley, la ciencia política era un conjunto de proposiciones derivadas del saber histórico. Como consecuencia del

desarrollo de la historiografía en el siglo XIX, anticipaba un despegue en el desarrollo de la ciencia política. Si los modernos habrían de superar con mucho a Locke, Hobbes y Montesquieu, era simplemente porque su base de datos históricos sería mucho más amplia.

Para Seeley, quien introdujo a la ciencia política en el Tripos de Cambridge, se trataba de aprender a "razonar, generalizar, definir y diferenciar [...] así como acopiar, verificar e investigar hechos". Estos dos procesos constituían la ciencia política. "Si descuidamos el primer proceso, sólo acumularemos inútilmente datos, toda vez que no tendremos manera de diferenciar entre hechos importantes y triviales; y desde luego, si descuidamos el segundo proceso, nuestros razonamientos carecerán de base, y no haremos nada sino tejer telarañas escolásticas" (1896, pp. 27-28).

Durante el siglo XIX y principios del XX, hubo en las ciencias sociales dos escuelas de pensamiento que ostentaban el nivel o la característica de ciencia. Auguste Comte, Karl Marx y Vilfredo Pareto no establecen distinción alguna entre ciencias sociales y "naturales". Ambos tipos de ciencia buscaban uniformidades, regularidades, leyes. Por otra parte, para Max Weber era absolutamente ociosa la noción de una ciencia social que consistiera en "un sistema cerrado de conceptos en los que la realidad es sintetizada en alguna forma de clasificación permanente y universalmente válida, a partir de lo cual es posible hacer nuevas deducciones":

El torrente de los eventos incuantificables fluye sin cesar hacia la eternidad. Los problemas culturales que mueven a la humanidad siempre se vuelven a presentar con diferentes matices, y en este infinito flujo de eventos, cambian constantemente los límites del área que adquiere significado e importancia para nosotros, es decir, que se convierte en un "ente histórico". Se modifican asimismo los contextos intelectuales dentro de los cuales éste se contempla y analiza científicamente. (1949, p. 80.)

Para Max Weber, la "sujeción a leyes" de la interacción humana es de otro orden. La materia de estudio de las ciencias sociales —la acción humana— implica juicios de valor, memoria y aprendizaje, los cuales sólo pueden arrojar regularidades relativas, "posibilidades objetivas" y probabilidades. Los cambios culturales pueden atenuar o incluso destruir estas relaciones. Asimismo, Durkheim consideraba que los fenómenos culturales eran demasiado complejos y de-

pendientes de la creatividad humana para tener el mismo grado de certidumbre causal que las ciencias naturales.

Durante las primeras décadas de la ciencia política profesional en los Estados Unidos de Norteamérica —desde 1900 hasta la década de 1930— dos estudiosos, Merriam y Catlin, el primero tan estadounidense como el pay de manzana y el segundo un inglés radicado temporalmente en ese país, fueron los primeros en promover la introducción de normas y métodos científicos en el estudio de la política. La aportación de Merriam fue sobre todo programática y promocional. Preconizó dicho movimiento, reclutó personal y fundó un programa particular de investigación en la Universidad de Chicago. También fue uno de los fundadores del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales. Catlin escribió sobre cuestiones metodológicas, hizo una clara distinción entre la historia y la ciencia política y ubicó a esta última entre las ciencias sociales.

En su manifiesto de 1921, "La actual situación del estudio de la política", Merriam recomendó la introducción de conocimientos psicológicos en el estudio de las instituciones y procesos políticos, así como el empleo de métodos estadísticos para incrementar el rigor científico del análisis político. Este llamado al crecimiento y a la superación profesional en ningún momento planteó la necesidad de una discusión sobre la metodología científica. Merriam propuso *practicar* la ciencia política en vez de hablar de ella. Y de hecho, en la Universidad de Chicago, se desarrolló en el transcurso de las siguientes décadas un programa de investigación que ejemplificó el hincapié de Merriam en la investigación empírica, la cuantificación y la interpretación sociosicológica. Los profesionales egresados de dicho programa conformaron una parte apreciable del núcleo del "movimiento conductual" de la posguerra.

George Catlin tal vez haya sido el primero en hablar de un "tratamiento conductista de la política" (1927, p. xi) y, en su exposición acerca de una ciencia política, parece desechar todas las objeciones susceptibles de establecer una distinción entre los asuntos humanos y sociales y los objetos de estudio de las ciencias naturales. Sin embargo, no se muestra muy optimista con respecto a las perspectivas de la ciencia.

Por el momento, la política debe concretarse a la humilde tarea de registrar y cuando sea posible hacerlo, mensurar y clasificar el material his-

tórico pasado y contemporáneo, así como seguir probables pautas para el descubrimiento de formas permanentes y principios generales de acción [...] Es razonable esperar que la ciencia política a final de cuentas resulte ser algo más que esto, que nos brinde cierta esperanza de poder algún día controlar la situación social, y nos muestre, si no lo que se debe hacer, por lo menos —siendo la naturaleza humana como es— lo que no se debe hacer, toda vez que semejante acción ha de poner a descubierto la estructura de la sociedad, así como las líneas de actividad de las fuerzas más profundas que contribuyeron a definir dicha estructura. (1927, pp. 142-143.)

Así, podemos ver que no resiste un análisis crítico la afirmación de Bernard Crick (1959) de que el movimiento conductual en la ciencia política estadounidense, y en particular la escuela de Chicago, fueron los que condujeron a la ciencia política por el dorado camino del cientificismo. Tanto en Europa como en América, la opinión metametodológica al respecto está dividida. Costaría trabajo encontrar estudiosos más apegados al modelo de las ciencias exactas que Comte, Marx, Pareto y Freud. Durkheim y Weber, a pesar de su claro compromiso con la ciencia, reconocieron abiertamente que el científico social trabaja con materiales menos reductibles a las leyes y formas de explicación propias de las ciencias exactas. Esta polémica emigró hacia los Estados Unidos de Norteamérica en el transcurso del siglo xx.

La atribución hecha por Crick de esta orientación científica a los populistas de Chicago no resiste un examen de las pruebas. Hay que leer la correspondencia de Tocqueville (1962) para apreciar cuán cerca estuvo aquel brillante intérprete de la democracia norteamericana —un siglo antes de que naciera la escuela de Chicago— de realizar una encuesta de opinión en ocasión de sus viajes por el país. Al conversar con el capitán de un buque de vapor del río Misisipí, granjeros de tierra adentro, comensales en cenas elegantes por la costa Este y funcionarios en Washington, D. C., buscaba obtener una muestra de la población estadounidense. Karl Marx elaboró un cuestionario de seis páginas a fin de estudiar las normas de vida, las condiciones de trabajo, así como las actitudes y creencias de la clase obrera francesa a principios de la década de 1880. Un gran número de copias fueron repartidas a los socialistas y a las organizaciones obreras. Los datos acopiados serían utilizados en las siguientes elecciones generales (1880). En los apuntes de Max Weber para su estu-

dio sobre el campesinado de la Prusia oriental, existen indicaciones de que planificó e inició una encuesta sobre las actitudes de los campesinos polacos y alemanes. Asimismo, en su estudio sobre la religión comparativa empleó una tabla formal de cuatro casillas —mundanidad-desprendimiento, ascetismo-misticismo— como instrumento para generar hipótesis acerca de la relación existente entre la ética religiosa y las actitudes económicas.

La mayoría de los avances importantes en el desarrollo de la estadística fueron logrados por europeos. La Place y Condorcet eran franceses; la familia Bernoulli era suiza; Bayes, Galton, Pearson y Fisher, ingleses; Pareto, italiano; y Markov, ruso. El primer teórico de la "elección pública" fue un escocés llamado Duncan Black (1958). La opinión de que el enfoque analítico cuantitativo en las ciencias sociales fue una aportación estadounidense no resiste el escrutinio histórico. Lo que sí fue propiamente estadounidense fue la mejoría, y la aplicación, de métodos cuantitativos en la investigación por encuestas, el análisis de contenidos, el análisis estadístico agregado, la elaboración de modelos matemáticos y otros procedimientos similares, así como la comprobación empírica de hipótesis psicológicas y sociológicas formuladas en su mayor parte en la bibliografía europea sobre ciencias sociales.

En el momento más negro de la historia europea —durante los años treinta— hubo una gran penetración de la ciencia social europea en los Estados Unidos de Norteamérica, propiciada por refugiados como Paul Lazarsfeld, Kurt Lewin, Marie Jahoda, Wolfgang Kohler, Hans Speier, Erich Fromm, Franz Neumann, Otto Kirchheimer, Leo Lowenthal, Franz Alexander, Hannah Arendt, Hans Morgenthau, Leo Strauss y otros muchos. Tan larga serie de nombres indica claramente que dicha corriente migratoria trajo consigo las diversas polémicas entonces existentes en el área de las ciencias sociales, y que es un mito la contraposición de un enfoque europeo y otro estadounidense en torno al problema de la orientación humanista *vs.* científica. El desarrollo de las ciencias sociales y políticas en los Estados Unidos de Norteamérica muestra una clara continuidad con sus antecedentes europeos.

Esta tradición general en las ciencias políticas, la cual comenzó con los griegos y continúa avanzando hasta los pensadores creativos de nuestra generación, es la versión verídica de la historia de nuestra

disciplina, aun cuando las escuelas crítica y marxista pretenden ser las principales protagonistas de esta evolución. Ante tan simplista tentación, necesitamos comprometernos con firmeza con la búsqueda de la objetividad. El llamado a la "pertinencia" asociado al "pos-conductismo" conlleva una mayor preocupación por las implicaciones de orden práctico en nuestro quehacer profesional, pero no puede implicar un compromiso con un curso particular de acción política. Un politólogo no es forzosamente un socialista, y mucho menos un socialista de una determinada escuela.

No puede tomarse en serio la versión que nos presenta la filosofía política straussiana de la historia de nuestra disciplina. La versión de nuestra historia presentada por la corriente radical de la elección pública confunde técnica con substancia. La ciencia política en general está abierta a cualquier metodología susceptible de hacernos más inteligible el mundo de la política y de la administración pública. No debemos desdeñar el saber propiciado por nuestras metodologías tradicionales sólo porque se dispone ahora de poderosas herramientas estadísticas y matemáticas.

Tenemos motivos para sentirnos orgullosos del avance logrado por la ciencia política durante estas últimas décadas. Y como ciudadanos estadounidenses, hemos hecho importantes aportaciones al antiquísimo anhelo mundial de aplicar el poder del conocimiento a los trágicos dilemas del mundo de la política.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Perry (1976), *Considerations on Western Marxism*, Londres, New Left Books.
- Axelrod, Robert (1984), *The Evolution of Cooperation*, Nueva York, Basic Books.
- Bates, Robert (1988), *Macro-Political Economy in the Field of Development*, Programa de Economía Política Internacional en la Universidad de Duke, ponencia núm. 40, junio.
- Bergesen, Albert (1980), "The Class Structure of the World System", en *Contending Approaches to World System Analysis*, William R. Thompson (comp.), Beverly Hills, Cal., Sage Publications.
- Black, Duncan (1958), *The Theory of Committees and Elections*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Bornschier, Volker, y J. P. Hoby (1981), "Economic Policy and Multi-National Corporations in Development: The Measurable Impacts in Cross National Perspective", *Social Problems*, 28, pp. 363-377.
- , C. Chase-Dunn y R. Robinson (1978), "Cross-national Evidence of Effects of Foreign Aid and Investment on Development", *American Journal of Sociology*, 84(3), pp. 207-222.
- Buchanan, James (1978), *The Economics of Politics*, Lancing, West Sussex, Institute of Economic Affairs.
- , y Richard Wagner (1977), *Democracy in Deficit: The Political Legacy of Lord Keynes*, Nueva York, Academic Press.
- Cardoso, Fernando Henrique, y Enzo Faletto (1979), *Dependency and Development in Latin America*, Berkeley, University of California Press.
- Catlin, George E. G. (1927), *The Science and Method of Politics*, Hamden, Connecticut, Anchor Books.
- Chase-Dunn, Christopher (1982), "Commentary", en *World System Analysis: Theory and Methodology*, Terence Hopkins e Immanuel Wallerstein (comps.), Beverly Hills, Cal., Sage Publications.
- Crick, Bernard (1959), *The American Science of Politics*, Berkeley, University of California Press.
- Dahl, Robert A. (1961), "The Behavioral Approach in Political Science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest", *American Political Science Review*, 55, diciembre, pp. 763-772.
- Easton, David (1953), *The Political System*, Nueva York, A. A. Knopf.
- Eulau, Heinz (1963), *The Behavioral Persuasion in Politics*, Nueva York, Random House.
- Fagen, Richard (1978), "A Funny Thing Happened on the Way to the Market: Thoughts on Extending Dependency Ideas", *International Organization*, 32(1), pp. 287-300.
- Geertz, Clifford (1972), *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books.
- Hamilton, Alexander (1937), *The Federalist*, Washington, D. C., National Home Library Foundation.
- Held, David (1980), *Introduction to Critical Theory: Horkheimer to Habermas*, Berkeley, University of California Press.
- Hirschman, Albert (1970), "The Search for Paradigms as a Hindrance to Understanding", *World Politics*, 22, 3 de marzo, pp. 329-343.
- March, James, y Johan Olsen (1984), "The New Institutionalism: Organizational Factors in Political Life", *American Political Science Review*, 78, 3 de septiembre, pp. 734-750.
- Marx, Karl (1880), "Inquiète ouvrière", *La Revue Socialiste*, 20 de abril.
- Merriam, Charles E. (1921), "The Present State of the Study of Politics", *American Political Science Review*, 15, mayo, pp. 173-185.

- Mitchell, William (1988), "Virginia, Rochester, and Bloomington: Twenty-five Years of Public Choice and Political Science", *Public Choice*, 56, pp. 101-119.
- North, Douglass (1981), *Structure and Change in Economic History*, Nueva York, W. W. Norton.
- Pateman, Carole (1970), *Participation and Democratic Theory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1979), *The Problem of Political Obligation*, Chichester, Wiley.
- Pollock, Frederick (1980), *The History of the Science of Politics*, Londres, Macmillan.
- Popkin, Samuel (1979), *The Rational Peasant*, Berkeley, University of California Press.
- Rattigan, Terence (1955), *Separate Tables*, Nueva York, Random House.
- Ricci, David (1984), *The Tragedy of Political Science*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- Riker, William (1982), *Liberalism Against Populism*, San Francisco, Freeman.
- Rubison, Richard, y C. Chase-Dunn (1979), "Cycles, Trends and New Departures in World System Development", en *National Development and World Systems*, J. W. Meyer y M. T. Hannan (comps.). Chicago: University of Chicago Press.
- Seeley, John Robert (1896), *An Introduction to Political Science*, Londres, Macmillan.
- Seidelman, Raymond (1985), *Disenchanted Realists: Political Science and the American Crisis, 1884-1984*, Albany, State University of New York Press.
- Simon, Herbert (1985), "Human Nature in Politics: The Dialogue of Psychology with Political Science", *American Political Science Review*, 79, 2 de junio, pp. 293-304.
- Slater, Philip (1977), *Origin and Significance of the Frankfurt School: A Marxist Perspective*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Strauss, Leo (1959), *What Is Political Philosophy?*, Glencoe, Illinois, Free Press.
- (1972), "Political Philosophy and the Crisis of Our Time", en *The Post Behavioral Era*, George Graham y George Carey (comps.), Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, pp. 212-242.
- Sylvan, David, Duncan Snidal, Bruce M. Russett, Steven Jackson y Raymond Duvall (1983), "The Peripheral Economies: Penetration and Economic Distortion, 1970-1975", en *Contending Approaches to World System Analysis*, William Thompson (comp.), Beverly Hills, Cal., Sage Publications.
- Therborn, Goran (1977), *The Frankfurt School in Western Marxism: A Critical Reader*, Londres, New Left Books.

- Tocqueville, Alexis de (1962), *Journey to America*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- Truman, David (1955), "The Impact of the Revolution in Behavioral Science on Political Science", *Brookings Lectures*, Washington, D. C., Brookings Institution, pp. 202-231.
- Walzer, Michael (1970), *Obligations*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- ____ (1983), *Spheres of Justice*, Nueva York, Basic Books.
- Weber, Max (1949), *The Methodology of the Social Sciences*, traducido por E. A. Shils y H. A. Finch, Glencoe, Illinois, Free Press.
- Womack, John (1969), *Zapata and the Mexican Revolution*, Nueva York, A. A. Knopf.
- Wood, Gordon S. (1988), "The Fundamentalists and the Constitution", *New York Review of Books*, 18 de febrero.

II. NUBES, RELOJES Y EL ESTUDIO DE LA POLÍTICA*

con STEPHEN GENCO

EN SU afán de volverse científica, la ciencia política ha propendido, en las últimas décadas, a perder el contacto con su base ontológica. Ha tendido a tratar los acontecimientos y fenómenos de orden político como hechos naturales reductibles a los mismos esquemas de lógica explicativa propios de la física y otras ciencias exactas. Esta tendencia puede interpretarse en parte como una fase de la revolución científica, como una difusión, en dos etapas, de postulados ontológicos y metodológicos propios de las ciencias exactas, cuyo éxito no deja lugar a dudas: primero, hacia la psicología y la economía, y luego, desde estas pioneras entre las ciencias humanas hacia la sociología, la antropología, la ciencia política e incluso la historia. Al adoptar la agenda de las ciencias exactas, las ciencias sociales y en particular la ciencia política, fueron respaldadas por la escuela neopositivista de filosofía de la ciencia, la cual legitimaba este postulado de homogeneidad ontológica y metametodológica. En fechas más recientes, algunos filósofos de la ciencia, así como ciertos psicólogos y economistas, han puesto en duda la posibilidad y conveniencia de aplicar a asuntos humanos la estrategia propia de las ciencias exactas. Tal vez sea provechoso señalar estos argumentos a los politólogos.

LAS METÁFORAS DE POPPER

Karl Popper, quien junto con R. B. Braithwaite, Carl Hempel y Ernest Nagel sostuviera la tesis de la homogeneidad metametodológica, destacó en fechas más recientes la naturaleza heterogénea de la rea-

* De Gabriel A. Almond, "Clouds, Clocks, and the Study of Politics", *World Politics*, vol. 29, núm. 4. Derechos reservados © 1977 por Princeton University Press. Reproducción autorizada.

lidad y su incompatibilidad con un modelo único de explicación científica. Recurre a la metáfora de las nubes y los relojes para ilustrar las nociones con sentido común de determinación e indeterminación en los sistemas físicos. Nos pide que imaginemos un continuo que se extienda desde las "nubes" más irregulares, desordenadas e impredecibles a la izquierda, hasta los "relojes" más regulares, ordenados y predecibles a la derecha. Como ejemplo más cabal de un sistema determinista situado cerca del extremo de los relojes, Popper menciona al sistema solar. En este extremo del continuo, se encontrarían objetos como péndulos, cronómetros y automóviles. Como ejemplo de un sistema cercano al otro extremo, el indeterminado, de este continuo, menciona un enjambre de mosquitos o abejas en el que cada insecto vuela en forma errática, excepto porque vuelve a acercarse al centro cuando se aleja demasiado de sus compañeros. Cerca de este extremo, encontraríamos nubes de gas, el clima, cardúmenes, sociedades humanas y, tal vez un poco más cerca del centro, a seres humanos y animales aislados.

La revolución newtoniana en el campo de la física divulgó la noción —que habría de perdurar por cerca de 250 años— de que este orden lógico era erróneo. El éxito de la teoría de Newton al explicar y predecir una multitud de eventos celestes y terrenales mediante sus leyes del movimiento condujo a la mayoría de los pensadores —aunque no al propio Newton— a adoptar y defender la idea de que el universo y todas sus partes obedecían a mecanismos comparables al de un reloj y que eran, en principio, enteramente predecibles. Se consideraba que eran mal entendidos todos los fenómenos aparentemente indeterminables; con el tiempo, se descubriría que también eran regulares y predecibles. Así, el modelo científico predominante después de Newton postulaba que toda la naturaleza estaba regida por leyes deterministas o, de acuerdo con la metáfora de Popper, "*todas las nubes son relojes* —incluida la más difusa de las nubes".¹

Durante la década de 1920, el desarrollo de la teoría cuántica puso en tela de juicio tan exacto modelo de la naturaleza y apoyó la noción de que la indeterminación y el azar eran parte constitutiva de todos los procesos naturales. Con este hallazgo se invirtió la metáfora de

¹ Karl R. Popper, "Of Clouds and Clocks: An Approach to the Problem of Rationality and the Freedom of Man", en Popper, *Objective Knowledge: An Evolutionary Approach*, Oxford, Clarendon Press, 1972, p. 210; cursivas en el original.

Popper; ahora, la postura predominante era que "hasta cierto punto, todos los relojes son nubes; o dicho con otras palabras, que sólo hay nubes, así sean nubes con muy diferentes grados de nubosidad". Numerosos científicos y filósofos acogieron con alivio este cambio de modelo, toda vez que parecía liberarlos de la pesadilla del determinismo que negaba sentido a las decisiones y objetivos humanos.

Pero Popper prosigue exponiendo su argumento central, esto es, que "*la indeterminación no basta*" para explicar la aparente autonomía de las ideas humanas en el mundo físico. "De ser verdadera la postura del determinismo, entonces el mundo sería comparable con un reloj perfectamente sincronizado, incluidas todas las nubes, organismos, animales y seres humanos. Si, por otra parte, el de Pierce o de Heisenberg o cualquier otro indeterminismo es verídico, entonces el *azar* desempeña un papel muy importante en nuestro mundo físico. Pero, ¿acaso el azar es más satisfactorio que el determinismo?"²

La respuesta de Popper es negativa. Aun cuando los físicos y filósofos intentaron construir modelos de elección humana basados en la imprevisibilidad de los saltos cuánticos,⁴ él los rechaza por estar demasiado circunscritos. Admite que "el modelo de los saltos cuánticos puede ser un modelo para [...] decisiones repentinas [...] Pero, ¿son tan interesantes las decisiones repentinas? ¿Acaso son características del comportamiento humano —de un comportamiento humano *racional*?" Concluye: "No lo creo [...] Para entender el comportamiento humano racional —y de hecho, el comportamiento animal— necesitamos algo de carácter *intermedio*, entre el azar absoluto y el determinismo perfecto —algo intermedio entre nubes perfectas y relojes perfectos [...] ya que, desde luego, lo que queremos es entender cómo cosas no físicas como los *propósitos, deliberaciones, planes, decisiones, teorías, intenciones y valores*, pueden contribuir para provocar cambios físicos en el mundo físico."⁵

El método de Popper para encontrar una solución a este problema parece, al igual que el problema mismo, ser importante para la polí-

² *Ibid.*, p. 213; cursivas en el original.

³ *Ibid.*, p. 226; cursivas en el original.

⁴ Arthur H. Compton, *The Freedom of Man*, New Haven, Yale University Press, 1935.

⁵ Popper, n. 1; cursivas en el original.

tica y la ciencia política. Considera que el problema es esencialmente de *control*; esto es, el control del comportamiento y otros aspectos del mundo físico mediante ideas humanas o abstracciones mentales. Afirma, por lo tanto, que "la solución debe dar cuenta de la libertad; debe asimismo explicar cómo la libertad no es tan sólo azar, sino más bien el resultado de una sutil interacción entre *algo casi fortuito o errático, y algo parecido a un control restrictivo o selectivo* —como un objetivo o una norma— aunque decididamente no férreo". En consecuencia, reduce el rango de las soluciones aceptables a aquellas que "se ajustan a la *idea de combinar libertad y control*, y también a la *noción de un 'control plástico'*, en contraposición con la de un control 'férreo' ".⁶

Popper llega a una solución evolutiva de este problema —basada en un procedimiento de eliminación por ensayo y error, o de variación y retención selectiva.⁷ Sólo una teoría como ésta puede admitir un control plástico y de ahí la libertad humana. Visto esto, se hace soluble el problema de la relación entre las ideas y el comportamiento: "Porque el control sobre nosotros mismos y sobre nuestras acciones mediante teorías y propósitos nuestros es un control *plástico*. No estamos *obligados* a someternos al control de nuestras teorías toda vez que podemos examinarlas con un ojo crítico, y tenemos plena libertad de desecharlas si juzgamos que no cumplen con nuestras normas regulatorias. No solamente nuestras teorías nos controlan, sino que podemos controlarlas a ellas (e inclusive a nuestras normas): aquí existe una especie de *retroalimentación*."⁸

Popper concluye: "Como hemos visto, resulta insatisfactorio contemplar al mundo como un sistema físico cerrado —ya sea un sistema estrictamente determinista o uno en el que cualquier cosa que no esté estrictamente determinada se debe simplemente al azar; con semejante concepción del mundo, la creatividad y la libertad humanas no pueden ser sino ilusiones [...] por lo tanto, yo presenté una perspectiva diferente del mundo —una en la cual el mundo físico es un sistema abierto. Esto es congruente con la percepción de la evolución de la vida como un proceso de eliminación por ensayo y error

⁶ *Ibid.*, pp. 231-232; cursivas en el original.

⁷ Véase Donald T. Campbell, "Variation and Selective Retention in Socio-cultural Evolution", *General Systems Yearbook*, xvi, 1969.

⁸ Popper, n. 1, pp.240-241; cursivas en el original.

y nos permite concebir racional, mas no integralmente, el surgimiento de nuevas formas de vida y el desarrollo de la libertad humana."⁹

Así, Popper nos advierte que los modelos de explicación apropiados para las ciencias físicas no nos permitirán aprehender los fenómenos humanos y culturales, y aun cuando podamos incrementar nuestro entendimiento, no podremos explicarlos cabalmente en virtud de sus propiedades creativas y emergentes.

PROPIEDADES ONTOLÓGICAS DE LA POLÍTICA

El ensayo de Popper nos brinda tres maneras de conceptualizar la realidad social —como un reloj, una nube y un sistema de controles plásticos. Desde luego, el tercer concepto es el que mejor define a la realidad política, cuya explicación es el objeto mismo de la ciencia política. Consta de ideas —decisiones, metas y propósitos humanos— en constante e intensa interacción con otras ideas, así como con el comportamiento humano y el mundo físico. En el centro de este complejo sistema se encuentran las *opciones y decisiones* —decisiones de ordenar, obedecer, votar, exigir. El universo político está organizado; las *élites* toman decisiones de ordenar o abstenerse de hacerlo, qué ordenar, y cómo hacer que se cumplan sus órdenes. Los ciudadanos y sujetos deciden acatar estas órdenes, en qué forma hacerlo o bien no cumplirlas. Esto es el meollo de la política, esto es el objeto de estudio de nuestra disciplina.

Las relaciones entre estos eventos no son sencillamente reactivos, como lo son los encuentros entre objetos físicos; no son fácilmente reductibles a modelos de causa y efecto comparables al mecanismo de un reloj. Esto se debe principalmente a la naturaleza variable de los repertorios conductuales de las *élites* y de los ciudadanos comunes. Los protagonistas políticos tienen recuerdos; aprenden de la experiencia. Tienen metas, aspiraciones y estrategias calculadas. La memoria, el aprendizaje, la persecución de objetivos y la resolución de problemas se interponen entre "causas" y "efectos", entre las variables independientes y dependientes.

Las decisiones políticas no se toman ni tampoco se aplican en el

⁹ *Ibid.*, pp. 254-255.

vacío; más bien están sujetas a una compleja gama de *restricciones* y *oportunidades*. Estas restricciones —las necesidades de la política— abarcan desde la categoría relativamente rígida de las limitaciones ambientales o ecológicas hasta otra, bastante flexible, representada por modas y tendencias transitorias. Definen el “ambiente operativo” de los actores políticos¹⁰ y muestran diversos grados de manejabilidad. Algunas de ellas, como la geografía o el nivel tecnológico, son de difícil alteración incluso a largo plazo, y son prácticamente imposibles de manipular en el corto plazo. Otras, como los valores culturales y la opinión pública, son relativamente fáciles de manipular en algunas circunstancias y más inmovibles en otras. Pero cabe decir que la manipulación, en principio, rara vez es imposible. Incluso restricciones ambientales relativamente estrictas —como la relación entre las necesidades de recursos materiales y la población— pueden a veces modificarse a resultas de las capacidades creativas y adaptativas de los seres humanos. Hace alrededor de 10 000 años, la revolución agrícola multiplicó el número de individuos susceptibles de cohabitar en un determinado espacio físico y la revolución industrial de los últimos dos siglos repitió este fenómeno.

Son evidentes para todos nosotros estas propiedades ontológicas de los asuntos políticos; no son cuestiones sobre las cuales puedan discrepar individuos inteligentes. Aquellos politólogos que —por cualesquier motivos filosóficos o metodológicos— se rehúsan a tomarlas en cuenta y consideran que el comportamiento humano es de naturaleza meramente reactiva, y por lo tanto sujeto a la misma lógica explicativa que los fenómenos naturales “regulares” —regidos por mecanismos precisos como los de un reloj— están tratando de estructurar una ciencia basada en postulados empíricamente tergiversados. Esto se hace evidente cuando sus esquemas explicativos se conciben con base en su propio comportamiento como científicos. En la misma medida en que reconocen la importancia de la memoria y la creatividad científica, de las estrategias calculadas, la persecución de objetivos y la resolución de problemas en su propio quehacer científico, asimismo deben admitir estas cualidades en los fenómenos humanos y sociales que estudian y pretenden explicar.

Estas complejidades de la realidad humana y social nos dejan ver

¹⁰ Harold Sprout y Margaret Sprout, *The Ecological Perspective on Human Affairs*, Princeton, Princeton University Press, 1965.

que la estrategia explicativa propia de las ciencias exactas tiene una aplicación limitada en las ciencias sociales. Los modelos, metodologías y procedimientos creados para explorar un mundo cuyas características predominantes se asemejan al mecanismo de un reloj o a la dispersión de las nubes no podrán aprehender más que una parte reducida del mundo mucho más complejo de la interacción política y social. Así, la mera búsqueda de regularidades y relaciones fijas entre variables —una estrategia que propició enormes avances en las ciencias físicas— no explicará los eventos sociales, sino sólo algunas de las condiciones que los determinaron.

Toda vez que las propiedades de la realidad política difieren de las de la realidad física, las propiedades de las *regularidades* políticas también diferirán de las de las regularidades físicas. Las regularidades que descubrimos son flexibles; por ser resultado de procesos que muestran un control plástico y no férreo. Forman parte de la historia e implican reiteradas intervenciones de un gran número de recuerdos, procesos de aprendizaje y propósitos humanos, así como elecciones entre diversas opciones. Las regularidades que descubrimos parecen tener una muy corta vida. Se desvanecen rápidamente debido a los procesos mnemónicos, de búsqueda creativa y de aprendizaje que fundamentan su existencia. Cabe decir que la misma ciencia social puede contribuir a esta desintegración, toda vez que el aprendizaje cada vez más tiende a incluir no solamente la información obtenida a partir de la experiencia, sino también la que se desprende de la investigación científica.

Unos cuantos ejemplos bastarán para ilustrar la flexibilidad de las teorías políticas, así como su vinculación directa con factores históricos. Los politólogos con justa razón se enorgullecen de su teoría del comportamiento electoral que, de hecho, es lo más parecido que tenemos a una teoría científica. Dicha teoría ha generado todo un conjunto de lo que parecen ser "leyes generales" —correlatos demográficos y de actitud de la decisión electoral, a los que se llegó mediante un proceso de inducción. El modelo deductivo postulado por Downs, concerniente a las consecuencias para los sistemas de partidos de diferentes distribuciones de las actitudes de los electores, parece ser una ley más importante de la política. Sin embargo, incluso un repaso superficial de los hallazgos de la investigación acerca del comportamiento electoral en los últimos tres decenios muestra

hasta qué punto son inestables estas regularidades y cuánto se apartan de los parámetros de las ciencias exactas nuestros esfuerzos por estabilizarlas. La investigación moderna acerca del comportamiento electoral logró su máximo avance en los estudios realizados sobre las elecciones en los Estados Unidos de Norteamérica durante la década de 1950 y principios de la de 1960, un periodo de acelerado crecimiento económico y baja intensidad política. Los estudiosos del comportamiento electoral estadounidense durante este periodo pretendían explicar y predecir el comportamiento electoral de los ciudadanos estadounidenses con base en variables de "identificación partidista" e "imagen de los candidatos", las cuales, sin embargo, no parecieron desempeñar sino un papel secundario en el proceso.¹¹ El resultado de este esfuerzo por generar una explicación causal infalible fue una teoría psicológica del comportamiento electoral basado en la identificación partidista y la imagen de los candidatos. Sin embargo, dicha teoría pronto sería puesta en tela de juicio por estudios realizados a principios de la década de 1970, que contenían datos de principios de la década de 1930 y finales de la de 1960. Estos periodos, el primero relativamente remoto y el otro mucho más reciente, indican que el electorado estadounidense toma sus decisiones a partir de las posturas asumidas por los candidatos con respecto a diversos problemas en mucha mayor medida que durante la década de 1950 y principios de la de 1960. Autores recientes hablan de la "descomposición" del sistema de partidos, de la individualidad del comportamiento electoral y de un proceso de "ideologización" en la política estadounidense.¹² Y uno de los principales colaboradores del grupo de Michigan, que produjo la teoría original de la identificación partidista, reconoce ahora que los correlatos demográfico y de actitud del comportamiento electoral sólo mantienen una relación laxa entre sí, y que el único tipo de teoría al cual podemos aspirar es "alguna especificación ordenada de las condiciones en las cuales éstos varían".¹³

¹¹ Angus Campbell y otros, *The Voter Decides*, Evanston, Illinois, Row, Peterson, 1954; Campbell y otros, *The American Voter*, Nueva York, Wiley, 1960.

¹² Norman Nie, Sidney Verba y John R. Petrocik, *The Changing American Voter*, Cambridge, Harvard University Press, 1976, pp. 345 ss.; Walter Dean Burnham, *Critical Elections and the Mainsprings of American Politics*, Nueva York, Norton, 1970.

¹³ Philip E. Converse, "Public Opinion and Voting Behavior", en Fred I. Greenstein

La teoría de la socialización política aún realiza vanos esfuerzos por asignar valores y pesos relativamente fijos a los agentes de la socialización —la familia, la escuela, el lugar de trabajo, los medios masivos de comunicación, las experiencias en la vida adulta y otros factores similares.¹⁴ La investigación sobre la socialización, como la que se realiza acerca de los procesos electorales, en su búsqueda de una explicación rigurosamente científica, han pasado por alto el contexto histórico general y la inherente inestabilidad de las variables que manejan. Jennings y Niemi,¹⁵ en uno de los estudios más sofisticados que se hayan emprendido acerca de la socialización política, reportan una influencia sorprendentemente débil de los padres y educadores en las actitudes políticas de los estudiantes a punto de concluir la enseñanza media superior. Olvidaron tomar en cuenta el hecho de que la muestra de estudiantes que habían estudiado estaban por terminar el mencionado periodo de su formación académica en el año de 1965; dicho en otras palabras, que integraban la primera cohorte de ciudadanos nacidos en el contexto de la explosión demográfica registrada después de la segunda Guerra Mundial. Ésta fue una generación que en gran medida se socializó a sí misma y que, a finales de la década de 1960, pondría en tela de juicio a toda la teoría de la socialización al proveer los innovadores culturales de la rebelión juvenil. De la misma manera que la teoría del comportamiento electoral, la teoría de la socialización poco a poco reconoce la constitutiva inestabilidad de las variables objeto de su estudio. La influencia de los agentes de socialización varía con los cambios en la estructura social y demográfica de la sociedad, lo mismo que con los avances de la tecnología y los problemas y acontecimientos políticos. A lo más que podemos aspirar es a formular una serie de postulados que especifiquen en qué condiciones tiende a variar dicha influencia.

Posiblemente las más vulnerables de estas incursiones en las ciencias exactas fueron los esfuerzos que hicieron algunos estudiosos de la política estadounidense, a principios de la década de 1960, para

y Nelson W. Polsby (comps.), *Handbook of Political Science*, iv, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, 1975, p. 126.

¹⁴ Para una reseña reciente de la bibliografía al respecto, véase David O. Sears, "Political Socialization", en Greenstein y Polsby, n. 13, pp. 93 ss.

¹⁵ M. Kent Jennings y Richard G. Niemi, *The Political Character of Adolescence*, Princeton, Princeton University Press, 1974.

descubrir las relaciones entre la política y la administración pública. Habían planteado esta interrogante trabajos anteriores en los que se mantenía que ciertas características del sistema político —la competencia entre partidos, la participación electoral, el repartimiento y otros factores similares— tenían importantes consecuencias en la administración pública, según lo indicaban la cuantía del gasto público, y en particular el asociado con el bienestar público. Una serie de estudios estadísticos en los que se compararon las características políticas, económicas y de administración pública de los diferentes estados de la nación durante la década de 1950 y a principios de la de 1960 demostraron, más adelante, que aquellas variables políticas tenían poca influencia independiente sobre las variables de la administración. Una vez controlada la variable correspondiente al nivel de desarrollo económico, desapareció el efecto de estas diferencias políticas. Este hallazgo condujo a la sorprendente conclusión de que las variables económicas y otras relacionadas con el entorno, tienen mucha mayor influencia sobre la administración pública que las variables políticas.¹⁶

Para nuestros propósitos, tienen particular importancia dos aspectos de esta investigación acerca de la administración pública. El primero es la extraordinaria constricción de las perspectivas temporales y espaciales en este esfuerzo por probar una premisa global concerniente a las relaciones entre la economía, la política y la administración pública. El hecho de que ésta fuera la situación de los estados estadounidenses durante la década de 1950 —un periodo de estabilidad política— y no durante la de 1930, no se consideró que limitara los tipos de inferencias que podían obtenerse. Los politólogos que estudiaron estos problemas no supieron dar una perspectiva histórica a su labor de investigación —no evocaron recuerdos de la guerra, de la revolución, ni de la depresión, y tampoco hicieron alusión a las consabidas relaciones de éstas con la política y la administración pública. En segundo lugar, no reconocieron el hecho de que las variables externas no pueden determinar directamente la administración pública y que la decisión política forzosamente in-

¹⁶ Véase Thomas R. Dye, *Understanding Public Policy*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1972, pp. 243-248, para una reseña de esta bibliografía y una información más completa sobre los mencionados hallazgos e inferencias.

terviene entre ellas. En realidad, dicha intervención históricamente ha sido muy importante.

La teoría de la movilización social intentó explicar y predecir tendencias hacia la politización, la democratización y la desideologización a partir de tendencias hacia la urbanización, industrialización, comunicación y educación —solamente para descubrir que cuando estas relaciones se examinan históricamente, la indocilidad e inventiva humanas, lo mismo que el mero azar, complican enormemente estas pautas.¹⁷ El profeta del ocaso de la ideología¹⁸ se convirtió en el profeta de la sociedad posindustrial¹⁹ y ahora, en el de las disyunciones sociales y del agotamiento cultural.²⁰ Los científicos sociales están descubriendo que pueden encontrar explicaciones más satisfactorias cuando siguen el curso de la historia y emplean sofisticados procedimientos metodológicos para aislar obligadas secuencias y restricciones, pero sin perder de vista el papel desempeñado por el azar y la inventiva humana en la producción de los resultados que pretenden explicar.

En su entusiasta búsqueda de poderosas regularidades y uniformidades en las propiedades de la necesidad causal o la alta probabilidad de ocurrencia, los científicos sociales han pasado por alto el hecho de que gran parte del cambio social y político no debe explicarse en función de regularidades fuertes o débiles, sino mediante conjunciones accidentales —con eventos que tenían pocas probabilidades de ocurrencia. La concatenación de determinados líderes con contextos históricos particulares está vinculada al azar y no a una necesidad. Los estudiosos pueden explicar por qué, en 1917, Rusia estaba lista para la revolución; también pueden dar cuenta de algunos aspectos de la personalidad y del modo de actuar de Lenin; sin embargo, no pueden explicar *por qué* ambos factores se conjugaron para producir la Revolución bolchevique, la única explicación posible es el azar. El problema es comparable al del biólogo que

¹⁷ Para una reseña de la bibliografía pertinente, véase Gabriel A. Almond, Scott C. Flanagan, Robert J. Mundt (comps.), *Crisis, Choice and Change*, Boston, Little, Brown, 1973, pp. 8 ss.

¹⁸ Daniel Bell, *The End of Ideology*, Nueva York, Free Press, 1960.

¹⁹ Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society*, Nueva York, Free Press, 1960.

²⁰ Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Nueva York, Basic Books, 1976.

intenta explicar la aparición de una nueva especie. Puede describir un nicho ecológico en términos de restricciones y oportunidades; sin embargo, es necesaria la ocurrencia fortuita de una mutación o de una serie apropiada de mutaciones.

Aun cuando, en cierto sentido, este problema es similar al del biólogo, difiere en otros aspectos fundamentales. La interacción entre las restricciones del nicho ecológico y lo fortuito del proceso de mutación corresponde, en realidad, a un mecanismo de ensayo y error. El proceso de búsqueda es fortuito y en gran parte genético. En los asuntos humanos, este proceso posee, además, importantes aspectos conscientes y deliberados. Implica no sólo la asociación fortuita de un nicho político revolucionario con un Lenin, sino también con un Lenin inventivo, con voluntad e improvisador, quien sondea, prueba e investiga constantemente las restricciones y oportunidades propias del nicho que pretende ocupar. Una vez que logra ocuparlo, se dedica a transformarlo, así como a la población que lo habita en formas que habrán de restringir (mas no *determinar*) futuros esfuerzos adaptativos. Si hemos de entender la realidad política, necesitamos contender no solamente con sus aspectos determinados, sino también y sobre todo, con sus rasgos creativos, adaptativos y de resolución de problemas; porque esta última característica, esencialmente humana, es un mecanismo exclusivo y el reto explicativo de la ciencia social.

EL MODELO DEL RELOJ EN LA CIENCIA POLÍTICA

La tradición "conductual" ahora dominante en la ciencia política tiende a descansar en tres supuestos epistemológicos y metodológicos tomados de las ciencias exactas: (1) que el objetivo de la ciencia es el descubrimiento de regularidades y por ende de leyes que expliquen los procesos sociales y políticos; (2) que la explicación científica implica la clasificación de eventos particulares bajo "leyes generales", y (3) que las únicas relaciones científicamente pertinentes entre los acontecimientos que tienen lugar en el mundo son las que corresponden a una concepción física de la vinculación causal. Estos supuestos están fuertemente relacionados entre sí, y cada uno de ellos conlleva importantes implicaciones para el estudio de la política.

(1) El hincapié en las generalizaciones en la ciencia política debe entenderse primero dentro de un contexto histórico. Cuando en 1953 David Easton arguyó que "el conocimiento se vuelve crítico y confiable conforme aumenta su generalidad y la consistencia de su organización interna, cuando, en pocas palabras, se formula a través de asertos generales y sistemáticos aplicables a muchos casos aislados",²¹ se manifestó contra una tradición de estudios de caso ideográficos, descriptivos, no acumulativos y de índole institucional, que había prevalecido en gran parte de la disciplina (con algunas notables excepciones) durante varias décadas. Una inquietud similar animó las polémicas conductuales de Truman y otros a principios de la década de 1950.²² Sin embargo, el resultado en el largo plazo de este loable esfuerzo por cambiar el foco de interés de la descripción hacia la explicación, ha sido la consagración de la noción de generalización como condición *sine qua non* de las aspiraciones científicas de la profesión. Esto tal vez sea más claro en la bibliografía sobre "alcances y métodos" que ha proliferado en fechas recientes. Así, por ejemplo, Scarrow, en su *Comparative Political Analysis*, proclama que "las generalizaciones son la marca distintiva de cualquier empeño científico",²³ en tanto que Conway y Feigert, en *Political Analysis: An Introduction*, declaran que "la función de la ciencia se percibe generalmente como el establecimiento de leyes generales o teorías que explican el comportamiento con el que se asocia la disciplina de que se trata".²⁴ Incluso un estudio sofisticado, como *Logic of Comparative Social Inquiry* de Przeworski y Teune, declara de forma un tanto dogmática: "La premisa fundamental de este análisis es que la investigación en ciencias sociales, incluida la indagación comparativa, debe y puede generar asertos generales acerca de los fenómenos sociales. Esta premisa implica que el comportamiento humano y social puede explicarse en función de leyes generales establecidas

²¹ Easton, *The Political System*, Nueva York, Knopf, 1953, p. 55.

²² David B. Truman, "The Impact on Political Science of the Revolution in the Behavioral Sciences", reimpresión en Heiz Eulau (comp.), *Behaviorism in Political Science*, Nueva York, Atherton, 1969.

²³ Howard A. Scarrow, *Comparative Political Analysis: An Introduction*, Nueva York, Harper and Row, 1969, p. 33.

²⁴ Margaret Conway y Frank B. Feigert, *Political Analysis: An Introduction*, Boston, Allys and Bacon, 1972, p. 17.

mediante la observación. Introducida aquí como una expresión de preferencia, esta premisa no tendrá justificación lógica.”²⁵

El resultado de este hincapié en las generalizaciones ha sido el de orientar la investigación hacia la búsqueda de regularidades, uniformidades y pautas estables de asociación en los procesos políticos a expensas de los eventos o resultados políticos únicos o poco probables. Como lo expresa Frohock en *The Nature of Political Inquiry*: “La ciencia busca el establecimiento de relaciones causales y leyes generales. Para ello, el científico social necesita concentrarse en las pautas sistemáticas del comportamiento humano. Sólo es susceptible de manejo científico un evento que constituya un caso reiterativo de una clase general.”²⁶

No pretendemos defender el punto de vista de que no ocurren regularidades en los procesos políticos, ni pueden hacerse generalizaciones válidas en estos casos. Como se mencionó antes, las regularidades políticas —si bien tenues— sí existen y tienen una importancia crucial para la investigación política. Nuestra crítica se dirige más bien contra las posturas que sostienen que las regularidades y generalizaciones son los *únicos* objetos apropiados de la investigación política científica. Ésta nos parece ser una limitación innecesaria para los alcances de la disciplina. Si la realidad política se considera como una conjunción de elección y restricción, lo mismo que una fuente tanto de regularidades como de innovaciones, la ciencia política no debe limitarse a tomar en cuenta sólo una parte de dicha realidad. Un enfoque restringido a las generalizaciones, por ser éstas la “marca distintiva de cualquier empeño científico”, no haría más que someterla precisamente a este tipo de limitación.

(2) Esta preocupación por generalizaciones y regularidades —y la concomitante disposición a limitar los alcances de la ciencia política a los aspectos generalizables de la realidad política— está estrechamente relacionada con una peculiar concepción de la *explicación* en la investigación política. Esta misma posición se encuentra también en la bibliografía sobre “alcances y métodos”. Alan Isaak, en *The Scope and Method of Political Science*, declara que los politólogos

²⁵ Adam Przeworski y Henry Teune, *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Nueva York, Wiley, 1970, p. 4.

²⁶ Fred M. Frohock, *The Nature of Political Inquiry*, Homewood, Illinois, Dorsey, 1967, p. 141.

deben aceptar la "*realidad científica*" de que "cualquier explicación y predicción sensata conllevan por lo menos una generalización; sin generalizaciones, no podría haber explicaciones ni predicciones".²⁷ Conway y Feigert arguyen asimismo que: "En la ciencia, las explicaciones requieren [...] leyes o teorías firmemente establecidas [...] Hay explicación toda vez que los hechos que se han de explicar pueden deducirse como consecuencias lógicas de leyes o teorías y [...] otros hechos conocidos".²⁸

Este modelo de explicación es la llamada ley general o modelo deductivo-nomológico (D-N) desarrollado por R. B. Braithwaite,²⁹ Carl Hempel³⁰ y otros. La premisa fundamental de dicho modelo es que algo queda explicado cuando se ha demostrado que pertenece a una categoría más general de cosas. "Explicar algo es mostrarlo como un caso especial de lo que se conoce en general."³¹ Esto se logra, según el modelo, cuando el caso particular se deduce de una ley (o serie de leyes) más general que lo "abarca", lo mismo que a todos los demás casos similares relevantes. Ésta es la razón por la cual las generalizaciones desempeñan un papel fundamental en las explicaciones deductivas.

El poder explicativo del modelo D-N se debe a que la deducción a partir de leyes generales *lógicamente necesita* de aquello que se deduce. La deducción "explica" al decirnos que, sobre la base de aquello que ya sabemos (la generalización), era de esperarse que se diera el caso que estamos tratando: *tenía* que ocurrir en la forma en que lo hizo.³² La noción "era de esperarse" constituye el meollo de la concepción deductiva de la explicación, y da cuenta de la íntima asocia-

²⁷ Isaak, *The Scope and Method of Political Science*, Homewood, Illinois, Dorsey, 1969, p. 80.

²⁸ Conway y Feigert, n. 24, p. 27.

²⁹ Braithwaite, *Scientific Explanation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1953.

³⁰ Hempel, *Aspects of Scientific Explanation*, Nueva York, Free Press, 1965; véase también Ernest Nagel, *The Structure of Science*, Nueva York, Harcourt, Brace y World, 1961.

³¹ Abraham Kaplan, *The Conduct of Inquiry*, San Francisco, Chandler, 1964, página 339.

³² *Ibid.*

³³ Paul Diesing, *Patterns of Discovery in the Social Sciences*, Chicago, Aldine Atherton, 1971, p. 164.

ción que existe en el modelo entre explicación y predicción.³³ Para los partidarios del modelo D-N, una explicación que no sea capaz de respaldar una predicción no debe considerarse válida.³⁴ Por lo tanto, no es sorprendente que los sistemas deterministas cerrados —los “modelos de reloj”, según la terminología de Popper— sean más compatibles con una explicación conforme al modelo D-N. Como lo explica Hempel: “Los mejores ejemplos de explicaciones conformes con el modelo D-N están basadas en teorías físicas de índole determinista [...] Las leyes especificadas por una teoría de este tipo para los cambios de estado son deterministas en el sentido de que, dado el estado de dicho sistema en cualquier momento, ellas determinan su estado en cualquier otro momento, sea anterior o posterior.”³⁵

Es evidente que el modelo D-N pierde su utilidad en la medida en que existen *excepciones* a la ley o leyes que respaldan nuestra explicación. Si no podemos mantener legítimamente la postura de que “todas las A son B” y debemos conformarnos con una ley que sólo asiente que “algunas A son B”, entonces se pierde el vínculo deductivo y continúa siendo problemática nuestra explicación de la ocurrencia de B. Sin embargo, esta situación es precisamente la que implica la noción del control plástico. Plasticidad significa que podemos anticipar, en principio, que habrá excepciones a cualesquier generalizaciones que podamos hacer acerca de los fenómenos que nos interesan. Así, cuanto más control plástico muestre nuestra materia de estudio, menos se prestará a explicaciones sencillas basadas en el modelo D-N.

(3) Tanto los politólogos como los filósofos de la ciencia postulan una íntima asociación entre la noción de causalidad y la idea de una explicación basada en una ley general. R. Braithwaite, por ejemplo, describe a la causalidad a partir, estrictamente, de las leyes generales: “El planteamiento de que un evento en particular es efecto de una

³⁴ Véase Hempel, n. 30, p. 367, en donde se mantiene esta postura, en tanto que la inversa —es decir, que una predicción válida debe llenar los mismos requisitos que una explicación— se desecha. Esta modificación a la llamada tesis simétrica de la explicación y de la predicción no ha sido siempre del agrado de los politólogos. Véase, por ejemplo, Oran Young, “The Perils of Odysseus: On Constructing Theories in International Relations”, en Raymond Tanter y Richard Ullman (comps.), *Theory and Policy in International Relations*, Princeton, Princeton University Press, 1972, p. 183.

³⁵ Hempel, n. 30, p. 351; véase también Nagel, n. 30, p. 323.

serie de circunstancias implica la formulación de una ley general; el preguntar por la causa de un evento siempre equivale a preguntar por una ley general que se aplique a dicho evento."³⁶

Esta formulación es respaldada por los politólogos. Así, Robert Dahl arguye: "Si deseamos explicar un evento *E* de una forma causal, consideramos a *E* como un efecto y le aplicamos alguna generalización como: 'A todo evento *C* sigue un evento *E*' [...] En este caso, *C* es la causa y *E* el efecto."³⁷ Isaak mantiene, asimismo: "Si afirmar que 'A causa a *B*' significa lo mismo que '*B* siempre sigue a *A*', entonces, ambas premisas son reductibles a 'si *A*, entonces *B*'. Dicho en otras palabras, podemos expresar lo que tradicionalmente se conoce como una relación causal sin tener que emplear la palabra 'causa'."³⁸

Todas estas caracterizaciones descansan en la noción de causalidad como un concepto *explicativo*. Pero, ¿cómo adquiere esta cualidad de explicativo? Como puede verse después de una exposición incluso superficial a la bibliografía sobre causalidad y condiciones,³⁹ los conceptos de "causa" y "efecto" son generales y ambiguos. Sin embargo, un aspecto de su significado parece destacar en cualquier explicación: se trata del principio que establece que "a una misma causa, un mismo efecto".⁴⁰ Hempel lo explica así: "Como lo sugiere el principio según el cual 'a una misma causa, un mismo efecto', la premisa de que [una determinada serie de] circunstancias juntas causaron cierto evento implica que siempre y cuando ocurran circunstancias de este tipo, ocurre asimismo un evento del tipo que se pretende explicar."⁴¹ O según la formulación un tanto más cautelosa

³⁶ Braithwaite, n. 29, p. 2; véase también Hempel, n. 30, pp. 348-349.

³⁷ Dahl, "Cause and Effect in the Study of Politics", en Daniel Lerner (comp.), *Cause and Effect*, Nueva York, Free Press, 1965, p. 87.

³⁸ Isaak, n. 27, p. 95.

³⁹ Véase, por ejemplo, Ernest Sosa, *Causations and Conditionals*, Oxford, Oxford University Press, 1975; Myles Brand (comp.), *The Nature of Causation*, Urbana, University of Illinois Press, 1976.

⁴⁰ Hay mucha controversia en torno a la categoría filosófica de la causalidad, la cual va mucho más allá de este elemento consensual de su significado—por ejemplo, el problema del que si el nexo causal constituye una conjunción constante, una necesidad lógica, o bien una necesidad "natural"; y el problema del ordenamiento temporal y de la contigüidad de causas y efectos. Para un análisis de estos problemas en el marco de la investigación en ciencia política, véase Georg Henrik von Wright, *Explanation and understanding*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1971.

⁴¹ Hempel, n. 30, pp. 348-349.

de Abraham Kaplan: "Un nexo causal suele analizarse en términos de algún vínculo de implicación: la gramática de esta conjunción 'si-entonces' constituye por lo menos un punto de partida. Si la causa se presenta, entonces ocurre el efecto."⁴² Este elemento de "misma causa, mismo efecto" es el que confiere un poder explicativo a las relaciones causales. En su ausencia, la "causalidad" se convierte simplemente en otra relación problemática y esencialmente inexplicada entre dos o más cosas, eventos o procesos.

Esta caracterización filosófica de la relación causa-efecto se asocia íntimamente con la noción de control férreo de Popper. La causa *produce* el efecto, y la existencia de la causa es la *explicación* del efecto. Un mundo de puras relaciones causa-efecto, conforme a una estrecha definición de esta identificación de la causalidad con una explicación que tuviera *status* de ley general, sería un mundo sin excepciones, un mundo que no podría ser diferente de como es. Opinamos que semejante mundo es totalmente ajeno al mundo de la política, en el que el potencial de sorpresa e innovación es inherente a muchas, como no sea a la mayoría, de las situaciones.

Sin embargo, no obstante la inflexibilidad y aridez del concepto explicativo de la causalidad, numerosos politólogos han intentado formular sus análisis de fenómenos políticos según las nociones de causa y efecto. El resultado a menudo es una curiosa mezcolanza de definiciones formalizadas y materia empírica inconexa. Como ejemplo de semejante mixtura, consideremos brevemente una rama del análisis político que ha usado de manera considerable las formulaciones causales —la bibliografía sobre el concepto de poder. En este caso, se recurre de manera implícita a la relación causa-efecto como metáfora para establecer un nexo necesario y dependiente entre eventos. Herbert Simon, por ejemplo, afirma que "la premisa 'C tiene poder sobre R', puede ser sustituida por la de 'el comportamiento de C causa el comportamiento de R'. Si podemos definir la relación causal, podemos definir los conceptos de influencia, poder o autoridad, y *viceversa*."⁴³ Andrew McFarland plantea, asimismo, que "las definiciones del poder o de la influencia basadas en conceptos como los de fuerza, incentivos o utilidades, y las más insignifi-

⁴² Kaplan, "Noncausal Explanation", en Lerner, n. 37, p. 146.

⁴³ Simon, *Models of Man*, Nueva York, Wiley, 1957, p. 5.

cantes coaliciones victoriosas son [...] reductibles a términos de causalidad".⁴⁴ En fechas más recientes, Jack Nagel definió el poder en los siguientes términos: "Una relación de poder, real o potencial, es una relación causal real o potencial entre las preferencias de un actor con respecto a un resultado y el resultado mismo."⁴⁵ Y Robert Dahl, en la última edición de su *Modern Political Analysis*, parece mantener (si bien con algunas restricciones) su conocida postura de que la causalidad es fundamental para la comprensión de las relaciones de poder e influencia: "Cuando separamos a la influencia de todos los demás aspectos de la interacción humana con el propósito de prestarle especial atención, aquello que nos interesa y en lo que nos concentramos es que uno o varios de los participantes en dicha interacción logran su propósito, o por lo menos se acercan a lograrlo, haciendo que otras personas actúen de una forma determinada. Lo que nos interesa aquí es llamar la atención hacia la *relación causal* entre lo que A desea y lo que B hace."⁴⁶

¿Cómo se emplea la palabra "causa" en estas definiciones? Es evidente que no se emplea como un concepto explicativo, en el sentido especificado por los filósofos de la ciencia. Como ya lo hemos visto, para que una explicación sea verdaderamente causal en este sentido, la relación de que se trata tendría que ser (1) inconvencional, (2) generalizable, y (3) compatible con una explicación con el *status* de ley general. Las relaciones de poder no parecen cumplir con ninguno de estos requisitos. No hay ninguna "necesidad" inherente al resultado de un intento por ejercer poder sobre otra persona, como la hay en un nexo de causalidad entre dos objetos físicos. La persona sobre la cual se intenta ejercer poder puede, por las razones que sean, comportarse de manera distinta a como su contraparte quisiera. Esto se debe a que una relación de poder no implica un control férreo; más bien, se trata de una interacción entre dos individuos capaces de elegir y ejercer mutuamente restricciones el uno sobre el otro, cada uno de ellos con sus propios recursos, objetivos, metas, intere-

⁴⁴ McFarland, *Power and Leadership in Pluralistic Systems*, Stanford, Stanford University Press, 1969, p. 29.

⁴⁵ Nagel, *The Descriptive Analysis of Power*, New Haven, Yale University Press, 1975, p. 29.

⁴⁶ Dahl, *Modern Political Analysis*, 3a. ed., Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1976, p. 30; cursivas en el original.

ses y estrategias. Si bien las intenciones y recursos del primero restringen las opciones y conductas del segundo, no por ello determinan en una forma rígida dichas opciones y conductas.

Esta "laxitud de la correspondencia" entre el comportamiento y las intenciones de los actores involucrados en un intento de ejercicio del poder significa que su relación no es realmente generalizable; tampoco se presta muy bien a una explicación propia de una ley general. Como lo indicaron Hart y Honor: "La afirmación de que alguien hizo algo porque [...] otro individuo lo amenazó, no implica ni tampoco equivale a afirmar que, en caso de que se repitan las circunstancias, ocurrirá la misma acción; semejante afirmación tampoco requiere, para su defensa, de una generalización, como suele suceder con las afirmaciones causales ordinarias."⁴⁷ Estas consideraciones nos llevan a concluir que la relación de poder no es causal, al menos no en el sentido explicativo del término.⁴⁸

Esta conclusión parece, en cierto sentido, ser compartida por Dahl y otros muchos de los politólogos que utilizan el lenguaje de la causalidad en sus definiciones de poder. Si, en vez de sus definiciones, examinamos sus análisis empíricos de las relaciones de poder que ocurren en situaciones políticas de la vida real, encontramos exámenes cuidadosos y precisos de las complejas interacciones que producen los resultados estudiados, los cuales no dependen de nociones simplistas de "misma causa, mismo efecto". En estos análisis sustantivos —en oposición a la factura de definiciones— se identifica un elemento de plasticidad al tiempo que se hace un manejo sutil y penetrante de la indeterminación.

Entonces, lo que parece destacar en esta área de la investigación política es un empleo retórico o metafórico —más que explicativo— del lenguaje causal en las formalizaciones y definiciones. Esto explica la ausencia de un subsiguiente empeño de análisis causal real en la investigación sustantiva. Esta laguna en cierta forma incongruente posiblemente responda a un empeño de los politólogos por crear un "efecto de halo" alrededor de sus formulaciones teóricas. Nuestro afán por lograr un pleno reconocimiento científico, nos condujo a

⁴⁷ H. L. A. Hart y A. M. Honor, *Causation in the Law*, Oxford, Clarendon Press, 1959, p. 52.

⁴⁸ Para mayor información sobre el tema, véase Terence Ball, "Power, Causation and Explanations", *Polity*, viii, invierno de 1975, pp. 189-214.

crear burdas imitaciones de los instrumentos y productos propios de las ciencias exactas con la esperanza de que nuestros piadosos deseos los hicieran realidad.

Estos tres elementos de la lógica implícita que en la actualidad sustenta gran parte de la investigación científica, parecen conllevar un modelo sustantivo del mundo político muy semejante al "modelo del reloj" descrito por Popper. Esto no significa que haya politólogos que realmente *vean* el mundo político en esta forma; sin duda alguna todos coincidimos en que éste a menudo *parece* ser bastante permeable, irregular e impredecible. Más bien significa que el arsenal de principios y procedimientos metametodológicos que tomamos de las ciencias físicas —o mejor dicho, de cierta perspectiva filosófica de las ciencias físicas— contiene toda una serie de postulados sustantivos que proclaman el principio de "todas las nubes son relojes". Si nos concretamos a buscar generalizaciones y regularidades en los procesos políticos, si formulamos nuestras explicaciones sólo en términos del modelo de la ley general, empeñamos nuestro esfuerzo —lo reconozcamos o no— en un programa disciplinario de investigación encaminado a eliminar los aspectos nebulosos y propositivos de la realidad política con el propósito de revelar su "verdadera" estructura presuntamente comparable con el mecanismo de un reloj. Ahora bien, en caso de *no* tener la política semejante estructura, dicho programa se vuelve del todo inoperante. Nosotros así lo creemos: el actual dilema de la ciencia política puede explicarse en gran medida por el hecho de que los postulados basados en el "modelo del reloj" no son apropiados para estudiar la sustancia de los fenómenos políticos.

LA ADOPCIÓN DEL MODELO DEL RELOJ Y SU EFECTO EN LA INVESTIGACIÓN POLÍTICA Y LA PEDAGOGÍA

El movimiento hacia las ciencias exactas en el estudio de la política constituye una fase de la revolución científica de las últimas décadas. Los espectaculares avances en la física y la biología, así como el extraordinario aumento de los fondos destinados a la investigación científica se convirtieron en una característica nacional y crearon un clima de optimismo. Por ello, no debe causar sorpresa que los poli-

tólogos quisieran participar en tan emocionante y remuneradora aventura.

Algunos de los más renombrados filósofos de la ciencia invitaron a la ciencia política a imitar a las ciencias exactas con el argumento de que la realidad política se ajustaba a los mismos poderosos métodos que son tan eficaces en la física y la biología. Ésta es una de las posturas fundamentales de la tradición positivista lógica en la filosofía de la ciencia,⁴⁹ y ha sido el punto de partida de numerosos libros y artículos en los que se intentó enseñar a las ciencias sociales y a la historia cómo lograr un *status* "verdaderamente" científico.⁵⁰ Hubo, además, pruebas inmediatas del éxito de la estrategia de las ciencias exactas dentro de las ciencias sociales mismas. La psicología y la economía fueron las primeras disciplinas pertenecientes a las ciencias sociales que se movieron en esta dirección, y demostraron las posibilidades de los métodos experimentales, así como las de sofisticados métodos de cuantificación, de la simulación por computadora y los modelos matemáticos. La combinación de una legitimación filosófica con el probado avance de la psicología y la economía tenía un atractivo al que costaba resistirse.

Como consecuencia de estas legitimaciones y efectos de demostración, la estructura incentiva de la ciencia política comenzó a apoyar la orientación copiada de las ciencias físicas. Las presiones hacia el conformismo pueden medirse en términos de prestigio, artículos en revistas especializadas, distinciones y becas. Importantes fuentes de financiamiento para la investigación y distinciones académicas, como la National Science Foundation, fueron dominadas por las ciencias exactas; las diversas ramas de las ciencias sociales fueron socios menores en estos organismos, y las ciencias políticas el último de estos socios. Los proyectos cuya formulación parece apegarse a los requerimientos del rigor científico han gozado de considerable apoyo financiero.

⁴⁹ Véase Von Wright, n. 40, cap. 1.

⁵⁰ Véase, por ejemplo, Nagel, n. 30; Hemel, n. 30, cap. 9; May Brodbeck, "Explanation, Prediction, and 'Imperfect' Knowledge", en Herbert Feigl y Grover Maxwell (comps.), *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, vol. 3, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1962; Richard S. Rudner, *Philosophy of Social Science*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1966; Rudner, "Comment: On the Evolving Standard View in Philosophy of Science", *American Political Science Review*, vol. 66, septiembre de 1972.

La consecuencia más importante de esta emulación de las ciencias exactas quizá haya sido el hincapié en el método como criterio principal para evaluar la calidad de la investigación en las ciencias políticas. En la actualidad, las más importantes tradiciones de la investigación tienden a definirse a través de sus metodologías en vez de sus enfoques sustantivos. Un resultado —aunque ciertamente no una consecuencia necesaria— de este principio de organización ha sido que el valor de estos trabajos parece medirse principalmente a partir de su virtuosismo técnico, y de manera secundaria en función de la importancia de los problemas tratados.

En las dos últimas décadas, se ha observado un poderoso movimiento hacia la cuantificación en la ciencia política. Riker celebró esta tendencia en un reciente comunicado a la *American Political Science Review*, en el cual comenta que alrededor de las dos terceras partes de los artículos publicados en números recientes de esta revista estaban basados en análisis cuantitativos que empleaban estadística sofisticada.⁵¹ No cabe duda de que la cuantificación propició importantes avances en la ciencia política y otras ciencias sociales. Sin embargo, también originó una cantidad considerable de ejercicios pseudocientíficos que destacan la forma, mas no la sustancia de la investigación en las ciencias físicas. Semejantes estudios tienden a proliferar cuando el uso de la cuantificación se considera por sí misma como un fin y no como un medio para lograr la comprensión de problemas políticos concretos. En fechas recientes, este afán de cuantificación impropio ha sido el tema de críticas a la investigación en las áreas de relaciones internacionales,⁵² política comparativa,⁵³ estudios administrativos⁵⁴ y otras.

En la ciencia política, el análisis cuantitativo ha tendido hacia el uso de métodos estadísticos más sofisticados. Sin embargo, la estructura de los datos manejados por la investigación en las ciencias

⁵¹ William H. Riker, citado en "Editorial Comment", *American Political Science Review*, vol. 68, junio de 1974, pp. 733-734.

⁵² Edward R. Tufte, "Improving Data Analysis in Political Science", *World Politics*, xxi, julio de 1969.

⁵³ Andrew Mack, "Numbers Are not Enough", *Comparative Politics*, vii, julio de 1975.

⁵⁴ Ralph E. Strauch, "A critical Look at Quantitative Methodology", *Policy Science*, ii, invierno de 1976.

sociales a menudo entra en conflicto con los postulados que fundamentan la teoría estadística confirmatoria. No hay que subestimar los problemas que conlleva la aplicación de complicados métodos estadísticos a datos no aleatorios, no lineales o no aditivos.⁵⁵ Gran parte del poder de inferencia de estos métodos se pierde cuando la estructura de los datos no se ajusta a los rígidos requerimientos de la teoría.

Estas dificultades han sido tan importantes como para conducir a algunos expertos en estadística, como John Tukey, en Princeton, a diseñar otras técnicas de análisis de datos que, a pesar de no ser tan poderosas como los métodos estadísticos más avanzados, son más compatibles con las características propias de los datos sociopolíticos.⁵⁶ Con esto, parece que hemos caído en una trampa similar a la de las primeras fases del desarrollo del Tercer Mundo, cuando se introdujeron "altas tecnologías" en países agrícolas pobres sin considerar la desorganización resultante. Estamos descubriendo que una tecnología estadística intermedia, que tome en cuenta las características especiales de los datos sociales, es más apropiada para las ciencias sociales que los métodos muy avanzados.

Junto a este hincapié en la estadística dentro de la ciencia política, existe un interés en las matemáticas y la construcción de modelos sencillos y apegados a una rigurosa lógica. En el área de la política comparativa, este enfoque ha sido promovido por Holt y Richardson, quienes mantienen que "los politólogos necesitan recurrir a las matemáticas", para que la disciplina avance científicamente. Distinguen cuidadosamente entre esta vía y la estadística: "Al exigir un uso más extensivo de las matemáticas, no nos referimos a la estadística [...] La estadística dota a la ciencia con una base para la *inducción* rigurosa. Nuestra crítica apunta hacia la urgente necesidad, en política comparativa, de una deducción más rigurosa y en esto es donde

⁵⁵ Véase, por ejemplo, Hayward R. Alker, "The Long Road to International Relations Theory: Problems of Statistical Nonadditivity", *World Politics*, xvii, julio de 1966; Hubert M. Blalock, "Correlated Independent Variables: The Problem of Multicollinearity", en Edward R. Tufte (comp.), *The Quantitative Analysis of Social Problems*, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, 1970.

⁵⁶ Tukey, *Exploratory Data Analysis*, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, 1977; David C. Hoaglin, *A First Course in Data Analysis*, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, en prensa.

las matemáticas, y no la estadística, son importantes.⁵⁷ A. James Gregor, Oran Young⁵⁸ y otros autores, coinciden con esta postura.

El problema con los modelos matemáticos estriba en que no se ajustan bien a las complejidades de los fenómenos representados. Así, por ejemplo, Oran Young, un gran defensor del uso de modelos en las relaciones internacionales, hace la ingenua observación de que "el peligro inherente de este procedimiento es que sus productos pueden no ser muy importantes para el mundo real de las relaciones internacionales en un futuro indeterminado".⁵⁹ Holt y Richardson arguyen, por su parte, que una ciencia política centrada en los modelos matemáticos forzosamente necesita adoptar una visión muy circunscrita de la realidad política, y desentenderse de la resolución de problemas: "Una ciencia consagrada al estudio de problemas de orden social y moral, no puede emplear de manera importante este tipo de paradigmas o este compromiso con las matemáticas que se requieren. Si la ciencia política ha de avanzar, debe hacer de lado semejante compromiso profesional con la resolución de problemas sociales y morales".⁶⁰

Un aspecto del enfoque matemático en la ciencia política merece especial atención: se trata del uso de modelos de elección racional para explicar el comportamiento político. Estos modelos son de particular interés toda vez que abordan los elementos más abstrusos de los procesos políticos —las decisiones individuales y colectivas de los actores políticos— y pretenden manejarlos conforme un esquema determinista. Algunos analistas arguyeron que si el estudio de la política había de convertirse en una ciencia verdadera, era fundamental que hiciera de la racionalidad su concepto medular. Así, Riker y Ordeshook postulan una analogía explícita entre la racionalidad, por una parte, y la noción de mecanismo por la otra:

Es evidente que las premisas de racionalidad y de mecanismo desempeñan papeles equiparables en la explicación de la realidad social y política.

⁵⁷ Robert T. Holt y John M. Richardson, Jr., "Competing Paradigms in Comparative Politics", en Holt y John E. Turner (comps.), *The Methodology of Comparative Research*, Nueva York, Free Press, 1970, p. 70.

⁵⁸ Gregor, "Political Science and the Uses of Functional Analysis", *American Political Science Review*, vol. 62, junio de 1968, pp. 425-439; Young, n. 34.

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ Holt y Richardson, n. 57, pp. 70-71.

Las premisas mecánicas establecen que en todos los fenómenos, existen características que garantizan (generalmente) cierta regularidad en sus comportamientos, en tanto que según la noción de racionalidad, algo hay en los individuos que les hace actuar de una forma (por lo común) regular. En cada caso, se tiende a generalizar una función de regularidad.⁶¹

Aquí, el tipo de regularidades que interesan a Riker y Ordeshook son de un tipo especial —por tratarse de regularidades “postuladas”, mas no “observadas”. Reconociendo que las decisiones en situaciones empíricas no muestran, por lo general, un grado de regularidad que garantice explicaciones y teorías deductivas, Riker y Ordeshook fundamentan su teoría política en las formas en que se *comportarían* los individuos si fueran positivistas lógicos. Desde luego, semejante teoría no es más que un reflejo imperfecto de la realidad política. Sin embargo, esta pérdida sustantiva se considera aceptable a la luz de una ganancia metodológica: “El método de la regularidad postulada decididamente es más eficiente, porque permite la fácil generación de hipótesis y ofrece una explicación única y parsimoniosa del comportamiento.”⁶²

La popularidad de los modelos de elección racional en la ciencia política desconcertaría a quien no estuviera familiarizado con la actual jerarquía de prioridades metodológicas y substantivas prevaleciente en la disciplina. Sin embargo, con dicha jerarquía en mente, se hacen comprensibles algunos ejercicios particularmente confusos. Por ejemplo, en el *Handbook of Political Science*, de reciente publicación, J. Donald Moon presenta un artículo sobre “The Logic of Political Inquiry”. (La lógica de la indagación política).⁶³ Este artículo expone de manera convincente el modelo D-N de explica-

⁶¹ William H. Riker y Peter C. Ordeshook, *An Introduction to Positive Political Theory*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1973, p. 11. Una curiosa aunque sobria evaluación de la utilidad de los modelos de elección racional, para la explicación y predicción del comportamiento de coalición, se ofrece en Abram De Swann, *Coalition Theories and Cabinet Formations*, San Francisco, Jossey-Bass, 1973.

⁶² Riker y Ordeshook, n. 61, pp. 11-12. Por “explicación”, es de suponerse que Riker y Ordeshook entienden, en realidad, “definición”, toda vez que el postulado de racionalidad *define* un tipo (hipotético) de comportamiento, pero en modo alguno lo *explica*.

⁶³ Moon, “The Logic of Political Inquiry: A Synthesis of Opposed Perspectives”, en Greenstein y Polsby, n. 13, p. 1.

ción, así como su contraparte, el modelo interpretativo, que explica el comportamiento en función de los motivos, intenciones, reglas y normas, etc. Después de señalar serias deficiencias en ambos, Moon se avoca a la tarea de elaborar una síntesis de los dos con el propósito de crear un marco de referencia más amplio para la explicación política. Por desgracia, dicha "síntesis" no es sí una síntesis; se trata más bien de la *sustitución* de un "modelo del hombre" como actor racional por el modelo interpretativo de explicación. Esto elimina la "laxitud" y falta de regularidad de la elección empírica, características del modelo interpretativo, y las sustituye con "presuposiciones [que] especifican las premisas de decisión de los actores, las cuales, junto con las descripciones de sus circunstancias, configuran la exposición razonada de las acciones que determinan todo el esquema del comportamiento social [...] que [...] los teóricos pretenden explicar".⁶⁴

Como las regularidades que interesan a Riker y Ordeshook, estas "presuposiciones" se postulan (especifican) *a priori*. Sustituyen los aspectos contingentes de la elección y acción empíricas por premisas causales y generalizadoras. De esta forma, las elecciones se reducen a un algoritmo que especifica un resultado necesario derivado de un cálculo utilitario igualmente necesario. El resultado final de esta reducción sustantiva es una definición de la elección en función de las relaciones de causa y efecto; dicho en otras palabras, ¡una definición de la elección que niega la existencia de la elección! Semejante conclusión no dejaría de sorprendernos si no conociéramos la actual prioridad del método sobre la sustancia en la ciencia política. Así, podemos ver claramente que Moon se esfuerza por ajustar su recalcitrante materia de estudio a la estricta exigencia de una noción metodológica de necesidad bastante ajenas a las realidades de la elección política.

Semejante énfasis en el modelo reduccionista de explicación, cuantificación y formalización también sobrecargó el plan de estudios de la disciplina. Si un politólogo necesita ser especialista en estadística, al mismo tiempo que psicólogo y sociólogo, es preciso hacer de lado parte del plan de estudios tradicional a fin de ceder espacio a estas nuevas disciplinas y técnicas. Quien haya impartido cátedra en un departamento de ciencias políticas en el transcurso de

⁶⁴ *Ibid.*

las dos últimas décadas, bien recordará el inexorable proceso de estrechamiento y tecnificación del plan de estudios, en el que se redujeron los requerimientos de dominio de lenguas extranjeras, y los de investigación de campo de cinco a cuatro, luego a tres, e incluso a dos. A mediados de la década de los sesenta, alguien podía obtener un doctorado en ciencias políticas con escaso o nulo conocimiento de teoría política, historia política, sistemas políticos extranjeros, relaciones internacionales e incluso política y administración pública estadounidenses. Como observó Hayward Alker en fechas recientes: "La obligación de proporcionar a los estudiantes universitarios un entrenamiento intensivo en métodos cuantitativos multivariados, como el análisis factorial, nos deja menos tiempo para inculcarles un conocimiento profundo del pensamiento y obras de los autores clásicos en materia de política [...] Así, la formación moderna difícilmente permite entender la política moderna, en la que se plantean una y otra vez cuestiones relativas a la restructuración de sistemas".⁶⁵

Junto con este estrechamiento y tecnificación del plan de estudios para universitarios, se observa una degradación de las viejas tradiciones intelectuales en las ciencias sociales y políticas. La teoría y filosofía políticas, el derecho y la administración pública, y el análisis descriptivo de las instituciones, se convirtieron en materias defensivas, periféricas y secundarias. Como resultado, gran parte de la tradición de las ciencias políticas dejó de transmitirse de una forma efectiva a las nuevas generaciones.

Lo que planteamos aquí es que la "ciencia" no es una serie de métodos derivados de la física matemática, como quisieran hacérsenos creer los filósofos neopositivistas; se trata, finalmente, de un compromiso para explorar y tratar de entender determinado sector de la realidad empírica. Los medios que se emplean en la persecución de este objetivo deberían ser secundarios: en la "buena" ciencia, se ajustan los métodos a la materia de estudio en vez de truncar o distorsionar ésta con el único propósito de que coincida con una noción predeterminada del "método científico". Ésta es la lección que los politólogos deberían extraer de las ciencias físicas. Sin embargo, optaron por pasarla por alto y, en el proceso, desvirtuaron lo que Abraham Kaplan denominara "autonomía de la investi-

⁶⁵ Alker, "Polimetrics: Its Descriptive Foundations", en Greenstein y Polsby, n. 13, vii, p. 157.

gación".⁶⁶ Para rehabilitar a su disciplina, "los científicos sociales necesitan construir sus propias nociones de 'buena ciencia', así como un enfoque metodológico apropiado a su especialidad [...] Ello implica renunciar a la idea de que existe una íntima analogía entre las ciencias sociales y la investigación básica en ciencias físicas".⁶⁷

REFLEXIONES ACERCA DE LA PSICOLOGÍA Y LA ECONOMÍA

Gran parte del conocimiento que nuestra disciplina ha adquirido sobre el "método científico" fue transmitido a través de las dos ramas que han "marcado el paso" en las ciencias sociales: la psicología y la economía. Si examinamos con detenimiento el estado actual de estas disciplinas, pioneras en el uso de métodos estadísticos, modelos matemáticos y técnicas experimentales, observamos indicios de duda y desilusión.

La psicología, de manera semejante a la ciencia política, ha sido escenario, en el transcurso de las dos últimas décadas, de un "gran debate" casi constante en torno a los principios conceptuales y metodológicos en su campo de estudio. ¿Cómo conceptualizar al hombre, materia de estudio de la psicología? ¿Qué clase de saber debe la psicología aspirar a adquirir, y cuál es la mejor manera de lograrlo? Más tarde, algunos participantes en este debate se volvieron más críticos con respecto a la ortodoxia establecida y comenzaron a poner en tela de juicio postulados sacrosantos. Estos críticos no constituyen la inevitable minoría inconforme de cualquier disciplina; entre ellos figuran algunos de los más notables representantes de la profesión —quienes, de hecho, ayudaron a consagrar las mismas concepciones que ahora cuestionan.

El problema de la "imagen del hombre" en psicología ha sido abordado en numerosas ocasiones. En 1962, Isidor Chein expresó en su alocución presidencial ante la Society for the Psychological Study of Social Issues (Sociedad para el estudio psicológico de problemas sociales) una postura particularmente incisiva y lúcida. Chein arguyó que "entre los psicólogos [...] la imagen predominante de Hombre

⁶⁶ Kaplan, n. 31, p. 3.

⁶⁷ Mark J. Roberts, "On the Nature and Intention of the Social Science", *Dadalus*, vol. 103, verano de 1974, pp. 61-62.

es la de un ser meramente reactivo, cuyas respuestas son totalmente determinadas por dos series distintas y separadas, si bien interactivas, de factores: (1) las fuerzas que inciden en él y (2) su constitución (incluidos en esta última [...] estados psicológicos transitorios)".⁶⁸ Mantuvo que dicha imagen es a todas luces falsa, y que los psicólogos sólo pueden aferrarse a ella "faltando a nuestro deber primordial como científicos —mantener la fe en nuestra materia de estudio, respaldar escrupulosamente nuestras observaciones y observar evitando toda parcialidad deliberada".⁶⁹

Lo que niega esta imagen es algo que la observación corrobora claramente, a saber: que el hombre es "*un agente activo y responsable*, y no un ente meramente reactivo *pasivo e impotente*". Chein prosigue: "Afirmando que no hemos de dejarnos seducir, como les ha sucedido a tantos de nosotros, por aquellas pretenciosas conceptualizaciones psicológicas que pretenden despojar al Hombre de una de sus cualidades inalienables, es decir, la libertad —y en el proceso, hacen al Hombre, como agente psicológico, inaccesible."⁷⁰

Este planteamiento se asemeja en muchos sentidos al de Popper. La premisa determinista del "control férreo" sobre la elección y la acción, se desecha a favor de una concepción que admite la autonomía de la acción humana en la creación, lo mismo que en sus respuestas ante la realidad. Curiosamente, Chein se proclama determinista —al considerar que cualquier evento posee condiciones necesarias y suficientes— pero arguye que los motivos y propósitos contribuyen a determinar las acciones humanas, y así sujeta éstas al control del hombre. Por lo tanto, Chein, al igual que Popper, está interesado en conocer de qué forma "eventos mentales", como los propósitos, deliberaciones y proyectos, pueden contribuir para provocar cambios en el mundo físico.

En su discurso presidencial ante la American Psychological Association en 1975, Donald Campbell hizo un llamado a los psicólogos para que asumieran una actitud de humildad epistemológica y reconocieran que "todo saber científico es indirecto, tentativo y, en el mejor de los casos, [está] imperfectamente comprobado". Prosiguió

⁶⁸ Chein, "The Image of Man", *Journal of Social Issues*, xvm, octubre de 1962, p. 3.

⁶⁹ *Ibid.* Rom Harre y P. F. Secord aportan argumentos similares en *The Explanation of Social Behavior*, Totowa, New Jersey, Rowman & Littlefield, 1972.

⁷⁰ Chein, n. 68, p. 2; cursivas en el original.

arguyendo que el reduccionismo en la psicología debe considerarse como la primera etapa de una estrategia de investigación a largo plazo, mas no como un fin en sí mismo:

Considerando las complejidades de nuestra especialidad y de nuestros modelos a partir de la historia de las ciencias, cabe recomendar para la psicología una estrategia inicial de sobresimplificación deliberada. Pero esto garantiza que en las primeras etapas de su desarrollo, la ortodoxia teórica habrá de ser engañosamente reduccionista al representar a los seres humanos como máquinas más sencillas de lo que realmente son. Si en esta etapa, los psicólogos pierden de vista el hecho de que esta postura no es más que una etapa de una estrategia de largo plazo, si, en vez de ello, sobrestiman el grado de perfección de sus actuales teorías y promulgan como verdades últimas estos planteamientos iniciales, el resultado final será en detrimento de los valores populares [...] Aquí nuevamente, una ciencia que requiera una estrategia inicial de sobresimplificación deliberada corre el riesgo de agrupar a estudiosos empeñados en adoptar una perspectiva degradante, mecanicista y reduccionista de la naturaleza humana.⁷¹

En la actualidad, por lo menos algunos psicólogos han logrado ir más allá de esta imagen mecanicista del hombre y su labor de investigación se basa en una concepción más realista y provechosa. Por ejemplo, entre los nuevos enfoques de la psicología social figura una "teoría de la atribución" que examina las premisas e hipótesis operantes que integran la "psicología *naïve*" del individuo común en su interpretación de los comportamientos propios y ajenos. Lee Ross, uno de los principales exponentes de esta teoría, explica los alcances de este enfoque:

La actual importancia de la teoría de la atribución en la psicología social es la culminación de una larga lucha por mejorar la concepción del hombre dentro de esta disciplina. Al dejar de ser el autómatas movido por los mecanismos de estímulo-respuesta (E-R) del conductismo radical, y al ser promovido más allá del rango de procesador de información y perseguidor de consistencia cognoscitiva, el hombre psicológico se ha visto otorgar una categoría por lo menos igual a la del científico que

⁷¹ Campbell, "On the Conflict Between Biological and Social Evolution and Between Psychology and Moral Tradition", *American Psychologist*, xxx, diciembre de 1975, pp. 1120-1121.

estudia su comportamiento. Porque el hombre, en la óptica de la teoría de la atribución, es un psicólogo intuitivo que intenta explicar la conducta y hacer inferencias acerca de los actores humanos y sus entornos.⁷²

Y ¿qué decir del segundo problema de la psicología: el tipo de conocimiento que puede aspirar a alcanzar acerca del ser humano? El psicólogo educativo Lee Cronbach examinó cuidadosamente esta cuestión en fechas recientes. Al reflexionar sobre sus actividades en psicología social experimental en el transcurso de las últimas dos décadas, se pregunta si la ciencia social debería aspirar a reducir el comportamiento a leyes. Observa que "los científicos sociales en general, y los psicólogos en particular, han aplicado la metodología de la ciencia física a su trabajo, esperando acumular generalizaciones empíricas, reestructurarlas en leyes más generales, y armar una teoría coherente con leyes dispersas. Aún falta mucho para que tan nobles aspiraciones se hagan realidad".⁷³

Cronbach arguye que el problema fundamental con esta metodología estriba en que las leyes de las ciencias sociales, a diferencia de las leyes físicas, parecen ser sumamente mutables. Como él mismo lo dice: "Las generalizaciones se debilitan". Y prosigue: "En un momento, una conclusión describe atinadamente la situación existente, más adelante, muestra cierta variación, y a final de cuentas, su validez es sólo histórica. La media vida de una proposición empírica puede ser larga o corta. Cuanto más abierto esté un sistema, más probabilidades hay de que sea de corta duración la media vida de las relaciones que lo conforman." Compara la faena de construir teorías de esta forma con un problema de ensamble mecánico: "Es como si necesitáramos una gruesa de celdas secas para dar energía a un motor, y solamente podemos construir una por mes. La energía se escaparía de las primeras celdas antes de que termináramos de construir únicamente la mitad de la pila. Lo mismo acontece con la potencia de nuestras generalizaciones."⁷⁴

⁷² Ross, "The Intuitive Psychologist and His Shortcomings: Distorsions in the Attribution Process", en L. Berkowitz (comp.), *Advances in Experimental Social Psychology*, x, Nueva York, Academic Press, 1977, p. 174.

⁷³ Cronbach, "Beyond the Two Disciplines of Scientific Psychology", *American Economic Review*, vol. 63, marzo de 1973, p. 2.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 122-123.

Al final de este artículo, en el que se reseñan dos décadas de aspiración a una psicología nomológica, Cronbach escribe:

Los científicos sociales con razón se enorgullecen de la disciplina que configuramos a partir de quienes estaban orientados hacia las ciencias naturales de entre nuestros antecesores. La disciplina científica constituye nuestra peculiar aportación a las maneras clásicas de estudiar al hombre. Sin embargo, una identificación demasiado estrecha con la ciencia ha fijado nuestra mirada en un blanco inadecuado. El objetivo de nuestro trabajo, como expliqué antes, no es formar una montaña de generalizaciones en cuya cima podamos algún día erigir una torre teórica [...] La tarea específica del científico social de cada generación consiste en aislar e identificar los eventos contemporáneos. Una vez concluida esta faena, comparte con el estudioso humanista y el artista la responsabilidad de desentrañar las relaciones contemporáneas y ajustar la concepción cultural del hombre a las realidades actuales.⁷⁵

La economía, lo mismo que la psicología y la psicología social, también ha tenido sus problemas en los últimos años. Los temas críticos han mostrado una sorprendente consistencia; la disciplina se antoja aislada y cerrada, al mostrar sus modelos formales muy poca semejanza con la realidad empírica que debiera interesar a los economistas. Esta clase de críticas han sido desde hace mucho tiempo el capital accionario de figuras tan prominentes de la profesión como Gunnar Myrdal y John Kenneth Galbraith. Myrdal, por ejemplo, arguyó que los economistas no lograron generar conocimientos significativos debido a su desmedido apego a la metodología más esquemática de las ciencias naturales:

En las últimas décadas [...] mis colegas economistas han hecho un esfuerzo enorme e incluso agotador por emular aquello que consideran son los métodos de las ciencias naturales, elaborando modelos exageradamente simplificados, a menudo rematados con un barniz de matemáticas [...]

Sin embargo, debiera ser evidente que la adopción de un modelo que los científicos naturales, mediante preguntas sencillas y concretas, pueden emplear para fines de análisis y presentación, no confiere a las ciencias sociales un carácter más científico, y que dicho modelo no refleja la realidad social y, por lo tanto, no es apto para el análisis de la misma.⁷⁶

⁷⁵ *Ibid.*, p. 126.

⁷⁶ Gunnar Myrdal, *Against the Stream: Critical Essays on Economics*, Nueva York, Vintage, 1972, p. 143.

Asimismo, Galbraith, en el contexto de su alocución presidencial de 1972 ante la American Economic Association, reprendió al gremio por no abordar problemas económicos prácticos: "La economía neoclásica o neokeynesiana, si bien ofrece un sinnúmero de oportunidades para perfeccionarnos, tiene una falla decisiva. No ofrece instrumentos que nos permitan acometer contra los problemas económicos que actualmente agobian a la sociedad moderna [...] Ningún esquema para la perpetuación del saber es seguro si este saber entra en contacto con los problemas que pretende resolver".⁷⁷

Últimamente, éstas inquietudes y preocupaciones se han propagado. Marc Roberts, un joven economista, afirma que "una parte significativa del trabajo teórico más reciente en la economía ha sido de poco valor científico. Numerosos ensayos exploran cuestiones no planteadas por la realidad misma, sino por un modelo ajeno".⁷⁸ Algunas de las figuras más reconocidas de la comunidad de economistas parecen compartir esta opinión. Oskar Morgenstern, en un ensayo de gran trascendencia publicado en 1972, arguye que la economía está en crisis por carecer de los conceptos, métodos y filosofía que se requieren para tratar eficazmente con la realidad social y política. Después de un análisis de la actual teoría del equilibrio, Morgenstern afirma:

El contraste con la realidad es impactante; la teoría económica necesita aprender "a bailar al compás de la historia".

Persisten, claro está, la posibilidad y la tentación de probar toda clase de teoremas carentes de cualquier tipo de importancia empírica [...] Sin embargo, el criterio último es si el planteamiento del teorema corresponde o no a la realidad. Uno no puede menos que recordar el cuento de Hans Christian Andersen acerca del traje del emperador.⁷⁹

Wassily Leontiev, ganador del Premio Nobel Conmemorativo por la invención el análisis de insumos-resultados, se muestra aún más pesimista. En su discurso como presidente ante la AEA, dos años anterior al de Galbraith, arguyó que "el malestar [en la economía] no se debe a la irrelevancia de los problemas prácticos estudiados por

⁷⁷ John K. Galbraith, "Power and the Useful Economist", *American Economic Review*, vol. 63, marzo de 1973, p. 2.

⁷⁸ Roberts, n. 67, p. 60.

⁷⁹ Morgenstern, "Thirteen Critical Points in Contemporary Economic Theory", *Journal of Economic Literature*, x, diciembre de 1972, pp. 1164-1165.

los economistas contemporáneos, sino más bien a la evidente *inadecuación* de los instrumentos científicos que emplean para resolver estos problemas [...] Un infundado entusiasmo por las formulaciones matemáticas a menudo tiende a enmascarar el efímero contenido sustantivo del argumento amparado por un formidable escudo de signos algebraicos". Y concluye que "en ningún campo de la investigación empírica se ha empleado tan masiva y sofisticada maquinaria estadística con tan deleznable resultados".⁸⁰

Los problemas en la economía, como en la psicología, parecen ser básicamente de índole sustantiva. Morgenstern, casi como Popper, afirma que la economía no ha sabido abordar los aspectos no físicos de los procesos económicos:

Este exagerado hincapié en los aspectos físicos del proceso económico [...] se antoja unilateral cuando nos percatamos de que son planes, decisiones, preferencias, niveles de información, expectativas, etc., los que determinan el movimiento y el significado de los componentes físicos del fenómeno económico. Tenemos nociones poco menos que generales acerca de cómo describir y medir su participación en una situación concreta. ¿Disponemos siquiera de una buena metodología que aplicar?⁸¹

En buena parte de la teoría y acaso de la práctica económica, solía considerarse, y al parecer aún se hace, que esta clase de decisiones y expectativas podían desecharse toda vez que tendían a anularse mutuamente en la clásica situación de mercado. Sin embargo, numerosos economistas contemporáneos atribuyen gran parte del dilema empírico de la disciplina a un error al apreciar el grado en que las decisiones políticas actualmente rebasan a los mecanismos del mercado. Galbraith destaca que "debemos ahora asumir que aproximadamente la mitad de los resultados económicos están regidos por un poder o un sistema de planificación y no por el sistema de mercado".⁸² Esta injerencia de la planificación en el proceso económico ha sido en menoscabo de las propiedades predictivas de la teoría económica. Robert Heilbroner, al comentar la incapacidad de la economía para predecir el curso de una economía nacional, remarca que "tal

⁸⁰ Leontiev, "Theoretical Assumptions and Nonobserved Facts", *American Economic Review*, vol. 61, marzo de 1971, pp. 1, 2, 3; cursivas en el original.

⁸¹ Morgenstern, n. 79, pp. 1187-1188.

⁸² Galbraith, n. 77, p. 4.

vez sea menos capaz de hacerlo que antes, ya que la economía ahora es más el producto de la toma de decisiones, que el resultado de la interacción de fuerzas interpersonales, por lo que está predicción se hace más difícil".⁸³

Tan grave problema de la economía parece tener importantes repercusiones en la ciencia política. Los economistas afirman que en la misma medida en que se *politice* su disciplina, menos se prestará a metodologías científicas y formales. El efecto de las decisiones, es decir, de la posibilidad de encauzar la economía hacia nuevas direcciones, merma la regularidad de las fuerzas impersonales que antes permitieron exitosos ejercicios de predicción y esquematización. Esta conclusión no es muy esperanzadora para quienes contemplan una posible formalización de la ciencia política. En realidad, la tendencia parece apuntar en la dirección opuesta; ¡la trayectoria de la economía, de hecho, parece acercarse a la de la ciencia política!

Otro problema conexo que debieron acometer los economistas merece especial atención: el problema del debilitamiento de las generalizaciones. La economía, al igual que la psicología, ha fracasado en el intento de construir modelos empíricos perdurables para su materia de estudio. Como lo indica Leontiev:

En contraste con la mayoría de las ciencias físicas, estamos estudiando un sistema que no sólo es extremadamente complejo, sino que también se encuentra en constante mutación. No estoy pensando en el evidente cambio en las variables [...] que nuestras ecuaciones han de explicar, sino en las relaciones estructurales básicas descritas por la forma y los parámetros de dichas ecuaciones. Para saber cuáles son, realmente, las formas de estas relaciones estructurales en cualquier momento dado, necesitamos mantenerlas bajo continua vigilancia.⁸⁴

Estas reflexiones en torno a la economía y la psicología muestran cómo estas dos disciplinas maestras reconsideran actualmente sus anteriores estrategias explicativas y compromisos metametodológicos. Es evidente que sus esfuerzos por manejar las complejidades de la realidad social, basándose en un modelo tomado de las ciencias físicas, han tropezado con un mayor número de dificultades del que

⁸³ Citado en Wade Greene, "Economists in Recession", *New York Times Magazine*, 12 de mayo de 1974, p. 64.

⁸⁴ Leontiev, n. 80, p. 3.

esperaban. La ambivalencia de este empeño por encasillar el quehacer humano en las categorías y la lógica propias de las ciencias físicas no escapó a la atención del economista y filósofo social Albert Hirschman, quien señala en una obra reciente —en una sección titulada “Una pasión por lo posible”— que “la mayoría de los científicos sociales consideran tarea exclusiva de ellos la de descubrir y destacar regularidades, relaciones estables y secuencias uniformes” en vez de reconocer “la multiplicidad y el fecundo desorden de la aventura humana”. Mantiene que los científicos sociales estarían sorprendidos e incluso “desconcertados si su búsqueda de leyes generales conociere un éxito rotundo”, y concluye que: “Es muy factible [...] que todas las subsecuentes teorías y modelos de las ciencias sociales, y los inmensos esfuerzos implícitos, obedecen al noble, y acaso inconsciente, propósito de demostrar la irreductibilidad de la realidad social a leyes generales! No podría existir manera más contundente de ubicar a la realidad social en el reino de la libertad y la creatividad”.⁸⁵

La misma filosofía de la ciencia está atravesando un proceso de reevaluación y reorientación comparable al que ocurre en la psicología y la economía. El artículo de Popper que empleamos como guía metafórica para nuestro pensamiento no es más que un ejemplo de una tendencia más generalizada en el área, ejemplificada por esta obra,⁸⁶ así como por las de Polanyi,⁸⁷ Hanson,⁸⁸ Kuhn,⁸⁹ Quine,⁹⁰ Lakatos,⁹¹ Toulmin⁹² y otras muchas. Actualmente, la destacada po-

⁸⁵ Albert O. Hirschman, *A Bias for Hope*, New Haven, Yale University Press, 1971, p. 27.

⁸⁶ Popper, n. 1; *Conjectures and Refutations*, Nueva York, Basic Books, 1963; *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, Basic Books, 1959.

⁸⁷ Michel Polanyi, *Personal Knowledge*, Chicago, University of Chicago Press, 1958.

⁸⁸ Norwood R. Hanson, *Patterns of Discovery*, Cambridge, Cambridge University Press, 1958; *Observation and Explanation: A Guide to Philosophy of Science*, Nueva York, Harper and Row, 1971.

⁸⁹ Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1962.

⁹⁰ W. V. O. Quine, *Ontological Relativity*, Nueva York, Columbia University Press, 1969.

⁹¹ Imre Lakatos, “Falsification and the Methodology of Scientific Research Programmes”, en Lakatos y Alan Musgrave (comps.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970.

⁹² Stephen Toulmin, *Human Understanding*, 1, Princeton, Princeton University Press, 1972; *Foresight and Understanding*, Nueva York, Harper and Row, 1961.

sición ocupada por el positivismo lógico en la filosofía de la ciencia parece debilitarse. Los filósofos de la ciencia han dejado de considerar que su papel consiste en determinar las "reglas" de la ciencia, y ahora, más bien, buscan modelos de investigación descriptivos y explicativos. La ciencia es considerada como una actividad o proceso, y no como un mero producto de la lógica. En consecuencia, se comienza a apreciar hasta qué punto la ciencia —el más excelso logro de la actividad intelectual humana— parte y depende del sentido común básico, así como del saber sustantivo formal e informal.⁹³ Los filósofos están aprendiendo más acerca de cómo avanza y prospera la ciencia. La bibliografía más reciente en el área de la filosofía de la ciencia es rica en perspectivas e implicaciones para el avance de las ciencias sociales.

IMPLICACIONES

Si la realidad social como un todo posee propiedades distintivas que la hacen irreductible a simples modos deductivo-nomológicos de explicación, éste es especialmente el caso del estudio de la política que, de todas las ciencias sociales, es la que se enfoca más directamente en la persecución colectiva de objetivos y procesos adaptativos. Una ciencia política centrada sólo en la búsqueda de regularidades que limitan la libertad de elección dejaría de lado la característica principal de la realidad política, es decir, el empeño en eliminar limitaciones y descubrir soluciones óptimas a problemas inscritos en el contexto de las restricciones.

El antropólogo John W. Bennet recomienda para la teoría y la investigación antropológicas un enfoque centrado en el concepto de adaptación:

Más que en abstracciones derivadas del comportamiento, como la cultura o las fórmulas reductivas de la psicología o de la genética, [la adaptación] se centra en actores humanos que se esfuerzan por lograr objetivos, satisfacer necesidades y encontrar solaz al mismo tiempo que enfrentan las condiciones presentes. Al hacerlo, los seres humanos crean el futuro social generando nuevos problemas o perpetuando otros y, en este proceso, pueden incluso modificar la constitución biológica de la

⁹³ Véase Campbell, n. 71.

población [...] Al analizar los factores que orientan la elección de estrategias, logramos un mejor conocimiento de la posibilidad y dirección del cambio, así como de la relación del comportamiento humano con sus entornos.⁹⁴

En nuestra opinión, lo que Bennett dice acerca de la antropología se aplica con más fuerza aun a la ciencia política: "El fenómeno importante para una antropología de la adaptación son los propósitos, necesidades y anhelos dinámicos de la naturaleza humana". El hincapié debiera cambiar "hacia manejos estratégicos, es decir, esfuerzos por cumplir objetivos individuales y sociales mediante la movilización de recursos sociales y materiales. Esta clase de comportamiento humano ha llegado a ser predominante en el mundo contemporáneo, con su interdependencia y crecientes restricciones a la libre acción".⁹⁵

Duncan MacRae mantiene una tesis similar respecto a la evolución de las ciencias sociales en el transcurso de las últimas décadas:

Ellas [las ciencias sociales] evolucionaron de una forma anterior de análisis social, menos especializada y abstrusa, al imitar a las ciencias naturales [...] numerosos científicos sociales se convencieron de que la vía más efectiva para la aplicación provechosa radica en la investigación y teorización objetivas, libres de las complicaciones propias de la controversia ideológica y filosófica. En el proceso, desarrollaron terminologías técnicas y métodos de investigación distintivos, así como revistas especializadas y programas de estudios avanzados. Gracias a estos instrumentos, diferenciaron el discurso especializado propio del público en general, lo mismo que las comunicaciones de cada especialista. De esta manera, la evolución de las ciencias sociales durante las últimas décadas fue dirigida por el modelo de las ciencias naturales —por muy distinta que les pareciera ésta a los mismos especialistas en dichas ciencias.⁹⁶

La solución que propone MacRae para este problema de alejamiento de las ciencias sociales con respecto a la resolución de problemas sociales, consiste en instituir en las universidades una "dis-

⁹⁴ Bennet, "Anticipation, Adaptation, and the Concept of Culture and Anthropology", *Science*, vol. 192, 28 de mayo de 1976, p. 847.

⁹⁵ *Ibid.*, pp. 850-851.

⁹⁶ MacRae, *The Social Function of Social Science*, New Haven, Yale University Press, 1976, p. 3.

ciplina de análisis de políticas" en la que se combinen teorías y análisis sociales con un discurso ético disciplinado. MacRae cree que la actual situación de fragmentación cognoscitiva y valorativa en las disciplinas de las ciencias sociales sólo podrá superarse mediante una solución institucional —la introducción de departamentos de enseñanza e investigación especializados en el análisis de políticas y ciencias sociales aplicadas.⁹⁷

Tenemos menos confianza en las soluciones de tipo organizativo, y estamos convencidos de que la disciplina de la ciencia social —la cual ha propendido a abandonar la tarea que MacRae pretende ahora asignar a una disciplina especial— aún es capaz de desempeñar un papel central en el estudio y la evaluación de la administración pública. El poderoso atractivo del paradigma de las ciencias naturales ha comenzado a decaer conforme nuestros esfuerzos han sido insuficientes para nuestras aspiraciones. No obstante la fuerza de la citada tendencia entre nuestros metodologistas, en nuestras principales revistas y algunos de los más importantes centros de estudios avanzados, la mayoría de los integrantes de nuestro gremio en los Estados Unidos de Norteamérica y en el extranjero se opone activamente a este modelo, lo considera obsoleto por su misma prominencia o es indiferente hacia él. La mayor parte de los trabajos publicados en ciencias políticas se propone objetivos menos ambiciosos que una explicación nomotética. Estos trabajos incluyen reseñas descriptivas o históricas, o bien estudios de caso en los que se hace un uso moderado de marcos teóricos de referencia y generalizaciones, y tienden a la comprensión, interpretación y exploración de la realidad política y de las opciones administrativas señaladas por MacRae como cruciales para el análisis de políticas.

Podría argüirse que la búsqueda de un mayor rigor en nuestra comprensión de la política pudo haber progresado más si sus pretensiones y expectativas hubieran sido menos extremas, menos exageradas y menos difíciles de encajar en una realidad recalcitrante. Un enfoque más cauteloso del avance científico, en el que se reconociera las peculiaridades de la realidad humana y social, podría haber originado una aceptación más generalizada de una apropiada cuantificación, del valor heurístico de la formulación matemática formal, de los métodos experimentales, etcétera.

⁹⁷ *Ibid.*, pp. 277 ss.

Es interesante que hace un cuarto de siglo, en las postrimerías de la segunda Guerra Mundial, cuando en las disciplinas sociales apenas se iniciaba el movimiento hacia la ciencia, se entendió más claramente esta relación entre la búsqueda de regularidades y los esfuerzos del hombre por descubrir soluciones prácticas a sus dilemas. Basta con comparar una temprana obra sobre "alcances y métodos" con las más recientes antes citadas. Hace aproximadamente 25 años, muchos de los pioneros del movimiento conductista en las ciencias sociales participaron en la producción de una obra titulada *The Policy Sciences: Recent Developments in Scope and Method* (Las ciencias de la administración: avances recientes en alcances y métodos). En el capítulo principal, Harold Lasswell marcó sus prioridades: "Para nuestras necesidades administrativas, ¿cuáles son los temas de investigación más apropiados? [...] ¿Cuáles son los métodos más adecuados para acopiar datos e interpretar su significado para la administración? ¿Cómo los hechos e interpretaciones pueden ser efectivos en el proceso mismo de la toma de decisiones?" En el mismo ensayo, celebró la introducción de los métodos científicos en las ciencias sociales-estadística, modelos matemáticos y técnicas similares. Sin embargo, semejante giro científico en el método se inscribió en el contexto de la resolución de problemas, el esclarecimiento de valores y el mejoramiento de la condición humana. Lasswell buscaba en el método la posibilidad de realizar actos de "imaginación creativa" susceptibles de impulsar a la humanidad en direcciones constructivas que la apartarían de las tiranías y catástrofes de los años treinta y cuarenta.⁹⁸

Este vínculo entre la búsqueda de regularidades y la creatividad política —avizorada por la generación recién egresada de Washington y de los escenarios militares de la segunda Guerra Mundial— fue perdiéndose en el transcurso de las décadas siguientes. El llamado al "método" de Lasswell se interpretó y aplicó con los resultados mixtos que ya conocemos, sin embargo, sus alusiones a una "ciencia de la administración" fueron en gran parte desestimadas por las razones antes mencionadas.

Lo que se impugna aquí es el llamado "orden de picoteo" y la serie

⁹⁸ D. Lerner y H. D. Lasswell (comps.), *The Policy Sciences: Recent Developments in Scope and Method*, Stanford, Stanford University Press, 1952, pp. 3, 12.

de prioridades y asignaciones de recursos que llegaron a dominar la profesión en las últimas décadas. Dichas prioridades y políticas de asignación, y este orden de picoteo, son legitimados no por el éxito en la explicación de la realidad política, sino por el ejemplo y el efecto demostrativo de las ciencias exactas. Un orden de picoteo en el que las matemáticas y los sofisticados análisis estadísticos se consideran como los únicos garantes de una teorización "verdadera" o "poderosa", en tanto que las teorías resultantes de la interacción entre la imaginación y la inducción son juzgadas "heurísticas" o "débiles", no puede justificarse mediante el poder explicativo de la primera. La teorización, por definición, es poco concluyente en las ciencias humanas —tanto las teorías que aparentan "solidez" en virtud de su semejanza con las propias de la física, la economía o la psicología, como las que parecen "débiles" por extraer hipótesis del examen de casos individuales o de la experiencia histórica.

Otro aspecto del orden de picoteo que se critica aquí es la distinción entre la ciencia política pura y la aplicada. Incluso en las ciencias exactas, los réditos intelectuales comparativos de la llamada investigación pura y la aplicada no son del todo claros. Es común que surjan descubrimientos importantes de la investigación aplicada. En las ciencias sociales, incluida la ciencia política, esta diferencia pierde importancia toda vez que la característica distintiva de la realidad social es el comportamiento adaptativo del hombre. La parte de la disciplina que se aut nombra ciencia política pura, al buscar regularidades poderosas y perdurables, olvidó el propósito esencial de su actividad. En el mejor de los casos, aclara el contexto en que se dan las decisiones políticas; sin embargo, desatiende el proceso adaptativo de búsqueda, las opciones administrativas y sus consecuencias. Seguramente el estudio de la administración pública —en el contexto de los esfuerzos por adaptarse a, enfrentar y superar restricciones— es tan fundamental y legítimo como la búsqueda de regularidades restrictivas. De hecho, podríamos argüir que la esencia de la ciencia política —en la medida en que se defina por la esencia de la política que estudia— es el análisis de la elección en un contexto de restricciones. Esto colocaría en el mismo nivel a la búsqueda de regularidades, la persecución de soluciones a diversos problemas, y a la evaluación de las soluciones encontradas. Todas ellas serían partes de un esfuerzo común por enfrentar el destino político huma-

no con rigor, con la debida objetividad y un sentimiento ineludible de identificación con el objeto de estudio de los politólogos.

Nuestras políticas de apoyo a la investigación y de formación profesional deben librarse de la imitación de las ciencias exactas. Los estudios administrativos, institucionales y los sofisticados estudios filosóficos de valoración requieren del soporte de la investigación y de legitimidad como lo hacen los estudios matemáticos, estadísticos, y psicológicos y sociológicos reduccionistas. El conocimiento de la sustancia política en sus aspectos institucional, histórico y filosófico debe volver a colocarse en un plano de igualdad con las sofisticadas metodologías y el saber reduccionista en nuestros programas de estudios profesionales. Es preciso evaluar bajo una nueva luz toda la bibliografía de manuales metametodológicos y libros de texto que pretenden imponer el esquema de las ciencias exactas a la realidad política. Dichas obras no representan la "verdadera vía" del avance científico; más bien, constituyen una desviación histórica, un coqueteo con metáforas erróneas que en su momento cautivaron la imaginación de los científicos sociales. Ello les confiere una gran importancia histórica, sin embargo, su aplicación a problemas prácticos de investigación es limitada. Para avanzar desde el punto de vista científico, las disciplinas sociales requieren una filosofía de la ciencia propia basada en estrategias de explicación, posibilidades y obligaciones apropiadas a la realidad humana y social.

III. EL AJUSTE DE MODELOS EN LOS ESTUDIOS SOBRE EL COMUNISMO*

con LAURA ROSELLE

EN EL transcurso de las últimas décadas, la interacción entre la teoría política y los estudios de áreas se ha centrado en el ajuste de modelos —burdo, torpe y ocasionalmente optimista en un principio, y cada vez más certero y experimental con la experiencia y el paso del tiempo—. De todos los estudios de área, los dedicados a la URSS y Europa del Este (y ahora a China), han sido los más abiertos a este proceso de ajuste de modelos. Ello bien puede deberse a la poca información que se tiene de las sociedades comunistas, así como a un esfuerzo por lograr un mayor conocimiento experimentando con diferentes perspectivas teóricas.

En este capítulo, queremos dejar claro que esta experiencia de ajuste de modelos no debe descartarse como etnocentrismo e imperialismo cultural por una parte, o bien calificarse de “viaje conceptual [...] desinformación conceptual [...] alargamiento conceptual [...] o tensión conceptual” con un común denominador de torpeza metodológica por la otra.¹ En este sentido, Binder y Sartori están equivocados. Estamos seguros de que Binder no describe acertadamente los trabajos de sus colegas cuando se refiere a la “teoría de la modernización” como “una transferencia académica y pseudocientífica del paradigma ideológico dominante empleado en la investigación relativa a los sistemas políticos estadounidenses” hacia áreas extranjeras y en particular no occidentales.² Y Giovanni Sartori, en su encomiable búsqueda de una conceptualización cuidadosa, pre-

* De Gabriel A. Almond, con Laura Roselle, “Model Fitting in Communism Studies”, en Thomas F. Remington (comp.), *Politics and the Soviet System*. Derechos reservados © 1989 por Macmillan Press Ltd. y St. Martin's Press. Reproducción autorizada.

¹ Giovanni Sartori, “Concept Misformation in Comparative Politics”, *American Political Science Review* 64, 3, diciembre de 1970, p. 1034.

² Leonard Binder, “The Natural History of Development Theory”, *Comparative Studies in Society and History* 28, 1, enero de 1986, p. 3.

cisa y lógica, suprime la confusa y constante interacción entre teoría y datos tan profundamente arraigada en el saber creativo.³

Un primer ejemplo de un cauteloso ajuste de modelos en la ciencia política fue la obra *The Nerves of Government*, de Karl Deutsch, en la que se recurrió a la analogía de un sistema cibernético para ilustrar procesos y conceptos políticos.⁴ La analogía con flujos de comunicación, círculos de retroalimentación y "conducción" originó interesantes perspectivas e hipótesis. Deutsch hace una reseña de las experiencias con modelos en la historia de la teoría política, y cita el modelo de mecanismo —de balance, tensión y equilibrio— en las teorías de Maquiavelo, Hobbes, Locke, Montesquieu y los Padres Fundadores; el modelo de organismo en la teoría política clásica y católica, en Rousseau y Burke; la gran filosofía de los modelos históricos —el modelo cíclico de crecimiento y decadencia de Platón y Aristóteles, de Spengler y Toynbee; y el modelo de progreso de la Ilustración. También examina rápidamente los modelos de las ciencias sociales contemporáneas —los sistemas matemáticos formales de ecuaciones, la teoría del juego, el análisis ideal-típico weberiano, y otros similares.

Deutsch habla, en primera instancia, de "macromodelos" a gran escala de sociedades enteras, sistemas políticos, economías, así como de la forma de la historia, aun cuando es evidente que tiene en mente el proceso experimental de ajuste de modelos que hemos de describir. Señala la necesidad de probar la pertinencia de los modelos y de confrontarlos con la realidad. El proceso de la "confrontación de modelos" es la mejor manera de conocer la realidad. La historia de la ciencia sin duda alguna demuestra la eficacia de este proceso de ensayo y error, de este vaivén entre la imaginación física y conceptual, en el que se establecen analogías entre un objeto de estudio y otro, así como comprobaciones experimentales de estos modelos físicos o conceptuales frente a la realidad. El desarrollo de la física energética, de la cosmología moderna y de la biología molecular, con sus "teorías cautivadoras", sus teorías de las "cadenas", del "agujero negro", de la "esponja" y de la "doble hélice", ilustra este proceso.

³ Giovanni Sartori (comp.), *Social Science Concepts: A Systematic Analysis*, Beverly Hills, Cal., Sage, 1984.

⁴ Karl Deutsch, *The Nerves of Government*, Nueva York, Free Press, 1966.

La historia de los estudios sobre el comunismo, más que cualquier otra de las áreas de estudio (exceptuando a los estudios sobre Norteamérica, que también son de área), refleja el crecimiento de esta sofisticación metodológica. La historia de los estudios sobre el comunismo puede escribirse en función de estos esfuerzos de los macromodelos por abarcar la totalidad del fenómeno, por decirlo así, y de los micromodelos encaminados a explicar determinados aspectos de la política comunista. La noción de creación de modelos tiene diversos significados. En los estudios cuantitativos, el término *modelo* es reservado para las relaciones reductibles a ecuaciones matemáticas. Pero este mismo término también se emplea en un sentido genérico para referirse a esquemas mentales explicativos. Para relacionarse con la realidad, adaptarse a ella o tratar de controlarla, la mente no tiene más opción que seleccionar, resumir y comparar lo extraño con lo familiar. A continuación, analizamos el totalitarismo, las teorías del desarrollo de los sistemas comunistas, los diversos tratamientos de la política comunista en términos de pluralismo, la teoría de los grupos de interés, la política burocrática y las relaciones patrón-cliente, como aplicaciones de los modelos explicativos procedentes de otras áreas de la ciencia política, como intentos por explicar lo desconcertante y lo extraño mediante lo conocido y familiar. Esta aplicación del concepto de modelo es relativamente clara. Una explicación de grupos de interés de la política soviética o china intenta explicar el proceso político y sus consecuencias mediante la acción e interacción de grupos definidos en alguna forma. ¿Contribuyen las acciones y coaliciones de grupos a un proceso particular de toma de decisiones y a los resultados de una política determinada? Se han empleado con cierto éxito conceptos de procesos de grupo en estudios sobre políticas estadounidenses y europeas. ¿Pueden aquellos explicar procesos políticos y decisiones administrativas en los sistemas comunistas?

Ahora bien, la interacción de los estudios sobre el comunismo con otras áreas de las ciencias políticas y sociales no es sencilla mediante los modelos explicativos. Los estudios sobre el comunismo también han sido influidos por marcos teóricos de referencia extraídos de teorías sociológicas, antropológicas y políticas, como la estructural-funcionalista, la teoría del proceso de toma de decisiones y la de la modernización. Nosotros consideramos estas importaciones a los

estudios sobre el comunismo como teorías heurísticas, como referencias conceptuales de variables que nos permiten formular interrogantes e hipótesis. Así, los marcos de referencia estructural-funcionalistas y del proceso de toma de decisiones, al requerir que los estudiosos del comunismo asumieran la existencia de procesos políticos, propiciaron la experimentación con esquemas específicos como la política burocrática y las teorías patrón-cliente y de los grupos de interés.

EL MODELO TOTALITARIO

El primer modelo empleado en el estudio del comunismo fue el de "dictadura". De hecho, el régimen soviético se autonombró "dictadura del proletariado" (o de su "vanguardia", es decir, el partido comunista), una etapa en el desarrollo del comunismo, antes de que el papel del Estado pasara a ser meramente administrativo en la fase posterior a la lucha de clases, en una era primeramente socialista y después comunista. Para los politólogos de los años veinte y treinta, se identificó con el fascismo italiano y el nacional-socialismo. El gobierno comparativo del periodo que transcurrió entre las dos guerras tuvo ambas clases de sistemas políticos —democracias y dictaduras—. La dictadura se definió en términos esencialmente negativos; eliminaba la participación y representación populares efectivas, el régimen de derecho así como la división y separación de poderes.

En algunos discursos de Mussolini, a mediados de los años veinte, se advirtió el primer indicio de que algo nuevo se avecinaba cuando se refirió a la Italia fascista como *uno stato totalitario*, aludiendo con ello a la unidad nacional, la eliminación de la oposición y el fin de la dominación de intereses especiales. Conforme creció el poder fascista y entró al escenario la Alemania nazi, el término se tornó genérico e incluyó en un principio únicamente a Alemania e Italia. Más adelante, durante la década de 1930, "existía por lo menos cierta disposición" a incluir a la Unión Soviética, "una disposición que pareció desvanecerse mientras duró la guerra, pero que revivió con el inicio de la Guerra Fría".⁵ En el espíritu de la segunda Guerra Mundial, se asimiló al modelo el autoritarismo militar japonés.

⁵ Robert Orr, "Reflections on Totalitarianism, Leading to Reflections on Two

La primera alusión a una nueva forma de gobierno llamada totalitarismo quizá haya sido una ponencia titulada "La novedad del totalitarismo en la historia de la civilización occidental", presentada por el historiador Carlton J. H. Hayes en una reunión de la American Philosophical Society en noviembre de 1939.⁶ Hayes menciona cuatro características novedosas de dicho sistema de gobierno: (1) la monopolización de todos los poderes dentro de la sociedad; (2) la movilización del apoyo popular; (3) el uso efectivo de técnicas de educación y propaganda, y (4) el hincapié en el poder nacional y el uso de la fuerza.

Sin embargo, las dos obras que consagraron al totalitarismo como un tipo único de sistema político surgieron en las postrimerías de la segunda Guerra Mundial. Se trata de *The Origins of Totalitarianism*, de Hannah Arendt y *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* de Friedrich y Brzezinski.⁷ En ambos estudios se describe al totalitarismo como un fenómeno exclusivo del siglo xx y se destaca la combinación del terror, la coerción, la propaganda y la manipulación como marca distintiva del gobierno totalitario. Arendt buscó los orígenes de este sistema en el antisemitismo, el nacionalismo y el imperialismo, en tanto que Friedrich y Brzezinski se concentraron en la institución y realizaron prácticas propias del dominio totalitario. La principal aportación que hizo Arendt a la comprensión de la política totalitaria tal vez sea su tesis según la cual el totalitarismo, en vez de constituir una distribución monocrática y estable del poder, era esencialmente arbitrario en su política de centralización unilateral del mismo. Generalizando a partir de los casos de Hitler y Stalin, señaló que la extraordinaria concentración del poder en sus manos se asociaba con el mantenimiento de varias organizaciones rivales —un partido de masas, una policía secreta y la milicia— así como con la negativa a delegar poder y funciones a cualquiera de ellas.⁸ Friedrich y Brzezinski

Ways of Theorizing", *Political Studies* 21, 4, diciembre de 1973, p. 481; véase también Abbott Gleason, "Totalitarianism in 1984", *Russian Review* 43, 2, abril de 1984, pp. 145-160, para una reseña de los orígenes del concepto.

⁶ Carlton J. H. Hayes, "The Novelty of Totalitarianism in the History of Western Civilization", *Proceedings of the American Philosophical Society*, Filadelfia, 1940.

⁷ Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1951, 1966; y Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1956, 1965.

⁸ Arendt, pp. 393 ss.

presentaron un modelo general de la dictadura totalitaria basado en seis criterios: (1) una ideología oficial y monopolista; (2) un partido de masas único; (3) un control policiaco terrorista; (4) un monopolio de la comunicación de ideas; (5) un monopolio de armas; (6) una dirección centralizada de la economía. Estas seis características conforman el "síndrome" del patrón de rasgos interrelacionados común a las dictaduras totalitarias.

Durante la década de 1950, el modelo totalitario predominó en los estudios soviéticos. Los textos más importantes tendían sobre todo a interpretar a las instituciones y procesos políticos soviéticos, y acaso sólo en función de esta exacerbada concentración del poder.⁹ El principal foco de atención era la preponderancia del partido comunista, el papel personal de Stalin y el imperio del terror político.

En los años sesenta, el modelo totalitario fue sometido a una dura prueba. Los cambios ocurridos en la Unión Soviética después de la muerte de Stalin, así como el surgimiento y desarrollo de otros sistemas comunistas, pusieron en tela de juicio la posibilidad de aplicación del modelo, primero en la Unión Soviética y luego en otros sistemas comunistas. Así, por ejemplo, el hecho de que se recurriera menos al terror durante la época de Krushchev propició que se cuestionara el hincapié puesto en el terror dentro del modelo totalitario. El conflicto sino-soviético, que salió a la luz pública a principios de la década de 1960, condujo a algunos estudiosos a dudar de la aplicabilidad del modelo totalitario en el estudio de la China comunista. Los desórdenes en la Europa del Este durante la década de los cincuenta creó un problema similar.

En los años sesenta, se hicieron notables esfuerzos por modificar y enmendar dicho modelo. Un temprano ejemplo de esto es el artículo de Allen Kassof "La sociedad administrada: totalitarismo sin terror", escrito en 1964. Kassof observó que "la sociedad administrada es así, una variante del totalitarismo moderno, con la importante

⁹ Merle Fainsod, *How Russia is Ruled*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1953; Leonard Shapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*, Nueva York, Vintage, 1960; J. L. Talmon, *Political Messianism: The Romantic Phase*, Nueva York, Praeger, 1960; Belram D. Wolfe, *Three Who Made a Revolution*, Boston, Beacon Press, 1948; Zbigniew Brzezinski, *The Permanent Purge: Politics in Soviet Totalitarianism*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1956; John A. Armstrong, *Ideology, Politics and Government in the Soviet Union*, Nueva York, Praeger, 1962.

diferencia de que, a la larga, puede funcionar sin recurrir a los elementos de tosca irracionalidad [...] que en las últimas décadas hemos empezado a asociar con los sistemas totalitarios.”¹⁰ Carl Friedrich, en su edición corregida de *Totalitarian Dictatorship*, desestimó asimismo el terror. Arendt, igualmente, en una edición posterior de su libro, resta importancia al terror como rasgo necesario y permanente de este tipo de régimen.¹¹ Estos intentos de enmienda retuvieron la mayoría de los rasgos iniciales del modelo, pero consideraron modificables en grado sus aspectos de terror y movilización.

Sin embargo, la comunidad académica no estaba lista para aceptar el concepto con estas reparaciones menores. Había demasiados problemas: demasiadas definiciones, muchos matices para la Guerra Fría; fallas al explicar el cambio con el tiempo, y errores para distinguir al totalitarismo de otros tipos de autocracia.¹² Linz intentó remediar esta situación al distinguir entre regímenes totalitarios, término que reservó para la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin, regímenes totalitarios “premovilizacionales”, y regímenes “posttotalitarios” entre los cuales incluyó a la Unión Soviética contemporánea.

En los estudios sobre el comunismo de Europa del Este y China, por lo general se evitó el empleo del término *totalitarismo*. Llama la atención el hecho de que Brzezinski simplemente no empleara el término en *The Soviet Bloc*;¹³ y Townsend, en su trascendente escrito sobre la China comunista,¹⁴ aclara que los seis criterios

¹⁰ Allen Kassof, “The Administered Society: Totalitarianism Without Terror”, *World Politics* 16, 4, julio de 1964, p. 559.

¹¹ Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1956; Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* Nueva York, Harcourt, Brace, 1966.

¹² Frederic J. Fleron, Jr., “Soviet Area Studies and the Social Sciences: Some Methodological Problems in Communist Studies”, en Fleron, *Communist Studies and the Social Sciences: Essays in Methodology and Empirical Theory*, Chicago, Rand McNally, 1965; Benjamin Barber, “Conceptual Foundations of Totalitarianism”, en C. J. Friedrich (comp.), *Totalitarianism in Perspective*, Nueva York, Praeger, 1969, Jermy Azrael, “Varieties of Destalinization”, en Chalmers Johnson (comp.), *Change in Communist Systems*, Stanford, Cal., Stanford University Press, 1970; Juan J. Linz, “Totalitarian and Authoritarian Regimes”, en Greenstein y Polsby (comps.), *Handbook of Political Science*, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, 1975, vol. 3.

¹³ Zbigniew Brzezinski, *The Soviet Bloc: Unity and Conflict*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1975.

¹⁴ James R. Townsend, *Politics in China*, Boston, Little, Brown, 1974.

de Friedrich y Brzezinski no se ajustaban del todo a la realidad de ese país. El control político dependía menos del terror que de la persuasión y la organización.

Esta historia intelectual de los estudios sobre el comunismo refleja el temprano y más ingenuo empleo de los modelos; primero, los esfuerzos por encerrar la esencia de la realidad política en un modelo sencillo (mas no en el sentido weberiano de "tipo ideal"), y luego, el desencanto ante el fracaso del modelo, acompañado por el rechazo de todo intento de creación de modelos en favor del "empirismo puro" de los estudios de área. Algunas de las ponencias incluidas en el libro de Lucian Pye, *Political Science and Area Studies*, reflejan este desencanto y decepción con la teoría.¹⁵ Sin embargo, esta desilusión con la teorización es rechazada, por ejemplo, por George Breslauer, quien aun después del fracaso del modelo totalitario afirma la necesidad de seguir creando modelos.¹⁶ "La frustración causada en Occidente por las fallas del modelo totalitario provocó una reacción contra el uso de categorías, sin embargo esta respuesta refleja poco menos que una falta de visión. Las categorías pueden ser provechosas, y una medida de su utilidad son las dimensiones del sistema sobre el cual atraen la atención."¹⁷ Abbott Gleason también destaca la importancia de la teoría en el proceso de aprendizaje:

Una cosa es criticar el modelo totalitario. Otra cosa muy distinta sería si sus detractores no hubiesen absorbido íntegramente sus ideas. [...] Las ideas de una generación, sobre todo aquellas que definen su visión del mundo, a menudo animan a los portavoces de la siguiente. Desde el punto de vista académico, el rechazo de la idea del totalitarismo puede ser crucial para cualquier adelanto que logre la siguiente generación de pensadores en la comprensión de la Unión Soviética y otros Estados comunistas.¹⁸

Sin embargo, a principios de la década de 1950, hubo en los estudios sobre la Unión Soviética una tendencia menor pero más imaginativa desde el punto de vista conceptual y que admitía diversos mo-

¹⁵ Lucian Pye (comp.), *Political Science and Area Studies*, Bloomington, Indiana University Press, 1975.

¹⁶ George Breslauer, *Five Images of the Soviet Future*, Berkeley, Cal., Institute of International Studies, 1978.

¹⁷ *Ibid.*, p. 6.

¹⁸ Abbott Gleason, "Totalitarianism in 1984", p. 158.

delos. Moore, en su visionario ensayo *Terror and Progress, USSR*, empleó una combinación de tres modelos para explicar y pronosticar el desarrollo soviético.¹⁹ Numerosos aspectos de la vida política y económica soviética se prestaban a una interpretación tradicionalista, de tipo patrón-cliente —faccionalismo, "camarillismo", comportamientos propios de "familias", y similares. Otros aspectos correspondían a un esquema explicativo racional-técnico industrializante. Y por último, existían otros todavía que correspondían a un modelo explicativo de tipo ideológico y totalitario. Moore arguyó que estos tres tipos de dinamisismos estaban presentes en la política soviética; su dominio relativo variaba según los problemas y esferas de acción, lo mismo que a lo largo del tiempo en respuesta a presiones tanto internas como externas.

Daniel Bell publicó un artículo en el que enumeró una decena de diferentes enfoques para el estudio de la política soviética, entre ellos teorías sociales, de la cultura y de la personalidad, teorías de industrialización marxista y no marxista, enfoques totalitarios, geopolíticos, etcétera.²⁰ Explora las formas en que estos diferentes enfoques aclaran diversos aspectos de la política soviética, y recomienda un enfoque ecléctico para los estudios sobre la Unión Soviética.

Inkeles, de manera más moderada, sugiere tres modelos similares a los de Barrington Moore: (1) totalitarismo, (2) industrialización y (3) de desarrollo.²¹ Subraya que algunos aspectos del desarrollo soviético pueden explicarse mediante el modelo totalitario, otros con el modelo genérico de industrialización y otros más por medio de los requerimientos de una estructura administrativa nacional efectiva y el crecimiento económico. También señala que pueden ser de utilidad otros modelos, como el caracterológico nacional.

Sin embargo, el cambio hacia el ajuste experimental de modelos en los estudios sobre el comunismo comenzó en realidad con el malestar que se generó en la subdisciplina cuando pasó a la era posterior a Stalin, cuando gran parte de lo que acontecía en la vida política de los países comunistas no podía explicarse con el modelo

¹⁹ Barrington Moore, *Terror and Progress, USSR*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1954.

²⁰ Daniel Bell, "Ten Theories in Search of Reality: The Prediction of Soviet Behavior in the Social Sciences", *World Politics* 10, 3, abril de 1958, pp. 327-365.

²¹ Alex Inkeles, "Models and Issues in the Analysis of Soviet Society" *Survey* 60, julio de 1968, pp. 3-17.

totalitario, y comenzaban a manifestarse rasgos de negociación descentralizadora, de corte legal y pluralista. Abbott Gleason, por ejemplo, afirma que "conforme transcurre el tiempo, parece cada vez más fácil entender a la Unión Soviética con las categorías tradicionales."²² Por tanto, no es casualidad que el primer modelo importante alternativo que se probó fuera el de la teoría del pluralismo o de los "grupos de interés". Tampoco es una sorpresa que se comenzara a experimentar con estudios de caso de los procesos políticos con el propósito de probar el ajuste de diversos modelos. Antes de concluir nuestra exposición sobre el totalitarismo, hemos de señalar que después de que se le relegó por cerca de dos décadas, se ha observado una moderada tendencia a reconocer la utilidad del modelo totalitario. Aún se le considera muy apropiado para analizar desde el punto de vista histórico los sistemas estalinista y nazi, y como una tendencia en los países comunistas contemporáneos.²³ La limitada utilidad que aún tiene el concepto de totalitarismo se refleja en los análisis contenidos en *Communist Studies and the Social Sciences* de Frederic Fleron, así como en textos tan trascendentes como los de Barghoorn y los de Jerry Hough y Merle Fainsod sobre la política soviética, así como los de James Townsend sobre la política china.²⁴ Leonard Schapiro presenta una historia del empleo del concepto de totalitarismo e insiste en que aún tiene cierta utilidad.²⁵ Joseph LaPalombara, hace una lúcida reseña de esta polémica y señala que los autores pluralistas justifican su revisionismo al reconocer las características unitarias y coercitivas de estos regímenes. Se muestra escéptico con respecto a las interpretaciones pluralistas y adopta la perspectiva modificada del totalitarismo expresada por Juan Linz.²⁶

²² Gleason, p. 154.

²³ Ernest A. Menze (comp.), *Totalitarianism Reconsidered*, Port Washington, Nueva York, Kennikat, 1981, y Stephen J. Whitfield, *Into the Dark: Hannah Arendt and Totalitarianism*, Filadelfia, Temple University Press, 1980.

²⁴ Frederick C. Barghoorn, *Politics in the USSR*, Boston, Little, Brown, 1966, 1972; Frederick C. Barghoorn y Thomas F. Remington, *Politics in the USSR*, Boston, Little, Brown, 1986, pp. 18-19; Jerry Hough y Merle Fainsod, *How the Soviet Union Is Governed*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1979, p. 518; y James R. Townsend, *Politics in China*, Boston, Little, Brown, 1974, 1980, 1986, pp. 191-195.

²⁵ Leonard Schapiro, *Totalitarianism*, Nueva York, Praeger, 1972.

²⁶ Juan J. Linz, "Totalitarianism and Authoritarian Regimes", en Greenstein y Polsby (dirs.), *Handbook of Political Science*, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, 1975, vol. 3.

TEORÍAS Y MARCOS DE REFERENCIA HEURÍSTICOS

Lo que sigue en este capítulo, es una breve reseña de la interacción entre la teoría política y los estudios sobre el comunismo a partir de la década de 1960. No todo esto puede acomodarse estrictamente en la metáfora de la creación de modelos. En los estudios sobre el comunismo se han introducido elementos conceptuales, que son instrumentos heurísticos o "cartográficos" encaminados a facilitar las descripciones y comparaciones, y así contribuir con la explicación, sin ser por ello explicaciones propiamente dichas. Ejemplos de estos elementos heurísticos son la teoría de sistemas, el funcionalismo estructural, y las teorías de las decisiones y de la cultura política, importados de las teorías política, sociológica, psicológica y antropológica. Se trata de marcos de referencia conceptuales aptos para la descripción y comparación de cualquier sistema político, o de variables explicativas como en el caso del concepto de cultura política. Semejantes conceptos y marcos de referencia nos permiten explicar de forma sistemática y rigurosa la política y la administración. Son de un tipo diferente al modelo patrón-cliente, al de los grupos de interés, al de la política burocrática, etc., que se propusieron como posibles explicaciones para el proceso político comunista. Así, un modelo faccionario patrón-cliente para la política comunista explicaría ésta en función de la rivalidad y competencia de facciones patrón-cliente interesadas en el poder y el patronato, siendo la administración un aspecto secundario. Un modelo de grupos de interés intentaría explicar la política comunista en función de los conflictos entre grupos y las negociaciones concernientes al poder y la administración. Un modelo de política burocrática del comunismo interpretaría al poder y a la administración en función de tendencias y procedimientos normativos de las organizaciones burocráticas. Un modelo de elección racional basado en la teoría del juego, intentaría explicar la política comunista considerando partes antagonistas dotadas de diferentes recursos y con intereses materiales a corto plazo que diseñan estrategias y forman coaliciones a partir de ellos. Otra aportación heurística de la teoría de las ciencias sociales ha sido la teoría de la cultura política, la cual destaca la importancia de las variables subjetivas o psicológicas en la explicación de la política. La

teoría de la cultura política ha tenido una inusual trayectoria exitosa en los estudios sobre el comunismo, por contribuir a explicar la supervivencia e incluso la vitalidad de las actitudes y valores precomunistas y no comunistas, a pesar de los grandes esfuerzos que se hicieron por erradicarlos.

FUNCIONALISMO ESTRUCTURAL Y TEORÍAS DE LAS DECISIONES

El primer gran texto posterior a la guerra sobre la política soviética, *How Russia is Ruled*, de Fainsod, dominó el escenario de la ciencia política por más de una década.²⁷ Era un estudio terminante, basado en la descripción de las instituciones históricas y constituido alrededor del modelo totalitario, sin restar importancia a las más significativas líneas de división y disidencia. El anterior escrito de Barrington Moore, *Soviet Politics*, es una impresionante reseña de la interacción entre la ideología y las circunstancias históricas en la conformación del sistema económico, social y político de la Unión Soviética.²⁸ Su obra antes mencionada, *Terror and Progress*, es una extensión lógica de su argumentación en el anterior texto, en el sentido de que la realidad histórica —tanto interna como externa— ha producido un sistema social fundamentalmente distinto a lo que predijera la ideología soviética. Sin embargo, las categorías empleadas por el autor en esta temprana obra son esencialmente históricas e institucionales.

Otros tres textos publicados por vez primera en la década de 1950 y principios de los sesenta —los de Adam Ulam, John Hazard y John Armstrong— también fueron esencialmente estudios históricos e institucionales.²⁹ Si bien la teoría sociológica y antropológica ejerció alguna influencia en la obra de Barrington Moore durante los años cincuenta, no fue sino hasta la publicación de *The Political System* de David Easton, *The Decision Process* de Lasswell y de los "Compara-

²⁷ Fainsod, *How Russia is Ruled*; Merle Fainsod, *How Russia is Ruled*, ed. revisada, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1963.

²⁸ Barrington Moore, *Soviet Politics: The Dilemma of Power*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1950.

²⁹ John Hazard, *The Soviet System of Government*, Chicago, University of Chicago Press, 1957; y John A. Armstrong, *Ideology, Politics and Government in the Soviet Union*, Nueva York, Praeger, 1962; Adam Ulam, *The New Face of Soviet Totalitarianism*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1963.

tive Political Systems" de Almond, que conceptos del funcionalismo y de la teoría de sistemas comenzaron a penetrar la política comparativa y los estudios sobre los sistemas comunistas.³⁰ *Politics in the USSR* de Frederick Barghoorn fue el primer experimento importante para la aplicación de categorías funcionales en el análisis de la política soviética, y *Politics in China*, de James Townsend, emplea un esquema funcional similar para la política de la China comunista.³¹

Otros escritos que trataban las políticas soviética y china se apegaron en grados variables a los análisis funcional y de sistemas y del proceso de decisiones. Así, en la adaptación que hiciera Jerry Hough del texto de Fainsod, se emplea en la segunda parte del libro una perspectiva de proceso de administración, al tratar temas como la participación ciudadana y los insumos políticos, la estructuración de agendas y la consecución de apoyos, conflictos entre facciones y tendencias pluralistas, iniciación y discusión de políticas, y otros similares. Hough justifica este cambio en la temática principal del libro arguyendo que "la investigación y la bibliografía acerca de los gobiernos occidentales se ha centrado en el proceso de administración y los factores asociados con la responsividad en los sistemas políticos, y para ser significativa, una ciencia política comparativa requiere que se hagan las mismas preguntas acerca de la Unión Soviética."³² *Politics and the Soviet Union*, de Mary McAuley, trata sobre el sistema político de la Unión Soviética contemporánea con base en el nuevo enfoque del proceso de administración y utilizando una técnica de estudio de caso aplicada a un principio de administración.³³ En esta obra se advierten claramente influencias de Dahl, Allison, Skilling, Almond y Powell. La última edición de *Politics and Society in the USSR* de David Lane, contiene dos importantes capítulos (7 y 8) en los que se presenta un enfoque funcional y de sistemas de la política soviética y el grupo de base de la misma. En su prefacio, Lane describe su enfoque con las siguientes palabras: "Procuré sin-

³⁰ David Easton, *The Political System*, Chicago, University of Chicago Press, 1953; H. D. Lasswell, *The Decision Process*, Bureau of Governmental Research, University of Maryland, 1956; y Gabriel A. Almond, "Comparative Political Systems", *Journal of Politics* 18, 3, agosto de 1956, pp. 391-409.

³¹ James R. Townsend, *Politics in China*, Boston, Little, Brown, 1974, 1980, 1986.

³² Hough y Fainsod, *How the Soviet Union Is Governed*, p. vii.

³³ Mary McAuley, *Politics and the Soviet Union*, Nueva York, Penguin, 1977.

tetizar los resultados de las investigaciones llevadas a cabo tanto en Occidente como en la Unión Soviética, para ofrecer un cuadro sinóptico de la sociedad soviética estudiada desde el punto de vista de las ciencias sociales. Aun cuando el proceso político se examina como un 'sistema' político, no se descartaron otras formas más tradicionales de estudio, como la descripción de 'instituciones' políticas.³⁴ En su más reciente libro de texto centrado más específicamente en la política, el enfoque que se emplea para analizar el proceso político también es, en parte, funcional y de sistemas.³⁵ Un texto más reciente de Stephen White y otros autores acerca de los sistemas comunistas se apega a un formato estructural de sistemas y de procesos de administración, y trata de manera exhaustiva sobre la importancia de los factores políticos y culturales para la explicación de las diferencias en los esquemas políticos.³⁶ White y sus colegas recomiendan un enfoque de ensayo y error y de ajuste de modelos semejante al que se desarrolla en este capítulo, pero tratan sólo superficialmente los modelos totalitarios, de modernización y burocráticos.

La difusión de los conceptos funcionales y de sistemas en los estudios realizados en la Europa continental acerca de la política soviética se refleja en la obra de Georg Brunner, quien extrae sus conceptos y categorías de la bibliografía estadounidense. Después de examinar otras categorizaciones funcionales, presenta un esquema funcional triple: (1) de decisiones básicas, (2) de aplicación y (3) de control. En el plano estructural, el partido domina las funciones de decisión y control, mientras que el Estado y las organizaciones sociales cumplen la función de aplicación. Un capítulo posterior dedicado a los grupos de interés no encaja del todo en este esquema.³⁷

En estos estudios estructurales, funcionales y del proceso de decisión, se dieron dos importantes avances conceptuales. El primero es la separación del proceso de administración de la estructura y de las instituciones. Para entender el proceso político de un país en par-

³⁴ David Lane, *Politics and Society in the USSR*, Nueva York, St. Martin's Press, 1978, p. xiii.

³⁵ David Lane, *State and Politics in the USSR*, Nueva York, New York University Press, 1985.

³⁶ Stephen White et al., *Communist Political Systems*, Nueva York, St. Martin's Press, 1982.

³⁷ Georg Brunner, *Politische Soziologie der USSR*, Wiesbaden, Akademische Gesellschaft, 1977.

ticular, y no digamos compararlo con otros, es necesario hacer preguntas funcionales o de proceso. ¿Cómo se elabora y aplica una política? ¿Qué instituciones y agencias participan, y en qué formas, en la articulación, comunicación y agregación de demandas, así como en la toma y aplicación de decisiones? Un enfoque meramente histórico y estructural tiende a imputar funciones particulares a estructuras específicas, cuando en la realidad el esquema típico muestra una estructura multifuncional. Un enfoque estructural para el estudio de los sistemas comunistas nos enfrenta al dilema de cómo caracterizar los significativos cambios registrados en los procesos políticos comunistas cuando las instituciones permanecieron sustancialmente iguales. El segundo avance conceptual consiste en exigir a los estudiosos de los sistemas comunistas que asuman un proceso político y de administración. Daniel Tarschys demostró cómo la adopción de nociones sistémicas y funcionales en la década de 1960 dirigió la atención de los estudiosos del comunismo hacia los insumos del proceso político, y convirtió en obsoleto el anterior modelo de una sociedad de "resultados" meramente administrada.³⁸ T. H. Rigby, en un estudio sobre la cambiante composición del liderazgo y membresía del partido en la Unión Soviética durante el medio siglo transcurrido entre 1917 y 1967, muestra cómo estos cambios se relacionaron con el inicio de políticas, la agregación, la comunicación, la socialización y el reclutamiento.³⁹

Los modelos conceptuales empleados por los estudiosos de la política comunista provienen del esquema triple de sistema, proceso y funciones normativas de Almond y Powell, o de la teoría de las decisiones administrativas que desglosa el proceso administrativo en fases que típicamente incluyen la estructuración de agendas, el análisis de problemas, así como la toma, aplicación, evaluación y revocación de decisiones.⁴⁰ Los enfoques basados en la teoría de las decisiones pueden ser de índole normativa o prescriptiva —es decir, pueden examinar un proceso de decisión desde el punto de vista de

³⁸ Daniel Tarschys, *The Soviet Political Agenda: Problems and Priorities 1950-1970*, White Plains, Nueva York, M. E. Sharpe, 1979.

³⁹ T. H. Rigby, *Communist Party Membership in the USSR, 1917-1967*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1968.

⁴⁰ Gabriel A. Almond y G. Bingham Powell, Jr., *Comparative Politics: Systems, Process and Policy*, 2a. ed., Boston, Little, Brown, 1978; Judith May y Aaron Wildavsky, *The Policy Cycle*, Beverly Hills, Cal., Sage, 1978.

su racionalidad, de qué tan claramente se formulan sus metas y de los medios elegidos para alcanzar dichas metas— o explicativa, o sea que pueden examinar qué tan rigurosamente se describe el proceso de decisión, así como explicar sus fases y la relación que guardan éstas con los resultados obtenidos. Los estudios de caso de la definición de la política exterior soviética pueden ilustrar la aplicación del enfoque prescriptivo a la toma de decisiones concernientes a la política exterior. Ejemplos de este enfoque pueden ser los diversos estudios sobre las crisis de Berlín durante el período incluido entre 1948 y 1962, las crisis del Oriente Medio durante las décadas de 1950 y 1960, la de los misiles en Cuba y la crisis checa. Horelick *et al.* presentan una reseña de estos escritos así como de la bibliografía relativa a la teoría de las decisiones en general.⁴¹ William Potter ilustra el enfoque explicativo basado en la teoría de las decisiones. Este autor desglosa el proceso de decisión en cinco fases: (1) inicio, (2) controversia, (3) decisión formal, (4) aplicación y (5) revocación.⁴² Luego, evalúa la bibliografía sobre la política exterior soviética desde el punto de vista del cumplimiento efectivo de las cinco fases. Aspaturian, en un reciente análisis de la toma de decisiones en materia de política exterior en la Unión Soviética, emplea un esquema parecido, pero que no incluye la revocación.⁴³

LA CULTURA POLÍTICA

Si bien el interés hacia las actitudes y los valores como explicaciones del comportamiento político es un tema añejo en la teoría política, la investigación y la especulación teórica en torno a la cultura política se han asociado en las últimas décadas con cuatro rompecabezas históricos. El primero de éstos fue la caída de la República de Weimar y el surgimiento del nacionalsocialismo en Alemania; el segundo, el

⁴¹ Arnold Horelick, Ross A. Johnson y John D. Steinbruner, *The Study of Soviet Foreign Policy: Decision Theory Related Approach*, Beverly Hills, Cal., Sage, 1978.

⁴² William Potter, "Sources of Foreign Policy Change: Insights from the Policy Sciences", *Conference on the Domestic Sources of Soviet Foreign Policy*, proyecto de la UCLA sobre la política y la guerra, 11 de octubre de 1985.

⁴³ Vernon V. Aspaturian, "The Soviet Decision-makers: Where, How, and by Whom Decisions Are Made", proyecto de la UCLA sobre la política y la guerra, 10-11 de octubre de 1985.

ocaso de la cultura cívica en Gran Bretaña y los Estados Unidos de Norteamérica, y el surgimiento de la cultura política democrática basada en el consenso en Alemania durante las décadas de 1960 y 1970; el tercer acontecimiento fue la frustración de los intentos de exportar actitudes y prácticas democráticas a países del Tercer Mundo. El cuarto rompecabezas fue la notoria persistencia en los países comunistas de particularismos etnolingüísticos nacionales, compromisos religiosos y oposición y disidencia políticas, no obstante los enormes esfuerzos invertidos en aquellos países para erradicar estas tendencias y sustituirlas por una nueva cultura política de corte marxista-leninista.

El colapso de la democracia en Alemania durante la década de 1930 quebrantó la confianza en las relaciones entre la industrialización, la educación y la democratización. ¿Qué podría explicar semejante endurecimiento de la política y de la opinión en un país que contaba con una fuerza laboral entrenada y talentosa, y que gozaba de una reputación de excelencia en las áreas de la investigación científica, la invención tecnológica y la creatividad artística? El debilitamiento de la política de consenso en Gran Bretaña y los Estados Unidos de Norteamérica durante las décadas de 1960 y 1970 y su auge en Alemania durante el mismo periodo pusieron en tela de juicio la estabilidad y persistencia de las actitudes políticas en el contexto de marcadas fluctuaciones en la eficacia y el desempeño gubernamentales. El acelerado colapso de las instituciones democráticas en países del Tercer Mundo evidenció el carácter deleznable de las actitudes y valores tradicionales. Por último, el esporádico surgimiento de movimientos nacionalistas, religiosos, etnolingüísticos y políticos disidentes en los países comunistas, no obstante los esfuerzos sostenidos, masivos y penetrantes por parte de las élites comunistas para desarrollar una cultura política homogénea del "hombre comunista", estimuló investigaciones sobre la cultura política así como mucha especulación entre los estudiosos especializados en estas áreas.

De hecho, la bibliografía de esta última década sobre la cultura política contiene más títulos relacionados con estudios sobre el comunismo que sobre otras áreas. El primer tratamiento integral de la cultura y subcultura política comunista, así como de la socialización política, se encontró en el estudio de Barghoorn acerca de la política soviética. Pocos años después, Richard Fagen publicó un estudio

acerca de los esfuerzos del movimiento comunista para crear a un nuevo "hombre cubano", y que abogaban para que en el concepto de cultura política se incluyeran los comportamientos y las actitudes.⁴⁴ Esta polémica en torno a la definición del concepto de cultura política fue retomada por Robert Tucker, Stephen White y otros autores.⁴⁵ En un lúcido análisis de este problema, Archie Brown, basado en debates antropológicos en torno a la definición de cultura, demuestra que en las últimas décadas el concepto "de camión" de cultura ha sido cada vez más abandonado por los antropólogos a favor de una definición subjetiva (limitada a factores cognoscitivos, afectivos y valorativos) en vez de incluir comportamientos e incluso mecanismos. Este cambio entre los antropólogos "equivale a reconocer que hacer una distinción analítica entre el mundo cognoscitivo de los individuos y el de los eventos y transacciones que ellos llevan a cabo, subraya la naturaleza problemática de la relación entre los campos subjetivo y cognoscitivo por una parte, y el comportamiento por la otra, de una forma que favorece la reflexión y la investigación acerca de la naturaleza de las interacciones".⁴⁶

La bibliografía acerca del comunismo y la teoría de la cultura política en general incluye obras de Fagen, Tucker, Brown, Jack Gray, McAuley, Stephen White y Almond, entre otros.⁴⁷ Los principales problemas teóricos están relacionados con la definición y la

⁴⁴ Richard Fagen, *The Transformation of Political Culture in Cuba*, Stanford, Cal., Stanford University Press.

⁴⁵ Robert Tucker, "Culture, Political Culture, and Communist Society", *Political Science Quarterly* 88, 2, junio de 1973, pp. 173-190; y Stephen White, *Political Culture in Soviet Politics*, Londres, Macmillan, 1979.

⁴⁶ Archie Brown, "Conclusions", en Archie Brown (comp.), *Political Culture and Communist Studies*, Armonk, Nueva York, M. E. Sharpe, 1985, p. 154.

⁴⁷ Richard Fagen, *The Transformation of Political Culture in Cuba*, Stanford, Cal., Stanford University Press, 1969; Robert C. Tucker, "Culture, Political Culture, and Communist Society"; Archie Brown y Jack Gray, *Political Culture and Political Change in Communist States*, 2a. ed., Nueva York, Holmes and Meier, 1979; Archie Brown, *Political Culture and Communist Studies*, Armonk, Nueva York, M. E. Sharpe, 1985; Jack Gray, "Conclusions", en Brown y Gray (comps.), *Political Culture and Political Change in Communist States*; Mary McAuley, "Political Culture and Communist Politics: One Step Forward, Two Steps Back", en Brown (comp.), *Political Culture and Communist Studies*; Stephen White, "Political Culture in Communist States: Some Problems of Theory and Method", *Comparative Politics* 16, 3, abril de 1984, pp. 351-365; y Gabriel A. Almond, "Communism and Political Culture Theory", *Comparative Politics* 15, 2, enero de 1983, pp. 127-138.

metodología. ¿Qué debería incluirse bajo el rubro de cultura política?; y dadas las dificultades de acceso a los datos pertinentes, ¿cómo determinar el grado de persistencia de las propensiones precomunistas o el surgimiento de las no comunistas? Stephen White sugiere un ingenioso método para determinar el significado de los factores histórico-culturales en la vida política de los países comunistas.⁴⁸ Adopta el enfoque de análisis comparativo de John Stuart Mill al combinar los métodos de coincidencia y diferencia para contrastar la experiencia histórica y contemporánea de los países comunistas.

Barghoorn es un reconocido pionero en el estudio de la cultura política en la Unión Soviética. Las tres ediciones de su *Politics in the USSR* tratan sobre patrones históricos, tendencias subculturales, cultura política elitista, y procesos de socialización y comunicación.⁴⁹ Un libro entero de Stephen White acerca de la cultura política soviética destaca la cultura política de masas y presenta una cantidad apreciable de datos empíricos producidos por científicos sociales soviéticos acerca de actitudes y creencias populares.⁵⁰ Arguye que la aceptación del absolutismo por parte de las masas soviéticas se explica en gran parte con el modelo ruso de absolutismo. Esta postura es rebatida por Barghoorn, quien insiste en que la extrema coerción y el terror prevaletentes en la época estalinista, así como el monopolio de la comunicación y de la organización, son factores que determinaron en gran medida dicha aceptación.

Otra polémica en el área de la cultura política soviética gira en torno a la naturaleza de la participación popular en la política soviética. Barghoorn y Friedgut destacan el carácter de movilización e intervención individual de la participación de masas.⁵¹ Di Franceisco y Gitelman, con base en un gran número de entrevistas a emigrados soviéticos, afirman que la participación de las masas, aun cuando se concentra en el aspecto de aplicación del proceso administrativo, incluye un componente de conformismo ritual, así como otro, cuantitativamente significativo, de "contacto particularizado" al estilo de

⁴⁸ White, "Political Culture in Communist States".

⁴⁹ Barghoorn, *Politics in the USSR*.

⁵⁰ White, *Political Culture in Soviet Politics*.

⁵¹ Barghoorn y Remington, *Politics in the USSR*, 1986; y Theodore Friedgut, *Political Participation in the USSR*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1979.

Verba y Nie.⁵² Dicho en otras palabras, existe en la política soviética un mayor activismo del que sugiere la noción de la participación de los sujetos, pero este activismo consiste en abordar autoridades gubernamentales y de partido para la satisfacción de necesidades privadas y personales.

Las culturas políticas de los países de Europa del Este demuestran el extraordinario poder de permanencia de las tendencias nacionalistas y liberales, así como de las tradicionales tendencias étnicas y religiosas frente a los esfuerzos más sistemáticos para erradicarlas o assimilarlas al sistema comunista. Checoslovaquia, Polonia, Hungría y Rumania han logrado, cada una a su manera, moderar los esfuerzos comunistas respaldados por la Unión Soviética para crear culturas "socialistas" homogéneas.⁵³ La experiencia yugoslava sugiere en qué forma podrían modificarse estos sistemas sociopolíticos en ausencia de las presiones soviéticas.⁵⁴

Dentro de este contexto, es interesante que el concepto de cultura política haya sido generalmente adoptado en la propia Unión Soviética, y con una definición no muy alejada de la que prevalece en Occidente. Aun cuando los estudiosos soviéticos asumen que la cultura política socialista es la versión normativa de la cultura política hacia la cual tiende la historia humana, reconocen la persistencia de tendencias históricas anteriores así como de los procesos de socialización que las preservan en la Unión Soviética, los países de Europa del Este, el Tercer Mundo y el mundo occidental. Estos estudiosos soviéticos basaron sus investigaciones en encuestas, sobre todo para el estudio de la cultura política de la juventud en Rusia.⁵⁵ También se llevaron a cabo en varios países de Europa del Este estudios empíricos sobre actitudes y opiniones con respecto a cuestiones políticas, ideológicas y sociales.

⁵² Wayne Di Francisco y Zvi Gitelman, "Soviet Political Culture and 'Covert Participation' in Policy Implementation", *American Political Science Review* 78, 3, septiembre de 1984, pp. 603-621; y Sidney Verba y Norman Nie, *Participation in America*, Nueva York, Harper & Row, 1972.

⁵³ Brown y Gray, *Political Culture and Political Change in Communist States*; Brown (comp.), *Political Culture and Communist Studies*, pp. 100-114.

⁵⁴ David A. Dyker, "Yugoslavia: Unity out of Diversity?", en Brown y Gray (comps.), *Political Culture and Political Change in Communist States*.

⁵⁵ Archie Brown, "Soviet Political Culture Through Soviet Eyes", en Brown (comp.), *Political Culture and Communist Studies*, pp. 100-114.

EL MODELO DE DESARROLLO

En los estudios acerca del comunismo, muy pronto se recurrió a diversas versiones de la teoría de la modernización y del desarrollo para explicar y predecir el curso del cambio político. Así, el de desarrollo industrial fue uno de los tres modelos que emplearon Barrington Moore y Alex Inkeles para especular acerca de la dinámica de la política soviética.⁵⁶ Huntington y Brzezinski, en su estudio comparativo sobre los Estados Unidos de Norteamérica y la URSS, explicaron tendencias políticas convergentes en función del común efecto de la industrialización y la modernización, pero arguyeron al mismo tiempo que los diferentes esquemas ideológicos e históricos impedirían una convergencia perfecta.⁵⁷

En su anterior versión, la teoría de la movilización social predijo que una movilización política seguiría a la social (industrialización, urbanización, educación, comunicación de masas). Karl Deutsch, S. M. Lipset, James Coleman, Inkeles y Smith, y otros muchos, contribuyeron con la bibliografía que anticipaba tendencias hacia la democratización en los países comunistas conforme éstos se fueran industrializando.⁵⁸ Jan Triska y sus asociados aplicaron el aparato conceptual de la teoría de la modernización a los países comunistas de Europa del Este.⁵⁹ Paul Johnson, en particular, planteó una serie de hipótesis concernientes a la relación entre variables económicas, sociales y de modernización política en los países de Europa del Este,

⁵⁶ Moore, *Terror and Progress, USSR*; Inkeles, "Models and Issues in the Analysis of Soviet Society".

⁵⁷ Zbigniew Brzezinski y Samuel P. Huntington, *Political Power, USA/USSR*, Nueva York, Viking, 1965.

⁵⁸ Karl Deutsch, "Social Mobilization and Political Development", *American Political Science Review*, 55, 3, septiembre de 1961, pp. 493-514; Seymour Martin Lipset, "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", *American Political Science Review* 53, 1, enero de 1959, pp. 69-105; James Coleman, "Conclusion: The Political Systems of the Developing Areas", en Gabriel A. Almond y James Coleman (comps.), *The Politics of the Developing Areas*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1960; y Alex Inkeles y David Smith, *Becoming Modern*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1974.

⁵⁹ Jan F. Triska y Paul M. Cocks (comps.), *Political Development in Eastern Europe*, Nueva York, Praeger, 1977.

y recomendó un diseño de investigación para probar la validez de dichas hipótesis.⁶⁰

Huntington explicó el desarrollo del "partido leninista" con base en la dinámica económica y política de la modernización. El partido leninista ofrecía un esquema de organización capaz de contener a una sociedad, movilizada por la industrialización, la urbanización, una creciente alfabetización y los medios masivos de comunicación.⁶¹ Hace más de 15 años, Richard Lowenthal arguyó que era de esperarse una profunda alteración en las funciones y operaciones del PCUS, conforme éste fuera abandonando su anterior papel de penetración, movilización y transformación, para alcanzar e interactuar con una base socioeconómica fundamentalmente transformada. "Aun cuando se preservó el esquema institucional totalitario, se ha invertido la relación fundamental entre el sistema político y el desarrollo de la sociedad. Primeramente, todo el poder radicaba en el sistema político que sometía a una sociedad subdesarrollada a un desarrollo forzado y a una serie de revoluciones impuestos desde arriba. En la actualidad, el sistema político debe responder a las presiones generadas por una sociedad cada vez más avanzada."⁶² Lowenthal anticipaba una transformación política que incluyera la legitimación de conflictos administrativos dentro de un esquema de racionalidad burocrática, pero que se caracterizara por tensiones entre impulsos pluralistas y esfuerzos por contenerlos y evitar la inestabilidad, así como la amenaza de un cambio sistémico. Kenneth Jowitt postuló la teoría de que sólo existían dos vías hacia el mundo moderno —la vía liberal, históricamente única y ahora inaccesible, y la vía marxista-leninista de la modernización obligada. No veía futuro alguno para el incrementalismo reformista.⁶³ Sin embargo, conforme fue reflexionando acer-

⁶⁰ Paul M. Johnson, "Modernization as an Explanation of Political Change in East European States", en Triska y Cocks (comps.), *Political Development in Eastern Europe*.

⁶¹ Samuel P. Huntington, "Social and Institutional Dynamics of One-Party Systems", en Samuel Huntington y Clement Moore, *Authoritarian Politics in Modern Society*, Nueva York, Basic Books, 1970, pp. 3-47.

⁶² Richard Lowenthal, "Development vs. Utopia in Communist Policy", en Chalmers Johnson (comp.), *Change in Communist Systems*, Stanford, Cal., Stanford University Press, 1970, p. 112.

⁶³ Kenneth Jowitt, *The Leninist Response to National Dependency*, Berkeley, Cal., Institute of International Studies, 1978.

ca de la experiencia de países comunistas como Yugoslavia, Polonia y Rumania, introdujo en escritos posteriores la categoría del neotradicionalismo para explicar el estancamiento y la corrupción de los regímenes comunistas.⁶⁴

En términos generales, el modelo de desarrollo, el modelo histórico de persistencia cultural y el modelo ideológico han sido los principales competidores en los intentos de explicar futuros cambios políticos en las sociedades comunistas. El modelo de desarrollo predice que dado un desarrollo industrial y técnico, las diferencias histórico-culturales e ideológicas irán perdiendo su fuerza explicativa hasta la insignificancia. El modelo de persistencia histórico-cultural mantiene que por poderosos y homogéneos que sean los mencionados adelantos tecnocrático-industriales, las tendencias histórico-culturales producirán importantes diferencias en las pautas de desarrollo. Un modelo ideológico sostiene que los objetivos políticos e ideológicos pueden modificar de manera significativa las tendencias histórico-culturales, y controlar las consecuencias imprevistas del cambio técnico-industrial. El hecho de que este triple enfoque continúe siendo la explicación más completa de la dinámica de los sistemas comunistas y de los cambios que éstos experimentaron, demuestra la gran originalidad de la formulación inicial de Barrington Moore.

Andrew Janos, en su reciente *Politics and Paradigms*, va más allá que Barrington Moore al argüir que este autor y, de hecho, toda la tradición clásica de modernización articulada por Marx, Weber y Parson, ya no explican los procesos de desarrollo en el mundo moderno, y que se alcanzaron una división del trabajo y sistemas de comunicaciones mundiales, en los cuales las fuerzas económicas y políticas internacionales poseen un importante poder explicativo. Janos anticipa un nuevo paradigma en el que se reconocerá la laxitud de la relación entre variables internas de movilización y el cambio político y cultural.⁶⁵ Las innovaciones y las ideas

fluyen libremente entre las sociedades y de un continente a otro [...] y como las ideas se mueven del centro hacia la periferia, encontrarán

⁶⁴ Kenneth Jowitt, "Soviet Neotraditionalism", *Soviet Studies* 35, 3, julio de 1983, pp. 275-297.

⁶⁵ Andrew Janos, *Politics and Paradigms*, Stanford, Cal., Stanford University Press, 1970, p. 155.

diferentes configuraciones de intereses, y provocarán diversas respuestas y patrones de comportamiento institucionales. Ejemplos claros de esto son las ideas de laicismo moderno y soberanía popular. Mientras que en el Occidente dieron origen a la democracia parlamentaria, en otras partes la expresión institucional correspondiente es, en la mayoría de los casos, un autoritarismo burocrático.⁶⁶

Janos pasa por alto el hecho de que el ámbito internacional tuvo una enorme importancia en la conformación de los Estados europeos y sus instituciones, un fenómeno ampliamente reconocido y comentado en las obras de Hintze, Tilly y muchos otros.⁶⁷ La importancia del efecto de demostración internacional y de la difusión en el desarrollo occidental fue asimismo articulada en la obra de Hecho y comentada en las de Flora y Heidenheimer y otros.⁶⁸ No está del todo clara la diferencia entre el nuevo paradigma de Janos y las posturas adoptadas por otros teóricos del desarrollo, en particular aquellos enlistados en su mesa, quienes postulan diferentes resultados atribuibles a diferencias en las características internas, momentos históricos y contextos internacionales.⁶⁹

En un estudio anterior y más directamente enfocado hacia las perspectivas del desarrollo soviético, George Breslauer esboza unas cinco "imágenes" del futuro soviético que provienen de la bibliografía de la disidencia soviética y de los estudios soviéticos de académicos occidentales.⁷⁰ Éstos son, procediendo de izquierda a derecha, la democracia socialista, el liberalismo elitista, el autoritarismo estatal de asistencia, el fundamentalismo ruso, y diversas formas de inestabilidad y fragmentación. En la escala poliárquica de Dahl, la democracia socialista implicaría una transformación tanto hacia la participación como hacia la protesta; en tanto que el liberalismo elitista

⁶⁶ *Ibid.*, p. 155.

⁶⁷ Otto Hintze, *Staat und Verfassung*, Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht, 1962; y Charles Tilly, *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1975.

⁶⁸ Hugh Hecho, *Modern Social Politics in Britain and Sweden*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1974; y Peter Flora y Arnold Heidenheimer (comps.), *The Development of Welfare States in Europe and America*, New Brunswick, Nueva Jersey, Transaction Books, 1981.

⁶⁹ Janos, *Politics and Paradigms*, p. 60.

⁷⁰ George Breslauer, *Five Images of the Soviet Future*, Berkeley, Cal., Institute of International Studies, 1978.

representaría un movimiento en dirección del pluralismo limitado principalmente a los tecnócratas y los intelectuales.⁷¹ A la derecha, el fundamentalismo rusita representaría el auge de tendencias chauvinistas, antisemitas y antintelectuales en algunos sectores de la milicia y de la policía, e incluso en algunas secciones del partido. Breslauer encuentra diversas variedades de inestabilidad predichas en la bibliografía. Entre ellas figuran una fragmentación étnica dentro de un contexto de estancamiento económico, conflictos militares y favoritismo rusita; así como reiteradas crisis políticas producidas por el inmovilismo político y económico. Las opciones de izquierda y de centro de Breslauer son similares a las predicciones de la escuela del desarrollo, que anticipaba una movilización política y el surgimiento de tendencias pluralistas como consecuencia de la modernización; el fundamentalismo rusita es una versión de la opción tradicionalista o neotradicionalista descrita por Moore, Jowitt y otros.

En el centro del continuo de Breslauer se encuentra el "autoritarismo estatal de asistencia" que se asemeja a la realidad soviética contemporánea. Breslauer describe una versión "izquierdista" y otra "derechista" del autoritarismo estatal de asistencia. La versión izquierdista implicaría un giro presupuestal hacia la economía de consumo, mayores oportunidades para minorías étnicas, la apertura del proceso político a algún grado de participación ciudadana, y una definición más estricta de la desviación política; este moderado movimiento hacia la izquierda se asociaría con mayores intercambios comerciales y culturales con otros países. La versión derechista implicaría movimientos en direcciones opuestas en todos estos aspectos. Breslauer anticipa para el futuro oscilaciones entre estas dos tendencias del autoritarismo de asistencia.

LOS MODELOS PLURALISTAS

La insatisfacción con el modelo totalitario como descripción del proceso político comunista propició que se experimentara con una serie de modelos pluralistas —la teoría de los grupos de interés, el corporativismo, y las teorías de red de problemas y comunidad de políticas.

⁷¹ Robert A. Dahl, *Polyarchy*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1970.

El concepto de pluralismo ingresó a la ciencia política como una impugnación a la teoría de la soberanía. La teoría de la soberanía, a su vez, surgió en los procesos de estructuración del Estado entre los siglos xv y xix, para afirmar y justificar la autoridad centralista del Estado propia de los regímenes absolutistas. En su forma extrema, expuesta por Hobbes, la soberanía era considerada como creación del derecho y sin restricciones de cualquier otra fuente de derecho, fuera ésta humana o divina. Y a mediados y finales del siglo xix, asociada con el tardío desarrollo de la nación-Estado en Alemania e Italia, y el surgimiento del sindicalismo, y los partidos democráticos y socialistas, nació una polémica teórica en torno a la soberanía última del Estado centralista por una parte, y la autonomía y legitimidad de otras instituciones como las iglesias, las regiones, las profesiones y la familia por la otra. Otto Gierke, John Figgis, Leon Duguit, Harold Laski, Ernest Barker y otros, afirman que más que considerar a la sociedad como una asociación de individuos dominados por un Estado centralista, había que concebirla como una organización de grupos iguales y cooperativos —iglesias, asociaciones profesionales, sindicatos, comunidades locales, incluido el propio Estado.⁷² Estos grupos constituyentes poseían una legitimidad propia, que no debía ser soslayada por el Estado centralista. Teóricos como Bentley y Mary Parker Follett fueron más lejos aún al reducir al gobierno y al Estado a fenómenos de grupos de interés, y considerar a la administración pública como el producto de la libre interacción de presiones de grupo.⁷³

La relación entre este "pluralismo" de la teoría política y los modelos pluralistas creados y empleados en la investigación sobre grupos de interés realizada en las décadas inmediatas a la primera Guerra Mundial es más compleja de lo que sugieren las obras de Berger,

⁷² Otto Gierke, *Political Theories of the Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 1900; John Neville Figgis, *The Churches in the Modern State*, Londres, 1913; Léon Duguit, *Traité de Droit Constitutionnel*, París, Boccard, 1925; Harold Laski, *Studies in the Problem of Sovereignty*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1917; Ernest Barker, *Political Thought in England from Herbert Spencer to the Present Day*, Londres, Williams and Norgate, 1915.

⁷³ Arthur Bentley, *The Process of Government*, Chicago, University of Chicago Press, 1908; y Mary Parker Follett, *The New State, Group Organization and the Solution of Popular Government*, Nueva York, Longmans, Green, 1918.

Manley y Krasner.⁷⁴ Estos enfoques empíricos centrados en los grupos de interés, como los de Merriam y Schattschneider, no consideraban iguales a los diversos intereses, ni censuraban la "autonomía" del Estado.⁷⁵ Samuel Huntington describe la historia de ciencia política estadounidense mediante la sucesión de tres paradigmas —el progresivo, el conflictual-pluralista y el consensual-pluralista.⁷⁶ Los historiadores progresistas, como Beard, Parrington y Turner, interpretaron a la política estadounidense como un conflicto entre una reducida élite económica y una masa populista.⁷⁷ La temprana tradición empírica pluralista representada en las obras de politólogos como Merriam y Schattschneider adoptó una perspectiva crítica de la base de grupos de interés de la política estadounidense, al mantener que si bien había grupos que influían en los asuntos del gobierno, los intereses mercantiles mostraban una organización mucho más poderosa y eficaz que los demás grupos.

El modelo consensual-pluralista fue desarrollado por Herring, Truman y otros en el periodo del *New Deal*, posterior a la segunda Guerra Mundial.⁷⁸ Aquí, el modelo pluralista tomó en cuenta el auge del trabajo organizado y el desarrollo del Estado de asistencia. El pluralismo se consideraba como un sistema relativamente abierto en el que tanto los trabajadores como los granjeros y los hombres de negocios, negros y blancos, tenían acceso al proceso político.

Lo que hicieron Herring y Truman fue modificar el anterior mo-

⁷⁴ Suzanne Berger (comp.), *Organizing Interests in Western Europe*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1957; John Manley, "Neopluralism: A Class Analysis of Pluralism I and Pluralism II", *American Political Science Review* 77, 2, junio de 1983, pp. 368-383; y Stephen Krasner, "Approaches to the State: Alternative Conceptions and Historical Dynamics", *Comparative Politics* 16, 2, enero de 1984, pp. 223-246.

⁷⁵ Charles E. Merriam y Harold F. Gosnell, *The American Party System*, Nueva York, Macmillan, 1933; Elmer E. Schattschneider, *Party Government*, Nueva York, Farrar and Rhinehart, 1942.

⁷⁶ Samuel Huntington, *American Politics: The Promise of Disharmony*, Cambridge, Massachusetts, Belknap Press of Harvard University Press, 1981.

⁷⁷ Charles Beard, *The Economic Basis of Politics*, Nueva York, Knopf, 1922; Vernon Parrington, *Main Currents in American Thought*, 3 vols., Nueva York, Harcourt, Brace, 1927-1930; y Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History*, Nueva York, Henry Holt, 1920.

⁷⁸ Pendleton Herring, *The Politics of Democracy*, Nueva York, Norton, 1940; David Truman, *The Governmental Process*, Nueva York, Knopf, 1951.

delo conflictual de grupos de presión de Merriam y Schattschneider. Consideraban que los grupos de interés eran funcionales para la democracia. En el debate contemporáneo en torno al pluralismo en la democracia estadounidense, se olvidó el anterior modelo dedicado, sobre todo, a denunciar escándalos. Así, tendríamos que rectificar al Pluralismo I y II de John Manley.⁷⁹ Lo que Manley hace, en realidad, es comparar Pluralismo II con Pluralismo III; además, Pluralismo II tiene mucho en común con Pluralismo I. El Pluralismo I de Merriam y Schattschneider en nada se parece al modelo de equilibrio de Bentley y Latham. Es un modelo en el que la democracia es desviada por una concentración de recursos políticos en la clase financiera; es muy similar al cuadro esbozado por Lindblom en *Politics and Markets*, así como por Dahl en *Dilemmas of Democratic Pluralism*.⁸⁰

Los modelos empíricos de pluralismo en los estudios políticos estadounidenses han sido caricaturados también en otro sentido. Los politólogos de las décadas transcurridas entre 1930 y 1960 produjeron gran cantidad de bibliografía sobre el Congreso, la presidencia y la administración pública. Así, los mismos autores asociados con la postura pluralista también realizaron estudios encaminados a demostrar la autonomía y la importancia de las instituciones gubernamentales. De esta manera, Pendleton Herring escribió *Presidential Leadership and Public Administration and the Public Interest*.⁸¹ V. O. Key Jr. escribió *The Administration of Federal Grants in Aid to the States*, y David Truman, *Administrative Decentralization*.⁸² Puede argüirse que antes de que se conocieran en el extranjero, los modelos de grupos de interés fueron los temas más polémicos en los estudios políticos estadounidenses.

En sus viajes al extranjero, la teoría de los grupos de interés tuvo efectos polémicos y teóricos igualmente constructivos. Durante las

⁷⁹ Manley, "Neo-Pluralism: A Class Analysis of Pluralism I and Pluralism II".

⁸⁰ Charles E. Lindblom, *Politics and Markets*, Nueva York, Basic Books, 1977; Robert A. Dahl, *Dilemmas of Democratic Pluralism*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1981.

⁸¹ Pendleton Herring, *Public Administration and the Public Interest*, Nueva York, McGraw-Hill, 1936; *Presidential Leadership: The Political Relations of Congress and the Chief Executive*, Nueva York, Farrar and Rhinehart, 1940.

⁸² V.O. Key Jr., *The Administration of Federal Grants in Aid to the States*, Chicago, Public Administration Services, 1937; y David Truman, *Administrative Decentralization*, Chicago, University of Chicago Press, 1941.

décadas de 1950 y 1960, los estudios sobre grupos de interés se conocieron en Europa y luego, en América Latina. Henry Ehrmann y Almond reseñan su travesía en Europa, y Stepan y Schmitter en América Latina.⁸³ Estos dos últimos viajes produjeron los modelos corporativistas descritos a continuación.

EL MODELO DE LOS GRUPOS DE INTERÉS EN LOS ESTUDIOS SOBRE EL COMUNISMO

La teoría de los grupos de interés conoció una de sus más interesantes aventuras en los estudios sobre el comunismo. H. Gordon Skilling fue uno de los primeros estudiosos de los países comunistas que sugirieron que los grupos de interés también funcionan allá.⁸⁴ En un simposio celebrado en fechas posteriores, varios especialistas soviéticos aplicaron la teoría de los grupos de interés a diversos aspectos de la política soviética.⁸⁵ Algunos arguyeron que no solamente existen grupos en los sistemas comunistas, sino que éstos hacen sugerencias administrativas que compiten con otros grupos, y que los dirigentes soviéticos toman en cuenta las demandas de los grupos al formular las políticas administrativas. Esto representaba una neta ruptura con el modelo totalitario, cuya importancia fue destacada en una nueva versión, escrita por Jerry Hough, del anterior libro de Fainsod. Hough arguyó que "las percepciones fundamentales de los enfoques de grupos de interés y de conflictos faccionarios concernientes a la presencia de conflictos en el proceso administrativo soviético deben considerarse como una valiosa aportación a otros modelos y no deben calificarse de controversiales".⁸⁶ Esto pro-

⁸³ Henry Ehrman, "Interest Groups", vol. XII, *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan, 1968, pp. 241 ss.; Gabriel A. Almond, "Corporatism, Pluralism, and Professional Memory", *World Politics* 35, 2, enero de 1983, pp. 245-260; Alfred Stepan, *The State and Society: Peru in Comparative Perspective*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1978; y Philippe Schmitter, *Interest Conflict and Political Change in Brazil*, Stanford, Cal., Stanford University Press, 1971.

⁸⁴ H. Gordon Skilling, "Interest Groups and Communist Politics", *World Politics* 18, 3, abril de 1966, pp. 435-451.

⁸⁵ H. Gordon Skilling y Franklyn Griffiths (comps.), *Interest Groups in Soviet Politics*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1971.

⁸⁶ Hough y Fainsod, *How the Soviet Union is Governed*, p. 528.

vocó una avalancha de impugnaciones contra el trabajo de Skilling y sobre la versión más extrema de Hough acerca del enfoque de los grupos de interés en los estudios sobre el comunismo, lo cual sugiere que dicho enfoque era efectivamente controversial. Así, William Odom escribió "A Dissenting View" ("Una visión disidente"), Andrew Janos dio una "Second Look" ("Segunda mirada") y David Powell tuvo problemas con "In Pursuit of Interest Groups in the Soviet Union" ("En busca de los grupos de interés en la Unión Soviética").⁸⁷ LaPalombara, en "Monoliths or Plural Systems: Through Conceptual Lenses Darkly", dio a entender que los especialistas en países comunistas padecían de miopía conceptual.⁸⁸

Algunos de estos críticos asumían que Skilling había propuesto el enfoque de los grupos de interés como el modelo explicativo para la política soviética. Pero como lo explica Skilling en su más reciente análisis de este problema, "en ningún momento se afirmó que los grupos de interés fueran el rasgo más importante de la administración soviética, y mucho menos que la administración fuese un producto automático de presiones de grupo".⁸⁹ El empleo del modelo de grupos de interés iluminó importantes aspectos de la política soviética. Skilling arguyó asimismo que los grupos de interés son compatibles con un sistema autoritario, aun cuando están sujetos a restricciones impuestas por el Estado. Algunos estudiosos pusieron en duda la adecuación del concepto de grupo tratándose de fenómenos políticos comunistas. Griffiths, por ejemplo, habló de "tendencias" en vez de grupos.⁹⁰

Uno de los cambios más constructivos que surgieron de esta polémica

⁸⁷ William Odom, "A Dissenting View on the Group Approach to Soviet Politics", *World Politics* 28, 4, julio de 1976, pp. 542-567; David Powell "In Pursuit of Interest Groups in the USSR", *Soviet Union/Union Soviétique* 6 (Primera Parte, 1979), pp. 99-124; Andrew Janos, "Interest Groups and the Structure of Power: Critiques and Comparisons", *Studies in Comparative Communism* 12, 1, primavera de 1979, pp. 6-20; y Andrew Janos, "Group Politics in Communist Society: A Second Look at the Pluralistic Model", en Huntington y Moore, *Authoritarian Politics in Modern Society*, pp. 437-450.

⁸⁸ Joseph LaPalombara, "Monoliths or Plural Systems: Through Conceptual Lenses Darkly", *Studies in Comparative Communism* 8, 3, otoño de 1975, pp. 305-332.

⁸⁹ H. Gordon Skilling, "Interest Groups and Communist Politics Revisited", *World Politics* 36, 1, octubre de 1983, p. 5.

⁹⁰ Franklyn Griffiths, "A Tendency Analysis of Soviet Policy-Making", en Skilling y Griffiths (comps.) *Interest Groups in Soviet Politics*.

mica en torno al "totalitarismo-pluralismo" de los sistemas comunistas fue el que se recurriera a estudios de caso para probar la validez del enfoque de los grupos de interés. Así, Joel Schwartz y William Keech examinaron las influencias de grupos en los procesos de las políticas educativas en la Unión Soviética; Peter Solomon escribió acerca de la política del sistema judicial soviético, y Thane Gustafson examinó la administración de tierras y aguas en ese país.⁹¹

El enfoque de los grupos de interés también se aplicó a China. Tempranos ejemplos de ello serían las obras de Oksenberg, Liu y Esmein acerca de la Revolución Cultural.⁹² Goldman y Pye también aplicaron de manera implícita la teoría de los grupos en sus trabajos acerca de los procesos políticos chinos.⁹³ Sin embargo, la mayoría de estudios sobre grupos se limitaron al análisis de la élite política china. David Goodman intentó remediar esta situación en un simposio sobre grupos y políticas en la República Popular China.⁹⁴ Goodman observa que los estudios sobre China se basan casi siempre en el modelo totalitario, aun cuando rara vez citan expresamente este término. Arguye que la experimentación con una perspectiva de grupo puede ser "una etapa necesaria de desarrollo porque existe la convicción de que ofrecerá diferencias obvias (y marcadas) con el o los modelos totalitarios dominantes".⁹⁵ Por concentrarse en un principio en el comportamiento de las élites y no probar modelos pluralis-

⁹¹ Joel Schwartz y William Keech, "Group Influence and the Policy Process in the Soviet Union", *American Political Science Review* 62, 3, septiembre de 1968, pp. 840-851; Philip D. Stewart, "Soviet Interest Groups and the Policy Process: The Repeal of Production Education", *World Politics* 22, 1, octubre de 1969, pp. 29-51; Peter Solomon, *Soviet Criminologists and Criminal Policy: Specialists in Policy Making*, Nueva York, Columbia University Press, 1978; Thane Gustafson, *Reform in Soviet Politics: Lessons of Recent Policies on Land and Water*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

⁹² Michel Oksenberg, "Occupational Groups in Chinese Society and the Cultural Revolution", *Chinese Studies* 2, Ann Arbor, University of Michigan, Center for Chinese Studies, 1968; Alan Liu, *Communication and National Integration in China*, Berkeley, University of California Press, 1971; y J. Esmein, *The Chinese Cultural Revolution*, Londres, Deutsch, 1975.

⁹³ Merle Goldman, *China's Intellectuals: Advise and Dissent*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1981; Lucian W. Pye, *Dynamics of Chinese Politics*, Cambridge, Massachusetts, Oelgeschlager, Gunn & Hain, 1981.

⁹⁴ David S. Goodman (comp.), *Groups and Politics in the People's Republic of China*, Londres, Allen & Unwin, 1981.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 5.

tas, los estudios sobre China no generaron los tipos de datos empíricos que enriquecieron los estudios soviéticos y sobre el comunismo en general. La muerte de Mao y el ejemplo de los estudios soviéticos sentaron las bases para la incorporación y corroboración de los modelos de grupos de interés en los estudios sobre China. El concentrarse en los grupos permite enfocar el proceso político y la relación entre sistemas políticos y sociales. Los participantes en el mencionado simposio de Goodman presentaron estudios de caso sobre la milicia, los economistas, maestros, campesinos, trabajadores, intelectuales, así como las élites políticas.

Una importante aportación a la bibliografía relacionada con los grupos de interés, la cual trata sobre varios países comunistas de Europa del Este, es el estudio acerca de los obreros "de cuello azul" compilado por Jan Triska y Charles Gati.⁹⁶ Hasta entonces, no se había hablado mucho de los trabajadores en la bibliografía. El mencionado libro se concentra en las actitudes y el comportamiento político de la clase trabajadora e incluye varios estudios de caso sobre problemas específicos en los países de Europa del Este. Uno de los temas que trata es que en ausencia de organizaciones obreras que definan sus intereses, predominan las actividades informales y aisladas. La aportación de Alex Pravda al citado volumen informa acerca de motines y huelgas laborales, mediante los cuales los trabajadores intentan articular sus intereses.

Otra aportación relativa a los grupos en el estudio de la Europa del Este es el simposio compilado por Zvi Gitelman y Walter Connor, en el que se examinan la opinión pública y los grupos de interés en la URSS, Polonia, Checoslovaquia y Hungría.⁹⁷ Gitelman arguye que "la modernización de la sociedad de Europa del Este ha ocasionado el parcial surgimiento de públicos o colectividades que afrontan problemas, discuten y discrepan con respecto a los mismos".⁹⁸ Conocer a estos grupos, con sus actitudes y propensiones, es esencial para entender los procesos políticos de estos países.

En una reseña lúcida y exhaustiva del debate en torno al pluralis-

⁹⁶ Jan Triska y Charles Gati (comps.), *Blue Collar Workers in Eastern Europe*, Londres, Allen and Unwin, 1981.

⁹⁷ Zvi Gitelman y Walter Connor (comps.), *Public Opinion in European Socialist Systems*, Nueva York, Praeger, 1977.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 5.

mo en el contexto de los estudios soviéticos, Archie Brown concluye que la labor de investigación acerca de la teoría de los grupos ha aumentado en gran medida nuestro conocimiento de la política de los países comunistas. Sin embargo, el cuadro resultante no autoriza a hablar de pluralismo, toda vez que los grupos no son abiertos ni autónomos.

Archie Brown reconoce que Checoslovaquia en 1968, y Polonia en 1980 y 1981, eran de hecho Estados socialistas pluralistas en el sentido en que Dahl define al pluralismo.⁹⁹ Por otra parte, los intentos por rescatar al pluralismo calificándolo de "pluralismo institucional" o "pluralismo burocrático" no establecen diferencias entre los esquemas comunistas y no comunistas. El particularismo departamental y la criptopolítica burocrática son fenómenos casi universales.

EL CORPORATIVISMO

Una consecuencia de la polémica en torno al totalitarismo y al pluralismo fue la búsqueda de un modelo que combinase rasgos de ambos y tomase en cuenta la complejidad empírica de los regímenes comunistas. El "corporativismo", tema tomado de los estudios sobre Europa y América Latina, atrajo a algunos especialistas en países comunistas. El corporativismo, como teoría política, surgió en el siglo XIX y principios del siglo XX en dos versiones: un corporativismo de tipo "socialista gremial" descrito en la obra del teórico político británico G. D. H. Cole, y una versión corporativista desarrollada en la teoría política católica.¹⁰⁰ La versión pluralista del corporativismo originó diversas propuestas de representación funcional, como la de añadir a las cámaras parlamentarias existentes una cámara legislativa especial que representara los "intereses" económicos y profesionales, o introducir formalmente una representación de los intereses en las cámaras legislativas existentes. En uno o dos países europeos, hubo algunos experimentos de representación funcional. La versión católica, expresada por vez primera en la encíclica papal *Rerum Novarum*

⁹⁹ Archie Brown, "Pluralism, Power and the Soviet Political System: A Comparative Perspective", en Susan Gross Solomon (comp.), *Pluralism in the Soviet Union*, Nueva York, St. Martin's Press, 1983, pp. 61-107.

¹⁰⁰ G. D. H. Cole, *Guild Socialism*, Londres, Fabian Society, 1922.

de 1892, fue la respuesta de la Iglesia a la doctrina marxista de la lucha de clases por una parte, y al individualismo liberal capitalista por la otra. La realidad social de la humanidad no podía expresarse simplemente en términos de clases, ni en función de individuos aislados, sino más bien dentro del complejo de las agrupaciones en que se asocian los hombres y las mujeres —familias, comunidades, regiones, profesiones y ocupaciones, etc. El Estado debe reconocer la legitimidad y autonomía de dichas agrupaciones, las cuales han de participar en las decisiones públicas. La apropiación de las ideas corporativistas y los esquemas institucionales por la Italia fascista, la Alemania nazi, así como por los regímenes autoritarios de Austria, España y Portugal, desprestigió al corporativismo en las primeras décadas posteriores a la guerra.

La teoría contemporánea del corporativismo descansa en el descubrimiento de que en numerosos países europeos y latinoamericanos, la actividad de los grupos de interés difiere de la competencia abierta y relativamente desregulada familiar en la política estadounidense. Stein Rokkan y Robert Kvavik habían mencionado anteriormente este hecho en relación con los países escandinavos.¹⁰¹ En estos países, así como en los Países Bajos, Austria y en menor medida en Alemania, las negociaciones entre gobierno y grupos de interés se llevan a cabo de una forma más ordenada y reglamentada. En ellas suelen participar un número limitado de organizaciones económicas-ocupacionales "reconocidas por el Estado" e "investidas de un monopolio representativo dentro de sus respectivas categorías".¹⁰² El proceso implica una negociación regularizada sobre salarios, precios y políticas de inversión entre estos grupos de interés y los sectores pertinentes de la burocracia gubernamental. Cameron demostró que este esquema de definición de políticas industriales y económicas está asociado con una mayor estabilidad, un crecimiento económico lento pero continuo, una menor inflación y prestaciones socia-

¹⁰¹ Stein Rokkan, "Geography, Religion, and Social Class: Crosscutting Cleavages in Norwegian Politics", en Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan, *Party Systems and Voter Alignments*, Nueva York, Free Press, 1967; Robert Kvavik, *Interest Groups in Norwegian Politics*, Oslo, Universitetsforlaget, 1976.

¹⁰² Philippe Schmitter, "Still the Century of Corporatism", en Philippe Schmitter y Gerhard Lehmbruch, *Trends Toward Corporatist Intermediation*, Beverly Hills, Cal., Sage, 1974, p. 100.

les más sustanciosas que en países con grupos de interés más competitivos como los Estados Unidos de Norteamérica.¹⁰³ Katzenstein atribuye este esquema de relaciones entre grupos de interés a la vulnerabilidad de los países pequeños ante amenazas y presiones políticas, militares y económicas internacionales, sobre todo desde la Gran Depresión de los treinta.¹⁰⁴ Schmitter distingue entre corporativismo social y de Estado, y la versión estatal del corporativismo es la que atrae a los especialistas en países comunistas.

Bunce y Echols consideran que el sistema soviético bajo Brezhnev correspondía más a un corporativismo de Estado que a un pluralismo.¹⁰⁵ Las pruebas en que sustentan su opinión se basan en gran parte en los esfuerzos que hiciera Brezhnev para equilibrar y armonizar los intereses de los profesionales del partido, los gerentes industriales, la burocracia gubernamental, los científicos y el sector agrícola en las postrimerías de la era de Khrushchev. En un análisis posterior, Valerie Bunce arguye que el corporativismo en el proceso político soviético fluctúa en relación con las presiones ejercidas sobre la economía soviética. Así, a principios de la era de Brezhnev hubo "una modalidad de intermediación de intereses que intentó minimizar los conflictos y maximizar la productividad incorporando directamente los intereses económicos y políticos dominantes al proceso de administración, al mismo tiempo que afianzaba el apoyo de las masas mediante el fortalecimiento de un Estado de asistencia".¹⁰⁶ En los últimos años del régimen de Brezhnev, las presiones

¹⁰³ David Cameron, "Social Democracy: Corporatism, Labor Quiescence, and the Representation of Economic Interests in Advanced Capitalist Societies", en John Goldthorpe (comp.), *Order and Conflict in Contemporary Capitalism*, Cambridge, University of Cambridge Press, 1981.

¹⁰⁴ Peter Katzenstein, *Small States in World Markets*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1985. Véase también Harold M. Wilensky, "Leftism, Catholicism, and Democratic Corporatism: The Role of Political Parties in Recent Welfare State Development", en Flora y Heidenheimer, *The Development of Welfare States in Europe and America*; y Philippe Schmitter, "Interest Intermediation and Regime Governability in Contemporary Western Europe and North America", en Suzanne Berger (comp.), *Organizing Interests in Western Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

¹⁰⁵ Valerie Bunce y John M. Echols, "Soviet Politics in the Brezhnev Era: Pluralism or Corporatism", en Donald R. Kelley, *Soviet Politics in the Brezhnev Era*, Nueva York, Viking, 1980.

¹⁰⁶ Valerie Bunce, "The Political Economy of the Brezhnev Era", *British Journal of Political Science* 13, 2, abril de 1983, p. 131.

ejercidas por los países de Europa del Este sobre los recursos soviéticos, debidas a las costosas intervenciones extranjeras y una acelerada carrera armamentista, desviaron el proceso político hacia el desarrollo de las industrias pesada y militar, a costa del poder de negociación de las industrias ligeras y de la fuerza laboral. Bunce concluye que "no es fácil la coexistencia del corporativismo con importantes compromisos internacionales, tanto por el costo de éstos como por las contradicciones que originan en las alianzas de clase doméstica".¹⁰⁷ Discrepa con el planteamiento de Archie Brown en el sentido de que en el sistema soviético, estos "intereses" carecen de la legitimidad y autonomía requeridas por un régimen corporativista —incluso en su versión estatal. Según Bunce, los periodos de distensión internacional con menores gastos militares pueden impulsar al gobierno soviético hacia una dirección corporativista con procesos de negociación relativamente abiertos.

Hough impugna la aplicación del modelo corporativista al caso soviético argumentando que dicho esquema no toma en cuenta la fragmentación del propio Estado, y que "dicha segmentación debe entenderse en función de los diferentes intereses sociales".¹⁰⁸ Skilling lamenta la escasez de investigaciones realizadas con miras a corroborar la utilidad del corporativismo.¹⁰⁹

Archie Brown, junto con Schmitter, Linz y Stepan, arguyó que el modelo corporativista puede aplicarse a Yugoslavia y tal vez a otros países comunistas de la Europa del Este.¹¹⁰ Con respecto a la aplicabilidad general del corporativismo al análisis de la política comunista, Brown concluye de manera tentativa que "la transición de un Estado comunista de Partido, organizado para mantener el control del partido dentro de y sobre cualquier otra organización, a uno

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 157.

¹⁰⁸ Jerry F. Hough, "Pluralism, Corporatism and the Soviet Union", en Solomon (comp.), *Pluralism in the Soviet Union*, pp. 37-60.

¹⁰⁹ H. Gordon Skilling, "Interest Groups and Communist Politics Revisited".

¹¹⁰ Archie Brown, "Political Power in the Soviet State", en Neil Harding (comp.), *The State in Society*, Albany, State University of New York Press, 1984; Philippe Schmitter, "Still the Century of Corporatism", en Schmitter y Lehmbruch, *Trends Toward Corporatist Intermediation*, pp. 99-100; Juan J. Linz, "Totalitarian and Authoritarian Regimes", en Greenstein y Polsby (comps.), *Handbook of Political Science*, vol. 3, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, 1975, p. 312; y Alfred Stepan, *The State and Society: Peru in Comparative Perspective*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1978, p. 15.

corporativista, en principio no es imposible, y podría argumentarse que en Yugoslavia y tal vez en Hungría, se comienza a observar el surgimiento de un nuevo tipo de corporativismo".¹¹¹

REDES DE PROBLEMAS Y COMUNIDADES DE POLÍTICAS

Otro modelo proveniente de los estudios estadounidenses es la teoría de "redes de problemas" o "comunidades de políticas". Este enfoque nace del reconocimiento de que los procesos políticos varían en función de las áreas de problemas o políticas. Este concepto fue empleado por vez primera en *Who Governs?* de Dahl, en donde el autor demostró que la estructura del poder político en New Haven variaba de acuerdo con la naturaleza de los problemas implícitos en un conflicto.¹¹² Theodore Lowi mantuvo de manera más explícita que existían cuatro esquemas relativamente diferenciados de procesos políticos, que dependían de si los problemas eran de naturaleza extractiva, reguladora, distributiva o redistributiva.¹¹³ Freeman y otros autores argumentaron que existían numerosos subgobiernos o "triángulos de hierro" —relaciones perdurables entre oficinas administrativas, comités de congreso y su respectivo personal, y grupos de interés de oficiales y técnicos— que controlaban el acceso al proceso político y sus repercusiones en las políticas tributaria, de asistencia, salud, transporte, conservación, de defensa y otras esferas de la administración pública.¹¹⁴ Heclo juzgó más bien como excepcional y no típico al fenómeno del "triángulo de hierro", y consideró que la formulación más laxa de las "redes de problemas" describía mejor la interacción tripartita entre los integrantes del poder legislativo, el administrativo y los representantes de los grupos de interés.¹¹⁵ Destacó que la metáfora del "triángulo de hierro" no describía certeramente el fluido

¹¹¹ Brown, "Political Power in the Soviet State", p. 68.

¹¹² Robert A. Dahl, *Who Governs?*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1962.

¹¹³ Theodore Lowi, "American Business, Public Policy, Case Studies, and Political Theory", *World Politics* 16, 4, julio de 1964, pp. 677-715.

¹¹⁴ J. Leiper Freeman, *The Political Process*, Nueva York, Random House, 1965.

¹¹⁵ Hugh Heclo, "Issue Networks and the Executive Establishment", en Anthony King (comp.), *The New American Political System*, Washington, D. C., American Enterprise Institute, 1978, pp. 87-124.

movimiento de los especialistas en administración dentro y fuera de las áreas de problemas.¹¹⁶ John Kingdon emplea la expresión: "comunidad de políticas" para describir este fenómeno vagamente "corporativista"; sin embargo, no está del todo claro si el significado de dicha expresión difiere muy significativamente del concepto de red de problemas.¹¹⁷

"Issue Area and Foreign-Policy Process", de Zimmerman constituye una temprana aplicación de la teoría de la red de problemas.¹¹⁸ La aplicación más extensiva del modelo de la red de problemas tal vez se encuentre en el estudio realizado por Nina Halpern acerca del papel desempeñado por los economistas en la definición de la política económica de China.¹¹⁹ Halpern presenta asimismo una excelente reseña de la bibliografía relativa a los modelos de grupos de interés, burocrático, y patrón-cliente. John Lewis traza un interesante paralelo entre la teoría de la red de problemas y la clientelista, de la que hablaremos más adelante.¹²⁰

Los estudiosos de la política soviética emplean conceptos afines. Así, John Lowenhardt escribe acerca de "coaliciones de políticas" en su estudio sobre la toma de decisiones en la URSS.¹²¹ Hough asocia su noción de pluralismo institucional a "remolinos" y complejos de problemas.¹²² Los conflictos políticos "tienden a compartimentarse con la controversia en cada área o remolino de políticas, y a limitarse en gran medida a aquéllos cuyas trayectorias profesionales se relacionen con el problema, y a quienes estén especialmente interesados en él".¹²³ Skilling, por su parte, considera a la teoría de la red como una simple variante del tema de los grupos de interés. Sin embargo,

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 88.

¹¹⁷ John W. Kingdon, *Agendas, Alternatives, and Public Policies*, Nueva York, St. Martin's Press, 1981.

¹¹⁸ William Zimmerman, "Issue Area and Foreign-Policy Process: A Research Note in Search of a General Theory", *American Political Science Review* 67, 4, diciembre de 1973, pp. 1204-1212.

¹¹⁹ Nina Halpern, "Economic Specialists and the Making of Chinese Economic Policy, 1955-1983", disertación de doctorado, Universidad de Michigan, 1985.

¹²⁰ John W. Lewis, *Political Networks and the Chinese Policy Process*, Stanford, Cal., Northeast Asia Forum on International Policy, 1986.

¹²¹ John Lowenhardt, *Decision Making in Soviet Politics*, Nueva York, Random House, 1965, p. 468.

¹²² Hough y Fainsod, *How the Soviet Union is Governed*.

¹²³ *Ibid.*, p. 525.

puede ser, a final de cuentas, un modelo más apropiado para los estudios acerca del comunismo, toda vez que no conlleva la connotación de organización formal y autonomía.

LA POLÍTICA BUROCRÁTICA

Durante la controversia de la década de los sesenta en torno al "ajuste" del modelo totalitario, otra opción que se consideró fue la política burocrática. La burocracia ha sido un tema central en la historia del marxismo-leninismo. Según Marx, Estado y burocracia se asociaban con la dominación de clase. Eliminar a las clases equivalía a eliminar al Estado, lo mismo que a la burocracia. Ésta también fue la utopía leninista. Una vez eliminada la explotación de clases, cualquier lavandera podría llevar a cabo las sencillas tareas administrativas requeridas en la sociedad comunista. En los primeros años de la Unión Soviética, Lenin y en particular, Trotsky, vieron en el surgimiento de la burocracia soviética una amenaza, o incluso una traición a la revolución.

Los primeros estudiosos de la política soviética también ahondaron en la cuestión burocrática. La política burocrática es uno de los tres modelos desarrollados por Barrington Moore en su esquema tripartita de tendencias en la política soviética. A ella corresponde la tendencia racional-tecnocrática, la racionalidad instrumental de Max Weber que Moore atribuyó a la burocracia emergente en el proceso soviético de industrialización. En la era posestalinista, cuando ya habían desaparecido algunos de los rasgos del totalitarismo, se expresó la opinión de que toda la sociedad soviética era ahora dominada por la burocracia tecnócrata. Así, Alfred Meyer describió a la URSS en su conjunto como "una vasta burocracia comparable en su estructura y funcionamiento con gigantescas corporaciones, ejércitos, agencias gubernamentales e instituciones similares".¹²⁴ En su opinión, todo el sistema es una vasta burocracia unificada por objetivos comunes encauzados y controlados por la jerarquía central. La percepción por Meyer del papel desempeñado por la buro-

¹²⁴ Alfred Meyer, *The Soviet Political System: An Interpretation*, Nueva York, Random House, 1965, p. 468.

cracia en la política soviética se asemeja en muchos sentidos a la perspectiva de quienes describen a la Unión Soviética como una sociedad "administrada", o como una comunidad "organizada" o "de mando". Así por ejemplo, Kassof considera que un poderoso grupo dirigente posee el monopolio del saber necesario para planificar y coordinar el sistema. En la sociedad de mando de Rigby, existe un grupo (el partido y su líder) que tiene el control, en tanto que el resto del sistema acata y aplica los planes del grupo dirigente.¹²⁵ Armstrong también consideró que la administración jerárquica era una característica de la burocracia, pero insistió en que su estructura no era rígida ni uniforme.¹²⁶ En su comparación de la Unión Soviética con la Europa occidental, establece relaciones informales y personales y motivaciones utilitarias comunes a ambas, lo mismo que diferencias significativas como la relativa falta de una comunicación eficiente en la burocracia soviética.

En *The Soviet Union and Social Science Theory*, Jerry Hough presenta una reseña crítica de la bibliografía relativa a la política burocrática.¹²⁷ Se pregunta cómo deben definirse los burócratas y la burocracia en el caso de la Unión Soviética. ¿Debería esta definición incluir a todo el estrato administrativo-político, gubernamental, militar, industrial y científico? Por ser similares las trayectorias profesionales de todos estos grupos administrativos, Hough concluye que todos ellos forman parte de una burocracia. Luego, se pregunta si un modelo burocrático en el que destacan la jerarquía y la uniformidad realmente capta la esencia del proceso soviético de toma de decisiones. Su conclusión coincide con la formulación de Barghoorn en el sentido de que "no debemos cometer el error de suponer que una socialización uniforme, el reclutamiento centralizado de ejecutivos y la estructura jerárquica de la burocracia política garantizan una unidad de perspectiva o de intención entre los estadistas soviéticos. Por el contrario, muchos datos indican que discordias, conflictos y rivali-

¹²⁵ Allen Kassof, "The Administered Society: Totalitarianism Without Terror", *World Politics* 16, 4, julio de 1964, pp. 558-575; T. H. Rigby, "Traditional, Market, and Organization Societies", *World Politics* 16, 4, julio de 1964, pp. 539-557.

¹²⁶ John A. Armstrong, "Sources of Administrative Behavior: Some Soviet and Western European Comparisons", *American Political Science Review* 59, 3, septiembre de 1965, pp. 643-655.

¹²⁷ Jerry Hough, *The Soviet Union and Social Science Theory*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1977.

dades políticas pueden desempeñar un papel más importante, si bien oculto, en los sistemas unipartidistas que en las democracias."¹²⁸

Hough concluye que solamente mediante estudios de caso de instituciones y áreas de la administración pública soviéticas, se comenzará a descubrir la complejidad del proceso de toma de decisiones en la Unión Soviética. Cita estudios de administración industrial llevados a cabo por Granick, Berliner y Azrael como ejemplos del tipo de investigaciones susceptibles de mejorar nuestra comprensión de la política soviética.¹²⁹

El modelo burocrático se ha empleado con frecuencia en los estudios acerca de la política exterior soviética. Horelick, Johnson y Steinbruner debaten la aplicabilidad del modelo de la política burocrática al proceso soviético de toma de decisiones.¹³⁰ William Potter demuestra la conveniencia de utilizar un enfoque organizativo de toma de decisiones en el estudio de la formulación de las políticas exteriores en la Unión Soviética.¹³¹ Distinguir entre las fases de iniciación, deliberación, legitimación, aplicación y conclusión en la toma de decisiones en materia de política exterior, permite localizar a los actores políticos de las organizaciones pertinentes y definir sus respectivos papeles en el proceso de toma de decisiones.¹³² Jiri Valenta experimentó con el paradigma de la política burocrática en un estudio de caso de la toma de decisiones por parte de los soviéticos en la crisis checa de 1968.¹³³ Gail Lapidus recomienda el empleo de un modelo burocrático pluralista en el análisis de la política soviética con China.¹³⁴

¹²⁸ Barghoorn, *Politics in the USSR*, 1972, p. 201; véase también Barghoorn y Remington, *Politics in the USSR*, 1986, pp. 403-404.

¹²⁹ David Granick, *Management of the Industrial Firm in the USSR*, Nueva York, Columbia University Press, 1954; Joseph Berliner, *Factory and Manager in the USSR*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1957; y Jeremy Azrael, *Managerial Power and Soviet Politics*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1966.

¹³⁰ Arnold Horelick, A. Ross Johnson y John D. Steinbruner, *The Study of Soviet Foreign Policy: Decision Theory Related Approaches*, Beverly Hills, Cal., Sage, 1975.

¹³¹ William Potter, "Sources of Foreign Policy Change: Insights from the Policy Sciences", *Conference on the Domestic Sources of Soviet Foreign Policy*, UCLA Project on Politics and War, 11 de octubre de 1985.

¹³² *Ibid.*

¹³³ Jiri Valenta, "Soviet Decisionmaking and the Czechoslovak Crisis of 1968", *Studies in Comparative Communism* 8, 1 y 2, primavera-verano de 1975, pp. 147-173.

¹³⁴ Gail Lapidus, "The Making of Russia's China Policy: Domestic/Foreign Policy

El modelo de política burocrática sufrió un interesante revés en los estudios políticos acerca de China. Lucian Pye señala que debido a factores político-culturales y estructurales, el modelo de política burocrática no funciona bien en el caso de China:

En vez de tener políticas burocráticas que impliquen choques de intereses funcionalmente específicos, el sistema político chino se mantiene como un "gobierno burocrático", es decir, una pequeña élite jerárquicamente organizada de oficiales cuyos valores, actitudes y relaciones personales determinan todas las decisiones. En un gobierno burocrático, quienes toman las decisiones no necesitan responder a presiones por parte de la sociedad en su conjunto, y no se admiten intereses ajenos a los de la jerarquía estatal (o del partido único).¹³⁵

En esto tienen precedencia las relaciones personales. Oksenberg y Lieberthal examinaron esta clase de vinculaciones en la política china.¹³⁶ Oksenberg examinó de manera particular el proceso de comunicaciones y descubrió comunicaciones horizontales que no esperaba encontrar y que sugerían la importancia de la interacción informal y lateral en la política china. Las dudas que ello suscitó entre los especialistas en política china con respecto a la pertinencia del modelo de política burocrática apuntan hacia el modelo patrón-cliente del cual nos hemos de ocupar en seguida.

LAS RELACIONES PATRÓN-CLIENTE

Cada uno de estos modelos pretende explicar por sí solo el resultado de los procesos políticos. Un modelo totalitario afirma que los resultados políticos son iniciados por el dirigente central y aplicados mediante el proceso político sin modificaciones importantes. Un modelo pluralista los relaciona con la fuerza de los grupos competi-

Linkages in Sino-Soviet Relations", UCLA Project on Politics and War, 11 de octubre de 1985.

¹³⁵ Pye, *Dynamics of Chinese Politics*, p. 86.

¹³⁶ Michel Oksenberg, "Methods of Communication Within the Chinese Bureaucracy", *China Quarterly* 57 (enero-marzo de 1974), pp. 1-39; Michel Oksenberg, "Economic Policy Making in China: Summer 1981", *China Quarterly* 90 (septiembre de 1982), pp. 165-194; Kenneth Lieberthal, *Central Documents and Politburo Politics in China*, Ann Arbor, University of Michigan, Chinese Studies, 1978.

dores y sus coaliciones, en función de su acceso al proceso político. Un modelo de política burocrática explica los resultados políticos en función de los procedimientos normativos de operación y las propensiones administrativas de las agencias burocráticas. Hoy en día, es excepcional que se proponga en forma exclusiva cualquiera de estos modelos.

El modelo patrón-cliente se hizo importante durante la década de 1970. Lo que indujo a experimentar con el clientismo en los estudios acerca del comunismo, fue la evidente importancia de la existencia de facciones, las luchas por el poder, el padrinazgo y la corrupción en aquellos países, y la incapacidad de los modelos totalitarios o pluralistas para explicar tales fenómenos. En el área soviética, habían surgido estudios de este tipo en forma independiente de la teoría, como se demuestra en los estudios sobre "kremlinología". El ejemplo más refinado de esta tradición fue el extraordinario análisis de Robert Conquest de las "dinastías soviéticas".¹³⁷ En la década de 1970, el esquema patrón-cliente como modelo analítico había aparecido en todas las especialidades relacionadas con áreas político-geográficas, y también existía una bibliografía teórica al respecto.

El modelo patrón-cliente nació de las teorías antropológica y sociológica, y ha sido descrito y analizado en numerosas obras etnográficas e históricas que abarca al Primer, Segundo y Tercer mundos, al igual que al presente y a periodos recientes y más remotos del pasado. El magistral ensayo bibliográfico de James Scott acerca del clientismo incluye más de mil títulos.¹³⁸ Los más importantes análisis teóricos del clientismo político se encuentran en los escritos de Carl Lande y en una obra suya reimpresa por Schmidt *et al.*, así como en los trabajos de James C. Scott, Rene Lemarchand y Keith Legg, Eisenstadt y Lemarchand, y otros autores.¹³⁹ El planteamiento teórico general co-

¹³⁷ Robert Conquest, *Power and Policy in the USSR*, Londres, Macmillan, 1961.

¹³⁸ James C. Scott, "Political Clientelism: A Bibliographical Essay", en Steffen Schmidt *et al.*, *Friends, Followers, and Factions*, Berkeley, University of California Press, 1977.

¹³⁹ Carl Lande, *Leaders, Factions and Parties: The Structure of Philippine Politics* 6 (New Haven, Connecticut, Yale Southeast Asia Monograph Series, 1965); Schmidt *et al.*, *Friends, Followers, and Factions*, "Introduction", pp. 75-100 y pp. 506-510; James C. Scott, "Corruption, Machine Politics and Political Change", *American Political Science Review* 63, 4, diciembre de 1969, pp. 1142-1158; y "Patron-Client Politics and Political Change in Southeast Asia", *American Political Science Review*

mún a todos estos escritos es que la unidad última de interacción política en todas las sociedades es la *díada*, es decir, la interacción entre dos personas, normalmente una relación de dominación-dependencia o patrón-cliente. Las facciones se componen de constelaciones de díadas con diferentes estructuras y diversas relaciones, las cuales se desenvuelven en el interior de organizaciones formales como partidos, grupos de interés, parlamentos y burocracias. El poder y el padrínazgo son moneda corriente en los sistemas clientistas, y el gobierno un asunto secundario.

Aun cuando se conocía desde tiempo atrás la existencia, en la Unión Soviética, de grupos de poder constituidos por facciones y camarillas, esta situación no se asoció explícitamente con la teoría patrón-cliente sino hasta la publicación, por Andrew Nathan, de un ensayo en el que presentó un modelo faccional para la política china.¹⁴⁰ Las dos principales fuentes de inspiración para el ensayo de Nathan fueron el estudio realizado por Lande sobre el clientismo en las Filipinas y una disertación, de James Scott, acerca de la política patrón-cliente en el sureste asiático.¹⁴¹ El análisis que hizo Nathan de la política en China también fue fuertemente influido por el análisis por "código operativo" realizado por Nathan Leites sobre la política faccionaria de la IV República Francesa.¹⁴² Nathan propone un código operativo para las facciones en China, el cual contiene alrededor de 15 propuestas. Éstas destacan la naturaleza esencialmente defensiva y limitada de la lucha de facciones, la base consensual de la toma de decisiones y el carácter secundario del protocolo y de la ideología. Aun cuando resultó de lo más interesante analizar la Revolución Cultural sobre estas bases, era esencial reconocer que

la lucha entre facciones ocurre en el contexto de un amplio consenso de objetivos y métodos. Por tanto, sería un error identificar al modelo de las

66, 1, marzo de 1972; pp. 91-113; René Lemarchand y Keith Legg, "Political Clientelism and Development: A Preliminary Analysis", *Comparative Politics* 4, 2, enero de 1972, pp. 149-178; y S. Eisenstadt y René Lemarchand, *Political Clientelism, Patronage, and Development*, Beverly Hills, Cal., Sage, 1981.

¹⁴⁰ Andrew Nathan, "A Factionalism Model for cccp Politics", p. 396.

¹⁴¹ Lande, *Leaders, Factions and Parties*; y Scott, "Patron-Client Politics and Change in Southeast Asia".

¹⁴² Nathan Leites, *On the Game of Politics in France*, Stanford, Cal., Stanford University Press, 1959.

facciones con una burda teoría de lucha por el poder que asuma una actitud cínica de los dirigentes en lo que se refiere a sus planteamientos ideológicos. Sin embargo, sería igualmente erróneo creer que solamente en China las perspectivas de los hombres con respecto a los problemas ideológicos y prácticos no son influidas por sus posiciones políticas individuales. La impresión que a veces se tiene de que esto pudiera ser así tal vez se deba a que se conocen mucho mejor dichos problemas que las posiciones políticas de los interesados.¹⁴³

En una monografía seria y teóricamente fundamentada acerca del papel desempeñado por el clientismo en la toma de decisiones en China, John Lewis arguye que "las redes informales son endémicas en el proceso de administración chino".¹⁴⁴ Después de citar la bibliografía relativa a la teoría antropológica de las redes, la cual considera a éstas como las unidades universales de la estructura social, Lewis observa primero que las "redes subyacen en todas las estrategias de formación de coaliciones en situaciones políticas y sociales".¹⁴⁵ Luego, distingue entre redes densas y ralas:

En una red relativamente cerrada o "densa", los miembros que la componen interactúan con frecuencia, y los "guardianes" de la red ejercen un estricto control sobre la información proveniente de y dirigida a los individuos ajenos a la misma, incluidos los oficiales. Aun cuando las redes densas pueden entorpecer o distorsionar cualquier iniciativa de aplicación o monitoreo de políticas por parte de la dirigencia, los tipos más extremos (o logrados) de redes ralas también son capaces de desviar el control centralizado de las políticas toda vez que pueden convertirse en sistemas alternativos de liderazgo de gran alcance e influencia. Las redes densas de poco alcance pueden fungir como fortalezas impenetrables, o para emplear otra metáfora, como tribus rivales, mientras que las redes extensas y ralas pueden funcionar como regímenes gobernantes reales. Ambos tipos de redes coexisten en China.¹⁴⁶

Hay muchas pruebas de que existen en China redes densas del tipo descrito por Lewis, y que éstas son consideradas por el régimen de

¹⁴³ Andrew Nathan, "A Factionalism Model for CCP Politics", p. 396.

¹⁴⁴ John W. Lewis, *Political Networks and the Chinese Policy Process*, Stanford, Cal., Northeast Asia Forum on International Policy, 1986, p. 5.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 7.

¹⁴⁶ *Ibid.*

Deng como subversiones contra planes reformistas y de desarrollo. Las redes con base local son capaces de implantar "bloqueos económicos regionales". El clientismo encaminado a la obtención de privilegios es un fenómeno generalizado en China, alcanza a los más altos niveles de autoridad y con frecuencia rebasa la búsqueda de influencias y privilegios, y llega hasta la comisión de delitos. Lewis hace alusión a la importancia de un clientismo oficial —en el que se utilizan redes de influencias para impulsar la productividad e instrumentar objetivos de gobierno. Así, parecería existir en la política china una lucha entre un clientismo encaminado a la obtención de poder y privilegios y otro centrado en redes de problemas, es decir, entre el poder y los privilegios por una parte y la orientación de políticas administrativas, por la otra. Al respecto, Lewis opina lo siguiente:

Los estudios acerca de la política china, además de generar importantes interrogantes, podrían comenzar con el aberrante comportamiento de sus redes. Sin embargo, es preciso tratar directamente con los papeles desempeñados por las redes sociales en todo el proceso de administración. Dichas redes, a menudo perturbadoras y contrarias a la aplicación de políticas en el pasado, pueden ser esenciales para la innovación administrativa y la resolución de problemas en el futuro. Con este objetivo en mente, los dirigentes nacionales de China han considerado, entre sus prioridades, la transformación de las redes políticas.¹⁴⁷

Lucian Pye, en una obra reciente titulada *Asian Power and Politics*, describe las variedades de patrón-clientismo existentes en los países asiáticos, su relación con las diferentes culturas políticas y sus repercusiones en los sistemas de poder así como en los procesos políticos en el este, el sureste y el sur del continente asiático.

En las sociedades del Este asiático, en donde aún predominan los tradicionales valores del confucianismo, se considera que las asociaciones políticas deben ajustarse al esquema de la familia y del clan, por lo que se espera que los participantes se comporten como si estuvieran unidos por vínculos de parentesco [...] En el Sur y el Sureste asiáticos, dichos esquemas, aun cuando no se ajustan tan expresamente a la familia, no dejan de tener un poderoso componente grupal, aunque más de acuerdo con los vínculos propios de las relaciones patrón-cliente. En el Sur de

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 25.

Asia, sobre todo en la India, esto implica por lo general la precedencia de una política de padrino sobre la aplicación de políticas administrativas. En el Sureste asiático, las políticas de camarillas, redes personales y asociaciones son básicas en la edificación de estructuras coherentes de poder nacional. De esta manera, incluso instituciones tan jerarquizadas como las burocracias nacionales y las instituciones militares tienden a ser fachadas para agrupaciones de tipo patrón-cliente informales pero perdurables.¹⁴⁸

Pye sugiere que la importancia en la política india de las relaciones patrón-cliente permite entender por qué el fracaso de grandiosos proyectos no suele desmoralizar a la población. "En esta sociedad de superiores paternalistas y subalternos dependientes, es posible para la población encontrar fuentes de satisfacción incluso ante el fracaso de grandes proyectos."¹⁴⁹ Lucian Pye atribuye la excepcional capacidad de adaptación al cambio, característica del desarrollo histórico japonés, a una propensión a instituir el poder "a partir de las motivaciones de redes de relaciones subordinadas y localizadas. [...] Los mismos esquemas de dependencia mutua entre superiores y subordinados se aplicaron cuando los japoneses llevaron a cabo sus peculiares adaptaciones del confucianismo y, a fin de cuentas, de la democracia estadounidense. En cada caso, líderes y seguidores adoptaron en forma colectiva lo que ellos consideraron ser un sistema superior y más amplio, que conservaba al mismo tiempo la esencia de su concepción fundamental de poder."¹⁵⁰

Un simposio publicado en *Studies in Comparative Communism* presenta un análisis basado en el esquema patrón-cliente, por John Willerton, de la política soviética, con comentarios sobre Europa del Este por Zygmunt Bauman, sobre China por John Burns, sobre Japón por Nobutake Ike y sobre las sociedades industriales avanzadas por Keith Legg, así como otros de naturaleza más general por T. H. Rigby.¹⁵¹ Como muestra de la importancia de las redes patrón-cliente en la Unión Soviética, Willerton examina la agrupación de los miem-

¹⁴⁸ Lucian W. Pye, *Asian Power and Politics*, Cambridge, Massachusetts, Belknap Press of the Harvard University Press, 1985, p. 27.

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 146.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 177.

¹⁵¹ "Clientelism", simposio presentado en *Studies in Comparative Communism* 12, 2 y 3 verano-otoño de 1979, pp. 159-211.

bro del comité central alrededor de los miembros del politburó.¹⁵² Semejante agrupación en redes clientistas es inferida a partir de los ascensos y descensos de los miembros del comité central coincidentes con cambios correspondientes en las posiciones de sus respectivos patrones en el politburó.

Bauman confirma la importancia de estos vínculos laterales de padrinazgo en la política de Europa del Este, pero se muestra un tanto más cauteloso que Willerton, quien deduce la existencia de semejantes nexos simplemente a partir de los orígenes regionales comunes, y los asocia con movimientos ascendentes y descendentes de altos y bajos jerarcas del partido.¹⁵³ John Burns documenta, en el contexto de los estudios sobre la política china, la polémica que originó la interpretación clientista de la Revolución Cultural por Andrew Nathan. Arguye que cualquier enfoque clientista necesita confrontarse con factores de tipo organizativo, cultural e ideológico, para explicar los comportamientos políticos y modalidades de la administración pública.¹⁵⁴ Nobutake Ike, en su interpretación del clientismo en Japón, aclara que ningún sistema político puede funcionar sin un elemento de confianza, amistad y lealtad personal, y que en donde prevalecen la desconfianza y la inseguridad, se forman relaciones de protección.¹⁵⁵ Desde este punto de vista, es posible inferir la universalidad del clientismo. Lo interesante es saber en qué formas se combina con otros criterios como los de la ideología y la organización formal en la configuración de la administración pública. Por último, Rigby concluye de este interesante simposio que "el padrinazgo es un elemento generalizado y tal vez casi universal, de los sistemas sociales, aunque pudiera ser que sólo en sociedades feudales o casi feudales tenga una importancia organizadora central."¹⁵⁶ Al mismo tiempo, advierte que

sería necio suponer que fueran idénticos el carácter y las causas del clientismo en las burocracias industriales occidentales y en las de tipo soviético. Una comparación sistemática más bien ayudaría a esclarecer

¹⁵² John Willerton, "Clientelism in the Soviet Union: An Initial Examination", *Studies in Comparative Communism* 12, 2 y 3, verano-otoño de 1979, pp. 159-183.

¹⁵³ Zygmund Bauman, "Comment on Eastern Europe", pp. 184-189.

¹⁵⁴ John Burns, "Comment on China", pp. 190-194.

¹⁵⁵ Nobutake Ike, "Comment on Japan", pp. 201-203.

¹⁵⁶ T. H. Rigby, "The Need for Comparative Research", p. 297.

hasta qué punto y en qué sentidos las últimas son *sui generis*. Además, en la medida en que se descubran rasgos comunes, la bibliografía relativa a las burocracias industriales occidentales puede contribuir a esclarecer el caso soviético, que no está abierto a estudios de campo directos.¹⁵⁷

Un simposio compilado por Rigby y Harasymiw acerca del reclutamiento de la dirigencia y el clientismo en la Unión Soviética y Yugoslavia, reúne mucha información acerca del sistema comunista de *nomenklatura* mediante el cual se controlan y reglamentan el reclutamiento y la promoción de personal en los niveles superiores de la jerarquía laboral comunista.¹⁵⁸ También trata sobre las formas en que funciona el clientismo dentro de este contexto. De una forma por demás ingeniosa, Gyula Josza asocia el patrón-clientismo en la URSS con un *Seilschaft*, es decir, con un equipo de alpinistas. Señala que en la Unión Soviética y otros países comunistas, los estudios acerca de las relaciones patrón-cliente se han limitado en gran medida a los niveles jerárquicos superiores. La información bibliográfica tiende a tornarse inconsistente conforme se desciende en la escala jerárquica. Resume los datos contenidos en varios estudios sobre diferentes redes centrales y locales, y concluye que estas redes son toleradas por los dirigentes principales ya que pueden "contribuir con mucho a la capacidad funcional del sistema, en la medida en que pueden mitigar la rigidez de los reglamentos y de esta forma contrarrestar el mutuo sabotaje de las diferentes burocracias [...] y por último, son susceptibles de dirimir conflictos entre intereses centrales y locales".¹⁵⁹

Esta última serie de ensayos dedicados principalmente a la Unión Soviética, el tratamiento de John Lewis de este tema en el contexto de los estudios acerca de China y la preocupación de Lucian Pye en torno a las formas en que las diferencias culturales afectan los esquemas del clientismo, reflejan la creciente complejidad de los estudios acerca del comunismo.¹⁶⁰ En la actualidad, los estudiosos de estos fenómenos los colocan sistemáticamente en el marco de teorías de reclutamiento político y toma de decisiones.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 209.

¹⁵⁸ T. H. Rigby y Bohdan Harasymiw, *Leadership Selection and Patron-Client Relations in the USSR and Yugoslavia*, Londres, Allen & Unwin, 1983.

¹⁵⁹ Gyula Josza, "Political Seilschaften in the USSR", en *ibid.*, p. 169.

¹⁶⁰ Véanse las notas 144, 148 y 158.

OTROS MODELOS

Existen, desde luego, otros modelos en las ciencias sociales que sólo se probaron de manera limitada en estudios acerca del comunismo. Así, la teoría de las comunicaciones fue aplicada en por lo menos dos sentidos en investigaciones sobre el comunismo y la Unión Soviética. En el primer sentido, hay superposición con la teoría burocrática o de la organización. Oksenberg y otros autores (véase arriba) se han interesado en la naturaleza de los flujos de información dentro de la burocracia china. La predominancia de la comunicación informal sugirió a Oksenberg que las interacciones faccionarias y de tipo patrón-cliente podían dominar la definición y aplicación de políticas orientadas hacia la resolución de problemas. Erik Hoffman sugiere que una combinación de las teorías de las comunicaciones, de la organización y de los papeles a desempeñar, aplicadas a estudios acerca del comunismo, revelaría mucho acerca de la eficacia del gobierno y de la economía soviéticas.¹⁶¹ Así, la correspondencia y eficacia de la toma de decisiones en la Unión Soviética dependería de los flujos de información desde y hacia los entornos internacionales y domésticos. El modelo cibernético facilitaría la observación de los mecanismos de "retroalimentación" y "conducción" de las instituciones soviéticas. La predominancia de una comunicación vertical, así como restricciones impuestas a la comunicación lateral en las decisiones económicas, al limitar la retroalimentación, podrían afectar seriamente las mencionadas dimensiones de eficiencia y productividad. Un modelo de comunicaciones nos conduciría a buscar bloqueos y desviaciones en los procesos de información y comunicaciones soviéticos, y preguntarnos acerca del efecto de dichos bloqueos y desviaciones en las políticas industriales, de seguridad, etcétera.

Ellen Mickiewicz, después de examinar los esquemas de comunicaciones soviéticos desde el punto de vista del desarrollo, concluye que la anterior teoría del "flujo en dos etapas", adaptada a la política soviética por Alex Inkeles, dejó de ser aplicable a la comunicación

¹⁶¹ Erik P. Hoffman, "Methodological Problems in Kremlinology", en Frederic J. Fleron, Jr. (comp.), *Communist Studies and the Social Sciences: Essays on Methodology and Empirical Theory*, Chicago, Rand McNally, 1969.

soviética, de la misma manera que dejó de considerársele válida en los estudios sobre Norteamérica.¹⁶² La educación masiva, aunada a la expansión de los medios masivos de comunicación electrónicos, en particular la televisión, contribuyó a mermar la influencia de los agitadores y líderes de opinión. De ahí que dejó de ser sostenible la anterior imagen del gobierno soviético invadido y manipulado por la agitación verbal de líderes locales y de una camarilla del partido. El partido no puede acaparar en forma tan exclusiva las ondas electrónicas y la información transmitida por estos medios no puede ser interpretada por miembros del partido como en el pasado. Al carecer de los medios organizativos necesarios para intervenir directamente en los procesos de gobierno, el público soviético no tiene el mismo poder que las democracias occidentales; así y todo, importantes cambios en los procesos de gobierno soviéticos son atribuibles a la revolución de los medios masivos de comunicación.

Muy poco uso se ha hecho, en los estudios acerca del comunismo, del modelo de elección pública o elección racional de análisis político. Este método de investigación política en el que se aplican modelos tomados de la teoría económica a los procesos electoral, político y legislativo, y que generó un gran número de hipótesis con respecto a los procesos e instituciones políticas estadounidenses, aún no ha tenido gran aplicación en contextos extranjeros. Los investigadores especializados en las economías soviética y de otros países comunistas han aplicado cierto número de decisiones económicas a economías centralizadas. Sin embargo, aún no está demostrado que este enfoque pueda ayudarnos a entender los procesos políticos comunistas. Desde este punto de vista, el análisis que realizó William Welsh de la rebelión húngara de 1956, con base en la teoría de los juegos, fue una iniciativa aislada, y al parecer fueron desoídas sus recomendaciones concernientes a las adaptaciones requeridas por la teoría formal de los juegos para que ésta pudiera ser de algún provecho en la investigación empírica.¹⁶³

¹⁶² Ellen Mickiewicz, "Managing Public Opinion and International News in the Soviet Union", en *Domestic Sources of Foreign and Defense Policy*, UCLA Project on Politics and War, 1985. Véase Alex Inkeles, *Public Opinion in Soviet Russia*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1950.

¹⁶³ William A. Welsh, "A Game-Theoretic Conceptualization of the Hungarian Revolt: Toward an Inductive Theory of Games", en Fleron (comp.), *Communist Studies and the Social Sciences*.

CONCLUSIONES

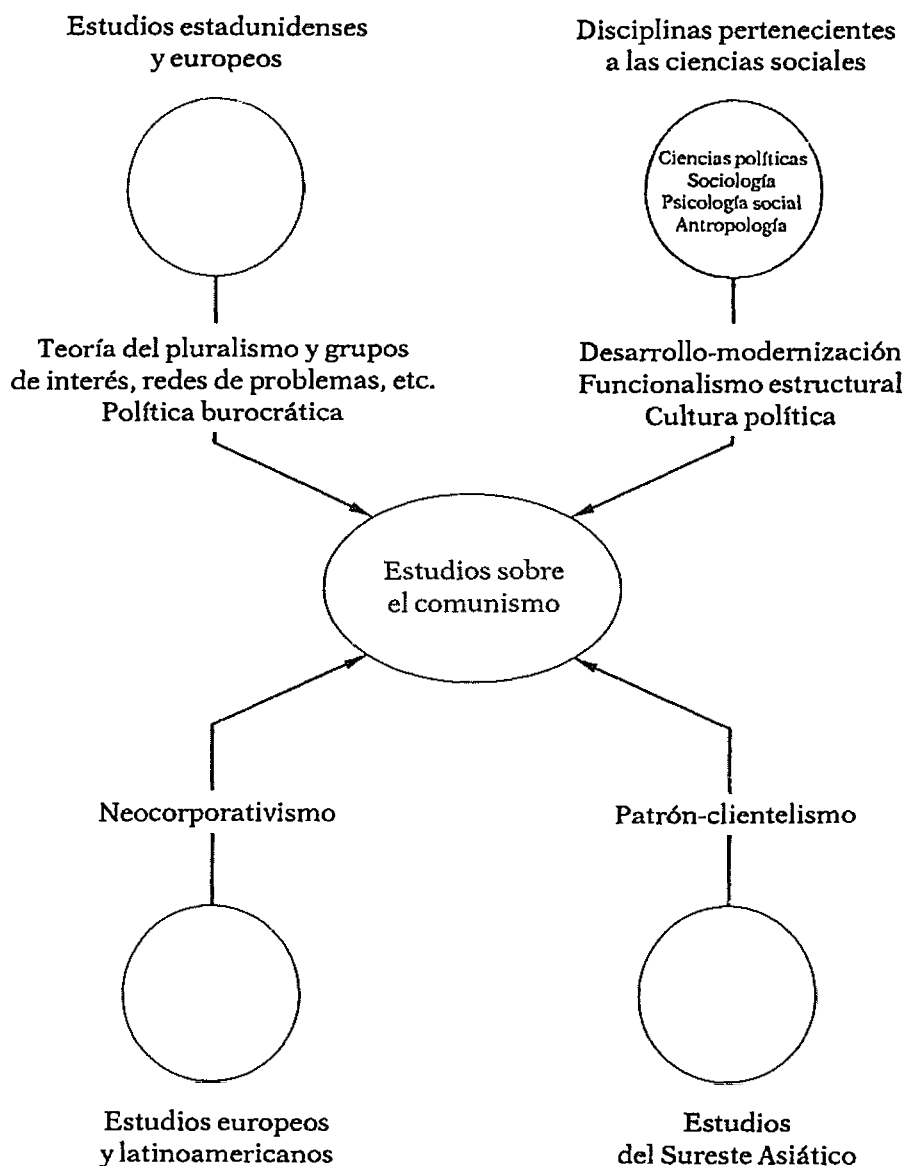
La bibliografía citada en este capítulo describe una rica y compleja interacción entre los estudios realizados acerca del comunismo y la teoría política empírica. La gráfica 1 sugiere los puntos de partida y direcciones de este proceso de difusión. De las disciplinas pertenecientes a las ciencias sociales —ciencias políticas, sociología, psicología social y antropología— provinieron los modelos de desarrollo y modernización, del estructural-funcionalismo y de la cultura política. De los estudios políticos estadounidenses y europeos nacieron la categoría de los modelos pluralistas —las teorías de los grupos de interés, de las redes de problemas y de la comunidad de políticas— y el modelo de la política burocrática. Podríamos asimismo atribuir el modelo burocrático a la teoría sociológica y a la política weberiana, pero éste llegó a integrarse en los estudios sobre el comunismo mediante los modelos estadounidenses del proceso organizativo y la toma de decisiones. De los estudios europeos y latinoamericanos surgió el modelo neocorporativista y de los relativos al sureste asiático, el modelo patrón-cliente. El único modelo internamente generado en los estudios acerca del comunismo fue el totalitario, el cual, como lo sugiere nuestra exposición, aún conserva cierta utilidad.

El grado hasta donde otros estudios de área están abiertos a la experimentación teórica amerita una cuidadosa atención. A primera vista, pareciera que los estudios sobre el comunismo ocupan el primer lugar en este ecumenismo teórico, y los estudios latinoamericanos se encuentran en el último, aunque encuestas recientes parecen señalar cambios al respecto.¹⁶⁴

Esta experimentación conceptual en los estudios occidentales acerca del sistema comunista despertó cierta curiosidad entre los estudiosos soviéticos y de la Europa del Este. Existe una especie de diálogo entre el saber occidental y sus contrapartes. Entre los teóricos políticos soviéticos, han existido más que ecos del concepto de cultura política. La investigación de la cultura política ha sido definida por los principales politólogos soviéticos como una de las más importantes subdivisiones de la ciencia política, y se publicaron va-

¹⁶⁴ Robert Packenham, "The Changing Political Discourse in Brazil", en Wayne Selcher (comp.), *Political Liberalization in Brazil*, Boulder, Co., Westview, 1986.

GRÁFICA 1. Diagrama de la interacción entre los estudios sobre el comunismo, las disciplinas pertenecientes a las ciencias sociales y otros estudios de área



rios libros que tratan sobre aspectos teóricos y empíricos de dicha materia.¹⁶⁵ Los teóricos políticos soviéticos enfrentan actualmente el problema de definir al Estado y al sistema político, a más de ubicar al Estado dentro del sistema político en general. Intentan escapar al reduccionismo de clase atribuyendo autonomía al Estado, tanto capitalista como soviético. Existe una polémica en parte oculta, aunque ocasionalmente abierta, en torno a la cuestión del monismo vs. pluralismo. En una reseña de los escritos de teóricos soviéticos acerca del Estado y del sistema político, Archie Brown arguye que:

Lo que hace que el trabajo de estos autores sea importante y al mismo tiempo controversial en el contexto soviético, es su intención [...] de estudiar seriamente el verdadero proceso político y las relaciones políticas reales dentro de la Unión Soviética y otras partes, y apartarse del enfoque legalista que ha tenido en los escritos soviéticos relativos al Estado y las instituciones políticas mucha mayor preponderancia de la que pudo tener el enfoque aparentemente legal-institucional en la ciencia política occidental antes de la "revolución conductual".¹⁶⁶

Los teóricos soviéticos sumaron sus voces a la polémica pluralista, en el sentido populista de la expresión. Así, Archie Brown cita a Shakhnazarov, acerca del concepto de pluralismo:

Últimamente, hay quienes afirman que la democracia socialista también es esencialmente pluralista. No parece necesario emplear un concepto extranjero para caracterizar los rasgos del sistema político socialista, los cuales por mucho tiempo han sido definidos en forma muy satisfactoria dentro de la tradición marxista-leninista mediante conceptos como las necesidades e intereses de clase y grupos sociales, la coincidencia o contradicción entre ellos, su defensa y expresión, coordinación, etc. Por lo que toca a una definición general, al nebuloso y ambiguo término de "pluralismo", susceptible de interpretarse en múltiples formas, es preferible el concepto más claro de "soberanía popular" (*narodovlastie*).¹⁶⁷

Respecto al problema más general del efecto creativo de este experimento de casi tres décadas con el ajuste de modelos, nos pregun-

¹⁶⁵ Brown, "Soviet Political Culture through Soviet Eyes", en *Political Culture and Communist Studies*, pp. 106 ss.

¹⁶⁶ Archie Brown, "Political Power in the Soviet State", en Neil Harding (comp.), *The State in Society*, p. 75.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 74.

tamos qué otras teorías y métodos pudieron emplearse para dar cuenta de la realidad política comunista. Existían, claro está, las clásicas antinomias metodológicas, los enfoques explicativos nomotético e ideográfico —la búsqueda, por una parte, de regularidades constantes entre variables con el propósito de establecer la necesaria y suficiente causalidad, y por la otra, la profunda y “densamente descriptiva” búsqueda clínica geertziana de la realidad interna de casos individuales.¹⁶⁸ Przeworski y Teune, en su tratamiento del método comparativo, son quienes van más lejos al recomendar la asimilación de los estudios de área en una teoría general. Concretamente, afirman que “el papel de la investigación comparativa en el proceso de la formulación y corroboración de teorías consiste en sustituir los nombres propios de los sistemas sociales (en este caso, de países) por las variables pertinentes”.¹⁶⁹ Desde este punto de vista, la Unión Soviética, China, Polonia, Checoslovaquia, etc., nos interesan simplemente en la medida en que puedan servirnos como “pruebas” experimentales para las relaciones postuladas entre variables por una parte, o hasta el punto en que puedan ser explicadas mediante leyes derivadas de investigaciones comparativas, por la otra.

Si suponemos que se adoptó la estrategia de Przeworski, el enfoque de los estudios de área habría tenido que tratar con la parte del comportamiento de una nación aún no explicada mediante leyes generales. Los estudios sobre países comunistas podrían reducirse a eventos explicables y predecibles por estas generalizaciones. Los eventos aberrantes podrían originar modificaciones en las mencionadas generalizaciones, o motivar la adición de teorías corolarias. Albert Hirschman impugna tan exacerbado determinismo conductual en “The Search for Paradigms as a Hindrance to Understanding”.¹⁷⁰ En este ensayo, Hirschman compara dos libros entonces recién publicados —*Zapata and the Mexican Revolution* de John Womack y *Patterns of Conflict in Colombia* de James Payne.¹⁷¹ El estudio de Payne, basado en en-

¹⁶⁸ Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*, Nueva York, Basic Books, 1973.

¹⁶⁹ Adam Przeworski y James Teune, *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Nueva York, John Wiley, 1970, p. 30.

¹⁷⁰ Albert Hirschman, “The Search for Paradigms as a Hindrance to Understanding”, *World Politics* 22, 3, abril de 1970, pp. 329-343.

¹⁷¹ John Womack, *Zapata and the Mexican Revolution*, Nueva York, Knopf, 1968;

trévistas y cuestionarios, pronostica muy atinadamente un futuro deprimente y conflictivo para la política y la economía colombianas debido a la corrupción y falta de proyección de sus políticos. Hirschman critica el extremoso determinismo conductual de la interpretación de Payne y su no reconocimiento del carácter "abierto" de la historia. No niega la utilidad de los "modelos, paradigmas y tipos ideales" y reconoce que sin esta clase de abstracciones, "ni siquiera podemos empezar a pensar".¹⁷² Lo que impugna Hirschman es la fe irracional en el absoluto poder de explicación y predicción de estos modelos.

Hirschman compara la biografía de Zapata de Womack con el enfoque empleado en el estudio de Payne. Comenta: "Lo más notorio de este libro es la continuidad de la narrativa y la casi total, diríase flaubertiana, ausencia en sus páginas del autor quien pudo haber explicado, comentado, emitido juicios morales o sacado conclusiones. Sin embargo, quien lea el libro en su totalidad logrará una profunda comprensión, no solamente de la Revolución Mexicana, sino también de las revoluciones campesinas en cualquier parte del mundo, y la reserva y humildad de Womack estimulan la curiosidad y la imaginación del lector."¹⁷³ Los elogios que hace Hirschman del libro de Womack constituyen, claro está, la mejor apología en favor del enfoque clínico, profundo y empático en los estudios políticos. Pero en su afán de señalar a Payne una bien merecida amonestación, Hirschman deja de prestar la debida atención al papel desempeñado por los modelos y las teorías en el avance del saber social. Aun cuando Womack no presentó explícitamente sus modelos, poca duda hay de que un escritor con un doctorado en historia en Harvard durante la década de los sesenta tenía cierto conocimiento de las teorías sociológica y antropológica. Como lo indica Hirschman, hay mucha teoría implícita en su libro. Y quienquiera que quisiese ahondar en investigaciones como la de Womack, habría tenido que explicar generalizaciones atinadas de su estudio, además de comparar y combinarlas con conocimientos adquiridos a partir de otros trabajos. De haber sido la estrategia ideográfica de Womack la única empleada en los

James Payne, *Patterns of Conflict in Colombia*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1968.

¹⁷² Hirschman, p. 338.

¹⁷³ *Ibid.*, p. 331.

estudios acerca del comunismo, nos habríamos encontrado a final de cuentas con una gran cantidad de profundos estudios clínicos que no llegarían a ninguna conclusión —lo cual no constituiría una estrategia acumulativa ni tampoco progresiva.

Eckstein explora las bases metodológicas, despachadas como *terra incognita* por Hirschman, entre los extremos ideográfico y nomotético.¹⁷⁴ En un elegante ensayo sobre los estudios de caso, establece cinco puntos sobre este continuo, es decir, cinco tipos de estudios de caso. El primero —el ideográfico-configurativo— fue ejemplificado en el estudio de Womack; otros ejemplos serían ciertas biografías de dirigentes comunistas, así como algunos estudios históricos. La historia intelectual de los estudios acerca del comunismo reseñados en este texto ilustra tres de los tipos de estudios de caso definidos por Eckstein: el “configurativo disciplinado”, el “heurístico” y el “valorativo”. Los configurativos disciplinados son los menos ambiciosos de estos estudios de caso teóricamente orientados. Se concretan a aplicar teorías a casos particulares. Así, la teoría de la “frustración-agresión” puede aplicarse a la frecuencia con que ocurren desórdenes en un país determinado, tal vez explicar acontecimientos en dicho país e incluso dejar en entredicho la teoría en caso de no ocurrir la interacción esperada. Si este tipo de teoría apoyada en un estudio de caso se emplea para esclarecer el caso tratado, es fortuita en sí misma la retroalimentación de la validación de la teoría. Eckstein cita la aplicación del estructural-funcionalismo y de la teoría de la cultura política a estudios sobre países en particular como ejemplos de la categoría de estudios de caso configurativos disciplinados. Los estudios de caso “heurísticos”, por otra parte, son trabajos deliberadamente encaminados a probar teorías. Pueden implicar, como a menudo lo hacen, una estrategia de investigación basada en el estudio de múltiples casos. En los estudios acerca del comunismo, la experimentación con la familia de las teorías pluralistas ejemplifica el empleo de este tipo de estrategia en los estudios de caso. Así, la teoría de los “grupos” de interés ha sido rechazada por algunos especialistas, quienes, en lugar de ella, propusieron la teoría de las “redes de problemas” o de las tendencias políticas, sobre la base de los estudios de caso de gobier-

¹⁷⁴ Harry Eckstein, “Case Study and Theory in Political Science”, en Greenstein y Polsby, *Handbook of Political Science*, vol. 3, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, 1975.

no. Otro ejemplo de esta estrategia es la evaluación hecha por Valerie Bunce del modelo corporativista a principios y finales de la era de Brezhnev.

El cuarto tipo de estudios de caso de Eckstein —el “valorativo”—, se relaciona con el tercero, y de hecho puede constituir una etapa preliminar encaminada a valorar la viabilidad de una teoría antes de realizar importantes inversiones con base en ella. El “estudio de caso crucial” es el más ambicioso desde el punto de vista teórico, por el hecho de que implica la selección del caso menos susceptible de respaldar la teoría. “La ley de hierro de la oligarquía” de Roberto Michels constituye un buen ejemplo de esta estrategia.¹⁷⁵ Si la tendencia a la dominación oligárquica en todas las organizaciones es una “ley científica”, entonces debe prevalecer incluso en situaciones en las que se hacen esfuerzos deliberados por democratizar el control político. Michels consideraba que su estudio acerca del partido socialdemócrata alemán a finales del siglo xix —en el cual la ideología y la estructura institucional apoyaban el proceso democrático— constituía una prueba “crucial” de dicha hipótesis. En el área comunista, no parece haber ejemplos de estudios de caso cruciales.

También se aplicaron otras estrategias sustantivas en los estudios acerca del comunismo. Entre ellas figuran las teorías monistas —surcidas del marxismo o del marxismo-leninismo y sustentadas por teóricos políticos comunistas; las interpretaciones basadas en el binomio cultura-personalidad, populares a finales de los años cuarenta y durante los cincuenta; el modelo totalitario cuya historia hemos reseñado anteriormente; y las teorías de modernización-convergencia esgrimidas durante la era de Krushchev. Nuestra reseña de la bibliografía indica claramente que todas estas teorías están lejos de poder explicar la política y las tendencias políticas soviéticas, y que el enfoque teórico multimodelo y el estudio de caso sistemático y teóricamente fundamentado, propician una comprensión mucho más sólida de esquemas y potencialidades políticos.

Ahora bien, si hemos de preferir el enfoque ecléctico basado en el ajuste de modelos, aún nos queda por determinar si estos modelos diferentes encajan realmente en una lógica explicativa y, en caso de

¹⁷⁵ Roberto Michels, *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*, Nueva York, Hearst International Library, 1915.

que así sea, cuál es la lógica general a la que se ajustan. En un artículo reciente, Ronald Amann propone un concepto lógico basado en modelos múltiples para la política soviética. Divide en un grupo A y un grupo B de teorías a estas interpretaciones de la política soviética: "Las teorías del grupo A hacen fuerte hincapié en la maximización del poder y de los privilegios de la élite y de la nación que ella dirige."¹⁷⁶ Las variantes de las teorías pertenecientes al grupo A incluyen (1) el totalitarismo (una élite mesiánica y omnipotente); (2) el capitalismo de Estado (una élite adquisitiva que explota la riqueza pública), y (3) el neotradicionalismo (el abuso sistemático y corrupto de puestos públicos). Entre las variantes de las teorías del grupo B figuran (1) el desarrollismo o cambio institucional impelido por imperativos tecnológicos y conducente a la democratización; (2) la descentralización económica, en la que una economía y una sociedad diferenciadas propician tendencias a la negociación, y (3) el corporativismo de Estado, en el cual se incorporan importantes grupos sociales en un esquema planificado de negociación y toma de decisiones. En términos generales, los modelos pertenecientes al grupo A muestran una perspectiva pesimista de las potencialidades soviéticas; se apegan al modelo del "imperio del mal" de Ronald Reagan. Se avizoran pocas perspectivas de mejoría en el clima de la política internacional. En cambio, las teorías del grupo B presentan al de la Unión Soviética como un sistema más abierto y receptivo, dispuesto a la negociación y al compromiso. Amann concluye que ninguna de las variantes de las versiones A o B de la política soviética reproduce cabalmente sus rasgos esenciales. En vez de ello, propone la noción de "modernizadores vacilantes" para caracterizar a la élite soviética atrapada entre el mantenimiento del sistema y la reforma. La modernización referida por Amann incluye la reorientación de la planificación exacerbadamente centralista hacia los incentivos de mercado, la autonomía en la iniciativa, los estímulos a la creatividad y la innovación, y en el ámbito político, un relajamiento "del tradicional hincapié en la disciplina y la obediencia en favor del empleo más sistemático de los incentivos materiales y de una política de 'participación de resultados' ".¹⁷⁷

¹⁷⁶ Ronald Amman, "Searching for an Appropriate Concept of Soviet Politics: The Politics of Hesitant Modernization?", *British Journal of Political Science* 16, 4, octubre de 1986, pp. 475-494.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 492.

El análisis de Amann deja de lado que aun cuando ni las teorías conservadoras del grupo A ni las liberales del grupo B logran captar la complejidad de la dinámica propia de la política soviética, una estrategia que integrara a todas ellas en una batería, por decirlo así, podría acercarnos a una mejor comprensión del funcionamiento del sistema y de cómo éste podría responder a diferentes tipos de cambios externos. Ambos tipos de teorías, además de otras que Amann no consideró, contribuyen en cierta forma para la explicación de la política comunista. Como hemos visto en nuestra breve historia intelectual de los estudios del comunismo, ninguno de los modelos considerados podría, por sí solo, dar cuenta cabal de la realidad política; sin embargo, cada uno de ellos generó diferentes preguntas acerca de ésta y destacó diversos aspectos de la política soviética.

De esta manera, toda la familia de los modelos pluralistas, en sus versiones centradas en los grupos de interés, las redes de problemas, la comunidad de políticas, así como en el corporativismo y las tendencias políticas, debió enfrentar las fallas de la concepción totalitaria. Permitió a los especialistas considerar, en una forma relativamente ordenada, los conflictos y procesos inherentes a la toma de decisiones en el gobierno soviético. Si el estilo de los conflictos políticos soviéticos no encajaban en el modelo de los grupos de interés, ¿acaso reflejaba mejor su verdadera naturaleza el concepto de "redes de problemas", el modelo de las comunidades de políticas, o la noción de "tendencias"? Los conceptos funcionales y de la teoría de las decisiones atrajeron la atención hacia el escalonamiento en la formulación de las políticas comunistas, la importancia de la iniciación, la estructura de la formulación y aplicación de políticas, así como la importancia de su terminación.

El modelo de la política burocrática hizo patente la enorme importancia de la organización formal en la política de los países comunistas, pero exageró la disciplina y jerarquización de aquellos sistemas. Aquí, la familia de los modelos pluralistas y el modelo patrón-cliente proporcionaron los correctivos requeridos al llamar la atención hacia la multiplicidad de las relaciones informales —de tipo en parte propositivo y en parte encaminadas a la satisfacción de intereses personales— que permitieron que estos amplios sistemas de organizaciones formales interrelacionadas funcionaran en respuesta a objetivos de liderazgo por una parte, o los subordinaron a

demandas personales de seguridad o privilegios, por la otra. Al trabajar con esta batería de modelos, los estudiosos de la política comunista están en posición de observar de qué formas los cambios en los ámbitos doméstico e internacional de los sistemas políticos comunistas se vinculan con modificaciones en sus procesos políticos. Pueden revelar cómo en determinada serie de condiciones externas, pueden manifestarse tendencias pluralistas o corporativistas; mientras que en otra serie de circunstancias, tal vez surjan tendencias burocráticas centralizadoras; habiendo todavía una tercera serie de acontecimientos que favorezcan la predominancia de las relaciones de tipo patrón-cliente. Semejante estrategia de ajuste de modelos favorece la creación de teorías dinámicas y de desarrollo, encaminadas a describir la política comunista.

No debemos sobrestimar los logros propiciados por esta experimentación conceptual en los estudios acerca del comunismo. En vísperas de estos avances —en 1963— Zbigniew Brzezinski y Samuel Huntington publicaron su libro *Political Power: USA/USSR*.¹⁷⁸ El gran mérito de estos jóvenes investigadores radicó en que toda la panoplia de innovaciones teóricas antes descritas figuró en este estudio pionero. Ellos (1) ofrecen un esquema funcional o de proceso; (2) tratan sobre diferencias político-culturales en lenguajes diferentes; (3) emplean un modelo de grupos de interés; (4) otro de política burocrática, y (5) otro de tipo patrón-cliente. Presentan, además, cinco estudios de caso sobre la administración pública como una forma de averiguar las similitudes y diferencias entre los procesos de formulación de políticas en los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Soviética. Sin embargo, si comparamos su manejo de estos temas con otros similares en trabajos recientes, es evidente que hemos alcanzado un nivel más alto de complejidad conceptual y capacidad de interpretación, aun cuando esto en modo alguno reste importancia a las aportaciones de estos pioneros. Ahora, los especialistas contemporáneos en política comunista tienen a su disposición, además de estos modelos y esquemas de análisis —lo cual es igualmente importante— una rica colección de hechos y decisiones correspondientes al periodo que abarca desde finales de los años sesenta hasta las décadas de 1970 y 1980, para confrontarlos.

¹⁷⁸ Brzezinski y Huntington, *Political Power: USA/USSR*.

Algunos de los mejores ejemplos de análisis actualizados de los procesos políticos soviéticos y comunistas, se encuentran en los escritos más recientes de Alexander Dallin y Archie Brown. El primero hace una reseña de nuestro conocimiento de los procesos políticos soviéticos en su aplicación a la política exterior, mientras que el segundo trata, en términos más generales, las interpretaciones de las políticas pluralista, corporativista y burocrática en los países comunistas europeos. Dallin concluye que "aunque hubo formidables obstáculos, la reseña del trabajo realizado muestra un enorme cúmulo de instancias que respaldan y documentan la hipótesis sobre la existencia de conflictos políticos en la Unión Soviética y, no obstante los frecuentes sentimientos de frustración (y varias equivocaciones) por parte de numerosos observadores, se percibe al final una notoria mejoría en nuestro entendimiento, así como un mayor grado de complejidad en el análisis y la interpretación de estos fenómenos".¹⁷⁹ El capítulo que se dedica a los orígenes domésticos de la política exterior soviética, en el volumen de Seweryn Bialer, constituye una síntesis sutil y analítica de la bibliografía, producto de la experimentación de tres décadas con los modelos burocrático, de grupos de interés y de redes de problemas.

El resumen que presenta Archie Brown del estado actual de la información relacionada con los grupos de interés en la política de los países comunistas detalla la evolución de este proceso sin exagerar sus implicaciones teóricas.

Si los especialistas en la materia están ahora más conscientes de que dentro de la Unión Soviética se aceptan tácitamente rivalidades institucionales, de que ciertas instituciones del partido y del Estado pueden compartir intereses distintos de los de otras instituciones paralelas, de que existen fenómenos de departamentalismo y localismo, de que existe una competencia encubierta por los puestos políticos a partir de aquello que los reformistas checos calificaron de "política de gabinete", de que la federación provee una base institucional para cierta diversidad étnica y la promoción de "intereses nacionales" por parte de agrupaciones étnicas dentro del partido, dentro de la intelectualidad y dentro de la sociedad en general, entonces, todo este trabajo ha sido de utilidad no solamente

¹⁷⁹ Alexander Dallin, "The Domestic Sources of Soviet Foreign Policy", en Seweryn Bialer, *The Domestic Context of Soviet Foreign Policy*, Boulder, Co., Westview, 1981, p. 363.

porque rectifica en términos generales la interpretación totalitaria, sino también por los detalles concretos de la vida política que aportó en áreas que no interesaban mucho a quienes sustentaban que la Unión Soviética era un Estado totalitario. Así y todo, esto no constituye un pluralismo.¹⁸⁰

Ahora bien, aun cuando no quedó demostrada la existencia de un pluralismo en la Unión Soviética, los especialistas en política comunista, Brown entre ellos, consideran que Yugoslavia y otros países de la Europa del Este muestran tendencias corporativistas. Valerie Bunce postula la ocurrencia de fases corporativistas en el proceso de desarrollo soviético, y la polémica reseñada en torno a los demás modelos nos permitió formular interrogantes más interesantes acerca de la política comunista. El conocimiento sistemático suele surgir de la acumulación de pruebas, pero la definición misma de lo que constituye una prueba y la acumulación ordenada de ellas depende de los tipos de preguntas que hagamos y de las formas en que les busquemos respuesta. Y en esto radica la importancia de nuestra argumentación, en el sentido de que nuevos modelos generan nuevas preguntas y suscitan otras polémicas. Y estas polémicas y la investigación empírica que propician constituyen la sustancia misma del saber creativo.

Nuestros comentarios quedarían incompletos si no obtuviéramos de esta reseña bibliográfica algunas inferencias susceptibles de influir en futuros estudios acerca de la política comunista. El uso de los estudios de caso con una base teórica es práctica establecida en esta área. Tal vez convenga recomendar un uso más sistemático de los estudios de caso, es decir, un esfuerzo más deliberado por muestrear la realidad de la política y del gobierno comunistas. La realidad última de cualquier sistema político consiste en un universo o población de decisiones y acciones gubernamentales, y en este caso se trata de un universo o población "estratificada". Sabemos que la principal causa de estratificación en el universo gubernamental es la naturaleza de los problemas —"a problemas diferentes, políticas diferentes" como nos enseñaron Dahl y Lowi. Los próximos pasos para lograr estudios más rigurosos acerca del comunismo radicarán en la

¹⁸⁰ Archie Brown, "Political Power in the Soviet State", en Harding (comp.), *The State in Society*, p. 179.

realización de programas más sistemáticos de investigación —diseños de investigación basados en múltiples estudios de caso y encaminados a muestrear toda la variedad de los procesos de gobierno comunistas— políticas extranjera y de seguridad, fiscal y económica, educativa, de asistencia médica, familiar y de bienestar social.

IV. LA TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL Y LAS CIENCIAS SOCIALES*

PREHISTORIA DE LA TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL

Como este volumen conmemora el trigésimo aniversario de la publicación de *Economic Theory of Democracy* de Anthony Downs, poseo aspectos tanto sentimentales como sustantivos, por lo cual pido al lector su comprensión si aprovecho esta oportunidad para evocar algunos recuerdos. En 1956 y 1957, trabajé en el estudio 14 del Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences (Centro de Estudios Superiores en Ciencias del Comportamiento). Bob Dahl había hecho lo propio el año anterior y no recuerdo si él me dejó su copia de la disertación de Anthony Downs o si fue Kenneth Arrow, miembro del Centro en ese entonces. Esta obra aparecía como un informe para la Office of Naval Research (Oficina de Investigación Naval), patrocinadora del proyecto. No existía ninguna otra versión y ningún cambio se realizó en el manuscrito desde su formato inicial como disertación y su presentación como informe, hasta su publicación como libro. Kenneth Arrow encabezó el comité de Downs, en tanto que Robert Dahl y Charles Lindblom se encargaron de publicar dicha disertación. Aún tengo en mi poder la versión mimeografiada encuadernada en rústica de *An Economic Theory of Democracy*, la cual debe ahora constituir un artículo de colección.

El libro de Downs fue lo primero que leí en el Centro en 1956. En ese entonces, estaba inmerso en la sociología política y la psicología, y la lectura de las escasas formulaciones y pretensiones explicativas de Downs fue para mí una áspera experiencia. Sin embargo, algunos aspectos de esta obra tenían mucho en común con un tipo de bibliogra-

* La versión original de este capítulo fue presentada en la conferencia celebrada el 27 y 28 de octubre de 1988, en la Universidad de California en Irvine, en el marco del trigésimo aniversario de la publicación de *Economic Theory of Democracy* de Anthony Downs. (N. del A.)

fia que yo conocía muy bien. En aquella época, solían emplearse metáforas mercantiles en el análisis de la política democrática y la estadounidense. La década de los años cincuenta fue la era de la "decadencia de la ideología" y predominaba el pragmatismo político. Desde mediados de la década de 1930, T. V. Smith, filósofo egresado de la Universidad de Chicago, colega de los pragmatistas filosóficos de aquella ciudad y senador por el estado de Illinois, había representado al político democrático como un personaje un tanto cínico, y sobornable, cuya mayor virtud consistía en saber resolver conflictos de una forma pacífica. Pendleton Herring (1940) cita la comparación que hiciera Smith de los políticos de la dictadura y los de la democracia.

Es precisamente de la consecuencia [la violencia] de los conflictos intergrupales que los políticos demócratas nos protegen. Y si alguna vez mienten en tan difícil tarea, es lamentable, pero comprensible. Si son serviles algunas veces, es despreciable pero tolerable. Si en ocasiones aceptan sobornos, esto es odioso, pero no fatal. Los vicios de nuestros políticos no deben compararse con las cualidades del ciudadano común, sino más bien con los vicios de los dictadores. En este contexto, casi podemos alabar a nuestros políticos —por compensación si no por eliminación, por cuantos defectos hayan servido en el arduo proceso de salvarnos de la violencia y del crimen. En otras latitudes, personas son muertas en conflictos de intereses que nuestros políticos saben controlar con pecados exentos de crímenes y virtudes no del todo ajenas a la magnanimidad. (P. 135.)

En vísperas de nuestra intervención en la segunda Guerra Mundial, Herring empleó metáforas mercantiles para describir la política de los partidos en los Estados Unidos de Norteamérica:

Gran parte de nuestra actual actitud de contar con la ayuda y el apoyo gubernamentales sólo responde a un tradicionalismo expresado en términos novedosos. No hay grandes cambios en las actitudes fundamentales. Teníamos una política de concesiones —tierras donadas, concesiones mineras, subsidios para envíos, cuotas, etc. Durante el siglo XIX, había continuas demandas de concesiones y subsidios. Actualmente, las demandas del hombre de la calle no pueden ser satisfechas con haciendas y concesiones de este tipo. Se requiere ahora una distribución más amplia. Sin embargo, este proceso no implica grandes sutilezas teóricas o filosóficas; se trata más bien de un oportunismo ligeramente teñido de

humanitarismo. Aquí, no encontramos los conflictos ideológicos que tan candentes pasiones desencadenaron en los países europeos. En los Estados Unidos de Norteamérica, los problemas sociales rara vez han sido asociados con filosofías sistemáticas, ni tampoco ha sido guiada la administración pública por una abstracta formulación de valores. Los voceros de la inconformidad se expresan en función de necesidades concretas. (P. 175.)

Prosigue:

Como las principales figuras políticas de partido no son obligadas por una disciplina partidista a seguir un programa definido, gozan de gran libertad para negociar con grupos de interés. En este sentido, el hecho de que nuestros partidos principales tengan tan poco poder sobre sus representantes vuelve tanto más innecesaria la existencia de partidos menores. Mediante la formación de bloques en el Congreso, los sectores y los estados logran concesiones otorgadas por los líderes de los partidos. Las organizaciones que representan intereses especiales controlan votos susceptibles de afectar la vida política de demócratas y republicanos. (P. 187.)

Además, Herring anticipó el pronóstico, por Downs, de que dada una distribución normal de las predisposiciones ideológicas del electorado,

existe una fuerte tendencia, por parte de ambos partidos, a asumir la misma postura. Una vez descubierto un buen programa, éste resulta igualmente atractivo para ambos partidos. Una buena demostración de esto es el llamado del senador Arthur Vandenburg durante el periodo de mayor éxito del partido demócrata. Insistió en una liberalización del gobierno republicano mediante el fortalecimiento del seguro contra el desempleo, las pensiones de retiro y las leyes relacionadas con el salario mínimo [...] Los republicanos no permitirán que los demócratas monopolicen el sufragio de granjeros, trabajadores y de la clase media. Hay división interna entre los demócratas con respecto a la conveniencia de expropiar negocios. Lo que es bueno para un partido también lo es para el otro, y las diferencias radican en cuestiones de personal, énfasis y ritmo más que de sustancia. Las rivalidades se reducen a quien habrá de orquestar los cambios requeridos y determinar en qué formas y circunstancias hacerlo. (P. 193.)

Dos años más tarde, el economista Joseph Schumpeter (1942) empleó de manera aún más directa la metáfora mercantil en su análisis de los procedimientos realistas propios de las democracias. Con respecto al liderazgo político, declaró:

Este concepto presenta dificultades similares en relación con el concepto de competencia en el ámbito económico, las cuales puede ser provechoso comparar. En la vida económica, nunca falta la competencia, aunque rara vez es perfecta. Asimismo, siempre existe cierta competencia en la vida política, así sea en forma potencial, por la adhesión del pueblo. Este fenómeno se justifica por el hecho de que la democracia parece conllevar un método reconocido para llevar a cabo la lucha competitiva, y que el método electoral es prácticamente el único disponible para comunidades de cualquier tamaño. Sin embargo, aun cuando esto excluye numerosas formas de acceder a tipos inadmisibles de liderazgo, como la competencia mediante una insurrección militar, no elimina casos sorprendentemente análogos a aquellos fenómenos económicos a los que llamamos competencia "desleal", "fraudulenta" o restrictiva. Y no podemos excluirlos porque, si lo hiciéramos, tendríamos ante nosotros un ideal totalmente inalcanzable. Entre este caso ideal que no existe y los casos en que cualquier competencia con el liderazgo establecido es reprimida por medio de la fuerza, existe un rango continuo de variación dentro del cual el método democrático de gobierno se confunde con el autocrático a través de gradaciones imperceptibles. (P. 271.)

Downs (1957) también tomó directamente de Schumpeter la metáfora de la "mano invisible" de Adam Smith. Del ilustre economista de Harvard, cita el siguiente párrafo:

De la misma manera, la razón de ser o función social de la actividad parlamentaria sin duda alguna es la de aprobar leyes y, en parte, medidas administrativas. Sin embargo, para poder entender en qué forma la política democrática cumple con esta meta social, es menestar empezar desde la lucha competitiva por el poder y los encargos públicos, y percatarse de que dicha función social se cumplió en forma incidental —en el mismo sentido en que la producción incide en la ganancia. (P. 29.)

La coherencia de la teoría de Downs con la sabiduría convencional de los años cincuenta se refleja en el hecho de que reconoce estar endeudado con Schumpeter: "El profundo análisis que hace Schumpeter

de la democracia ha sido fuente de inspiración y sustento para nuestra tesis, por lo que en verdad le estamos profundamente agradecidos" (p. 29). Entre otros predecesores y contemporáneos de Downs que emplearon estas metáforas mercantiles, se encuentra V. O. Key (1942), cuyo trascendente texto acerca de los partidos políticos destacó, desde su primera edición, la noción de que el liderazgo político conlleva actividades de negociación e intercambio. Elmer Schattschneider (1960), otro renombrado analista de los partidos y elecciones en los Estados Unidos de Norteamérica, reitera la metáfora de Schumpeter del político "empresario". La tarea del ciudadano consiste en "averiguar cómo obligar a sus agentes a definir sus opciones" y el problema del sistema político en su conjunto estriba en

organizar [el proceso electoral] de manera que se haga el mejor uso posible del poder público habida cuenta de sus limitaciones. Una decisión popular que encauce la fuerza del apoyo público requiere de un tremendo esfuerzo para definir opciones, organizar la discusión y movilizar la opinión. El gobierno y las organizaciones políticas están empeñados en la fabricación de [...] opciones. (P. 139.)

Tenemos pues, que la mercantil era una de las metáforas "literarias" comunes entre los analistas de la política estadounidense. Se consideraba que votar era algo así "como" intercambiar votos por políticas. Y las actividades de los políticos eran comparables con las de empresarios empeñados en incrementar valores mercantiles mediante el tráfico de posiciones y la combinación de recursos con miras a la formación de coaliciones triunfadoras.

La revolución encabezada por Downs consistió en transformar esta metáfora literaria en un modelo formal explícito, con todas las ventajas que conlleva esta explicación. Esto generó hipótesis específicas acerca de los sistemas de mercado, las cuales podían probarse mediante métodos empíricos y abrió las posibilidades a una investigación rigurosamente científica en la que se aplicaran complejos métodos matemáticos y estadísticos. Como este "afán de rigor deductivo e inductivo" dominó las ciencias sociales de los años cincuenta y sesenta, no es de sorprenderse que la bibliografía relativa a la elección racional y la elección pública floreciera en las siguientes décadas hasta la presente, y se convirtiera en la punta de lanza de la ciencia política "científica"

Pero Downs recordaba, de la misma manera que muchos de los analistas afiliados a esta escuela tendían a olvidar, que la adopción del modelo mercantil racional tenía su precio. En la era predownsianna de la metáfora literaria, la mercantil era sólo una de otras cuatro o cinco metáforas empleadas en el estudio de la política.

Una de ellas equiparaba la política a la religión, con actividades definitorias de conversión, oración y culto, en vez de compraventa. Dicha metáfora caracterizaba algunos aspectos de la política en Francia, Italia, España, América Latina, Alemania y el Oriente Medio. En otra, la política se comparaba con la guerra, y se aludía a grupos paramilitares, armas y lucha por el control de las calles. Cuando hablaba del "personal general de la revolución", Lenin se refería a los organismos directores del partido comunista. Los procedimientos del nazismo, fascismo, falangismo y otros movimientos autoritarios también encajan en esta metáfora militarista.

Todos conocemos bien la metáfora del "juego de la política", en el que se participa por el placer y las emociones que brinda, más que por los elementos de poder y control de la actividad política. O como lo sugirió en fechas recientes Clifford Geertz (1980), la política podría asemejarse con una representación teatral cuya meta principal fuera la impartición de una enseñanza transmitida a través de la afirmación simbólica, por parte de los actores, de sus poderes y papeles.

Como la política puede tomar elementos de un mercado, un juego, una guerra, una iglesia y una representación teatral —y la historia de la política de sociedades particulares muestra cómo la explicación a través del tiempo puede requerir de algunos o tal vez de todos ellos—, el hecho de considerar a cualquiera de éstos como el modelo más representativo de la misma tiene sus desventajas, ya que implica exagerar algunas de las potencialidades de la política a expensas de otras y a costa de la perspectiva dinámica del desarrollo. El propósito principal de este capítulo es demostrar que el análisis basado en la elección racional puede originar distorsiones empíricas y normativas, a no ser que se combine con las ciencias histórica, sociológica, antropológica y psicológica, que tratan los valores y acciones de los individuos a través del tiempo, de una cultura a otra, así como de un país y de un estrato social a otro.

LA TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL
COMO REVOLUCIÓN CIENTÍFICA

En la época en que la teoría de la elección racional comenzaba a salirse de su nicho original, es decir, la economía, a finales de los años cincuenta y principios de la década de 1960, los enfoques explicativos dominantes en las ciencias sociales eran las teorías sociológica, de la cultura y de la personalidad, y de la psicología social. La primera, es decir la teoría sociológica, partía de la tradición europea fundada por Max Weber, Emile Durkheim, Vilfredo Pareto y otros. La segunda, es decir la de la cultura y de la personalidad, se basaba en las teorías psicoanalítica y antropológica cuyos principales representantes eran Margaret Mead, Ruth Benedict, Ralph Linton, Harold Lasswell, Abram Kardiner, los Kluckhohn *et al.*, o en la de la "personalidad autoritaria". La teoría de la psicología social, asociada con investigaciones basadas en encuestas y metodologías experimentales para grupos reducidos, encontraba su expresión en las obras de Samuel Stouffer, Paul Lazarfeld, Rensis Likert, Angus Campbell, Carl Hovland, Kurt Lewin, Dorwin Cartwright y otros.

La teoría sociológica del siglo xix y principios del siglo xx, a diferencia de Marx, consideraba que las ideas, preferencias y valores, influían de manera significativa en la formación, mantenimiento y decadencia de las instituciones sociales. Las normas y valores eran muy importantes para las teorías de la integración social de Durkheim (1973). Los seres humanos integraban sociedades sobre la base de una *conciencia colectiva*, es decir, una serie determinada de valores y creencias comunes; el suicidio era un síntoma de carencia de normas, de *anomia*. Weber (1930) ubicó los orígenes del capitalismo en el ascetismo de las sectas protestantes. La voluntad de ordenar la propia vida, ahorrar y acumular capital, así como de invertir, se basaba en la convicción religiosa de que la salvación de alguna manera se asociaba con el éxito en los empeños terrenales. Según Talcott Parsons, la acción social obedecía a sentimientos, creencias y valores, y las instituciones sociales descansaban en procesos de socialización que inculcaban dichas orientaciones (véase Parsons y Shils, 1951). La teoría de la cultura y de la personalidad, ejemplificada por los escritos de Ruth Benedict (1934), daba cuenta de la estruc-

tura social, la política y el gobierno de diferentes sociedades en función del "carácter nacional", temas culturales, personalidad modal, y fenómenos similares —mezclas de creencias concernientes a la autoridad y las relaciones humanas— producidos en parte por las formas en que los miembros de dichas sociedades eran preparados para el desempeño de sus papeles de adultos. Y la teoría de la psicología social trataba a las actitudes y creencias como importantes variables explicativas en el comportamiento electoral (Lazarsfeld y Berelson, 1955), la moral de los soldados (Shils y Janowitz, 1948), las respuestas a la propaganda (Hovland, 1950), las actitudes prejuiciosas (Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Sanford, 1950), etcétera.

Durante las décadas de 1950 y 1960, los aspectos mental, moral y de actitud formaban parte medular del discurso de las ciencias sociales. Se suponía que este mundo mental y moral no era sólo reflexivo, sino también bastante complejo, dinámico y generativo. Un postulado central de esta bibliografía era que las actitudes y valores variaban notoriamente entre las naciones y los procesos históricos y que poseían un apreciable poder explicativo.

La bibliografía de la elección racional eludió semejantes complejidades. Para los economistas, su tradición intelectual cumplía una función homogénea "de servicio" basada en intereses materiales. Para la generación de politólogos que adoptaron el enfoque de la elección racional en las décadas de 1960 y 1970, hubo un giro deliberado hacia la economía y un alejamiento de las demás ciencias sociales. Cuando se encuentran ocasionales citas de la bibliografía de las ciencias sociales en obras tan tempranas como el estudio de Anthony Downs (1957), al que está dedicado este volumen, el estudio de Riker (1962) sobre coaliciones, y la pionera obra de Buchanan y Tullock (1962) —referencias ocasionales a Parsons, Durkheim, Lazarsfeld, Campbell, Horney, Dahl, Easton, y otros— se observa un claro rompimiento con la tradición intelectual de las ciencias sociales de los años cincuenta y sesenta.

También se observa una cautelosa aplicación de la estrategia económica deductiva en el análisis de fenómenos políticos. En ella, se supone que el gobierno y la política son similares a los mercados. Funcionarios, políticos y electorado son promotores pragmáticos de intereses materiales propios a corto plazo, quienes buscan ventajas

personales a través del poder, decisiones legislativas y administrativas, votos y otros mecanismos similares. Partiendo de esto, los pioneros de este enfoque pronto demostraron su validez y parsimonia en la explicación de ciertos aspectos de los sistemas de partidos, arreglos constitucionales y coaliciones políticas. Este movimiento se asemeja tanto a la revolución científica descrita por Thomas Kuhn (1962) —con su repentina adopción de un nuevo paradigma independiente de los trabajos científicos anteriores, y caracterizado por un brusco giro hacia los complejos procedimientos de una nueva “ciencia de la elección pública normal”— que uno siente la tentación de concluir que se adoptó en forma deliberada una estrategia kuhniana. Sin embargo, las fechas de publicación de los escritos que lo atestiguan descartan esta posibilidad.

ESENCIA DE LA TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL

La teoría de la elección racional es una estrategia puramente deductiva en las obras de Downs, Riker, Buchanan, Tullock y otros autores, o bien deductiva y combinada con la comprobación empírica de hipótesis lógicas, como consta en los trabajos de Fiorina (1981), Ferejohn (1987), Shepsle y Fiorina (1988) y otros escritos. Parte de postulados o axiomas acerca de los motivos y comportamiento humanos, y formula las implicaciones institucionales y de gobierno que lógicamente se desprenden de dichos axiomas. Un aspecto de este enfoque metametodológico es el “individualismo metodológico”, según el cual todos los fenómenos sociales son atribuibles o reductibles a las características y comportamientos de los individuos. Otro de sus aspectos es que se da por sentado que los actores políticos —el electorado, los políticos y los burócratas— son promotores pragmáticos de intereses materiales, quienes persiguen ventajas personales en forma de votos, cargos públicos, poder, etc., al más bajo costo.

La bibliografía de la teoría de la elección racional ilustra diversas posturas con respecto a la naturaleza de estos postulados. Algunos analistas atribuyen un grado de realismo sustancial o “satisfactorio” al postulado de la promoción de intereses materiales propios. Otros argumentan que el asunto del realismo es accesorio, siempre y cuando se verifiquen las predicciones generadas por dichos postulados.

Otros más, conciben al método en términos puramente heurísticos, como un eficiente mecanismo generador de hipótesis, que parte de postulados sencillos y después los complica en un esfuerzo controlado para aumentar su poder explicativo. Algunos de estos analistas han asumido varias posiciones en diferentes momentos.

Milton Friedman (1953), en su libro acerca de la "economía positiva", nos dice:

La pregunta más importante que debe hacerse acerca de los "postulados" de una teoría no es si éstos permiten descripciones "realistas", porque nunca lo hacen, sino más bien si constituyen aproximaciones satisfactorias para el propósito que se tiene. Y esta pregunta sólo puede contestarse viendo si la teoría funciona o no, es decir, si genera predicciones lo suficientemente atinadas. (P. 40.)

Aquí, de nuevo, arguye que no hace falta corroborar el realismo de

ningún postulado de semejantes teorías [...] Una hipótesis o teoría científica válida suele afirmar que ciertas fuerzas, y no otras, son importantes para entender determinada clase de fenómenos. Es a menudo provechoso presentar semejante hipótesis afirmando que los fenómenos cuya ocurrencia debe predecir se comportan en el campo de la observación de la misma manera que si ocurrieran en un mundo hipotético y altamente simplificado que contuviese únicamente aquellas fuerzas que la hipótesis considera importantes. [...] Un realismo "total" es a todas luces inalcanzable, y el asunto de si es o no lo "bastante" realista sólo puede resolverse viendo si origina predicciones que sean lo suficientemente atinadas para los fines que nos ocupan o si dichas predicciones son más certeras que las de otras teorías. (P. 42.)

Friedman atribuye un realismo limitado al modelo económico mercantil, y deduce de dicho modelo implicaciones para la administración. También reconoce, hasta cierto punto, diferencias culturales. Reafirma su posición de que la teoría de los precios era la más consistente de la economía moderna al afirmar que ésta era "muy confiable *para el tipo de sistema económico que caracteriza a las naciones occidentales*" (p. 42; cursivas nuestras).

Buchanan y Tullock, en *The Calculus of Consent* (1962), adoptan una postura semejante a la de Friedman:

La última defensa del postulado conductual económico-individualista debe ser empírica [...] La única prueba del "realismo" de este postulado radica básicamente en lo aplicable de sus conclusiones. (Pp. 28-29.)

Pero aun cuando Buchanan y Tullock no consideran a la "norma individual de interés propio" como la única "realista", defienden enfáticamente su utilidad en el análisis político:

Sabemos que una interpretación del quehacer humano sugiere que los hombres efectivamente procuran obtener las máximas ventajas personales cuando participan en decisiones políticas y que son distintas las funciones del beneficio individual [...] [y que] mientras parte de todo el desempeño individual en la toma de decisiones colectiva esté, de hecho, motivada por la búsqueda de las máximas ventajas posibles, y mientras la identificación del individuo con el grupo no se extienda al grado de volver idénticas todas las funciones del beneficio individual, un modelo de individualismo económico para el quehacer político tendrá algún valor positivo. (P. 30.)

Riker (1962), en *Theory of Political Coalitions*, defiende el realismo del postulado racional del interés personal. Arguye que si bien el comportamiento individual puede apartarse de dicho postulado, el comportamiento fiduciario está centrado en el cliente. El patrón está obligado a actuar en función del interés material del cliente. Y como gran parte del quehacer político (por ejemplo, la relación entre el político y el ciudadano elector) se fundamenta en una relación de tipo fiduciario, el postulado del interés personal se aplica a una gran parte de la acción política.

En trabajos posteriores, Riker defiende este mismo postulado sobre una base simplemente metametodológica:

El postulado de la racionalidad plantea que los individuos tienen algo que los hace comportarse (en general) de forma regular, de la misma manera que en la ciencia física, existe el postulado mecánico de que los objetos poseen ciertas características que aseguran que estos objetos (por lo general) se moverán de forma regular. En ambos casos, se supone que los seres se comportan de forma regular y predecible. (Riker y Ordeshook, 1973, p. 11.)

Riker y Ordeshook prosiguen y afirman

que la noción de racionalidad desempeña un papel fundamental en las ciencias sociales. Es una de las maneras con que se logra la regularidad necesaria para la generalización. El que si este procedimiento es más efectivo que la mera observación está actualmente sujeto a discusión en la ciencia política, y constituye de hecho una variante particular del viejo debate en torno a los métodos inductivos y deductivos, o el empirismo radical y la ciencia teórica. Preferimos, desde luego, los métodos deductivos y la regularidad postulada, en gran parte porque pensamos que son más eficientes que sus contrarios [...] el método de la regularidad postulada es decididamente más eficiente porque facilita la generación de hipótesis y ofrece una explicación única y parsimoniosa del comportamiento. Contrariamente a la mencionada eficiencia, el método de la regularidad observada es un método *ad hoc* [...] Incluso cuando se clasifica como hipótesis, el comportamiento se aprecia como algo extraordinariamente complejo, en tanto que dentro de una teoría simplificadora y coordinada, se elimina gran parte de esta complejidad. Por tanto, en aras de la eficiencia, nosotros optamos por una regularidad postulada. (P. 12.)

Riker parece haber hecho a un lado el problema del realismo. El postulado del interés personal se ha convertido en un postulado de regularidad propositiva.

Anthony Downs, en *Economic Theory of Democracy* (1957), evalúa el postulado racional del interés personal:

En realidad, los hombres, incluso en la política, no siempre son egoístas. Con frecuencia llevan a cabo acciones aparentemente irracionales desde un punto de vista individual porque creen que éstas se justifican desde el punto de vista social [...] Ninguna explicación del comportamiento humano, en cualquier campo, es completa si no se hace mención de semejante altruismo; sus protagonistas suelen ser los héroes a los que la humanidad, con justa razón, admira. Sin embargo, las teorías generales de la acción social siempre dan por sentada la máxima del interés personal [...] porque ésta tiende a ser realista. (P. 9.)

En trabajos posteriores, Downs (1988) adopta un enfoque filosófico, sociológico e histórico para examinar el problema del interés individual e incorpora su modelo económico de la democracia en dicho enfoque. Explica que sus anteriores investigaciones describen

un modelo teórico relativamente abstracto del comportamiento del electorado y de los partidos [...] que incorporan ciertos elementos realistas, como el precio de la información. [...] Este modelo suponía que todas las preferencias individuales estaban dadas desde un principio. Opino que este enfoque ofreció una perspectiva interesante y fecunda de la política democrática. Pero en ningún momento pretendió ser global o totalmente realista.

Morris Fiorina (1981) coincide con esta postura inicial de Downs, pero adopta la versión contemporánea de la elección racional en la teoría económica, en la cual, según su opinión,

el postulado del comportamiento "racional" sólo implica que los individuos actúan en formas susceptibles de proporcionarles máximos beneficios. En cualquier situación, las opciones que se ofrecen a un individuo producen beneficios diversos (típicamente conforme a un esquema probabilístico). Dichas opciones conllevan costos. El individuo elige con el propósito de elevar al máximo la diferencia entre los beneficios estimados y los mencionados costos, aunque existen numerosas teorías sobre la manera de estimar dichos beneficios. Ésta es la generalización contemporánea del planteamiento de Downs y, esperemos, la perspectiva de futuros estudios sobre la elección. (P. 198.)

Como podemos ver, existe cierta ambigüedad en la argumentación a favor del realismo del postulado del interés personal. Parece haber por lo menos dos versiones de ella. La primera es que dicho postulado es "parcialmente" o "lo bastante" realista, o que su "realismo no es tan importante" siempre y cuando genere predicciones provechosas o válidas. La segunda versión hace a un lado el postulado del interés personal material y lo sustituye por un postulado racional de maximización en relación con cualquier tipo de metas. Sin embargo, no todos aceptan esta última versión del postulado. Por ejemplo, si examinamos los trabajos sobre administración de Buchanan y Tullock, así como los de Riker, es evidente que las recomendaciones relativas a los procedimientos de administración tienden a fundamentarse en la primera versión, es decir, en aquella que atribuye algún grado de realismo al postulado racional del interés personal. También puede implicar la introducción de otros postulados en este sentido, cuyo realismo, como ya se indicó, se da por sentado.

TEÓRICOS PERIFÉRICOS DE LA ELECCIÓN RACIONAL

Los teóricos cuyas opiniones acerca del realismo del postulado del interés personal hemos descrito, podrían llamarse teóricos *principales* de la elección racional. Entre ellos figuran los fundadores y líderes de las escuelas de Rochester y Virginia de la teoría de la elección pública (véase más adelante). Otros miembros de dichas escuelas no son conocidos por sus opiniones respecto a estas cuestiones metodológicas. Varios analistas, como Terry Moe, Douglas North, Samuel Popkin y Robert Bates podrían ser calificados como miembros *periféricos* de la escuela de la elección racional. Ellos aplican el citado modelo económico de manera heurística y lo emplean en combinación con otros modelos.

Así, Terry Moe (1979) arguye que los modelos racionales pueden considerarse como "preteorías, las cuales ofrecen una base sistemática para explicar algunos comportamientos sociales. En este sentido, fungen como mecanismos intermedios que facilitan la conceptualización y el análisis gracias a su sencillez y fuerza deductiva, además señalan relaciones pertinentes, y en esta forma contribuyen al desarrollo de leyes empíricas (p. 237). "Douglas North (1981), en su interpretación de la historia económica de la civilización occidental, aplica de manera sistemática los modelos de la teoría económica neoclásica a cuestiones económicas como el surgimiento del Estado y su papel en la promoción e inhibición del desarrollo económico. Califica de heurístico este procedimiento, y añade que: "Debemos, por supuesto, mostrarnos cautelosos en virtud de las limitaciones de la teoría neoclásica. La teoría de la elección pública —la economía aplicada a la política— tuvo en el mejor de los casos un éxito moderado en la explicación de la toma de decisiones políticas (p. 21)."

Teóricos del desarrollo del Tercer Mundo, como Popkin y Bates, se muestran igualmente cautelosos en la aplicación de los modelos económicos de la elección racional. Así, Popkin (1979) evalúa los demás modelos de la elección racional y de la economía moral en su estudio acerca del campesinado vietnamita:

He modificado ambas perspectivas de la sociedad campesina. Un enfoque de la economía de libre mercado, aun modificado para que tome en

cuenta la renuencia campesina a correr riesgos, no puede dar cuenta de los esquemas de estratificación y producción durante las épocas precolonial, colonial y revolucionaria en Vietnam sin considerar los bienes colectivos y el liderazgo, las coaliciones políticas que conforman los mercados y la infraestructura del sistema económico, incluidos los impuestos, tribunales, títulos de propiedad de la tierra, la ley y el orden, y la seguridad. El enfoque de la economía moral, aun cuando reconoce plenamente los riesgos y peligros de los mercados, y la importancia de las aldeas y de las relaciones patrón-cliente para la supervivencia del campesinado, también debe ser modificado de tal manera que tome en cuenta las formas en que la aversión al riesgo, los conflictos entre las modalidades públicas y privadas de inversión, así como entre los mismos campesinos, limitan la calidad y los alcances de la seguridad y del bienestar inherentes a las instituciones campesinas. (P. 267.)

Robert Bates (1987a) quien realizó trabajos ejemplares acerca de la economía africana y del Tercer Mundo, rechaza las dos formas principales de economía política, es decir, los enfoques microeconómico convencional y el radical "típico" o marxista. Su argumentación es la siguiente:

El estudio de la política agraria señala la limitada precedencia del intercambio voluntario, ya que la coerción económica es un rasgo de la realidad cotidiana. El estudio de las comunidades rurales muestra, asimismo, la importancia de las instituciones ajenas a los mercados. Y el de la definición de las políticas agrícolas demuestra que la consideración de otros objetivos que la eficiencia económica rige la selección de dichas políticas, así como las formas de intervención gubernamental. Entonces, es evidente que la economía convencional no es de gran ayuda para el estudio de la economía política agraria. La economía política radical tampoco es mejor. Al considerar la suerte del campesinado, nos percatamos de que la acción de clase efectiva es poco menos que problemática. Y el análisis de la administración pública muestra que una teoría de la política no puede fundamentarse en el postulado del materialismo histórico; la intervención política lo mismo puede entorpecer como promover el crecimiento de las fuerzas productivas. (P. 185.)

En la última de sus obras, Bates recomienda reconciliar el enfoque de la elección pública con la teoría de la cultura. Recapitula su propia evolución intelectual, y afirma que comenzó sus investigaciones acerca del campesinado del Tercer Mundo

haciendo a un lado, por decirlo así, las aportaciones de los estudios culturales. Pero ahora, al final, deseo retomar esta tradición académica. Como consecuencia de que se adentraron en el campo de la economía política, los analistas se hicieron de nuevas herramientas de trabajo; y bien puede haber llegado el momento para ellos de regresar, con estas herramientas en mano, para analizar la importancia de determinados valores e instituciones. Por ejemplo, ¿quién puede dejar de apreciar la oportunidad que ofrece la teoría contemporánea del juego para definir la estructura de los tipos de arreglos simbólicos descritos por Goffman o Geertz? El examen de los juegos de información imperfecta sienta las bases para analizar sus poderosas observaciones de los aspectos subjetivos de la influencia y del poder. ¿Y cómo no reconocer la importancia de los modelos de elección colectiva en el análisis de instituciones como los esquemas de parentesco, los concejos rurales o los sistemas tradicionales de autoridad? Algunos especialistas se han percatado de la conveniencia de emplear dichas herramientas. Puede esperarse que sus aportaciones marquen el inicio de una nueva tradición en la investigación de las propiedades de importantes instituciones [...]

En los primeros años de la economía política, quienes apoyaban la teoría de la elección racional se hicieron fama de revolucionarios por impugnar la orientación sociológica de sus colegas. Quizá haya llegado el momento de promover la síntesis e integración de dichas tradiciones. Por desenvolverse en culturas poseedoras de creencias, valores e instituciones particulares, quienes se dedican al estudio de áreas en vías de desarrollo tal vez se encuentren en la mejor posición para dar este importante paso. (Pp. 55-56.)

EL CASO DE LA TEORÍA DE LAS COALICIONES DE RIKER

Puede ser interesante examinar la teoría de las coaliciones ilustrada en los trabajos de William Riker (1962), como un ejemplo de la productividad del enfoque de la elección racional y también de sus limitaciones dentro de una estrategia explicativa general de los fenómenos sociales. Riker, al considerar la suerte empírica del principio que asienta el tamaño mínimo de las coaliciones triunfadoras, concluye que si bien la teoría es viable desde el punto de vista deductivo, "su validez empírica es menos segura". Reconoce que los estudios empíricos relativos a la formación de gabinetes en Europa demostraron que el tamaño de muchas coaliciones ha sido mayor (o menor)

que el mínimo. Abram de Swaan (1973) y Lawrence Dodd (1976) demostraron que la afinidad ideológica desempeñó un papel significativo en la formación de coaliciones en Europa, y que ello se tradujo en numerosas desviaciones de la cifra "mínima triunfadora". Pero Riker prosigue y afirma que cuando se examinaron los gabinetes en función de su permanencia, se descubrió que las coaliciones demasiado grandes o demasiado pequeñas, en términos generales, no perduraron tanto tiempo como aquellas cuyo tamaño era el mínimo establecido por la teoría, lo cual respalda, a fin de cuentas, el principio correspondiente.

De hecho, Dodd encontró que de todos los gabinetes formados en Europa occidental durante el periodo incluido entre 1918 y 1974, 31% eran coaliciones triunfadoras con el mínimo, en tanto que 69% de ellos eran de mayor o menor tamaño. Así, el principio del tamaño ideal falló con el porcentaje de una moneda al aire, por así decirlo, pero su poder de predicción fue superior al considerar la permanencia. Dodd descubrió que las coaliciones triunfadoras con el mínimo perduraron, en promedio, 58 meses, en tanto que los gabinetes más pequeños tuvieron una permanencia de 9 a 20 meses, según cuánto les faltara para lograr la mayoría: los gabinetes más grandes perduraron de 13 a 29 meses, dependiendo una vez más de qué tanto superaran la mayoría.

Así, el principio del tamaño posee cierta validez. El tamaño de las coaliciones efectivamente tiende a fluctuar alrededor de un mínimo triunfador. Sin embargo, esta teoría deja sin explicar gran parte de lo que ocurre en el ámbito de las coaliciones de gabinete. Para entender la formación de gabinetes hacen falta más herramientas de las que nos ofrece Riker. Veamos dos estudios recientes que se iniciaron a partir del principio del tamaño de Riker, introdujeron postulados adicionales y al final, produjeron teorías validadas de diferentes aspectos del gobierno y de la formación de gabinetes en Europa.

Gregory Luebbert (1986), en una investigación acerca de la formación de gobiernos en Europa e Israel, demuestra la existencia de una relación entre la estructura y la cultura de los sistemas políticos y los tipos de coaliciones que suelen formarse en su interior. Luebbert clasifica las democracias contemporáneas en cuatro tipos, con base en sus grados de legitimidad y consenso —consensuales, competitivas, no consolidadas y conflictivas. Las democracias consensuales

son aquellas en las que el régimen goza de gran legitimidad y la oposición es cooperativa; las democracias competitivas se caracterizan por un alto grado de legitimidad, pero los partidos de oposición son sistemáticamente competitivos; las democracias conflictivas carecen de una legitimidad general y la oposición es poco cooperativa; y las democracias no consolidadas son aquellas en que existe poca legitimidad, aunque los partidos tienden a adoptar prácticas consensuales. Luebbert opina que el principio del tamaño sólo es válido en democracias competitivas no dominadas, es decir, en aquellas democracias en las que existe un alto grado de legitimidad, en las que ningún partido tiene sistemáticamente la mayoría, y la oposición es básicamente competitiva. En democracias competitivas en las que existe un partido mayoritario dominante (por ejemplo, Israel 1950-1974; Bélgica 1973-1980; los Países Bajos 1945-1966), se observa una fuerte tendencia a la formación de coaliciones numerosas. Democracias consensuales y legítimas como las que existen en Noruega, Suecia y Dinamarca con frecuencia han sido gobernadas por coaliciones pequeñas o minoritarias, en tanto que en democracias conflictivas como la IV República Francesa, la República de Weimar e Italia, se observó una igual probabilidad de que accedieran al poder gobiernos minoritarios o mayoritarios. Así, Luebbert demostró que el interés personal racional puede propiciar la formación de coaliciones grandes o pequeñas bajo diferentes condiciones de partidismo y legitimidad. Su conclusión es la siguiente:

Así debió quedar demostrada la limitada vigencia de este postulado; solamente en sistemas competitivos no dominados se observa la necesidad de mayorías, la cual está ausente en los sistemas consensuales; en los sistemas conflictivos, no hay capacidad para crearlas; en los sistemas dominados y competitivos, en los cuales la dominación virtualmente garantiza la creación de gobiernos mayoritarios, no existe dicha necesidad. (P. 84.)

Kaare Strom (1983), en un estudio sobre los gobiernos minoritarios en Europa durante el periodo posterior a la segunda Guerra Mundial, demuestra que las coaliciones minoritarias "pueden formarse a raíz de elecciones racionales hechas por dirigentes de partidos bajo ciertas restricciones estructurales". Strom distingue dos tipos principales de gobiernos minoritarios —los que surgen en sis-

temas políticos consensuales en los cuales la relación costos-beneficios de permanecer fuera del gobierno es más favorable para los miembros de una posible coalición mayoritaria que la razón costos-beneficios asociada con la pertenencia a la coalición gubernamental, y aquellos en los cuales los costos de tolerar un gobierno minoritario son inferiores a los costos sistemáticos de oponerse al mismo. Strom analiza la formación de coaliciones en Noruega e Italia como ejemplos de ambos tipos. Los dos pueden explicarse en función del interés personal racional que varía de acuerdo con las diferentes restricciones estructurales y culturales.

De la labor de investigación de Luebbert y Strom se desprende que la teoría de las coaliciones en su versión pura, basada en la teoría del juego y el principio del tamaño, necesitaba complementarse con la teoría comparativa de los partidos políticos para poder dar cuenta de la formación de coaliciones en la vida real. Así, en lo que concierne a la formación de gabinetes, la aplicación del principio del tamaño de Riker es bastante provechosa. De hecho, dio inicio a un fecundo programa de investigación que originó una teoría más rigurosa de la formación de gobiernos en las democracias parlamentarias. Trabajos recientes de Michel Laver y Norman Schofield (1989), incluyen una reseña sistemática e integral de la historia intelectual de la teoría de las coaliciones con especial atención a la formación de gabinetes en Europa.

Con el propósito de adaptar la teoría de las coaliciones al análisis de las crisis políticas y el cambio, Almond, Flanagan y Mundt (1973) realizaron varios estudios de caso histórico en los que emplearon un esquema común de análisis. Los mencionados estudios históricos incluyeron el Acta de Reforma Británica de 1832, la Constitución de la III República Francesa durante la década de 1870, la formación de la República de Weimar después de la primera Guerra Mundial, la Restauración de Meiji en Japón a mediados de la década de 1860, y la fase cardenista de la Revolución Mexicana en el decenio de 1930, entre otros. Lo que nos interesa aquí es el hecho de que para poder emplear la teoría de las coaliciones en estos estudios históricos, nos fue necesario dar cuenta de la transformación de los actores políticos, sus acciones y sus recursos en función de los cambios en el contexto internacional y la estructura y cultura sociales domésticas. A partir de nuestras apreciaciones de estos cambios, pudimos dedu-

cir la naturaleza de las coaliciones lógicamente viables, sus propiedades particulares en cuanto a políticas y recursos, y su probabilidad de ocurrencia en diversas etapas del desarrollo de aquellas crisis. Las coaliciones triunfadoras en estos episodios históricos no fueron necesariamente las más probables de acuerdo con los tamaños de la teoría de las coaliciones. El concepto de liderazgo —medido en función de la habilidad para movilizar recursos o la facilidad para manipular, combinar o conciliar problemas, o ambas—, tuvo que ser ajustado para poder explicar la victoria de Cárdenas en México y la Restauración de Meiji en Japón, y dar cuenta de las fallas del liderazgo (es decir, de las oportunidades de coalición perdidas) en los casos del fracaso de Ramsay MacDonald durante la crisis británica de 1931, el de la socialdemocracia en ocasión de la formación de la República de Weimar, y otros similares. Así, podemos ver que la teoría de las coaliciones desempeñó un papel, si bien relativamente modesto, en los problemas históricos asociados con la grandeza y decadencia de soberanos y repúblicas. Este papel debe examinarse en el contexto de los a menudo dramáticos macrocambios en la estructura estratégica, política, económica y social, en el ámbito tanto internacional como doméstico, que modificaron las reglas y problemas del juego político, la identidad de los protagonistas y la cuantía de sus recursos. Incluso en el nivel particular, la teoría de las coaliciones en modo alguno merece nuestro apoyo incondicional. Se trata de una herramienta conveniente que nos permite definir opciones de coalición en diferentes situaciones, así como sus recursos y probabilidades de acción. Sin embargo, las propiedades de acción y recursos difícilmente pueden traducirse a números. Tienen posibilidades maleables que una firme voluntad, visión e imaginación, así como un buen sentido de la oportunidad, pueden impulsar, reducir o en algún sentido transformar.

A decir verdad, quienes apoyan la teoría de la elección racional no solamente han trampeado un poco con el contenido y realismo de sus postulados; en gran parte de sus trabajos, encontramos que sus inferencias se basan más en postulados colaterales no reconocidos. Así, Herbert Simon (1985), en su comparación de la teoría de la elección racional con la teoría cognoscitiva de la "elección racional obligada", llega a la conclusión de que

los actores del drama político sí parecen comportarse de manera racional —tienen motivos para hacer lo que hacen, y por lo general, un investigador sagaz es capaz de reunir datos que indiquen más o menos claramente cuáles son estos motivos. Pero otra cosa muy diferente es pretender que podemos predecir el comportamiento de estos actores racionales mediante la aplicación del principio de la racionalidad objetiva a las situaciones en las que ellos se encuentran. Semejante predicción es imposible [...] porque depende de su particular representación del mundo en que viven, de lo que observan en este mundo y de la percepción que tienen de su naturaleza. (P. 300.)

Simon explica que los estudios basados en las teorías de la elección racional y del juego en los que se examinan fenómenos políticos, suelen descansar en postulados “no atribuibles al principio de la racionalidad objetiva” (p. 298). Estos postulados, en general, tienen que ver con las funciones utilitarias de los electores o actores políticos —sus convicciones políticas, expectativas y cálculos—, las cuales deben conocerse empíricamente.

En un ensayo titulado “Three Fallacies Concerning Majorities, Minorities, and Democratic Politics” (Tres falacias con respecto a las mayorías, las minorías y la política democrática), Ian Shapiro (1989) hace un planteamiento similar al de Herbert Simon. Critica la parte de la bibliografía sobre la elección pública que propugna cambios en la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica con el propósito de limitar el poder gubernamental o requerir mayorías extraordinarias para que el gobierno pueda actuar. Gran parte de la bibliografía que trata con la elección pública, y en particular la parte de la misma que se asocia con los trabajos de Buchanan y Riker, establece postulados adicionales concernientes a la distribución de los recursos políticos, así como costos de transacción, que no figuran en sus conclusiones (véase, por ejemplo, Buchanan, 1978; Wagner, 1977; Riker y Weingast, 1986). Así, la argumentación de Tullock y otros analistas, en la cual se justifica el requerimiento de mayorías extraordinarias con el propósito de limitar los abusos de la concentración económica privada, se basa en postulados erróneos o complacientes con respecto a la distribución de los recursos políticos y los costos de transacción que implica la movilización de mayorías extraordinarias. Shapiro reconoce una falla fundamental en el hecho de que esta bibliografía

no considere el problema de los recursos, y ahora podemos ver que al no hacerlo deja de lado la esencia misma de la política. El sentimiento de impotencia que a menudo motiva la acción política y en otros momentos fundamenta nuestra intuición de que la acción política es atinada, es precisamente la falta de capacidad por parte de los individuos y de los grupos para lograr beneficios y limitar daños por cuenta propia [...] Aun cuando los teóricos de la elección pública se muestran convincentes al argumentar que no hay razón para esperar que un gobierno mayoritario produzca resultados justos o equitativos, ello no justifica aquello que con frecuencia no es más que una jurisprudencia utilitaria encaminada a maximizar la riqueza. (P. 39.)

Así, la bibliografía sobre la elección pública o racional es criticable por el hecho de que, para respaldar sus planteamientos, a menudo introduce postulados ajenos a la lógica de la racionalidad objetiva y con frecuencia deja de considerar otros que son importantes para sus conclusiones, cuya validez puede ser discutible. Éstas son, desde luego, críticas muy serias si es que el postulado de la elección racional ha de servir de base para obtener conclusiones prácticas. En donde semejante postulado se emplea de forma heurística y sus implicaciones prácticas se relacionan con pruebas empíricas de los valores y comportamientos humanos reales, el modelo de la elección racional puede desempeñar un importante y constructivo papel.

PARA CONCLUIR

Existen numerosos ejemplos de la productividad del enfoque de la elección racional. Sus perspectivas y métodos esclarecieron diversos aspectos de los sistemas democráticos electorales y de partidos, la organización y el proceso legislativos, facetas de la política campesina en el Tercer Mundo, y problemas propios de la construcción de los Estados y de la revolución, así como de la seguridad y la diplomacia internacionales. Sin embargo, aun cuando el interés personal racional constituye una forma de cultura y un enfoque de valoración, la teoría de la elección racional ha sido renuente a asimilar el acervo y las perspectivas de las ciencias sociales que tratan con detalle los valores y la cultura. No soy el primero en hacer esta observación. En fechas recientes, Aaron Wildavsky (1987), Lucian Pye (1987), Ronald

Inglehart (1988) y otros han llegado a la misma conclusión. Se pueden encontrar propuestas y perspectivas antropológicas, sociológicas y psicológicas en los escritos de teóricos periféricos de la elección racional como Douglas North, Robert Bates y Samuel Popkin. Dichas propuestas y perspectivas conllevan una estructura explicativa más compleja que incluye diferencias culturales e institucionales.

El hecho de no relacionar en forma alguna este modelo económico de la racionalidad con las bibliografías sociológica, psicológica y antropológica, y en particular con la obra de Max Weber, cuyo máximo logro teórico fue el análisis de la civilización y cultura modernas en función de la racionalidad y de la racionalización, es la consecuencia más notoria del casi absoluto "economicismo" de la bibliografía sobre la elección racional. Una de las partes más importantes de la sociología de Weber trató sobre la "ética económica de las religiones del mundo". En esta cuidadosa y sistemática comparación de la ética económica del budismo, confucianismo, hinduismo, islamismo, judaísmo y cristianismo, explicó los orígenes del capitalismo moderno a partir de la forma particular en que las sectas protestantes asociaban la gracia divina y la salvación con la prosperidad material. Esta teoría de los orígenes culturales y religiosos del "interés personal racional" aún pervive en los intentos por explicar en parte el acelerado crecimiento económico de los NPPI (nuevos países en proceso de industrialización) del Este asiático en función de su cultura confuciana.

En este contexto, Max Weber nos presentó una tipología del comportamiento propositivo que incluyó —junto con la categoría del interés personal racional, a la cual denominó *Zweckrationalitat*, o comportamiento instrumental— la *Wertrationalitat*, o comportamiento determinado por valores, el comportamiento tradicional o habitual y el comportamiento impulsivo. Desde esta perspectiva, podemos ver cuán pequeña parte de la realidad que nosotros, como científicos sociales, anhelamos explicar, se ajusta al modelo de la elección racional. En situaciones en las cuales los valores absolutos cuentan, en las cuales el hábito y la tradición son importantes, o en las que la afección y la emoción tienen el control, raros acontecimientos, el simple pronóstico de la elección racional nos desviará del camino. La escuela de la elección racional nos ofrece el punto de vista de que la premisa del interés propio es sólo una premisa racional-

mente optimada, que no tiene un contenido particular sustantivo. De la misma manera que el "comodín" de la baraja puede tomar el valor de cualquier carta, así la premisa de la elección racional, según nos aseguran, puede adaptarse a cualquier acción que se le atribuya. Dado este enfoque, es difícil explicar cómo los teóricos de la elección racional pudieron desatender los textos de las ciencias sociales que muestran, en el tiempo y el espacio, la diversidad de valores, preferencias y objetivos en diferentes periodos históricos, culturas y sociedades, y entre agrupaciones sociales distintas. Aun cuando dan muestra de gran habilidad al incluir el "nivel micro" en el análisis de las instituciones y procesos sociales y políticos, y el valor del enfoque deductivo para la formulación explícita y eficiente de hipótesis, dejan de lado las disciplinas que pueden especificar el contenido de las acciones que tienen lugar en el nivel micro en diferentes sitios y momentos. El que los teóricos de la elección racional no aprovecharan directamente estos textos, excepto en contadas y recientes ocasiones, los deja con teorías limitadas en el tiempo y el espacio, y que no pueden tratar efectivamente los cambios políticos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, Theodor, Else Frenkel-Brunswick, D. H. Levinson y Nevitt Stanford (1950), *The Authoritarian Personality*, Nueva York, Harper and Row.
- Almond, Gabriel A., Scott C. Flanagan y Robert Mundt (comps.) (1973), *Crisis, Choice and Change*, Boston, Little, Brown.
- Bates, R. (1987a), "Agrarian politics", en *Understanding Political Development*, Myron Weiner y Samuel Huntington (comps.), Boston, Little, Brown.
- (1987b), "Macro political economy in the field of development", ponencia núm. 40, Durham, N. C., Duke University Program in International Political Economy.
- Benedict, Ruth (1934), *Patterns of Culture*, Boston, Houghton Mufflin.
- Buchanan, James (1978), *The Economics of Politics*, West Sussex, Institute of Economic Affairs.
- , y Gordon Tullock (1962), *The Calculus of Consent*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- , y Richard Wagner (1977), *Democracy in Deficit*, Nueva York, Academic Press.
- De Swann, Abram (1973), *Coalition Theories and Cabinet Formation*, San Francisco, Jossey-Bass.

- Dodd, Lawrence (1976), *Coalitions in Parliamentary Government*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Downs, Anthony (1957), *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper and Row.
- (1988), "The Evolution of Modern Democracy", inédito, Brookings Institution, Washington, D. C.
- Durkheim, Émile (1973), *On Morality and Society*, Chicago, University of Chicago Press.
- Ferejohn, John, Bruce Cain y Morris Fiorina (1987), *The personal vote*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Fiorina, Morris (1981), *Retrospective Voting in American National Elections*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- Friedman, Milton (1953), *Essays in Positive Economics*, Chicago, University of Chicago Press.
- Geertz, Clifford (1980), *Megara*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Herring, E. P. (1940), *The Politics of Democracy*, Nueva York, W. W. Norton.
- Hovland, Carl (1953), *Communication and Persuasion*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- Inglehart, Ronald (1988), "The Renaissance of Political Change", *American Political Science Review*, 82 (4), pp. 1203-1230.
- Key, V. O., Jr. (1942), *Politics, Parties and Pressure Groups*, Nueva York, Crowell.
- Kuhn, Thomas (1962), *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press.
- Laver, Michael, y Norman Schofield (1989), *The Politics of Coalitions in Europe*, Nueva York, Oxford University Press.
- Lazarsfeld, Paul, y Bernard Berelson (1955), *Voting*, Chicago, University of Chicago Press.
- Luebbert, Gregory (1986), *Comparative Democracy*, Nueva York, Columbia University Press.
- Moe, Terry (1979), "On the Scientific Status of the Rational Choice Theory", *American Journal of Political Science*, 23 (1).
- North, Douglas (1981), *Structure and Change in Economic History*, Nueva York, W. W. Norton.
- Parsons, Talcott, y Edward Shils (1951), *Toward a General Theory of Action*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Popkin, Samuel (1979), *The Rational Peasant*, Berkeley, University of California Press.
- Pye, Lucian (1987), *The Mandarin and the Cadre*, Ann Harbor, University of Michigan Press.
- Riker, William (1962), *The Theory of Coalitions*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

- Riker, William, y Peter Ordeshook (1973), *An Introduction to Positive Political Theory*, Engelwood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall.
- , y Barry Weingast (1986), *Constitutional Regulation of Legislative Choice: The Political Consequences of Judicial Deference to Legislatures*, Stanford, California, Hoover Institution, Stanford University.
- Schattschneider, Elmer E. (1960), *The Semisovereign People*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
- Schumpeter, Joseph (1941), *Capitalism, Socialism, and Democracy*, Nueva York, Harper and Brothers.
- Shapiro, Ian (1989), "Three Fallacies Concerning Majorities, Minorities, and Democratic Politics", en *Majorities and Minorities: Political and Philosophical Perspectives*, John Chapman y Alan Wertheimer (comps.), Nueva York, New York University Press.
- Shepsle, Kenneth, y Morris Fiorina (1988), *Is Negative Voting and Artifact?*, Stanford, California, Stanford University, Graduate School of Business.
- Shils, Edward, y Morris Janowitz (1948), "Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II", *Public Opinion Quarterly*, 12, pp. 280-315.
- Simon, Herbert (1985), "Human Nature in Politics", *American Political Science Review*, 79 (2).
- Strom, Kaare (1983), "Minority Government and Majority Rule", tesis de doctorado inédita, Stanford University, Department of Political Science.
- Weber, Max (1930), *The Protestant Ethic and the Spirit of Modern Capitalism*, Londres, Allen and Unwin.
- (1978), *Economy and Society*, vol. 1, Gunther Roth y Claus Wittich (comps.), Berkeley, University of California Press.
- Wildavsky, Aaron (1987), "Choosing Preferences by Constructing Institutions", *American Political Science Review*, 81 (1).

V. EL ESTUDIO DE LA CULTURA POLÍTICA

PREHISTORIA DE LA TEORÍA DE LA CULTURA POLÍTICA

El afán de explicar la política y la administración pública mediante la teoría de la cultura política data de los orígenes mismos de la ciencia política. Los historiadores, poetas y dramaturgos griegos y romanos describen las costumbres de espartanos, atenienses, corintios, partos, caledonios, judíos y otros pueblos en tiempos de guerra y paz. Los conceptos y categorías empleados por nosotros en el análisis de la cultura política —subcultura, cultura política elitista, socialización política y cambio cultural— están igualmente implícitos en escritos antiguos y clásicos. Las grandes familias y tribus atenienses y romanas poseían sus deidades tutelares, fuegos rituales, tradiciones e inclinaciones cívico-políticas. En el antiguo reino de Israel, había por lo menos cuatro culturas políticas elitistas en conflicto, a saber: la corte real, relativamente cosmopolita y dedicada a la guerra y la diplomacia, opuesta a los profetas y sus seguidores que proclamaban y perfeccionaban las revelaciones del Monte Sinaí y la sagrada alianza; y la clase sacerdotal y los servidores del templo de Jerusalén, antagonistas de los dirigentes religiosos locales que sostenían que los oficios religiosos debían celebrarse en los “sitios elevados”.

La noción de cambio en la cultura política es uno de los temas más socorridos de la bibliografía clásica. Cada ciudad-Estado griega tenía memoria de un austero pasado soloniano o licúrgico con el cual confrontaba la corrupción de su presente. Los Catos celebraban las virtudes cívicas, frugales y guerreras de la antigua república romana. Los griegos mantenían una teoría cíclica del cambio político y explicaban en términos psicológicos sociales la grandeza y decadencia de las constituciones políticas.

Platón, en *La República*, arguye que “los gobiernos varían a la par de las disposiciones de los hombres y que debe haber tantos de los unos como de las otras. Porque no podemos pensar que los Estados son de ‘roble y roca’ y están fuera de las naturalezas humanas que

hay en ellos" (p. 445). No existe argumento más poderoso a favor de la importancia del proceso de socialización política que el de Platón: "De todos los animales, el muchacho es el más indomable, toda vez que aún mana sin control la fuente de la razón dentro de su ser; es el más insidioso, astuto e insubordinado de los animales, por lo cual es preciso refrenarlo con numerosas bridas." Madres y nodrizas, padres, tutores y jerarcas políticos comparten todos la obligación de orientar y encauzar a esta indomable fiera por los caminos del bien cívico.

Aristóteles es un politólogo culturalista más moderno y científico que Platón, toda vez que no solamente reconoce la importancia de las variables culturales políticas, sino que también examina su relación con variables de estratificación social por una parte, y con otras de índole estructural y funcional, por la otra. Arguye que la mejor forma posible de gobierno es la aristocrática-democrática en una sociedad en la que predomine la clase media. Afirma que:

Lo mejor es poseer una cantidad mediana de todas las cosas buenas de la vida. Porque este grado de riqueza es el más susceptible de avenirse a la razón [...] Y la clase media es la menos inclinada a rehuir o codiciar cargos, siendo ambas tendencias perjudiciales a los Estados [...] quienes poseen demasiados bienes, riquezas, amigos y cosas similares no aceptan ser gobernados [...] han adquirido esta cualidad desde su juventud en su vida familiar, la cual era tan licenciosa que no tomaron la costumbre de acatar la autoridad incluso en las escuelas, siendo, por otra parte, demasiado humildes quienes han carecido en exceso de aquellas cosas.

Una sociedad en la cual la clase media es reducida produce un Estado "compuesto por amos y esclavos, no por hombres libres, y por una clase envidiosa y la otra soberbia. Semejante condición está muy alejada de la cordialidad y del compañerismo político", lo cual, según Aristóteles (1932), constituía la base cultural de la mejor y más duradera forma de gobierno (pp. 329-331).

Plutarco, en su biografía de Licurgo, relata cómo el legislador espartano proponía forjar el carácter espartano desde el nacimiento, por decirlo así, y aconsejaba a las mujeres que bañaran a sus hijos recién nacidos en vino en vez de agua, a fin de templar sus cuerpos. Las nodrizas espartanas "no empleaban pañales; los niños crecían

desnudos y libres de ataduras, alimentados con sobriedad y sin refinamientos; no temían la oscuridad ni la soledad; desconocían la terquedad, el mal humor y el llanto" (p. 62).

Maquiavelo, Montesquieu y Rousseau, entre otros teóricos políticos más modernos, hicieron aportaciones a la tradición cultural política. Maquiavelo y Montesquieu se inspiraron de la historia de Roma que documentaba la importancia de los valores morales y religiosos, así como de la crianza en la formación del carácter romano, el cual, a su vez, explicaba la estabilidad y la notoria eficacia de la República en tiempos de guerra y paz. La expansión y el excesivo enriquecimiento, combinados con la adjunción de otras influencias culturales, aceleraron la decadencia y colapso de este gran imperio. Pero estos dos teóricos, si bien destacaron los temas de cultura política y socialización, propendieron al igual que Platón y Aristóteles a tratarlos en una forma más anecdótica e ilustrativa que analítica.

Los conceptos empleados por Rousseau para definir a la cultura política son los de *moralidad*, *usos* y *opinión*. Los considera como leyes más importantes que el derecho propiamente dicho, un tipo de ley

grabada en el corazón de los ciudadanos y que es la que forma la verdadera constitución del Estado, y que, adquiriendo todos los días nuevas fuerzas, reanima o remplace a las leyes que envejecen o decaen [...] que conserva en el pueblo el espíritu de su institución y sustituye insensiblemente la fuerza de la costumbre a la de la autoridad. Hablo de la moralidad, de las costumbres y sobre todo, de la opinión pública. (P. 41.)

El análisis que hizo Tocqueville de la democracia en los Estados Unidos de Norteamérica y de los orígenes de la Revolución francesa figura entre los tratamientos más complejos de estos temas. En *Democracy in America* (1945), hace la siguiente observación:

Las costumbres del pueblo pueden ser consideradas como una de las principales causas generales a las que puede atribuirse el mantenimiento de una república democrática en los Estados Unidos de Norteamérica. Empleo aquí la palabra costumbres con el significado que los antiguos solían asignar a la voz *mores*, toda vez que no la aplico exclusivamente a las costumbres propiamente dichas —esto es, a lo que podríamos llamar *hábitos del corazón*— sino a las diversas nociones y opiniones comunes entre los hombres y al conjunto de las ideas que conforman su estructura

mental. Por lo tanto, abarco con este término la configuración moral e intelectual entera de un pueblo. (I, p. 299.)

Tocqueville tenía una percepción igualmente aguda de la subcultura política. Su análisis de las actitudes políticas del campesinado, la burguesía y la aristocracia en Francia en vísperas de la revolución constituye, asimismo, un portentoso estudio acerca de la cultura política (véase Tocqueville, 1955).

I.A ILUSTRACIÓN, EL LIBERALISMO Y EL MARXISMO

Si, en cierto sentido, siempre hemos tenido presente la noción de cultura política, ¿cómo podemos explicar su repentina popularidad en la década de los sesenta y la proliferación, en decenios recientes, de investigaciones acerca de ella? Pensamos que la frustración de las proyecciones de la Ilustración y del liberalismo con respecto al desarrollo político, plantearon un problema cuya explicación podría encontrarse en la investigación acerca de la cultura política, y que el desarrollo de la teoría social en los siglos XIX y XX, así como de la metodología de las ciencias sociales en las postrimerías de la segunda Guerra Mundial (sobre todo la metodología de la encuesta), brindaba la oportunidad de resolver dicho problema. Este reto intelectual, aunado a los avances teóricos y las innovaciones metodológicas, explican el surgimiento de esta área de investigación en su forma moderna.

En la segunda mitad del siglo XIX, esta fe en el progreso intelectual, material y moral, estimulada por la Revolución Industrial, vigorizada por el éxito de las reformas políticas y sociales de Inglaterra y por el ejemplo norteamericano, y reforzada por el desarrollo de las ideas evolucionistas en la biología, fue revistiendo un carácter de ineluctabilidad. Desde el punto de vista del liberalismo, el estudio de la cultura política carecía de sentido ya que todas las proyecciones apuntaban hacia el desarrollo de sociedades educadas, con sólido sentido cívico y participativas. La cultura política no representaba ningún problema. Los marxistas, por su parte, tampoco se preocupaban por ella. Marx, sin duda alguna, pertenecía a la tradición de la Ilustración, con la diferencia de que organizó las variables teóricas

en una forma diferente y consideró al proceso histórico desde una perspectiva dialéctica en vez de acumulativa. A diferencia del avance intelectual que impulsa el progreso material, político y moral en una suave secuencia, el mejoramiento material produce tres subculturas políticas: una clase capitalista explotadora y concentradora; una clase obrera explotada, oprimida y manejada por la propaganda, y una organización ilustrada de revolucionarios. El resultado final es una cultura universal de la Ilustración y una sociedad de bienestar de masas, racionalidad y creatividad.

Hubo, por supuesto, una escuela escéptica y cínica —integrada por pensadores como Mosca, Pareto, Michels y otros— que impugnó las interpretaciones tanto marxistas como liberales de la Ilustración, y predijo en vez de ellas un futuro de explotación elitista permanente y de gobierno autoritario basados en un conjunto distinto de premisas psicológicas y sociológicas. Aun cuando en Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica predominaba la perspectiva más optimista de la Ilustración, hubo estudiosos y comentaristas como Graham Wallas (1921) y Walter Lippman (1922) que pusieron en tela de juicio la fácil premisa de la creciente racionalidad de las masas. Pero en las décadas que transcurrieron desde mediados del siglo XIX hasta la primera Guerra Mundial, el proceso de la Ilustración pareció avanzar, y se dejó en un segundo plano a la preocupación por los esquemas culturales.

EL SURGIMIENTO DE LA INVESTIGACIÓN MODERNA EN MATERIA DE CULTURA POLÍTICA

La enormidad e irracionalidad de la primera Guerra Mundial, el auge del fascismo, y en particular del nazismo, y la destructividad de la segunda Guerra Mundial hicieron añicos tan optimistas proyecciones. Los intentos —tanto teóricos como metodológicos— que se hicieron para encontrar una solución intelectual a estos trágicos rompecabezas históricos provinieron principalmente de las ciencias sociales estadounidenses en el transcurso de las décadas inmediatamente posteriores a la segunda Guerra Mundial. En las postrimerías de la guerra, la investigación en ciencias sociales era un empeño básicamente estadounidense, enriquecido por eruditos alemanes e italianos

refugiados que aportaron a dicha empresa sus respectivas tradiciones en las áreas de la sociología, la psicología social y la psicología antropológica. En consecuencia, no hay que olvidar esta poderosa influencia europea, y en particular alemana, en la investigación relativa a la cultura política.

Tres componentes intelectuales alimentaron la investigación en materia de cultura política: la tradición sociológica de Weber, Durkheim, Mannheim, Parsons y otros; la psicológica social de Graham Wallas, Walter Lippman, William McDougall, E. L. Thorndike, Paul Lazarsfeld, etcétera; y la psicoantropológica iniciada por Freud y continuada por Theodore Adorno, Max Horkheimer, Else Fraenkel-Brunswick, Nevitt Sanford, Ruth Benedict, Margaret Mead, Harold Lasswell, Alex Inkeles, Daniel Levinson y muchos otros.

Sin embargo, lo más importante en el surgimiento de la investigación moderna en materia de cultura política fue el desarrollo de la metodología y tecnología de la investigación mediante encuestas. Como a menudo sucede en la historia de la ciencia, el avance de la misma es impulsado por el desarrollo de nuevas herramientas técnicas y empíricas más que por teorías e hipótesis sustantivas. Las teorías son sólo especulaciones a no ser que existan métodos rigurosos para validarlas. La revolución en la tecnología de la investigación mediante encuestas tuvo cuatro componentes principales: (1) el desarrollo de métodos de muestreo cada vez más precisos que permitieron acopiar datos representativos de poblaciones numerosas; (2) la creciente complejidad de los métodos de entrevista que garantizó una mayor confiabilidad de la información obtenida mediante dichos métodos; (3) el desarrollo de técnicas de anotación y escalas de evaluación, que permitió identificar y organizar las respuestas en dimensiones homogéneas y relacionarlas con variables teóricas, y (4) el gradual perfeccionamiento de los métodos de análisis e inferencia estadísticos, a partir de la estadística meramente descriptiva hasta llegar al análisis bivariado, multivariado, de regresión y causal de las relaciones entre variables contextuales, de actitud y conductuales. La invención de la tecnología de la investigación mediante encuestas, al facilitar la interpretación de la información de orden social, psicológico y político, es comparable con la del microscopio, que promovió una mejor y más precisa comprensión de los datos biológicos.

A tres décadas de estos primeros avances, es evidente que la cultura política encontró un sitio propio en el vocabulario conceptual de las ciencias políticas y que actualmente forma parte de la estrategia explicativa de las mismas. Es motivo, incluso, de una pertinaz polémica en la disciplina —quizá no tan fecunda como la que se dio en torno al pluralismo, sin embargo, muy respetable desde el punto de vista cuantitativo. Existen tal vez 35 o 40 obras teóricas y empíricas acerca de la cultura política, posiblemente un centenar de artículos sobre el mismo tema en revistas y simposios, y más de un millar de citas en la bibliografía pertinente.

Una apreciable proporción de los miembros más talentosos del gremio participaron en esta polémica, y se pueden citar, entre otros, a Samuel Beer, Samuel Barnes, Brian Barry, Archie Brown, Dirk Berg-Schlosser, Harry Eckstein, Richard Fagen, Ronald Inglehart, Max Kaase, Dennis Kavanagh, Joseph LaPalombara, Robert Lane, S.M. Lipset, Herbert McCloskey, Carole Pateman, Robert Putnam, Lucian Pye, Irwin Scheuch, Robert Tucker, Aaron Wildavsky y Stephen White. El tema general de esta bibliografía es la importancia de los valores, sentimientos y creencias en la explicación del comportamiento político. Los valores, sentimientos y creencias políticos no son meros reflejos de la estructura sociopolítica, y tampoco son reductibles al individualismo característico de la elección racional. El contenido político de las mentes de los ciudadanos y de las élites políticas es más complejo, arraigado y autónomo de lo que sugieren el marxismo, el liberalismo y la teoría de la elección racional.

La primera respuesta dada por las ciencias sociales al "problema alemán" fue de orden psicocultural. Los fenómenos de la política alemana parecía invitar a las ciencias de lo irracional y lo no racional a sumar fuerzas a fin de dar cuenta de ellas. Una gran cantidad de libros y artículos intentan interpretar al nacionalsocialismo y al "problema alemán" en términos psicoculturales. La teoría psicocultural interpreta a la política alemana (lo mismo que a la japonesa, estadounidense, rusa, francesa y británica) en función de la estructura familiar y la socialización durante la infancia. A la patriarcal y autoritaria familia alemana se debió la mezcla de obediencia servil y hostilidad manifiesta que dieron origen al nacionalismo, el etnocentrismo y el antisemitismo alemanes. En esta interpretación psicocultural de la política alemana, difícilmente podían encajar la experien-

cia adulta, el afecto de la historia y los procesos cognoscitivos autónomos.

Tan extrema versión del enfoque psicocultural pronto fue desacreditada y desechada. Han dejado de leerse el *Fatherland* de Schaffner (1948) y el *Post-War Germans* (1948) de Rodnick. Sin embargo, su hincapié en los factores subjetivos de la interpretación política subsiste en dos "programas" de investigación —estudios sobre liderazgo que continúan destacando factores de personalidad, e investigaciones en materia de cultura política que examinan tendencias grupales y se basan en gran medida, aunque no del todo, en encuestas.

La teoría de la cultura política define a ésta en cuatro formas: (1) como compuesta por la serie de concepciones subjetivas de la política que prevalece en una población nacional o la subserie de una población nacional; (2) como poseedora de componentes cognoscitivos, afectivos y valorativos; incluye conocimientos y creencias relacionados con la realidad política, sentimientos con respecto a la política y compromisos con valores políticos; (3) el contenido de la cultura política es consecuencia de la socialización durante la infancia, la educación, la exposición a medios de comunicación masiva y las experiencias adultas con el desempeño gubernamental, social y económico; (4) la cultura política afecta la estructura y el desempeño político y gubernamental —si bien los limita, ciertamente no los determina. La cadena de causalidad que une a la cultura y la estructura opera en ambas direcciones.

CRÍTICAS A LA TEORÍA DE LA CULTURA POLÍTICA

La teoría de la cultura política ha sido impugnada desde cuatro perspectivas. Una línea de argumentación, encabezada por Brian Barry (1970, p. 47 ss.) y Carole Pateman (1980), atribuye a la teoría política un tinte determinista, ya que postula que la socialización política genera actitudes políticas, las cuales, a su vez, originan comportamientos políticos y fundamentan la estructura política. Barry y Pateman arguyen que la causalidad puede, y efectivamente lo hace, funcionar en la otra dirección —es decir, que las instituciones y el desempeño influyen en las actitudes. Ésta fue, en lo esencial, una polémica intrascendente.

La crítica marxista, reflejada en la obra de Jerzy Wiatr (1980) y otros teóricos, mantiene que el cambio de actitudes obedece a cambios de orden estructural y económico: dicho en otras palabras, la lógica de la causalidad funciona desde la estructura de clases hacia las actitudes, la estructura y el comportamiento políticos. Las actitudes políticas tienen un componente necesariamente estructural, por lo que poseen poco o ningún poder explicativo. Los marxistas dejaron de esgrimir este argumento, ya que descubrieron en el transcurso de las últimas décadas que la política y el Estado poseen cierta autonomía y que lo étnico, la nacionalidad y la religión no ceden tan fácilmente ante esfuerzos de resocialización.

Una tercera línea de crítica, procedente sobre todo de los estudiosos del comunismo —Richard Fagen (1969), Robert Tucker (1973), Stephen White (1979, 1984) y otros— plantea que es inadmisibles separar a las actitudes políticas del comportamiento. Reducir el concepto de cultura política a sus aspectos psicológicos equivale a una "sujetificación" radical del fenómeno. Semejante separación imprime un giro conservador a la teoría de la cultura política. Tiende a subestimar la maleabilidad de las actitudes ante cambios estructurales. A diferencia del primer y segundo argumentos, este punto de vista mantiene el concepto de la cultura política, pero modifica su contenido para incluir el comportamiento. Sin embargo, esta crítica hace caso omiso del hecho de que separar la dimensión psicológica de la conductual nos permite averiguar cuáles son, en realidad, estas relaciones. No separarlas nos impide explorar las complejidades de la relación entre el pensamiento político y la acción política.

Una cuarta línea de crítica fue la que propugnó la escuela de pensamiento de la teoría de la elección racional, también denominada "individualista metodológica". Ronald Rogowski (1974) y Samuel Popkin (1979) arguyen que la estructura y comportamiento políticos pueden responder a cálculos de interés material a corto plazo de los actores políticos. En algunas versiones de este enfoque teórico, no hay lugar para valores, normas, sentimientos y componentes cognoscitivos más complejos. La historia, la memoria y el contexto cultural no tienen ningún poder explicativo. La simple introducción de un componente de elección racional en cualquier situación política proporciona todo el poder explicativo que se requiere. Otros integrantes de la citada escuela emplean la premisa de la elección racio-

nal simplemente como un instrumento heurístico, que permite generar hipótesis de una forma sistemática y acumulativa, y reconocen el poder explicativo de las variables culturales y sociológicas.

PERSISTENCIA Y CAMBIO EN LA CULTURA POLÍTICA

Los escritos de los especialistas en cultura política contemporánea se concentran en la experiencia de tres regiones: (1) la cultura política de las sociedades industriales avanzadas; (2) el papel desempeñado por la cultura política en el desarrollo de las sociedades comunistas, y (3) el papel de la cultura política, económica y religiosa en la modernización de los países asiáticos. El primer tema consta en realidad de dos partes: (a) una bibliografía que trata sobre los hallazgos relacionados con *The Civic Culture* (Almond y Verba, 1963), y (b) otra que se concentra en el cambio de la cultura política en sociedades industriales avanzadas, la cual se asocia principalmente con las obras de Ronald Inglehart y Samuel Barnes.

Desde la publicación de *The Civic Culture* en 1963, un número apreciable de estudios de seguimiento de las actitudes políticas se llevaron a cabo en los Estados Unidos de Norteamérica, Gran Bretaña, Alemania occidental e Italia. Éstos abarcan, de hecho, más de dos décadas de encuestas. Algunos de los resultados figuran en *The Civic Culture Revisited* (Almond y Verba, 1980). De éstas y otras fuentes de referencia, podemos deducir qué tan estable es la cultura política, así como entrever qué factores son susceptibles de transformarla.

Estudios recientes acerca de la cultura política estadounidense—entre ellos, *The Confidence Gap* de Lipset y Schneider (1983), basado en varios centenares de encuestas de opinión llevadas a cabo en los Estados Unidos de Norteamérica a partir de los cuarenta—muestran una notoria pérdida de confianza en el liderazgo político, económico y social, así como en las instituciones de este país. La gran confianza y legitimidad documentadas en *The Civic Culture* parecen haber cedido el paso a una actitud de escepticismo respecto a la eficacia e integridad de los liderazgos político, militar y económico estadounidenses. Aun cuando ninguna de las pruebas aportadas demuestra una crisis de legitimidad, no cabe duda de que la sociedad estadounidense de la década de 1980 ha perdido la confiada cultura

cívica propia de los sesenta. Al cabo de varios años de la administración Reagan, un estudio de seguimiento (1985) demostró que el mejoramiento económico y un mejor liderazgo moral habían reducido en forma significativa esta alienación y desconfianza, lo cual sugiere cuán volátiles pueden ser esta clase de indicadores.

Por lo que toca a Inglaterra, Dennis Kavanagh (1980), en *The Civic Culture Revisited*, habla de una "decadencia de los elementos deferentes y de apoyo" en la cultura política británica durante el periodo incluido entre 1960 y 1980. Sin embargo, señala que hay mayor insatisfacción con el desempeño político que con el sistema en su conjunto. Aclara que los "años recientes de lento crecimiento económico han originado mayores tensiones sociales, rivalidades entre grupos, así como una creciente inconformidad con las autoridades facultadas" y que "los vínculos tradicionales de clase social, partido y nacionalidad están debilitándose, y junto con ellos, las viejas restricciones de jerarquía y deferencia" (p. 179).

Kendall Baker, Russel Dalton y Kai Hildebrandt (1981), en un análisis de las encuestas realizadas desde los cincuenta hasta finales de la década de 1970, documentan una total transformación de la cultura política alemana desde el esquema apolítico y pasivo descrito en *The Civic Culture*, hasta la cultura prodemocrática, politizada y participativa característica de los setenta y ochenta. Así, la decadente cultura cívica de los Estados Unidos de Norteamérica y Gran Bretaña, y la emergente en Alemania occidental, muestran que la cultura política es una variable relativamente flexible, influida de manera significativa por la experiencia histórica así como por la estructura y el desempeño gubernamentales y políticos. El trauma del nacional-socialismo, una estructura gubernamental y política cuidadosamente planificada, así como una economía efectiva, produjeron al parecer una democracia estable en Alemania. Por otra parte, la guerra de Vietnam, la contracultura y el Watergate socavaron profundamente la cultura cívica en los Estados Unidos de Norteamérica, de la misma manera que un mediocre desempeño económico y la pérdida de prestigio en el nivel internacional también mermaron la legitimidad de las instituciones políticas británicas.

La plasticidad de la cultura política en las sociedades industriales avanzadas también queda de manifiesto en los estudios empíricos de Ronald Inglehart (1975, 1989), Samuel Barnes y Max Kaase (1979),

y sus colaboradores. Inglehart demuestra, a partir de una serie de encuestas llevadas a cabo por él mismo en Europa y los Estados Unidos de Norteamérica durante un periodo que abarcó más de una década durante los setenta y principios de la década de 1980, que los cambios generacionales en las democracias industriales avanzadas transformaron el tipo de crisis en éstas, y que estos nuevos problemas comenzaron a modificar sus sistemas de partidos. La teoría de Inglehart mantenía que las generaciones nacidas en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica desde el periodo inmediatamente posterior a la segunda Guerra Mundial hasta mediados de la década de 1970, habían conocido una paz relativa, un acelerado crecimiento económico, crecientes oportunidades educativas y una cada vez mayor exposición a los medios masivos de comunicación. Esta socialización política tendió a atenuar la gravedad de los problemas de seguridad económica, política y militar que influyeran en las actitudes de las generaciones anteriores, y destacó una nueva serie de problemas relacionados con la participación política, el nivel de vida y el ambiente. Más adelante, las encuestas de Inglehart y otras realizadas durante los años de inflación y estancamiento económico, de finales de los setenta y principios de la década de 1980, mostraron un resurgimiento de las actitudes de ansiedad económica, pero combinadas con las más recientes, relacionadas con el nivel de vida. Barnes y Kaase (1979), en un estudio que abarcó a cinco países y en el que se examinaron las actitudes hacia la acción política, siguieron la misma línea de investigación que Inglehart para demostrar que esta nueva cultura política de las sociedades industriales avanzadas también incluye cambios de actitud con respecto a la acción política —la disposición a recurrir a modos no convencionales de participación política como las manifestaciones, marchas, plantones, etc., además de los más convencionales. De esta manera, una mezcla de experiencia histórica y esquemas cambiados de socialización política —con efectos generacionales y coyunturales— alteraron de manera significativa la cultura política de las democracias avanzadas.

En el más reciente de sus libros, Inglehart (1989) establece un balance entre la continuidad y el cambio en el desarrollo de los valores y actitudes europeos, con base en una serie longitudinal de encuestas realizadas en más de 15 años:

Encuestas realizadas una y otra vez durante muchos años, muestran diferencias consistentes de un país a otro en lo que se refiere al nivel general de satisfacción con la vida, la felicidad, la satisfacción política, la confianza interpersonal y el grado de conformidad con el orden social existente. Estos atributos forman parte de un síndrome coherente, en el que determinadas nacionalidades muestran de manera sistemática puntuaciones relativamente altas (o relativamente bajas) en todos ellos. Las puntuaciones altas o bajas en este síndrome conllevan importantes consecuencias para el comportamiento político y social de determinados pueblos, entre ellas, la de configurar expectativas relacionadas con la viabilidad de la democracia. Como hemos visto, importantes diferencias transculturales respecto a este síndrome de actitudes perduraron durante el periodo incluido entre 1973 y 1988; además, hay pruebas fragmentarias de que estas diferencias existían desde los cincuenta. (Cap. 13, p. 1.)

Inglehart prosigue y señala que también hubo notorios cambios en las actitudes de las naciones europeas. Así, en Italia parece haber menos desconfianza que en el pasado. Además nos hace observar los sorprendentes cambios ocurridos en las actitudes políticas del pueblo alemán en el transcurso de los últimos 20 años, los cuales sin duda se asocian con un mejoramiento general del nivel de vida y un buen desempeño gubernamental.

Si bien estos estudios recientes de la cultura política en Europa y los Estados Unidos de Norteamérica parecen indicar que ésta puede cambiar de manera relativamente rápida en respuesta a circunstancias y experiencias distintas, los realizados acerca de las actitudes políticas en países comunistas apuntan hacia la persistencia de ciertos aspectos de la cultura política frente a ingentes esfuerzos de transformación (véase, por ejemplo, Almond, 1983; Brown, 1984; Brown y Gray, 1977; White, 1979, 1984). Por desgracia, son muy pocas las encuestas confiables disponibles acerca de la cultura política en los países comunistas, sin embargo, existen algunas además de otro tipo de datos que permiten sacar conclusiones a los especialistas en países comunistas. Esta bibliografía plantea que no obstante los esfuerzos sistemáticos de los movimientos comunistas para penetrar, manipular, organizar, adoctrinar y reprimir durante varios decenios, no ha resultado de ello nada que se asemeje al "hombre socialista". Se han mantenido profundos sentimientos de nacionalismo, y las identidades culturales y religiosas conservan toda su

vitalidad. En países como Checoslovaquia, que anteriormente tuvieron tradiciones democráticas, éstas parecen perdurar en espera del momento histórico propicio para su resurgimiento. Por otra parte, es muy posible que en Polonia existan en la actualidad corrientes liberales más fuertes que las que prevalecieron durante los años de su independencia. La experiencia comunista con la cultura política se asemeja a una serie de "estudios de caso cruciales" en el sentido de Eckstein (1975). Si un control monopólico sobre los medios masivos de comunicación, un monopolio efectivo o virtual de la organización, rígidos controles policiacos, y otros procedimientos similares, no son capaces de transformar los valores y las actitudes, entonces cabe atribuir cierto poder explicativo a la cultura política y a los procesos de socialización que la mantienen.

Una tercera serie de avances históricos —el extraordinario ritmo de crecimiento económico de los países confucianos del este asiático, a diferencia de otras naciones asiáticas dominadas por el islamismo y el hinduismo— indica asimismo la importancia de la cultura en la configuración del comportamiento económico y político. Hofheinz y Calder (1982) arguyen que el hincapié en la lealtad, la educación, la mutualidad y el respeto a la autoridad en aquellas regiones se fundamenta en las normas del confucianismo. Spengler (1980) atribuye a la filosofía social confuciana la mentalidad empresarial y mercantilista distintiva de los japoneses. Bellah (1957) arguye que los valores religiosos del periodo de Tokugawa influyeron en el repunte económico de la era de restauración Meiji. Winston Davis (1987) resume esta bibliografía y presenta una versión modificada de la teoría de Weber respecto a la relación que existe entre la ética económica de las religiones y el crecimiento económico. En vez de considerar a la ética religiosa como una condición necesaria del desarrollo económico, Davis arguye que puede influir en el crecimiento económico, ya sea facilitando o tolerando, o bien obstaculizando el desarrollo de actitudes y valores favorables a la disciplina y el desempeño económicos. Según Davis, no cabe hacer preguntas de tipo excluyente, sino más bien abiertas como: "¿Contribuyó la religión a motivar el cambio económico? ¿Toleró dicho cambio? ¿Promovió una aceptación serena de los costos sociales impuestos por el desarrollo?" (p. 226). Davis se muestra muy convincente al documen-

tar la contribución del confucianismo a las poderosas tendencias de desarrollo económico en los países del este asiático.

Lucian Pye (1985), en un ingenioso y extenso estudio acerca de la cultura y la política en Asia, demuestra cómo el confucianismo, el hinduismo y el Islam influyen, si bien en formas distintas, en los esquemas políticos paternalistas, familiares, consensuales y clientistas del este, sureste, y sur del continente asiático. Arguye que la región asiática puede poseer esquemas propios de modernización, y que la educación y el crecimiento económico tal vez no conduzcan necesariamente a la modernización, o en caso de hacerlo, pueden exhibir estas tendencias paternalistas, consensuales y clientistas. La inesperada inversión de la modernización y la emergencia de un fundamentalismo islámico populista en Irán y otras regiones del Medio Oriente parecen, asimismo, confirmar el vigor de la cultura política tradicional y de las variables de socialización.

ESTADO ACTUAL DE LA TEORÍA DE LA CULTURA POLÍTICA

A primera vista, puede parecernos ambiguo este recuento histórico. La cultura política, por una parte, puede sufrir modificaciones relativamente rápidas; por otra, parece capaz de soportar duros embates sin cambiar mucho. ¿Qué podemos aprender de estas experiencias históricas, y de la investigación desarrollada en el transcurso de los últimos decenios acerca de dos de las principales interrogantes planteadas por la teoría de la cultura: política, primero, la estabilidad de la cultura política, su persistencia y autonomía, y de ahí su importancia para la explicación de fenómenos políticos; y en segundo lugar, la relativa importancia de los factores que afectan la cultura política, en particular la importancia relativa de la primera infancia, el ambiente laboral en la edad adulta, la comunidad, el contacto con los medios de comunicación masiva y la experiencia directa del desempeño político y gubernamental?

Por lo que respecta a la estabilidad o persistencia de la cultura política, la información actualmente disponible indica que climas políticos como la confianza en los funcionarios y en las instituciones políticas y sociales parecen ser muy variables, según el desempeño de aquellos dirigentes, funcionarios y organismos. Las convicciones y

valores políticos fundamentales son más resistentes, aunque pueden cambiar. Así, en los Estados Unidos de Norteamérica e Inglaterra, durante los sesenta y setenta, decayó bruscamente la confianza en los dirigentes y élites políticas, económicas y sociales. Sin embargo, no hubo pruebas de un serio desgaste en la legitimidad fundamental de las instituciones políticas y sociales estadounidenses e inglesas, no obstante la experiencia del mediocre desempeño económico y gubernamental en ambos países.

La transformación de las actitudes alemanas básicas parece ser consecuencia de tres causas más amplias: (1) las más poderosas experiencias históricas que afectaron directamente al pueblo (colapso militar, bombardeos, ocupación, división, emigración obligada, humillación internacional); (2) una ingeniosa planificación constitucional (un sistema electoral favorable a los principales partidos políticos, el voto constructivo de no confianza, el federalismo), y (3) un admirable desempeño político y gubernamental que propició un "milagro" de reconstrucción y crecimiento. Es imposible aislar y asignar un peso específico al papel desempeñado por los cambios en las pautas culturales básicas surgidas como consecuencia de las modificaciones en la estructura familiar, la socialización infantil y la resocialización de la población adulta. Todo lo que podemos decir es que estos factores combinados originaron en Alemania occidental una cultura política diferente, caracterizada por una legitimidad democrática y política, así como por una cultura política participativa.

En los Estados Unidos de Norteamérica, la pérdida de confianza y el decaimiento de la política consensual también parecieron obedecer a una costosa y desmoralizante derrota en la guerra de Vietnam que duró una década entera, conflictos raciales de gran magnitud, importantes cambios en las normas sociales y culturales estadounidenses propiciados, en parte, por la "contracultura", así como a los lamentables escándalos de la administración de Nixon. Sin embargo, estos poderosos embates no menoscabaron en forma significativa la legitimidad de las instituciones —gubernamentales, políticas y económicas— estadounidenses.

Por tanto, las pruebas disponibles indican que las convicciones políticas fundamentales, como la legitimidad de los regímenes, se caracterizan por su estabilidad considerable. Solamente las catás-

trofes parecen ser capaces de afectar dichas actitudes en cortos lapsos; de otra forma, los cambios son relativamente lentos.

Por último, puede afirmarse que las actitudes, identidades y valores asociados con lo étnico, la nacionalidad y la religión, son los más resistentes al cambio. Éstos son valores y compromisos primordiales que parecen casi indestructibles. Estos valores y compromisos primordiales, así como los procesos de socialización que los mantienen, son la razón por la que fracasaron los intentos, de la Rusia soviética y del comunismo en general, de transformar las culturas políticas de los países de Europa del Este, e incluso en Rusia, sobre todo fuera de la gran región rusa propiamente dicha. Sin embargo, la resistencia de las culturas políticas en Europa del Este no se restringe a las identidades nacionales, etnolingüísticas y religiosas. Hay quienes mantienen que, en Checoslovaquia, las actitudes políticas liberales persisten con mayor fuerza que durante el periodo precomunista; y en Polonia, parece ser que existen actualmente actitudes políticas liberales en donde no las había. El aprendizaje político no puede reducirse a una mera reactividad.

La teoría de la socialización política parece haber evolucionado en el transcurso de los últimos decenios. En términos generales, hay indicaciones de que la autoridad familiar tiende a hacerse más participativa. Es difícil determinar qué tan importante ha sido la contribución de estos cambios para la democratización de la cultura política en las sociedades industriales, ya que un gran número de influencias empujaban en la misma dirección al mismo tiempo. La información de que disponemos también indica que los crecientes niveles educativos en las sociedades industriales avanzadas aumentaron la proporción de ciudadanos politizados, y también tendieron a volver más participativas las culturas políticas de las sociedades industriales avanzadas (Hyman, 1975).

Uno de los cambios más significativos en el proceso de socialización política es el surgimiento de los medios electrónicos de comunicación masiva, en particular la televisión. Estudios realizados acerca del comportamiento electoral en los Estados Unidos de Norteamérica a finales de los cuarenta y durante la década de 1950, dieron origen a la teoría del "flujo de comunicación en dos etapas" de Katz y Lazarsfeld (1955). Dicha teoría mantenía que el efecto de los medios de comunicación masiva en las actitudes y el comportamiento,

era mediado por las élites de opinión —personalidades carismáticas, miembros del clero, catedráticos, jefes de familia, etc. Los mensajes transmitidos por los medios de comunicación masiva eran interpretados por aquellos líderes de opinión, y se suponía que el común de los ciudadanos quedaba a salvo de la manipulación masiva.

La televisión ha contribuido a mermar la influencia de los líderes de opinión y acrecentó la de los medios de comunicación masiva en la configuración de los valores y de las actitudes. Según Austin Ranney (1983), el más fácil acceso de la televisión a los sentidos y el surgimiento de connotados comentaristas y analistas que expresan su sentir por este medio, han menoscabado la importancia del líder de opinión más cercano, con importantes consecuencias para la cohesión en el nivel familiar y comunitario, así como de los grupos de interés y de los partidos políticos. Sidney Verba y sus colaboradores (1988), en un reciente estudio acerca de las actitudes de las élites en los Estados Unidos de Norteamérica, Suecia y Japón, demuestra que en estos tres países los principales grupos de políticos, burócratas, hombres de negocios, dirigentes laborales y otros, atribuyen a los medios masivos de comunicación el más alto nivel de influencia política. Una investigación anterior acerca de las actitudes de las élites en los Estados Unidos de Norteamérica (Verba y Orren, 1985) indica que otras élites consideraban excesiva la influencia de los medios de comunicación masiva. Así, el carácter cambiante de estos medios de difusión parece haber modificado la relación existente entre las élites políticas y sus diferentes públicos en las sociedades industrializadas avanzadas. Se ha reducido el poder de influencia de los dirigentes; los estilos y destrezas políticas se han transformado.

Las experiencias políticas alemana y francesa indican asimismo que la planificación constitucional y de estructuras políticas puede afectar de manera significativa la cultura política. Arreglos constitucionales en Alemania garantizaron que Bonn no fuera una réplica de Weimar. No cabe duda de que la estabilidad política prevaleciente en Alemania durante más de tres decenios, debida en gran parte a arreglos constitucionales, contribuyó en apreciable medida a la legitimidad del sistema alemán. Asimismo, los experimentos franceses con una forma mixta de "administración presidencial-parlamentaria", así como su sistema electoral, han contribuido poderosamente a la estabilidad y efectividad de la V República, y atenuaron el

cinismo y la alienación política entonces propios de la sociedad francesa.

Así tenemos que la teoría de la cultura política que actualmente subsiste no es la serie de ideas centradas en la familia, la infancia y el "inconsciente" propia de los cuarenta, sino más bien una teoría que destaca las actitudes y expectativas cognoscitivas influidas por la estructura y el desempeño del sistema político y la economía. Si bien gran parte de esto muestra fluidez y plasticidad, también existen componentes persistentes y estables como las convicciones políticas y valores fundamentales, así como afectos primordiales que afectan y restringen nuestro comportamiento político y nuestras estrategias de gobierno.

UN ENFOQUE DE LA CULTURA POLÍTICA BASADO EN SISTEMAS, PROCESOS Y ESTRATEGIAS DE GOBIERNO

El contenido de la cultura política ha sido objeto de varias polémicas. ¿Cuáles son sus componentes y cómo se relacionan éstos entre sí? La tesis de Fagen, Tucker y White tiende a apartarse de la disgregación conceptual a favor de una conceptualización más integral. Lowell Dittner (1977) impugna la popular definición de la cultura política como "percepción subjetiva de una realidad política objetiva" por ser, en su opinión, una concepción confusa que no distingue entre "la estructura política por una parte, y la psicología política por la otra" (p. 581). Propone para la definición de la cultura política un enfoque más preciso dentro del marco de un enfoque semiológico de sistemas. Sin embargo, admite que aún está por demostrarse la superioridad teórica de semejante procedimiento.

En mi trabajo con G. Bingham Powell, hemos argüido que si la cultura política es la dimensión subjetiva del sistema político, entonces debe consistir de una serie divisible de orientaciones hacia las diversas estructuras y aspectos del sistema político (Almond y Powell, 1978). Los miembros del sistema político tienen conocimiento de estas diferentes partes y estructuras; mantienen opiniones acerca de ellas y las juzgan o evalúan con fundamento en diversas normas. Así, de la separación del sistema político en los tres niveles de sistemas, procesos y estrategias de gobierno, se desprende que todo

sistema político posee un sistema, un proceso y una estrategia de gobierno. La cultura de sistemas consta de conocimientos, sentimientos y juicios con respecto a las autoridades y funcionarios políticos; conocimientos, sentimientos y juicios con respecto al régimen, es decir, la estructura institucional; así como conocimientos, sentimientos y juicios acerca de la nación. Por lo tanto, cuando hablamos de la legitimidad de un sistema político, es necesario especificar si nos referimos a los dirigentes y funcionarios, al régimen, a la nación, o a alguna combinación de éstos.

La cultura de procesos está formada por los conocimientos, sentimientos y juicios de los miembros del sistema político acerca de sí mismos como actores políticos, lo mismo que acerca de otros actores políticos, incluidas las agrupaciones políticas como partidos y grupos de interés, y las élites políticas y gubernamentales específicas. La cultura de estrategia de gobierno incluye los conocimientos, sentimientos y juicios de los miembros del sistema político hacia los productos del sistema —sus políticas internas (extractivas, regulativas y distributivas) y sus políticas externas (militares, diplomáticas y económicas).

Desglosar la cultura política en estos términos sistémicos nos permite explorar la estructura lógica o interactiva de la misma. Puede ayudarnos a eliminar algunas de las trampas conceptuales mencionadas por Lowell Dittner, por una parte, y al mismo tiempo evitar algo de la ampulosidad de la semiótica por la otra. Es evidente que estos tres niveles de la cultura política están estrechamente relacionados entre sí. En un nivel relativamente sencillo, es claro que la insatisfacción con los resultados de una estrategia de gobierno puede ser causa de inconformidad con el régimen. Una insatisfacción prolongada con los resultados de una estrategia de gobierno puede, en algunos sistemas políticos, originar cambios en las autoridades políticas, de la misma manera que la inconformidad con el proceso político puede ocasionar un cambio estructural o de régimen. El deterioro del desempeño ya sea en el nivel de proceso o de estrategia de gobierno, en países en donde existen componentes étnicos distintos, puede con el tiempo provocar una pérdida de legitimidad nacional y el surgimiento de movimientos separatistas y de autonomía, como sucedió estos últimos años en países como Gran Bretaña, Canadá, España y otros.

Por otra parte, un desempeño satisfactorio y sensible en cuanto a gobierno y procesos puede, con el tiempo, aumentar la legitimidad de las autoridades políticas, regímenes y naciones. En esta interacción entre el desempeño en cuanto a gobierno y procesos, y la legitimidad de un sistema, existe algo parecido a un proceso de acumulación y pérdida de capital.

Interpretar a la cultura política en función de estos tres niveles ilustra algunos aspectos de la estrategia política. De esta forma, es posible lidiar de manera directa con la amenaza que representa para un régimen la inconformidad con los procesos, como sucedió con el proceso de democratización en Inglaterra durante el siglo XIX. El proceso de negociación no giró en torno a la cuestión unilateral del sufragio universal, sino más bien alrededor de limitadas y graduales concesiones de derechos políticos que interesaban a los sectores más movilizados de la población. La estrategia empleada por Bismarck en Alemania apaciguó mediante un astuto manejo de alicientes administrativos demandas populares de liberalización total expresadas por las clases media y trabajadora —programas de asistencia para la clase trabajadora, políticas comerciales para los industriales y grandes terratenientes y una agresiva política extranjera para todos. Esta estrategia bismarckiana, consistente en recurrir a una política distributiva para mitigar y contener demandas de participación, ha sido reproducida en varias naciones contemporáneas del Tercer Mundo —en particular, Corea del Sur y Taiwan.

Un enfoque sistémico de la investigación acerca de la cultura política que se apegue a estos lineamientos, tiene la ventaja de que la sujeta firmemente a la estructura y desempeño del sistema político. Además se presta para un análisis formal y lógico, y generar interesantes hipótesis respecto a importantes aspectos de la política.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almond, Gabriel A. (1983), "Communism and Political Culture Theory", *Comparative Politics*, 13, enero.
- , y G. Bingham Powell (1978), *Comparative Politics: System, Process, Policy*, Boston, Little, Brown.
- , y Sidney Verba (comps.) (1963), *The Civic Culture*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.

- Almond, Gabriel A., y Sidney Verba (comps.) (1980), *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little, Brown.
- Aristóteles (1932), *Politics* (trad. por H. Rackham), Londres, Heineman.
- Baker, Kendall, Russel Dalton y Kai Hildebrandt (1981), *Germany Transformed*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Barnes, Samuel, y Max Kaase (1979), *Political Action: Mass Participation in Five Western Democracies*, Beverly Hills, California, Sage.
- Barry, Brian (1970), *Sociologists, Economists and Democracy*, Londres, Macmillan.
- Bellah, Robert N. (1957), *Tokugawa Religion*, Boston, Beacon.
- Brown, Archie (comp.) (1984), *Political Culture and Communist Studies*, Nueva York, M. E. Sharpe.
- , y Jack Gray (comps.) (1977), *Political Culture and Political Change in Communist States*, Nueva York, Holmes and Meier.
- Davis, Winston (1987), "Religion and Development: Weber and the East Asian Experience", en *Understanding Political Development*, Myron Weiner y Samuel Huntington, (comps.), Boston, Little, Brown.
- Dittner, Lowell (1977), "Political Culture and Political Symbolism", *World Political Development*, Boston, Little, Brown.
- Eckstein, Harry (1975), "Case Studies in Political Explanation", en *Handbook of Political Science*, Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby (comps.), vol. 7, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley.
- Fagen, Richard (1969), *The Transformation of Political Culture in Cuba*, Stanford, California, Stanford University Press.
- Hofheinz, Roy, y Kent Calder (1982), *The East-Asia Edge*, Nueva York, Basic Books.
- Hyman, Herbert (1975), *The Enduring Effects of Education*, Chicago, University of Chicago Press.
- Inglehart, Ronald (1975), *The Silent Revolution: Changing Values and Political Style Among Western Publics*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Kats, Elihu, y Paul Lazarsfeld (1955), *Personal Influence: The Part Played by People in the Flow of Mass Communications*, Glencoe, Illinois, Free Press.
- Kavanagh, Dennis (1980), "Political Culture in Britain: The Decline of the Civic Culture", en *The Civic Culture Revisited*, Gabriel A. Almond y Sidney Verba (comps.), Boston, Little, Brown.
- Lipset, S. M. (1985), "The Confidence Gap: Down But Not Out", inédito.
- , y William Schneider (1983), *The Confidence Gap*, Nueva York, Free Press.
- Pateman, Carole (1980), "The Civic Culture: A Philosophical Critique", en *The Civic Culture Revisited*, Gabriel A. Almond y Sidney Verba (comps.), Boston, Little, Brown.

- Platón, *The Works of Plato*, trad. por Jowett, Nueva York, Dial.
- Plutarco, *The Lives of the Ancient Greeks and Romans*, trad. por John Dryden, Nueva York, Random House.
- Popkin, Samuel (1979), *The Rational Peasant*, Berkeley, University of California Press.
- Pye, Lucian W. (1985), *Asian Power and Politics: The Cultural Dimensions of Authority*, Cambridge, Massachusetts, Belknap Press of Harvard University Press.
- Ranney, Austin (1983), *Channels of Power*, Nueva York, Basic Books.
- Rodnick, David (1948), *Post-War Germans*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- Rogowski, Ronald (1974), *Rational Legitimacy*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Rousseau, Jean-Jacques, *The Social Contract*, Nueva York, Carlton House.
- Schaffner, Bertram (1948), *Fatherland: A Study of Authoritarianism in the German Family*, Nueva York, Columbia University Press.
- Spengler, Joseph (1980), *Origins of Economic Thought and Justice*, Carbondale, Illinois University Press.
- Tocqueville, Alexis de (1945), *Democracy in America*, Nueva York, Knopf. [Hay edición del Fondo de Cultura Económica.]
- (1955), *The Old Regime and the French Revolution*, Garden City, Nueva York, Doubleday.
- Tucker, Robert C. (1973), "Culture, Political Culture, and Communist Society", *Political Science Quarterly*, junio.
- Verba, Sidney (1965), "Germany: The Remaking of Political Culture", en *Political Culture and Political Development*, Lucian Pye y Sidney Verba (comps.), Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- (1988), *Elites and the Idea of Equality*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- , y Gary Orren (1985), *Equality in America: The View from the Top*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Wallas, Graham (1921), *Human Nature in Politics*, Nueva York, Knopf.
- White, Stephen (1979), *Political Culture and Soviet Politics*, Londres, Macmillan.
- (1984), "Political Culture in Communist States", *Comparative Politics*, 14, abril.
- Wiaatr, Jerzy (1980), "The Civic Culture from a Marxist Sociological Perspective", en *The Civic Culture Revisited*, Gabriel A. Almond y Sidney Verba (comps.), Boston, Little, Brown.

VI. EL COMUNISMO Y LA TEORÍA DE LA CULTURA POLÍTICA*

UNA PRUEBA DE LA TEORÍA DE LA CULTURA POLÍTICA

El éxito o el fracaso de los regímenes comunistas en la transformación de las actitudes y del comportamiento de las poblaciones, puede representar una prueba del poder explicativo de la teoría de la cultura política.¹ Podemos considerar a los regímenes comunistas como “experimentos naturales” sobre el cambio de actitudes. Semejantes regímenes intentan y suelen tener éxito al implantar monopolios sobre la organización y los medios masivos de comunicación, así como sistemas muy eficientes de policía e inteligencia interna. Se premia el conformismo ideológico en tanto que la disidencia es severamente sancionada. Las comunidades y barrios permanecen bajo la vigilancia de activistas de partido. Los niños de todas las edades son organizados en formaciones relacionadas con el partido y la enseñanza escolar se concentra en un adoctrinamiento ideológico acorde con el sistema. Además de este poderoso arsenal de controles institucionales y comunicativos, el movimiento comunista dispone de una serie definida y explícita de actitudes, creencias, valores y sentimientos que procura inculcar.

La teoría de la cultura política atribuye cierta importancia a las actitudes, creencias, valores y emociones políticas para la explicación de los fenómenos políticos, estructurales y conductuales —cohesión nacional, esquemas de división política, estrategias de enfrentamiento de conflictos políticos, la extensión y el carácter de la

* De Gabriel A. Almond, “Communism and Political Culture Theory”, *Comparative Politics*, vol. 13, núm. 1. Todos los derechos reservados © 1983 por City University of New York. Reproducción autorizada.

¹ Ésta es una posición de varios especialistas británicos en países comunistas. Véase Archie Brown y Jack Gray, *Political Culture and Political Change in Communist States*, Nueva York, Holmes y Meier, 1977; véase también Stephen White, *Political Culture and Soviet Politics*, Londres, Macmillan, 1979. Estos estudios y conclusiones nos han sido de gran ayuda.

participación en la política y la obediencia a la autoridad. Nunca se planteó seriamente que la cultura política fuese "causa" unidireccional de la estructura y del comportamiento políticos, aun cuando algunos críticos han considerado que los teóricos de la cultura política defendían precisamente esta postura.² La versión menos radical de la cultura política —la que sustentan la mayoría de sus voceros— mantiene que la relación entre la estructura y la cultura políticas es interactiva, y que no es posible explicar tendencias culturales sin referirse tanto a la experiencia histórica como a las restricciones y oportunidades estructurales contemporáneas, y que por consiguiente, un conjunto previo de pautas de actitud tenderá a persistir en cierto grado y forma durante un periodo significativo, a pesar de los esfuerzos que se hagan por transformarlo. Todos estos juicios y asertos forman parte de la teoría de la cultura política. El planteamiento fundamental sería que por muy poderoso que sea el intento, sin importar cuán represiva sea la estructura, por monopólicos y persuasivos que sean los medios de comunicación masiva y atractivo el sistema de incentivos vigente, la cultura política impone importantes restricciones a un cambio conductual y estructural efectivo, toda vez que ciertas actitudes fundamentales tienden a persistir en gran medida durante un periodo significativo. Esto es todo lo que se necesita demostrar para asignar a la teoría de la cultura política un sitio en el panteón de las variables explicativas de la política.

La experiencia comunista tiene particular importancia como enfoque para probar la teoría de la cultura política porque desde cierta perspectiva constituye un auténtico esfuerzo para refutarla. Las actitudes encontradas por los movimientos comunistas en países en donde éstos llegaron al poder son consideradas como productos de una falsa conciencia —trátase de actitudes nacionalistas, creencias religiosas, opiniones liberal-pluralistas, tendencias étnicas subculturales o actitudes hacia los intereses económicos. Se les considera consecuencias de una estructura de clases preexistente y del modo de producción que hay debajo, transmitidas por agentes asociados

² Véase, entre otros, a Brian M. Barry, *Sociologists, Economists and Democracy*, Londres, Collier-Macmillan, 1970, pp. 48 ss.; Carole Pateman, "The Civic Culture: A Philosophical Critique", en *The Civic Culture Revisited*, Gabriel A. Almond y Sidney Verba (comps.), Boston, Massachusetts, Little, Brown, 1980; y Ronald Rogowski, *A Rational Theory of Legitimacy*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1976.

del adoctrinamiento. Los movimientos comunistas eliminan o intentan menoscabar la legitimidad de estas estructuras preexistentes y sustituirlas por un esquema totalmente nuevo e integrativo. Si en un periodo razonable —digamos, una generación— logran transformar las actitudes en la dirección deseada, podríamos concluir que la teoría de la cultura política fue refutada y que, en el mejor de los casos, se trata de una variable poco determinante.

Los casos de toma del poder por partidos comunistas sin lugar a duda constituyen los mejores experimentos históricos para estos efectos. Además, existe un buen número de ellos; se realizaron en diferentes contextos culturales y de desarrollo, y la mayoría han tenido vigencia durante una generación entera. El principal problema de esta manera de probar la teoría estriba en que deja mucho que desear desde el punto de vista de la comprobación experimental. Los "laboratorios" no están abiertos a los investigadores; la información es fragmentaria y en gran parte está basada en meras inferencias. Y por último, la escala e intensidad de los esfuerzos realizados por modificar las actitudes han variado de un país a otro. Las experiencias de Polonia, Hungría y Checoslovaquia son muy distintas a las de la Unión Soviética, Cuba y Yugoslavia.

Otro interesante aspecto de este tema es que constituye un buen ejemplo del apoyo a la teoría proveniente de los estudios de caso sobre regiones. Desde este punto de vista, el lector no debe esperar un conocimiento muy profundo acerca de una región, sino más bien un buen manejo de datos con fines de teorización.

LA TEORÍA DE LA CULTURA POLÍTICA EN EL MARXISMO Y LENINISMO

Este manejo de la experiencia comunista con el propósito de probar la teoría de la cultura política encaja naturalmente en los grandes temas de la ideología marxista-leninista. El término "cultura política" se ha empleado cada vez con mayor frecuencia en las ciencias sociales soviéticas y de Europa del Este. Stephen White señala que fue empleado por el propio Lenin, lo mismo que por Brezhnev.³

³ Brown y Gray, *Political Culture and Political Change*, p. 58. Véase también el libro de White, *Political Culture and Soviet Politics*.

Georgi Shakhnazarov, presidente de la Asociación Soviética de Ciencias Políticas, en un artículo publicado el 17 de enero de 1979 en *Pravda*, en el cual se anunciaba una reunión en Moscú de la Asociación Internacional de Ciencias Políticas, mencionó a la cultura política como uno de los tres principales temas de la disciplina. Definió a esta cultura como "la participación de las diversas opiniones sociales en la política, la cultura política popular y la formación político-cultural, la regulación de las actitudes sociopolíticas". Destacó que este tema tenía la misma importancia que el estudio del Estado y del sistema político, así como de la política exterior y de las relaciones internacionales.

Además de estos indicadores de receptividad terminológica, se ha asignado un sitio importante en la teoría comunista a los fenómenos de la cultura política, aun cuando los términos empleados por Marx, Lenin y los estudiosos comunistas contemporáneos son *ideología*, *conciencia*, *espontaneidad*, *economismo* y otros similares. En las obras de Marx y Engels, los fenómenos de la cultura política constituyen importantes variables interventoras; en la teoría leninista, la cultura política —en particular la cultura política de la élite— es la variable independiente. En efecto, una élite con una determinada cultura política en el sentido de un adoctrinamiento del partido comunista, y una "situación objetiva revolucionaria" ya ampliamente definida, son las condiciones necesarias y suficientes para una revolución comunista. Nadie puede leer el texto organizativo de Lenin *¿Qué hacer?*, sin darse cuenta de la importancia que atribuía al debido adoctrinamiento del partido comunista, a la explicación inequívoca de creencias, procedimientos y modalidades emotivas apropiadas.

Para Marx, una conciencia política transformada era consecuencia de alteraciones estructurales subyacentes —ésta se desarrollaba gradualmente en un principio y cambiaba de contenido cognoscitivo y de tono emotivo conforme se modificaban los medios de producción y las características y relaciones de clase. Marx preveía que en ciertos momentos del proceso histórico, por ejemplo al llegar al grado extremo de depauperación proletaria, se aceleraría el proceso de transformación cultural. Los conceptos de socialización política y de política cultural de élite están presentes, aunque no muy bien desarrollados en el marxismo. Según Marx, la ideología capitalista va perdiendo fuerza conforme se hace más evidente su alejamiento

de la realidad. Los hombres son actores racionales; los dirigentes son los primeros en "tomar conciencia", y no tardan en hacer lo mismo sus seguidores. La transformación de la cultura política se da por saltos y coincide con profundos cambios estructurales —la dictadura del proletariado, la introducción del socialismo, y más adelante del comunismo. El proceso de aprendizaje puede ser lento, pero no por ello es menos seguro.

El marxismo es, por lo tanto, una teoría estructural. Marx probablemente hubiera coincidido con Brian Barry, Carole Pateman y Ronald Rogowski con respecto a la prioridad de la estructura en la interacción causal existente entre actitudes, creencias y sentimientos. Los cambios en la cultura se derivan inevitablemente de los cambios de estructura; las propiedades culturales mantienen una relación de consecuencia con la estructura. Las variables de actitud explican los *avances* y *demoras* en los procesos de cambio histórico, de ahí que puedan considerarse como variables interventoras más que independientes.

La estrategia leninista de socialización política de élites y masas indica claramente que Lenin comprendía el carácter interactivo de las relaciones estructurales y culturales. Creía en la posibilidad de adoctrinar a una élite revolucionaria, es decir, de transformar su cultura política. Sin embargo, no creía posible un adoctrinamiento revolucionario de las masas. Era necesario inducir indirectamente a las masas trabajadoras y campesinas a la revolución apelando a sus valores e intereses inmediatos; dicho en otras palabras, la élite revolucionaria tendría que ajustar sus tácticas revolucionarias a las culturas de las masas. Lenin creía que una vez lograda una revolución, estas tendencias subculturales entre obreros, campesinos y grupos étnicos y religiosos perdurarían por un tiempo indefinido hasta el advenimiento de una edad de oro comunista surgida de profundos cambios estructurales.

En la doctrina marxista-leninista actualmente sustentada por la bibliografía teórica de las "ciencias sociales" en los países socialistas, se emplea todo el marco de referencia de la teoría de la cultura política. Es fácil entender por qué los científicos sociales socialistas adoptaron este término. Aun cuando el término *subcultura* no se empleó sino hasta fechas recientes, siempre se dio por sentado que bajo el capitalismo cada clase poseía su propia subcultura, la cual, a

su vez, obstaculizaba la estrategia y tácticas comunistas. En un sistema capitalista es posible movilizar al campesinado en busca de reformas, mas no del socialismo. Incluso bajo un régimen socialista, persisten en forma residual actitudes de los campesinos, propietarios, las cuales imponen limitaciones a la administración pública. La clase trabajadora tiende a perseguir objetivos económicos inmediatos, mas no metas socialistas, y la persistencia de semejantes actitudes residuales bajo el socialismo afecta la productividad y la administración pública. Es preciso mantener un sistema de incentivos inconsistente con los valores igualitarios del comunismo a fin de manejar dichas tendencias. Los profesionales y especialistas técnicos permanecen atraídos por los valores e intereses especiales de sus profesiones; estas tendencias culturales persisten bajo el socialismo y dan cuenta de las continuas luchas que se observan entre el partido y diferentes especialistas dentro de la burocracia y la sociedad en general.

La pertenencia a un grupo étnico, como base subcultural inextirpable se manifiesta, según la doctrina marxista-leninista, en tendencias secesionistas y autonomistas. En un sistema capitalista, el etnicismo puede movilizarse bajo la forma de movimientos de liberación encabezados por comunistas adoctrinados. Bajo el socialismo, el etnicismo perdura y justifica convenios gubernamentales en el nivel federal. Las identidades subculturales étnicas en sus expresiones lingüística, literaria y cultural, así como la gastronomía, la indumentaria, festividades y otras manifestaciones de este tipo, se consideran legítimas y reconciliables con el universalismo socialista. Las subculturas religiosas son vistas como formaciones básicamente reaccionarias que fomentan pautas de actitudes residuales. Las concesiones otorgadas a las comunidades religiosas bajo el socialismo, a diferencia del etnicismo, poseen un carácter coyuntural y sólo obedecen a tácticas políticas.

El cambio de cultura política es un tema muy poderoso en la teoría leninista. Se supone que ocurren ciertos cambios de actitud en la transición desde formas feudales de economía política hacia formas capitalistas, así como desde formas capitalistas tempranas hacia otras posteriores. Una vez que ocurrió una revolución comunista, determinados cambios de actitud deben acompañar el cambio que ocurre desde el periodo de la dictadura del proletariado hacia el del

socialismo, y se supone que una serie correspondiente de cambios estructurales y culturales se asocian con la evolución del socialismo hacia el comunismo.

La teoría marxista-leninista mantiene una postura muy definida con respecto a los agentes y procesos de la socialización política. Todos los agentes de socialización considerados en la bibliografía occidental figuran asimismo en la socialista. Se reconoce que la familia, la Iglesia, la escuela, el lugar de trabajo, el grupo de interés, el partido político, los medios masivos de comunicación, el gobierno local, así como la acción y el desempeño gubernamentales tienen cierto efecto en las actitudes y la cultura políticas. La principal distinción que se hace en la teoría leninista es entre los agentes de socialización que promueven pautas tradicionales de cultura política y aquellos que fomentan otros más racionales y apropiados. Las familias, entidades religiosas, comunidades étnicas, grupos profesionales y medios directos de comunicación ajenos al partido comunista y otras organizaciones afines tienden a promover tendencias culturales residuales, en tanto que las escuelas, el partido y las organizaciones asociadas, así como los medios masivos de comunicación, son los principales agentes de la socialización política apropiada.

LA CULTURA POLÍTICA EN LA REALIDAD COMUNISTA

Si pasamos de las formulaciones ideológicas a la realidad política vigente en Europa del Este, observamos un cuadro complejo y variado de actitudes y valores políticos. Pueden distinguirse tal vez tres versiones de cultura política en los países comunistas: (1) la cultura política oficial o ideológica, que combina actividades de exhortación y censura; (2) la cultura política operativa, o lo que el régimen está dispuesto a tolerar y cree que lo hace, y (3) la verdadera cultura política basada en las pruebas arrojadas por encuestas de opinión y otros tipos de investigación, o en inferencias sacadas de los medios masivos de comunicación o declaraciones oficiales. No hace falta ahondar en las diferencias existentes entre estas tres versiones de la cultura política. Todos los regímenes comunistas mantienen alguna versión de la cultura ideológica leninista, aun cuando en los países que hicieron sus propias revoluciones (por ejemplo Yugoslavia, Chi-

na y Cuba), la cultura política puede apartarse del modelo ideal, de la versión soviética y de la de los países dominados por la Unión Soviética. La cultura política operativa está compuesta por valores, actitudes y sentimientos que el régimen está dispuesto a tolerar al menos en el corto plazo, dada una universal desviación del modelo ideológico en todos los países comunistas. Este modelo operativo puede abarcar desde el caso extremo de Hungría, en donde el lema de Kadar, durante los años sesenta: "Quien no está en contra nuestra, está con nosotros", muestra el fracaso del régimen en sus esfuerzos por promover una transformación cultural absoluta, hasta la situación prevaleciente en la Unión Soviética, en donde las expectativas operativas son un buen trato más positivo y hasta cierto punto están confirmadas por la realidad.

La diferencia entre aquello que a veces se llama cultura política operativa y la cultura política real se define en cierto sentido por la discrepancia entre las campañas inmediatas del régimen y los esfuerzos que hace por modificar actitudes, comportamientos, creencias y el clima emotivo de la población. Desde esta perspectiva, podemos argumentar que el lema de Kadar es un reconocimiento implícito de que el partido comunista húngaro no pudo refutar la teoría de la cultura política o que la "primavera checa" es una prueba contundente de que muchos años de monopolio organizativo, represión y terror, aunados a poderosos incentivos, no habían logrado alterar en forma significativa las tendencias cívicas del pueblo checo. En la medida en que la propia cultura política operativa reconoce la resistencia que enfrentó y limita sus alcances a un modelo razonable de cultura marxista-leninista, podemos argüir que no ha sido realmente refutada la teoría de la cultura política. Y si además de esto, hay pruebas directas en el sentido de que las actitudes y creencias de la población no encajan en este modelo oficial de cultura política operativa, entonces tenemos una más sólida confirmación de la validez de la teoría sobre la cultura política.

La cultura política ideológica de cada país comunista propone a un hombre comunista ideal constructor de la nueva sociedad, al mismo tiempo que producto de sus instituciones y prácticas. La más completa definición de las cualidades de este hombre comunista ideal se encuentra en el Programa del Partido Comunista soviético aprobado en 1961 por el Vigésimo Segundo Congreso, en una sec-

ción titulada: "El código moral del constructor del comunismo". En todos los países comunistas hay una versión de este código moral (o algo muy semejante en lo que se refiere a los valores y cualidades destacados) en un lugar central de las más importantes formulaciones ideológicas, manuales de entrenamiento, libros de texto y similares. Las cualidades que se destacan incluyen la "dedicación a la causa comunista; amor hacia la patria socialista y otros países socialistas; esforzada y concienzuda labor por el bien de la sociedad; un elevado grado de conciencia del deber social; colectivismo, respeto y asistencia mutua propios de un verdadero camarada; integridad moral en la vida pública y privada; intolerancia hacia la injusticia, deshonestidad o arribismo; amistad y fraternidad para con los demás pueblos de la URSS y solidaridad con los trabajadores y pueblos de otros países; y firme oposición hacia los enemigos del comunismo, la paz y la libertad".⁴

Las pruebas no indican que alguno de los regímenes comunistas haya logrado inculcar estos valores en porciones significativas de su población. Incluso en la Unión Soviética, en donde el régimen mantuvo un sustancial control sobre su población durante dos generaciones enteras y en donde la revolución fue dirigida por una élite nativa, ha sido relativo el éxito obtenido en lo que se refiere a la transformación del ciudadano. Parece excesiva la declaración de Samuel Huntington en el sentido de que la Unión Soviética constituye un caso ejemplar de cambio planificado de la cultura política.⁵ Esto no significa que no haya logros positivos en la transformación de la cultura política. El régimen soviético goza de reconocida legitimidad; sus instituciones centralizadas, penetrantes y relativamente ilimitadas son aceptadas por la ciudadanía. Una noción difusa del socialismo posee una validez general, y el carácter obligatorio del activismo sociopolítico reflejado en la participación en campañas es firmemente respaldado por las mayorías. Sin embargo, estos limitados logros en el centro del mundo comunista apenas trascienden en el campo, entre la clase obrera relativamente ignorante o en las regiones no europeas de Rusia. Puede argüirse que sobre todo en la Rusia asiática, en donde perduran con mucha mayor fuerza las actitudes

⁴ Stephen White, en Brown y Gray, *Political Culture and Political Change*, pp. 35-36.

⁵ Véase White, *Political Culture and Soviet Politics*, pp. 114 ss.

religiosas tradicionales y un nacionalismo étnico, los soviéticos adoc-trinados tuvieron que tratar con diversas modalidades de tradicio-nalismo recalcitrante.⁶ Gran parte de la legitimidad del régimen so-viético, al decir de un autor, obedece al hecho de que la estructura del sistema soviético se asemeja mucho a la del anterior régimen zarista por lo que se refiere a la centralización, el extensivo control ejercido por el gobierno y su arbitrariedad. La aceptación del socia-lismo y del activismo sociopolítico obligatorio constituyen el princi-pal éxito de la socialización política comunista, sin embargo, estas

estudiosos de la opinión pública, así como los medios masivos de comunicación. Con la introducción, en los años sesenta, de la investigación acerca de la opinión pública en la Unión Soviética y Europa del Este, fue necesario enfrentar el problema de las diferencias de opinión y de actitudes porque dicho problema suscitó una polémica de moderadas proporciones entre "monistas" y "pluralistas". A. K. Uledov, un intérprete soviético de la opinión pública que sustenta un punto de vista monista, arguyó que las divergencias de opinión con respecto al modelo ideológico reflejan un rezago entre lo antiguo y lo moderno, es decir, entre fuerzas progresistas y retrógradas. Quienes proponen una perspectiva pluralista, reflejada en los escritos de Grushin y en mucho mayor medida en las obras de académicos polacos, checos y yugoslavos, arguyen que en el socialismo, la disidencia puede contribuir al avance social. Así, el intento pluralista de legitimación de tendencias opositoras y críticas, al atenuar tensiones entre las culturas ideológica, operativa y política real, tiende a reducir el modelo ideológico a un credo, porque adopta un modelo operativo y normativo más compatible con la realidad. Sin embargo, el tema de la legitimidad del pluralismo, expresado principalmente en países como Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia, es mucho menos trascendente en los regímenes comunistas más conservadores.⁹

Al probar la teoría de la cultura política en países comunistas, es provechoso clasificar éstos en tres categorías: (1) la propia Unión Soviética, en donde el "experimento" comunista comenzó y fue encabezada por una élite comunista nativa; (2) otros países como Yugoslavia, China, Cuba y Vietnam, en donde la revolución comunista fue importada y encabezada por élites nativas, y (3) países como Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania y Alemania del Este, en donde fueron impuestos regímenes comunistas desde fuera. Para los fines que nos ocupan en este capítulo, hemos de examinar rápidamente la experiencia de (1) la Unión Soviética, (2) Yugoslavia y Cuba, y (3) Polonia, Hungría y Checoslovaquia. Si ha de ser refutada la teoría de la cultura política, cabe esperar encontrar un cambio sustancial de la cultura política en la dirección deseada en las tres categorías y en mayor grado en el caso de la Unión Soviética, toda vez que su revolución nació ahí mismo y se mantuvo vigente por más de sesenta años; en una medida apreciable en Yugoslavia y Cuba, por-

⁹ Walter D. Connor y Zvi Gitelman, *Public Opinion in European Socialist Systems*, Nueva York, Praeger, 1977, cap. 1.

que las revoluciones ocurridas en esos países fueron encabezadas por élites nativas; y en menor medida en Polonia, Hungría y Checoslovaquia, puesto que sus regímenes comunistas, vigentes por sólo una generación, les fueron impuestos desde fuera y han sido mantenidos por la amenaza o la efectiva ocurrencia de una ocupación militar soviética.

LA CULTURA POLÍTICA EN YUGOSLAVIA Y CUBA

En el caso de Yugoslavia, puede ser inapropiado hablar de tres versiones de cultura política. Ahí, la ideológica leninista no es difundida en serio. La versión operativa es una serie algo vagamente formulada de normas y expectativas que, sobre la base de datos empíricos, no están demasiado alejadas de la realidad de las opiniones y actitudes. Estas normas comprenden la aceptación de la identidad étnica y de la autonomía política de los diferentes componentes étnicos, de la tenencia privada de la tierra entre el campesinado y de la libertad religiosa. Los dos elementos novedosos en la cultura política yugoslava son la participación y el activismo políticos, y la autoadministración de las empresas, lo cual, desde un punto de vista ideológico, debe representar el cumplimiento del ideal de participación y la esencia del socialismo democrático yugoslavo. Aquí se observa una diferencia entre la cultura política oficial y la real. La oficial preconiza la inexistencia de clases en los esquemas de participación; sin embargo, un gran volumen de pruebas provenientes de estudios sobre reclutamiento político y encuestas de opinión demuestra que la participación política entendida como el desempeño de funciones administrativas y otras formas de activismo, es privilegio de agrupaciones sociales y económicas superiores en la población y es controlada por miembros de la Liga Comunista. La autoadministración empresarial parece ser efectiva. Incluye a trabajadores de todos los niveles en asuntos relacionados con salarios, horarios y condiciones de trabajo, y asuntos sindicales similares, mas no en decisiones concernientes a la producción y otros aspectos administrativos.¹⁰ De

¹⁰ David Dyaker en Brown y Gray, *Political Culture and Political Change*, cap. 3; Jan Triska y Paul M. Cocks (comps.), *Political Development in Eastern Europe*, Nueva York, Prager, 1977, pp. 158 ss.

esta manera, la dirigencia política de Yugoslavia adoptó una serie de normas operativas de cultura política que incorporan tendencias étnicas, religiosas y económicas prerrevolucionarias, con las agencias de socialización que tienden a perpetuarlas. Los elementos novedosos de participación y socialismo descentralizado han sido aceptados en forma limitada, sobre todo entre los estratos educados, privilegiados y políticamente móviles de la población.

A diferencia de Yugoslavia, otro país que llevó a cabo su propia revolución —Cuba— ha estado sujeto a intensa campaña de adoctrinamiento encaminada a producir un nuevo "hombre socialista cubano". Esta cultura política ideológica difiere de la leninista por la falta de hincapié en el "partido" y por hacerlo en el heroísmo, la abnegación, el personalismo, y la propaganda de la hazaña. Parece inspirarse lo mismo en una tradición revolucionaria latinoamericana que en normas ideológicas específicamente leninistas. En dos décadas de comunismo cubano, estos ideales se difundieron junto con intensas campañas de movilización para fines de defensa, alfabetización, la zafra y actividades militares revolucionarias en el extranjero. Las pruebas provenientes de reportes y encuestas de un tipo u otro sugieren que estas campañas han tenido un modesto éxito en la promoción de la legitimidad del régimen y la aceptación de la norma del activismo para el logro de objetivos, así como en la aprobación del socialismo en el sentido general del término. En años recientes, hay pruebas de una creciente burocratización, menos hincapié en ideales utópicos y en la movilización de masas, y de una mayor insistencia en la eficiencia y la regimentación. Es factible que surja un esquema semejante al de la Unión Soviética, en el cual la cultura utópica del hombre socialista adquiere las proporciones de una escatología y la política cultural operativa destaca la conformidad con las políticas y programas del régimen. Pudiera ser que los verdaderos valores y actitudes populares tiendan cada vez más a tomar la forma de adaptaciones a restricciones e incentivos y a conceder legitimidad a las nuevas instituciones.¹¹

¹¹ Véase Richard R. Fagen, *The Transformation of Political Culture in Cuba*, Stanford, California, Stanford University Press, 1969; Jorge I. Domínguez, *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, Massachusetts, Belknap Press of Harvard University Press, 1978, cap. 12; Francis Lambert, "Cuba: Communist State In Personal Dictatorship", en Brown y Gray, *Political Culture and Political Change*, cap. 8.

Por lo tanto, podemos ver que nuestros tres casos de revoluciones comunistas domésticas —en la Unión Soviética, Yugoslavia y Cuba— no refutan la teoría de la cultura política. El objetivo revolucionario de crear a un “hombre socialista” ha sido prácticamente abandonado en la Unión Soviética y en Cuba, y nunca se persiguió de manera sistemática en Yugoslavia. La Unión Soviética se ha conformado con la legitimidad popular, una fe general en el socialismo y una disposición a participar en campañas iniciadas por el régimen. La élite política yugoslava ha propendido a ajustarse a poderosos compromisos étnicos, a los valores del campesinado propietario y a creencias religiosas, y logró infundir un sentimiento de legitimidad, la aceptación de un socialismo descentralizado, así como un deber de participación.

En el caso de Cuba, una versión personalizada del leninismo parece estar cediendo el paso a una relación más burocrática y apática entre élites y masas, con cambios culturales positivos reflejados en la legitimidad del régimen, la fe en el “socialismo”, y cierto reconocimiento del carácter obligatorio de la participación en campañas.

Los cambios ocurridos en estas relativamente favorables circunstancias son un tanto limitados y no poseen amplitud ni características suficientes para refutar la teoría de la cultura política y conferir validez a una versión estructural de la misma.

LOS CASOS DE POLONIA, HUNGRÍA Y CHECOSLOVAQUIA

Las experiencias comunistas de Polonia, Hungría y Checoslovaquia parecen respaldar aún mejor la teoría de la cultura política. Estos países han sido gobernados por partidos comunistas por más de 30 años; además, despliegues militares y la doctrina de Brezhnev imponen limitaciones a sus respectivas políticas. No obstante estas penetrantes presiones, amenazas y restricciones externas, actitudes nacionalistas, religiosas, económicas y políticas prerrevolucionarias han subsistido y motivado la renuncia a optimistas esperanzas de lograr modificaciones fundamentales. En caso de que se neutralizara la amenaza soviética, poca duda cabe de que se implantarían regímenes liberales iniciados incluso por los propios partidos comunistas (como sucedió en Checoslovaquia en 1967-1968). Los intentos

comunistas de resocialización tal vez fueron contraproducentes por haber creado poderosas tendencias liberales en países como Polonia y Hungría, en donde dichas orientaciones eran relativamente débiles en la era prerrevolucionaria.

En Polonia, después de 30 años de experiencia revolucionaria, surgió en 1981 algo parecido a un régimen pluralista legítimo que permitió al nuevo sindicato Solidaridad, a la Iglesia católica y a la milicia entablar relaciones de negociación con el Partido Comunista. Al momento de escribir este artículo, aún no es claro qué convenios habrán de resistir al régimen de ley marcial. Por el lado positivo, hay indicios de conformidad con cierta forma de socialismo de índole igualitaria en gran parte de la población polaca. Pero existen pruebas arrolladoras de que la clase trabajadora polaca continúa siendo apasionadamente polaca, católica y con preocupaciones economistas elementales.¹²

En Hungría, aún hay vigorosas actitudes del campesinado propietario reflejadas en encuestas que demuestran que el acondicionamiento de huertas privadas y mejorías domésticas constituyen las principales preocupaciones de la mayor parte de la población agrícola. Asimismo, las actitudes religiosas continúan muy arraigadas inclusive entre la juventud. El nacionalismo húngaro no parece dar muestras de estar perdiendo fuerza. Un autor describió la legitimidad del régimen comunista húngaro de la siguiente manera: "En Hungría, está actualmente reducida la distancia entre las élites y sus públicos potenciales, sin embargo, se tiene la impresión de que todo mundo teme los riesgos que implicaría cuestionar seriamente esta situación."¹³ Aun cuando la mayoría de los húngaros acepta un socialismo igualitario, la doctrina marxista-leninista no cuenta con mucha simpatía entre la población en general. En Hungría, la reacción contra el adoctrinamiento ideológico toma la forma de una total despolitización.¹⁴

De todos los casos de regímenes comunistas, el de Checoslovaquia

¹² Véase Connor y Gitelman, *Public Opinion*, cap. 2 y pp. 184 ss.; Brown y Gray, *Political Culture and Political Change*, cap. 4; Triska y Cocks, *Political Development*, cap. 5.

¹³ Gitelman, en Connor y Gitelman, *Public Opinion*, p. 161.

¹⁴ Véase también Brown y Gray, *Political Culture and Political Change*, p. 189; véase también Connor y Gitelman, *Public Opinion*, p. 178.

es el que más firmemente respalda la teoría de la cultura política. Como observara un autor en el periodo inmediatamente posterior a 1948: "Ni la nueva base económica, como tampoco las nuevas estructuras institucionales, consiguieron modificar las culturas políticas de checos y eslovacos en la dirección deseada por los detentores del poder institucional. Si acaso, lo que sucedió fue precisamente lo contrario. Cobraron aún más fuerza los antiguos valores y creencias [...] Si había sido creado un 'hombre nuevo' checoslovaco en 1968, éste era, irónicamente, uno más comprometido con valores social-demócratas y libertarios que el ciudadano checo de 1946. En las interacciones entre estructuras y culturas, parece ser que la cultura política checa dominante estuvo mucho más cerca de modificar al comunismo checoslovaco de lo que el comunismo checoslovaco lo estuvo de conseguir la aceptación de su cultura oficial."¹⁵

Lo que nos ha enseñado la investigación comparativa de los regímenes comunistas es que no es fácil transformar las culturas políticas. Un sofisticado movimiento político preparado para manipular, penetrar, organizar, adoctrinar y en caso necesario recurrir a la fuerza, y que tuvo oportunidad de hacerlo por una generación o más tiempo, resultó tan o más transformado que transformante. Pero es preciso que aclaremos en qué sentido estamos corroborando la teoría de la cultura política. No estamos arguyendo que la estructura política, la experiencia histórica y deliberados esfuerzos encaminados a cambiar las actitudes carecen de efecto en la cultura política. Semejante argumento sería de lo más descabellado. Importantes y eruditas aportaciones como las de Alex Inkeles, y David H. Smith y Herbert Hyman demuestran los poderosos efectos homogeneizantes de la educación, de la introducción de los medios de comunicación masiva y del empleo en el sector fabril en muy diferentes contextos culturales.¹⁶ Existe una amplia bibliografía sobre estudios experimentales acerca de algunas de las condiciones y posibilidades del cambio de actitudes. Todo esto parece indicar que el hombre es un animal complejo que puede ser manejable en algunos aspectos pero

¹⁵ Archie Brown y Gordon Whightman, "Czechoslovakia: Revival and Retreat", en Brown y Gray, *Political Culture and Political Change*, p. 189; véase también Connor y Gitelman, *Public Opinion*, p. 178.

¹⁶ Alex Inkeles y David H. Smith, *Becoming Modern: Individual Change in Six Developing Countries*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1974; y Herbert Hyman, *The Enduring Effects of Education*, Chicago, University of Chicago Press, 1975.

no en otros. Tanto los logros como fracasos de nuestros casos de comunismo sugieren la existencia de un esquema definido de manejabilidad-inmanejabilidad, que la libertad que alguna vez se tuvo difícilmente se olvida, y que encuentran eco en el espíritu humano la justicia y algún tipo de igualdad.

SEGUNDA PARTE

GENERACIONES Y MEMORIA PROFESIONAL



1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

VII. PLURALISMO, CORPORATIVISMO Y MEMORIA PROFESIONAL*

LA ACTUAL corriente de estudios sobre "grupos de interés", a la cual pertenece el presente libro, es la tercera de este tipo desde el advenimiento, a principios de este siglo, de las ciencias políticas como disciplina profesional.

I

La primera corriente formó parte de un movimiento antiformalista más general que, en sus inicios, hizo hincapié en el partido político, el "jefe" y la máquina. Surgió como reacción contra la teoría de la soberanía; su ideología era libertaria y pluralista y su metodología, de carácter realista y "procesal". Arthur F. Bentley, a menudo citado como padre de la teoría de los grupos de interés, tal vez debiera ser llamado "tío" y no antecesor directo de la misma,¹ supuesto que consideró al grupo como "partícula" fundamental de la política, que desempeñaba sus funciones al amparo institucional de agencias administrativas, tribunales, órganos legislativos y partidos políticos, así como de grupos organizados de interés. Ésta fue una rebelión sociológica contra el formalismo legal: la interacción grupal constituía la realidad de la vida política que se desenvolvía bajo los disfraces legales e institucionales de la sociedad y del Estado.

A decir verdad, la primera corriente de estudios sobre grupos de interés se inició a finales de los años veinte con la publicación del estudio de Odegard acerca del movimiento de prohibición, así como

* De Gabriel A. Almond, "Pluralism, Corporatism, and Professional Memory" (reseña de Suzanne Berger [comp.], *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Nueva York, Cambridge University Press, 1981), *World Politics*, vol. 35, núm. 2. Todos los derechos reservados © 1983 por Princeton University Press. Reproducción autorizada.

¹ Arthur F. Bentley, *The Process of Government*, Chicago, University of Chicago Press, 1900.

del libro de Herring sobre grupos de interés y el Congreso. En el transcurso de los siguientes dos decenios, surgieron más de una docena de importantes estudios monográficos sobre este tema, entre los cuales figuran los de Pollock, Childs, Rutherford, Schattschneider, Brooks, Zeller, McKean, Garceau, Leiserson, Latham y Blaisdell.² Estos trabajos, y en particular los de Herring, Odegard y Schattschneider, inspiraron a toda una generación de politólogos durante las décadas de los años treinta y los cuarenta. Por último, David Truman dio su formulación teórica a dicho movimiento.³

Éste fue un movimiento sumamente notorio y trascendente en las ciencias políticas,⁴ que incluyó numerosas y variadas tendencias tanto empíricas como teóricas. Se inspiró de la teoría sociológica y política europea —alemana, francesa y británica.⁵ Los investigadores

² James K. Pollock, "Regulation of Lobbying", *American Political Science Review*, xxi, mayo de 1927, pp. 335-341; Peter H. Odegard, *Pressure Politics: The Story of the Anti-Saloon League*, Nueva York, Columbia University Press, 1928; E. Pendleton Herring, *Group Representation Before Congress*, Washington, D. C., Brookings Institution, 1929; Herring, *Public Administration and the Public Interest*, Nueva York, McGraw-Hill, 1936; Herring, *The Politics of Democracy*, Nueva York, Norton, 1940; Harwood L. Childs, *Labor and Capital in National Politics*, Columbus, Ohio University Press, 1930; E. E. Schattschneider, *Politics, Pressures and the Tariff*, Nueva York, Prentice-Hall, 1935; M. Louise Rutherford, *The Influence of the American Bar Association on Public Opinion and Legislation*, Filadelfia, Foundation Press, 1937; Robert R. Brooks, *When Labor Organizes*, New Haven, Yale University Press, 1937; Belle Zeller, *Pressure Politics in New York*, Nueva York, Prentice-Hall, 1937; Dayton McKean, *Pressures on the Legislature of New Jersey*, Nueva York, Columbia University Press, 1938; Oliver Garceau, *The Political Life of the American Medical Association*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1941; Avery Leiserson, *Administrative Regulation: A Study in Representation of Interests*, Chicago, University of Chicago Press, 1942; Earl Latham, *The Group Basis of Politics*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1952; Donald C. Blaisdell, *Economic Power and Political Pressures*, Washington, D. C., Temporary National Economic Committee, Monografía 26, 1949.

³ David Truman, *The Governmental Process*, Nueva York, Knopf, 1951.

⁴ Entre las aportaciones hechas a esta bibliografía sobre grupos de interés figuran las de siete presidentes de la American Political Science Association (APSA) y de un presidente de la International Political Science Association (IPSA).

⁵ Véase, entre otros, Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, Nueva York, Knopf, 1945, toda la obra y en particular, vol. I, p. 191; vol. II, p. 106; la "Introducción" de F. W. Maitland a su traducción de Otto Gierke, *Political Theories of the Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 1900; G. D. H. Cole, *Guild Socialism; A Plan for Economic Democracy*, Londres, L. Parsons, 1920; Léon Duguit, *Traité de droit constitutionnel*, París, Bocard, 1925; vol. V; Harold Laski, *The Problems of*

que contribuyeron en esta bibliografía estudiaron en el extranjero o cursaron sus doctorados en universidades en donde al menos parte del profesorado se había formado en Europa.

La segunda corriente de estudios sobre grupos de interés mostró continuidad con la primera. Se inició bajo los auspicios del *Social Science Research Council* (Consejo de Investigación en Ciencias Sociales: CICS) del cual Pendleton Herring era a la sazón presidente, y David Truman director del *Committee on Political Behavior* (Comité sobre Comportamiento Político). En el transcurso de un año o dos, se inauguró un programa semejante patrocinado por la *International Political Science Association* (Asociación Internacional de Ciencias Políticas: AICP), presidida en ese entonces por James K. Pollock.

El objetivo de estas dos iniciativas fue el de extender el ámbito de la ciencia política empírica y promover un alejamiento del formalismo y del ideologismo en los estudios políticos sobre Europa y el Tercer Mundo. El programa de becas otorgado por el *Committee on Comparative Politics* (Comité sobre Política Comparativa) del CICS, para el estudio de grupos políticos, benefició a unos 25 especialistas estadounidenses en política europea, latinoamericana, del Oriente Medio y del Sureste Asiático. Como Suzanne Berger los menciona en su introducción para el libro que fundamenta el presente artículo, tal vez convenga ilustrar la variedad de publicaciones originadas o respaldadas por los programas de investigación del CICS y de la AICP. Entre las obras patrocinadas por el CICS figuran: *Moral Basis of a Backward Society* de Edward Banfield,⁶ *British Politics in the Collectivist Age*, de Samuel Beer;⁷ "Interest Groups and Bureaucracy in Western Democracies", de Henry Ehrmann;⁸ *Leaders, Factions and Parties: The Structure of Philippine Politics*, de Carl Lande;⁹ *Interest Groups in Italian Politics*, de Joseph LaPalombara;¹⁰ "An Authoritarian

Sovereignty, Londres, Oxford University Press, 1947; Émile Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, París, Presses Universitaires de France, 1950, pp. 100 ss.

⁶ Edward Banfield, *Moral Basis of a Backward Society*, Glencoe, Illinois, Free Press, 1958.

⁷ Samuel Beer, *British Politics in the Collectivist Age*, Nueva York, Knopf, 1965.

⁸ Henry Ehrmann, "Interest Groups and Bureaucracy in Western Democracies", Reinhard Bendix (comp.), *The State and Society*, Boston, Little, Brown, 1968.

⁹ Carl Lande, *Leaders, Factions and Parties: The Structure of Philippine Politics*, Yale Southeast Asia Monographs, núm. 6, New Haven, Yale University Press, 1969.

¹⁰ Joseph LaPalombara, *Interest Groups in Italian Politics*, Princeton, Princeton University Press, 1964.

Regime: Spain", de Juan Linz;¹¹ *Political Man*, de Seymour M. Lipset;¹² "Labor Organizations and Politics in Belgium and France," de Val Lorwin;¹³ "Interest and Clientele Groups in Thailand", de Fred Riggs,¹⁴ y *The Politics of Scarcity: Public Pressure and Political Response in India*, de Myron Weiner.¹⁵

Otras aportaciones a esta bibliografía fueron impulsadas por el programa de la AICP descrito en *Interest Groups on Four Continents*, de Henry Ehrmann,¹⁶ el cual incluyó ponencias de Lavau, Hirsch-Weber, Finer, Tsuji, Heckscher y Djordjevic sobre grupos de interés franceses, alemanes, ingleses, japoneses, suecos y yugoslavos. Entre otros trabajos publicados en este importante esfuerzo de investigación acerca de los grupos de interés europeos figuran estudios realizados por Ehrmann, LaPalombara, Meynaud, W. J. M. MacKenzie, Finer, Eckstein, Wootton y Kaiser —sobre sindicatos, asociaciones mercantiles, sociedades profesionales y grupos de interés en general en Francia, Inglaterra, Alemania e Italia.¹⁷ Estos estudios abarcan numerosos países y todos los continentes, menos África ni la Antártida. Los programas del CICS y la AICP se consideraban como

¹¹ Juan Linz, "An Authoritarian Regime: Spain", en Erik Allardt e Yrjö Littunen (comp.), *Cleavages, Ideologies, and Party Systems*, Helsinki, Westermarck Society, 1964.

¹² Seymour M. Lipset, *Political Man*, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1960.

¹³ Val Lorwin, "Labor Organizations and Politics in Belgium and France", en E. M. Kassalow (comp.), *National Labor Movements in the Post-War World*, Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 1963.

¹⁴ Fred Riggs, "Interest and Clientele Groups in Thailand", en Joseph L. Sutton (comp.), *Problems of Politics and Administration in Thailand*, Bloomington, Indiana, Institute of Training for the Public Service, 1962.

¹⁵ Myron Weiner, *The Politics of Scarcity: Public Pressure and Political Response in India*, Princeton, Princeton University Press, 1962.

¹⁶ Henry Ehrmann, *Interest Groups on Four Continents*, Pittsburgh, Pensilvania, University of Pittsburgh Press, 1958.

¹⁷ Henry Ehrmann, *Organized Business in France*, Princeton, Princeton University Press, 1957; Joseph LaPalombara, *The Italian Labor Movement*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1957; Jean Meynaud, *Les groupes de pression en France*, París, Librairie Armand Colin, 1958; W. J. M. MacKenzie, "Pressure Groups: The Conceptual Framework", *Political Studies*, III, 3, 1955, pp. 257 ss.; Samuel Finer, *Anonymous Empire: A study of the Lobby in Great Britain*, Londres, Pall Mall Press, 1958; Harry Eckstein, *Pressure Group Politics: The Case of the British Medical Association*, Stanford, California, Stanford University Press, 1960; Graham Wootton, *The Politics of Influence: British Ex-Servicemen, Cabinet Decisions and Cultural Change, 1917-1957*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1963; Joseph H. Kaiser, *Die Representation organisierter Interessen*, Berlín, Duncker and Humblot, 1956.

instrumentos para enriquecer la base de datos de la política y generar hipótesis acerca de las condiciones y consecuencias de diferentes formas de interacción gobierno-sociedad en las que los grupos de interés desempeñaban papeles importantes.

La tercera corriente de estudios acerca de los grupos de interés comenzó a principios de los años setenta en respuesta a las dificultades que encontraron las políticas económicas keynesianas y pluralistas al enfrentar los problemas económicos y políticos de esa década. La inflación, el retraso de la economía y un creciente desempleo en las sociedades industriales avanzadas —junto con la decreciente capacidad del aparato pluralista de los partidos políticos y grupos de interés para formar coaliciones estables y generar políticas efectivas— dio origen a un clima de crisis en la ciencia y sociología políticas, el cual favoreció la proliferación de diagnósticos y propuestas neoconservadores y neocorporativistas.

La bibliografía neocorporativista se concentró en la interacción de los principales grupos de interés socioeconómicos con los componentes apropiados del gobierno (en particular la burocracia) en un proceso de negociación en torno a los problemas centrales de salarios, precios, gobierno social e inversión. Philippe Schmitter indica que en 1974 aparecieron en forma casi simultánea tres ensayos sobre temas corporativistas, cuyos autores fueron el sociólogo alemán Gerhard Lehmbruch, los sociólogos ingleses Ray Pahl y Jack Winkler, y el propio Schmitter, politólogo de la Universidad de Chicago.¹⁸ Pocos años después, Schmitter y Lehmbruch editaron un volumen sobre este tema, el cual conjugó trabajos de más de media docena de científicos sociales estadounidenses, europeos y japoneses.¹⁹

Este programa general de investigación aún se encuentra en sus primeras etapas, y a la fecha aún no resuelve sus problemas conceptuales, ni ha avanzado en el logro de sus objetivos. Schmitter define al corporativismo institucional o estructural como "un sistema de representación de intereses cuyos elementos constitutivos son organi-

¹⁸ Gerhard Lehmbruch, "Consociational Democracy, Class Conflict, and the New Corporatism", *IPSA Round Table*, septiembre de 1974; Ray Pahl y Jack Winkler, "The Coming Corporatism", *New Society*, xxx, 10 de octubre de 1974, pp. 72 ss.; Philippe Schmitter, "Still the Century of Corporatism", *Review of Politics*, xxxvi, enero de 1974, pp. 85 ss.

¹⁹ Philippe Schmitter y Gerhard Lehmbruch, *Trends Toward Corporatist Intermediation*, Beverly Hills, California, Sage, 1979.

zados en un número limitado de categorías singulares, obligatorias, no competitivas, jerárquicas y funcionalmente diferenciadas, reconocidas o sancionadas (cuando no creadas) por el Estado, y que gozan de un monopolio representacional deliberado dentro de sus secciones respectivas, a cambio de aceptar ciertos controles en la selección de sus dirigentes y en la articulación de demandas y apoyos".²⁰ En otro contexto, Harold Wilensky presenta una definición que separa las propiedades estructurales de las de resultados o de gobierno: "Por corporativismo democrático, entiendo la capacidad de grandes grupos de interés económico fuertemente organizados, que interactúan bajo los auspicios del gobierno en un contexto casi público para concertar convenios de alto nivel con respecto a gobierno social, políticas fiscales, monetarias y de ingreso —es decir, los principales problemas interconexos de la economía política moderna".²¹

La crisis contemporánea de la economía política en las sociedades industriales avanzadas, es el reto al cual intentan dar respuesta estos estudios sobre grupos de interés en el marco del corporativismo. Es un programa de investigación de gran trascendencia que promete enriquecer la teoría política y mejorar la administración pública. Aún se encuentra en una etapa de tanteo conceptual y formulación de hipótesis. Schmitter nos presenta un esquema triple de clasificación compuesto por el corporativismo, el pluralismo y el sindicalismo. El corporativismo es un sistema de asociaciones amplias, obligatorias y monopólicas autorizadas por el Estado; el pluralismo es un sistema de asociaciones espontáneas, extralegales y competitivas que interactúan de manera informal y no reglamentada entre sí y el Estado; mientras que en el sindicalismo, las asociaciones interactúan unas con las otras sin referencia ni interferencia con el Estado. Lehmbruch ofrece un esquema histórico-sociológico de clasificación que incluye el corporativismo liberal (como el que opera en los países industriales democráticos), el estatal (por ejemplo, el fascista, autoritario y clérico-autoritario) y el tradicional (como los sistemas de gremios en las ciudades medievales).²² En su aportación al volu-

²⁰ *Ibid.*, p. 13.

²¹ Harold Wilensky, "Leftism, Catholicism, and Democratic Corporatism: The Role of Political Parties in Recent Welfare State Development", en Peter Flora y Arnold Heidenheimer (comp.), *The Development of Welfare States in Europe and America*, New Brunswick, New Jersey, Transaction Books, 1981, pp. 345 ss.

²² Schmitter y Lehmbruch, n. 19, pp. 15 ss.

men citado, Schmitter parece adoptar el esquema de clasificación de Lehmbruch (cap. 10, "Mediación de intereses y gobernabilidad de los regímenes actuales en Europa occidental y América del Norte"). Charles Maier, inspirado en la obra del finado Stein Rokkan, habla de pluralismo corporativo (cap. 1, "Nexos ficticios de la riqueza y del derecho: Sobre la teoría y la práctica en la representación de intereses"). Robert Kvavik, quien también se inspira en parte de la obra de Rokkan, propone un esquema de clasificación compuesto por el pluralismo competitivo, corporativo y estatal —un esquema de análisis que sugiere que todas las sociedades y sistemas políticos diferenciados son en cierta forma y medida pluralistas, y varían en cuanto al grado de integración y centralización del control ejercido.²³ El esquema de Kvavik nos ahorra el embrollo teórico de un pluralismo autoritario de tipo polaco, yugoslavo o español que surge en sociedades en las que, según el esquema de Schmitter, no deberían manifestarse esta clase de fenómenos.

Sin embargo, un importante problema que enfrenta la agenda de investigación sobre el corporativismo es el grado de eficiencia con que distingue los diferentes componentes de la crisis en la economía política contemporánea. ¿Cómo manejan las soluciones corporativistas —trátese de cambios estructurales, de política o ambas cosas— las interacciones entre salarios, precios, empleo, ahorros e inversión? La clasificación de tipos de corporativismo-pluralismo debiera permitirnos asociar estos esquemas institucionales y/o de negociación con los elementos de la administración pública y del comportamiento político. Estamos al inicio de investigaciones en este sentido. El artículo de Schmitter en dicha obra, examina la relación entre los convenios corporativistas y la gobernabilidad de los regímenes en Europa occidental y América del Norte; Wilensky por su parte, trata sobre la relación entre el corporativismo y el "retroceso en el bienestar".²⁴ En un ensayo inédito, Peter Lange explora las relaciones entre las condiciones económicas, la militancia sindical y la propensión por parte de los sindicatos a adoptar soluciones negociadas de tipo corporativista.²⁵

²³ Robert Kvavik, *Interest Groups in Norwegian Politics*, Oslo, Universitetsforlaget, 1976, pp. 20 ss.

²⁴ Wilensky, n. 21.

²⁵ Peter Lange, "The Conjunctural Conditions for Consensual Wage Regulations:

Esta tercera corriente de estudios sobre grupos de interés acusa continuidad con la segunda que, en las obras de Beer, Rokkan, La-Palombara, Ehrmann, Linz y otros, incluyó discusiones acerca del pluralismo corporativo europeo. Estos analistas no dejaron de advertir el importante papel que desempeñan los convenios y proyectos corporativistas en el desarrollo político y económico de Inglaterra, Escandinavia, Italia, Francia y España.²⁶ El interés contemporáneo hacia el corporativismo se distingue por que se concentra en una creciente polémica en torno a las causas y remedios de las crisis económicas y políticas en las sociedades industriales avanzadas. En la Europa de los años cincuenta, las crisis se debían a problemas de estabilización democrática y recuperación económica a consecuencia de los estragos de la segunda Guerra Mundial, la desmoralización cultural y política provocada por el gobierno, la ocupación nazi, y la división de Europa durante la Guerra Fría. En ese contexto, los partidos políticos y los grupos de interés representaban la arena del futuro ideológico europeo. Por tanto, no fue coincidencia —como tampoco lo es ahora— el que la investigación se centrara en este aspecto particular del proceso político asociado con la crisis histórica. Durante los años cincuenta, el surgimiento de sindicatos pragmáticos y negociadores en el marco de una economía en crecimiento fue esencial para el proceso de democratización. Durante las décadas de los años setenta y ochenta, los flagelos de la inflación, demoras en el crecimiento, desempleo y la declinante legitimidad de los gobiernos democráticos obligan a modificar las relaciones entre los grupos de interés, y las que éstos mantienen con partidos políticos y burocracia, a fin de contener dichas amenazas. Debido a esta situación, las preguntas que nos hacemos acerca de los grupos de interés varían según las coyunturas históricas. Sin embargo, la teoría de los grupos de interés debiera ser lo bastante versátil para mantener su vigencia en diferentes contextos históricos. No hace falta una nueva teoría cada vez que se complican las cosas. Antes de declararlas obsoletas,

An Initial Examination of Some Hypotheses". Ponencia presentada en una reunión de la American Political Science Association, Nueva York, septiembre de 1981.

²⁶ Véase, por ejemplo, Beer, n. 7, caps. 1 y 2, p. 330; Stein Rokkan, "Numerical Democracy and Corporate Pluralism", en Robert A. Dahl (comp.), *Political Oppositions in Western Democracies*, New Haven, Yale University Press, 1966, cap. 4; La-Palombara, n. 10, pp. 227-231, 383-384; Ehrman, n. 17, Primera parte; Linz, n. 11, p. 270.

necesitamos conocer y entenderlas mejor. Cuando Schmitter señaló que aún no concluía el llamado siglo del corporativismo, nuestro conocimiento ya era suficiente para intuir la presencia de cierto grado de pluralismo en las sociedades diferenciadas modernas, fueran éstas autoritarias o democráticas. El corporativismo es, por tanto, una variedad de pluralismo —que se sitúa en un punto intermedio entre un tipo más disperso y competitivo, y otro estrechamente controlado por el Estado.

II

Al resumir las características del programa de investigación auspiciado por el Committee on Comparative Politics, y de la bibliografía "pluralista" respaldada por este programa o de otra forma producida durante las décadas de los cincuenta y sesenta, Suzanne Berger admite que esta reseña simplifica "y tal vez también exagera los elementos de unidad y coherencia teórica de este cuerpo de investigación" (p. 4). Ella cita sólo dos objetivos del programa y deja sin mencionar la bibliografía teórica y monográfica general; en consecuencia, no es claro si generaliza acerca de la bibliografía auspiciada por el *crcs* sobre política comparativa de finales de los años cincuenta y de la década de los sesenta, del programa de la International Political Science Association de finales de los años cincuenta o de las publicaciones en general de las décadas de los cincuenta y sesenta que trataron sobre grupos de interés y temas pluralistas —los dos primeros esfuerzos de investigación sólo fueron partes.

Desde el punto de vista de las normas reconocidas por los especialistas, Berger y sus colaboradores debieron, claro está, haber investigado la bibliografía anterior. Desconcierta el hecho de que muchos de los autores de los capítulos dedicados a países en particular no citen estudios monográficos previos —ya sean europeos o estadounidenses— que traten sobre grupos de interés en dichas naciones, y que Berger no parezca haber leído varios formularios importantes de la teoría de los grupos de interés,²⁷ por no hablar de las más amplias formulaciones de Pendleton Herring, V. O. Key, Jr. y David Truman.

²⁷ Véase, entre otros, David B. Truman, "Political Group Analysis", en David Sills, *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan, 1968, xii, pp. 241 ss.; Henry Kariel, "Pluralism", *ibid.*, pp. 164 ss.; Henry Ehrmann, "Interest

El carácter poco sistemático de la investigación que fundamenta la bibliografía anterior y la distorsión resultante de su contenido constituyen graves fallas en una aportación en otros sentidos trascendente. Si esta amnesia profesional fuese característica exclusiva del trabajo de Berger, ameritaría una crítica más severa. Sin embargo, este embotamiento de la memoria profesional se ha hecho común en la ciencia política y contribuye a explicar el carácter fragmentario y veleidoso de la misma. El movimiento conductual sepultó el recuerdo de los institucionalistas sólo para impulsar una contrarrevolución "estadista" en estos últimos dos años. El movimiento de "dependencia" en la política comparativa desprestigió y nulificó las teorías pluralista y de modernización, y ahora necesita enfrentar sus propias exageraciones y distorsiones. *Organizing Interests in Western Europe* pierde una oportunidad de enriquecer su contenido con una profusa bibliografía, privándose, al hacerlo, de valiosas perspectivas comparativas y nociones teóricas.

En su reseña, Berger argumenta que en la bibliografía pluralista "no hay teoría general —como en el caso del marxismo— de jerarquías o de relaciones de dominación y subordinación existentes en el infinito caudal de intereses generados por la sociedad industrial" (p. 5). Atribuye a esta bibliografía la noción de que factores de división interna, filiación sobrepuesta y movilidad social "crean fluidez en las relaciones entre diversos intereses y [...] socavan las bases de una situación de dominación permanente" (p. 5). Tal interpretación de la postura de los estudios pluralistas sobre grupos de interés con respecto a la desigualdad económica difícilmente hace justicia a los trabajos de Pendleton Herring, David Truman, Robert Dahl, Henry Ehrmann y Joseph LaPalombara.²⁸ De hecho, uno de los más poderosos hallazgos en ciencias políticas publicado después de la segunda Guerra Mundial —en las áreas de estudios sobre grupos de interés e investigación mediante encuestas— ha sido que las élites políticas,

Groups", *ibid.*, vii, pp. 486 ss.; J. David Greenstone, "Group Theories", en Fred Greenstein y Nelson Polsby, *Handbook of Political Science*, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, 1975, II, pp. 243-318; y Robert H. Salisbury, "Interest Groups", *ibid.*, iv, pp. 171-228.

²⁸ Herring, n. 1, 1940, cap. 29; Truman, n. 3, cap. 16, sobre todo pp. 522 ss.; Dahl, n. 26, pp. 367 ss., y *Polyarchy: Participation and Opposition*, New Haven, Yale University Press, 1971, cap. 6; LaPalombara, n. 17, cap. 1; La Palombara, n. 10, pp. 42 ss. y 394 ss.; Ehrmann, n. 17, cap. 9.

dirigentes y miembros de organizaciones, activistas y actores políticos provienen de estratos socioeconómicos acomodados, sea cual fuere el país o el sistema ideológico. Esta propuesta general con respecto a la universalidad de la relación entre la desigualdad socioeconómica y la desigualdad política no contradice la noción pluralista de que la organización en grupos de interés puede acrecentar el poder político de grupos menos favorecidos y contribuir a mejorar sus ingresos y oportunidades.²⁹

Berger afirma que la bibliografía pluralista atribuye demasiada importancia a determinantes socioeconómicos de interés, en contraste con la experiencia histórica, la política gubernamental y factores internos de organización. Ello obedece, en su opinión, a la noción de que "los grupos de interés son productos espontáneos de la vida en sociedad. Las fronteras que los separan corresponden a lo que pudiera considerarse divisiones 'naturales' de la sociedad, es decir, las generadas por diferentes roles en la economía y *status* de la misma" (p. 5). Es difícil sostener que una bibliografía que se inspira tanto en Tocqueville, que incluye estudios monográficos de grupos cívicos, de grupos problema y de grupos eclesiásticos; y hace, además, la crónica de la formación de gremios, sindicatos y sociedades profesionales en reacción a políticas gubernamentales, o de la formación y escisión de sindicatos a consecuencia de revoluciones, exagere el papel de la modernización económica y de la industrialización en la formación de grupos de interés y desatienda variables culturales y gubernamentales.³⁰

Berger califica esta bibliografía de ahistórica y casi mecánica en su enfoque de la formación de grupos de interés. Considera que los

²⁹ Véase, entre otros, Norman H. Nie, G. Bingham Powell y Kenneth Prewitt, "Social Structure and Political Participation", *American Political Science Review*, 63, junio y diciembre de 1969, pp. 361-378, 808-832; Sidney Verba y Norman H. Nie, *Participation in America: Political Democracy and Social Equality*, Nueva York, Harper and Row, 1972; Sidney Verba, Norman H. Nie y Jae-on Kim, *Participation and Political Equality*, Nueva York, Cambridge University Press, 1978, cap. 14; Kay L. Schlozman y Sidney Verba, *Injury to Insult: Unemployment, Class, and Political Response*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1979.

³⁰ Véase, por ejemplo, Truman, n. 3, pp. 56 ss., sobre grupos de interés y gobierno; sobre tipos de grupos de interés, pp. 63 ss.; y sobre los orígenes de los grupos de interés y del gobierno, pp. 74 ss. Véase también LaPalombara, n. 17, acerca del efecto de la guerra y de la revolución sobre el movimiento sindical; Ehrmann, n. 17, acerca del impacto de la guerra y del fascismo sobre la organización empresarial francesa.

estudios anteriores no aprecian "las diversas vías de modernización adoptadas por las naciones occidentales ni tampoco las peculiaridades de las tradiciones y valores nacionales" (p. 6). Cabe señalar que esta descripción no hace justicia a la riqueza histórica de contribuciones como las de Beer, Ehrmann o Lorwin, ni considera, en mi propio trabajo, las hipótesis históricas explícitas concernientes a las diferentes características de los grupos de interés en Inglaterra, Francia y Alemania.³¹

Berger sostiene que la única explicación que ofrece la bibliografía pluralista para las diferencias que existen en la estructura y funcionamiento de los grupos de interés, es el cariz tomado por la relación entre éstos y los partidos políticos: "Las condiciones prevalecientes en algunos países ayudaron a que los intereses surgieran y se organizaran libremente, y en otras naciones hicieron posible subordinar la formación de grupos de interés a políticas ideológicas, deformando así la expresión de necesidades pragmáticas, es decir, de los 'verdaderos' intereses de la sociedad" (p. 6). Sólo pudo obtener semejante conclusión, considerando que el informe que presenté en 1957 en una conferencia del CICS representaba el contenido teórico de tal bibliografía. Poca duda cabe de que un repaso de los numerosos datos que este informe contiene, hubiera revelado la considerable riqueza y variedad de hipótesis explicativas concernientes a los esquemas de grupos de interés encontrados en países europeos, latinoamericanos y asiáticos cubiertos por aquel programa de investigación.

"La bibliografía previa", arguye Berger, "plantea que los grupos de interés en las sociedades industriales avanzadas formulan demandas sociales y las canalizan en el proceso político" (p. 18). En un contexto más general, deja entender que dicha bibliografía era dominada por un modelo que postula una división estable de funciones entre estructuras, en tanto que los autores que participaron en su libro emplean un modelo en el cual el funcionamiento del Estado, de los partidos políticos y de los grupos de interés varía en función de cambios ocurridos en la sociedad y la economía. A decir verdad, la bibliografía pluralista y funcional evitó esta atribución de funciones específicas a estructuras

³¹ Para el mencionado hincapié sobre la experiencia histórica en la formación de grupos de interés, véase en particular los primeros capítulos de Beer, n. 7, Ehrmann, n. 17, y LaPalombara, n. 10. Véase también Gabriel A. Almond y G. Bingham Powell, *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Boston, Little, Brown, 1966, pp. 314 ss.

especiales; más bien, presentó la noción de multifuncionalidad como una propiedad de las estructuras políticas. Por tanto, la clasificación abarcó grupos de interés institucionales (entidades burocráticas), grupos no asociacionales (grupos faccionarios y clientistas informales) y grupos anómicos (multitudes, motines, etc.). El carácter intercambiable de la división política del trabajo fue precisamente lo que definió la variedad de procesos políticos.

Berger también afirma: "los estudios sobre grupos de interés realizados en varios países patrocinados por el Comité, prestaron relativamente poca atención a las relaciones entre dirigentes y seguidores, o a conflictos intragrupales concernientes a objetivos [...] El asunto de la representación se redefinió como un problema de investigación por encuesta [...] Así, unas habían de indicar a quién representaban los grupos de interés y si los intereses defendidos por los miembros organizados de esta clase de grupos eran los mismos que los no organizados" (p. 8). Joseph LaPalombara dedicó buena parte de su obra a los grupos de interés en Italia, a la organización interna y su importancia en la política y la sociedad italianas.³² Asimismo, el estudio de Beer acerca de los grupos políticos ingleses trató sobre la organización interna y la representación de intereses en formas muy juiciosas con sólido apoyo empírico.³³ El libro de Myron Weiner trató el problema de la representación y organización de intereses en la India, en términos acaso demasiado complacientes y optimistas.³⁴ Si Berger hubiese consultado la bibliografía antecedente, encontraría en ella información abundante sobre organización interna. Harwood Childs, por ejemplo, puso por título: "El carácter representativo de la agencia grupal" a la segunda parte de su libro *Labor and Capital*.³⁵ Oliver Garceau prestó gran atención a la política interna de la *American Medical Association* (Asociación Médica Norteamericana).³⁶ En el estudio de David Truman, una parte entera titulada "Organizaciones grupales y problemas de liderazgo" trató estos problemas, así como la representatividad.³⁷

³² LaPalombara, n. 10, pp. 161 ss.

³³ Beer, n. 7, toda la obra, y en particular el cap. 4.

³⁴ Weiner, n. 15, cap. 2.

³⁵ Childs, n. 2, cap. 4.

³⁶ Garceau, n. 2.

³⁷ Truman, n. 3, caps. 5, 6 y 7.

La mención hecha por Berger de que en la conferencia del cics en 1957, se propuso recurrir a la investigación por encuestas para examinar la representatividad de las demandas de grupos de interés organizados, parece dar por sentada la improcedencia de este procedimiento. Sin embargo, uno se siente tentado a preguntar por qué. El incisivo estudio realizado por Banfield acerca de las actitudes hacia la afiliación a grupos en el sur de Italia se basó en las *Thematic Apperception Tests* (Pruebas de Apercepción Temática) aplicadas en el sur y norte de Italia (lo mismo que en el estado de Utah en los Estados Unidos de Norteamérica). El estudio *The Civic Culture* que se encontraba en una etapa inicial de planificación, pronto presentó una comparación entre la afiliación a organizaciones y las actitudes hacia éstas en varios países europeos; sus resultados tuvieron un considerable efecto sobre la teoría de los grupos de interés.

Si bien esta bibliografía fue criticada por fallas que no poseía, se le acreditó un logro al que tan sólo aspiraba. Al iniciar el programa, el Comité abrigó la esperanza de que éste promoviera diversas aportaciones empíricas y teóricas. Ninguna producción teórica en particular parece responder a tales aspiraciones, y tampoco prosperó el enfoque sobre los grupos de interés en la política comparativa. Dos disertaciones doctorales, auspiciadas por dicho movimiento, sirvieron de puente entre la segunda y tercera corrientes de estudios sobre grupos de interés; se trata del estudio realizado por Philippe Schmitter sobre grupos brasileños³⁸ y el de Robert Kvavik acerca de Noruega.³⁹ Si la segunda corriente no llegó a articular la teoría de los grupos de interés, la tercera aún tiene oportunidad de hacerlo.

III

Las diferencias entre la bibliografía relativa a los grupos de interés, publicada durante los años cincuenta y sesenta, y el conjunto de ensayos presentados en *Organizing Interests in Western Europe*, no se deben únicamente a disparidades en la situación histórica y los consiguientes problemas en la economía política. También son pro-

³⁸ Schmitter, *Interest Conflict and Political Change in Brazil*, Stanford, California, Stanford University Press, 1971.

³⁹ Kvavik, n. 23.

ducto de una nueva mezcla disciplinaria y cultural. Las publicaciones de los cincuenta y sesenta fueron dominadas por los politólogos estadounidenses. Aun cuando el pluralismo como teoría política fue de inspiración europea, la investigación empírica sobre grupos de interés respondió a una iniciativa estrictamente estadounidense hasta después de la segunda Guerra Mundial. En esos años, era común entre los analistas europeos aseverar que los grupos de presión eran fenómenos propios de los Estados Unidos de Norteamérica.⁴⁰ Los marxistas o socialistas europeos tendían a reducir la actividad de grupos de presión y de asociaciones a "realidades de clase", en tanto que los politólogos europeos conservadores consideraban a los grupos de interés como fenómenos adversos a la legitimidad y a la autoridad; por tanto, debían estudiarse como meras patologías.

Los estudios relativos a los grupos de interés europeos realizados por politólogos estadounidenses (y algunos europeos) durante los años cincuenta y sesenta, formaron parte de un proceso general de "americanización de Europa" —sobre todo en el área de las ciencias sociales— posterior a la segunda Guerra Mundial. La presente obra, según el ensayo de Gerald Feldman, refleja en cierta medida "la europeización de América" (p. 161). Ya no es posible señalar a los Estados Unidos de Norteamérica como modelo de un pluralismo competitivo efectivo que los europeos debieran adoptar a fin de acrisolar sus acciones políticas y "modernizarse". Los Estados Unidos de Norteamérica han comenzado a experimentar aquellas crisis de autoridad, confianza y estabilidad que se creyó eran exclusivamente europeas.

Desde este punto de vista, el hecho de que casi la mitad de los analistas que contribuyeron al libro de Suzanne Berger sean políticos europeos confiere un equilibrio necesario a la perspectiva cultural-histórica de los estudios sobre grupos de interés. Sin embargo, también cabe señalar que este equipo de colaboradores está compuesto en su mayoría por historiadores, historiadores económicos y sociólogos, a diferencia del gran número de politólogos que produjeron la bibliografía de las décadas de los cincuenta y sesenta. Por tanto, no es sorprendente que la investigación bibliográfica emprendida por quienes contribuyeron en ese volumen (con una o dos ex-

⁴⁰ Véase E. Pendleton Herring, "The British Have Lobbies Too", *Virginia Quarterly Review*, vi, julio de 1930, pp. 342 ss.

cepciones) no incluyera ni aprovechara el voluminoso y variado acervo de trabajos sobre grupos de interés producidos desde finales de la década de los veinte hasta la segunda mitad de los sesenta.

En general, puede afirmarse que los doce ensayos publicados en *Organizing Interests* son de buena calidad y muestran sólidas bases históricas; y si como lo sugiere Suzanne Berger, algunos de ellos son producto de una tradición histórica marxista, es difícil encontrar en el libro siquiera un planteamiento que no corresponda a un enfoque ecléctico de la teoría de los grupos de interés.

Los ensayos teóricos más interesantes probablemente sean los de Charles Maier, Jurgen Kocka, Claus Offe, Charles Sabel, Alessandro Pizzorno, Gerald Feldman y Philippe Schmitter. En un capítulo elegante y con sólidos fundamentos fácticos y bibliográficos, Charles Maier coloca al estudio de los grupos de interés en la perspectiva histórica de un estrato "estatista" anterior en el que tenían representación directa aquellos sectores de la sociedad con "derecho a tener intereses"; pasa a un segundo estadio de individualismo oligárquico (el "paréntesis liberal" que se observó en Inglaterra en la mitad del siglo XIX) y procede hacia una tercera etapa: la era del colectivismo y del asociacionismo. Su gran erudición le permite comparar y contrastar las experiencias históricas y propensiones corporativistas de Inglaterra, Francia, Alemania, Escandinavia y los Países Bajos. Este ensayo merece que se le considere como la mejor introducción existente al tema de los grupos de interés.

El análisis que hace Jurgen Kocka de los "trabajadores de cuello blanco" en Alemania es de particular importancia; muestra las formas en que la temprana burocratización, por una parte, y la radicalización de la clase trabajadora, por la otra, condicionaron los valores y propensiones organizacionales de los empleados asalariados. Éste es un caso en que la organización de intereses influyó en la estructura de clases y la cultura, y no a la inversa. El estudio de Claus Offe acerca de las corrientes corporativistas en Alemania es especialmente valioso, aun cuando su definición del corporativismo como poseedor de un fuerte componente estatista limita —al igual que la anterior definición dada por Schmitter— la utilidad de este concepto en el análisis de las relaciones entre diversos tipos de organizaciones y políticas corporativas. Su trabajo analítico sobre los grados y tipos de corporativismo, es una contribución importante al trabajo teórico

en este campo. Igualmente dignos de atención son sus comentarios concernientes a las inevitables desigualdades entre los grupos de interés y la menor sensibilidad de las élites de dichos grupos hacia las necesidades del resto de sus miembros, conforme aquéllas son cooptadas por el gobierno.

En su análisis comparativo de la política interna de los sindicatos en Alemania e Italia, Charles Sabel combina con gran destreza el enfoque de la elección racional con valiosos estudios de caso. Su tesis de que los convenios corporativistas son intrínsecamente inestables —supuesto que las élites de los grupos de interés quedan atrapadas entre las demandas de sus bases y las presiones de los burócratas y sus contrapartes en los procesos de negociación— es una importante propuesta que habrá de probarse mediante investigaciones empíricas.

El ensayo de Alessandro Pizzorno, acerca de los grupos de interés y los partidos políticos en los sistemas pluralistas, contiene una excelente reseña histórica del surgimiento de estas ideas durante el siglo XIX, patentizado en las obras de Tocqueville, Gierke, Maitland, Durkheim, Harold Laski, G. D. H. Cole y la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII. Pizzorno presenta un mejor tratamiento de los orígenes histórico-sociológicos que del funcionamiento del sistema pluralista a través de la historia.

Gerald Feldman, en su estudio sobre grupos de interés en Alemania durante la primera Guerra Mundial y la inflación de los años veinte, muestra cómo las instituciones corporativistas pueden abrumarse cuando intentan apoyar burocracias e instituciones parlamentarias ineficientes; la “descarga” de estas últimas sobre grupos de interés puede ocasionar el colapso del aparato corporativista. Feldman plantea que el problema radica en descubrir un equilibrio óptimo de la relación triangular que se establece entre trabajo, negocios y gobierno.

Aparte del capítulo de Schmitter, del que hablaremos más adelante, los demás ensayos son estudios de caso valiosos que contribuyen a la amplia bibliografía sobre grupos de interés. Tendrán que esperar una teoría de clasificación de grupos de interés para mostrar sus implicaciones. Suzanne Berger demuestra, en un estudio fuera de serie sobre la clase media tradicional en Francia, cómo un estrato social obsoleto y voluble puede demorar indefinidamente su propio ocaso mediante acciones políticas poco convencionales. Hernes y

Selvik señalan que los sistemas corporativistas desarrollados operan en nivel local y nacional. El ensayo de John Keeler acerca de la federación agrícola francesa, representa un valioso estudio de caso sobre un enclave corporativista bien desarrollado dentro de la economía política francesa; la federación es un instrumento que obviamente otorga privilegios y poder a élites corporativas a cambio de su anuencia a sacrificar los intereses de campesinos pobres. La comparación que hace Michele Salvati de las crisis políticas de 1968 y 1969 en Francia e Italia, aunque interesante, difícilmente encaja en la temática general del libro. El largo y detallado análisis de Juan Linz, concerniente a los grupos de interés en la política española durante los siglos XIX y XX, forma parte de un proyecto propio de profundización de la historia, sociedad y cultura españolas.

Aun cuando Berger niega explícitamente tener cualquier tipo de aspiraciones coherentes y teóricas, se equivoca al afirmar que este volumen carece de temática coherente o de trascendencia teórica. En su introducción, ella misma precisa los principales problemas teóricos planteados en la obra. Todos ellos tienen que ver con el papel desempeñado por la "intermediación" corporativista en la resolución de las crisis propias de la economía política contemporánea. Hay que agradecer al compilador y a sus asociados que siete de los doce ensayos constituyan aportaciones importantes al debate en torno al corporativismo.

Desde este punto de vista, el ensayo más ambicioso del libro es el de Philippe Schmitter, titulado "Intermediación de intereses y gobernabilidad de los regímenes en Europa occidental y Norteamérica en la época contemporánea". Schmitter cuestiona el corporativismo al hacer la siguiente pregunta: "¿El corporativismo es el remedio para las tribulaciones de nuestras vidas contemporáneas —la pérdida de efectividad y legitimidad de los gobiernos al enfrentar las democracias los difíciles problemas de inflación, desaceleración económica, desempleo y pobreza?

El mencionado capítulo hace operativos estos conceptos y somete sus relaciones a prueba empírica con información procedente de 15 democracias industriales avanzadas. Este ensayo, que consta en su mayor parte de tablas acompañadas por análisis, se diferencia netamente del resto del libro que carece por completo de cuadros estadísticos.

Schmitter afirma que estos datos arrojan una respuesta positiva a la interrogante; en otras palabras, el corporativismo efectivamente parece mitigar la "ingobernabilidad"; sin embargo, al examinar más detenidamente la forma en que hizo operativos los términos corporativismo e ingobernabilidad, se tiene la impresión de que ayudó en mucho a la profesión al cometer, como diría Pareto, una serie de errores creativos. Los criterios de Schmitter para evaluar el corporativismo son: la proporción de trabajadores afiliados a sindicatos y el grado de centralización de la organización sindical. Su variable dependiente de "ingobernabilidad" se hace operativa mediante tres indicadores: el desorden, entendido como el grado de inconformidad colectiva, lucha interna y violencia huelguística; la inestabilidad referida a cambios en el gabinete y la fragmentación partidista; y la ineffectividad fiscal reflejada en ingresos gubernamentales crecientes, en la dependencia en la tributación directa y el endeudamiento de los gobiernos.

No obstante, es evidente que Schmitter no volvió correctamente operativas sus variables teóricas independientes y dependientes. La densidad de la afiliación a sindicatos y la centralización y unidad del movimiento sindical son, efectivamente, factores que facilitan el corporativismo; sin embargo, el corporativismo es algo más que esto. Schmitter sería el primero en argumentar que el corporativismo es una forma de intermediación de intereses—esto es, un tipo de relación y de proceso de negociación con otros grupos y agencias gubernamentales. No aborda directamente estas propiedades, aun cuando hace uso de una "n" minúscula y pudo clasificarlas con relativa precisión. En el aspecto dependiente de la teoría, Schmitter cita los tres aspectos de la ingobernabilidad ya mencionados. ¿Por qué no incluye medidas de negociaciones corporativista (por ejemplo, topes salariales, control de precios, exenciones fiscales)? En realidad, Schmitter debió demostrar que semejantes convenios y medidas se llevaban a cabo en contextos institucionales tripartitas más o menos formales. En otras palabras, tenemos asociaciones entre aspectos de la organización de grupos de interés, violencia social e inestabilidad gubernamental y aspectos de la política fiscal; pero el esquema corporativista de estructura y gobierno sólo se deduce por inferencia, por cierto, bastante indirecta.

A pesar de estos comentarios un tanto negativos, *Organizing Interests*

in Western Europe es una obra trascendente, y el ensayo de Schmitter representa un esfuerzo valioso, aunque no bien logrado, por apartarse de meras hipótesis y especulaciones y avanzar hacia la consolidación teórica. De los ensayos del libro pueden extraerse interesantes planteamientos para encontrar soluciones corporativistas a problemas de la economía política, y el enfoque operacional de Schmitter podrá perfeccionarse en posteriores intentos por probar aquellas hipótesis.

VIII. EL RETORNO AL ESTADO*

ARGUMENTOS en favor de un retorno al concepto de Estado han sido esgrimidos en forma esporádica desde que Frederick Watkins (1968) protocolizara prematuramente su desaparición hace más de 20 años. Los autores que propugnaron un retorno al Estado tenían diferentes objetivos y programas de trabajo. En los casos de Nettl (1968), Stepan (1978) y Nordlinger (1981), fue cuestión de énfasis. La campaña llevada a cabo bajo los auspicios del Committee on States and Social Structures (Comité sobre Estados y Estructuras Sociales) del Social Science Research Council (Consejo de Investigación en Ciencias Sociales) con el propósito de "reintroducir el concepto de Estado" habla de "cambios paradigmáticos" (Evans, Rueschemeyer y Skocpol, 1985). Se afirma que los modelos "pluralista-funcionalista" y marxista, caracterizados como los paradigmas menguantes de las ciencias sociales contemporáneas, son reduccionistas en su enfoque de las sociedades, no conceden autonomía a las estructuras y a la política estatales, por lo que carecen básicamente de poder explicativo. El paradigma estatista corrige esta falla y habrá de sustituir dichos enfoques.

Me propongo responder a tres interrogantes planteadas por esta polémica. Primero, ¿es reduccionista en su enfoque de las sociedades la bibliografía relativa al pluralismo, funcionalismo estructural, marxismo y otras corrientes de las ciencias sociales? Segundo, ¿corrige realmente estas fallas el "paradigma estatista"? Tercero, e independiente del valor sustantivo de estos argumentos, ¿aporta algún beneficio heurístico esta crítica de la bibliografía?

ARGUMENTOS EN FAVOR DE UN RETORNO AL ESTADO

Sugiero que examinemos estas críticas y realicemos una investigación bibliográfica, a fin de determinar hasta qué punto está demos-

* De Gabriel A. Almond, "The Return to the State", *American Political Science Review*, vol. 82, núm. 3. Todos los derechos reservados © 1988 por American Political Science Association. Reproducción autorizada.

trada esta postura de la "corriente principal" de las ciencias sociales. Abarcaré un campo semejante al que cubrió G. David Garson (1974) en un artículo publicado hace más de diez años y en un libro posterior (1978); produjo una reseña histórica de la teoría de los grupos de interés, y usó como base de datos los artículos publicados en *American Political Science Review* desde su fundación en 1906. También incluyó un promedio de veinte libros acerca de la teoría de grupos. Su conclusión principal fue que el "crecimiento" de la ciencia política es en gran parte de carácter reactivo en respuesta a estímulos externos: "el surgimiento de grupos económicos, olas de progresismo y desilusión, el nacimiento de la psicología moderna y el entusiasmo que suscitó", y otros factores similares (1974, p. 1519), y no responde tanto a una cautelosa corroboración de modelos analíticos.

Al utilizar la teoría de grupos como ejemplo de esta propensión disciplinaria, mencionó la polémica inicial entre los teóricos "clásicos" de la soberanía, por una parte, y de la teoría pluralista, por la otra. La teoría clásica de la soberanía exageró su postura, aunque si se examina con detenimiento la bibliografía del siglo XIX, se encontrarán cuidadosas evaluaciones del poder absoluto del Estado. La afirmación de esta autoridad absoluta debió enfrentar las anomalías de las limitaciones empíricas y normativas de la autoridad estatal —tanto las de carácter conservador, como la religión y la propiedad, como las liberales que sustentan los derechos de asociación, asamblea, petición, etc. El pluralismo clásico hizo lo propio, al rechazar la noción misma de la soberanía estatal y caracterizar al Estado como una de tantas asociaciones. Al negar cualquier tipo de soberanía al Estado, Laski (1917) y los demás pluralistas de viejo cuño se privaron de un organismo susceptible de combatir la injusticia y brindar mecanismos fundamentales de seguridad. Garson observa que la historia de las ciencias políticas hubiera sido muy distinta si estas opciones se hubiesen formulado como modelos analíticos o tipos ideales, en vez de dar por sentado que reflejaban la realidad o que la realidad debiera ajustarse a ellas. Los estadistas contemporáneos cometieron un error comparable al proponer las alternativas pluralista y estatista.

En un artículo más reciente, Andrew McFarland (1987) presenta una reseña histórica de la teoría de los grupos de interés durante el periodo transcurrido desde la segunda Guerra Mundial. Este autor

señala que antes de la segunda mitad de los años sesenta, "los trabajos de Dahl, Truman, Lindblom y otros, dieron origen a una teoría tan coherente como convincente del poder en América. La poliarquía de Dahl y la concomitante 'teoría económica de la democracia' produjeron una teoría de las elecciones. La descripción que hace Truman de las instituciones y la política estadounidenses como una compleja urdimbre de actividades descentralizadas de negociación entre una plétora de grupos de interés, pronto fue asimilada a la conceptualización pluralista del poder de Dahl. La teoría de Lindblom acerca de la toma progresiva de decisiones demostró porqué unas políticas resultantes de negociaciones descentralizadas dentro de una poliarquía, pueden ser más efectivas y representativas que otras emanadas de una administración gubernamental centralizada" (p. 129).

La decepción y desmoralización ocasionadas por la política estadounidense de los años sesenta y setenta quebrantaron la credibilidad de este modelo; lo sustituyó un esquema "plural-elitista" desarrollado en los trabajos de Lowi (1969) y otros, el cual cobraría trascendencia en la disciplina. En este modelo, intereses especiales dominaban determinadas áreas de la administración pública, al formar "triángulos de hierro" o "subgobiernos" no sujetos al control del pueblo. Este revisionismo pluralista de las décadas de los setenta y ochenta no fue más que una reacción contra la teoría de los grupos de interés de los años cincuenta y sesenta, y como he de sugerirlo más adelante, no advirtió que su pesimismo era comparable al pesimismo pluralista de los años treinta, producto de una reiterada constatación de que el poder de los intereses empresariales era considerablemente más igualitario que otros.

Un tercer modelo, llamado "triádico" por McFarland, se asocia con los trabajos de James Q. Wilson (1980). En este modelo, se considera que el proceso de gobierno está especializado por áreas de problemas. En condiciones normales, unos grupos de interés que se movilizan para presionar al gobierno en una dirección determinada enfrentan la oposición de grupos contrarios, y "se supone que las agencias gubernamentales poseen un grado significativo de autonomía [...] así como la capacidad de imprimir cierta coherencia y continuidad al sistema" (p. 141). La tríada incluye los dos grupos de interés y una serie autónoma de agencias estatales, los cuales varían según las áreas de problema.

Una constatación importante hecha por Garson y McFarland desde la perspectiva de la actual polémica estatista-pluralista es que, con excepción del interludio del pluralismo clásico que se dio a principios de siglo y de unas cuantas formulaciones de los años cincuenta y sesenta (Latham, 1952; Golembiewski, 1960), las diversas versiones de la teoría de los grupos de interés han operado con cierta medida y forma de autonomía gubernamental.

La historia intelectual que he de reseñar es de fácil acceso. En un artículo titulado "El Estado", y publicado en la versión original de la *Encyclopedia of the Social Sciences*, el politólogo George Sabine se opuso un tanto al empleo del término "Estado". "Esta palabra, por lo general, no designa a una clase de objetos que puedan identificarse con precisión y, por lo mismo, no incluye una lista de atributos sancionados por el uso común. Dicho término necesita definirse en una forma más o menos arbitraria, a fin de satisfacer las exigencias del sistema jurídico o de la filosofía política en que incida" (1934, p. 328). Treinta y cuatro años más tarde, en el subsiguiente compendio del saber en ciencias sociales, *The International Encyclopedia of the Social Sciences*, Frederick Watkins observó que la compleja interacción entre gobierno y pueblo es tal que "los politólogos prefieren emplear otros términos para describir aquellos fenómenos que otra ra abarcara el concepto de 'Estado'" (1968, p. 156).

Watkins reconoce que los conceptos de Estado y soberanía tuvieron sentido durante el siglo y medio que transcurrió entre el Tratado de Westfalia y la Revolución francesa, durante la Era del Absolutismo, cuando Luis XIV pudo afirmar "*l'Etat, c'est moi*", y Federico II pudo autonombrarse "*der erste Diener des Staates*". La democratización originó una devaluación del concepto normativo de Estado. En una sociedad democrática es difícil distinguir entre el Estado y los ciudadanos en cuyo nombre aquél ejerce su autoridad: "La soberanía así entendida es poco más que una incruenta ficción legal. Hay desplazamiento de la atención desde el Estado hacia el gobierno, el cual, a pesar de no pretender la soberanía, es el que en realidad empuña las riendas del poder" (p. 153).

Según Watkins, se justifica el uso de este concepto sólo en el sentido weberiano "de que el rasgo distintivo del Estado, en comparación con otras asociaciones, es su afán de monopolizar el poder coercitivo dentro de su propio territorio [...] Desde el punto de vista

de una ciencia política meramente descriptiva basta, por tanto, con definir al Estado en función de sus límites, y estudiar aquellas condiciones que acompañan el mayor o menor grado de monopolio logrado en tiempos y espacios determinados. El problema está en que se insiste demasiado en los aspectos coercitivos de la vida política" (pp. 153-154).

Conforme el concepto de Estado fue cayendo en desuso en la corriente general de las ciencias políticas, vinieron a sustituirlo términos tales como *gobierno* y, más adelante, *sistema político*. La tendencia a abandonar y sustituir el concepto de Estado se atribuyó a la enorme movilización política que aconteció en el mundo occidental durante los siglos XIX y XX, así como a la consiguiente proliferación de nuevas instituciones políticas —partidos políticos, grupos de presión, medios masivos de comunicación, etc. El concepto de sistema político abarcó los fenómenos propios del Estado —las instituciones legalmente constituidas y con poder legítimo de coerción— pero también incluyó las nuevas instituciones extra y paralegales de los partidos políticos, grupos de interés, medios masivos de comunicación, lo mismo que instituciones sociales como la familia, la escuela y la iglesia, en la medida en que éstas incidieran en los procesos políticos. La teoría de los sistemas políticos y el funcionalismo estructural no reducían el quehacer político al Estado y a las instituciones gubernamentales. Nacieron de un realismo que reconocía el carácter procesal de la política y examinaba a las instituciones —legales, paralegales e informales— en función de los papeles que éstas desempeñaban. En esto consistió precisamente el funcionalismo estructural, y la teoría de los sistemas fue un reconocimiento formal de que el proceso político constaba de una serie de subprocesos interdependientes.

No obstante, para los marxistas y neomarxistas, el Estado continuó siendo un concepto central, el instrumento mediante el cual la clase capitalista controlaba el orden social. Para los marxistas, la asimilación del Estado al sistema político y su fragmentación en una multitud de fenómenos en interacción dentro de la corriente general de las ciencias era un mero artilugio para eludir la realidad de la lucha de clases. Como he de sugerir, la tradición intelectual marxista sostiene que la relación del Estado con la lucha de clases a la fecha es un tema central de polémica. Y la noción de Skocpol respecto a la

autonomía del Estado debe examinarse en el contexto de esta polémica marxista, neomarxista y posmarxista.

La primera impugnación sería al abandono del concepto Estado en la corriente principal de las ciencias políticas, fue la de J. P. Nettl, cuyo artículo titulado "The State as a Conceptual Variable" (1968) fue publicado el mismo año que el de Watkins en la enciclopedia. Nettl atribuyó la omisión de dicho concepto en Inglaterra y en los Estados Unidos de Norteamérica, sobre todo en este último, al hecho de que los fenómenos propios de esta institución carecen de fuerza en esas naciones. Sin embargo, su argumento general concerniente a la importancia diferencial del Estado en los Estados Unidos de Norteamérica y Europa continental es conocido por lo menos desde Tocqueville, y ha formado parte de la sabiduría convencional del gobierno y la política comparativa. Aun cuando Nettl recomienda un retorno al concepto de Estado, no ofrece una respuesta satisfactoria a las objeciones de Sabine y Watkins con respecto a la ambigüedad del término.

La definición de Estado, según Nettl, incluye cuatro componentes. Primero, "es una colectividad que suma una serie de funciones y estructuras con el propósito de generalizar su aplicabilidad" (1968, p. 562). No está claro qué estructuras y funciones forman parte de dicha colectividad, aun cuando Nettl alude a burocracias, parlamentos e, incluso, partidos políticos. Segundo, el Estado constituye una entidad en las relaciones internacionales; todas las naciones independientes, tengan o no Estados fuertes, poseen este aspecto internacional unificado. Tercero, el Estado es autónomo; representa un sector diferenciado de la sociedad. Y, cuarto, el Estado es un fenómeno sociocultural, por lo cual Nettl entiende que cada miembro del Estado posee una cognición y percepción generalizadas del mismo.

La presencia del Estado, según Nettl, es una variable cuantitativa y su fuerza o debilidad en sociedades individuales puede ser comparado mediante un análisis funcional. Nettl incluye entre estas funciones la de administración central, cuya fuerza y alcance varía de un país a otro. Así, la administración central angloamericana es más débil que en los países de Europa continental. Los esquemas de ejecución de la ley difieren en Estados fuertes y débiles; así, en Inglaterra y en los Estados Unidos de Norteamérica, la ley y su ejecución poseen mayor autonomía que en Europa continental. Allí, las profe-

siones legales son claramente más independientes del gobierno. También plantea la hipótesis de que la fuerza y la debilidad de la administración central se relacionan con la fuerza y debilidad de los sistemas de partidos.

En su ensayo, Nettl intenta trascender de la concepción anglo-americana convencional, según la cual el Estado es "el área general de gobierno central en contraste con la sociedad" (p. 591), y examinar la propuesta de que "un mayor o menor grado de presencia del Estado representa una variable conveniente para comparar entre sí a las sociedades occidentales, y que la ausencia o presencia de un concepto desarrollado de Estado se asocia e identifica con importantes diferencias empíricas en estas sociedades" (p. 592).

En resumen, Nettl desglosó el Estado en diversos componentes que maneja como variables cuantificables y mensurables. Sin embargo, no responde la interrogante más importante que suscita su tesis: cómo el concepto de Estado asocia, agrega, suma o integra, etc., fenómenos como las burocracias, los tribunales, ejércitos, parlamentos, partidos, grupos de interés, medios masivos de comunicación y opinión pública. ¿Qué fenómenos políticos abarca? ¿Cuáles excluye? ¿Cómo ponderar estos componentes? Al igual que Sabine y Watkins, Nettl dice que para medir la presencia del Estado, es necesario hacer operable el concepto y desglosarlo. El Estado se define en función de las medidas operacionales que decida emplear. El argumento de Nettl, según el cual las naciones varían en cuanto a la presencia del Estado en su estructura, con lo cual se refiere al alcance y magnitud del poder y de la autoridad gubernamental, era semejante a los argumentos entonces esgrimidos por politólogos que empleaban otros términos tales como *público*, *gobierno*, *actuación* y *desempeño gubernamental*. La triple clasificación de Lowi para las áreas de gobierno—reguladora, distributiva y redistributiva—se había utilizado hacía cuatro años, cuando Nettl escribió su artículo, y pronto fue empleada por aquél en comparaciones transnacionales. Los movimientos históricos y econométricos comparativos en administración pública, iniciados a mediados y finales de la década de los sesenta, pondrían de manifiesto aquellos contrastes transnacionales que Nettl destacara en su noción de "presencia del Estado".

Otro antecesor del movimiento estatista contemporáneo es Alfred Stepan, cuyo libro *State and Society: Peru in Comparative Perspective*

se publicó en 1978. Stepan también critica el "reduccionismo" de los enfoques liberal-pluralista y marxista para el estudio del Estado y la política. Sin embargo, no llega tan lejos en este sentido como los estatistas más recientes. Aun cuando se especializa en países latinoamericanos, su crítica al reduccionismo es dirigida a la política comparativa en general. La observación que hace con respecto a los estudios de América Latina es que existe otro acervo teórico —la tradición teórica orgánica-estatista-corporativista— más apropiado para el análisis de la política latinoamericana e iberoeuropea, supuesto que esta tradición teórica nació de las tradiciones institucionales y de las características de aquellas regiones. Stepan considera que el enfoque liberal-pluralista del Estado es íntegramente individualista y comprometido con la doctrina, de modo que, no puede haber más "bien común" que el que se desprende de la persecución de los intereses individuales: "Una premisa metodológica y normativa entre los pensadores políticos y económicos pertenecientes a la tradición liberal-pluralista estipula que no es apropiado emplear el concepto de bien común" (p. 7). Stepan también arguye que el liberal-pluralismo maneja al Estado como una variable dependiente, y que semejantes teorías sistemáticamente tienden a impedir que se considere al Estado como una agencia autónoma. Esta distorsión del liberal-pluralismo que caracteriza la obra de Stepan es compartida por el movimiento estatista contemporáneo. Más adelante se retomará este problema del sitio que ocupan el bienestar común, el Estado y el gobierno en la teoría e investigación pluralistas. Sin embargo, cabe señalar que el libro de Stepan es producto de una investigación bibliográfica más minuciosa que algunas obras pertenecientes a la nueva tradición estatista.

No está claro cuál es el lugar que Eric Nordlinger ocupa en esta controversia (1981). Poco le falta por desplegar una nueva bandera paradigmática (1987) y puede afirmarse que es empírico y "positivista" hasta la médula. Al afirmar la autonomía del Estado, en modo alguno excluye el poder de factores propios de la sociedad. Más bien, critica el reduccionismo social de sus colegas y presenta su propia obra como un esfuerzo importante por asignar un lugar a la iniciativa de los funcionarios gubernamentales en la administración pública. Si se rectifica su malinterpretación de la tradición pluralista, no hay un cambio de paradigma, sino más bien un fecundo programa

de investigación encaminado a distinguir entre los gobiernos, con base en el grado de participación del personal estatal (gubernamental), en la toma de iniciativas en la definición de la administración pública, y en los factores y condiciones que dan cuenta de estas diferencias de grado. No creo que el típico estadista considere un programa de investigación de este tipo como una desviación revolucionaria de los diseños de investigación convencionales, que, como he de demostrar, suelen conceder una muy apreciable iniciativa y autonomía a funcionarios políticos, burócratas de alto nivel, comités y líderes legislativos, etcétera.

Nordlinger evita las formulaciones ambiguas y amorfas. A diferencia de los estatistas, ofrece una definición operacional del Estado: ésta "Debe referirse a individuos más que a otros tipos de fenómenos, como 'convenios institucionales' o al orden normativo legal. Como lo que nos interesa es la ejecución de la administración pública, una concepción del Estado que no incluya a los individuos como sus elementos fundamentales podría incurrir directamente en las falacias de la antropomorfía y de la reificación [...] Sólo los individuos tienen preferencias y llevan a cabo acciones que contribuyen a su realización. Y el asignar a los individuos el lugar más importante en esta definición es la única manera de evitar implicaciones hegelianas (sustantivas y metafísicas) al referirse a las preferencias del Estado" (1981, p. 9).

Asimismo, Nordlinger propone otros tres componentes para una definición del Estado. Ésta debería incluir no sólo al gobierno y a las agencias burocráticas que ejercen el poder en su nombre, sino que "debe abarcar a todos los funcionarios públicos —electos y designados, de alto y bajo nivel— que participan en la definición de la administración pública" (1981, p. 10). Debe evitar cualquier caracterización susceptible de variar de un caso a otro; por ejemplo, la legitimidad y la soberanía. Por último, una definición debe ser lo más neutral posible; debe evitar atribuir a los Estados funciones y propósitos específicos como la preservación de la estabilidad o la reproducción del capitalismo.

Con esta muy empírica serie de características definitorias, Nordlinger impugna aquello que caracteriza como la "casi unanimidad [...] de todas las variantes de la bibliografía liberal y marxista acerca de la política democrática" respecto a la preponderancia de restric-

ciones sociales en la definición de la administración pública. Refuta estas presuntas posturas teóricas al afirmar que existen tres niveles de autonomía estatal en la administración pública, y procede a ilustrarlos mediante un análisis de la bibliografía secundaria. El nivel más bajo de autonomía estatal (tipo 3) se refiere a situaciones en que las preferencias del Estado y la sociedad no divergen, y en que éste actúa con base en las suyas propias; es decir que el gobierno elegido es el preferido por los funcionarios estatales aun cuando no encuentre oposición de parte de la sociedad. En el segundo nivel de autonomía (tipo 2), las preferencias de la sociedad difieren de las del Estado; sin embargo, los funcionarios estatales convencen a la sociedad de adoptarlas. El tercer y más alto nivel (tipo 1) se observa en situaciones en las que divergen las preferencias del Estado y de la sociedad; a pesar de ello, el Estado instaura una política consistente con la suya. Este caso extremo, que constituye la base de la teoría de la autonomía de Estado de Nordlinger, es ilustrado mediante un análisis de las diversas formas en que éste puede capitalizar la división social y emplear los formidables poderes del gobierno. En un escrito posterior (1987), Nordlinger presenta una clasificación cuádruple de las relaciones entre el Estado y la sociedad en términos de alta y baja autonomía estatal y apoyo social, la cual ofrece interesantes perspectivas de investigación. Aun cuando Nordlinger no documenta —y de hecho, no lo puede hacer— esta caracterización de la erudición liberal como reduccionista al nivel de la sociedad, poca duda cabe de que hizo una importante aportación a la teoría empírica. Su análisis riguroso y heurístico abre interesantes líneas de investigación.

EL PLURALISMO COMO TEORÍA Y TEMA DE INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

La postura del Committee on States and Social Structures (Comité sobre Estados y Estructuras Sociales) del Social Science Research Council (Consejo de Investigación en Ciencias Sociales) es una crítica más integral de las presuntamente descreditadas ortodoxias o paradigmas de la ciencia política contemporánea. Tales ortodoxias son el "funcionalismo estructural pluralista" y el marxismo. Se afirma que manejan al Estado como variable dependiente; sus acciones

responden a la interacción de grupos de interés o de clases sociales. Así, Theda Skocpol, en su introducción al primer libro publicado bajo los auspicios de este Comité, afirma que los antes prevalecientes enfoques funcionalistas-pluralistas consideraban al gobierno "ante todo como una arena en la cual los grupos de interés económico o los movimientos sociales normativos contendían o se aliaban para influir en la toma de decisiones en el gobierno. Se entendía que tales decisiones eran concesiones de beneficios entre grupos de reivindicación. El estudio se centraba en las 'contribuciones' de la sociedad al gobierno y en los efectos distributivos de las acciones gubernamentales. El gobierno mismo no era tomado muy en serio como actor independiente, y en la investigación comparativa, las variaciones en la organización gubernamental se consideraban menos significativas que las funciones generales compartidas por los sistemas políticos de todas las sociedades" (Evans, Rueschemeyer y Skocpol, 1985, p. 4; véase Skocpol, 1982).

En otros puntos de este primer libro del Comité del cics se distingue una y otra vez la bibliografía anterior por su enfoque centrado en la sociedad (Evans, Rueschemeyer y Skocpol, 1985, caps. 4 y 10). Otro miembro del Comité, Stephen Krasner, hace un comentario similar en un artículo de reseña: "Las versiones del pluralismo centradas de manera exclusiva en los grupos de interés, virtualmente ignoran a los actores públicos y a las instituciones; consideran al gobierno como una caja registradora que suma y promedia las preferencias y el poder político de los actores de la sociedad. De esta manera, el gobierno puede considerarse como una arena en donde los actores sociales luchan por asegurar el triunfo de sus propias preferencias. La principal actividad de los funcionarios públicos es garantizar que el juego se lleve a cabo conforme a las reglas. Si las instituciones públicas se consideran como cajas registradoras o árbitros, no hay sitio para nada que pudiera caracterizarse como un Estado o actor con preferencias autónomas y capaz de manipular e incluso reestructurar su propia sociedad" (1984, p. 226). Según Krasner, en donde los pluralistas llegan a reconocer el papel iniciador de los dirigentes políticos, reducen las instituciones estatales a "individuos que desempeñan roles" no limitados por "imperativos y restricciones" institucionales. Ésta es una versión más compleja del planteamiento reduccionista que, para Krasner, es tanto individualista como social.

Al abogar en favor de este manejo reduccionista del Estado y del gobierno en el pluralismo y el funcionalismo estructural, ni Skocpol ni Krasner se apoyan en una investigación bibliográfica equiparable a los alcances y a la diversidad de aquella a partir de la cual pretenden generalizar; ambos autores parecen afirmar que la bibliografía pertinente a las ciencias políticas puede clasificarse en dos categorías: pluralismo-funcionalismo estructural y marxismo. ¿Incluiría ello la abundante bibliografía existente acerca de los países comunistas? Es un hecho que esta bibliografía, incluso la parte de ella que experimentó con modelos pluralistas, tomó en serio a los actores gubernamentales y trató sobre los poderes de coerción, extracción y regulación del gobierno, y no sólo sobre el de alocación. ¿Acaso un examen de la bibliografía comparativa acerca de los gobiernos y de la política, y los estudios sobre países como Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, etc., sostendría la postura de Skocpol respecto al desconocimiento de las agencias estatales en la corriente general de las ciencias políticas? En los estudios acerca de los Estados Unidos de Norteamérica, ¿cómo clasificarían las abundantes publicaciones relativas a la presidencia, el Congreso y los tribunales? ¿Cómo explicarían el sinnúmero de publicaciones de las décadas de los sesenta y setenta en los regímenes militares de países del Tercer Mundo?

Si revisamos la bibliografía específicamente pluralista, ¿se sostiene esta crítica estatista? Supongamos que examinamos las ideas de los estatistas originales con el propósito de colocar en una perspectiva histórica el pluralismo y el estatismo. Ahora, veamos la investigación empírica llevada a cabo por los pluralistas. ¿Se ajusta realmente al esquema reduccionista de enfoque exclusivo en la sociedad que nos presentan Skocpol, Krasner y sus colaboradores? ¿Corresponde a los cuadros generalmente similares esbozados por Nettl, Stepan y Nordlinger?

La verdad es que aun cuando su tema central es la afirmación del estatismo como alternativa al pluralismo, ni Skocpol, ni Krasner, ni los demás antipluralistas citados parecen haber reparado en la confrontación original entre el estatismo y el pluralismo de finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Si bien, su argumento en favor de un retorno al Estado se basa en la afirmación de que la bibliografía empírica pluralista reducía al Estado y al gobierno a una arena y manejaba al gobierno como una variable dependiente (en la

medida en que lo manejaba), no citan ni comentan la muy sustanciosa bibliografía pluralista relativa a "grupos de interés" de los últimos tres cuartos de siglo.

No hubiera hecho falta mucha investigación para impugnar seriamente la validez de estas caracterizaciones estatistas. Existen excelentes reseñas de los primeros escritos estatistas y pluralistas en las dos enciclopedias de las ciencias sociales —artículos acerca del Estado, de George Sabine (1934) y Frederick Watkins (1968); y sobre el pluralismo, de Francis Coker (1934) y Henry Kariel (1968), todos ellos teóricos políticos renombrados. Sabine remonta el nacimiento del concepto de Estado a *il stato*, en *El Príncipe* de Maquiavelo, y al reino de Isabel la adopción, por vez primera, del término *secretario de Estado* para puestos ministeriales; su uso se extendió con el auge y la difusión del absolutismo, y lo acompañó el desarrollo de la noción de soberanía. El surgimiento del Estado entre los siglos xvi y xviii se asoció con acciones de expansión, agresión y guerra. Como proceso, el Estado europeo occidental nació de una lógica de agresión o de defensa contra la agresión. Fue consecuencia del crecimiento de los ejércitos, así como del reclutamiento y formación de burocracias civiles encargadas de la obtención de recursos, la procuración de bienes y la regulación del comportamiento —todo ello principalmente en relación con esta serie de objetivos militares de defensa y expansión. El potencial progresismo del Estado fue consecuencia de esta concentración del poder y su separación de la persona del dirigente o dirigentes. En comparación con los complicados particularismos dinásticos, sagrados y seculares que le antecedieron, era susceptible de poder garantizar una mayor seguridad personal, un mercado internacional más amplio y tal vez sistemas superiores de derecho y justicia.

La noción de soberanía estatal sobrevivió a las crisis que suelen acompañar a las revoluciones democráticas. Lo que sucedió fue que el "pueblo" o el "parlamento" conquistó la soberanía. Pero el Estado se consideraba unitario, superior a la sociedad, y legítimamente inserto en todo el territorio y la población que se encontrara bajo su jurisdicción.

Esta concepción de Estado absoluto, centralizado y superpuesto, encarnado en la persona del soberano y las agencias de la "corona", fue el blanco de los pluralistas de finales de siglo xix y principios del

siglo xx. Esta omnipotente noción de soberanía estatal se enfrentó a la oposición tanto de la izquierda como de la derecha. Desde el bando conservador, J. Neville Figgis (1914) afirmó los derechos autónomos de las iglesias y de las comunidades vecinales. Ernest Barker (1930), A. D. Lindsay (1929) y Harold Laski (1919), portavoces del centro y de la izquierda, proclamaron la autonomía de los grupos económicos y profesionales así como de los sindicatos. Los teóricos ingleses se apoyaron en las autoridades alemanas y francesas —Otto Gierke (1900), Émile Durkheim (1950) y Léon Duguit (1919)— para fundamentar su antimonismo. Decisiva en la argumentación de los estatistas contemporáneos es la inequívoca declaración de Francis Coker (1934):

Sin embargo, ni los pluralistas ni sus antecesores teóricos logran independizar a los grupos del Estado. Gierke sostuvo que el Estado es soberano —legal y moralmente supremo— cuando el interés común requiere el ejercicio de un poder social organizado para sostenerse. Paul Boncour consideró al Estado como el único artífice de la solidaridad nacional, encargado de impedir que cualquier grupo oprima al público, a otros grupos o a sus propios miembros. Durkheim otorgó al Estado la función de definir políticas generales no dejando a las diversas asociaciones más función que la de diversificar, bajo la supervisión estatal, la ejecución de tales políticas conforme a sus propios requerimientos especiales. Figgis definió al Estado como la *communitas communitatem*, asignándole tareas distintivas y una autoridad superior en su calidad de agencia suprema de ajuste y coordinación social [...] Barker previene del peligro de llevar demasiado lejos las recientes tendencias pluralistas; el Estado, por ser el esquema más integral de vida social, debe poder regir las relaciones de las asociaciones entre sí y con sus miembros, a fin de garantizar su igualdad y proteger al individuo de la posible tiranía de su propio grupo. (P. 172.)

Laski —el más extremoso de los antimonistas— llega al grado de recomendar un Estado poderoso propietario de industrias monopolizadoras; que regule el resto de la economía; establezca normas básicas para horarios de trabajo, salarios y condiciones laborales y fije precios para bienes y servicios. Coker concluye:

Tal parece que cuando los pluralistas enuncian su abstracta teoría, rechazan el poder soberano del Estado o en todo caso, caracterizan el poder

de algo que, en rigor, es definitivo y reservado; pero cuando idean los convenios institucionales necesarios para implantar su teoría, asignan al Estado numerosas tareas, entre ellas la de formular políticas generales y garantizar que éstas se lleven a cabo, lo cual obviamente requiere de un poder no definitivo y reservado, sino muy directo y en constante ejercicio [...] Quisieran conservar al Estado, pero despojándolo de su soberanía. Sin embargo, parece que este compromiso sólo queda en las palabras. Admiten que el Estado se financie mediante mecanismos de tributación obligatoria, que retenga en su totalidad el tradicional sistema de afiliación comprometida de todos los miembros de la comunidad y otorgan a esta asociación coercitiva amplias facultades para dirigir la vida social y económica de la sociedad. (1934, p. 173.)

En la *International Encyclopedia of the Social Sciences* (1968), Henry Kariel presenta una versión de la teoría pluralista un tanto más compatible con el modelo reduccionista del gobierno como arena política. Sin embargo, se remite a las formulaciones anteriores de los teóricos del pluralismo. Kariel informa que en los años treinta, "a algunos de los pluralistas les pareció necesario reintroducir aquello que previamente rechazaran, es decir, un propósito unificado superior y ajeno a la voluntad de una pluralidad de grupos [...]. Habían desechado ideas tales como el bien común, los intereses de la comunidad y la voluntad general. Sin embargo, encontraron que era difícil concebir al proceso político sin la intervención propositiva y cooperativa del Estado, sobre todo cuando la competencia entre grupos domésticos y amenazas extranjeras ponían en peligro la viabilidad de un orden político pluralista. Así, tanto Laski como Cole se vieron obligados a reconocer necesidades más fundamentales que una intensa vida grupal. Terminaron por abogar en favor de un liderazgo que formulase estas necesidades y un Estado preparado para satisfacerlas" (p. 507). No obstante, Kariel insiste en la persistencia de un pluralismo integral latente en alguna parte inespecífica de la corriente general de las ciencias políticas.

Los escritos pluralistas que más se aproximan a los cuadros esbozados por los estatistas son los de Arthur Bentley (1908, 1967), David Truman (1951) y Earl Latham (1952). El estudio titulado *Process of Government*, de Bentley, casi no recibió atención durante las varias décadas que transcurrieron entre su publicación (1908) y la aparición del libro de Truman (1951). En su introducción al libro de

Bentley, edición 1967, Peter Odegard señala que el autor ofrece pocos datos empíricos relacionados con la actividad de los grupos de interés, no obstante que los grupos de presión y su actividad fueran problemas sobresalientes a principios del siglo. Su libro era esencialmente teórico; estuvo a punto de presentar un modelo formal, es decir, una reducción analítica de las instituciones a comportamientos observables, donde los grupos de interés se consideran como la omnipotente variable explicativa. Peter Odegard afirma que si Bentley hubiese complementado la formulación de su modelo con la presentación de datos empíricos idóneos, y hubiera presentado ese modelo como tal y no como una abstracción de la realidad, su obra no habría sido ignorada durante tanto tiempo por los analistas. Así, la abundante bibliografía estadounidense relativa a grupos de presión que se publicó entre las décadas de los años veinte y cuarenta no fue influida por sus trabajos; aun cuando Bentley aparece citado algunas veces en la bibliografía de los años cincuenta y sesenta, no se adopta su modelo conductista y reduccionista a grupos. La investigación empírica acerca de los grupos de presión, realizada durante las primeras décadas del siglo XX, nació de la tradición amarillista imperante a principios de este siglo.

David Truman, el principal exponente de la teoría de grupos en la ciencia política reciente, utilizó a Bentley como un modelo analítico, pero dedicó casi la mitad de su innovador libro a las interacciones entre grupos de interés y procesos gubernamentales. Aun cuando las instituciones gubernamentales se manejan desde una perspectiva grupal, hay un reconocimiento inequívoco de su autonomía en la toma de decisiones. Así, en un capítulo dedicado al poder ejecutivo, Truman señala que:

[...] la importancia del poder ejecutivo no se debe tan sólo al tamaño o variedad de sus funciones. Mucho más significativo es el hecho de que la realización de tales actividades requiere de elecciones entre cursos alternativos de acción, es decir, del ejercicio de una facultad discrecional [...] Tanto las funciones gubernamentales antiguas como las más recientes requieren de mucha discreción administrativa, y la tendencia es hacia una ampliación más que a una restricción de estos poderes [...] La obligación de permanecer mínimamente accesible a todos los intereses legítimos en la sociedad puede conferirle cierta independencia y poder de persuasión que complementa de manera conveniente su autoridad for-

mal [...] Los grupos de interés no buscan acceder al gobernador o al presidente por simple hábito, ya que no son nada despreciables los recursos de liderazgo de estos funcionarios. Los roles de funcionario, legislador, jefe de Estado y comandante supremo de las fuerzas armadas, desempeñados por el presidente, son reales y no meramente nominales. (1951, pp. 396, 427.)

No es posible, so pena de incurrir en distorsiones, afirmar que aquellos capítulos que describen la interacción de grupos con el gobierno simplemente reflejan los modelos de arena política o caja registradora. Funcionarios, congresistas y jueces están dotados de autoridad y de poder discrecional.

En un artículo titulado "Political Group Analysis" ("Análisis de Grupos Políticos") y publicado en la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Truman afirma que este modelo de "árbitro" aplicado a los procesos gubernamentales es una simplificación excesiva que conduce "al error de considerar como norma un caso extremo. Este error ocurre con gran frecuencia en la bibliografía, no obstante el hecho de que incluso nuestro burdo conocimiento de la distribución de casos de la relación entre los grupos de interés y el gobierno, demuestra que esta simplificación no encaja en la evidencia proporcionada por un amplio rango de instancias" (1968, pp. 243-244).

Earl Latham (1952) presenta una teoría integral de los grupos, aplicada al gobierno estadounidense. Lo hace al caracterizar a instituciones gubernamentales como grupos propiamente dichos, y postula un modelo del proceso de gobierno basado en el equilibrio entre grupos políticos. Sin embargo, el incluir como grupos a las agencias gubernamentales le ocasiona diversos problemas. El gobierno considerado como grupos posee un carácter unilateral y asimétrico. El agente de policía puede detener el tránsito; sin embargo, los automovilistas no pueden detener al agente de policía. Latham intenta, sin gran éxito, acomodar en su modelo las propiedades particulares de los funcionarios; rechaza la metáfora de Krasner que compara al Estado pluralista con una caja registradora, más de 30 años antes de que el propio Krasner la enunciara: "En estos ajustes de grupos de interés, el papel de la legislatura no es el de una simple caja registradora que suma y resta presiones; en nada se compara con una báscula inerte que señala y registra el peso y la distribución del poder

entre los grupos contendientes" (p. 391). Por tanto, las dos cámaras del Congreso son grupos con sentimientos de identidad e intereses propios. Funcionarios, legisladores y jueces son "oficiales"; si pertenecen a grupos, éstos son de categoría distinta a los grupos no oficiales. Latham añade: "Aquellos grupos que gozan de este privilegio son los mediadores del Estado, y sólo se distinguen de otros grupos gracias a sus características de oficialidad" (p. 389).

El modelo reduccionista, reconocible en los trabajos de Bentley y Latham, difícilmente se aplica a los de Truman. Tampoco incorpora la investigación empírica sobre grupos de interés que se llevó a cabo desde la década de los veinte hasta la de los años sesenta, aquella misma bibliografía que los neoestadistas calificaron de "centrada en la sociedad". Al demostrar que esta bibliografía manejó tanto empírica como normativamente un concepto muy realista de la autonomía y poder discrecional del gobierno, citaré a varios americanistas —en particular, a Pendleton Herring, Elmer Schattschneider, V. O. Key, Jr., Robert Dahl, así como Bauer, Pool y Dexter— y europeístas como Harry Eckstein, Henry Ehrmann y Joseph LaPalombara. Sobre el asunto del reduccionismo a la sociedad, representado en forma más amplia por la bibliografía en ciencias políticas de los sesenta y setenta, haré una breve reseña de parte de las obras estadounidenses de ese periodo, dedicadas a la comparación de gobiernos.

Uno de los estudios más trascendentes en ciencias sociales durante los años treinta fue *Public Administration and the Public Interest* (1936) de Pendleton Herring. Su interrogante principal fue: cómo una organización administrativa en una democracia podría resistir los embates de grupos particularistas y sus propias tendencias conservadoras, y contribuir al bienestar común. A la luz de los conflictos del periodo del *New Deal*, señala que el Estado democrático necesita lidiar con el conflicto entre el capital y el trabajo. "No puede darse el lujo de atenerse a la supervivencia del más apto. Las exigencias de la época requieren de una actividad estatal positiva para garantizar la supervivencia de la democracia misma" (p. 379). Prosigue: "A no ser que nos resignemos a aceptar esta situación al asumir que ésta es la naturaleza del Estado democrático, es necesario promover para el Estado un propósito anterior y superior a la miscelánea de intereses que lo componen" (p. 380).

Acerca de la autonomía del Estado y la necesidad de incrementar-

la, Herring escribe: "La necesidad de intentar formular un programa oficial en el interés público a través de una agencia administrativa responsable surge de la conocida fuerza de los grupos minoritarios que promueven sus intereses mediante actividades propagandísticas y agitación organizada [...] Entonces, el primer objetivo a perseguir es el ofrecimiento de sugerencias positivas por una administración responsable [...] El poder aumentado del presidente implica, claro está, una mayor importancia de la burocracia [...] Si la existencia del régimen democrático descansa en el postulado de que el Estado existe no para el bienestar de ninguna clase en particular, sino para beneficio del pueblo en su conjunto, esta grande y creciente burocracia debe ser preservada de la dominación de grupos económicos o clases sociales" (pp. 383-384). Este capítulo final del trabajo realizado por Pendleton Herring a mediados de los treinta, puede servir de "biblia" para el movimiento contemporáneo de autonomía estatal, al grado, incluso, de utilizar el mismo vocabulario.

Elmer Schattschneider, una de las principales autoridades en materia de política estadounidense y grupos de presión durante los años treinta y cuarenta, considera a la presidencia de los Estados Unidos de Norteamérica como el principal punto de movilización para el interés público de la nación, es decir, el punto en donde se descubren y explotan los problemas del gobierno público (1942).

V. O. Key, Jr. —el principal teórico estadounidense en materia de partidos, sufragio, opinión pública y grupos de presión— cuyas opiniones son decisivas para la crítica estatista contra el pluralismo; incluye en su texto sobre partidos políticos —publicado primero en 1948, y por segunda vez, ya entrada la década de los sesenta— un extenso capítulo final titulado: *Pressure Groups and the General Welfare* (Grupos de Presión y Bienestar Común). Key argumenta que los funcionarios públicos y dirigentes políticos "con frecuencia pueden lograr la aceptación de una política que refleje más fielmente el interés común, dirigiéndose no a los líderes de grupos de presión, sino directamente a trabajadores, hombres de negocios y granjeros, quienes suelen tener un mayor sentido de responsabilidad comunitaria que sus representantes pagados en los oficios de sociedades de presión" (1952, p. 174). A fin de ilustrar la capacidad del gobierno para resistir a intereses especiales, Key cita estatutos importantes que regularon los intereses de grupos poderosos durante la década de

los treinta, entre ellos, el *Public Utility Holding Company Act* (Acta de Empresas Tenedoras de Servicios Públicos) y el *Food, Drug and Cosmetic Act* (Acta de Alimentos, Fármacos y Cosméticos) cuyos poderosos intereses organizados estaban presentes y presionaban activamente la legislación y en donde no existían grupos organizados para representar a los ciudadanos ordinarios cuyos intereses eran protegidos por aquellas actas. Estos dos últimos ejemplos reflejan con bastante exactitud los casos de tipo 1 de autonomía estatal propuestos por Nordlinger.

Los dos estudios clásicos sobre procesos políticos, realizados durante los años sesenta —*Who Governs?*, de Dahl (1961), y *American Business and Public Policy*, de Bauer, Pool y Dexter (1963)— aportaron resultados que reflejan la autonomía de los funcionarios de gobierno y de las agencias gubernamentales. En sus conclusiones acerca de la importancia relativa de las agencias “sociales” y gubernamentales en la ejecución del *Reciprocal Trade Agreements Act* (Acta de Acuerdos Comerciales Recíprocos, 1954-1955), Bauer, Pool y Dexter señalan que “una administración republicana” —normalmente más sensible a las presiones de intereses financieros y comerciales por obtener protección contra la competencia extranjera— “no reparó en adoptar como el inciso más valioso de su programa legislativo una medida de Roosevelt que transfería al poder ejecutivo la responsabilidad de establecer tarifas, previamente asignadas, al poder legislativo” (1963, p. 466), es decir, una medida en la que el establecimiento de tarifas estuviera menos sujeto a presiones de grupo. De hecho, su estudio acerca de los intereses financieros y mercantiles, y la política de tarifas durante el periodo posterior a la segunda Guerra Mundial documenta el debilitamiento de influencias “sociales” y el logro de la “autonomía estatal” con respecto a esta área de la política económica extranjera. El estudio de Dahl acerca de la definición de políticas de renovación en New Haven, durante la década de los sesenta, tiene el mérito de haber adelantado el estudio de la definición de políticas al demostrar la poderosa relación entre la estructura y el proceso político y la esencia de la administración pública. Sin ser reduccionista a la sociedad, el estudio de Dahl impugnó el modelo del poder comunitario de C. Wright Mills, Floyd Hunter y otros teóricos, el cual sí era reduccionista al atribuir una influencia política generalizada y dominante a intereses financieros

y profesionales. Dahl demostró que existían en New Haven diferentes procesos de gobierno propiciados por diversos tipos de problemas. El caso de la renovación en New Haven, muestra cómo el alcalde Lee inició dicha política mucho antes de que existiera cualquier grupo de interés o movimiento popular que propugnase la renovación urbana. Krasner (1984) admite que así sucedió, pero asegura que Dahl redujo las "instituciones estatales" a "individuos y roles", sin tomar en cuenta las limitaciones de las instituciones. Se examinará esta versión de la tesis reduccionista en el contexto de la definición dada por los estatistas a la autonomía estatal.

En la introducción de una trascendente obra acerca de la regulación gubernamental en los Estados Unidos de Norteamérica, James Q. Wilson (1980) escribe: "Hoy día, el gobierno federal participa prácticamente en todos los asuntos humanos; gran parte de su poder se ejerce y muchos de sus propósitos son definidos por un imponente aparato burocrático" (p. vii). En su comentario final acerca de los orígenes de la regulación, explica porqué no puede dar cuenta de la realidad un "paradigma" social o estatal: La Civil Aeronautics Board (CAB; Directiva de Aeronáutica Civil) fue creada para facilitar negocios, sin embargo, la Occupational Safety and Health Administration (OSHA; Administración de Salud y Seguridad Ocupacional) nació de los problemas ocasionados por los negocios. Las leyes administradas por la Environmental Protection Agency (EPA; Agencia de Protección Ambiental) fueron creadas en respuesta a la negativa de aquellos sectores de la economía a ser reguladas [...] La *Shipping Act* (Acta de Embarque) que era administrada por lo que más adelante se conocería como la Federal Maritime Commission (FMC; Comisión Marítima Federal) se aprobó a pesar de la oposición de los navieros a los que regulaba, pero con el apoyo de los transportistas a los que ayudaría. Si bien la *Sherman Antitrust Act* (Acta Antifiduciario de Sherman) no tuvo que enfrentar una oposición organizada del sector financiero, las exigencias de dicho sector tampoco fueron el principal motivo de su aprobación" (p. 364).

Durante los años veinte y treinta, época en la que proliferaban los estudios acerca de los grupos de presión estadounidenses, los analistas europeos contemplaban a los grupos de presión en una óptica reduccionista y normativa. Los politólogos de izquierda solían identificar a los grupos de presión como fenómenos de clase; en cambio,

los politólogos europeos conservadores los consideraban como patologías políticas. Sólo el Estado y la burocracia poseían un poder legítimo y podían actuar en función del bien común.

Después de la segunda Guerra Mundial comenzaron a surgir en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y otros países varios estudios empíricos sobre grupos de interés. Para los fines que aquí nos ocupan, bastará con examinar tres títulos de esta bibliografía: el estudio sobre la British Medical Association (Asociación Médica Británica) de Harry Eckstein (1960); el estudio realizado por Henry Ehrmann (1957) acerca de las empresas organizadas en Francia, y el que llevó a cabo Joseph LaPalombara (1964) acerca de los grupos de interés italianos.

En la introducción de su estudio acerca de la British Medical Association, Eckstein puntualiza:

En Inglaterra se ejerce considerable presión sobre el poder ejecutivo, en primer lugar, debido a la lógica del gobierno ministerial en un sistema político integrado por dos partidos altamente disciplinados; tal sistema imposibilita cualquier ejercicio reiterado de influencia a través de los miembros del Parlamento, o de manera menos obvia quizá, por medio de los partidos políticos. Segundo, la presión se concentra en el poder ejecutivo porque los grandes alcances y el carácter técnico de las políticas sociales y económicas contemporáneas ocasionó la atribución a la burocracia de un número considerable de funciones [...]

La predominancia de una legislación infraestructural no se debe únicamente a circunstancias (como en el caso de la legislación técnica), sino que también refleja la fuerza del poder ejecutivo que prefiere actuar con relativa libertad. (1960, pp. 18, 20.)

Eckstein señala que los grupos de presión cuidan de no alinearse en el lado equivocado del gobierno, debido a los importantes poderes que tal precaución les confiere sobre sus propios asuntos. Al comentar la interpretación unilateral de Bentley acerca de la influencia de grupos, Eckstein hace la siguiente observación: "Hoy día, en Inglaterra el Estado dispone en forma directa de 40% del ingreso nacional, y este hecho habla por sí solo. Podemos considerar a los sistemas políticos como amalgamas de grupos de presión reales y potenciales, de grupos que, desde una perspectiva política, son meramente 'categóricos', y grupos que realmente han sido incorporados a la política,

sobre todo a través del influjo de políticas públicas, sean éstas efectivamente adoptadas o en riesgo de ser abolidas. En resumen, si la interacción entre grupos políticamente activos produce el gobierno, éste, a su vez, crea grupos políticamente activos" (p. 27).

Según Eckstein, la influencia y efectividad de los grupos de presión dependen en gran medida de la política y organización gubernamental. Su enfoque no es reduccionista ni a la sociedad ni al Estado. Al igual que casi todos sus colegas pluralistas, reconoce en el proceso de gobierno una serie de interacciones entre el Estado y la sociedad.

El estudio que hace Ehrmann (1957) acerca de los grupos empresariales en Francia destaca la tradición del poder administrativo central. Señala la importancia de las industrias nacionalizadas bajo la IV República, del control del dinero y del crédito, de las exportaciones y la convertibilidad, de la fijación de precios por parte del gobierno, y otros elementos similares. Describe, además, las transformaciones de la V República como una transferencia de poderes desde los partidos y el Parlamento hacia los funcionarios y la burocracia. En un lenguaje que agradaría al más "estatista" de los neo-estadistas, Ehrmann reseña los principales triunfos del presidente De Gaulle en contiendas con intereses organizados:

En lo que respecta a las grandes decisiones, por ejemplo, las políticas argelinas o europeas, la liquidación de la African Community (Comunidad Africana) o las preparaciones para la obtención de armamento nuclear, los grupos de presión (algunos de ellos con sólida organización y apoyo financiero) por lo general eran ignorados por el Eliseo y difícilmente podían obtener una audiencia en las oficinas del Primer Ministro [...] En dos terceras partes de sus más sonados conflictos con la *Nationale Assemblée*, el presidente de la República quiso hacer del conocimiento de todos que negaba a los diputados el ejercicio de derechos que les otorgara explícitamente la Constitución, porque el Parlamento obedecía, en realidad, a mandatos del sector agrícola. Tales demostraciones de la fundamental hostilidad del régimen hacia los intermediarios entre '*le pouvoir*' y '*le peuple*' tenían por objeto poner en evidencia su estilo deliberadamente autoritario. (1963, p. 278.)

Asimismo, en su estudio acerca de los grupos de interés italianos, LaPalombara (1964) dedica un capítulo entero a los factores que

permiten a la burocracia italiana resistir a los grupos de presión. Entre estos factores está la cultura de la burocracia, es decir, el concepto que tiene el funcionario del interés general o público cuando enfrenta las declaraciones, lisonjas y amenazas de grupos de interés: "El típico burócrata reconoce que está involucrado en un proceso político y que el concepto de interés público es una de las pocas herramientas de las que dispone para fundamentar una decisión burocrática no sujeta a las estrechas y particularistas consideraciones de grupos de interés" (p. 384). La socialización del burócrata en la organización administrativa contribuye asimismo a su capacidad para resistir a las presiones de intereses especiales. De sus entrevistas con funcionarios italianos, LaPalombara concluye que "cuando grandes números de burócratas creen que su papel exige la aplicación objetiva de la ley, suelen hacerlo con orgullo y con el sentimiento de cumplir con el deber de proteger a la burocracia —y, por tanto, a la nación— contra las fuerzas irracionales y particularistas del país" (p. 388).

La bibliografía que hemos reseñado acerca de las teorías pluralista y de grupos, y de las actividades de grupos de interés en los Estados Unidos de Norteamérica y Europa, ofrece el mejor de los sustentos a la controversia estatista. Después de todo, esta misma bibliografía respalda la influencia de organizaciones "de la sociedad" en la definición de políticas de gobierno. Aun cuando esta bibliografía destaca en general la importancia de los grupos de interés y de presión en la definición de políticas de gobierno, decididamente no respalda la tesis reduccionista. El "paradigma" pluralista no es tan unilateral como el de Skocpol, Krasner y otros teóricos; es, más bien, un modelo bidireccional en el que el Estado influye tanto en la sociedad como ésta en el Estado.

Si los estatistas no encuentran el apoyo necesario en aquella bibliografía que, de hecho, es la más susceptible de sustentar sus tesis; ¿qué hará por ellos la bibliografía general sobre las ciencias políticas de la era pluralista, como la que se publicó en los Estados Unidos de Norteamérica y los libros de texto sobre gobiernos comparativos de los años cincuenta y sesenta? Para demostrarlo, bastan unos cuantos ejemplos. Los dos principales libros de texto estadounidenses del período incluido entre las décadas de los cuarenta y sesenta, escritos

por William Anderson y los clásicos (Frederick) Ogg y (P. Orman) Ray, hacen fuerte hincapié en los poderes de la presidencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Anderson se refiere al poder ejecutivo estadounidense como al "gobierno en todo el sentido de la palabra", con "capacidad para formular programas de acción" (Anderson y Weidner, 1953, p. 578). Ogg y Ray aluden al Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica como al "funcionario electo más poderoso del mundo. Es a la vez el principal formulador de la política de gobierno expresa en la legislación, líder de un importante partido político que aglutina a millares de funcionarios y millones de simpatizantes, artífice supremo de la política extranjera estadounidense [...] director de una de las más formidables maquinarias administrativas jamás creadas [...] comandante en jefe de más de dos millones de uniformados", y así sucesivamente (p. 258).

En un texto de los años sesenta, Austin Ranney describe al presidente como "hacedor de leyes": "Se le considera generalmente como nuestro 'principal legislador' [...] sobre todo porque ha tomado la mayor parte de la iniciativa en el proceso nacional de formulación de estatutos" (1966, p. 442). En otro texto importante acerca del gobierno estadounidense, concretamente, *Government by the People* (1963), de Burns y Peltason, los autores también califican al presidente de "legislador principal" (pp. 424-425). De hecho, los textos de la era pluralista en las ciencias políticas estadounidenses, sin excepción alguna, consideran al presidente como el principal legislador y estadista de la nación.

Los textos sobre administración comparativa de estas décadas destacan, asimismo, la importancia del poder ejecutivo. Carter y Herz (1972) afirman que el poder ejecutivo en las democracias define "los lineamientos esenciales del gobierno en todas las áreas de la administración doméstica y en la política extranjera; se encarga de coordinar las innumerables agencias de aquello que, en la mayoría de las naciones modernas, se ha convertido en la más formidable institución de negocios" —"el sector ejecutivo del gobierno [...] debe haber convenido con una gran variedad de grupos de interés y ser capaz de resistir a presiones poderosas ejercidas por ellos" (p. 152). En el libro de texto de Samuel Beer y Adam Ulam (1964), el capítulo dedicado a Inglaterra considera al Gabinete británico como el centro

mismo del poder; y al servicio civil de alto nivel, como iniciador de casi toda la actividad legislativa (p. 103).

La sabiduría convencional de la bibliografía en ciencias políticas de este periodo destacó la importancia no sólo del Poder Ejecutivo, sino también de la burocracia. Así, Robert Putnam afirma: "Las burocracias públicas, integradas en su mayor parte por servidores civiles permanentes, son responsables por la gran mayoría de las iniciativas tomadas por los gobiernos. La libertad para decidir no sólo acerca de casos individuales, sino también para definir el contenido de la mayoría de las leyes, ha pasado del poder legislativo al ejecutivo. Los burócratas, al monopolizar gran parte de la información relativa a las fallas de políticas existentes, y una parte importante del personal técnico necesario para idear alternativas prácticas, han ganado una gran influencia en la evolución de la agenda de decisiones" (1973, p. 17).

Sería de esperar que los sociólogos fueran más susceptibles de proclamar la preponderancia de la sociedad en el acontecer político, postura que los estatistas han atribuido a los pluralistas y funcionalistas estructurales. Como los sociólogos son especialistas en materia de estructura y procesos sociales, lo lógico sería que tendieran a definir al Estado y a la política en función de la sociedad. En una serie de ensayos acerca de los alcances y contenido de la sociología política desde la década de los cincuenta, S. M. Lipset y William Schneider remontan la historia de esta controversia desde la postura centrada en el Estado de los hegelianos hasta la de Proudhon y Marx, centrada en la sociedad. En Max Weber y los sociólogos políticos posteriores, la secuencia de causalidad apunta en ambas direcciones, y ambos conceptos —el Estado y la sociedad— son desglosados en sus elementos. Según Lipset y Schneider, "La sociología política puede definirse como el estudio de la interrelación de la sociedad y el gobierno, y de estructuras sociales e instituciones políticas. Es importante observar que esta definición no asigna prioridad causal a la sociedad sobre el gobierno; la sociología política no es tan sólo el estudio de aquellos factores sociales que condicionan el orden político. De hecho, las instituciones sociales son por sí mismas estructuras sociales, como a menudo lo son los factores causales independientes que afectan la estructura social extrapolítica" (1973, pp. 400-401).

NOTA SOBRE EL MARXISMO Y EL FUNCIONALISMO
ESTRUCTURAL

La evidencia pertinente a la bibliografía pluralista, tanto teórica como empírica, decididamente no respalda la crítica neoestatista en el sentido de que ésta sustenta un enfoque exclusivo en la sociedad. Sin embargo, los neoestatistas también incluyeron al funcionalismo estructural y al marxismo en su polémica contra semejante postura. Por lo que respecta al marxismo, poca duda cabe de que están en lo cierto. Skocpol asevera que "en el nivel teórico, virtualmente todos los autores neomarxistas que han escrito acerca del Estado retuvieron premisas profundamente centradas en la sociedad, sin atreverse a poner en tela de juicio la postura fundamental de que los Estados son moldeados por clases o luchas de clases, al ser su principal función la de preservar y expandir los modos de producción" (Evans, Rueschemeyer y Skocpol, 1985, p. 5). La reseña presentada por Martin Carnoy (1984) de las teorías neomarxistas del Estado —desde Gramsci hasta Poulantzas y Offe, pasando por Althusser— coincide en general con las conclusiones de Skocpol (1982).

De hecho, David Easton (1981) considera que todo el movimiento de "retorno al Estado" responde a un resurgimiento contemporáneo del marxismo. Alude a tres "advenimientos" marxistas, de los cuales el primero ocurrió en la época en que nació el movimiento marxista, que alcanzó tan sólo superficialmente a los Estados Unidos de Norteamérica durante las dos últimas décadas del siglo XIX. El segundo se realizó durante la Gran Depresión de los treinta. El resultante choque ideológico afectó más profundamente la vida académica y las ciencias políticas estadounidenses. Toda la generación de politólogos de aquella época conoció el efecto de este segundo advenimiento así como las desilusiones de finales de los años treinta y de la década de los cuarenta. Al resurgir por tercera vez, el marxismo enarboló la bandera del movimiento neoestatista —más complejo que en sus primeras dos versiones, pero con algunas de sus mismas dificultades.

La polémica contra el funcionalismo estructural es el tema menos desarrollado del movimiento neoestatista. Se dice que es reduccionista a la sociedad, pero no se presta atención a su aspecto "estruc-

tural" que, a fin de cuentas, tiene que ver con agencias e instituciones estatales. El "funcionalismo" surgió del reconocimiento de que las normas legales o consuetudinarias que definen los poderes de las diferentes instituciones generalmente no lograban abarcar su desempeño y, a menudo, eran bastante engañosas. De ahí que las propiedades de las instituciones no se consideraron como dadas desde un punto de vista normativo, sino sujetas a investigación empírica. Y sobre todo cuando se deseaba comparar a los sistemas políticos de una cultura a otra, había que examinar tanto funciones como estructuras normativas y legales. En ciertos sentidos, el funcionalismo estructural es tan antiguo como la propia ciencia política. Por lo menos desde Montesquieu, la separación de poderes —una teoría funcional estructural— ha constituido un tema central de la teoría política.

DEFINICIONES NEOESTATISTAS DEL ESTADO

Me comprometí a analizar el movimiento estatista con referencia a tres niveles de validez y utilidad. El primero de ellos fue la vehemente postura estatista según la cual el funcionalismo estructural pluralista y el marxismo eran reduccionistas a la sociedad y que no atribuían autonomía al Estado, por lo que no constitufan enfoques válidos para la explicación política. Nuestro análisis de las pruebas disponibles indica que es incorrecta esta caracterización del pluralismo, tanto desde el punto de vista teórico como de la investigación empírica. Hay indicios incontrovertibles de que la bibliografía pluralista reconoce la autonomía gubernamental; de que su lógica explicativa apunta en ambas direcciones, es decir, desde la sociedad hacia el Estado y desde el Estado hacia la sociedad. El noestatismo parece ser una polémica interna del marxismo, supuesto que en las últimas décadas este movimiento intelectual se ha fundamentado en una serie de premisas que obedecen a una postura reduccionista a clases sociales.

Si bien la crítica expresada por los neoestatistas contra la corriente principal de la bibliografía en ciencias políticas no contó con el apoyo de la prueba, puede suceder que el enfoque estatista sea superior al funcionalismo estructural pluralista como esquema de explicación, que especifique mejor los elementos y variables de análisis, que

sea más poderosa su lógica causal, etcétera. Los autores de esta corriente pudieron ser negligentes y errados en su investigación bibliográfica; sin embargo, puede ser superior su diseño de investigación.

Resultó sumamente fecundo el giro desde el institucionalismo al realismo en las ciencias políticas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Dio origen a la producción teórica de autores como Vilfredo Pareto, Max Weber, Émile Durkheim, Woodrow Wilson, James Bryce, Moissaye Ostrogorski, Roberto Michels, Graham Wallas, George Catlin, Charles Merriam, Harold Lasswell y Harold Gosnell, entre otros; a la vasta bibliografía empírica sobre partidos políticos y grupos de presión, así como a lúcidos estudios acerca de instituciones y procesos gubernamentales. Este movimiento "realista" suponía que al despejar y desglosar conceptos generales y difusos, se lograba una comprensión más firme de aquella realidad que los analistas intentaban entender, interpretar y explicar. Podemos comprender mejor los conceptos de libertad, justicia, igualdad y compromisos, si identificamos sus variantes y componentes. Como parte de este movimiento de realismo, se desglosaron conceptos legal-institucionales como el Estado. Se habló de gobiernos o de sistemas políticos con sus diferentes componentes legal-institucionales —funcionarios, burocracias, legislaturas y tribunales— así como de agencias e instituciones de tipo paralegal y extralegal, como partidos políticos, grupos de interés y medios masivos de comunicación.

El movimiento neoestatista pretende invertir esta tendencia y volver a conceptos amplios y relativamente indefinidos como los de Estado y sociedad. Los neoestatistas escriben acerca de "Estados fuertes y débiles" y "sociedades fuertes y débiles"; sin embargo, no está muy claro lo que entienden por fuerza y debilidad. Tales conceptos engloban tantas dimensiones que ellos no pueden esperar que se tome en serio ese enfoque de investigación. De hecho, resulta irónico que el movimiento estatista que constituye su concepto central no esté claramente especificado, o que cuando se especifica, se asemeje mucho a las definiciones que se dan de *gobierno*, *sistema político* y otros términos que abarcan la totalidad de los fenómenos políticos descritos en la bibliografía general de las ciencias políticas.

En su ensayo anterior acerca de las revoluciones, Theda Skocpol ofrece una definición de Estado en la que hace a un lado los esfuerzos

neomarxistas de Miliband, Poulantzas, Anderson, Therborn y Offe porque estos autores no admiten la posibilidad de la autonomía estatal. Ella escribe:

Sólo podemos entender las transformaciones sociales revolucionarias si tomamos en serio al Estado como macroestructura. El Estado bien entendido no es una simple arena en que se libran batallas socioeconómicas. Se trata más bien de una serie de organizaciones administrativas, policíacas y militares encabezadas y, más o menos, coordinadas por una autoridad ejecutiva. La actividad fundamental de cualquier Estado consiste en obtener recursos de la sociedad y utilizarlos para crear y mantener organizaciones coercitivas y administrativas. Desde luego, estas organizaciones estatales básicas son creadas y deben operar en el contexto de relaciones socioeconómicas de clase, así como en la dinámica nacional e internacional. Por otra parte, las organizaciones coercitivas y administrativas son tan sólo partes de sistemas políticos globales. Estos sistemas también pueden contener instituciones en las cuales los intereses sociales son representados mediante la definición de políticas estatales e instituciones que movilizan a agentes no estatales que participen en la instauración de tales políticas. Sin embargo, las organizaciones administrativas y coercitivas forman la base del poder estatal como tal. (1979, p. 29.)

Aquí, Skocpol lucha por librarse del determinismo de clase, propio del marxismo. Llega al extremo de adoptar la metáfora del sistema para acomodar importantes aspectos de la política que no son fácilmente reducibles a organizaciones coercitivas y administrativas. Sin embargo, en trabajos posteriores, vuelve a un concepto cuyos límites y contenido no especifica. Así, en su más reciente formulación (Evans, Rueschemeyer y Skocpol, 1985), elude el problema de definir al Estado. Después de criticar los enfoques marxista y estructural funcional pluralista del Estado, ella elogia enfoques de investigación más "centrados en el Estado", como los de Nettl, Stepan y otros autores. Cita a Max Weber y Otto Hintze como antecesores más remotos del enfoque estatista. Como recurre más a la ilustración que a la especificación, cuesta trabajo distinguir las formas y el grado en que su enfoque centrado en el Estado difiere del tratamiento que dan al Estado y al gobierno Herring, V. O. Key, Eckstein, Ehrmann y los autores de libros de texto estadounidenses. También resulta imposible determinar en qué forma difiere su enfoque del manejo que hace

el funcionalismo estructural de conceptos como los de funcionarios, burocracias, tribunales, partidos y grupos de presión; o cómo se compara con la voluminosa bibliografía de los años sesenta y setenta, la cual, en rigor, no se puede afirmar que pertenezca a ninguno de estos enfoques.

En un capítulo posterior del volumen del *cics* (Evans, Rueschemeyer y Skocpol, 1985), Skocpol presenta, en colaboración con Margaret Weir, varios diagramas del proceso de gobierno. Rechaza a dos que inician el proceso de gobierno con "demandas socialmente arraigadas" o "reconocidos avances intelectuales" en favor de un tercero, que presenta el punto de partida de la explicación de gobierno como "estructuras estatales y legados de gobierno" y en el cual las actividades de políticos y funcionarios así como las demandas de grupos sociales son manejadas como variables interventoras. Aquí, insiste abiertamente en una explicación del proceso de gobierno "centrada en el Estado". Opino que la diferencia más importante está aquí, entre el modelo de interacción Estado-sociedad de la corriente general de las ciencias políticas, y el centrado en el Estado.

En el capítulo 2 del mismo volumen, Dietrich Rueschemeyer y Peter Evans adoptan la definición weberiana de Estado como la agencia que busca y mantiene un monopolio sobre la violencia legítima en un territorio determinado. Tal definición no difiere gran cosa de los esfuerzos de la corriente general de las ciencias políticas por definir al gobierno y al sistema político (véase, por ejemplo, Almond y Coleman, 1960, pp. 6 y 7). Y si uno sabe leer entre líneas la bibliografía estatista, se hace manifiesto que sus definiciones son muy semejantes a las de los demás autores. Por dejar a un lado la bibliografía neomarxista, las conclusiones de Rueschemeyer y Evans concernientes a la relativa complejidad y diversidad de los fenómenos estatales se antojan bastante eclécticas y convencionales: "Reconocemos que en un amplio rango de circunstancias históricas, el Estado tiende —en formas muy variables— a ser la expresión de pactos de dominación, a comportarse como una unidad corporativa, convertirse en una arena de conflictos sociales y presentarse como el guardián de intereses universales" (Evans, Rueschemeyer y Skocpol, 1985, p. 48).

El estudio titulado *Building a New American State*, de Stephen Skowronek (1984), a menudo presentado como breviarío del nuevo

paradigma estatista, no ofrece ninguna definición de Estado. El protagonista de esta importante aportación a la historia administrativa y política estadounidenses no es el "Estado", sino el "gobierno", la "administración", la "burocracia", o bien agencias particulares de gobierno como el Congreso, los tribunales y los partidos políticos.

Stephen Krasner llega mucho más lejos al especificar la esencia del enfoque estatista. Atribuye a la bibliografía estatista reciente cinco características "que la distinguen de orientaciones asociadas con la revolución conductual" (1984, p. 224). Haciéndose eco de una crítica de Theda Skocpol, Krasner opina que el enfoque estatista considera a la política en términos de gobierno y control más que de distribución. Aquí, Krasner parece desconocer la bibliografía relativa a políticas y agencias regulatorias, e ignorar el hincapié que hace la bibliografía funcionalista estructural en los aspectos extractivo, regulador y distributivo de la política. Tampoco menciona el temprano y trascendente trabajo teórico de Lowi (1964), cuya triple clasificación de los tipos de gobierno público —regulador, distributivo y redistributivo— ha ejercido tanta influencia en la investigación empírica en ciencias políticas.

Una segunda característica de la bibliografía es el argumento de que el Estado es un actor por derecho propio. "No puede considerarse como un reflejo de características o preferencias de la sociedad" (p. 225). Ahora, Krasner simplemente repite el mito del reduccionismo a la sociedad, propio del pluralismo.

El tercer argumento de Krasner es que los estudios estatistas hacen mayor hincapié en restricciones institucionales sobre el comportamiento individual. Los estatistas, según Krasner, conceden muy poca libertad e iniciativa al individuo: "Los actores del proceso político, sean individuos o grupos, son prisioneros dentro de estas estructuras que limitan e incluso determinan los conceptos que ellos mantienen de sus propios intereses y recursos políticos" (p. 225). En este punto es probable que Krasner esté en lo cierto. La mayoría de los politólogos adoptarían en este caso una postura minuciosamente determinista.

La cuarta comparación de Krasner implica una visión de los fenómenos políticos dentro de una perspectiva longitudinal e histórica. En ella, se apoya el modelo del árbol de decisiones aplicado a los puntos de decisión histórica, en el sentido de que una decisión en

particular tiende a cerrar otras opciones. Este modelo del árbol de decisiones es, por supuesto, una aportación de la ciencia social conductista. La importancia de la dimensión histórica longitudinal ha sido reconocida desde tiempo atrás por la ciencia política conductista en estudios acerca de la opinión pública y de los procesos electorales, lo mismo que en la bibliografía psicobiográfica política y en el análisis estructural funcional. En fechas más recientes, analistas de orientación conductista del Congreso, como Polsby (1968), Lawrence Dodd (1986a, 1986b) y Cooper y Brady (1981) han explotado las posibilidades del enfoque histórico.

El quinto y último argumento de Krasner asevera que la ciencia política conductista tiende a considerar el acontecer político en términos de equilibrio, proceso y compatibilidad, y deja de apreciar la importancia de los conflictos y tensiones. Ello difícilmente encaja en la historia del pluralismo. Éste, como teoría normativa, nació de la lucha de grupos económicos, religiosos y étnicos contra el Estado soberano y opresor, así como de intentos por conquistarlo a fin de aprovechar sus poderes coercitivos en el interés de clases y grupos explotados. La lucha entre grupos de presión descrita por Herring, Odegard, Schattschneider, Key y otros autores, se desarrolló precisamente a la manera de una máquina bien engrasada. La investigación acerca de la cultura política y las teorías consociacional, corporativista, del desarrollo, y de la modernización, manejan al conflicto como un tema central.

Así, puede afirmarse que, con excepción del determinismo en el sentido estructural de la palabra, Krasner postuló una serie de propiedades que no distinguen a los estudios estadísticos del acervo general de la bibliografía en ciencias políticas.

REFLEXIONES CONCLUSIVAS

Se puede observar que en dos de los tres campos mencionados, el movimiento estatista está equivocado. Las pruebas que existen no justifican que califique de reduccionista a la sociedad, a los enfoques estructurales funcionales pluralistas. Su aseveración de que un enfoque estatista difiere tanto de las posturas prevalecientes en la corriente general de las ciencias políticas y un mejor acercamiento a

una explicación política, tampoco convence. Se muestra demasiado prolijo o alusivo en su formulación de lo que es estatismo o sus definiciones son, en todo caso, indistinguibles de los fenómenos políticos por el funcionalismo "conductual" o estructural. Puede ser más revelador el hecho de que, al exacerbar sus críticas contra los anteriores enfoques sobre las ciencias políticas, los estatistas cayeran en la trampa de desatender variables extraestatales como los partidos políticos, grupos de interés y medios masivos de comunicación. Desde este punto de vista, su modelo de explicación política resulta inferior a los que ellos critican.

A pesar de que el estatismo fracasa en su polémica contra el reduccionismo pluralista, y no convencen sus formulaciones positivas, tiene puntos positivos en un tercer plano: el "heurístico". Es un hecho en la historia del saber que el "remover las cosas", incluso en una iniciativa intelectual sin mérito sustantivo, a menudo resulta provechoso. Las disciplinas académicas se caracterizan por recorrer una y otra vez caminos trillados, volverse repetitivas o empantanarse en modificaciones intrascendentes o enmiendas improcedentes. Una rabieta académica puede servir para sacudir la apatía y alertar la mente a nuevas posibilidades.

Aparte de retener la atención y suscitar adaptaciones semánticas por parte de muchos académicos, puede argüirse que el estatismo atrajo la atención hacia la historia de las instituciones, y en particular, de la administración, como temas de investigación en ciencias políticas. Tanto mejor. Pero si esto es, a fin de cuentas, el mayor logro de este episodio intelectual, entonces cabe preguntarnos por qué no se investigó la bibliografía perteneciente a las instituciones y la administración. ¿Por qué no se mencionan los cuatro volúmenes dedicados a la historia de la administración en los Estados Unidos de Norteamérica, de L. D. White; a saber: *The Federalists* (1956), *The Jeffersonians* (1951), *The Jacksonians* (1954) y *The Republican Era, 1868-1901* (1958)? ¿Por qué no se cita *Trends in Public Administration* de White (1933)? Y entre los escritos más recientes, ¿por qué no se habla de *Bureaucracy and Political Development*, de LaPalombara (1963), *Elites in French Society*, de Ezra Suleiman (1978), *The European Administrative Elite*, de John Armstrong (1973), o *Comparative Study of Political Elites*, de Robert Putnam (1976)?

Si acaso esta bibliografía adolece de alguna falla grave —y estoy

seguro de que los estatistas, con sus antecedentes básicamente neomarxistas y centrados en las relaciones internacionales, tienen algo nuevo que aportar a la tradición de la historia de las instituciones—no por ello deja de ser una regla fundamental de la academia el que se investigue a fondo la bibliografía relativa a un tema antes de pretender mejorarla. Sin embargo, puede argüirse que el movimiento estatista desempeñó un papel constructivo en este sentido, aunque a un costo verdaderamente exorbitante e innecesario. Se incitó a una generación de jóvenes analistas a que desecharan gran parte de su legado académico mediante poco más o menos que una despedida paradigmática. Además, se les instó a que adoptaran una ambigua fraseología en vez de una tradición de rigor operacional arduamente adquirida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almond, Gabriel A., y James S. Coleman (1960), *The Politics of the Developing Areas*, Princeton, Princeton University Press.
- Anderson, William, y Edward Weidner (1953), *American Government*, 4a. ed., Nueva York, Henry Holt.
- Armstrong, John A. (1973), *The European Administrative Elite*, Princeton, Princeton University Press.
- Barker, Ernest (1930), *Church, State, and Study: Essays by Ernest Barker*, Londres, Methuen.
- Bauer, Raymond, Ithiel Pool y Lewis Dexter (1963), *American Business and Public Policy*, Nueva York, Random House.
- Bentley, Arthur F. (1908), *The Process of Government*, Chicago, University of Chicago Press.
- (1967), *The Process of Government*, Peter Odegard (comp.), Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Burns, James M., y J. W. Peltason (1963), *Government by the People*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall.
- Carnoy, Martin (1984), *The State and Political Theory*, Princeton, Princeton University Press.
- Carter, Gwendolyn, y John Herz (1972), *Government and Politics in the Twentieth Century*, Nueva York, Praeger.
- Coker, Francis (1934), "Pluralism", *Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan.
- Cooper, Joseph, y David Brady (1981), "Toward a Diachronic Analysis of Change", *American Political Science Review* 75, pp. 998-1006.

- Dahl, Robert A. (1961), *Who Governs?*, New Haven, Yale University Press.
- Dodd, Lawrence (1986a), "The Cycles of Legislative Change: Building a Dynamic Theory", en *Political Science*, Herbert Weissberg (comp.), Nueva York, Agathon.
- (1986b), "A Theory of Legislative Cycles", en *Congress and Policy Change*, Gerald Wright, Leroy Riesselbach y Lawrence Dodd (comps.), Nueva York, Agathon.
- Duguit, Léon (1919), *Law in the Modern State*, trad. por H. J. Laski, Nueva York, Huebsch.
- Durkheim, Émile (1950), *Les règles de la méthode sociologique*, París, Presses universitaires de France.
- Easton, David (1981), "The Political System Besieged by the State", *Political Theory* 9, pp. 103-925.
- Eckstein, Harry (1960), *Pressure Group Politics: The Case of the British Medical Association*, Stanford, Stanford University Press.
- Ehrmann, Henry (1957), *Organized Business in France*, Princeton, Princeton University Press.
- (1963), "Bureaucracy and Interest Groups in Fifth Republic France", en *Faktoren der Politischen Entscheidung*, Erns Fraenkel (comp.), Berlín, Gruyter.
- Evans, Peter, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (comps.) (1985), *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Figgis, John Neville (1914), *Churches in the Modern State*, Londres, Longmans.
- Garson, G. David (1974), "On the Origins of Interest-Group Theory: A Critique of a Process", *American Political Science Review* 68, pp. 1505-1519.
- (1978), *Group Theories of Politics*, Beverly Hills, Sage.
- Gierke, Otto (1900), *Political Theory of the Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Golembiewski, Robert J. (1960), "The Group Basis of Politics, Notes on Analysis and Development", *American Political Science Review* 54, pp. 962-971.
- Herring, Edward Pendleton (1936), *Public Administration and the Public Interest*, Nueva York, McGraw-Hill.
- Kariel, Henry (1968), "Pluralism", *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan.
- Key, Vladimir O., Jr. (1952), *Politics, Parties, and Pressure Groups*, Nueva York, Crowell.
- Krasner, Stephen (1984), "Approaches to the State: Alternative Conceptions and Historical Dynamics", *Comparative Politics* 16, pp. 223-246.
- LaPalombara, Joseph (1963), *Bureaucracy and Political Development*, Princeton, Princeton University Press.

- Laski, Harold (1917), *Studies in the Problems of Sovereignty*, New Haven, Yale University Press.
- (1919), *Authority in the Modern State*, New Haven, Yale University Press.
- Latham, Earl (1952), "The Group Basis of Politics: Notes for a Theory", *American Political Science Review* 46, pp. 376-397.
- Lindsay, Alexander D. (1929), *The Essentials of Democracy*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Lipset, Seymour Martin, y William Schneider (1973), "Political Sociology", en *Sociology: An Introduction*, Neil Smelser (comp.), Nueva York, John Wiley.
- Lowi, Theodore (1964), "American Business, Public Policy, Case-Studies, and Political Theory", *World Politics* 16, pp. 677-715.
- (1969), *The End of Liberalism: Ideology, Policy, and the Crisis of Public Authority*, Nueva York, W. W. Norton.
- McFarland, Andrew (1987), "Interest Groups and Theories of Power in America", *British Journal of Political Science* 17, pp. 129-147.
- Nettl, J. P. (1968), "The State as Conceptual Variable", *World Politics* 20, pp. 559-592.
- Nordlinger, Eric (1981), *On the Autonomy of the Democratic State*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- (1987), "Taking the State Seriously", en *Understanding Political Development*, Myron Weiner y Samuel Huntington (comps.), Boston, Little, Brown.
- Ogg, Frederick, y P. Orman Ray (1959), *Essentials of American Government*, William Young (comp.), 8a. ed., Nueva York, Appleton-Century-Crofts.
- Polsby, Nelson W. (1968), "The Institutionalization of the U.S. House of Representatives", *American Political Science Review* 62, pp. 144-148.
- Putnam, Robert (1973), "The Political Attitudes of Senior Civil Servants in Western Europe", *British Journal of Political Science* 3, pp. 257-297.
- (1976), *The Comparative Study of Political Elites*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall.
- Ranney, Austin (1966), *The Governing of Men*, Nueva York, Holt and Rinehart.
- Sabine, George (1934), "The State", *Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan.
- Schattschneider, Elmer (1942), *Party Government*, Nueva York, Farrar and Rinehart.
- Skocpol, Theda (1979), *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1982), "Bringing the State Back In", en *Items*, vol. 36, Nueva York, Social Science Research Council.
- Skowronek, Stephen (1984), *Building a New American State*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Stepan, Alfred (1978), *State and Society: Peru in Comparative Perspective*, Princeton, Princeton University Press.
- Suleiman, Ezra (1978), *Elites in French Society*, Princeton, Princeton University Press.
- Truman, David (1951), *The Government Process*, Nueva York, Knopf.
- (1968), "Political Group Analysis", *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan.
- Watkins, Frederick (1968), *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan.
- White, Leonard D. (1933), *Trends in Public Administration*, Nueva York, McGraw-Hill.
- (1951), *The Jeffersonians*, Nueva York, Macmillan.
- (1954), *The Jacksonians*, Nueva York, Macmillan.
- (1956), *The Federalists*, Nueva York, Macmillan.
- (1958), *The Republican Era, 1868-1901*, Nueva York, Macmillan.
- Wilson, James Q. (comp.) (1981), *The Politics of Regulation*, Chicago, University of Chicago Press.

IX. EL DESARROLLO DEL DESARROLLO POLÍTICO*

DURANTE los dos decenios que transcurrieron entre mediados de la década de los cuarenta y el mismo periodo de la de los años sesenta, puede afirmarse que los estudios políticos comparativos y sobre el desarrollo estaban en expansión. Llevados a cabo principalmente en los Estados Unidos de Norteamérica e iniciados en un momento en que se realizaban importantes avances en las ciencias sociales, tales estudios intentaron interpretar la reconstrucción de los gobiernos y las economías de Europa a partir del final de la guerra, así como la explosión de naciones y los intentos de modernización en el Tercer Mundo.

ESTUDIOS SOBRE EL DESARROLLO

Los estudios sobre el desarrollo en el Tercer Mundo acapararon los esfuerzos y consolidaron las reputaciones de una generación entera de politólogos, economistas, sociólogos, antropólogos y otros especialistas en ciencias sociales. Durante las décadas de los cincuenta y sesenta, una primera corriente de investigaciones se centró en las nuevas naciones de Asia y África. Y ocupó la atención de los jóvenes candidatos a doctorado y los investigadores con posdoctorado —David Apter (1955, 1961), Leonard Binder (1961, 1962), Henry Bienen (1967), James Coleman (1958), Lucian Pye (1956, 1962), Dankwart Rustow (1957), Richard Sklar (1963), Robert Ward, Richard Beardsley y John Hall (1959), Crawford Young (1965), Myron Weiner (1957, 1962), Aristide Zolberg (1963) son algunos de estos autores. Aquellos entonces jóvenes académicos produjeron los primeros estudios monográficos con fundamento teórico acerca de naciones como Ghana,

* De Gabriel A. Almond, "The Development of Political Development", en Myron Weiner y Samuel P. Huntington (comps.), *Understanding Political Development*. Todos los derechos reservados © 1987 por Scott, Foresman, Inc. Reproducción autorizada.

Uganda, Nigeria, Costa de Marfil, Congo, Tanzania, Turquía, Irán, India, Pakistán, Japón, Malasia y Birmania, por citar algunos de los más importantes.

Durante este mismo periodo, un grupo de sociólogos políticos y politólogos aficionados a los números que trabajaban con información estadística de naciones contemporáneas, desarrollaron y probaron hipótesis relacionadas con diversos aspectos de la modernización, como son industrialización, urbanización, educación y expansión de los medios masivos de comunicación, por una parte y la movilización política y la democratización, por la otra. Entre ellos figuran Daniel Lerner (1958), Seymour Martin Lipset (1959), James Coleman (1960) y Karl Deutsch (1961), quienes presentaron a finales de los años cincuenta hipótesis relacionadas con la "movilización social" en diversas versiones, seguidos por Philips Cutright (1963), Deane Neubauer (1967), Donald McCrone y Charles Cnudde (1967), y otros, quienes imprimieron un sello de precisión y refinamiento estadístico a tales relaciones.

Historiadores económicos y economistas en particular sintieron un vivo interés por los problemas y perspectivas del Tercer Mundo y produjeron una copiosa bibliografía, de la cual podemos citar los estudios realizados por Alexander Gerschenkron (1953, 1962), Simon Kuznets (1955, 1959), Bert Hoselitz (1952), Max Millikan (1967; véase también Millikan y Blackmer, 1961), Edward Mason (1958), W. A. Lewis (1955), Hollis Chenery (1955), Gerald Meier (1964; véase también Meier y Baldwin, 1957), Walt W. Rostow (1960), Albert Hirschman (1958), Everett Hagen (1962, 1968), y otros. Los historiadores económicos se interesaron en las implicaciones que la experiencia occidental tenía para la industrialización y desarrollo en el Tercer Mundo, en tanto que los economistas estudiaron cuestiones de estrategia y planificación para el desarrollo, problemas de transferencia tecnológica, economía del desarrollo agrícola, actividad empresarial en el Tercer Mundo y temas similares.

Las naciones "nuevas", "emergentes", "subdesarrolladas", "en vías de desarrollo" o como se prefiera llamarlas, desafiaron los dotes de clasificación y la imaginación teórica de los científicos sociales de Occidente. En este esfuerzo colectivo por esclarecer las perspectivas del Tercer Mundo, aportaron ideas y conceptos de la Ilustración y de la teoría social del siglo XIX y principios del XX, con los cuales se intentó

interpretar la modernización europea y estadounidense. El "progreso" anticipado por la Ilustración —la expansión del saber, el desarrollo tecnológico, el logro de más altos niveles de bienestar material, el surgimiento de gobiernos justos, humanitarios y liberales y el perfeccionamiento del espíritu humano— atraía al Tercer Mundo recién liberado del colonialismo y de la explotación, y que luchaba por desechar sus anacronismos. Los académicos de los años cincuenta y sesenta enfrentaban el reto de predecir en qué forma aquellas nuevas naciones en vías de desarrollo accederían a la modernidad.

Entre los teóricos sociales y políticos que contribuyeron con esta bibliografía, se encontraban optimistas Condorcets lo mismo que escépticos Voltaires. Algunos estaban convencidos, como lo indica Robert Packenham (1973), de que todas las cosas buenas vienen juntas y que la ciencia, la tecnología, la industria, y la democracia conformaban un proceso integral, en tanto que otros, como Hirschman (1958), Samuel Huntington (1965), S. N. Eisenstadt (1964) y el propio Packenham anticipaban desequilibrios, deterioro, rompimientos, y un lento y penoso proceso de avance. Las ideas, hipótesis y categorías analíticas sustentadas por aquellos teóricos, provenían de Karl Marx, Sir Henry Maine (1883), Max Weber (1918-1979), Ferdinand Toennies (1887-1957), Émile Durkheim (1893-1933) y otros autores del siglo XIX y principios del XX. Un grupo de estudiosos del desarrollo siguió la tradición sociológica histórica de Weber, al destacar la especialización estructural y la secularización cultural. Entre ellos se encuentran Eisenstadt (1964), Reinhard Bendix (1964) y Gunther Roth (1971).

Al organizar gran parte de esta bibliografía, Talcott Parsons ejerció una gran influencia en la labor de conceptualización de los teóricos del desarrollo (1937; Parsons y Shils, 1951). Su ambicioso proyecto de unificación de las ciencias sociales, sus conceptos de sistema y función, de interacción entre cultura y personalidad, lo mismo que sus categorías de propositividad, se reflejan en los escritos de los teóricos del micro y macrodesarrollo. Algunos de estos autores hicieron especial hincapié en los factores psicológicos que intervenían en los procesos de modernización —actitudes, valores y características de personalidad. Entre ellos se encuentran David McClelland y sus discípulos (1953, 1961), Pye (1962; Pye y Verba, 1965), Hagen (1962), Lerner (1958) y en fechas más recientes, Alex Inkeles y David

Horton Smith (1974). Otros investigadores destacaron la importancia de las instituciones en los procesos de desarrollo, tanto específicas como la burocracia (Braibanti, 1966; Eisenstadt, 1962) como de interacciones entre ellas (Sutton, 1954; Riggs, 1957; Shils, 1960; Almond, 1956; Almond y Coleman, 1960; Almond y Verba, 1963; Apter, 1965). Aun cuando estos autores resaltaron los aspectos macro y micro del desarrollo y la modernización, la mayoría de ellos reconocieron la importancia de ambos niveles.

Algunos analistas formularon y probaron hipótesis específicas de desarrollo; una de ellas es la explicación de "movilización-institucionalización" propuesta por Huntington (1968) para el orden y el colapso políticos, o la teoría de las transiciones históricas hacia la democracia de Rustow (1967, 1970), o la teoría sobre las condiciones de la poliarquía de Robert Dahl (1971) y por último la interpretación de Robert Holt y John Turner (1966) sobre el crecimiento en Inglaterra y Japón en contraste con el mismo proceso en Francia y China, en función de las consecuencias económicas contraproducentes de la poderosa regulación estatal ejercida en estos dos últimos países. Un grupo de autores presentó teorías lineales de la modernización económica y política. Walter W. Rostow fue el primero en incursionar en este género con *The Stages of Economic Growth* (1960), seguido por Cyril Black (1966) con su esquema socioeconómico y político de las "fases de la modernización" y A. F. K. Organski (1965), autor de *The Stages of Political Development*. Rostow (1971) publicó posteriormente una versión ampliada de su argumentación, en la que incluyó los prerrequisitos políticos del crecimiento económico. Una ponencia de Samuel Huntington y Jorge Domínguez (1975), resume la mayoría de estos diferentes enfoques del desarrollo político.

En una evaluación de la productividad intelectual de estas décadas, Francis X. Sutton (1982), ejecutivo de la Fundación Ford desde 1954, aludió a "aquella exultante expansión del saber internacional que ha constituido uno de los grandes triunfos académicos de nuestra época". Como resultado de estos esfuerzos, puntualiza, "el mundo académico se ha convertido en una gigantesca bodega de lo que otrora fueran nichos de especialización dispersos en todo este país, lo cual dio por resultado la proliferación de trabajos intelectuales sobre sitios remotos".

TRABAJOS PERTINENTES AL DESARROLLO POLÍTICO

En el contexto de esta explosión de creatividad, el Committee on Comparative Politics (Comité sobre Política Comparativa) del Social Science Research Council (Consejo de Investigación en Ciencias Sociales) inauguró un programa de conferencias y publicaciones destinadas a compendiar el saber y la erudición existentes acerca de problemas y esquemas de desarrollo. La planificación de esta serie de trabajos nació de la convicción de que el desarrollo en el Tercer Mundo exigía no solamente una miscelánea de políticas económicas, sino también instituciones políticas capaces de movilizar y actualizar recursos materiales y humanos. Las variables políticas se consideraban tan importantes como las económicas; de hecho, una premisa del programa era que no podía haber desarrollo económico sin desarrollo político. El primer programa de esta serie fue sobre medios y procesos de comunicación y desarrollo político. Se inauguró con una conferencia dirigida por Lucian Pye en 1961 y culminó con el primer volumen de la *Political Development Series* (Serie sobre Desarrollo Político) (Pye, 1963). Este libro incluyó discusiones teóricas sobre las relaciones existentes entre las comunicaciones y el desarrollo político, así como estudios de caso sobre patrones de comunicación en Japón, Turquía, Irán, Tailandia y China continental. Entre los temas desarrollados figuran el papel de los medios masivos de comunicación en la transformación de las actitudes, los esquemas de comunicaciones en diversas regiones del Tercer Mundo y el papel desempeñado por los intelectuales en los procesos de modernización.

El segundo volumen, editado por Joseph LaPalombara (1963), trató sobre el papel de la burocracia en los procesos de modernización y desarrollo, e incluye capítulos dedicados a cuestiones teóricas, históricas, regionales y nacionales. Los temas estudiados abarcaron las tensiones entre la burocratización y la democratización, el lugar de la burocracia en el desarrollo político de Europa y la experiencia del Tercer Mundo en el reclutamiento y formación de funcionarios gubernamentales. El tercer volumen, editado por Robert Ward y Dankwart Rustow (1964), tomó dos casos relativamente exitosos de desarrollo fuera del área europea-norteamericana —Japón y Turquía— y los comparó desde los puntos de vista histórico, institu-

cional y cultural. El cuarto volumen, editado por James Coleman (1965) abarcó el proceso central de la modernización —la educación— y examinó su importancia para el desarrollo económico y político en varios tipos de sociedades en donde se aplicaban diferentes estrategias educativas y de desarrollo.

El quinto volumen, editado por Lucian Pye y Sidney Verba (1965), se concentró en la cultura y desarrollo político; en él comparó los prototipos de actitudes de diez naciones europeas y del Tercer Mundo, y se consideraban las consecuencias de estos modelos culturales en el desarrollo industrial y la democratización. El sexto volumen, editado por LaPalombara y Myron Weiner (1966), trata sobre partidos políticos, sistemas de partidos y grupos de interés en Europa occidental, Estados Unidos de Norteamérica y algunos países del Tercer Mundo, y explora el papel y las potencialidades de grupos políticos en sus procesos económicos y de desarrollo político.

Los objetivos de estos primeros seis volúmenes fueron modestos: se trató sencillamente de presentar, con base en los conocimientos ya existentes en los Estados Unidos de Norteamérica y otros países, un análisis "actualizado" del papel desempeñado por las instituciones y los procesos políticos en sociedades en vías y desarrolladas. Para los estudiosos de la política comparativa y del desarrollo político en las décadas de los sesenta y setenta, estos volúmenes se convirtieron en fuentes de referencia mundialmente autorizadas sobre instituciones comparativas —burocracia, partidos, cultura política, así como instituciones y procesos educativos y de comunicación.

Los últimos tres volúmenes de la serie perseguían objetivos más ambiciosos. Dos de ellos —los volúmenes 7 y 9— formaban parte de un proyecto teórico encaminado a presentar y probar una teoría particular del desarrollo político. El volumen 7, titulado *Crises and Sequences in Political Development* (Crisis y secuencias en el desarrollo político, 1971), fue escrito por seis de los miembros del Comité, es decir, por Leonard Binder, James Coleman, Joseph LaPalombara, Lucian Pye, Sidney Verba y Myron Weiner. Estos autores plantearon que los esquemas de desarrollo podían explicarse por la forma en que las naciones y sociedades enfrentaban y daban solución a una serie común de problemas propios de la edificación del Estado y de la nación. La forma que tomaban dichos problemas y retos y la secuencia en que ocurrían aquellas "crisis" restringían, cuando no determi-

naban, el desarrollo estructural y cultural de los sistemas políticos. Los cinco problemas, o "crisis del desarrollo", como llegó a llamárseles, eran la identidad nacional, la legitimidad, la participación, la penetración y la distribución. Los capítulos más importantes del volumen 7 tratan sobre estas crisis individuales, en el contexto de la experiencia histórica y contemporánea. El libro incluye, además, otros tres capítulos más generales (escritos por Binder, Coleman y Verba) en los que se presenta, analiza y evalúa la hipótesis de "crisis y secuencia" desde diversas perspectivas.

El volumen 9 conjugó el trabajo de unos diez historiadores, a quienes se les solicitó probar dicha hipótesis con base en la experiencia histórica de la mayoría de los países de Europa, así como de los Estados Unidos de Norteamérica (Grew, 1978). Dadas las diferentes metodologías empleadas por los historiadores y los politólogos, el volumen 9 ha de considerarse como un experimento interdisciplinario particularmente logrado. Contribuyeron en su redacción distinguidos historiadores, quienes tomaron muy en serio sus obligaciones y produjeron un excepcional tratado comparativo sobre la construcción de los Estados y las naciones. Concluyeron, además, que el marco teórico de referencia presentado en el volumen 7 era instructivo y de gran utilidad para describir los patrones de desarrollo de las naciones o grupos de naciones objetos de su análisis. En un penetrante ensayo introductorio, Raymond Grew resume y reformula el enfoque de "crisis y secuencia" para proponer una agenda de investigación basada en esta iniciativa. Para él, la noción de un orden secuencial en aquellas crisis debía ser rechazada, propuesta que el volumen 7 ya ponía en tela de juicio.

El volumen 8 abordó el tema del desarrollo político desde una perspectiva histórica empírica (Tilly, 1975). Como los países del Tercer Mundo se encontraban casi todos inmersos en el proceso de crear Estados centralizados a partir de cúmulos de estructuras tribales y tradicionales, la experiencia histórica de la construcción de Estados en Europa podía servir para entender mejor aquellos problemas y procesos contemporáneos. El historiador y sociólogo Charles Tilly fue designado para dirigir esta iniciativa con el apoyo de varios historiadores y politólogos europeos. De la misma manera que en los volúmenes 7 y 9, la construcción de los Estados se consideró como una consecuencia de esfuerzos históricos para enfrentar una serie

de problemas críticos, como la defensa contra agresiones externas, el mantenimiento del orden interno, el suministro de alimentos y otros bienes esenciales, y la captación de recursos para éstos y otros propósitos. El mecanismo de edificación del Estado mediante el reclutamiento y la formación de personal civil y militar, así como su organización en burocracias, nacieron de esfuerzos por enfrentar estos problemas de defensa, orden interno, captación de recursos y control de gastos. La forma en que dichos problemas se presentaron y fueron manejados, ayudó a explicar las diferencias observadas entre instituciones políticas en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, España y otros países considerados en ese libro. Los autores del volumen 8 concluyeron que la experiencia histórica europea podía esclarecer algunos aspectos de la edificación de Estados en el Tercer Mundo y que ésta tendía a ser un proceso genérico basado en la concentración de capacidades de captación, regulación y distribución. En Europa, estos avances ocurrieron en el contexto de luchas civiles e internacionales casi ininterrumpidas —en que el poder coercitivo requería de la captación de recursos y la regulación de comportamientos, los cuales, a su vez, dependían de la actividad de personal entrenado y de las organizaciones burocráticas.

LA INVESTIGACIÓN ACERCA DEL DESARROLLO COMO IDEOLOGÍA

Tan abundante bibliografía no se presta a caracterizaciones sencillas, ya que cuenta con una gran diversidad metodológica; hay estudios sociológico-históricos de tipo weberiano, como los de Eisens-tadt (1961), Bendix (1964) y Roth (1971); análisis parsonianos como los de Sutton (1954) y Riggs (1957); métodos estadísticos (Neubauer, 1967 y McCrone y Cnudde, 1967); psicológicos (McClelland *et al.*, 1953), y modelos de elección racional como los empleados por Har-sanyi (1969) y mucho más tarde por Popkin (1947-1979). Desde el punto de vista político, incluye trabajos de analistas con expectativas relativamente ingenuas de democratización en el Tercer Mundo, lo mismo que de escépticos y pesimistas que predecían el advenimiento de regímenes autoritarios. Conforme la guerra de Vietnam ocasionó divisiones en los círculos académicos estadounidenses, incorporan-

do aportaciones de "halcones" y "palomas", y cuando la mayoría de las nuevas naciones en desarrollo enfrentaron dificultades y cayeron bajo la férula de regímenes autoritarios y militares, se desvanecieron el optimismo y la esperanza, y decayó el interés, junto con la productividad y la creatividad.

A mediados de la década de los sesenta, nació una ola de crítica contra la investigación acerca del desarrollo, que equiparaba a la corriente general de las ciencias sociales y a la política comparativa al imperialismo y neocolonialismo estadounidenses. Se le calificó de bibliografía inhumana y "positivista", propia de un clima de Guerra Fría y defensora de una ideología parecida a la que sustentara la guerra de Vietnam. La actitud política de aquellos críticos variaba desde la de un Mark Kesselman, con una perspectiva de izquierda moderada, hasta el marxismo más radical de Suzanne Bodenhimer (ahora Jonas), pasando por la propia de teóricos de la "dependencia" como Fernando Cardoso, André Gunder Frank y otros.

En un artículo de reseña publicado en 1973, Mark Kesselman estima que la bibliografía sobre política comparativa pertinente al desarrollo político se preocupa ante todo por el orden y la estabilidad, y predice un esquema etnocéntrico estadounidense de crecimiento económico, democratización y desideologización en las nuevas naciones del Tercer Mundo. Kesselman cita como ejemplos de estas tendencias *Political Order in Changing Societies*, de Huntington (1968), y *Crises and Sequences in Political Development*, de Binder *et al.* (1971), de la serie del Social Science Research Council (Consejo de Investigación en Ciencias Sociales). Sin embargo, también considera la mucho más abundante bibliografía relativa al desarrollo político. Señala que "un enfoque (con numerosas variaciones) predomina en la política comparativa; a saber, la persecución del orden" (p. 153).

En una crítica mucho más arrolladora, Suzanne Bodenhimer (1970) escribió acerca de la "ideología del desarrollismo" que invadió la bibliografía pertinente a la política comparativa, la teoría sociológica y la ciencia política conductual. Atribuyó a la bibliografía sobre desarrollo político cuatro fallas epistemológicas que la llevaron a cuatro errores teóricos. Tales fallas epistemológicas consistieron en creer (1) en la factibilidad de una ciencia social objetiva y libre de ideología, (2) en que el conocimiento era acumulable; (3) en leyes universales en las ciencias sociales y en que (4) estas versiones de las

ciencias sociales eran exportables a países del Tercer Mundo. Estas fallas epistemológicas originaron los errores teóricos de creer en la posibilidad de un desarrollo aumentativo y objetivo, en un cambio estable y ordenado, en la difusión del desarrollo desde el Occidente hacia regiones tercermundistas, así como en la decadencia de la ideología revolucionaria y la expansión del pensamiento pragmático y científico.

Esta caracterización de la bibliografía sobre el desarrollo como etnocéntrica, proyectiva, quietista y unilineal y como criada intelectual del capitalismo y del imperialismo, surgió principalmente de los trabajos de teóricos marxistas, en su mayoría latinoamericanos. En un artículo publicado a finales de la década de los sesenta, titulado "Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología", André Gunder Frank (1969) presenta una reseña de la bibliografía estadounidense acerca del desarrollo, incluyendo desde Weber hasta Parsons, Hoselitz, Rostow, McClelland y otros muchos autores. Frank "examina el ropaje científico social del emperador estadounidense y expone la desnudez científica oculta debajo de aquella farsa ideológica" (p. xi). Se trata, en su opinión, de una teoría que imputa una serie de propiedades modernas al Occidente y condiciona la modernización del Tercer Mundo a la difusión de aquellas características al resto del mundo; "una parte de este sistema, integrada por los países de Europa occidental y América del Norte, se difunde y ayuda a la otra parte, radicada en Asia, África y América del Sur, a desarrollarse" (p. 11).

Cardoso y Faletto (1979) arguyen que "en casi todas las teorías de la modernización, se supone que el curso tomado por los sistemas políticos, sociales y económicos de Europa occidental y de los Estados Unidos de Norteamérica permite predecir el futuro de los países subdesarrollados. Este 'proceso de desarrollo' consistiría en recorrer e incluso reproducir las diversas etapas que caracterizaron la transformación social de aquellos países". (p. 11).

Esta caracterización de la teoría de la modernización se repite en los escritos de analistas estadounidenses del desarrollo latinoamericano. Así, Ronald Chilcote y Joel Edelstein (1974) afirman que el "modelo difusionista" de la bibliografía estadounidense describe un proceso en el cual "el progreso se logrará mediante la expansión del modernismo hacia regiones atrasadas, arcaicas y tradicionalistas.

Gracias a la difusión de tecnologías y capital, esas regiones forzosamente habrán de evolucionar de un Estado tradicional hacia uno moderno" (p. 3). Asimismo, en un artículo reciente, Samuel y Arturo Valenzuela (1978) imputan a la bibliografía relativa al desarrollo la opinión de que "en el proceso de modernización, todas las sociedades han de experimentar cambios comparables" y de que "la historia de las naciones modernas en la actualidad es tomada como la fuente de conceptualizaciones universalmente válidas" (p. 538). Esta percepción de la bibliografía sobre desarrollo político de aquellas décadas como burdamente etnocéntrica, encuentra cabal expresión en un ensayo de Joel Migdal (1983) acerca del estado actual de los estudios sobre este tema. Y nuevamente, un reciente artículo de Tony Smith (1985) caracteriza al paradigma desarrollista "como 'unilineal' o 'etnocéntrico' en su concepción del cambio; dicho en otras palabras, proyectó una vía o continuo de desarrollo relativamente inflexible, en el que propenderían a converger formas sociales y políticas, de modo que el modelo de desarrollo occidental bien pudiera servir de modelo para entender las transformaciones que se verifican en el Sur" (p. 537).

El juicio de que aquella bibliografía principalmente estadounidense presentó un modelo monolítico y unilineal de desarrollo político y proyectó valores angloamericanos y capitalistas hacia el mundo externo, no resiste ni siquiera a una lectura superficial. Limitándonos a la mencionada serie de escritos sobre desarrollo político, que fue uno de los productos más notables de aquella bibliografía, resulta interesante observar que en el primer volumen de dicha serie y en un primer esfuerzo por especificar la esencia de la modernización y del desarrollo, Pye (1963) presentó un comentario por demás prudente, al que cabe citar a la luz de la imagen "etnocéntrica y unilineal" proyectada por aquellos críticos:

En años recientes, ha habido una conspicua y ansiosa búsqueda de términos aceptables para identificar y describir a aquellas sociedades no industrializadas del mundo que se han convertido o están próximas a convertirse en naciones soberanas. Hemos empleado con grados variables de satisfacción calificativos como "atrasados", "no occidentales", "subdesarrollados", "en vías de desarrollo" y "emergentes". Desde luego, gran parte del problema surge de nuestra preocupación por no ofender a los aludidos. Sin embargo, también responde a nuestra propia indecisión con respecto a la naturaleza de estas sociedades, sus perspectivas a

futuro y la conveniencia de tan siquiera sugerir que modifiquen su carácter, a fin de estar más acordes con las sociedades industriales avanzadas. Una generación de enseñanza de principios de relativismo cultural tuvo su impacto, y los pensadores sociales ahora desconfían de cualquier concepto que pudiera sugerir una creencia en el "progreso" o en "etapas de civilización". Sin embargo, conforme el Occidente aprendió entre tanto a comprender y apreciar las diferencias culturales, muchos de los portavoces del mundo no occidental se han sentido cada vez más incómodos con sus propias tradiciones y han insistido en que tienen el derecho y el deber de cambiar sus sociedades de modo a volverlas más compatibles con el mundo industrial. Así y todo, hasta los más apremiantes llamados al cambio han de tomarse con reservas, puesto que existe la conciencia de que la originalidad merece mayor respeto que la alternativa de convertirse en una versión malograda de una cultura extraña. Todo mundo parece intuir que ciertas formas de diferencia son aceptables y otras no. (P. 14.)

En ese mismo año, LaPalombara (1963) habla sin tapujos de los peligros de aplicar un modelo angloamericano unilineal al análisis de los recientes acontecimientos en el Tercer Mundo:

Es claro, por ejemplo, que un acelerado cambio económico conducente a la industrialización puede efectuarse sin adherirse a los esquemas sociales e institucionales propios del modelo angloamericano. De hecho, bien pudiera ser que rápidos cambios en el sector económico se relacionen en una forma mucho más significativa con un esquema de organización social y política que pudiera calificarse de antidemocrático. En todo caso, si hemos de aclarar cualquier cosa utilizando conceptos como los de modernización y desarrollo, será imprescindible especificar qué es lo que entendemos por ellos y señalar de manera explícita cualquier cambio en nuestras definiciones. De no hacerlo, de seguro entorpeceremos nuestra discusión del cambio político con elementos de confusión con carga determinista y culturalmente limitada. (P. 10.)

Asimismo, en su estudio comparativo acerca de Japón y Turquía, Ward y Rustow (1964) afirman de manera inequívoca que:

Los conceptos de democracia y gobierno representativo no forman parte de nuestra definición de la modernización. El zar Pedro de Rusia, el sultán Mahmud de Turquía y el emperador Meiji del Japón fueron modernizadores, pero decididamente no fueron demócratas ni tampoco

precusores deliberados de la democracia. Alemania era más moderna en la década de los treinta que en la de 1880-1890, aun cuando su gobierno fuera menos representativo y menos liberal. Los marxistas clásicos estaban convencidos de que todas las sociedades recorren un mismo camino, si bien no forzosamente a la misma velocidad, hacia una meta preestablecida. Tan burda y simplista noción no cobra validez con cambiar el signo ideológico de la meta final, sustituyendo "comunismo" por "democracia".

No obstante, existen ciertas características políticas definidas compartidas por las sociedades en vías de modernización. La modernización comienza por lo común bajo un régimen autocrático u oligárquico y avanza hacia alguna forma de sociedad de masas democrática o autoritaria. Sea cual fuere el régimen imperante, una serie muy amplia de funciones y demandas es la marca distintiva del Estado moderno. Los servicios públicos llegan a abarcar la educación, la seguridad social y las obras públicas, en tanto que los deberes cívicos implican nuevas formas de lealtad, el pago de impuestos y, en un mundo de Estados en guerra, el servicio militar. Los conceptos mismos de servicio público y deber cívico figuran, sin lugar a dudas, entre los prerrequisitos fundamentales de la política moderna. (P. 5.)

Al seguir la misma línea de razonamiento, Coleman (1965) afirma que los peligros del "etnocentrismo, la parcialidad teleológica y la ausencia de un instrumento único y objetivo de evaluación complican la conceptualización del "desarrollo político" (p. 15). Plantea que la modernización es un proceso abierto, compuesto por tendencias hacia una creciente diferenciación estructural que conduce a una mayor capacidad gubernamental, y presiones igualitarias en los sentidos legal, participativo y distributivo. El movimiento resultante puede darse en un sentido liberal y democrático, pero tiene la misma probabilidad de apuntar en una dirección autoritaria. En mis propios trabajos, impugno de manera explícita la simple noción difusionista de unilinealidad popular a principios de la década de los sesenta (Almond, 1970, caps. 5 y 6); Huntington (1968) sostiene la improbabilidad del triunfo de la democracia en los sistemas políticos del Tercer Mundo (véase también Huntington y Moore, 1970), y Dahl (1971) comparte esta postura pesimista.

La atribución a la corriente general de la política comparativa de aquella postura según la cual la modernización del Tercer Mundo conllevará el triunfo del capitalismo y de la democracia no es apoya-

da por la evidencia. Max Weber, el gran teórico de la modernización, se mostró por demás pesimista con respecto al futuro de la democracia y del capitalismo y predijo un futuro dominado por la burocracia. Alexander Gerschenkron (1962), distinguido historiador económico, destacó que cuanto más tardía fuera la industrialización, mayor sería la probabilidad de que la autoridad estatal desempeñara un papel importante. Después de reconocer la fragilidad y superficialidad de las instituciones democráticas en los países del Tercer Mundo, Edward Shils (1960), en una de las primeras y más trascendentes clasificaciones de la política tercermundista, citó a las "democracias tutelares" y "oligarquías modernizantes" como las formas más comunes tomadas por el desarrollo político del Tercer Mundo al momento de escribir su ensayo. El que ocurriese una auténtica democratización y qué tan pronto se diera, dependía de cambios fundamentales en la estructura social y la cultura, al ser éstos unos procesos lentos y con resultados inciertos. LaPalombara y Weiner (1966), en sus conclusiones respecto del papel desempeñado por los partidos políticos en los procesos de modernización, se muestran muy escépticos en cuanto a la viabilidad de unos sistemas de partidos competitivos en las naciones del Tercer Mundo (pp. 433 ss).

EL MOVIMIENTO DE LA DEPENDENCIA

La unanimidad de quienes teorizaron acerca de la dependencia —autores tanto norteamericanos como latinoamericanos— en tan garrafal malinterpretación de la corriente general de política comparativa y la aceptación de tal postura por parte de otros, parece responder a un fenómeno de conversión más que a una auténtica y crítica investigación bibliográfica. En efecto, los teóricos de la dependencia rara vez citan con detalle la bibliografía relativa a la "modernización" y, cuando lo hacen, a menudo formulan sus citas fuera de contexto, exageran y tergiversan dicha bibliografía. Peter Smith (1983) califica parte de ella de "labor intelectual guerrillera" y de "emboscada" al movimiento de dependencia. En este sentido, la bibliografía sobre la dependencia debe considerarse como una actividad político-intelectual y como una supeditación de la academia a metas políticas. De hecho, los escritos sobre la dependencia descansan en la teoría mar-

xista del conocimiento; la postura de que el saber político en particular tiene como fundamento esencial la lucha de clases, es de índole inextricablemente ideológica. Así, la bibliografía pertinente a la modernización y al desarrollo se asocia por fuerza con el capitalismo y el imperialismo; más aún, es una apología del capitalismo y del imperialismo. La perspectiva de la dependencia, por otra parte, es una defensa de los intereses de los campesinos y obreros en la periferia del mundo capitalista. Formulada en semejantes términos la elección intelectual, con la aspiración a la ciencia social y a la objetividad tachada de "positivismo" inhumano y favorable al *statu quo*, los analistas pueden prescindir de una profunda investigación bibliográfica. La ciencia social del capitalismo es por necesidad procapitalista, la única alternativa posible, por ser una ciencia social prosocialista. La escuela de la dependencia pudo fortalecer su postura apoyándose en la teoría de las revoluciones científicas de Thomas Kuhn (1960), una filosofía de la ciencia que rechazaba la premisa de la acumulación científica en favor de una concepción discontinua del cambio de paradigmas, la cual se convirtió en un modelo epistemológico para muchos científicos sociales de los años sesenta y confirmó a sus discusiones metametodológicas el prestigio de una filosofía de la ciencia.

¿Cómo podemos explicar esta emboscada, este movimiento de guerrilla intelectual? Para los estudiosos latinoamericanos que encabezaron ese movimiento, no hubo, en general, ningún cambio especial de postura. Hubo intelectuales marxistas que, a mediados de los años sesenta, ganaron notoriedad al verse frustradas las expectativas de un mayor crecimiento y bienestar, y al ser sustituidos los gobiernos populistas de los años cincuenta y principios de los sesenta por represivos regímenes militares y autoritarios.

Los *dependentistas* estadounidenses, por su parte, pertenecían en su mayoría a una generación de doctores en política o historia latinoamericana de mediados de la década de los sesenta. Sus años de formación como intelectuales se vieron ensombrecidos por disturbios raciales, la guerra de Vietnam, el escándalo de Watergate y la revolución cultural universitaria de aquella época. Sus opiniones se vieron asimismo influidas por la frustración de las esperanzas de desarrollo en el Tercer Mundo y en particular, en Latinoamérica. Aquellos latinoamericanistas estadounidenses adoptaron el enfoque

marxista de sus colegas latinoamericanos en una época en que se empezaba a cuestionar seriamente la honestidad de la civilización y la intelectualidad estadounidenses. Sin embargo, al hacerlo, cortaron sus vínculos con la tradición de neutralidad de las ciencias sociales, incluso en nivel de aspiración. Aun cuando puede afirmarse que la plena objetividad y el total desprendimiento de las propias parcialidades sociales y culturales es una utopía, continúa siendo una práctica común la constante búsqueda de procedimientos para reducir a su mínima expresión la parcialidad ideológica y cultural y mantenerla bajo control. Los *dependentistas* estadounidenses habían renunciado a la recomendación que hiciera Thomas Huxley de "contemplar la realidad de la misma manera que los niños pequeños; estar dispuestos a abandonar cualquier noción preconcebida, caminar con humildad hacia donde señale la naturaleza, sumergiéndose en cualquier abismo a donde los conduzca, ya que de no hacerlo, nada aprenderán". Aquellos jóvenes académicos rechazaron precisamente esta norma intelectual de aspiración a una ciencia social exenta de juicios de valor.

La teoría de la dependencia, expuesta en los trabajos de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (1969), Andre Gunder Frank (1969), Osvaldo Sunkel (1973), Theotonio Dos Santos (1970) y otros autores, nació de la tradición intelectual marxista-leninista. Era marxista por su énfasis sobre la lucha de clases en la explicación política, y leninista por su insistencia en el imperialismo. La teoría de la dependencia es relativamente sencilla y directa en cuanto a su estructura analítica. El capitalismo mundial está integrado por cuatro clases interrelacionadas: el centro capitalista (las clases capitalistas en los Estados Unidos de Norteamérica, Europa occidental, Japón, etcétera); la periferia del centro (las subclases explotadas del mundo capitalista avanzado); el centro de la periferia (la burguesía dependiente en países latinoamericanos, africanos y del Tercer Mundo), y la periferia de la periferia (las poblaciones campesinas rurales e indígenas, los habitantes de *favelas* y otros núcleos poblacionales comparables de América Latina y otros países del Tercer Mundo). La economía política capitalista crea y mantiene un proceso coercitivo de explotación y extorsión, obteniendo recursos desde la periferia hacia el centro y condenando a la periferia a una condición de subdesarrollo o de desarrollo distorsionado. Este círculo vicioso sólo puede

romperse mediante cambios fundamentales en la periferia y el centro, la eliminación del capitalismo y la introducción del socialismo.

Comparada con el marxismo y el leninismo, la teoría de la dependencia se antoja incompleta e indecisiva. Aun cuando postula la revolución y el socialismo como alternativas al capitalismo mundial, la estrategia a seguir, sea ésta marxista, leninista o de otro tipo, no se especifica. Las teorías marxista y leninista son de carácter predictivo. Para Marx, la dialéctica de la lucha de clases conduce a la dictadura del proletariado conforme a una lógica psicológica y socio-económica; según Lenin, el capitalismo maduro conduce al imperialismo y a la guerra, los cuales, a su vez, ceden el paso a la dictadura de la vanguardia proletaria en el contexto del resultante colapso social y el poder pasa a manos de una vanguardia revolucionaria cada vez más disciplinada.

Ahora bien, los *dependentistas* sólo nos cuentan parte de la historia. En vez de las presuntamente complacientes nociones de los teóricos de la modernización, asientan como realidad política única este esquema cuadruple de explotación. Desde la perspectiva de la dependencia, todo el trabajo realizado por economistas, politólogos, sociólogos, psicólogos sociales y antropólogos en el marco de la teoría del desarrollo fue un sofisticado engaño encaminado a ocultar la encarnizada confrontación de explotadores y explotados en el centro capitalista, en la periferia del centro, en la periferia con desarrollo dependiente y en la periferia subdesarrollada de la periferia.

La versión más autorizada de este esquema fue presentada por vez primera por Cardoso y Faletto en la primera edición de su libro titulado *Dependency and Development in Latin America* (1969). Un escrito posterior de Cardoso (1973) toma en consideración las inauditas tasas de crecimiento en Latinoamérica a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, califica tal crecimiento de desarrollo "asociado dependiente". El desarrollo "asociado dependiente" es el propio de las economías tercermundistas en la era de las multinacionales, en donde hay crecimiento económico en países dependientes, es decir, una forma distorsionada de crecimiento que redunde en beneficio de las clases explotadoras, sobre todo en la metrópoli capitalista, en tanto que la situación de las clases bajas periféricas permanece sin cambio o se deteriora. En ensayos posteriores, Cardoso (1979; Cardoso y Faletto, 1979) parece retractarse un

tanto de esta postura en extremo pesimista con sus implicaciones revolucionarias. Sin embargo, solamente una *transformación* socialista puede eliminar la dependencia, como lo explican Cardoso y Faletto (1979) en los párrafos finales de la más reciente edición de su libro. Excluyen de manera explícita a las sociedades socialistas de la teoría de la dependencia. Escriben: "Aun cuando existen ciertas formas de relaciones dependientes entre los países socialistas, el contexto cultural que permite entenderlas es muy distinto al que rige en los países capitalistas y requiere de análisis específicos" (p. xxiv).

La teoría de la dependencia no hace justicia al marxismo (ni tampoco al leninismo). Marx sabía demasiado de historia y de ciencias sociales como para considerar que la economía política mundial podía reducirse a cuatro formaciones de clase. La periferia del capitalismo metropolitano no reúne las características del proletariado marxista, como tampoco lo hacen los grupos sociales periféricos de los países dependientes. Una revolución marxista tendría que llevarse a cabo en el mundo industrializado capitalista y no en la periferia agrícola, atrasada y en su mayor parte rural. Aquella parte del mundo tendría que esperar su turno, es decir, su propia maduración industrial y capitalista.

La teoría de la dependencia tampoco reúne del todo las características propias del leninismo, ya que para Lenin, el imperialismo y la guerra eran condiciones necesarias para la revolución proletaria; sin embargo, el desarrollo de un partido comunista consciente y disciplinado era una condición *suficiente* para la misma, y la teoría de la dependencia no incluye una categoría para la clasificación de variables políticas internas. La política interna y las políticas de las naciones hegemónicas y dependientes carecen de poder explicativo, como no sea por implicación. Todo el proceso histórico, desde la perspectiva de la dependencia, es regido por el capitalismo hegemónico y sus agentes, es decir, las multinacionales y las burguesías nacionales dependientes son movidos por un insaciable afán de ganancia y acumulación de capital. La política interna es presente ya sea en la forma pasiva de una política dominada por la hegemonía imperialista o por implicación, en el activismo revolucionario socialista.

La manera más acertada de caracterizar al enfoque de la dependencia es como instrumento de propaganda de una ideología, como una impugnación contra la teoría general del desarrollo. Al atribuir

una interpretación simplista del desarrollo en el Tercer Mundo a las ciencias sociales de los países capitalistas avanzados, los *dependen-tistas* propusieron una interpretación alternativa y casi recíproca del desarrollo para aquella región del planeta. Si como ellos lo sugirieron, las ciencias sociales capitalistas postulaban una benevolente relación tutelar entre el Primer y Tercer mundos, la interpretación de la teoría de la dependencia daba por sentada la existencia de una relación maligna y de explotación. Si la ciencia social capitalista planteaba la difusión efectiva de instituciones y procesos capitalistas y democráticos desde el Primer Mundo hacia el Tercer Mundo, los teóricos de la dependencia postularon la existencia de economías invadidas y distorsionadas, con instituciones políticas represivas al servicio de las clases hegemónicas.

La dependencia como agenda de investigación

La prueba de fuego de cualquier enfoque de investigación es su productividad. ¿Genera formas novedosas de abordar su materia de estudio? ¿Incrementa nuestros conocimientos y los vuelve más confiables? ¿Están sus conceptos y teorías abiertos a modificación por efectos de la experiencia? ¿Qué efecto ha tenido la teoría de la dependencia en los estudios acerca del Tercer Mundo, y en particular, América Latina? En este sentido, cabe hacer unas cuantas aclaraciones. En primer lugar, cuando se hizo popular el enfoque de la dependencia en los Estados Unidos de Norteamérica, los estudios en ciencias sociales acerca de América Latina apenas se encontraban en sus primeras etapas. Durante las décadas de los cincuenta y sesenta, creció rápidamente el número de especialistas en asuntos del Tercer Mundo y, en particular de América Latina; sin embargo, la investigación acerca de esta última región no había tenido el tiempo suficiente para desarrollar tradiciones y normas profesionales propias. Segundo, las condiciones de la investigación en América Latina (lo mismo que en África y Asia) sufrieron modificaciones en el transcurso de los años sesenta y a principios de los setenta. El colapso de regímenes populares en gran parte de América Latina dificultó enormemente el acceso a fuentes de información para los analistas tanto locales como estadounidenses. Tercero, la resultante ola de represión en América Latina

y otras regiones del Tercer Mundo fomentó una radicalización de los intelectuales locales. En realidad esta situación atribuible a los regímenes militares represivos, y en mayor o menor grado respaldada por los Estados Unidos de Norteamérica, fue la que posibilitó el argumento de la dependencia. De ahí que a consecuencia de las características restricciones impuestas a la investigación por los regímenes autoritarios, el clima de investigación revistió un carácter altamente politizado en América Latina así como entre los analistas estadounidenses especializados en esa región (Domínguez, 1982).

Estas circunstancias pueden explicar el hecho de que una apreciable proporción de los estudiosos de América Latina en los Estados Unidos de Norteamérica adoptaran la perspectiva de la dependencia y abjuraran de las ciencias sociales "positivistas" y de la separación que éstas establecían entre el estudio de la política y el manejo de la misma. Cabe decir que no todos los latinoamericanistas adoptaron dicha postura. Algunos se convirtieron a ella; otros tan sólo coque-tearon con sus principios. Sin embargo, todos ellos tuvieron que tomar en serio dicho enfoque toda vez que éste tenía poderosos e influyentes defensores en aquellos países en donde realizaran sus labores de investigación.

No debemos ignorar el hecho de que la adopción de una perspectiva de dependencia fue un retroceso, una desviación de la regla a duras penas establecida de la evidencia y de la inferencia en los estudios sociales. Equivalió a dejar de luchar por la verdad en el estudio de la sociedad bajo el pretexto de que la victoria total era una utopía. Implicó la adopción de concepciones irrefutables del Estado como pacto de dominación de clase, de la política como lucha y nada más, así como de la sociedad como un complejo de clases económicas explotadoras y explotadas.

No obstante, aun cuando era distorsionado el cuadro de dependencia de la investigación estadounidense acerca del desarrollo, e incorrecto el enfoque adoptado, aún quedan dos preguntas que, de contestarse afirmativas, podrían redundar en una evaluación hasta cierto punto favorable de las consecuencias del movimiento de la dependencia. Primero, ¿tuvo algún mérito la crítica contra la investigación acerca de la modernización? Y segundo, ¿favoreció investigaciones creativas la perspectiva de la dependencia y tuvo una influencia constructiva en la corriente general de las ciencias políticas?

Con respecto a la primera pregunta, hemos de reconocer que la teoría de la dependencia destacó variables que la teoría del desarrollo, en sus primeras etapas tendiera a descuidar. El enfoque de la dependencia se fundamenta en dos premisas causales, a saber: (1) la economía entendida como estructura de producción y la resultante estructura de clases económicas son causa de la actividad política, y (2) las naciones capitalistas hegemónicas favorecen el "subdesarrollo" de las naciones dependientes. Durante la década de los cincuenta, la teoría general del desarrollo político propendió a limitar su campo de estudio a variables nacionales y políticas. Se concentró en la política interna de la nación-Estado, descuidando el ámbito internacional.

Estas fallas nacieron de la situación mundial que la investigación acerca del desarrollo intentó explicar en los años subsiguientes a la segunda Guerra Mundial. Las naciones de Europa occidental y oriental entonces enfrentaban ajustes territoriales y transformaciones constitucionales. Nuevas instituciones gubernamentales, nuevos esquemas electorales, así como sistemas de partidos y de grupos de interés se constituyeron en un marco de destrucción y hecatombe política. En el Oriente Medio, África y Asia, nuevas naciones surgían por docenas. La política comparativa de los años cincuenta y sesenta respondió a un esfuerzo masivo, entusiasta y ante todo estadounidense por abarcar esta nueva y heterogénea realidad. La consecuencia de la realidad política y de los retos intelectuales que debimos enfrentar entonces fue que dicho esfuerzo asumiera un cariz más bien sincrónico que diacrónico y que se preocupara por el orden, así como por el logro de cambios sociales al menor costo posible. La gran problemática política de aquellas décadas fue el surgimiento del orden político a partir del caos de la guerra y de la caída de imperios. Ningún grupo de investigadores formado durante los años treinta y cuarenta podía subestimar el problema del costo en vidas humanas y destrucción material de un cambio violento y revolucionario. También es verdad que esas teorías del desarrollo propendían a exhibir una parcialidad pluralista. Sin embargo, ello nuevamente es inexcusable si consideramos los desesperados esfuerzos que hicieron por reintroducir el pluralismo en aquellas sociedades que intentaron eliminarlo. Esta generación de analistas no se dejó obcecar por la esperanza de una solución pluralista a bajo costo. Ya hemos mencio-

nado que la noción de un futuro desarrollo secuencial y de bajo costo para los países del Tercer Mundo fue impugnada en los primeros trabajos de Huntington (1965), así como por Eisenstadt (1964), Packenham (1966, 1973) y otros muchos autores. Cabe decir que esta ingenuidad era más propia de los políticos que de los académicos. Formaba parte del argumento que acompañara peticiones de incorporación a programas de ayuda al extranjero.

Desde la década de los sesenta, se registró de manera sistemática el papel desempeñado por variables internacionales en el desarrollo de las naciones y la mayor parte de esta labor en modo alguno corresponde a la bibliografía acerca de la dependencia. Varios ensayos (incluido uno de Karl Deutsch) de los reseñados por Harry Eckstein (1963) en su estudio acerca de la "guerra interna" trataron de manera explícita sobre el papel desempeñado por factores internacionales en las guerras civiles y guerrillas. James Rosenau editó un volumen publicado en 1964 que trató sobre los aspectos internacionales de la guerra civil. En ese volumen figuran ensayos del propio Rosenau, Morton Kaplan, George Modelski, Andrew Scott, Karl Deutsch y Richard Falk. Un escrito posterior de Rosenau (1980) trató en forma más genérica sobre vínculos nacionales-internacionales. Un temprano artículo del autor del presente libro colocó al desarrollo nacional en el contexto de la interacción entre las naciones (Almond, 1970, cap. 6). Profundizó este enfoque en un ensayo ulterior en donde examinó las formas en que el desarrollo político nacional influyó en el sistema internacional en el cual el entorno internacional afectaba el desarrollo nacional (Almond, 1971). Una obra posterior trató, desde el punto de vista teórico y mediante una serie de estudios de caso históricos, sobre el papel desempeñado por variables internacionales en el desarrollo nacional (Almond, 1973). Varios de los capítulos de los volúmenes 8 y 9 de la *Political Development Series* (Tilly, 1975; Grew, 1978) destacaron la importancia de acontecimientos internacionales en el desarrollo político; véase en particular el capítulo de Samuel Finer acerca del papel desempeñado por la guerra y la milicia en el volumen 8, así como su introducción y conclusión de Tilly. En fechas recientes, Gourevitch (1977) llevó a cabo una interesante labor de investigación acerca de las consecuencias políticas internas en Europa y América, de crisis económicas internacionales como las depresiones de 1870-1890 y de la década de los treinta. El reciente libro de

Katzenstein titulado *Small States and World Markets* (1985) contiene un interesante análisis de la interacción de variables nacionales e internacionales en la explicación del desarrollo político-económico.

Podría argüirse que hace falta mayor teorización e investigación empírica acerca de la vinculación nacional-internacional. Sin embargo, es poco probable que el enfoque de dependencia aplicado a estas relaciones, al reducirlas a conceptos de clase, represente una solución constructiva a este problema. Asimismo, el manejo de la relación nacional-internacional en términos de "sistema mundial", al negar el papel causativo de las variables internacionales, sólo ofrece una respuesta espúrea a dicho problema (véase Thompson, 1983, *passim*).

Desde los inicios de la investigación acerca del desarrollo, se destacó la interacción de la política y la economía. Lerner (1958), Lipset (1959), Coleman (1960) y Deutsch (1961) insistieron en las consecuencias políticas de la industrialización que, asociada con la expansión de la educación y el surgimiento de los medios masivos de comunicación, resultó en una movilización política. Una anterior e ingenua versión de esta misma hipótesis asoció la industrialización con la democratización. Pero a mediados de la década de los sesenta se impuso la perspectiva más realista de que la industrialización y demás componentes de la movilización social originaban una movilización política susceptible de encauzar el desarrollo en una dirección populista autoritaria o en una dirección democrática. Así, la generalidad de los estudios acerca del desarrollo político probaron hipótesis marxistas y de otra procedencia ideológica como propuestas abiertas concernientes a las relaciones entre factores cambiantes como la organización y el control de la producción, la estructura de clases y tendencias políticas. Conforme se reunieron datos probatorios, una teoría más compleja y elaborada de la relación entre la economía y la política sustituyó las anteriores, más burdas y elementales.

Los economistas e historiadores económicos también manejaron desde otras perspectivas diversos aspectos de la interacción económica y política. Alexander Gerschenkron (1953) señaló hace mucho tiempo que cuanto más tardía fuera la industrialización, tanto mayor sería la probabilidad de una vigorosa intervención estatal. Simon Kuznets (1955) en añeja investigación, demostró que en las primeras

etapas del crecimiento industrial, propendía a aumentar la desigualdad en el ingreso. En niveles más altos de industrialización, había mayor igualdad. En las últimas décadas, ha sido probada y elaborada en varias ocasiones la hipótesis "con forma de U" de Kuznets (Adelman y Morris, 1967; Chenery *et al.*, 1974; Chenery, 1979).

Por tanto, no es correcto afirmar que el énfasis de "dependencia" en la economía política y en variables internacionales tuvo un efecto significativo en la mayoría de los estudios acerca del desarrollo. La tendencia a incluir variables internacionales y el movimiento en la dirección del análisis político-económico se generaron internamente en los estudios sobre relaciones internacionales y política comparativa, y en modo alguno fueron consecuencia de la polémica. Las mejores muestras de esta actividad de investigación acerca de la economía política internacional no dan indicios de haber sido influenciadas por la bibliografía sobre la dependencia. Lo que podemos decir es que la crítica de la dependencia resaltó en cierta medida tendencias ya definidas en la corriente general de investigación.

Aun cuando la perspectiva de la "dependencia" en cierto sentido llegó a ser la más sobresaliente en los estudios acerca de América Latina y África, ha sido acalorada polémica entre los estudiosos del Tercer Mundo y la balanza, parece inclinarse en favor de sus detractores. Desde un principio, Robert Packenham (1976, 1983) criticó la teoría de la dependencia por basarse en una serie de premisas cerradas. Al reconocer la importancia de la interacción internacional en la restricción del número de opciones viables para los países en desarrollo, Packenham sugiere que los planteamientos de la teoría de la dependencia se consideren como hipótesis susceptibles de probarse, confrontándolas con información relativa a intercambios políticos y económicos entre países capitalistas avanzados y naciones en desarrollo. Habla de dependencia "analítica", para diferenciarla de la dependencia "holística" de Cardoso y otros teóricos de dicha escuela. Tony Smith (1979, 1981a, 1981b) contempla la bibliografía acerca del desarrollo desde la perspectiva de su importante estudio sobre los diferentes imperialismos históricos y sus consecuencias para el desarrollo posimperialista. Hace una severa crítica a la teoría de la dependencia con base en el argumento de que ésta niega todo poder explicativo a las características y experiencias específicas de cada país.

James Caporaso (1978), en un artículo especial de *International Organization*, titulado: "Dependence and Dependency in International Relation" (Dependencia e Independencia en las Relaciones Internacionales), concluye sus comentarios en un tono crítico:

Por lo que se refiere a la dependencia, me siento menos seguro y al mismo tiempo más cauteloso con respecto al mejor camino a seguir. Es tan poderoso nuestro afán de cuantificar y probar que a menudo nos perdemos matices y complejidades, lo cual me temo ya hicimos en nuestros prematuros esfuerzos por probar la teoría de la dependencia. Estos peligros son más reales ya que dicha teoría no se caracteriza por su precisión semántica y claridad sintáctica. Antes que medir y probar, creo que primero debemos evaluar seriamente las premisas mismas de la teoría de la dependencia. Si esta teoría puede expresarse como un conjunto de propuestas comprobables, los pasos a seguir serían los mismos que se recomiendan para evaluar fenómenos de dependencia. Sospecho que habrá gran controversia en esta primera etapa así como severas discrepancias entre quienes desean convertir la dependencia en una teoría verificable conforme a una metodología positivista y quienes sólo la consideran como un instrumento de interpretación. En este punto, es probable que las diferentes posturas se tornen irreconciliables y que sus proponentes tomen direcciones opuestas. (P. 43.)

En una reseña posterior, Caporaso (1980) elogia de manera incondicional dos publicaciones relativas a la dependencia (Cardoso y Faletto, 1979; Evans, 1979). Sin embargo, al final de la misma publicación, reconviene a los teóricos de la dependencia por resistirse a la noción de que puede haber grados de dependencia. Caporaso no coincide del todo con Cardoso cuando éste afirma que la dependencia es una situación de "todo o nada". Se pregunta por qué Cardoso y Faletto presentan tan pocas pruebas en apoyo de sus conclusiones, con base más bien en aseveraciones respaldadas por ejemplos ilustrativos. Caporaso elogia a Cardoso y Evans por destacar la economía política y variables internacionales, pero no cuestiona las formas deterministas en que se relacionan la política y la economía ni su representación de la arena internacional en la que se omite ostensiblemente al "Segundo Mundo".

Los intentos que se han hecho para probar la validez de las premisas de dependencia incluyen estudios estadísticos comparativos y de

caso. Cabe señalar que desde el momento en que adoptamos procedimientos de verificación empírica como norma para validar o invalidar premisas de dependencia, nos introducimos en el dominio tradicional de las ciencias sociales. Así, Bruce Russett (1983), en su reporte sobre los intentos que se hicieron para probar premisas de dependencia, cuida de identificar las ideas de autores como Cardoso, Dos Santos y Gunder Frank con lo que él denomina "perspectiva de dependencia", y reserva el apelativo de "teoría de la dependencia" para describir los hallazgos de analistas que emplearon "métodos de estadística cuantitativa para crear teorías y subteorías rigurosas derivadas de las conceptualizaciones de la perspectiva de dependencia" (p. 562).

Russett presenta un resumen de la bibliografía cuantitativa relativa a dos de los principales temas de la perspectiva de dependencia, es decir, el efecto negativo de la penetración de capitales extranjeros sobre las tasas de crecimiento registradas en países periféricos y el efecto de dicha penetración sobre los esquemas de desigualdad. Después de examinar casi una docena de estudios estadísticos comparativos realizados durante la década de los setenta y principios de los ochenta, Russett observa una coincidencia casi unánime en que la penetración de capitales extranjeros se asocia a corto plazo con tasas más elevadas de crecimiento *per capita* del producto nacional bruto. A mayor plazo, se hace menos clara la relación entre el crecimiento y la penetración de capitales. Algunos autores señalan una tasa decreciente de crecimiento. Otros trabajos más recientes, entre ellos los del propio Russett, apuntan hacia una relación positiva. La opinión de algunos *dependentistas* sobre cómo la penetración capitalista incide de manera negativa en el crecimiento, no ha sobrevivido a estas pruebas empíricas. Dicha relación parece ser compleja, positiva en algunos momentos y sitios y negativa en otros, dependiendo mucho de condiciones locales, recursos y experiencias históricas particulares.

El estudio histórico más extenso del que Russett citó algunos resultados, presenta una defensa poco convincente de la teoría de la dependencia (Sylvan *et al.*, 1983). Demuestra que a mayor penetración capitalista, mayor grado de concentración en unos cuantos artículos de exportación. También parece haber una tendencia a concentrar el comercio con un número reducido de socios. Por lo demás, son poco concluyentes los hallazgos de este estudio estadís-

tico sobre los modelos del comercio e intercambio cultural del Tercer Mundo. Los efectos de la penetración extranjera sobre prototipos de crecimiento y tendencias distributivas varían mucho dependiendo de circunstancias específicas. Dice el informe: "Impugnamos las formulaciones relativamente simplistas de la teoría de la *dependencia* y apoyamos la argumentación de connotados teóricos quienes, imbuidos de la experiencia de sus países y regiones de origen, han destacado una y otra vez la importancia de variables contextuales, evitando incurrir en burdas generalizaciones" (p. 106).

La relación general entre el crecimiento económico y la igualdad se refleja en la curva en forma de *U* de Kuznets. Estudios presentados en Chenery (1979, cap. 11) demuestran que la visión original de Kuznets (1955) basada en la experiencia europea —de que la desigualdad aumenta en las etapas tempranas del desarrollo económico para disminuir posteriormente en niveles superiores del mismo— ha sido en gran medida confirmada. La perspectiva de dependencia sugiere que dadas estas tendencias generales, a mayor penetración de un país menos desarrollado por el capitalismo extranjero, mayor desigualdad en la distribución del ingreso. Se antoja poco concluyente la reseña presentada por Russett (1983) de la labor de investigación encaminada a probar dicha hipótesis. Sin embargo, el argumento *dependentista* de que este deterioro en la igualdad del ingreso es una consecuencia inevitable —inherente, por así decirlo— del capitalismo, no sobrevive a ejemplos de países como Corea del Sur, Taiwan, Malasia, Singapur y Tailandia, donde la distribución del ingreso aumentó a la par del desarrollo. Políticas deliberadas de desarrollo que impliquen la introducción de industrias con utilización intensiva de mano de obra, mejoras en la infraestructura, capacitación laboral, distribución de la tierra y políticas agrícolas, pueden mitigar el efecto negativo del crecimiento sobre la distribución. En otras palabras, es posible atenuar la curva de Kuznets mediante la elección juiciosa de políticas de desarrollo.

Uno de los estudios de dependencia más sofisticado, realizado a la fecha, es el análisis por Peter Evans (1979) de la "triple alianza" de corporaciones multinacionales, la élite, el capital local y lo que él denomina la "burguesía estatal" en Brasil. Al referirse a la élite empresarial privada local, no pretende incluir a toda la burguesía, tan sólo a la que participa en las principales empresas económicas mo-

dernas. Y por "burguesía estatal", entiende aquella parte de la burocracia que administra las empresas públicas y supervisa la economía. Reconoce que en países "semiperiféricos" dependientes como Brasil, en donde la industrialización ha comenzado a consolidarse, es posible un crecimiento económico de proporciones considerables. Más aún, la relación entre las multinacionales y la burguesía privada y estatal no es de carácter jerárquico, sino pluralista, y se puede modificar por medio de la negociación. Sin embargo, según Evans, semejante domesticación de las multinacionales sólo permite un tipo de redistribución, es decir, "una redistribución desde la masa popular hacia la burguesía estatal, las multinacionales y la élite capitalista local. El mantenimiento del precario equilibrio entre los tres 'socios' obra contra cualquier posibilidad de enfrentar seriamente problemas de distribución del ingreso, aun cuando en principio, miembros de la élite manifiesten estar a favor de una redistribución del mismo" (p. 288).

Aun cuando Evans afirma hablar de la política y administración pública brasileñas, apenas alude a fuerzas políticas ajenas a la "triple alianza" como la milicia, la Iglesia, la clase obrera industrial y aquella porción mayoritaria de la clase media no incluida en la "élite capitalista local". La eficacia de su modelo de "triple alianza semiperiférica" (el cual extrapola desde el caso brasileño para incluir países con niveles o potenciales económicos comparables al de Brasil por ejemplo, México y Nigeria) depende del apoyo económico, político y militar de las potencias capitalistas (principalmente de los Estados Unidos de Norteamérica), así como de la ayuda, tolerancia o pasividad de los grupos de poder internos no incluidos en la "triple alianza". El modelo brasileño, según Evans, no puede subsistir sin sus aliados del centro y sin el apoyo, ineffectividad y pasividad de fuerzas políticas domésticas. No obstante, Evans afirma que "aun cuando todo ha cambiado, permanecen los rasgos esenciales del imperialismo tal como lo describieron Hobson y Lenin" (p. 50).

El punto débil del análisis de Evans está en sus premisas ideológicas. Simplifica enormemente la estructura de poder del capitalismo internacional y del desarrollo semiperiférico dependiente, de tal forma que las únicas alternativas viables son la continuación de la triple alianza o el colapso de la misma a consecuencia de transformaciones internas o externas. Para Evans, lo mismo que para Cardoso y otros

teóricos de la dependencia, no existen grados de dependencia. Sólo puede haber dependencia o socialismo.

Otro sofisticado estudio teórico perteneciente a esta tradición fue el ensayo de Guillermo O'Donnell (1973) acerca del "autoritarismo burocrático". En dicho estudio, O'Donnell intentó dar cuenta de la tendencia al autoritario propia de la política latinoamericana durante las décadas de los sesenta y los setenta, en función de la dinámica del "desarrollo capitalista dependiente". Conforme las economías dependientes fueron cambiando estrategias de sustitución de importaciones por la introducción de industrias de bienes de capital y productos de consumo duradero—a medida de que dichas economías intentaron industrializarse en condiciones de dependencia internacional—las necesidades de acumulación de capital e inversión y el control de presiones populistas requirieron de un aparato estatal represivo y técnicamente sofisticado. De ahí la alianza de la milicia y de los técnicos economistas en regímenes autoritarios burocráticos.

La ventaja de la formulación de O'Donnell radicó en que su propuesta fue presentada como una hipótesis sujeta a comprobación empírica. A diferencia de la mayoría de los postulados de dependencia, no fue simplemente avanzada e ilustrada; sino también y probada en forma tentativa por el propio O'Donnell con los casos de Brasil y Argentina. Más importante aún, fue puesta a prueba en un volumen editado por David Collier (1979) y publicado bajo los auspicios del Social Science Research Council (Consejo de Investigación en Ciencias Sociales). Incluyó aportaciones de O'Donnell y Cardoso así como de varios otros estudiosos latinoamericanos y estadounidenses. Esta prueba redundó, a fin de cuentas, en el rechazo de una explicación puramente económica de la teoría de "profundización industrial" del autoritarismo burocrático. Albert Hirschman pone en tela de juicio la conveniencia de haber tomado en serio una teoría tan simplista (Collier, 1979, cap. 3). Julio Cotler cuestiona la hipótesis que la fundamenta desde la perspectiva de varias experiencias nacionales (cap. 6). A decir verdad, ni O'Donnell (cap. 7) ni Cardoso (cap. 2) defienden seriamente dicha teoría. James Kurth, en una impresionante reseña de la experiencia histórica europea, demuestra la inconsistencia del vínculo entre la industrialización e instituciones políticas autoritarias en la Europa de finales del siglo xix y principios del xx (cap. 8). Collier, en un excelente capítulo sinóptico, desglosa el concepto de autoritarismo burocrático y pro-

pone pautas para una labor más productiva de investigación acerca de la economía política latinoamericana. Lo constructivo de este episodio intelectual de "autoritarismo burocrático" es el hecho de que con tan sólo apegarnos a la regla de la evidencia e inferencia científicas, hemos logrado evitar polémicas estériles para enfrascarnos en una investigación productiva acerca de la interacción de variables políticas y económicas en los procesos de desarrollo.

Además de estadísticos y nacionales, se llevaron a cabo varios estudios de caso específicamente industriales encaminados a ejemplificar la dependencia o probar la validez de sus postulados. Dos de ellos, realizados en fechas muy recientes, pretenden seriamente haber probado el enfoque de dependencia. Gary Gereffi (1983), en un análisis de la industria farmacéutica en México, afirma que llevó a cabo un estudio de caso decisivo para probar la validez de los argumentos de dependencia. Por "estudio de caso decisivo", en el sentido atribuido por Harry Eckstein (1975) al término, Gereffi entiende que una demostración de la validez de propuestas de dependencia en el caso de los laboratorios farmacéuticos en México corroboraría su validez general, toda vez que esa industria representa un "caso improbable" de dependencia. Según Gereffi, después de la segunda Guerra Mundial, las condiciones en México eran sumamente favorables para el desarrollo local del liderazgo mundial de un sector dinámico y tecnológicamente avanzado (la tecnología de los esteroides) de la industria farmacéutica. México tenía acceso exclusivo a la mejor materia prima, y una firma local (SYNTEX) era líder mundial en la tecnología de los esteroides, con una muy elevada producción. A pesar de estas condiciones favorables, corporaciones farmacéuticas multinacionales invadieron y en gran medida se apoderaron de la industria mexicana, con dos consecuencias que parecen confirmar el enfoque de la dependencia: el crecimiento local en México se vio distorsionado por "una inequitativa distribución de las ganancias de la industria en favor de las economías capitalistas centrales y de las mencionadas corporaciones transnacionales (CTN), así como por una restricción de la libertad de México en la toma de decisiones encaminadas a lograr sus objetivos de desarrollo" (p. 155).

Éstas no son las principales premisas de dependencia por lo que se refiere al crecimiento y la distribución del ingreso ya que éstas son de índole global, y no restringidas a la industria. Aun cuando Gereffi probara dichas propuestas en el caso de la industria farmacéutica

mexicana, no sería válido extrapolarlas a otras economías y naciones. No pueden manejarse en un solo caso tantas variables, diferencias y no es suficiente que Gereffi lo afirme para que así sea. La tercera fase de dicho estudio de caso describe los esfuerzos hechos por el Estado mexicano después de 1975 para salvaguardar sus intereses contra las corporaciones multinacionales mediante el establecimiento de una empresa paraestatal encargada de controlar la producción, los precios y el abasto de la materia prima. Aun cuando no se cumplieron las metas máximas del programa de dicha paraestatal, se logró mejorar el precio pagado por la materia prima y de ahí, los ingresos de los productores mexicanos. Por otra parte, Gereffi considera que la intervención del Estado en el sector farmacéutico en México es potencialmente productiva desde el punto de vista de los intereses domésticos. En otras palabras, no excluye la posibilidad de una reversión de las tendencias de dependencia mediante decisiones gubernamentales en México y otros países del Tercer Mundo. En la segunda parte de su libro, Gereffi contempla la industria farmacéutica desde una perspectiva transnacional y obtiene conclusiones que parecen contradecir la tesis de la "triple alianza" de Evans. Considera que las empresas farmacéuticas son capaces de promover objetivos sociales, y opina que las compañías paraestatales y los reguladores gubernamentales de algunos países del Tercer Mundo intervienen eficazmente en el interés de una distribución más equitativa del acceso a dicha industria.

Como hemos visto, Gereffi (1983) no pretende validar la perspectiva de la dependencia tal como la formulan autores como Cardoso y Evans. Lo que describe es un fenómeno abierto, diverso y cambiante. Su conclusión, en obvia contradicción con el pesimismo de Cardoso, Evans y otros autores, es la siguiente: "Por tanto, hay que considerar que los permanentes dilemas del desarrollo no generan tan sólo restricciones, sino también oportunidades para los actores nacionales" (p. 253).

En su estudio de caso acerca de la industria minera en Perú, David Becker (1983), con base en un clásico enfoque socialdemócrata de corte marxista, considera progresivo el surgimiento de una burguesía nacional a raíz del desarrollo de las industrias mineras peruanas. La burguesía nacional corporativa, en su opinión, es algo más que un simple producto de las empresas multinacionales. Persigue una administración social, económica y política más progresiva que la anti-

gua oligarquía. A ella se deben un crecimiento sostenido y una mayor equidad distributiva, por lo que goza de considerable legitimidad. Becker arguye que dada la presente situación en Perú, el socialismo no representa una alternativa para este país: "El advenimiento de la burguesía nacional corporativa no ha frenado aquello que, de otra manera, hubiera sido un movimiento de liberación popular y propició notables beneficios para los sectores populares" (p. 334).

Becker señala que el Estado peruano, a pesar de la apreciable influencia que sobre él ejerce la burguesía nacional corporativa, no es por ello su sirviente. Goza de autonomía propia y es capaz de actuar en el interés de otros sectores de la sociedad. El movimiento sindical peruano es relativamente robusto y apoya el régimen democrático burgués. Este cuadro del poder y gobierno en Perú contrasta con el modelo de "triple alianza" postulado por Evans en el caso de Brasil. Becker desecha las ideas de dependencia de teóricos como Cardoso, al afirmar que la investigación empírica "nunca las corrobora" (p. 341). Sus comentarios finales son los siguientes:

Con su poca fuerza explicativa y al ser, además, incapaz de resistir a la comprobación empírica, la "teoría" de la dependencia como resultado sistémico de relaciones con el capitalismo internacional es, en realidad, una ideología. La ideología dependentista ha servido la causa de élites políticas y económicas que luchaban por librarse a sí mismas y a sus naciones del sometimiento inherente al neocolonialismo, meta ésta que se cumplió con creces. Ahora, es preciso concentrarse en la base nacional del elitismo y de la dominación —lo cual no puede hacer una ideología que atribuye a la metrópoli los males del Tercer Mundo. Dicha ideología menosprecia el afán de instituir una democracia participativa local (un paso adelante, incluso en su imperfecta encarnación burguesa) y extenderla más allá de la política formal; uno busca en balde un reconocimiento dependentista de que la democracia es el único coto verdadero al poder de la élite. En consecuencia, el dependentismo ha dejado de promover, como alguna vez lo hiciera, la causa de la liberación del hombre. Por tanto, los progresistas habrán de buscar otra bandera que enarbolar. (P. 342.)

Estudios de caso como el de Becker, el de Gereffi o pruebas estadísticas como las descritas por Russett trascienden, en realidad, el enfoque de la dependencia. Pertenecen a la corriente general de las ciencias sociales y de la investigación en ciencias políticas, en donde rigen criterios profesionales de evidencia e inferencia.

LA PRODUCTIVIDAD DE LA POLÍTICA COMPARATIVA
EN GENERAL

La investigación acerca del Tercer Mundo, si bien prosigue a una escala apreciable, ha dejado de ser la "industria en crecimiento" que fuera durante las décadas de los cincuenta y sesenta. Ello se debe, en parte, al limitado acceso a la información bajo regímenes represivos, pero también es consecuencia de una pérdida de entusiasmo. El desarrollo resultó ser un proceso brutal y difícil. Sin embargo, resulta infundado el pesimismo de finales de la década de los sesenta y principios de la de los setenta. La relación entre la política y el desarrollo económico es más compleja de lo que se esperaba. Los regímenes autoritarios de Brasil, Argentina, Uruguay y otros países parecen haberse agotado para ceder el paso a regímenes populares resueltos a "desbancar a los bandidos", de la misma manera en que en décadas anteriores, fueron derrocados regímenes populares en esos mismos países. Todo parece indicar que el desarrollo y la modernización decepcionan lo suficiente para desprestigiar los regímenes en turno, ya sean éstos populares o autoritarios.

Han sido importantes los logros de los estudios regionales realizados durante la última década. Aparte de las distorsiones ocasionadas por el movimiento de dependencia, sobre todo en los estudios sobre América Latina y África, se lograron avances apreciables. No sería exagerado afirmar que los estudios regionales han llegado a interactuar entre sí en una forma creativa, además de aprovechar y al mismo tiempo enriquecer la teoría política en el transcurso de las últimas décadas. El concepto de "clientelismo" resultó especialmente fecundo en los estudios regionales relativos al Tercer Mundo. El reconocimiento de la importancia de las relaciones patrón-cliente en la política parte de las teorías sociológica y antropológica. La primera aportación a la bibliografía pertinente procede de Carl Lande (1965), quien interpretó a la política filipina casi enteramente en función de un faccionalismo basado en relaciones patrón-cliente. En el transcurso de pocos años, aparecieron aplicaciones del concepto patrón-cliente en un estudio realizado por Keith Legg (1969) de la política griega, así como en otros de James C. Scott (1972) sobre la política en el sureste asiático y en trabajos de René Lemarchand (1972) de la acti-

vidad política en África. Jackson y Rosberg (1964) aplican con provecho el concepto patrón-cliente en su reciente investigación del gobierno personal en el África negra. El concepto de clientelismo ha resultado igualmente fecundo para el análisis de los procesos políticos de Oriente Medio, como lo indica el trabajo de James Bill y Carl Leiden (1979), así como el de Robert Springborg (1982). Las implicaciones teóricas generales de las relaciones patrón-cliente y su historia intelectual son consideradas en un excelente simposio editado por Steffan Schmidt *et al.* (1977). En fechas más recientes, Eisenstadt y Lemarchand (1981) presentaron una teoría sociológica del clientelismo.

No obstante las dificultades propias de la investigación de campo, los estudios acerca del comunismo han propiciado notables aportaciones en años recientes. La aplicación de modelos analíticos y conceptos de la política comparativa y de la sociología política contribuyó de manera importante a nuestra comprensión de la política comunista. La polémica entre Gordon Skilling (1983; Skilling y Griffiths, 1971), T. H. Rigby (1980), Jerry Hough (1983) y otros autores en torno a la aplicabilidad de la teoría de los grupos de interés y del pluralismo a los procesos políticos comunistas ha resultado excepcionalmente instructiva. Rigby y sus colaboradores hicieron buen uso de los conceptos de legitimidad y relaciones patrón-cliente al analizar la política soviética y comunista (véase Rigby y Feher, 1982; Rigby y Harasymiw, 1983). Los conceptos de política burocrática (Dawisha *et al.*, 1980), participación política (Friedgut, 1979) y cultura política (Brown y Gray, 1977; White, 1979) también se aplicaron en estudios acerca de la Unión Soviética y del comunismo. Jan Triska fue el primero en emplear conceptos de desarrollo político y sociología política en investigaciones acerca de Europa del Este (véase Triska y Cocks, 1977; Triska y Gati, 1981).

Trabajos comparables se han realizado para dar cuenta de la política china mediante la aplicación de nociones propias de la ciencia política occidental. Harry Harding (1984), en una reseña, divide en tres generaciones la labor de investigación realizada acerca de China en el periodo posterior a la segunda Guerra Mundial. La primera generación de estudios se concretó a describir las instituciones y procesos emergentes en dicho país. La segunda, con base en información relativa a la Revolución Cultural, constituyó una bibliografía

más especializada en temas como la burocracia, áreas diversas de la administración pública y regiones geográficas. En fechas recientes, se han aplicado al caso chino conceptos y modelos propios de la ciencia social occidental. Disponemos, por tanto, de aplicaciones de modelos faccionales, de grupos de interés, de política burocrática, de sistema de creencias así como de modelos generacionales. Harding concluye su análisis al proyectar las perspectivas de futuros trabajos de investigación acerca de China, los cuales habrán de sustentarse, al menos por el momento, en datos más accesibles. Encuentra muy promisorio la actual circunstancia de un más fácil acceso a la investigación de campo combinada con una mayor integración de los estudios acerca de China en la política comparativa.

Aún no se aprecia plenamente la importancia de esta interacción de tres décadas entre la teoría política y los estudios regionales. Giovanni Sartori (1970), en su connotado artículo acerca de la "deformación de conceptos", y algunos participantes en el simposio de Robert Ward y Lucian Pye (1975) sobre la ciencia política y los estudios regionales, parecen no saber interpretar esta experiencia intelectual, al criticarla por "estirar conceptos", calificándola de etnocéntrica. Estamos convencidos de que Hugh Skilling, T. H. Rigby y Jerry Hough, al discutir acerca de los grupos de interés en los sistemas políticos comunistas, no fueron tan ingenuos como para creer que descubriríamos cámaras de comercio, asociaciones de granjeros, ligas de mujeres votantes y organizaciones similares en la Unión Soviética, Polonia, Hungría, etc. Estaban insatisfechos con el modelo totalitario e intentaron sustituirlo con el de grupos de interés. Lo que resultó de este ejercicio intelectual fue una más nítida delimitación de la estructura de poder y gobierno en los sistemas políticos comunistas. Lo mismo podría decirse acerca del modelo patrón-cliente, de la política burocrática, de la red de problemas y del "triángulo de hierro", así como de los conceptos sacados principalmente de estudios políticos estadounidenses y que tanto ayudaron a destacar similitudes y diferencias entre países del Primer, Segundo y Tercer mundos. El ajuste creativo de modelos fue la esencia del juego. El que se tachara de etnocéntrica a esta labor y que se le acusara de infringir las reglas de la metodología fue consecuencia de una parcialidad ideológica o de una postura metodológica en extremo ideográfica.

Durante la década de los setenta, hubo un renovado interés hacia Europa occidental. Con el entusiasmo que suscitara el surgimiento de nuevas naciones durante los años cincuenta y principios de la década de los sesenta, había decaído el interés hacia esta región del mundo. En la década de los setenta, las sociedades industriales avanzadas (incluido ahora Japón) comenzaron a tener problemas "interesantes" —el ambiente y la "calidad de la vida", disminución de la tasa de crecimiento, inflación, desempleo, alineación y desalineación partidista e "ingobernabilidad". Se avizoraban interesantes movimientos, problemas y soluciones— rebeliones fiscales, neocorporativismo, clasicismo neoeconómico, neoconservadurismo. La accesibilidad de esos países para la investigación y la disponibilidad de información cuantitativa confiable retaron a los especialistas en política comparativa, atrevidos teorizadores y expertos en el manejo de sofisticadas metodologías.

En el transcurso de la última década, registró varios y sólidos avances la investigación en política comparativa y acerca del desarrollo.

(1) Estudios acerca de la economía política

La economía política del desarrollo es una productiva área de investigación. Hollis Chenery (1979; Chenery *et al.*, 1974) y sus colaboradores en el marco de un programa de investigación patrocinado por el Banco Mundial, realizan importantes estudios encaminados a esclarecer problemas de crecimiento, distribución del ingreso y administración pública en países del Tercer Mundo. Albert Fishlow y sus colaboradores (1978), así como Howard Wriggins (1978) han hecho importantes aportaciones a nuestra comprensión de problemas de bienestar y crecimiento en el Tercer Mundo en el marco del programa de investigación del Council on Foreign Relations (Consejo para Relaciones Exteriores).

(2) Estudios comparativos sobre historia política

En el transcurso de esta última década, el área de la historia política comparativa ha favorecido notorios avances en nuestra comprensión de los diferentes esquemas de desarrollo. Este enfoque de la

historia como procedimiento encaminado a generar hipótesis acerca del desarrollo político ha sido influido por tres corrientes intelectuales, a saber: (1) la sociología política weberiana, (2) las ideas neomarxistas, y (3) las hipótesis y métodos generales de las ciencias sociales. En la sociología histórica comparativa, Marx ejerció una influencia determinante. Desde Marx, ningún politólogo o sociólogo que se respete ha podido ni puede darse el lujo de subestimar el papel de las fuerzas económicas en la explicación de la realidad social. La diferencia está entre quienes insisten en la primacía de las fuerzas económicas y la estructura de clases en las explicaciones históricas y quienes atribuyen, además, importancia explicativa a la religión, la etnografía, los procesos políticos, la personalidad y otros factores.

La sociología de la religión de Weber fue en cierto sentido una polémica contra la perspectiva marxista de la causalidad económica, aun cuando las clases y el *status* social son importantes nociones explicativas en su labor de teorización e investigación en sociología. En el periodo posterior a la guerra, sobre todo durante las primeras décadas subsiguientes a la misma, los weberianos han hecho notorias aportaciones a la historia política comparativa. *Political Systems of Empires*, de Eisenstadt (1963) fue una continuación directa de la teoría weberiana de los tipos de "dominación". El estudio realizado por Eisenstadt acerca de los imperios burocráticos colmó una laguna teórica y empírica en la monumental obra de Weber y sus trabajos posteriores sobre temas weberianos. En 1964, Reinhard Bendix publicó *Nation-Building and Citizenship*, en donde se comparan fenómenos derivados del concepto de nación-Estado en Europa occidental, Rusia, Japón y la India, y se emplean los conceptos sociológico-políticos weberianos de racionalidad y tradición, patrimonialismo, burocratización, democracia plebescitaria y otros similares. Gunther Roth (1968) supo aprovechar a cabalidad el concepto weberiano del patrimonialismo en su análisis explicativo del desarrollo en el Tercer Mundo.

La corriente neomarxista (si es que aún puede dársele tal nombre) ha sido bastante productiva, empieza con *Social Origins of Dictatorship and Democracy* de Barrington Moore (1966), pasa por *Lineages of the Absolutist State* de Perry Anderson (1974) y *The Modern World-System*, de Immanuel Wallerstein (1974, 1980) y culmina con *States and Revolution*, de Theda Skocpol (1979). Si bien estos cuatro autores se caracterizan por inspirarse en cierta forma del marxismo, varían considerablemente sus respectivas lógicas analíticas. Así, ve-

mos que la teoría del sistema mundial de Wallerstein es una simple explicación monocausal del capitalismo mundial con tres protagonistas —un centro capitalista, una semiperiferia y una periferia. *Social Origins*, de Barrington Moore presenta dos lógicas causales —una parsimoniosa explicación en función de la “estructura social de burguesía rural” para los orígenes históricos de la democracia capitalista, el fascismo y el comunismo, inserta en una serie mucho más densa y compleja de estudios de caso históricos que reflejan explicaciones de orden cultural, político y económico. Anderson se opone a una teoría guerrera de los orígenes del Estado absolutista europeo y postula una lógica marxista más ortodoxa de lucha de clases entre la nobleza y el campesinado durante el periodo feudal tardío en Europa occidental. Por último, la propia Skocpol es quien califica de marxista su estudio acerca de las clásicas revoluciones sociales de Francia, Rusia y China. Cabe decir que la estructura y el conflicto de clases no son las variables clave por ella manejadas en su explicación de aquellas grandes revoluciones sociales. Éstas corresponden más bien a factores anteriores, en tanto que serios reveses militares y estructuras estatales decadentes en aquellas naciones se consideran causas suficientes para ellas. Skocpol se autocalifica de “estructuralista”, por considerar que la historia se explica en gran medida por la interrelación de estructuras internacionales, sociales y estatales, al ser decididamente menor el papel desempeñado en ella por la política y el liderazgo.

Una corriente histórica comparativa más ecléctica, influida por las ciencias sociales, comenzó a principios de la década de los setenta, con los antes mencionados volúmenes del *crcs*, editados por Binder *et al.* (1971), Tilly (1975) y Grew (1978). Dos simposios tratan sobre el tema de la caída y reinstauración de la democracia en las últimas dos décadas. Juan Linz y Alfred Stepan (1978) intentaron generalizar a partir de nuestra experiencia con la caída de democracias en Europa y América Latina en la segunda mitad del presente siglo. Philippe Schmitter, Guillermo O'Donnell y sus colaboradores (en prensa) han intentado equiparar experiencias más recientes con transiciones hacia la democracia a partir de regímenes autoritarios en Europa y América Latina.

La escuela internacional de economía política produjo una serie de estudios históricos comparativos en los que se asocian la política y la economía con factores nacionales e internacionales. Este fecun-

do esfuerzo interdisciplinario originó, entre otros, estudios tan interesantes como los dos análisis, por Gourevitch (1977, 1984), de las consecuencias de grandes depresiones —las de 1870-1890 y de la década de los treinta— para el desarrollo político en Europa y los Estados Unidos de Norteamérica; el análisis por Kurth de la interacción entre la industrialización y la democratización en Europa a finales del siglo XIX (en Collier, 1979); el simposio de Peter Katzenstein (1978) en que se comparan y explican las políticas económicas exteriores de las principales naciones democráticas capitalistas; así como el reciente y brillante volumen de Katzenstein, titulado: *Small States and World Markets* (1985).

(3) Investigación basada en encuestas comparativas

La investigación con base en encuestas comparativas ha registrado grandes avances en las últimas décadas. Sidney Verba y asociados (1979), Ronald Inglehart (1975), Samuel Barnes y asociados (1979), así como Robert Putnam (1973) y sus colaboradores (1981) han hecho grandes contribuciones a nuestro entendimiento de las estructuras, condiciones y consecuencias de la participación y cultura política de las masas y de grupos de élite en las sociedades industriales avanzadas. La acumulación de resultados electorales así como de la información relativa al partidismo y a actitudes respecto a diversos problemas en varias naciones ha dado origen a análisis cada vez más atinados de tendencias políticas. Escritos como *Electoral Behavior: A Comparative Handbook*, de Richard Rose (1974), y *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies*, de Dalton, Flanagan y Beck (1984) nos han proporcionado explicaciones más rigurosas de comportamientos políticos cambiantes.

(4) Estudios comparativos sobre administración pública

Arnold Heidenheimer (véase Heidenheimer, Hecló y Adams, 1983), Peter Flora (véase Flora y Heidenheimer, 1981), Hugh Hecló (1974) y Richard Rose (1984) consagraron a la administración pública com-

parativa como un área importante de estudio en las ciencias políticas. Dicho enfoque generó una serie de propuestas empíricamente probadas acerca de las condiciones económicas, políticas y culturales que, durante el siglo pasado, afectaron diferencias en políticas de ingreso y gasto público, así como en políticas de mantenimiento del ingreso, salud y educación en Europa y Norteamérica.

(5) Estudios econométricos

Dentro de la tradición econométrica, se realizaron importantes trabajos estadísticos acerca de las relaciones existentes entre el crecimiento económico, el volumen y la composición del ingreso y del gasto gubernamental, la composición ideológica de los gobiernos, el nivel y la estructura de la organización sindical, y niveles de huelga, inflación y desempleo. Esta bibliografía, en la que destacan las aportaciones de Douglas Hibbs (1977, 1978), David Cameron (1978, 1982), Roger Hollingsworth (1982) y James Alt y K. Alec Chrystal (1983), junto con la pertinente a la administración pública comparativa y la antes mencionada bibliografía sobre historia de la economía política, constituyen interesantes respuestas al reto de una economía política de la política comparativa.

(6) Estudios comparativos sobre grupos de interés y neocorporativismo

En el transcurso de la década pasada, surgió una bibliografía comparativa sobre grupos de interés y neocorporativismo, en la que participaron Philippe Schmitter y Gerhard Lehmbruch (1979), Suzanne Berger (1981), John Goldthorpe (1984) y otros autores. Ésta trata sobre el interesante problema de la interacción entre grupos de interés y burocracias en las crisis contemporáneas de la economía política. Schmitter dirige actualmente un importante programa de investigación acerca de las asociaciones mercantiles y la economía política en sociedades industriales avanzadas.

(7) Estudios comparativos sobre partidos políticos

La clásica tradición de los estudios comparativos sobre partidos políticos es retomada en la actualidad por Giovanni Sartori (1976), Arend Lijphart (1977, 1984) y G. Bingham Powell (1982), entre otros autores. Esta labor de investigación ha infundido mayor rigor científico a nuestra comprensión de la maquinaria electoral, así como de las condiciones y consecuencias de diferentes variedades de sistemas de partidos.

(8) Metodología

Por último, la corriente general de las ciencias políticas ha generado una valiosa bibliografía metodológica en la que se examinan problemas de equivalencia lingüística mediante investigaciones realizadas en diferentes países, además de establecer normas de conceptualización y explorar el poder explicativo de varias estrategias comparativas. Adam Przeworski y Henry Teune (1970), Robert Holt y John Turner (1970), Sidney Verba (1967), Giovanni Sartori (1970, 1976), Arend Lijphart (1971), Mattei Dogan y Dominique Pelassy (1984), entre otros, hicieron importantes aportaciones a dicha bibliografía.

La guerra ideológica no tuvo en los estudios sobre las naciones democráticas avanzadas el efecto de "congelamiento" que tuviera en la investigación acerca de regiones tercermundistas, en particular la de América Latina. Ello se debe al hecho de que la tradición intelectual prevaleciente en los estudios acerca de regiones europeas y norteamericanas es más antigua y mejor establecida. Participan en la bibliografía correspondiente un mayor número de especialistas, existiendo además, mayores y mejores canales de comunicación. La bibliografía neomarxista de Europa y Norteamérica no es tan simplista como la pertinente a la *dependencia*. Los estudios neomarxistas y de la corriente principal de las ciencias sociales comparten un interés común en variables económicas y de clase social para la explicación de los fenómenos de la política. Se apartan cuando la clase se convierte en el elemento principal de la explicación política y cuando el concepto de Estado se identifica con una serie de relaciones coercitivas inespecíficas y no verificadas entre las clases.

Aún está por confirmarse la productividad de una nueva corriente

de investigación interesada en reafirmar la importancia del Estado en la explicación del quehacer político. Una valiosa contribución a esta estrategia de investigación es el argumento avanzado por Eric Nordlinger (1981) en el sentido de que el Estado y el gobierno desempeñan un papel importante en la iniciación de políticas administrativas y que gozan de autonomía incluso bajo fuertes presiones de la sociedad. Por otra parte, en el reciente volumen editado por Evans, Rueschemeyer y Skocpol (1985), el Estado parece tener connotaciones metafísicas. Este movimiento neoestatista pasa por alto el hecho de que los movimientos pluralista y estructural-funcionalista en la ciencia política fueron intentos, en gran medida exitosos, encaminados a desmitificar, desglosar y operacionalizar el concepto de Estado, a fin de poderlo observar y mesurar. Estamos seguros de que no serviría de gran cosa invertir este proceso, restableciendo su anterior y hegeliana cualidad de reificación y ambigüedad (Krasner, 1984; Lentner, 1984). Cabe señalar, además, que estos neoestatistas aún no han llevado a cabo una cabal investigación de la bibliografía pertinente. A pesar de ser prosélitos de una nueva historia comparativa, nos presentan una imagen por demás caricaturesca de los antecedentes históricos del movimiento pluralista. Los pluralistas, lejos de menospreciar al Estado, fueron convencidos defensores de la movilización de sectores desfavorecidos de la población con el propósito de acceder al Estado y acrecentar el poder de éste a fin de lograr objetivos asociados con el bienestar común. Los pluralistas no sólo fueron partidarios del *New Deal*; también fueron artífices de la edificación de aquello que más adelante, se calificaría de "presidencia imperial". Charles Merriam, Pendleton Herring, V. O. Key y otros especialistas se iniciaron como tales en el National Resources Planning Board (Consejo de Planificación de Recursos Nacionales), el President's Committee on Administrative Management (Comité Presidencial de Manejo Administrativo y la primera Oficina Presupuestal), organismos cuya función era fortalecer al Estado.

El juicio de que los pluralistas redujeron Estado y gobierno a una simple arena en donde compiten entre sí intereses sociales encontrados, no resiste a un examen detenido. Cabe preguntarse si los neoestatistas alguna vez examinaron los últimos capítulos de *The Governmental Process*, de Truman (1951), o *Federal Commissioners and Presidential Leadership*, de Pendleton Herring (1936, 1940), o bien *The*

Administration of Federal Grants to States and Politics, Parties, and Pressure Groups, de V. O. Key (1937, 1949). De hecho, en cualquier biblioteca universitaria se encuentran estantes repletos de libros dedicados a instituciones políticas y gubernamentales, fuertemente influidos por el pluralismo. Un examen incluso superficial de estas obras desmentiría tan burda interpretación dada al manejo pluralista del concepto de Estado.

Los neoestatistas no aclaran qué es lo que entienden por dicho concepto, pero parecen oponerse a la idea de desglosarlo para fines analíticos y de investigación empírica. Cuando esta corriente neoestatista se defina de manera tangible en un tipo u otro de estudio empírico, ¿acaso no se manejarán en dichos estudios conceptos como los de funcionarios, burocracias, instituciones militares, parlamentos, partidos políticos, grupos de interés y electorados, o procesos como las relaciones e interacciones que se verifican entre ellos? De hecho, si este neoestatismo es algo más que meros malabarismos semánticos, de seguro habrá de desglosarse en temas específicos de investigación y cuesta trabajo imaginar qué nuevas ideas o nuevos programas de investigación puedan nacer de la iniciativa de "reinstaurar al Estado".

Esta reseña de los estudios sobre política comparativa y desarrollo político realizados en las últimas décadas pasadas indica que la disciplina no está precisamente "en crisis", como afirman algunos analistas. De hecho, si hubo tal crisis, fue de orden más bien político que intelectual. El presente ensayo demuestra, además, que la evidencia no respalda la caracterización de la bibliografía sobre política comparativa como defensa ideológica del imperialismo y del capitalismo. Los defensores del enfoque de la postura de dependencia, quienes así describieron dicha disciplina no se apoyan en una investigación bibliográfica suficiente y cuando hacen citas, con frecuencia malinterpretan su contenido y significado. El programa de investigación que sustenta el enfoque de la dependencia no ha logrado su propósito. Sus principales propuestas no se confirmaron o han sido refutadas. En la medida en que el enfoque de la dependencia se convirtió en un programa serio de investigación integrado por rigurosos estudios de caso y pruebas cuantitativas de las relaciones existentes entre variables cuidadosamente operacionalizadas, puede afirmarse que ha llegado a formar parte de la corriente general de la

política comparativa. No se sostiene el argumento de que los *dependentistas* enfocaron nuestra atención hacia la importancia del entorno internacional para el desarrollo económico y político y que aplicaron perspectivas de economía política a dichos procesos. Dichas tendencias ya se encontraban presentes en la bibliografía general de las ciencias sociales y aún conservan su vigencia. Y si examinamos la bibliografía citada en aquellos estudios internacionales sobre economía política, encontramos poca evidencia de una presunta influencia de la perspectiva de la dependencia. De ahí se impone la conclusión de que la dependencia fue un movimiento político, y su resultado final pudo ser contraproducente desde el punto de vista intelectual.

Los estudios comparativos en general, lejos de estar en crisis, son motor de una rica y variada producción. Si bien hoy por hoy, no existe ningún paradigma único, también puede afirmarse que nunca lo hubo. En las cuatro décadas que transcurrieron desde la segunda Guerra Mundial, ha aumentado considerablemente el rigor metodológico de la investigación cuantitativa, analítica e histórico-sociológica. Aun cuando adoleció hasta cierto punto de parcialidad cultural e ideológica, aspira y tiende a una mayor honestidad y neutralidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adelman, Irma, y Cynthia Taft Morris (1967), *Society, Politics, and Economic Development: A Quantitative Approach*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- Almond, Gabriel A. (1956), "Comparative Political Systems", *Journal of Politics*, 18, núm. 3, agosto.
- (1970), *Political Development: Essays in Heuristic Theory*, Boston, Little, Brown.
- (1971), "National Politics and International Politics", en *The Search for World Order*, Albert Lapawsky et al. (comps.), Nueva York, Appleton-Century-Crofts.
- , y James Coleman (comps.) (1960), *The Politics of the Development Areas*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- , Scott Flanagan y Robert Mundt (1973), *Crisis, Choice and Change*, Boston, Little, Brown.
- , y Sidney Verba (1963), *The Civic Culture*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.

- Alt, James E., y K. Alec Chrystal (1983), *Political Economics*, Berkeley, University of California Press.
- Anderson, Perry (1973), *Lineages of the Absolutist State*, Nueva York, Humanities Pres.
- Apter, David E. (1955), *The Gold Coast in Transition*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- (1961), *The Political Kingdom in Uganda: A study in Bureaucratic Nationalism*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- (1965), *The Politics of Modernization*, Chicago, University of Chicago Press.
- Barnes, Samuel H., Max Kaase et al. (1979), *Political Action: Mass Participation in Five Western Democracies*, Beverly Hills, California, Sage.
- Becker, David (1983), *The New Bourgeoisie and the Limits of Dependency*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Bendix, Reinhard (1964), *Nation-Building and Citizenship: Studies of Our Changing Social Order*, Nueva York, Wiley.
- Berger, Suzanne D. (comp.) (1981), *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Bienen, Henry (1967), *Tanzania: Party Transformation and Economic Development*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Bill, James, y Carl Leiden (1979), *Politics in the Middle East*, Boston, Little, Brown.
- Binder, Leonard (1961), *Religion and Politics in Pakistan*, Berkeley, University of California Press.
- (1962), *Iran: Political Development in a Changing Society*, Berkeley, University of California Press.
- , James Coleman, Joseph LaPalombara, Lucian Pye, Sidney Verba y Myron Weiner (1971), *Crisis and Sequences in Political Development*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Black, Cyril E. (1966), *The Dynamics of Modernization*, Nueva York, Harper and Row.
- Bodenheimer, Suzanne (1970), "The Ideology of Developmentalism", *Berkeley Journal of Sociology*, pp. 95-137.
- Braibanti, Ralph (comp.) (1966), *Asian Bureaucratic Systems Emergent from the British Imperial System*, Durham, North Carolina, Duke University Press.
- Brown, Archie, y Jack Gray (comps.) (1977), *Political Culture and Political Change in Communist States*, Nueva York, Holmes and Meier.
- Cameron, David (1978), "The Expansion of the Public Economy: A Comparative Analysis", *American Political Science Review*, 72, núm. 4, diciembre.
- (1982), "Social Democracy Corporatism, and Labor Quiescence: The

- Representation of Economic Interest in Advanced Capitalist Society", en *Order and Conflict in Contemporary Capitalism: Studies in the Political Economy of Western European Nations*, John J. Golsthorpe (comp.), Oxford, Oxford University Press.
- Caporaso, James (1978), "Dependence, Dependency, and Power in the Global System: A Structural and Behavioral Analysis", *International Organization*, 32.
- (1980), "Dependency Theory: Continuities and Discontinuities in Development Studies", *International Organization*, 34, núm. 3, otoño.
- Cardoso, Fernando Henrique, y Enzo Faletto (1969, 1979), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo Veintiuno Editores.
- (1973), "Associated Dependent Development: Theoretical and Practical Implications", *Authoritarian Brazil: Origins, Policies, and Future*, Alfred Stepan (comp.), New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- (1979), "On the Characterization of Authoritarian Regimes in Latin America", en *The New Authoritarianism in Latin America*, David Collier (comp.), Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- , y Enzo Faletto (1979), *Dependency and Development in Latin America*, Berkeley, University of California Press.
- Chenery, Hollis (1955), "The Role of Industrialization in Development Programs", *American Economic Review Papers and Proceedings* 45, mayo, pp. 40-57.
- (1979), *Structural Change and Development Policy*, Nueva York, Oxford University Press.
- *et al.* (1974), *Redistribution with Growth*, Nueva York, Oxford University Press.
- Chilcote, Ronald, y J. C. Edelstein (comps.) (1974), *Latin America: The Struggle with Dependency and Beyond*, Cambridge, Massachusetts, Schenkman.
- Coleman, James S. (1958), *Nigeria: Background to Nationalism*, Berkeley, University of California Press.
- (1960), "Conclusion: The Political Systems of the Developing Areas", en *The Politics of the Developing Areas*, Gabriel A. Almond y James Coleman (comps.), Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- (comp.) (1965), *Education and Political Development*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Collier, David (comp.) (1979), *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Collier, Ruth Berins, y David Collier (1979), "Inducements vs. Constraints: Disaggregating 'Corporatism'", *American Political Science Review*, 73, diciembre.
- Cutright, Philips (1963), "National Political Development: Measurement and Analysis", *American Sociological Review*, abril.

- Dahl, Robert A. (1971), *Polyarchy: Participation and Opposition*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- Dalton, Russell J., Scott C. Flanagan y Paul Allen Beck (comps.) (1984), *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Dawisha, Karen, Graham Allison, Fred Eidlin y Jiri Valenta (1980), *Studies in Comparative Communism*, invierno.
- Deutsch, Karl W. (1961), "Social Mobilization and Political Development", *American Political Science Review*, 55, núm. 3, septiembre, pp. 493-514.
- Dogan, Mattei, y Dominique Pelassy (1984), *How to Compare Nations: Strategies in Comparative Politics*, Chatham, New Jersey, Chatham House.
- Domínguez, I. (1978), *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- (1982), *LASA Newsletter*, 13, núm. 2, verano.
- Doran, Charles F., y George Modelski (comps.) (1983), *North-South Relations: Studies of Dependency Reversal*, Nueva York, Praeger.
- Dos Santos, Theotonio (1970), "The Structure of Dependence", *American Economic Reviews*, 60, núm. 5, pp. 235-246.
- Durkheim, Émile [1893] (1933), *The Division of Labor in Society*, Nueva York, Macmillan.
- Eckstein, Harry (comp.) (1963), *Internal War*, Glencoe, Illinois, Free Press of Glencoe.
- (1975), "Case Study and Theory in Political Science", en *Handbook of Political Science*, vol. 7, Fred I. Greenstein y Nelson Polsby (comps.), Reading, Massachusetts, Addison-Wesley.
- Eisenstadt, S. N. (1963), *The Political System of Empires*, Glencoe, Illinois, Free Press.
- (1964), "Breakdowns of Modernization", *Economic Developments and Cultural Change*, 12, núm. 4, julio, pp. 345-367.
- (1984), *Patrons, Clients, and Friends: Interpersonal Relations and the Structure of Trust in Society*, Cambridge, Cambridge University Press.
- , y René Lemarchand (1981), *Political Clientelism, Patronage, and Development*, Beverly Hills, California, Sage.
- Evans, Peter (1979), *Dependent Development: The Alliance of Multinational, State, and Local Capital in Brazil*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Evans, Peter B., Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (comps.) (1985), *Bringing the State Back In*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Fishlow, Albert, et al. (1978), *Rich and Poor Nations in the World Economy*, Nueva York, McGraw-Hill.
- Flora, Peter, y Arnold Heidenheimer (comps.) (1981), *The Development of Welfare States in Europe and America*, New Brunswick, New Jersey, Transaction Books.

- Frank, André Gunder (1969), *Latin America: Underdevelopment or Revolution*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Friedgut, Theodore H. (1979), *Political Participation in the USSR*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Gereffi, Gary (1983), *The Pharmaceutical Industry and Dependency in the Third World*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Gerschenkron, Alexander (1962), "Social Attitudes, Entrepreneurship, and Economic Development", *Explorations in Entrepreneurial History*, 6, octubre.
- Goldthorpe, John J. (comp.) (1984), *Order and Conflict in Contemporary Capitalism: Studies in the Political Economy of Western European Nations*, Oxford, Oxford University Press.
- Gourevitch, Peter (1977), "International Trade, Domestic Coalitions, and Liberty: Comparative Responses to the Crisis of 1873-1896", *Journal of Interdisciplinary History*, 8, pp. 281-313.
- (1984), "Breaking with Orthodoxy: The Politics of Economic Policy: Responses to the Depression of the 1930's", *International Organization*, 38, núm. 1.
- Hagen, Everett E. (1968), *Cases of Political Development in Europe and the United States*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- (1968), *The Economics of Development*, Homewood, Illinois, Richard D. Irwin.
- Harding, Harry E. (1984), "The Study of Chinese Politics: Toward a Third Generation of Scholarship", *World Politics*, 36, núm. 2, enero, pp. 284-307.
- Harsanyi, John (1969), "Rational-Choice Models of Political Behavior vs. Functionalist and Conformist Theories", *World Politics*, 21, núm. 4.
- Heclo, Hugh (1974), *Modern Social Politics in Britain and Sweden: From Relief to Income Maintenance*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- Heidenheimer, Arnold J., Hugh Heclo y Carolyn Adams (1983), *Comparative Public Policy: The politics of Social Choice in Europe and America*, Nueva York, St. Martin's.
- Herring, E. Pendleton (1936), *Federal Commissioners*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- (1940), *Presidential Leadership*, Nueva York, Farrar y Rinehart.
- Herz, John (comp.) (1982), *From Dictatorship to Democracy: Coping with the Legacies of Authoritarianism and Totalitarianism*, Westport, Connecticut, Greenwood.
- Hibbs, Douglas (1977), "Political Parties and Macroeconomic Policy", *American Political Science Review*, 71, diciembre.
- (1978), "On the Political Economy of Long Run Trends in Strike Activity", *British Journal of Political Science* 8, abril, pp. 165-166.

- Hirschman, Albert O. (1958), *The Strategy of Economic Development*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- (1963), *Journeys Toward Progress: Studies of Economic Policy-Making in Latin America*, Nueva York, Twentieth Century Fund.
- Holt, Robert, y John Turner (1966), *The Political Basis of Economic Development*, Princeton, New Jersey, Van Nostrand.
- , y — (comps.) (1970), *The Methodology of Comparative Research*, Nueva York, Free Press.
- Hollingsworth, Roger (1982), "The Political-Structural Basis for Economic Performance", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, enero.
- Hoselitz, Bert F. (1952), *The Progress of Underdeveloped Areas*, Chicago, University of Chicago Press.
- Hough, Jerry (1983), "Pluralism, Corporatism and the Soviet Union", en *Pluralism in the Soviet Union*, Susan Gross Solomon (comp.), Londres, Macmillan.
- Huntington, Samuel P. (1965), "Political Development and Political Decay", *World Politics*, 17, núm. 3, pp. 386-430.
- (1968), *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- (1984), "Will More Countries Become Democratic?", *Political Science Quarterly*, 99, núm. 2.
- , y Jorge I. Domínguez (1975), "Political Development", en *Handbook of Political Science*, vol. 3, Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby (comps.), Reading, Massachusetts, Addison-Wesley.
- , y Clement H. Moore (comps.) (1970), *Authoritarian Politics in Modern Society: The Dynamics of Established One-Party Systems*, Nueva York, Basic Books.
- Inglehart, Ronald (1975), *The Silent Revolution: Changing Values and Political Style Among Western Publics*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Inkeles, Alex, y David Horton Smith (1974), *Becoming Modern: Individual Change in Six Developing Countries*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Jackson, Robert H., y Carl G. Rosberg (1984), *Personal Rule in Black Africa: Prince, Autocrat, Prophet, Tyrant*, Berkeley, University of California Press.
- Katzenstein, Peter J. (1978), *Between Power and Plenty: Foreign Economic Policies of Advanced Industrial States*, Madison, University of Wisconsin Press.
- (1985), *Small States and World Markets*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press.
- Kesselman, Mark (1973), "Order or Movement? The Literature of Political Development as Ideology", *World Politics*, 25, núm. 1.

- Key, V. O., Jr. (1937), *The Administration of Federal Grants to States*, Chicago, Public Administration Service.
- (1949), *Politics, Parties, and Pressure Groups*, Nueva York, Crowell.
- Krasner, Stephen D. (1984), "Approaches to the State: Alternative Conceptions and Historical Dynamics", *Comparative Politics*, 16, núm. 2.
- Kuhn, Thomas S. (1960), *A Theory of Scientific Revolution*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Kuznets, Simon (1955), "Economic Growth and Income Equality", *American Economic Review*, 4, núm. 5.
- (1959), *Six Lectures of Scientific Revolution*, Nueva York, Free Press.
- Lande, Carl H. (1965), *Leaders, Factions, and Parties: The Structure of Philippine Politics*, New Haven, Connecticut, Southeast Asia Studies, Yale University Press.
- LaPalombara, Joseph (1963), *Bureaucracy and Political Development*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- , y Myron Weiner (comps.) (1966), *Political Parties and Political Development*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Legg, Keith R. (1969), *Politics in Modern Greece*, Stanford, California, Stanford University Press.
- Lemarchand, René (1972), "Political Clientelism and Ethnicity in Tropical Africa: Competing Solidarities in Nation-Building", *American Political Science Review*, 66, núm. 1.
- Lentner, Howard H. (1984), "The Concept of the State: A Response to Stephen Krasner", *Comparative Politics*, 16, núm. 3.
- Lerner, Daniel (1958), *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*, Glencoe, Illinois, Free Press.
- Lewis, W. Arthur (1955), *The Theory of Economic Growth*, Londres, George Allen and Unwin.
- Lijphart, Arend (1971), "Comparative Politics and Comparative Method", *American Political Science Review*, 65, núm. 3.
- (1977), *Democracy in Plural Societies: A Comparative Exploration*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- (1984), *Democracies: Patterns of Majoritarian and Consensus Government in Twenty-one Countries*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- Lindblom, Charles E. (1977), *Politics and Markets*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- Linz, Juan J., y Alfred Stepan (comps.) (1978), *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- Lipset, S. M. (1959), "Some Social Requisites of Democracy", *American Political Science Review*, 53, pp. 69-105.
- Maine, Henry (1883), *Ancient Law*, Nueva York, Holt.

- Mason, Edward (1958), *Economic Planning in Underdeveloped Areas*, Nueva York, Fordham University Press.
- McClelland, David C. (1961), *The Achieving Society*, Princeton, New Jersey, Van Nostrand.
- , et al. (1953), *The Achievement Motive*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts.
- McCrone, Donald, y Charles Cnudde (1967), "Toward a Communication Theory of Democratic Political Development: A Causal Model", *American Political Science Review*, 61, núm. 3.
- Meier, Gerald M. (1964), *Leading Issues in Development Economics: Selected Materials and Commentary*, Nueva York, Oxford University Press.
- , y Robert E. Baldwin (1957), *Economic Development: Theory, History, Policy*, Nueva York, Oxford University Press.
- Migadal, Joel S. (1983), "Studying the Politics of Development and Change: The State of the Art", en *Political Science: The State of the Discipline*, Ada Finifter (comp.), Washington, D. C., American Political Science Association.
- Millikan, Max F. (1967), *National Economic Planning*, Nueva York, Columbia University Press.
- , y Donald L. M. Blackmer (1961), *The Emerging Nations: Their Growth and United States Policy*, Boston, Little, Brown.
- Moore, Barrington, Jr. (1966), *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Land and Peasants in the Making of the Modern World*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Nelson, Joan M. (1979), *Access to Power: Politics and the Urban Poor in Developing Nations*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Neubauer, Deane (1967), "Some Conditions of Democracy", *American Political Science Review*, 61, núm. 4.
- Nordlinger, Eric A. (1981), *On the Autonomy of the Democratic State*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- O'Donnell, Guillermo A. (1973), *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism: Studies in South American Politics*, Berkeley, Institute of International Studies, University of California.
- Organski, A. F. K. (1965), *The Stages of Political Development*, Nueva York, Knopf.
- Packenham, Robert A. (1973), *Liberal America and the Third World: Political Development Ideas in Foreign Aid and Social Science*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- (1976), "Trends in Brazilian National Dependency Since 1984", en *Brazil in the Seventies*, Riordan Rhett (comp.), Washington, D. C., American Enterprise Institute.
- (1983), "The Dependency Perspective and Analytical Dependency", en *North-South Relations*, Charles F. Doran y George Modelski (comps.), Nueva York, Praeger.

- Parsons, Talcott (1937), *The Structure of Social Action*, Nueva York, McGraw-Hill.
- , y Edward A. Shils (comps.) (1951), *Toward a General Theory of Action*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Popkin, Samuel [1947] (1979), *The Rational Peasant*, Berkeley, University of California Press.
- Powell, G. Bingham Jr. (1982), *Contemporary Democracies: Participation, Stability and Violence*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Przeworski, Adam, y Henry Teune (1970), *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Nueva York, Wiley.
- Putnam, Robert D. (1973), *The Beliefs of Politicians: Ideology, Conflict, and Democracy in Britain and Italy*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- , Joel D. Aberbach y Bert A. Rockman (1981), *Bureaucrats and Politicians in Western Democracies*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Pye, Lucian W. (1956), *Guerrilla Communism in Malaya: Its Social and Political Meaning*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- (1962), *Politics, Personality, and Nation Building: Burma's Search for Identity*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- (comp.) (1963), *Communications and Political Development*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- , y Sidney Verba (comps.) (1965), *Political Culture and Political Development*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Rigby, T. H. (comp.) (1980), *Authority, Power and Policy in the USSR*, Nueva York, St. Martin's.
- , y Ferenc Feher (comps.) (1982), *Political Legitimation in Communist States*, Nueva York, St. Martin's.
- , y Bohdan Harasymiw (comps.) (1983), *Leadership Selection and Patron-Client Relations in the USSR and Yugoslavia*, Londres, Allen and Unwin.
- Riggs, Fred W. (1957), "Agrarian and Industry", en *Toward a Comparative Study of Public Administration*, W. J. Siffen (comp.), Bloomington, University of Indiana Press.
- Rose, Richard (1974), *Electoral Behavior: A Comparative Handbook*, Nueva York, Free Press.
- (1984), *Comparative Policy analysis*, Glasgow, Centre for the Study of Public Policy, University of Strathclyde.
- Rosenau, James N. (comp.) (1964), *International Aspects of Civil Strife*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- (1980), *The Study of Global Interdependence: Essays on the Transnationalization of World Affairs*, Londres, Frances Pinter.

- Rostow, Walt W. (1956), "The Take-Off into Self Sustained Growth", *Economic Journal*, 66, pp. 25-48.
- (1960), *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1971), *Politics and the Stages of Growth*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1968), "Personal Rulership, Patrimonialism, and Empire Building in the New States", *World Politics*, enero.
- Russett, Bruce (1983), "International Interactions and Processes: The Internal vs. External Debate Revisited", en *Political Science, The State of the Discipline*, edited by Ada Finifter, Washington, D. C., American Political Science Association.
- Rustow, Dankwart A. (1957), "Politics and Islam in Turkey 1920-1955", en *Islam and the West*, Richard Frye (comp.), Gravenhage, Holanda.
- (1967), *A World of Nations: Problems of Political Modernization*, Washington, D. C., Brookings Institution.
- (1970), "Transition to Democracy: Toward a Dynamic Model", *Comparative Politics*, 2, núm. 3.
- Sartori, Giovanni (1970), "Concept Misformation in Comparative Politics", *American Political Science Review*, 64, núm. 4.
- (1976), *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.
- , W. Riggs y Henry Teune (1975), *Tower of Babel: On the Definition and Analysis of Concepts in the Social Sciences*, Pittsburgh, Pennsylvania, International Studies Association.
- Schmidt, Steffan W., James C. Scott, Carl Lande y Laura Guasti (comps.) (1977), *Friends, Followers and Factions: A Reader in Political Clientelism*, Berkeley, University of California Press.
- Schmitter, Philippe, y Gerhard Lehmbruch (comps.) (1979), *Trends Towards Corporatist Intermediation*, Beverly Hills, California, Sage.
- , Guillermo O'Donnell y Laurence Whitehead (comps.), en prensa, *Transitions from Authoritarian Rule: Southern Europe and Latin America*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- Scott, James C. (1972), "Patron-Client Politics and Political Change in Southeast Asia", *American Political Science Review*, 66, núm. 1.
- Shils, E. A. (1960), *Political Development in the New States*, La Haya, Mouton.
- Skilling, H. Gordon (1983), "Interest Groups and Communist Politics Revisited", *World Politics*, 36, núm. 1, octubre.
- , y Franklyn Griffiths (comps.) (1971), *Interest Groups in Soviet Politics*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Sklar, Richard (1963), *Nigerian Political Parties: Power in an Emergent African Nation*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.

- Skocpol, Theda (1979), *States and Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Massachusetts, Cambridge University Press.
- Smith, Peter H. (1983), Ponencia inédita, Seminario Conjunto sobre Desarrollo Político, Harvard-MIT, Cambridge, Massachusetts.
- Smith, Tony (1979), "The Underdevelopment of Development Literature", *World Politics*, 31, núm. 2.
- (1981a), "The Logic of Dependency Theory Revisited", *International Organization*, otoño.
- (1981b), *The Pattern of Imperialism: The United States, Great Britain, and the Late-Industrializing World since 1915*, Nueva York, Cambridge University Press.
- (1985), "Requiem or New Agenda for Third World Studies", *World Politics*, julio, p. 537.
- Springborg, Robert (1982), *Family, Power and Politics in Egypt*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Stepan, Alfred (1971), *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- , (comp.) (1973), *Authoritarian Brazil: Origins, Policies, and Future*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- (1978), *The State and Society: Peru in Comparative Perspective*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Sunkel, Osvaldo (1973), "Transnational Capitalism and National Disintegration in Latin America", *Social and Economic Studies*, 22, pp. 132-136.
- Sutton, Francis X. (1954), "Social Theory and Comparative Politics", ensayo inédito, Social Science Research Council Conference, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, junio.
- Sylvan, David, Duncan Snidal, Bruce M. Russett, Steven Jackson y Raymond Duvall (1983), "The Peripheral Economies: Penetration and Economic Distortion, 1970-1975", en *Contending Approaches to World System Analysis*, William Thompson (comp.), Beverly Hills, California, Sage.
- Thompson, William R. (comp.) (1983), *Contending Approaches to World System Analysis*, Beverly Hills, California, Sage.
- Tilly, Charles (comp.) (1975), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Toennies, Ferdinand [1887] (1957), *Community and Society*, East Lansing, Michigan State University Press.
- Triska, Jan F., y Paul Cocks (comps.) (1977), *Political Development in Eastern Europe*, Nueva York, Praeger.
- , y Charles Gati (comps.) (1981), *Blue-Collar Workers in Eastern Europe*, Londres, George Allen and Unwin.
- Truman, David (1951), *The Governmental Process*, Nueva York, Knopf.

- Valenzuela, Samuel, y Arturo Valenzuela (1978), "Modernization and Dependency", *Comparative Politics*, julio.
- Verba, Sidney (1967), "Some Dilemmas in Comparative Research", *World Politics*, 20, núm. 1.
- , Norman H. Nie y Jae-on Kim (1978), *Participation and Political Equality: A Seven-Nation Comparison*, Londres, Cambridge University Press.
- Wallerstein, Immanuel (1974; 1980), *The Modern World-System*, 2 vols., Nueva York, Academic Press.
- Ward, Robert, y Dankwart Rustow (comps.) (1964), *Political Development in Japan and Turkey*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- , Richard Beardsley y John W. H. (1959), *Village Japan*, Chicago, University of Chicago Press.
- Weber, Max [1918] (1979), *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*, Gunther Roth y Claus Wittich (comps.), Berkeley, University of California Press.
- Weiner, Myron (1962), *The Politics of Scarcity: Public Pressure and Political Response in India*, Chicago, University of Chicago Press.
- White, Stephen (1979), *Political Culture in Soviet Politics*, Londres, Macmillan.

X. EL VÍNCULO NACIONAL-INTERNACIONAL*

UNA de las aportaciones positivas atribuidas al movimiento de la "dependencia", tanto por sus defensores como por muchos de sus críticos, es el hincapié que hace en la importancia del contexto internacional en la explicación de la política interna y del desarrollo político. Los proponentes del enfoque de la dependencia rechazaron la investigación acerca del desarrollo de los años cincuenta y sesenta porque ésta no consideraba las restricciones impuestas al desarrollo del Tercer Mundo por el capitalismo internacional que penetraba, controlaba y distorsionaba las economías de aquellos países. Se consideraba que dichas restricciones eran tan poderosas que volvían insignificantes cualesquier variables internas. El Tercer Mundo estaba condenado al atraso o a un desarrollo distorsionado por causa de este sistema internacional de clases. En la actualidad nadie mantiene ya seriamente esta posición; sin embargo, a fin de cuentas, la experiencia de la dependencia conserva el gran mérito de haber hecho una contribución heurística en los estudios del desarrollo, al haber introducido la dimensión internacional en su campo de investigación.

Así, Theda Skocpol expresa un punto de vista muy difundido en la actualidad respecto de la dimensión "nacional y social" de la teoría contemporánea del desarrollo:

Los enfoques teóricos predominantes hasta fechas recientes —el evolucionismo estructural-funcional y el marxismo unilineal— han incurrido en generalizaciones demasiado específicas a partir del evidente desarrollo lógico del inglés durante el siglo XVIII y principios del XIX. La modernización se ha conceptualizado, en esencia, como una dinámica interna de una nación.¹

* De Gabriel A. Almond, "The International-National Connection", *British Journal of Political Science*, vol. 19, primera parte. Todos los derechos reservados © 1989 por Cambridge University Press. Reproducción autorizada.

¹ Theda Skocpol, *States and Social Revolutions*, Cambridge University Press, 1979, p. 19.

Por su parte, Atul Kohli reconoce al enfoque de la dependencia el mérito de haber señalado a "las condiciones económicas mundiales como restricciones impuestas a los países en desarrollo".² Andrew Janos expresa un punto de vista semejante en una reseña y crítica de la teoría político-sociológica de los dos últimos siglos:

Otra objeción, más importante quizá, nace de lo que podría denominarse provincianismo estructural de la sociología política convencional. Dicho provincianismo se manifiesta en una tendencia a buscar explicaciones para los fenómenos políticos únicamente dentro de la estructura y cultura de la sociedad "fundamental". Según este modo de análisis, la política francesa se explica a través de la cultura francesa; la alemana, por las peculiares configuraciones de las clases sociales en Alemania; la política rusa, por el modo de producción ruso, y así sucesivamente.³

Tony Smith opina lo mismo, pues argumenta que la teoría general de la modernización y la del desarrollo debe escarmentar por su provincianismo: "Asimismo, han de admitir con franqueza que estas preocupaciones no son privativas de la investigación comparativa, y que también caracterizan el ámbito de las relaciones internacionales".⁴

En este capítulo se intentará demostrar lo exagerado de esta postura, según la cual la bibliografía política comparativa descuida la interacción nacional-internacional. Peter Gourevitch, en una serie de ensayos originales en los que investigó y evaluó dicha bibliografía, externa una opinión un tanto más discerniente:

La interacción [nacional-internacional] es de sobra conocida; todos entendemos que la política internacional y las estructuras domésticas se afectan mutuamente. Después de leer, por motivos diversos, gran parte de la bibliografía actual en la que se explora dicha interacción, tengo la impresión de que ha sido desatendida la perspectiva del comparativista,

² Atul Kohli, "Introduction", en Atul Kohli (comp.), *The State and Development in the Third World*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1986, p. 15.

³ Andrew Janos, *Politics and Paradigms*, Stanford, California, Stanford University Press, 1986, p. 66.

⁴ Tony Smith, "Requiem or New Agenda for Third World Studies", en Ikuo Kashiwagi y Lynn T. White (comps.), *Political System and Change*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1986, p. 376.

a saber, el razonamiento que parte del sistema internacional para llegar a la estructura doméstica.⁵

Gourevitch está en lo correcto al señalar que la investigación acerca de la influencia internacional sobre el desarrollo nacional se ha rezagado, aunque no tanto como lo afirma, supuesto que dicho rezago se ha venido corrigiendo en las últimas décadas. Si bien el paradigma dominante en la sociología política desde Marx hasta Barrington Moore destacó la importancia de la estructura social interna y de la cultura en la definición de la política y del Estado, existe una tradición menor desde Otto Hintze hasta Charles Tilly, Peter Gourevitch y Peter Katzenstein que hace hincapié en la repercusión de factores internacionales sobre la estructura y los procesos políticos internos, esto es, una tradición por completo independiente del movimiento de la dependencia. Esta tradición menor es la que se pretende presentar aquí.

Cabe señalar que la investigación acerca del efecto de factores nacionales en la política internacional fue el primero de estos géneros interdisciplinarios en prosperar. Desde el periodo que transcurrió entre las dos grandes guerras, ha habido entre los historiadores de la diplomacia estadounidense, los politólogos y los especialistas en relaciones internacionales una preocupación por el efecto de la política y del gobierno nacionales sobre las relaciones internacionales, la cual nació del histórico aislacionismo estadounidense —sobre todo a raíz de la experiencia de ese periodo que, muchos creen, condujo al colapso diplomático de los años veinte y treinta, y por ende, a la segunda Guerra Mundial. En efecto, la disputa entre el presidente Wilson y el senador Lodge, que culminó en la negativa del senado estadounidense a ratificar el Tratado de Versalles, fue el trauma histórico que obsesionó a los académicos del periodo entre las dos guerras mundiales. Y después de la segunda Guerra Mundial, subsistió entre ellos el temor de que conforme se apagara el fervor de la movilización, los Estados Unidos de Norteamérica se retraerían de nuevo a su coraza aislacionista.

Este sentimiento coincidió con la expansión y profesionalización de la ciencia política; en menos de dos décadas después de la segunda

⁵ Peter Gourevitch, "The Second Image Reversed; The International Sources of Domestic Politics", *International Organization*, vol. 32, núm. 4, 1978, p. 882.

Guerra Mundial, habíase acumulado un volumen considerable de bibliografía sobre temas tales como restricciones domésticas sobre la política exterior y el Congreso (Dahl),⁶ la burocracia (Cohen),⁷ grupos de interés y partidos políticos (Bauer, Pool y Dexter),⁸ opinión pública y cultura política (Markel y Almond),⁹ y toma de decisiones en materia de política exterior (Snyder, Bruck y Sapin).¹⁰ Se trata de una bibliografía básicamente estadounidense sobre la política exterior de ese país, con unos pocos elementos comparativos (Waltz, Hanrieder).¹¹ Los estudios incluidos en esta categoría varían respecto de su estrategia explicativa. Algunos de ellos son relativamente específicos en su definición de las consecuencias de factores domésticos en la política internacional; otros definen más laxamente su variable independiente como estabilidad internacional, aislacionismo-cosmopolitanismo, efectividad de la Guerra Fría, etcétera. La bibliografía más reciente de este género se ha concentrado en explicar la política económica exterior en función de restricciones domésticas (Katzenstein).¹²

El movimiento surgido en décadas recientes, tendiente a explorar mediante análisis históricos el efecto del entorno internacional sobre la política doméstica, no pudo tener mejores mentores que John Robert Seeley, historiador de Cambridge de finales del siglo XIX, y Otto Hintze, historiador constitucionalista alemán del periodo wilhelminiano y de Weimar. Seeley advertía a sus discípulos:

⁶ Robert A. Dahl, *Congress and Foreign Policy*, Nueva York, Harcourt Brace, 1950.

⁷ Bernard C. Cohen, *The Public's Impact on Foreign Policy*, Nueva York, Harcourt Brace, 1950.

⁸ Raymond Bauer, Ithiel Pool y Lewis Dexter, *American Business and Public Policy*, Nueva York, Atherton, 1963.

⁹ Lester Markel (comp.), *Public Opinion and Foreign Policy*, Nueva York, Harper and Brothers, 1949. Gabriel A. Almond, *The American People and Foreign Policy*, Nueva York, Harcourt Brace, 1950.

¹⁰ Richard Snyder, Henry Bruck y Burton Sapin, *Decision-making as an Approach to the Study of International Politics*, Princeton, New Jersey, Princeton University, Organization Behavior Section, 1954; Richard Snyder, Henry Bruck y Burton Sapin, *Foreign Policy Decision Making*, Nueva York, David McKay, 1971.

¹¹ Kenneth Waltz, *Foreign Policy and Democratic Politics: American and British Experience*, Boston, Little, Brown, 1967; Wolfram Hanrieder, *Comparative Foreign Policy*, Nueva York, David McKay, 1971.

¹² Peter Katzenstein, *Between Power and Plenty*, Madison, University of Wisconsin Press, 1978.

Nunca os concretéis a examinar a los Estados tan sólo desde adentro; recordad siempre que éstos tienen otro aspecto distinto por completo: su relación con Estados extranjeros. Ésta es una regla que es muy importante inculcar a los estudiantes ingleses, supuesto que no existe nación que la haya ignorado tanto como la nuestra. Tenemos una arraigada costumbre de considerar nuestra propia historia como independiente y autosuficiente, y dar por hecho que cualquier cosa que haya sucedido en Inglaterra tuvo por origen causas inglesas. Y esto, a un grado tal que, en mi opinión, aún no se escribe una historia inglesa que haga justicia a las influencias extranjeras o europeas que contribuyeron en determinar el curso de la política inglesa.¹³

En el caso de Otto Hintze, el corregir este descuido de los factores internacionales en la explicación del desarrollo nacional fue casi una obsesión. De las más de cincuenta monografías, artículos diversos y de revista reimpresos en los tres volúmenes de sus *Collected Papers*, más de una docena contienen ásperas —incluso apasionadas— críticas contra aquellos teóricos políticos y sociológicos que intentan explicar la estructura de los Estados meramente en función de fuerzas internas, estructura social, tendencias religiosas y fenómenos similares.¹⁴ En efecto, Hintze impugnó la disciplina entera así como el acervo bibliográfico de la teoría política desde Aristóteles hasta Marx, pasando por Maquiavelo y Montesquieu, por su fijación en causas y restricciones internas.

El cambio de siglo del XVIII al XIX fue un periodo en que se produjo un gran número de demografías histórico-políticas, como la obra en dos tomos de Woodrow Wilson, titulada *El Estado*.¹⁵ La citada obra de Seeley, titulada *An Introduction to Political Science*, fue una versión abreviada de este tratado. En un artículo de reseña sobre el más voluminoso de estos compendios, escrito por Wilhelm Roscher, Hintze opina que la teoría de Roscher del desarrollo político no se sostiene, porque:

¹³ John Robert Seeley, *An Introduction to Political Science*, Londres, Macmillan, 1886, p. 133.

¹⁴ Otto Hintze, *Gesammelte Abhandlungen*, Banda I, II, III, Gottingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1962-1967.

¹⁵ Woodrow Wilson, *The State: Elements of Historical and Practical Politics*, Boston, Heath, 1895.

[...] contempla al Estado desde una perspectiva esencialmente interna, en relación con el desarrollo social. No ha prestado la suficiente atención al hecho fundamental de que la vida doméstica de los Estados depende en gran parte de la relación que éstos mantienen entre sí, de las tensiones y distensiones entre ellos, de la grandeza y decadencia de Estados vecinos, de las variaciones en presiones internacionales, en pocas palabras, de aquello a lo que Ranke denominó el contexto mundial en general.¹⁶

En su primer ensayo de importancia sobre este tema, el cual se publicó en 1902 y se tradujo como "La formación de los Estados y el desarrollo constitucional", Hintze impugna a Marx por no apreciar la importancia del desarrollo del Estado en relación con sus vecinos, pero no lo rechaza del todo. Atribuye "una pizca de verdad" al argumento marxista según el cual "la Constitución política de un pueblo es efectivamente conformada por su estructura social". Lo critica por sacar al "Estado del contexto en que se constituyó; el Estado se considera en forma aislada, autoexclusiva, sin que se pregunte si su peculiaridad no es determinada por sus relaciones con su entorno".¹⁷

Hintze también asume una postura crítica respecto a la importancia de fuerzas idealistas y materialistas en la explicación política. Nuestro estructuralista haría bien en prestar gran atención a sus anatemas contra Hegel y Ranke, por una parte, y Marx por la otra, cuando comenta que:

Alguna vez se creyó que todo podía explicarse a través de la fuerza de voluntad, planificación y cálculo individuales; en la actualidad muchos piensan, asimismo, que las fuerzas motoras de la historia radican en las condiciones naturales de cada país o en las relaciones de producción económica [...] La influencia del mundo exterior necesita ejercerse a través de un medio intelectual; y la única pregunta consiste en qué tanta es su refracción y hasta qué punto posee vigor propio y puede hacer contrapeso. Con estas reservas podemos —y de hecho, debemos— recalcar que los acontecimientos y condiciones externos ejercen una influencia decisiva en la constitución interna de los pueblos. La historia no permite, como suponía Hegel, un desarrollo espiritual progresivo sujeto

¹⁶ Otto Hintze, *Soziologie und Geschichte*, Gottingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1964, pp. 19-20.

¹⁷ Otto Hintze, *The Historical Essays of Otto Hintze*, Nueva York, Oxford University Press, 1975, p. 159.

a sus propias leyes; existe más bien una constante interacción del mundo interno y externo.¹⁸

Las críticas de Seeley e Hintze tuvieron pocas repercusiones en la investigación política, hasta que la proliferación de naciones-Estado en las décadas posteriores a la segunda Guerra Mundial planteó de manera apremiante la pregunta de cómo "crecen" los Estados, e incluso entonces, la tradición preponderante en la explicación de la estructura y el proceso estatales continuó destacando factores domésticos. En un artículo escrito hace aproximadamente veinticinco años (1971), pronostiqué un movimiento tendiente a apartarse de aquello que podría describirse como el modelo biológico del sistema político, en el cual los comparativistas

[...] clasifican especies de estructura política y las atribuyen a cierto grado de estabilidad y a una relación con el ambiente equiparables a los de un organismo biológico. Empero, los sistemas políticos y las sociedades no son organismos que pervivan en una relación estable con sus entornos. Los intercambios entre los sistemas políticos y sus ambientes pueden ser masivos, ya que sus fronteras son altamente permeables, y tanto la estructura del sistema como sus contextos pueden experimentar rápidas y profundas transformaciones [...] Estamos en los albores de significativas adaptaciones curriculares que habrán de apartarnos de este modelo biológico y nos permitirán manejar más efectivamente la interacción entre la sociedad doméstica, el entorno internacional y el sistema político.¹⁹

Un artículo pionero, publicado por Peter Gourevitch hace algunos años, señala el carácter "circular" de la causalidad en la interacción nacional-internacional.²⁰ Gourevitch arguye que "al emplear la estructura doméstica como variable en la explicación de la política exterior", tal como lo hemos hecho, "es menester averiguar hasta qué punto la estructura misma se desprende de las exigencias del sistema internacional". Luego, procede a analizar las formas en que la polí-

¹⁸ *Ibid.*, p. 162.

¹⁹ Gabriel A. Almond, "National Politics and International Politics", en Albert Lepawsky, Edward Buehrig y Harold Lasswell (comps.), *The Search for World Order*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1971, pp. 284-285.

²⁰ Gourevitch, "The Second Image Reversed", p. 882.

tica y el gobierno domésticos son influidos, ante todo, por los contextos económico y de seguridad internacionales. Alude a otros aspectos del contexto internacional, como la ideología y la religión; pero esta sección de su artículo está dedicada en su mayor parte al efecto de la guerra y del comercio sobre la política doméstica, en lo que se refiere a sucesos o decisiones específicas, características del régimen político y esquemas de coalición. En una obra reciente, así como en artículos anteriores, trata de manera sistemática y detallada la influencia de la economía internacional en la política y la administración domésticas.²¹ El trabajo de Gourevitch representa el estudio más riguroso y mejor documentado del vínculo nacional-internacional realizado a la fecha. Citaremos a continuación algunos de sus hallazgos en el campo de la economía internacional.

LA LEY DE SEELEY-HINTZE

Llama la atención el hecho de que las formulaciones iniciales de Seeley y, en particular, de Hintze, anticiparan los hallazgos de la bibliografía más reciente con respecto a las influencias internacionales en el desarrollo político. En efecto, en la obra de Hintze encontramos por vez primera tal relación formulada como teoría, la cual atribuye a John Robert Seeley, su mentor de Cambridge. Como expresó aquel famoso historiador:

Por tanto, es razonable suponer que el grado de gobierno será directamente proporcional, y de ahí que el grado de libertad será inversamente proporcional, al grado de presión. Dicho en otras palabras, es de esperarse que una comunidad acomodada y dotada de amplios espacios goce de un margen igualmente amplio de libertad; en tanto que una comunidad que se sostenga en medio de grandes dificultades y rodeada de graves peligros tendrá poca libertad y estará sujeta a estrictos controles gubernamentales.²²

²¹ Peter Gourevitch, *Politics in Hard Times*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1986; Peter Gourevitch, "International Trade, Domestic Coalitions, and Liberty: Responses to the Crisis of 1873-1896", *Journal of Interdisciplinary History*, vol. viii, núm. 2, 1977; Peter Gourevitch, "Breaking with Orthodoxy: The Politics of Economic Policy Responses to the Depression of the 1930's", *International Organization*, vol. 38, núm. 1, 1984.

²² Seeley, *Introduction to Political Science*, p. 131.

Más adelante, y en forma breve, afirma: "Vemos que un gobierno firme es una respuesta a presiones fuertes, y que, por otra parte, la libertad o un gobierno más laxo es efecto de presiones menores. Ésta es la regla general a la que naturalmente habrá numerosas excepciones".²³

Seeley documenta brevemente esta propuesta aludiendo a la "firmeza del gobierno" en Francia y Prusia-Alemania en comparación con Inglaterra y, sobre todo, con los Estados Unidos de Norteamérica. Sin embargo, Hintze es quien retoma la ley de Seeley y la confronta con la historia política mundial. En su primer ensayo importante sobre este tema (1902) sostuvo que "todos los grandes imperios de la antigüedad y del mundo no europeo tuvieron formas despóticas de gobierno [...] las Constituciones libres surgieron después de que varios Estados coexistieran en condiciones de igualdad y la independencia de cada uno de ellos fuera reconocida por los demás [...] Si examinamos el pasado del género humano, tal sociedad de Estados ha sido siempre la excepción [...] se trata de un fenómeno que se manifiesta tan sólo una vez en mucho tiempo —es decir, en el sistema europeo de Estados, que debe su prosperidad a un proceso histórico único".²⁴

Hintze atribuye este histórico acontecimiento a la rivalidad existente en el medioevo entre el papado y el imperio, una rivalidad que propició que cada nación lograra su autonomía, así como a las tradiciones culturales y religiosas comunes en la región europea, las cuales facilitaron la convivencia pacífica y un equilibrio de poderes.

Hintze desarrolló este tema del efecto del contexto externo sobre las características internas de los Estados en relación con tres importantes organizaciones políticas: las fuerzas armadas, el gobierno ministerial y las instituciones representativas. En cada caso, intenta explicar las diferencias entre estos esquemas institucionales en función de dos series de restricciones "que condicionaron la verdadera organización del Estado. Éstas son, en primer lugar, la estructura de clases sociales, y en segundo, el ordenamiento externo de los Estados —la posición relativa de unos con otros, y su posición global en el mundo".²⁵

Asimismo, Hintze compara la organización militar de Esparta,

²³ *Ibid.*, p. 134.

²⁴ Hintze, *The Historical Essays*, p. 164.

²⁵ *Ibid.*, p. 183.

Roma y varias más, hasta llegar a las de Prusia e Inglaterra, y demuestra la compleja interacción que existe entre la estructura social, la tecnología militar, la estructura política, la política exterior y el contexto internacional. En un análisis igualmente documentado de los orígenes y diversidad del gobierno ministerial, Hintze señala una marcada diferencia entre los esquemas continentales, en particular el de Alemania, y "el gabinete responsable ante el Parlamento" en el sistema inglés. En 1908, fecha de estos comentarios, se muestra muy pesimista con respecto a las posibilidades de un sistema de gabinete responsable ante el Parlamento en Alemania, en vista de la situación estratégica de esta nación que históricamente requirió el desarrollo de una poderosa y costosa milicia, mantenida y administrada por una burocracia igualmente poderosa y eficiente en el marco de una monarquía autoritaria.²⁶

En una serie de cuatro ensayos iniciados en vísperas de la primera Guerra Mundial y proseguidos durante el tiempo que duró la República de Weimar, Hintze intentó explicar el variable desarrollo de la autoridad política y de las instituciones representativas en Occidente. Se trató de una historia minuciosamente comparativa, fundamentada en los principios metodológicos de John Stuart Mill y Max Weber. En su ensayo de 1913, titulado "Políticas de poder y Constituciones gubernamentales", pregunta: "¿A qué se debe que Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica tengan un sistema constitucional muy distinto al de los Estados de Europa continental, y que el de Francia sea tan diferente de los de Alemania y Prusia, o de los de Austria-Hungría y Rusia?"²⁷ Después de oponerse a la utilización de los exponentes de raza, carácter nacional y estructura socioeconómica como causas decisivas de las diferencias entre las Constituciones, Hintze se pregunta cómo pueden los teóricos políticos y sociológicos postular explicaciones monocausales para diferencias constitucionales, no sólo a la luz del desarrollo histórico de las instituciones políticas en el occidente cristiano, sino también frente a las vicisitudes contemporáneas de la política mundial. En su opinión, los teóricos políticos y sociológicos ignoran la influencia de la política internacional debido a que resulta muy difícil estudiar dichas influencias en función de leyes generales. Estos nexos suelen ser de índole singu-

²⁶ *Ibid.*, p. 266.

²⁷ Hintze, *Staat und Verfassung*, p. 424.

lar, más perceptible para los historiadores que para los teóricos políticos, quienes propenden a extraer a los Estados de su entorno y sus contextos. Señala a la historia comparativa como el enfoque metodológico idóneo para un tratamiento más sistemático de la interacción nacional-internacional en el desarrollo de los Estados modernos.

En este ensayo y en otro posterior, escrito en 1914, titulado "La vida constitucional de los Estados contemporáneos", presenta una teoría sobre la formación de los Estados europeos que aún no ha sido superada por lo que respecta a la claridad de su formulación y a la riqueza del cuerpo de demostración histórica presentado en su elaboración y sustento.²⁸ Indica que los sistemas de gobierno de las principales potencias europeas son de dos tipos: el inglés y el europeo continental. Aun cuando desde la Edad Media existían importantes diferencias entre Inglaterra y los Estados continentales, a mediados del siglo xvii, el Estado continental tomó la forma de un absolutismo militar con una poderosa administración burocrática, mientras que en Inglaterra la autoridad monárquica había perdido gran parte de su poder a consecuencia de la institución de un régimen parlamentario.

¿Cuál fue la causa de diferenciación tan marcada en el proceso histórico de constitución de los Estados europeos? Hintze indica que existían en el continente europeo instituciones locales autónomas y asambleas de terratenientes muy similares a las de Inglaterra. En este caso, ¿por qué en Inglaterra se transformarían en un sistema parlamentario y localmente autónomo, en tanto que en el continente las fincas y aldeas autónomas eran apartadas y destruidas mediante un proceso de centralización burocrática y penetración local? Había, asimismo, monarcas ambiciosos en Inglaterra (por ejemplo, Enrique VIII e Isabel) de la misma manera que los había en Francia y Prusia. Sin embargo, en Inglaterra el poder monárquico fue reprimido.

La explicación de esta diferencia notoria entre las instituciones gubernamentales radica en las situaciones geoestratégicas de Inglaterra y del continente. Inglaterra, gracias a su poder marítimo, era capaz de desempeñar un papel diplomático y político efectivo. Los países de Europa continental, debido a la ubicación de sus fronteras, sólo podían extenderse y sobrevivir con la ayuda de importantes ejércitos que precisaban de grandes poderes y organizaciones extrac-

²⁸ *Ibid.*, pp. 390 ss.

tivos y regulativos. Prosigue Hintze: "Toda la historia del sistema de Estados europeos redunda en una secuencia de intentos por parte de una u otra potencia por lograr la supremacía, en tanto que las demás luchaban por preservar su independencia o su existencia misma".²⁹ De este precario equilibrio prevaleciente durante los siglos xvii y xviii, nació "el gran poder centralizado, el Estado militar y oficial [...] El alma de esta nueva estructura estatal es el afán de poder, y su columna vertebral, un poderoso ejército permanente, antes desconocido como tal. Es motivo de asombro la forma como esta institución del ejército permanente transformó y determinó la estructura y la vida de los más remotos órganos y funciones del Estado".³⁰ Inglaterra no conoció este fenómeno y atravesó por un proceso gradual, en que fueron equilibrándose los poderes monárquico, aristocrático y burgués dentro de un marco administrativo relativamente descentralizado. Y esto pudo deberse a que podía desempeñar un importante papel estratégico internacional gracias, sobre todo, a su poderío naval.

Esta diferencia entre el desarrollo europeo continental y angloamericano, así como su importancia, son ahora un estereotipo de la política comparativa. Sin embargo, encuentran su primera formulación concreta y explícita en aquellos escritos de Hintze, anteriores a la primera Guerra Mundial y concebidos en un contexto histórico comparativo que abarca no solamente a Inglaterra, Francia y Prusia-Alemania, sino también a Rusia, Polonia, Austria-Hungría, Escandinavia y Estados Unidos de Norteamérica.

Hintze aplica su tesis de la interacción mutua de factores internacionales y domésticos al caso polaco y a la situación de la República de Weimar a mediados de la década de los años veinte. En su opinión, el caso polaco sugiere un corolario a la ley de Seeley, en el sentido de que si existe demasiada resistencia al autoritarismo centralista en una situación de amenaza externa, el Estado puede ser engullido por sus vecinos. La República de Weimar a mediados de los años veinte es otra excepción a la ley de Seeley, la cual deja de aplicarse cuando la autonomía de un Estado es limitada por potencias extranjeras. En este caso, el Estado es incapaz de responder a una amenaza externa; al perder esta capacidad, pierde gran parte de su identidad como tal

²⁹ *Ibid.*, p. 428.

³⁰ *Ibid.*, p. 429.

y se convierte en objeto de política internacional. Sin embargo, estas excepciones a la ley de Seeley conducen a Hintze a formular la ley más general de la política, de la cual la de Seeley no representa más que un caso especial. "Esta ley general mantiene que el espíritu y la esencia de la política interna dependen de la situación externa de un Estado".³¹ Hintze observó que cualquier gobierno que se atuviera a las condiciones y convenios de compensación establecidos en el Tratado de Versalles, lo haría en menoscabo de su propia legitimidad frente a su pueblo. En este caso, las presiones y la penetración extranjeras son motivo de pérdida de legitimidad y quebrantamiento de la autoridad. Hintze no previó el triunfo del nacionalsocialismo en Alemania ni la confirmación, a fin de cuentas, de la visión de Seeley, aun cuando la conoció en vida, el motivo por el cual renunció a la actividad académica.

La ley de Seeley y los corolarios de Hintze son generalizaciones ligadas a la historia, pertenecen a los procesos de constitución de Estados en Europa desde el siglo xvi hasta el xix. La centralización y concentración del poder en los regímenes comunistas o la alternancia de regímenes autoritarios y populistas en el Tercer Mundo, difícilmente podrían considerarse como meros ejemplos de los mecanismos de poder y política expresados en la ley de Seeley. En el caso de Chile, las presiones externas asociadas con los factores de presión interna dieron origen a un régimen autoritario. Sin embargo, las presiones externas contribuyeron primero a una tendencia autoritaria y, más adelante, a un clima de distensión y democratización en países como Argentina, Brasil, Filipinas, Corea, Taiwan y otros. Dada la situación mundial actual, la sencilla dialéctica de la política del poder expresada en la ley de Seeley no puede explicar el desarrollo político. Las potencias contendientes poseen ideologías que orientan el tipo de influencia que ejercen sobre los asuntos internos de otras potencias. Así, la presión ejercida por la Unión Soviética en Europa del Este tendía a perpetuar una concentración interna de poder; sin embargo, la resistencia que se originó dentro de aquellos países es de índole pluralista. La presión externa estadounidense sobre otros países es a menudo pluralista en sus consecuencias internas.

No obstante, algo puede decirse en defensa de la formulación Seeley-Hintze, siempre y cuando no se considere como explicación

³¹ Hintze, *Soziologie und Geschichte*, p. 202.

única de la concentración o difusión interna del poder estatal. La Gran Depresión mundial de los años treinta originó concentraciones del poder, pero de tipos muy distintos entre las principales potencias. Las dos grandes guerras de este siglo se han asociado con concentraciones de poder entre las democracias, y una tesis importante, concerniente a la posibilidad de una menor concentración del poder en la Unión Soviética, establece que una distensión internacional tendría precisamente este efecto.

EL ÁMBITO DE LA SEGURIDAD INTERNACIONAL EN LA INVESTIGACIÓN DEL DESARROLLO POLÍTICO

Nuestra indagación bibliográfica reveló un buen número de métodos de investigación dentro de la tradición Seeley-Hintze. Entre ellos figuran varios enfoques de los temas de la guerra y la constitución de Estados, el contexto económico internacional y el desarrollo político nacional, la influencia del contexto internacional sobre las revoluciones y las crisis políticas, y la repercusión de la política y la economía internacionales en la estructura y proceso de los regímenes democráticos, en particular, el consociacionalismo y el neocorporativismo.

La guerra y la constitución del Estado

Alrededor de tres décadas habrían de transcurrir después de los trabajos de Hintze para que se tradujera en una seria labor de investigación el tema del efecto de la guerra y de las presiones internacionales en la constitución del Estado. A mediados de la década de los sesenta, el comité de política comparativa del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales inauguró un programa de investigación sobre este tema y se formularon algunas hipótesis iniciales.³² El estudio de Charles Tilly acerca de la constitución de los Estados en Europa occidental, del cual hablaremos más adelante, fue una aportación importante de este programa.

³² Gabriel A. Almond y G. Bingham Powell, *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Boston, Little, Brown, 1966, pp. 314 ss.

Un año antes de la publicación de la obra de Tilly, se dio a conocer el estudio de Perry Anderson, en dos tomos, acerca de los orígenes del sistema estatal absolutista en la Europa de los siglos xvi y xvii.³³ También Anderson atribuye gran importancia a los conflictos internacionales y a la guerra en el proceso de constitución de los Estados; pero, como marxista, considera más importantes los fenómenos de clase, y postula una causalidad de dos etapas para el sistema de Estados europeos. El surgimiento de Estados fuertes en Europa occidental se debió a la crisis del feudalismo en los siglos xiv y xv, sobre todo en países como España, Francia e Inglaterra.³⁴ En estas etapas tempranas de la constitución de los Estados, la centralización de la autoridad en monarquías y el desarrollo de poderosas burocracias son consecuencia de que la aristocracia fuera incapaz de controlar rebeliones campesinas sin recurrir a la concentración y centralización del poder. Una vez instituidos tales recursos —los ejércitos y las burocracias— los Estados más desarrollados procedieron a amenazar e invadir a las sociedades menos desarrolladas de Europa del Este. El desarrollo de organizaciones estatales modernas y ejércitos permanentes en países como Prusia y Austria fue una reacción a estas agresiones por parte, sobre todo, de España, Francia y Suecia.³⁵ Aun cuando Anderson admite la importancia de conflictos y guerras internacionales en el desarrollo de los Estados de Europa occidental, su argumento principal es la prioridad de los conflictos internos entre aristócratas y campesinos como mecanismo detonante de toda la secuencia de acontecimientos ligados a la constitución de los Estados durante los siglos xvii y xviii.

En este sentido, el análisis de Anderson difiere del enfoque de Charles Tilly y sus colaboradores, autores del más trascendente estudio acerca de la constitución de los Estados en Europa.³⁶ Mientras que Hintze destacó los aspectos institucionales del desarrollo del sistema de Estados en Europa occidental, Tilly y sus coautores se

³³ Perry Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, Nueva York, Humanities Press, 1974; Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Nueva York, Humanities Press, 1974.

³⁴ Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, pp. 15 ss.

³⁵ *Ibid.*, p. 197 ss.

³⁶ Charles Tilly (comp.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1975.

concentraron en las áreas sustantivas del problema y en los retos enfrentados por los edificadores de los Estados de los siglos XVI y XVII, cuya superación dio por resultado el gran sistema de naciones-Estado de los siglos XVIII y XIX. Tales retos consistieron en desarrollar aparatos militares capaces de contener amenazas externas, obtener los recursos requeridos para enfrentar estas necesidades de seguridad y resolver problemas de abasto y orden interno, además de reclutar, entrenar y organizar al personal necesario para llevar a cabo aquellas tareas. Entre las aportaciones históricas hechas a este volumen figuran: un estudio comparativo de Samuel Finer acerca del crecimiento de las fuerzas armadas en Francia, Inglaterra y Prusia-Alemania; las investigaciones de Gabriel Ardant y Rudolf Braun con respecto al desarrollo de la política fiscal en Francia, Inglaterra y Brandenburg-Prusia; el análisis de David Bayley acerca del orden interno y el gobierno en Europa occidental; otro estudio del propio Tilly acerca de la regulación del abasto alimentario y, por último, uno realizado por Wolfram Fischer y Peter Lundgreen relativo al reclutamiento y formación de personal administrativo.

En su afán por estructurar una lógica coherente de la constitución de los Estados a partir de éstas y otras investigaciones, Tilly propone una secuencia más elaborada, si bien consistente con la ley de Seeley. Asimismo, Tilly afirma que, bajo la presión de conflictos internacionales, "encontramos una y otra vez una cadena de causalidad que se extiende desde (1) cambios o expansiones en los ejércitos, a (2) nuevos esfuerzos por obtener recursos de las poblaciones súbditas, (3) al desarrollo de nuevas democracias e innovaciones administrativas, a (4) la resistencia de las poblaciones súbditas, a (5) renovadas presiones coercitivas, hasta (6) aumentos perdurables en el tamaño y poder de recaudación del Estado".³⁷

La guerra y el gasto público

Varios econométricos políticos han examinado la relación entre la incidencia de las guerras y la constitución del Estado, explicando esta última con base en el ingreso y el gasto públicos. Los economistas ingleses Peacock y Wiseman fueron los primeros en cuestionar el

³⁷ *Ibid.*, p. 73.

axioma convencional de que las actividades gubernamentales se extenderían en relación casi directa con el surgimiento de problemas sociales resultantes del crecimiento económico y de la industrialización. La más trascendente de estas teorías, formulada durante el cambio de siglo por el economista alemán Adolph Wagner —y conocida como “Ley de Wagner”—, afirmaba que el gasto gubernamental en sociedades industriales aumentaría más rápidamente que el producto económico nacional.³⁸ Wagner atribuyó esta tendencia al incremento de la actividad estatal, a la presión del avance social y a los valores de las sociedades industriales modernas. Peacock y Wiseman, en un estudio acerca del gasto público en el Reino Unido durante los dos últimos siglos, ponen en entredicho este planteamiento al demostrar que el aumento del gasto público en Inglaterra no fue un proceso lineal y creciente, sino que se vio fuertemente influido por el efecto de la guerra.³⁹ Ambos investigadores arguyen que las crisis nacionales, y en particular la guerra, modificaron las expectativas públicas con respecto a la legitimidad de los niveles tributarios. El gobierno encontró usos populares para estos ingresos aumentados, de modo que el gasto público, inflado por costosas guerras, nunca volvió a sus niveles anteriores.

En un análisis cuantitativo más reciente de esta relación entre la guerra y la constitución de los Estados, Karen Rasler y William R. Thompson revisan el expediente histórico-estadístico del ingreso y gasto públicos de Inglaterra, Estados Unidos de Norteamérica, Francia y Japón, y concluyen que la guerra y, en particular, la guerra mundial, “debe considerarse como una de las más importantes fuentes de crecimiento y expansión del Estado moderno”.⁴⁰ Si revisamos esta bibliografía acerca de la guerra y del gasto público junto con la pertinente a la constitución de los Estados, podemos atribuir un papel primordial a la guerra en el proceso original de constitución de los Estados desde el siglo xvi hasta el siglo xviii, así como al continuo y acelerado crecimiento del Estado en los siglos xix y xx.

³⁸ Adolph Wagner, *Finanzwissenschaft*, vol. II, Leipzig, Dunker y Humblot, 1890.

³⁹ Alan Peacock y Jack Wiseman, *The Growth of Public Expenditure in the United Kingdom*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1961.

⁴⁰ Karen Rasler y William R. Thompson, “War-Making and State-Making; Governmental Expenditures, Tax Revenues, and Global Wars”, *American Political Science Review*, vol. 79, núm. 3, 1985, p. 504.

Las guerras y las ocupaciones

Por lo general, la guerra ha sido asociada, con movimientos de fronteras, anexiones, limitaciones a la autonomía de los Estados vencidos, recaudación de tributos, indemnizaciones y otros fenómenos por el estilo. En algunos casos, implicó penetración religiosa y conversión; en los últimos siglos, conllevó cambios en la organización política interna. Así, los ejércitos napoleónicos llevaban consigo Constituciones y códigos legales revolucionarios. Y los ejércitos de la "Sagrada Alianza" fueron restaurando Constituciones legítimas en su avance. Las guerras del siglo XIX y la primera Guerra Mundial se limitaron en gran medida a cuestiones de movimientos de fronteras y unificación nacional, aunque la ocupación de Alemania por los Aliados después de la primera Guerra Mundial tuvo como propósito, no solamente asegurar indemnizaciones, sino también instaurar un régimen aceptable en ese país. Durante la segunda Guerra Mundial y después de ella, los avances de los ejércitos nazis, soviéticos y occidentales se asociaron todos con cambios políticos de gran trascendencia. Se soviétizaron los países de Europa del Este, en tanto que se "nazificaron" los territorios ocupados por los nazis; en el periodo subsiguiente a la guerra, las Constituciones alemana y japonesa fueron en gran medida definidas por las autoridades estadounidenses.

Existe poca bibliografía comparativa acerca de las ocupaciones; gran parte de ella está constituida por estudios monográficos acerca de países particulares. Dos simposios tratan sobre algunos de estos temas. Uno de ellos, editado por Robert Wolfe, hace una comparación entre las experiencias alemana y japonesa.⁴¹ El otro, editado por John Herz, examina la transformación de los sistemas políticos de Alemania, Italia, Japón, Francia y Austria, así como el papel desempeñado por las ocupaciones en dichas transformaciones.⁴²

Los fenómenos de la conquista y ocupación militares y la introducción directa, por parte de los vencedores, de instituciones políticas, constituciones, códigos legales y políticas sociales, constituyen

⁴¹ Robert Wolfe, *Americans as Proconsuls: U.S. Military Government in Germany and Japan*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1984.

⁴² John Herz (comp.), *From Dictatorship to Democracy: Coping with the Legacies of Authoritarianism and Totalitarianism*, Westport, Connecticut, Greenwood, 1982.

desde luego una forma diferente de penetración internacional que la contemplada por la regla casi física de intensidad de presión formulada por Seeley. Sugiere, de hecho, las limitaciones de la metáfora de Seeley. La variedad y formas de intervención de protagonistas extranjeros en los asuntos internos de los Estados no son cabalmente representados por un modelo tan sencillo. El tratamiento histórico dado por Seeley a estos temas retiene el valor heurístico de dicha metáfora sin estar sujeto a sus limitaciones.

LA ECONOMÍA INTERNACIONAL Y EL DESARROLLO POLÍTICO NACIONAL

El momento de la industrialización

El efecto del contexto económico internacional en el desarrollo político nacional es un tema que se ha estudiado con base en varios enfoques de investigación. El momento histórico de la industrialización como factor susceptible de afectar las tendencias políticas y económicas internas ha sido estudiada por el historiador económico europeo Alexander Gerschenkron, por Albert Hirschman, quien se concentra en la experiencia latinoamericana, y de manera más general por los teóricos del desarrollo económico.

Gerschenkron, en sus reseñas históricas del desarrollo industrial en Europa, observa que los últimos países europeos en desarrollarse enfrentaron condiciones de competencia internacional distintas de las que encontraron sus antecesores.⁴³ Sólo a través de medidas proteccionistas, una mayor concentración económica y la asignación de un papel más importante al Estado, pudieron estos países desarrollar industrias y competir en los mercados internacionales. Así, el desigual desarrollo de la economía mundial explica en parte las diferencias en los alcances y la profundidad de la penetración gubernamental en la sociedad y el Estado en tales países.

Albert Hirschman confronta la experiencia latinoamericana con la descripción que presenta Gerschenkron del desarrollo "tardío" en

⁴³ Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Cambridge, Massachusetts, Belknap Press of the Harvard University Press, 1962.

Europa, en particular, de los casos de Alemania, Italia y Rusia. Los países latinoamericanos de desarrollo "muy tardío" también recurrieron al poder gubernamental para proteger las industrias indígenas, aportando capital, controlando el consumo y proporcionando asesoría empresarial. Tres compendios de ensayos de Hirschman contienen análisis y evaluaciones de diversos proyectos gubernamentales y políticas de desarrollo instrumentados en países latinoamericanos.⁴⁴

La experiencia de la ayuda exterior y del desarrollo en las últimas décadas ha generado un gran número de estudios sobre países en particular, sectores económicos y proyectos específicos, lo mismo que bibliografía teórica de índole analítica y prescriptiva. La historia ideológica del desarrollo económico durante los últimos cincuenta años se encuentra resumida en un compendio de conferencias retrospectivas impartidas por los pioneros de la teoría del desarrollo, editado por Gerald Meier y Dudley Seers,⁴⁵ así como en un pequeño libro de Meier acerca de la historia de las ideas y enfoques relacionados con el desarrollo.⁴⁶ Meier, quien coincide con Gerschenkron y Hirschman respecto a la importancia del Estado y de la política gubernamental entre los países de desarrollo tardío, impugna a la teoría general del desarrollo económico de las últimas décadas por su renuencia a aceptar esta realidad fundamental.

Las crisis económicas internacionales y la política nacional

En el transcurso de la década pasada, Peter Gourevitch publicó una serie de artículos y, en fechas más recientes, un libro que trata sobre el efecto de las crisis económicas mundiales del siglo pasado en la

⁴⁴ Albert Hirschman, *Journeys Toward Progress*, Garden City, Nueva York, Anchor-Doubleday, 1965; Albert Hirschman, *Developmental Projects Observed*, Washington, D. C., Brookings Institution, 1967; Albert Hirschman, *A Bias for Hope*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1971.

⁴⁵ Gerald Meier y Dudley Seers, *Pioneers in Development*, Nueva York, Oxford University Press, 1984.

⁴⁶ Gerald Meier, *Emerging from Poverty: The Economics That Really Matters*, Nueva York, Oxford University Press, 1984.

política de varias naciones europeas así como de los Estados Unidos de Norteamérica.⁴⁷ Tales estudios son casos ejemplares de rigor y sutileza teóricos dentro de esta tradición de investigación nacional-internacional y merecen ser analizados en detalle. Gourevitch hace remontar las respuestas políticas y administrativas de cinco naciones industrializadas occidentales (Alemania, Francia, Gran Bretaña, Suecia y los Estados Unidos de Norteamérica) a las tres crisis económicas mundiales de 1870-1890, 1930-1940 y 1975-1985. Su propósito principal es explicar por qué estos países tomaron decisiones distintas. Al hacerlo, intenta probar el poder explicativo de teorías antagónicas en las ciencias sociales, como aquellas que destacan "la estructura estatal, las fuerzas sociales, la ideología, rivalidades en nivel internacional entre los Estados, el liderazgo, etcétera".⁴⁸ Examina la repercusión de estas tres crisis en diferentes componentes de los negocios, el trabajo y la agricultura en el caso de cada país, puntualizando las preferencias y alianzas de grupos de interés y su interacción con partidos políticos para explicar las políticas elegidas. El esquema analítico de Gourevitch postula cinco formas posibles de enfrentar dichas crisis: (1) la clásica opción del libre comercio, (2) una opción socialista-colectivista, (3) proteccionista, (4) una opción "keynesiana" de estímulo a la demanda, y (5) otra, de índole "mercantilista" y de "política industrial".

Gourevitch pone a prueba varias teorías diferentes al tratar de explicar la elección de determinadas opciones de gobierno dentro de cada país. Aquello que él denomina "explicación del perfil de producción" atribuye mayor fuerza explicativa a la "situación" real de los intereses económicos en la economía doméstica e internacional. Este enfoque teórico comienza con el choque de la crisis con sectores y agrupaciones industriales en particular, para pasar a la formación de coaliciones entre los grupos de presión y su interacción con partidos políticos y, por último, a la elección y aplicación de políticas de gobierno. La peculiar estructura de una economía nacional en relación con la economía internacional explica el resultado observado.

⁴⁷ Gourevitch, "International Trade, Domestic Coalitions, and Liberty"; Gourevitch, "The Second Image Reversed"; Gourevitch, "Breaking with Orthodoxy"; Gourevitch, *Politics in Hard Times*.

⁴⁸ Gourevitch, *Politics in Hard Times*, p. 10.

Una segunda teoría explicativa destaca las características de los grupos de interés asociados, su tamaño, membresía, rasgos organizacionales, relaciones con partidos políticos y otras variables por el estilo. Como dice Gourevitch: "Los grupos de interés controlan la evaluación de opciones, la articulación de las opiniones, la movilización de una acción colectiva, así como diversas tareas funcionales, algunas de ellas inherentes a la economía y otras asignadas por el Estado [...] La dificultad implícita en esta argumentación radica en el problema asociado con cualquier variable mediadora —sus efectos deben explicarse en función de ambas partes, es decir, la sociedad y el Estado."⁴⁹

En la tercera teoría, denominada estructural de Estado, los resultados de un gobierno se explican principalmente con base en la estructura del Estado, su grado de centralización y de concentración de la autoridad, las características de la burocracia, las atribuciones del poder judicial y otros factores similares. Aquí, los principales proponentes de esta explicación estatista son Krasner⁵⁰ y Skocpol.⁵¹ Según Gourevitch, el atribuir plena fuerza explicativa a la estructura estatal plantea el mismo problema que el argumento procedente de la estructura económica y de las asociaciones intermediarias, en el sentido de que sólo son parte de la explicación.

La cuarta explicación se basa en la teoría de la ideología económica. Los países y las agrupaciones sociopolíticas difieren en las formas de analizar los costos y beneficios de políticas económicas. "Algunos tienen tradiciones de participación gubernamental activa en la promoción del desarrollo económico; otros, favorecen una política liberalista. En algunos países existen vigorosas tradiciones de libre comercio, se teme el desempleo y se aceptan servicios sociales. Otros países son proteccionistas, temen más a la inflación que al desempleo, y detestan los sistemas de servicio social [...] La interpretación de las decisiones en materia de política económica que se fundamentan en la ideología económica explica los resultados observados en función de las tradiciones y valores nacionales concernientes a la economía".⁵²

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 60-61.

⁵⁰ Stephen Krasner, "Approaches to the State: Alternative Conceptions and Historical Dynamics", *Comparative Politics*, vol. 16, núm. 2.

⁵¹ Theda Skocpol, *Bringing the State Back in*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

⁵² Gourevitch, *Politics in Hard Times*, p. 63.

Por último, la explicación del sistema internacional, en su forma más extremosa, plantea que las decisiones en materia de política económica están sujetas por completo a fuerzas internacionales. Y efectivamente existen situaciones en donde la actividad gubernamental es totalmente restringida o limitada —por ejemplo, el ser vencido en una guerra—. Pero Gourevitch arguye que las cinco variables son necesarias para explicar resultados, liderazgo, actividad empresarial así como factores fortuitos.

Con sus estudios, Gourevitch no pretende aportar respuestas definitivas con respecto a la fuerza relativa de estas variables explicativas. Considera que su trabajo constituye, en esencia, un análisis sociológico-histórico de las respuestas de las naciones ante fluctuaciones en la economía internacional. No solamente cambia con el tiempo la fuerza de dichas variables, sino que sus relaciones son inconstantes. Su trabajo constituye un argumento poderoso en favor de un enfoque ecléctico, dinámico y antideterminista en el estudio de la interacción entre la economía, la sociedad, el gobierno y el sistema internacional; un enfoque en el cual la libertad humana puede contribuir de un modo significativo en la explicación de los hechos observados.

INFLUENCIAS INTERNACIONALES EN LA ESTABILIDAD POLÍTICA INTERNA

Las revoluciones sociales

El contexto internacional influye en la política doméstica no sólo a través de la guerra y las crisis económicas internacionales, sino también en varios otros sentidos. Theda Skocpol, en su obra *States and Social Revolutions*, destaca la importancia de factores estratégicos internacionales en la explicación de las clásicas revoluciones francesa, rusa y china.⁵³ Según Marx y sus seguidores, el cambio político obedecía a cambios internos en la estructura social y de clases. Gracias a Lenin, la arena internacional entró a formar parte de la causalidad revolucionaria, aunque solamente en una forma especial a través de conflictos entre imperialismos capitalistas y las guerras

⁵³ Skocpol, *States and Social Revolutions*.

originadas por ellos. Skocpol se aparta de esta perspectiva marxista al explicar las grandes revoluciones sociales conforme a una triple lógica: "En Francia, Rusia y China, los conflictos de clase —en particular entre campesinos y terratenientes— desempeñaron un papel decisivo durante los interregnos revolucionarios. Pero, tanto la ocurrencia de las situaciones revolucionarias, en primer lugar, como la naturaleza de los nuevos regímenes surgidos de los conflictos revolucionarios, dependieron sobre todo de las estructuras de las organizaciones estatales y de sus relaciones parcialmente autónomas y dinámicas con fuerzas domésticas políticas y de clase, así como de sus posiciones en relación con otros Estados extranjeros."⁵⁴ De esta manera, Skocpol se aparta del marxismo al destacar la importancia causativa de la "relativa" o "potencial" autonomía del Estado frente a las fuerzas de clase. Las luchas de clase son una condición necesaria para las revoluciones sociales, pero sus causas efectivas son el colapso del Estado, atribuible, a su vez, a la presión de las crisis y guerras internacionales. Skocpol señala los enormes costos de las aventuras militares francesas durante el *Ancien Régime*, la desintegración del ejército y de la economía rusos como una consecuencia de la segunda Guerra Mundial; el rompimiento de la cohesión política y económica china, como efecto de la agresión japonesa y de la segunda Guerra Mundial, causas efectivas de aquellas revoluciones.

Skocpol supera los análisis marxistas previos, así como la visión de su maestro Barrington Moore. Pero falta en su trabajo la apreciación de la política y del liderazgo político en la explicación de las revoluciones. Su "perspectiva estructural de la realidad social", a la que considera esencial en el análisis de las revoluciones sociales, la induce a subestimar la importancia explicativa de un Lenin, un Mao o un Napoleón en las revoluciones rusa, china y francesa. Así, factores como el liderazgo y la toma de decisiones, la formación de coaliciones políticas y el azar quedan eliminados de un esquema causal que explica las revoluciones sociales mediante la combinación de lucha de clases, conflictos grupales, presiones y amenazas militares y una disminuida efectividad gubernamental.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 284.

Las crisis políticas

El contexto internacional produce un efecto importante en el desarrollo político nacional en formas menos dramáticas que las revoluciones. También pueden atribuirse a factores internacionales los cambios de régimen y otros desarrollos políticos importantes originados por causas no propiamente militares o revolucionarias. Esto es algo que demuestra claramente la esmerada descripción hecha por Gourevitch de la influencia de las crisis económicas de finales del siglo XIX y del siglo XX sobre la política de las más importantes naciones europeas y los Estados Unidos de Norteamérica.⁵⁵ En un trabajo conjunto editado por Almond, Flanagan y Mundt, se analizaron conforme a un diseño único de investigación ocho episodios históricos de los siglos XIX y XX.⁵⁶ Éstos fueron: el Acta de Reforma inglesa de 1832, la crisis del Gabinete inglés de 1931, la formación de la III República francesa, la formación de la República de Weimar, la fase cardenista de la Revolución Mexicana a principios de la década de los treinta, la Restauración de Meiji en 1868, la caída del régimen parlamentario japonés en 1932, y las crisis de la lengua y de la hambruna de los años sesenta en la India.

El interés principal de estos estudios fue de orden metodológico-teórico. Las principales teorías empleadas para explicar el desarrollo político durante los años sesenta y setenta fueron el funcionalismo estructural, la teoría de la movilización social, la de las coaliciones y la del liderazgo. Estudios de caso demostraban que estos cuatro enfoques formaban parte integral de una lógica global de explicación histórica. Sin embargo, para los fines que aquí nos ocupan, el hallazgo más importante fue el descubrimiento de que "los intercambios entre el ámbito de la seguridad internacional y los sistemas políticos parecían ser las más poderosas variables exógenas susceptibles de explicar la estabilidad y el cambio de sistemas".⁵⁷ El marco teórico en el cual se inscribió el análisis de influencia de acontecimientos internacionales sobre la política doméstica distinguía entre efectos de estabilización y desestabilización y establecía diferencias entre

⁵⁵ Gourevitch, *Politics in Hard Times*.

⁵⁶ Gabriel A. Almond, Scott Flanagan y Robert Mundt, *Crisis, Choice, and Change*, Boston, Little, Brown, 1973.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 628.

repercusiones militares, económicas y psicológicas. Los estudios de caso históricos citados en *Crisis, Choice, and Change* ilustran las diversas formas en que los factores militares pueden afectar la estabilidad y el cambio. "En 1832, el aplacamiento de la amenaza militar después de las guerras napoleónicas vino a perturbar el gobierno en Inglaterra. En Francia en 1870-1871, y en Alemania en 1918-1919, tuvo el mismo efecto una catastrófica derrota militar; en la restauración de Meiji en 1868, la amenaza de una invasión y colonización por las potencias occidentales impulsó el cambio revolucionario. En Japón, en 1930-1936, la oportunidad de expansión en China unificó a los japoneses en torno a objetivos militaristas, lo cual contribuyó a la caída del gobierno de partidos y favoreció el establecimiento de un control militar".⁵⁸

El contexto económico internacional influyó en la crisis inglesa de la década de los treinta, cuando un deterioro general en el comercio internacional culminó en una grave situación de déficit comercial; y en el caso de la India, cuando la reducción de la ayuda externa hizo recrudecer la amenaza de hambruna, y de manera indirecta en la crisis japonesa de los años treinta, cuando el colapso del comercio exterior desencadenó una depresión económica.

En cuatro de los casos estudiados, se registran efectos importantes de demostración internacional. Durante la crisis de la década de los treinta en Inglaterra, la Revolución francesa de 1830 tuvo un efecto de movilización sobre la opinión pública inglesa. En 1918, la Revolución rusa contribuyó a una polarización política en Alemania. A mediados del siglo XIX, la invasión y colonización de China por Europa confirió un carácter dramático a la amenaza externa en Japón. Y nuevamente en 1930, en Japón, las oportunidades de conquista en China y la tendencia internacional a la instauración de regímenes militares y totalitarios contribuyeron al colapso del sistema parlamentario de partidos.

Este estudio indica que la penetración de la política doméstica por influencias internacionales no sólo ocurre en circunstancias dramáticas, sino que se verifica mediante un proceso constante en niveles medios y bajos de visibilidad, afectando la estabilidad política, económica y social en formas tanto positivas como negativas.

⁵⁸ *Ibid.*

Consociacionalismo y corporativismo democrático

Dos aportaciones recientes a la teoría democrática empírica son el consociacionalismo y el neocorporativismo. Ambos términos se refieren a tipos de regímenes democráticos comunes entre las naciones europeas más pequeñas, y cuyas características se deben, en parte, a la vulnerabilidad internacional de las naciones pequeñas ante invasiones militares y fluctuaciones de la economía internacional. El *consociacionalismo*, descrito por primera vez a finales de la década de los sesenta, se refiere a aquellos regímenes en que las políticas internas son negociadas por los dirigentes de los partidos políticos. El concepto de *neocorporativismo* o corporativismo democrático, del que comenzó a hablarse a principios de los años setenta, describe aquellos regímenes en los que la política económica interna es negociada por grupos de interés, dirigentes de partidos y funcionarios de gobierno.

Arend Lijphart es el principal teórico del consociacionalismo,⁵⁹ en tanto que el neocorporativismo constituyó el objeto de estudio de varios académicos, entre ellos Philippe Schmitter, Gerhard Lehmbruch⁶⁰ y Peter Katzenstein.⁶¹ Lijphart sugirió una tipología de sistemas democráticos que fuera más allá de la triple clasificación, entonces común en la disciplina: bipartidista consensual, multipartidista consensual, y multipartidista fragmentado y conflictivo. Lijphart descubrió una cuarta categoría, a la que denominó "democracia consociacional". Este tipo de democracia tenía las propiedades del multipartidismo conflictual, aunque un esquema elitista de convenios permitía sobrellevar las divisiones y mantener una relativa estabilidad. Alrededor de cinco casos parecían ajustarse a este esquema: los Países Bajos, Bélgica, Suiza, Austria y Líbano antes de los trágicos acontecimientos de la década pasada. Al explicar los orígenes históricos de estos sistemas consociacionales, Lijphart puntualiza:

⁵⁹ Arend Lijphart, "Typologies of Democratic Systems", *Comparative Political Studies*, vol. 1, núm. 1, 1968; Arend Lijphart, *Democracy in Plural Societies*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1977.

⁶⁰ Philippe Schmitter y Gerhard Lehmbruch, *Trends Towards Corporatist Intermediation*, Beverly Hills, California, Sage, 1979.

⁶¹ Peter Katzenstein, *Small States and World Markets*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1985.

En los cinco principales sistemas consociacionales, los pasos decisivos hacia este tipo de democracia solían darse en épocas de crisis internacional o bajo amenazas específicas a la existencia de la nación. En Austria, Líbano y los Países Bajos, el inicio de la democracia consociacional puede ubicarse en un breve momento de sus historias políticas, y sin excepción ocurrió durante, y en parte a consecuencia de, una emergencia internacional. El gobierno de Austria integrado por una coalición de dirigentes de partido fue sobre todo una respuesta a la guerra civil de la Primera República, pero lo más importante fue su inauguración en el momento en que Austria fuera ocupada por las potencias aliadas después de la segunda Guerra Mundial [...]. Y el arreglo pacífico de diferencias internas que abriera paso a la democracia consociacional en los Países Bajos se llevó a cabo en 1917, cuando se libraban en proximidad de sus fronteras batallas decisivas de la primera Guerra Mundial. En Bélgica y Suiza, se adoptaron prácticas consociacionales en forma más gradual, aunque también bajo la presión de amenazas externas. El "unionismo" belga (coaliciones formadas por dirigentes católicos y liberales) nació durante la guerra de independencia de ese país, pero perdió fuerza una vez asegurada la existencia de la nación. Resurgió después de la primera Guerra Mundial, y pronto tomó la trascendental decisión de incorporar a los socialistas al gobierno consociacional. En Suiza, tal medida se tomó mucho más tarde, pero también en el contexto de un conflicto mundial: concretamente, en 1943.⁶²

Los convenios políticos consociacionales parecen ajustarse al esquema de Seeley y Hintze. Sin embargo, en este caso, la respuesta a amenazas externas redundaba en la aceptación de convenios de gobierno, compromisos y participación de poderes, así como en la adopción de instituciones para estos fines, en vez de una centralización burocrática y autoritaria.

Existen varias definiciones del corporativismo. La que ofrece Peter Katzenstein es la menos restrictiva de todas, e incorpora sus diferentes aspectos. Esta definición "se caracteriza por tres rasgos: una ideología de participación social nacional; un sistema relativamente centralizado y concentrado de grupos de interés; y la coordinación voluntaria e informal de objetivos encontrados mediante un proceso permanente de negociación política entre grupos de interés, burocracias estatales y partidos políticos".⁶³ Katzenstein argumenta

⁶² Lijphart, "Typologies of Democratic Systems", pp. 28-29.

⁶³ Katzenstein, *Small States and World Markets*, p. 33.

que "las crisis interrelacionadas de las décadas de los años treinta y cuarenta —depresión, fascismo y segunda Guerra Mundial— tuvieron por efecto una profunda reestructuración de la política en los pequeños Estados europeos. El corporativismo democrático nacido de este proceso se ha visto fortalecido desde los años cincuenta por las presiones de una economía internacional de corte liberal".⁶⁴ Como las economías de estas pequeñas democracias son particularmente dependientes del comercio internacional, la necesidad de una adaptación expedita y eficiente refuerza dichos esquemas de negociación y coordinación. Aquí nuevamente, el corporativismo democrático puede interpretarse en congruencia con las formulaciones de Seeley y Hintze. La respuesta a amenazas externas es un esquema institucionalizado de conciliación entre grupos de interés y partidos políticos, así como entre estos últimos y la burocracia económica, acompañado por la creación de instituciones de apoyo.

Ilja Scholten, en un reciente volumen en el que estudia la relación existente entre el corporativismo y la estabilidad política, es el primer autor que desarrolla de manera sistemática el binomio consociacionismo-corporativismo: "Puede no ser mera coincidencia o correlación espúrea el que las llamadas 'democracias consociacionales' sean, junto con los países escandinavos, los ejemplos más socorridos de neocorporativismo vigoroso o arraigado, o que se cite con tanta frecuencia a los 'pactos sociales' como medios eficaces para superar las crisis durante las transiciones políticas o de régimen. Es de esperarse que una yuxtaposición de estos casos favorezca una comprensión mejor de la estabilidad de los sistemas en sociedades 'escindidas' ".⁶⁵ Scholten arguye que la adopción de esquemas de conciliación consociacional posibilitaría la concertación social del corporativismo democrático. También señala que tanto las prácticas consociacionales como las corporativistas pueden ser respuestas a las mismas condiciones previas. Sin embargo, en la bibliografía producida hasta la fecha por los autores consociacionistas y neocorporativistas, solamente Lijphart y Katzenstein sitúan expresamente la ocurrencia de estos convenios en un contexto de inseguridad militar, económica y política en nivel internacional.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 9.

⁶⁵ Ilja Scholten, *Political Stability and Neo-Corporatism: Corporatist Integration and Societal Cleavage in Western Europe*, Londres, Sage, 1987.

CONCLUSIONES

La bibliografía reseñada en este capítulo demuestra que el interés contemporáneo hacia la interacción nacional-internacional tiene raíces propias y que no fue influido en alguna forma reconocible por las teorías de la dependencia y del sistema mundial. No se encuentran referencias a Cardoso,⁶⁶ Wallerstein⁶⁷ y sus colegas en las obras de Lijphart, Schmitter, Lehmbruch, Tilly, Skocpol, Katzenstein y otros autores. El contexto internacional ha sido manejado por la bibliografía sobre la dependencia y los sistemas mundiales en forma tan exagerada como lo fue la estructura social doméstica en la política comparativa reduccionista de finales del siglo XIX, tan vigorosamente impugnada por Seeley y Hintze. En Wallerstein, el reduccionismo puede ser doble. Tanto los factores internacionales como los domésticos se reducen a una lucha de clases mundial.

Los argumentos de los teóricos de la dependencia y los de aquellos investigadores que intentaron probar sus teorías se reducen a la muy sencilla noción de que el estancamiento y el "subdesarrollo" de los países del Tercer Mundo se deben simple y llanamente al carácter explotador de las economías capitalistas dominantes. En cambio, la tradición de investigación aquí reseñada está basada en un modelo analítico de interacción —los contextos de seguridad internacional, económico, político y cultural conforman y, al mismo tiempo, son conformados por la política interna, la economía y la cultura de las naciones-Estado. El cuadro resultante de los trabajos de Hintze, Gerschenkron, Peacock y Wiseman, Hirschman, Lijphart, Almond y sus colaboradores, Tilly y colaboradores, Skocpol, Gourevitch y Katzenstein, es el de un complejo proceso dinámico que no ofrece respuestas o soluciones sencillas.

Sería un error subestimar la calidad de la primera parte de este trabajo. El rico y agudo análisis comparativo que presenta Hintze acerca de los orígenes de los Estados occidentales modernos aún no

⁶⁶ Fernando Cardoso y Enzo Faletto, *Dependency and Development in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1979.

⁶⁷ Immanuel Wallerstein, *The Capitalist World Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979; Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System*, 2 vols., Nueva York, Academic Press, 1974, 1980.

se termina de traducir del alemán, y no ha sido apreciado a cabalidad. Su obra, a diferencia de Tilly, se enfoca más directamente en las instituciones, y posee una lógica explicativa más firme que el trabajo de Perry Anderson. La teoría de la guerra como impulsadora del gasto público y del crecimiento del Estado fue articulada por Peacock y Wiseman a principios de la década de los años sesenta. Gerschenkron y Hirschman escribieron acerca de las consecuencias de la tardanza en el desarrollo económico en esa misma época, en la que también Rupert Emerson escribió acerca del imperialismo y la descolonización. La interpretación que presenta Lijphart del papel desempeñado por la amenaza internacional en la solución democrática consociacional en las pequeñas democracias de Europa, se remonta a casi dos décadas, y la investigación basada en estudios de caso y presentada en la obra *Crisis, Choice, and Change* se llevó a cabo aproximadamente en la misma época. La búsqueda de la estructura lógica de la explicación del desarrollo político se inició en el siglo XIX y alcanza su máxima expresión en el trabajo de Hintze, quien también empleó una metodología compleja y bastante moderna.

Acerca de la bibliografía más reciente, podemos afirmar que parece haber eliminado de manera más sistemática las "cajas negras" que sirvieran de límites a una parte de la bibliografía anterior. Encontramos en los trabajos de Gourevitch, Skocpol, Lijphart, Katzenstein y otros autores un modelo de procesos políticos en los que se suprimieron las fronteras entre lo nacional y lo internacional, así como entre lo político y lo económico, y se han iniciado programas importantes de investigación encaminados a establecer la mayor fuerza explicativa de esta estrategia.

Peter Gourevitch cruza tranquilamente las fronteras entre los Estados para observar las fluctuaciones en los precios mundiales de productos agrícolas e industriales y su influencia sobre las tendencias políticas de grupos de presión y partidos políticos en Gran Bretaña, Francia, Alemania, Suecia y Estados Unidos de Norteamérica, al motivar diferentes coaliciones políticas y diversas prácticas económicas y de seguridad. Theda Skocpol, en su afán por reconstruir el estallido y el triunfo de la revolución social en Francia, Rusia y China, recorre con mirada crítica el periodo que abarca desde las guerras del siglo XVIII hasta la primera y segunda guerras mundiales y sus efectos en las economías políticas internas de estos países. Las

entidades por ella consideradas en este proceso incluyen ejércitos y otras formaciones militares, burocracias, organizaciones de partidos y de gobierno, grupos económicos, clases sociales, etcétera. Si bien habla de la decadencia y caída de los Borbones, de los Romanov y del Kuomintang, son, en realidad, el ejército, el partido, la burocracia y la asamblea (o partes de cualquiera de ellos) los protagonistas políticos de su narrativa. Cuando Lijphart y Katzenstein describen en qué forma el clima político internacional prevaleciente entre las décadas de los treinta y los sesenta contribuyó en la adopción de convenios y prácticas consociacionales y corporativistas en las pequeñas democracias europeas, no encuentran "Estados" que entorpezcan los procesos externos e internos objetos de su estudio. Y en su obra acerca del imperialismo y la descolonización, Miles Kahler describe la manera en que las experiencias francesa e inglesa de descolonización repercuten en la política interna de estos dos países.⁶⁸ Tampoco tiene empacho en pasar de los acontecimientos en Indochina, Argelia, India, Birmania y Malasia, a la política de Francia e Inglaterra.

Todo ello permite preguntarnos por qué algunos de estos autores, pioneros en este empeño transdisciplinario, insisten ahora en la reintroducción del concepto de Estado, en su función precisa de "caja negra", y en calidad de protagonista "fuerte" o "débil". Este movimiento hace a un lado el esfuerzo anterior por disgregar el concepto de Estado, un esfuerzo que, a fin de cuentas, tuvo por efecto el de garantizar un más alto nivel de resolución analítica en la observación, medición e interpretación de la política. Hay una enorme contradicción en recomendar, por una parte, una perspectiva transdisciplinaria al observar los flujos de acciones y transacciones entre las arenas nacional e internacional, y por la otra, lanzar una campaña encaminada a "reintroducir el concepto de Estado", como lo hicieron Skocpol,⁶⁹ Krasner⁷⁰ y sus colaboradores.

Al especular acerca del futuro de este movimiento interdisciplinario, puede ser de utilidad recordar la forma en que Otto Hintze explica este olvido de los factores internacionales por parte de los teóricos

⁶⁸ Miles Kahler, *Decolonization in Britain and France*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1984.

⁶⁹ Skocpol, *Bringing the State Back in*.

⁷⁰ Krasner, "Approaches to the State".

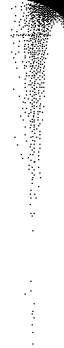
políticos y sociales.⁷¹ Hintze indica que es muy difícil abordar estos factores en función de planteamientos generales y regularidades. En cualquier momento durante los últimos siglos, no hubo más que un sistema central, internacional, consistente en las interacciones entre los principales Estados europeos. Dadas las variaciones en la organización política de estos Estados dentro de un contexto internacional peculiar, la ley del mínimo esfuerzo dictaba suponer que tal contexto internacional era una constante para todos los Estados, o simplemente extraer al Estado de su contexto internacional y explicar las variaciones políticas nacionales en función de la economía interna, estructura social y cultura de los países estudiados. Hintze tuvo el mérito de atribuir la variabilidad espacial y temporal al ámbito internacional y reconocer en las variaciones observadas una parte importante de la explicación de las variables internas. Aquellos autores cuyos trabajos hemos examinado consideran que el contexto internacional varía a través del tiempo y en su incidencia sobre los Estados. De esta manera, pueden formular propuestas que incluyen de manera sistemática ciertos aspectos del contexto internacional como variables trascendentes.

Esta nueva generación de comparativistas y relacionistas internacionales reintrodujo en forma sistemática y explícita esta amplia perspectiva histórica comparativa. Seleccionan sus problemas y llevan a cabo su labor de investigación con una conciencia histórica que abarca: (1) los procesos de constitución de Estados desde el siglo xv hasta el xviii; (2) la Revolución francesa y sus repercusiones nacionales e internacionales; (3) el crecimiento económico, la modernización y las fluctuaciones económicas de los siglos xix y xx; (4) el crecimiento de imperios y su posterior desmantelamiento; (5) las grandes guerras, sus orígenes y consecuencias, y (6) la Revolución rusa y sus repercusiones, aún muy evidentes en la actualidad. Dentro de esta amplia perspectiva histórica, es difícil para un académico ignorar la compleja interpenetración de las políticas nacional y mundial.

El sistema occidental de Estados se gestó en el crisol de nefandas guerras internacionales. Las revoluciones francesa y rusa son pruebas incontrovertibles de que las convulsiones sociales, dentro de países en particular, pueden transformar al sistema mundial y sus

⁷¹ Hintze, *Staat und Verfassung*, p. 424.

componentes. Las grandes guerras nos demuestran cómo la interacción nacional-internacional transforma las características políticas de las naciones-Estado. El crecimiento económico y las crisis transforman la política y el gobierno de las naciones-Estado, lo cual, a su vez, puede ocasionar otros cambios en la economía política internacional. El Primer y Segundo mundos, mediante sus políticas internas y externas, y a través de sus interacciones, transforman los contextos que constriñen mas no determinan las respuestas de los países del Tercer Mundo. Esta nueva generación de académicos toma sus problemas de estas perspectivas generales y, además, imprime a su labor de investigación un sello de minuciosidad y virtuosismo metodológico: un logro considerable y con perspectivas aún más brillantes.



APÉNDICES

APÉNDICE A. HAROLD D. LASSWELL: UNA MEMORIA BIOGRÁFICA*

Harold D. Lasswell figura en la media docena de innovadores más creativos del siglo xx en el área de las ciencias sociales. Pocos dudan de que fue el politólogo más original y productivo de su época. Antes de cumplir los treinta años, diseñó y llevó a cabo, para concluirlo pocos años más tarde, un programa de investigación que demostró la importancia de la personalidad, la estructura social y la cultura en la explicación de fenómenos políticos. Empleó en este empeño toda una variedad de metodologías que abarcó entrevistas clínicas y de otros tipos, análisis de contenidos y técnicas paraexperimentales y de medición estadística. Es interesante observar que habrían de transcurrir dos décadas antes de que este tipo de programa y metodología de investigación se adoptaran como procedimientos rutinarios en una disciplina en la que predominaran hasta entonces métodos históricos, legales y filosóficos.

Lasswell nació en 1902 en Donnellson, Illinois (una pequeña comunidad de 300 habitantes). Su padre era un clérigo presbiteriano; su madre, maestra de escuela; un hermano mayor falleció durante la infancia. Sus primeros años transcurrieron en pequeñas ciudades de Illinois e Indiana, a donde iba a predicar su padre, lo cual contribuyó a su formación intelectual y religiosa. Si bien el entorno regional de su infancia y adolescencia sugieren que Lasswell fue educado en un medio intelectualmente pobre, la verdad es que éste fue de excepcional riqueza. Figuras influyentes en su adolescencia fueron las de un tío médico conocedor de las obras de Freud, un maestro de inglés en la secundaria de Decatur, Illinois, quien le dio a conocer a Karl Marx y a Havelock Ellis, y un joven y brillante maestro de civismo, William Cornell Casey, quien más adelante sería profesor de sociología en el Colegio Barnard de la Universidad de Columbia. En la secundaria, fue un alumno sobresaliente, editor del periódico de la escuela; pronunció el discurso de despedida en la graduación y obtuvo una beca para ingresar a la Universidad de Chicago después de triunfar en un concurso de oposición en inglés e historia contemporánea.

* En Gabriel A. Almond, "Harold Dwight Lasswell: A Biographical Memoir, 1902-1978", *Biographical Memoirs National Academy of Sciences*, vol. 57, pp. 249-274. Todos los derechos reservados © 1987, por National Academy Press. Reproducción autorizada.

Cuando Lasswell ingresó a la Universidad de Chicago, en 1918 —a la edad de 16 años— esta institución se encontraba en la tercera década de su notorio crecimiento. En una época en que, en la mayoría de las universidades, aún no existía la carrera de sociología, la de Chicago contaba con un importante departamento de esta especialidad en el que colaboraban talentosos teóricos e investigadores como W. I. Thomas, Albion W. Small y Robert Park. En el departamento de filosofía sobresalían realistas y empiristas como James Tufts y George Herbert Mead. En el de economía, materia en que se especializaba Lasswell, se encontraban Jacob Viner, John M. Clark, Harry Alvin Millis y Chester Wright. El departamento de ciencias políticas pronto empezaría su espectacular ascenso; sin embargo, en los años de estudiante, Lasswell aún se encontraba en una etapa de transición: Henry Pratt Judson estaba a punto de jubilarse, y Charles Edward Merriam apenas comenzaba a descollar en esta especialidad. Lasswell pertenecía a la misma generación que Robert Redfield, Louis Wirth y Herbert Blumer.

Los años de carrera de Lasswell en el Departamento de Ciencias Políticas de Chicago coincidieron con la publicación, en 1921, de la trascendente obra de Merriam, titulada *The Present State of The Study of Politics*, y con la encuesta de Merriam y Gosnell acerca del abstencionismo electoral en Chicago (1924). En la obra *The Present State*, Merriam sugería dos procedimientos para volver más científico el estudio de la política: (1) la exploración de las premisas psicológicas y sociológicas del comportamiento político, y (2) la introducción de la cuantificación en el análisis de fenómenos políticos. El estudio acerca del abstencionismo electoral fue una demostración de los usos de hipótesis sociopsicológicas y de métodos cuantitativos en la explicación de fenómenos políticos. Se trató de una encuesta acerca de los "motivos políticos" de una población de aproximadamente 6 000 abstencionistas en ocasión de los comicios de 1923, para la elección del alcalde de Chicago; los encuestados fueron seleccionados mediante un procedimiento especial de muestreo encaminado a reproducir las distribuciones demográficas establecidas por el censo. Inmediatamente después de este estudio y durante los años en que Lasswell cursó su maestría, Harold Foote Gosnell (entonces profesor adjunto de introducción en ciencias políticas) dirigió el primer estudio experimental en ciencias políticas —y lo que muy bien puede haber sido el primer estudio en ciencias sociales que no fuera de psicología. Se trató de una encuesta acerca de los efectos sobre la votación de un sondeo independiente realizado por vía postal en Chicago, cuyo propósito era predecir los resultados de las elecciones en nivel nacional y local, en 1924 y 1925. La técnica experimental ideada por Gosnell fue de lo más rigurosa: incluyó grupos experimentales y de control, esmeradamente emparejados, y diferentes estímulos; se emplearon, además, las técnicas estadísticas más complejas entonces disponibles para analizar los resultados obtenidos. Co-

mo un reflejo de la visión programática y comparativa de estas investigaciones, Gosnell llevó a cabo estudios de seguimiento acerca de la concurrencia electoral en Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica y Suiza.

Merriam eligió a Harold Gosnell para desarrollar el componente estadístico de su proyecto de los años veinte, y le encargó a Harold Lasswell que definiera sus componentes clínico, psicológico y sociológico. Como joven estudiante de maestría, Lasswell publicó en 1923 un artículo titulado "El viejo Primer Distrito de Chicago",¹ y en colaboración con Merriam, en 1924 publicó otro acerca de la opinión pública y la regulación de las empresas de servicios públicos.²

Merriam planteó dos retos al brillante y ambicioso joven politólogo. El primero provenía de su experiencia durante la guerra como director de propaganda estadounidense en Roma; el segundo, de su interés por las características de los dirigentes políticos y la utilidad de estudiar lo anormal y psicopatológico para la explicación de comportamientos normales y típicos. El primer interés de Merriam —la importancia de la moral, de la propaganda y de la formación cívica en la explicación del comportamiento político— inspiró la tesis de doctorado de Lasswell en 1927, titulada: *Propaganda Technique in the World War*, y motivó su invención del análisis sistemático de contenido y la aplicación de esta técnica durante la segunda Guerra Mundial. El segundo objeto de investigación de Merriam —los aspectos psicológicos y de personalidad del liderazgo, y la procedencia de aspectos anormales en la explicación de lo normal— inspiró una serie de artículos de Lasswell acerca de la psicología política y la personalidad en la política, los cuales encontraron su expresión más elaborada en una obra titulada: *Psychopathology and Politics*.

La tesis de doctorado de Lasswell, dedicada a la propaganda durante la guerra de 1914-1918, respondió a un esfuerzo sistemático por situar en el contexto de una teoría de la política la experiencia propagandística de la primera Guerra Mundial. Si bien esta tesis mostraba rasgos de parcialidad ideológica contra la guerra, también poseía las características de un riguroso academicismo evidente en esmeradas definiciones operacionales y en la especificación de diversas técnicas propagandísticas, así como de las condiciones que limitan o incrementan su eficacia. Para documentar su estudio, Lasswell había realizado investigaciones de campo en Europa, en las que entrevistara a académicos y funcionarios gubernamentales acerca de aspectos diversos de la experiencia propagandística y de la Gran Guerra. Asimismo, anticipó su ulterior invención del análisis de contenido en un sencillo estudio cuantitativo: "Los libros de texto prusianos y la amistad

¹ *National Municipal Review*, 12, pp. 127-131.

² "Current Public Opinion and the Public Service Commissions", en *Public Utility Regulation*, M. L. Cooke (comp.), Nueva York, Ronald Press, 1924.

internacional", realizado en el contexto de su trabajo de tesis. (En su estudio, Lasswell cuantificó y evaluó la trascendencia de referencias hechas a conceptos de superioridad nacional, gloria militar, inferioridad de otras naciones, héroes militares y otros similares en libros de texto aprobados por el Ministerio Prusiano de Educación, tras la constitución de la República de Weimar.)³

En 1926, Lasswell fue nombrado profesor adjunto de ciencias políticas en Chicago, y pronto emprendió investigaciones en psicología política. Los ensayos por él publicados entre 1925 y 1929 revelan un afanoso esfuerzo de investigación bibliográfica de textos sobre psicología y personalidad políticas. Un ensayo publicado en 1929, en *American Journal of Psychiatry*, recomendaba que los psiquiatras conservaran expedientes de personalidad y los pusieran a disposición de investigadores serios; en otro ensayo, publicado ese mismo año en *American Political Science Review*, propugnaba el uso de información relativa a individuos con patologías mentales de alguna u otra manera involucrados en la actividad política, a fin de facilitar el análisis de la relación entre la personalidad y la política. Esta labor de investigación bibliográfica y su preocupación por el mejoramiento de los expedientes psiquiátricos incidieron en la preparación y publicación de la extraordinaria obra de Lasswell: *Psychopathology and Politics*, publicada en 1930, cuando apenas tenía 28 años de edad.

Lasswell trabajó mucho en la preparación de su libro; había recibido del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales una beca de posdoctorado para el año lectivo de 1927-1928, y pasó la mayor parte de ese año en Berlín, donde se sometió a un tratamiento psicoanalítico a manos de Theodore Reik, discípulo de Freud. Se informa que, en un seminario freudiano, presentó una ponencia en la cual recomendó que se conservaran expedientes psiquiátricos a fin de facilitar labores de investigación futuras. También discutió estas ideas con distinguidos psiquiatras de Viena y Berlín. A finales de 1928 y principios de 1929, consultó a los directivos psiquiátricos de las instituciones de salud mental más importantes de la costa Este y tomó nota de sus comentarios acerca de pacientes políticos. Previa autorización de ellos, revisó expedientes psiquiátricos de los hospitales siguientes: St. Elizabeth's, en Washington, D. C.; Sheppard y Enoch Pratt, cercano a Baltimore, Pennsylvania State, en Filadelfia; Bloomingdale Hospital de White Plains, Nueva York, y Boston Psychopathic Hospital. También realizó entrevistas psiquiátricas con varios voluntarios "normales".

Psychopathology and Politics fue el primer estudio empírico relativamente sistemático acerca de los aspectos psicológicos del comportamiento político, y coincidió con los inicios del movimiento de cultura y personalidad

³ "Prussian Schoolbooks and International Amity", *Journal of Social Forces*, 3, 1925, pp. 718-722.

en la antropología y la psiquiatría. Lasswell tenía comunicación con el antropólogo Edward Sapir, entonces colega suyo en la Universidad de Chicago, y con el psiquiatra neoyorquino Harry Stack Sullivan. Los tres comenzaron a proyectar un ambicioso programa de investigación sobre cultura y personalidad a mediados y finales de la década de los veinte. La obra *Coming of Age in Samoa*, de Margaret Mead, se publicó dos años antes que *Psychopathology and Politics* y, cuatro años más tarde, *Patterns of Culture*, de Ruth Benedict. La primera publicación del estudio realizado por la Escuela de Frankfurt: *Studien über Autorität und Familie*, apareció en 1936, y hasta 1950 se publicó *Authoritarian Personality*, de Adorno, Frenkel-Brunswick, Daniel Levinson y Nevitt Sanford.

En los capítulos 6 a 9 de *Psychopathology and Politics* se informa acerca de las historias de caso documentadas, las cuales no son ni se presentan como hallazgos o explicaciones científicas del comportamiento político. Se presentan más bien como hipótesis con apoyo clínico, concernientes a las bases etiológicas de personalidad del reclutamiento para diferentes tipos de papeles y actitudes políticos. Así, Lasswell se basa en material clínico y en investigaciones por él mismo realizadas para sugerir por qué algunos individuos se convierten en agitadores y otros, en administradores. Esclarece, asimismo, la relación existente entre variables de personalidad y tendencias ideológicas como el ultrapatriotismo, internacionalismo, pacifismo, socialismo y anarquismo.

El resto de la obra trata sobre problemas metodológicos y teóricos. Entre los problemas metodológicos considerados figuran los usos de historias personales en la ciencia política; la utilidad de estudiar lo anormal o patológico para una comprensión mejor de lo normal: las dimensiones empleadas en tipologías de políticos; la entrevista psicológica "en profundidad" como método de investigación acerca de las bases psicológicas del comportamiento social; y la técnica de la libre asociación como método para obtener información acerca de sentimientos y actitudes con relevancia política. También presenta una teoría general del comportamiento político basada en una revisión de las diversas propuestas del movimiento psicoanalítico. Esta propuesta, presentada en forma de ecuación, reduce el comportamiento político —en el sentido de la elección de roles e ideologías políticos— a desplazamiento de motivos privados, esencialmente "edípicos" o "libidinales" racionalizados en función de ideas y problemas políticos. Existe cierta controversia entre los discípulos de Lasswell con respecto a si esta ecuación fue realmente intencional o si no fue más que una hipótesis retórica encaminada a llamar la atención sobre la importancia de la motivación psicológica en la explicación de fenómenos políticos. Respaldada la postura reduccionista el hecho de que el movimiento freudiano asumiera, en esa época, una postura igualmente reduccionista en la explicación de fenómenos de

índole social, política o estética. Tiende a confirmar la interpretación retórica el hecho de que, en éste y otros trabajos posteriores, Lasswell interpretara las tendencias edípicas y libidinales inconscientes como poderosas coerciones sobre el comportamiento racional y propositivo, influencias éstas que pueden ser mitigadas por la psicoterapia. Éste sería un tema recurrente en toda la carrera intelectual de Lasswell: la ciencia política tenía la obligación de descubrir o inventar una "política de prevención" de la guerra y otros males; existía un "patrimonio de dignidad humana" al cual debía aspirar, y ambos objetivos requerían, para su consecución, de insusmos psicoterapéuticos importantes.

Este dualismo y ambivalencia de reduccionismo y optimismo terapéuticos fueron, en cierto sentido, rasgos comunes de las tres influencias principales en el pensamiento de Lasswell, a saber: el legado presbiteriano de su familia e infancia, centrado en el empeño de hacer triunfar el bien en un mundo dominado por las fuerzas del mal; el legado sociológico-marxista, basado en la necesidad de un enfrentamiento revolucionario entre lo tradicional y lo reaccionario y las fuerzas progresistas; y la tradición psicoanalítica freudiana, empeñada en combatir la neurosis mediante la psicoterapia. Las ulteriores contribuciones de Lasswell a la psicología política adoptaron la perspectiva coactiva más que la reduccionista. Cabe señalar que en el "epílogo" de *Psychopathology and Politics*, en su edición de 1960, no hace mención alguna de esa ecuación: más bien, nos informa que al momento de escribir su libro, ya participaba de una tendencia revisionista basada en la psicología del Yo, es decir, un movimiento psicoanalítico que destacara la importancia de procesos racionales y cognoscitivos.

Además de sus elementos empírico y metodológico, *Psychopathology and Politics* incluía una parte teórica o metametodológica. Los capítulos 12 y 13: "El sistema de la personalidad y sus reacciones sustantivas" y "El Estado como conjunto multiforme de acontecimientos", presentan el conjunto de variables políticamente relevantes manejadas por Lasswell, así como una estrategia de explicación política desde procesos intrapsíquicos y su etiología hacia procesos interpersonales y sociales, encadenados con otros de índole política e internacional, y así sucesivamente. Personalidad, economía, sociedad y políticas se consideran y manejan como sistemas en constante interacción.

Los elementos presentados por Lasswell como marco teórico de referencia y conjunto de hipótesis en *Psychopathology and Politics* habrían de constituir la base de su programa de investigación durante la década de los años treinta. No deja de impresionarnos la cantidad de enfoques y conceptos intelectuales que manejó durante esos años.

Lasswell habilitó un laboratorio modelo en sus propias oficinas del edificio de investigación en ciencias sociales de la Universidad de Chicago para los psiquiatras a quienes recomendara guardar registros de sus entrevistas

para bien de la investigación científica. Con la asesoría y apoyo de los psiquiatras Harry Stack Sullivan de los hospitales Sheppard y Enoch Pratt, y William White, de St. Elizabeth's, ideó un procedimiento para medir la respuesta galvánica de la piel, así como la velocidad del pulso y de la respiración de sujetos experimentales, al mismo tiempo que se grababa su conversación. Los tres artículos que describían este procedimiento y daba cuenta de los resultados preliminares fueron publicados en revistas psicoanalíticas en 1935, 1936 y 1937. Por desgracia, estos expedientes de investigación fueron destruidos en un accidente que sufrieron los camiones de mudanza que llevaban a Washington las pertenencias de Lasswell cuando se mudó de Chicago. Este proyecto, si no el primero, ciertamente fue uno de sus primeros intentos por asociar variables fisiológicas, autónomas y conductuales con procesos de comunicación y personalidad.

Si esta investigación de laboratorio constituyó un esfuerzo por aplicar el mensaje metodológico de *Psychopathology and Politics*, entonces, *World Politics and Personal Insecurity* (1934) fue una continuación de las perspectivas teóricas enunciadas en los últimos capítulos de *Psychopathology and Politics*. Lasswell denominó *análisis configurativo* a su enfoque de explicación política. En el análisis configurativo, el proceso político se define como un conflicto en torno a la definición y distribución de los valores sociales dominantes: ingreso, respeto y seguridad, entre las élites. En el primer párrafo, enuncia la fórmula por mucho tiempo asociada con su nombre: "La política es el estudio de quien obtiene qué, cuándo y cómo". De ahí que la investigación en ciencias sociales requiere del análisis de los orígenes sociales, destrezas, rasgos de personalidad, actitudes, valores y privilegios de las élites mundiales, y sus cambios a través del tiempo. La comprensión cabal de los procesos políticos exige combinar análisis de equilibrio y de desarrollo, además de adoptar actitudes contemplativas y manipulativas hacia el cambio político. El análisis de equilibrio destaca la interacción sistémica, repetitiva y estable de variables económicas, sociales, políticas y de personalidad, en tanto que el análisis de desarrollo hace hincapié en los aspectos dinámico, dialéctico y de transformación del cambio social. La actitud contemplativa contribuye al descubrimiento de "regularidades", "leyes" y principios en el comportamiento social. La actitud manipulativa somete estas regularidades a la prueba de la imaginación, al identificar las consecuencias de cambios en condiciones y políticas, extrapolar tendencias y otras prácticas similares. Estos párrafos no indican muy claramente lo que Lasswell entendía por actitud manipulativa. Desde un principio estaba comprometido con una ciencia política moral y consecuente, pero sus trabajos anteriores se centraron en la política y el poder. En una primera esquematización de valores políticos como los de ingreso, respeto y seguridad, los describe en forma un tanto superficial como valores ilustrativos y

representativos —y no como una serie completa de metas políticas. Lasswell se introdujo expresamente en el campo de los valores políticos y del gobierno público, cuando se asoció con Myres McDougal y la Escuela de Derecho de Yale, a finales de los años treinta.

La obra *World Politics and Personal Insecurity* ilustra, en conjunto, su método y enfoque. En los capítulos 2 a 6, los conflictos entre las naciones y en su interior, se asocian con tendencias agresivas humanas, y con las cualidades estructurales de las relaciones internacionales y sociedades domésticas. Las consecuencias de la estructura económica y de clases, la difusión cultural y la acción de los medios masivos de comunicación constituyen los temas de los capítulos 7, 8 y 9. En el capítulo 10 se interrelacionan factores como la política, la cultura y la personalidad en una interesante descripción de tendencias en la sociedad estadounidense. Ahí, Lasswell examina las posibilidades de surgimiento de un extremismo de derecha y del fascismo, así como la psiquiatría política como política de prevención. El último capítulo trata —en términos sociológicos y psicoanalíticos— sobre las posibilidades de paz y justicia social.

Una obra más breve, titulada *Politics: Who Gets What, When, and How?*, fue publicada en 1936; su contenido es en gran medida semejante al de *World Politics*, aunque en forma resumida y más esquemática que reúne todas las características de un libro de texto. Define a la política como una lucha entre grupos de la élite por valores tan representativos como lo son el ingreso, el respeto y la seguridad. Los protagonistas de estos procesos conflictivos son grupos organizados en torno a características de habilidad, clase, personalidad y actitud; emplean en diferentes formas y con resultados diversos los recursos políticos de manipulación de símbolos, incentivos y sanciones materiales, la violencia, así como prácticas institucionalizadas.

Estos tres libros, escritos en un intervalo de seis años, representan las aportaciones principales de Lasswell a la teoría política. En esta misma década de los treinta, tan productiva, Lasswell participó en otros dos importantes proyectos. Consolidó su anterior interés en la investigación sobre la propaganda colaborando con R. D. Casey y B. L. Smith en la preparación de una bibliografía comentada de alrededor de 4 500 títulos, la cual se publicó en 1935 en forma de libro, titulado: *Propaganda and Promotional Activities: An Annotated Bibliography*, con una introducción de Lasswell sobre la teoría de la propaganda. Ediciones posteriores continuaron orientando y codificando el campo de las comunicaciones y de la investigación acerca de la opinión pública. En un intento por aplicar el programa de investigación descrito en *World Politics*, Lasswell y varios de sus discípulos profesionales llevaron a cabo un estudio de campo sobre propaganda y agitadores y organizadores políticos entre los desempleados residentes en la ciudad de Chicago durante los años de la Gran Depresión y del *New Deal*.

Un libro, escrito conjuntamente en 1939 con Dorothy Blumenstock Jones, registró estos hallazgos.

La primera fase de la carrera de Lasswell concluyó en 1938. Se separó de la Universidad de Chicago para asociarse con el psiquiatra Harry Stack Sullivan y Edward Sapir, antropólogo de Yale, bajo el patrocinio de la Fundación Psiquiátrica William Alanson White. Esta decisión obedeció a motivos diversos. Bajo la dirección de Robert Maynard Hutchins, se enfrió considerablemente el entusiasmo de la Universidad de Chicago por el empirismo en las ciencias sociales. El departamento de Merriam fue criticado por abusar de las matemáticas, por un uso excesivo de "psicologismos", y por prácticas cerradas de admisión. La concepción de Hutchins de las ciencias políticas era de corte humanista, deductivo, incluso aquiniano. Aunque Lasswell gozaba —lo mismo que Gosnell— de prestigio en la institución, ambos hombres se separaron de la universidad: Lasswell en 1938, para afiliarse a la Fundación Psiquiátrica William Alanson White, en Washington, D.C.; Gosnell, pocos años más tarde, también se trasladó a la capital del país, para integrarse al servicio público. El propio Merriam estaba próximo a retirarse y no pudo defender a sus discípulos.

El "atractivo" que tuviera la costa Este para Lasswell tenía un origen más remoto. A mediados de la década de los veinte, en la etapa de preparación de su estudio sobre psicopatología y política, Lasswell se encontró con el psiquiatra disidente Harry Stack Sullivan, en ocasión de sus visitas a hospitales psiquiátricos del Este. También conoció al doctor William Alanson White, director del hospital St. Elizabeth's, quien tenía mucho interés en la investigación, lo mismo que en colaborar en las ciencias sociales. (Lasswell, por haberse asociado con Merriam, estaba en posibilidad de facilitar al doctor White el acceso a las primeras juntas de organización del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales, entonces con sede en Hannover, New Hampshire.) Durante esos mismos años, Sullivan había tenido oportunidad de conocer a Edward Sapir, antropólogo cultural, entonces colega de Lasswell en la Universidad de Chicago. Los tres hombres, no obstante sus diferencias de edad —Sapir había nacido en 1884, Sullivan, en 1892, y Lasswell, en 1902— simpatizaban entre sí, debido al gran interés que compartían por temas vinculados con la cultura y la personalidad; tenían la ilusión común de fundar un instituto de investigación que combinara el estudio de la cultura, la sociedad y la personalidad, y contribuyese a la edificación de un mundo mejor. Aun cuando este proyecto no llegó a materializarse, estos encuentros ciertamente incidieron en el programa que encabezara Lasswell en la Universidad de Chicago, lo mismo que en el de Sapir en el Instituto de Relaciones Humanas de Yale, y el de Sullivan en la Fundación Psiquiátrica William Alanson White, de Washington, D. C.

Sin embargo, en 1938 todo parecía indicar que estaba por realizarse el

proyecto de un instituto de ciencias sociales y psiquiatría en Nueva York o Washington, con Sapir, Sullivan y Lasswell quienes encabezaban de tiempo completo el equipo de investigación. En abril, el consejo de administración de la Fundación William Alanson White decidió conseguir fondos para mantener un equipo permanente de investigación en psiquiatría y ciencias sociales. Y aquellos tres hombres estaban más que dispuestos a colaborar en dicho proyecto: Lasswell no creía tener gran futuro en Chicago; Sapir se encontraba sumamente a disgusto en Yale, y Sullivan estaba ansioso por participar en un programa creativo de investigación en circunstancias óptimas.

En este clima de optimismo, en la primavera de 1938, Harold Lasswell empacó y envió sus ficheros y pertenencias en dos camiones de mudanza —las cuales habrían de chocar e incendiarse en una solitaria carretera de Indiana. Sin embargo, esto fue tan sólo el principio de una secuencia de desgracias y tragedias. No se lograron captar los fondos suficientes, al tiempo que se deterioraron las relaciones entre Sullivan y Lasswell. Sapir falleció a principios de 1939.

De modo que, a la edad de 36 años, Lasswell inició la segunda fase de su carrera en Washinton, D. C., bajo auspicios poco menos que inciertos. Por un tiempo, improvisó, impartiendo emisiones radiofónicas sobre "La naturaleza humana en acción", en la cadena NBC, y dando asesoría a fundaciones. A principios del año académico de 1938-1939, impartió seminarios como conferencista invitado en asociación con Myres McDougal de la Escuela de Derecho de Yale; en 1946, recibió nombramiento de profesor de derecho en esta institución. Conforme recrudeció la crisis internacional, participó en programas de investigación en la Biblioteca del Congreso y en el Departamento de Justicia. A sugerencia de Lasswell, la Biblioteca del Congreso inició un proyecto de investigación sobre comunicaciones en tiempos de guerra, basado en la experiencia que tuviera con la actividad propagandística durante la primera Guerra Mundial. Y el Departamento de Justicia habilitó una unidad especial de polísticas de guerra con el propósito de facilitar la administración del Acta de Registro de Agentes Extranjeros y del Acta de Sedición. Ambas tareas implicaban un análisis de contenido de los medios masivos de comunicación: en escala mundial, conforme recrudeció la propaganda bélica en 1939 y 1940, y en escala doméstica y organizativa, conforme los nazis y fascistas fueron infiltrándose en grupos y medios de comunicación alófonos en los Estados Unidos de Norteamérica. Lasswell ofreció testimonios autorizados en varios juicios bajo dicha legislatura; también ayudó a que el análisis cuantitativo de contenido se aceptara como prueba en los tribunales federales.

Durante los años de guerra, se desempeñó activamente como consultor en la Oficina de Hechos y Estadísticas, y en la organización que le sucedió,

así como en la Oficina de Información Bélica, el Servicio de Monitoreo de Comunicaciones Extranjeras de la Comisión Federal de Comunicaciones, y la Subdivisión Psicológica Militar en Tiempos de Guerra. En el área de las ciencias sociales, estas diversas divisiones de investigación de los departamentos de gobierno representaron centros avanzados de capacitación para los jóvenes científicos sociales. Distinguidos académicos como Lasswell, Lazarsfeld, Samuel Stouffer y Carl Hovland entrenaron a grupos de especialistas en investigación por encuesta, experimentación con grupos reducidos, propaganda y análisis de contenido y otras disciplinas similares.

Los resultados metodológicos y sustantivos de la labor de investigación realizada por Lasswell durante la guerra, se incluyen en *The Language of Politics: Studies in Quantitative Semantics* (1949), editado conjuntamente con Nathan Leites, uno de los más brillantes discípulos de Lasswell. Este volumen sitúa al contenido de la comunicación masiva en el contexto de la política doméstica e internacional; ofrece soluciones para los principales problemas metodológicos del análisis cuantitativo de contenido, e informa acerca de varias aplicaciones del análisis de contenido, tanto como herramienta judicial como técnica de acopio de información.

Durante la segunda Guerra Mundial, Lasswell ambicionó instituir aquello que él denominara "encuesta de atención mundial", es decir, un análisis cuantitativo permanente del contenido de los principales medios impresos y de radiodifusión de las naciones más poderosas —amigas, neutrales y enemigas. Era un proyecto de enormes proporciones que se pospuso durante los años de guerra en favor de un programa mucho más modesto de análisis de propaganda, situado en la Oficina de Información Bélica y en la Comisión Federal de Comunicación. Pero terminada la guerra, y con la ayuda de colaboradores de esa época —en particular, del sociólogo Daniel Lerner y del politólogo Ithiel Pool— Lasswell continuó trabajando sobre estos temas de investigación. Como profesor titular de la Escuela de Derecho de Yale, en colaboración con Lerner, Pool y otros investigadores del Instituto y Biblioteca Hoover de Stanford, emprendió una serie de estudios comparativos sobre élites y símbolos políticos. En 1950 se publicaron varios volúmenes en los que se informan los resultados de estos trabajos. Sin embargo, uno de los productos más importantes de estos años en Stanford, fue *The Policy Sciences*, un análisis actualizado de la metodología de las ciencias sociales en los primeros años cincuenta, del cual Lasswell fue coeditor con Daniel Lerner, y en el que participaron en coautoría Ernest R. Hilgard y otros especialistas.

La tercera fase de la carrera de Lasswell comenzó en 1946, cuando se incorporó al cuerpo docente de la Escuela de Derecho de Yale, como profesor de derecho. Había trabajado como profesor de asignatura en asociación con Myres McDougal desde 1938, y fue investigador invitado del Instituto

de Estudios Internacionales durante la guerra. Su asignación permanente en Nueva Haven en 1946 favoreció una fecunda colaboración entre Lasswell y McDougal en la investigación docente, así como diversas aportaciones a la teoría legal y política, colaboración que habría de continuar durante las décadas subsiguientes. En una importante contribución monográfica al *Yale Law Journal*, en marzo de 1943, Lasswell y McDougal recomendaron la reforma fundamental posteriormente efectuada en los programas de estudios de la Escuela de Derecho. La monografía de que se trata, mantenía que unos abogados eran los principales estadistas en las sociedades democráticas modernas, y que los programas de estudios tradicionales en las escuelas de Derecho no ofrecían la formación requerida para diversas labores de administración pública que los abogados debían desempeñar. En este artículo trascendente, Lasswell y McDougal intentaron corregir tales deficiencias. Formularon una filosofía curricular basada en la premisa de que el derecho debía entenderse como un proceso de toma de decisiones autorizadas, mediante el cual los miembros de una comunidad especifican y garantizan sus intereses comunes. Luego, estructuraron una secuencia de seminarios y cursos encaminados a la aplicación efectiva de esta filosofía. De particular importancia en ésta y en colaboraciones posteriores con McDougal y otros colegas de la Escuela de Derecho, fueron dos innovaciones teóricas —componentes de un “mapa institucional y de valores”— asociadas con la carrera de Lasswell en Yale. La primera de ellas fue un esquema funcional para el análisis del proceso de toma de decisiones. En su forma definitiva, se expresa como un proceso compuesto por siete fases, que comienza con la inteligencia, entendida como información, seguida por las de promoción, prescripción, invocación, aplicación, conclusión y evaluación. La segunda innovación fue una clasificación de objetivos o valores fundamentales que abarcó: poder, riqueza, respeto, bienestar, afecto, habilidad, rectitud e ilustración. Estos dos esquemas teóricos permitían al estudioso en derecho situar su labor de investigación en el proceso de gobierno y especificar sus aspectos valorativos sustantivos. Estas categorías teóricas sirvieron para ubicar en el debido contexto los diversos estudios sobre derecho y otros campos que Lasswell llevaría a cabo en décadas posteriores.

Una de las aportaciones más trascendentes de Lasswell en estudios sobre derecho fue *Power and Personality* (1948), en donde presentó una serie de historias de caso sobre jueces, con el propósito de comprobar el vínculo existente entre características de personalidad y esquemas de toma de decisiones en materia legal. Otras contribuciones hechas por Lasswell a la investigación y análisis en derecho figuran en obras como *Studies in World Public Order* (con Myres McDougal, 1960); *In Defense of Public Order: The Emerging Field of Sanction Law* (con Richard Arens, 1961); *Law and Public Order in Space* (con Myres McDougal e Ivan A. Vlasic, 1963), y *Human Rights and World*

Public Order: The Basic Policies of an International Law of Human Dignity (con McDougal y Lung-chu Chen, 1980). Queda pendiente la publicación de un último volumen, titulado *Jurisprudence for a Free Society: Studies in Law, Science, and Policy*, producido en colaboración con McDougal.

En 1970, Lasswell fue nombrado Profesor Emérito de Derecho y Ciencias Sociales, en Yale. Los últimos siete años de su vida transcurrieron en Nueva Haven, en donde continuó dedicándose a la investigación, y en la ciudad de Nueva York, donde estaba afiliado al Centro de Ciencias de Gobierno del que él mismo fuera cofundador en la década de los cuarenta.

Desde el punto de vista cuantitativo, la productividad de Lasswell fue enorme. Escribió, editó y coeditó alrededor de sesenta obras; publicó, asimismo, más de 300 artículos en una amplia variedad de revistas de ciencia política, sociología, psiquiatría y psicología, derecho, periodismo y opinión pública. Entre sus publicaciones también figuran varios centenares de reseñas y comentarios. Obras importantes que aún no hemos mencionado son *Power and Society* (con Abraham Kaplan, 1950); *Democratic Character* (1951); *The Decision Process: Seven Categories of Functional Analysis* (1956); *The Future of Political Science* (1963); *The Sharing of Power in a Psychiatric Hospital* (con Robert Rubenstein, 1966); *Peasants, Power, and Applied Social Change: Vicos as a Model* (con Henry F. Dobyns y Paul L. Doughty, 1971), y *The Signature of Power: Buildings, Communication and Policy* (con Merritt B. Fox, 1979).

Estos títulos demuestran la ingente variedad de los intereses de Lasswell, los cuales mantuvo durante toda su vida. La obra *Power and Society*, escrita en colaboración con el filósofo Abraham Kaplan, fue un inventario proposicional y un manual conceptual en las ciencias políticas; abarcó una versión elaborada de la clasificación de valores fundamentales de Lasswell. Por otra parte, su monografía titulada *Democratic Character* fue un importante apéndice a una reimpresión de 1951, de *Psychopathology and Politics y Politics: Who Gets What, When, and How?*, ninguno de los cuales trató sobre los aspectos psicológicos de la democracia. Esta monografía intentó, primero, definir los valores susceptibles de fortalecer las instituciones democráticas, y luego, identificar características de la personalidad "democrática", así como las condiciones sociales y familiares más aptas para producirlas. Su monografía acerca del proceso de decisión (1956) definió más claramente su marco teórico de referencia para las fases antes mencionadas de formulación e instrumentación de políticas.

En *The Future of Political Science* (1963), donde se evocan anteriores prefiguraciones de un mundo en que la investigación en ciencias sociales ha cobrado gran trascendencia, alude a dos proyectos de investigación en ciencias sociales en los cuales participó durante la década de los sesenta. El primero fue un estudio antropológico acerca de una hacienda peruana. En

este empeño, Lasswell contó con la colaboración de Allan Holmberg de Cornell, y luego, produjo un libro (con Dobyns y Doughty) titulado *Peasants, Power, and Applied Social Change: Vicos as a Model* (1971). El experimento descrito en esa obra consistió en otorgar creciente poder de decisión a los campesinos de la hacienda y tratar de medir las consecuencias de éste y otros insumos experimentales de modernización y democratización. El segundo, realizado en colaboración con Robert Rubenstein, fue un estudio acerca de un experimento llevado a cabo en el Instituto Psiquiátrico de Yale, en el cual se hizo participar a los pacientes con el personal del hospital y sus psiquiatras en la toma de decisiones relacionadas con la administración de dicha institución. La investigación trató acerca de los efectos de esta participación, sobre el buen funcionamiento y los objetivos terapéuticos del Instituto. (Un libro en el que se documenta tal estudio fue publicado en 1966 con el título: *The Sharing of Power in a Psychiatric Hospital*.) La obra *The Future of Political Science* sugiere que la especialidad de ciencias políticas desarrolle la capacidad de administrar encuestas generales sobre cambios políticos en el mundo, a fin de poder ofrecer una asesoría efectiva para evitar la guerra y otros males. Estas encuestas habrían de basarse en las conceptualizaciones de Lasswell sobre el proceso de toma de decisiones y metas-valores. También describe el tipo de formación profesional necesaria para administrar este tipo de programas de investigación y cultivar la creatividad indispensable para una efectiva intervención.

Por último, en *The Signature of Power: Buildings, Communication and Policy* (1979), publicado después de su muerte, Lasswell analiza las relaciones entre la arquitectura de los edificios públicos, sus funciones y la cultura política circundante. Con la ayuda de fotografías de edificios públicos y monumentos del mundo entero, demuestra que las funciones de los edificios —civiles o militares, judiciales, legislativos y burocráticos— influyen en sus estructuras; éstas son influidas a su vez por las culturas nacionales, las cuales producen sus propias variaciones estructurales.

Lasswell recibió numerosos reconocimientos durante su carrera. Fungió como presidente de la Asociación Estadunidense de Ciencias Políticas en 1956, así como de la Sociedad Estadunidense de Derecho Internacional, de 1966 a 1968. Recibió títulos honoríficos de las universidades de Chicago, Columbia, Illinois, así como del Seminario Teológico Judío. Participó activamente en calidad de funcionario, miembro del consejo directivo o consultor en el Comité para el Desarrollo Económico, la Comisión para la Libertad de Prensa, la Corporación Rand, la Asociación Estadunidense para el Avance Científico, y otras muchas organizaciones. Fue miembro del consejo de gobierno de la Academia Estadunidense de Ciencia y Arte, y en 1974 ingresó a la Academia Nacional de Ciencia.

El 24 de diciembre de 1977, Harold Lasswell sufrió un ataque de apople-

jía del que nunca se recuperaría del todo. El 18 de diciembre de 1978, falleció de pulmonía en su apartamento de la ciudad de Nueva York.

Quisiera agradecer la ayuda recibida de múltiples fuentes de referencia, como la "Introducción" de Dwaine Marvick a su antología, titulada: *Harold Lasswell on Political Sociology* (1977); las diversas aportaciones al obituario científico de Harold Lasswell; entre ellas *Politics, Personality, and Social Science in the Twentieth Century* (Arnold Rogow [comp.], 1969); la obra conmemorativa titulada: *Harold Dwight Lasswell 1902-1978*, y publicada por la Escuela de Derecho de Yale, con la dirección editorial de Myres McDougal; y *Psychiatrist of America: The Life of Harry Stack Sullivan* (1982), de Helen Swick Perry, en donde encontré información acerca de la temprana asociación de Lasswell con Sapir y Sullivan, así como comunicaciones personales y testimonios ofrecidos por William T. R. Fox, Bruce L. Smith, Andrew R. Willard, Rodney Muth y Myres McDougal.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

- 1925 "Dos estudios olvidados sobre psicología política", *American Political Science Review* 19, pp. 707-717.
- 1927 "Propaganda Technique in the World War", tesis de doctorado, Nueva York, A. A. Knopf, Londres, Kegan Paul.
"Tipos de personalidades políticas", *Proceedings of the American Sociological Society* 22, pp. 159-169.
- 1929 "Estudios acerca de la personalidad", en *Chicago: An Experiment in Social Science Research*, T. V. Smith y L. D. White (comps.), pp. 177-193, Chicago, University of Chicago Press.
"El problema de obtener expedientes apropiados de personalidad: Una propuesta", *American Journal of Psychiatry* 7, pp. 1057-1066.
"El estudio de la patología como método de análisis de personalidades políticas", *American Political Science Review* 23, pp. 996-1001.
- 1930 *Psychopathology and Politics*, Chicago, University of Chicago Press.
"El sistema de la personalidad y sus reacciones de sustitución", *Journal of Abnormal Psychology* 24, pp. 433-440.
"La entrevista psicoanalítica como método de investigación acerca de las personalidades", *Childs Emotions*, febrero, pp. 136-157.
"El estudio científico de la biografía humana", *Scientific Monographs* 30, pp. 79-80.
"Autoanálisis y pensamiento judicial", *International Journal of Ethics* 40, pp. 311-326.
- 1931 "Medición de la opinión pública", *American Political Science Review* 25, pp. 311-326.

- 1932 "El principio de la triple atracción: Una aportación del psicoanálisis a las ciencias políticas y sociales", *American Journal of Sociology* 37, pp. 523-538.
- 1935 Con R. D. Casey y B. L. Smith, *Propaganda and Promotional Activities: An Annotated Bibliography*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
World Politics and Personal Insecurity, Nueva York, McGraw-Hill.
"Referencias verbales y cambios psicológicos durante la entrevista psicoanalítica: Una comunicación preliminar", *Psychoanalytic Review* 22, pp. 10-24.
- 1936 *Politics: Who Gets What, When, and How?*, Nueva York, Whittlesey House, McGraw-Hill.
"Algunos cambios de pronóstico durante entrevistas de prueba (psicoanalíticas)", *Psychoanalytic Review* 23, pp. 241-247.
- 1937 "Entrelazamiento de observaciones en el estudio de la personalidad en la cultura", *Journal of Abnormal Psychology* 32, pp. 240-243.
- 1938 "Lo que los psiquiatras y politólogos pueden aprender entre sí", *Psychiatry*, 1, pp. 33-39.
- 1939 Con Dorothy Blumenstock Jones, *World Revolutionary Propaganda: A Chicago Study*, Nueva York, A. A. Knopf.
- 1941 "El Estado guarnición", *American Journal of Sociology* 46, pp. 455-468.
- 1943 Con Myres McDougal, "Formación legal y gobierno público: Formación profesional en función del interés público", *Yale Law Journal* 52, pp. 533-561.
- 1945 *World Politics Faces Economics*, Nueva York, McGraw-Hill.
"Interrelaciones de la organización mundial y de la sociedad", *Yale Law Journal* 55, pp. 889-909.
- 1948 *The Analysis of Political Behaviour: An Empirical Approach*, Londres, Routledge y Kegan Paul.
- 1948 *Power and Personality*, Nueva York, W. W. Norton.
- 1949 Con Nathan Leites (comps.), *The Language of Politics: Studies in Quantitative Semantics*, Nueva York, George Stewart.
- 1950 Con Abraham Kaplan, *Power and Society*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
National Security and Individual Freedom, Nueva York, McGraw-Hill.
- 1951 Con Daniel Lerner (comps.), *The Policy Sciences: Recent Developments in Scope and Method*, Stanford, California, Stanford University Press.
"El carácter democrático", en *The Political Writings of Harold D. Lasswell*, pp. 465-525, Glencoe, Illinois, Free Press.
- 1952 Con D. Lerner y C. E. Rothwell, *The Comparative Study of Elites*, Hoover Institute Studies, Stanford, California, Stanford University Press.

- 1971 Con Henry F. Dobyns y Paul L. Doughty, *Peasants, Power, and Applied Social Change: Vicos as a Model*, Beverly Hills, California, Sage.
- 1975 Con Warren F. Ilchman, John D. Montgomery y Myron Weiner, *Policy Sciences and Population*, Lexington, MA, D. C. Heath.
- 1979 Con Merritt B. Fox, *The Signature of Power: Buildings, Communication and Policy*, New Brunswick, New Jersey, Transaction.
- 1980 Con Myres McDougal y Lung-chu Chen, *Human Rights and World Public Order: The Basic Policies of an International Law of Human Dignity*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- Con Daniel Lerner y Hans Speier (comps.), *Propaganda and Communication in World History*, 3 vols., Honolulu, University Press of Hawaii.

APÉNDICE B. LOS DÍAS DE CHICAGO*

Sr. Brody: Cuando estuvo usted en la Universidad de Chicago, ¿era su intención llegar a ser un politólogo?

Sr. Almond: Ingresé a la universidad en 1928, y aspiraba a convertirme en un periodista, en un escritor. Hacia la mitad de mi carrera, estalló la Depresión —en 1929. Yo había venido costearo mis estudios y cada día era más difícil conseguir cualquier tipo de empleo. Puesto que la carrera de periodista y escritor es mucho más azarosa que la de profesor, comencé a pensar seriamente en la docencia. Ahora bien, en esa época estaba tomando un par de cursos —esto sería en mi segundo año, o sea, en 1930— uno de ellos con Fred Schuman, en política internacional, y el otro, con Merriam. Concluí mis estudios con dos especialidades: una en literatura y redacción inglesas, y la otra en ciencias políticas.

Sr. Brody: ¿Trabajó con Lasswell durante sus años de estudiante?

Sr. Almond: Sí. Estaba terminando mi segundo año o el primer trimestre del tercero cuando cursé con él una materia llamada "Factores no racionales en el comportamiento político". Era la primera vez que él impartía dicha materia, la cual trataba sobre las historias de caso recopiladas para *Psychopathology and Politics*. En ese entonces, yo estaba en la Universidad de Chicago, en donde permanecí de 1928 a 1938, cuando obtuve mi diploma —de doctorado— tras haber estado afuera durante un año, realizando investigaciones de campo.

Pero éste sería precisamente el periodo de mayor crecimiento del Departamento de Ciencias Políticas en Chicago. En esa época, se publicó *Psychopathology and Politics* y otra obra, titulada: *Politics: Who Gets What, When, and How?*, de Lasswell, así como *International Politics*, de Schuman. De hecho, llegué a consultar esta obra de Schuman para documentar mis labores de investigación.

Sr. Brody: ¿Estaba allí Quincy Wright?

Sr. Almond: También estaban allí Quincy Wright y L. D. White. Si está pensando en el grupo más influyente del cuerpo docente de la universidad en aquella época, eran precisamente estos cinco hombres. V. O. Key apenas acababa de concluir sus estudios. Me refiero a Merriam, Wright, White, Lasswell y Gosnell. Y no hay que olvidar que los departamentos eran peque-

* Adaptación de una entrevista de Gabriel A. Almond con Richard Brody, para la Asociación Estadunidense de Ciencias Políticas. Reproducción autorizada.

ños, es decir, contaban con la mitad del profesorado de tiempo completo del que tienen actualmente. Ahora bien, si se pregunta qué tanto de su tiempo invertían aquellos académicos en el tipo de investigación innovadora que se asocia con la Escuela de Chicago, podríamos decir que Harold Lasswell se dedicaba de tiempo completo a esta creativa labor; también Gosnell trabajaba exclusivamente en la docencia y en esta clase de investigaciones; Merriam se concretaba, más que nada, a movilizar recursos y cazar talentos —cabe decir que tenía un olfato especial para reconocer a los discípulos más talentosos y apostar por ellos; Quincy Wright y Leonard White eran, digamos, más marginales— o sea, que su actividad de investigación era más conservadora, sólida y creativa, pero no por ello dejaban de estar abiertos a nuevas ideas y posibilidades. Esto es algo que podemos ver claramente en *Study of War*, de Quincy Wright y en varios trabajos de L. D. White, particularmente en su obra *Prestige Value of Public Employment*, donde empleó métodos de encuesta para abordar el problema de las actitudes públicas hacia el servicio público: está, además, su participación en el estudio sobre tendencias sociales recientes de Hoover. Hizo acopio de grandes cantidades de datos estadísticos relativos al desarrollo del gobierno y del federalismo estadounidenses, indicadores de una interacción entre el centro y la periferia. No obstante, opino que aquellos caballeros, Wright y White, eran más marginales; admitían este tipo de análisis cuantitativo, sociológico y psicológico, pero éste no era su principal objeto de estudio.

Sr. Brody: Esto fue hace 50 años... mucho tiempo...; pero, ¿recuerda usted cómo era el programa de estudios en general? ¿Tuvo usted que trabajar lo mismo con White y Wright que con Schuman y Merriam?

Sr. Almond: Hay una cosa que no quiero olvidar —toda la cuestión de la escala, no solamente del departamento, sino también de toda la actividad de investigación en ciencias sociales en Chicago: no se puede entender la parte correspondiente a las ciencias políticas sin considerar toda la disciplina de las ciencias sociales en su conjunto; pero volvamos a su pregunta respecto a con qué parte o partes del departamento debía uno permanecer en contacto una vez concluidos sus estudios: era con todo el departamento. No sólo era un departamento pequeño —esto no tenía nada de raro; sin embargo, era uno de los principales. No creo que Harvard, Yale y Princeton tuvieran uno más importante. Pero, por lo que respecta a las áreas de especialización, los aspirantes a doctorado eran examinados en todas las áreas, menos aquella sobre la que tratara su tesis, ya que se suponía que la dominaban de todas formas. De modo que para obtener su diploma de doctorado, uno tenía que saber de relaciones internacionales, es decir, de política, organización y derecho; de derecho público: administración pública; partidos políticos y elecciones; lo mismo que de comportamiento político, cuando Lasswell impartía esta última materia.

Sr. Brody: ¿Y también de filosofía política?

Sr. Almond: De teoría política. Merriam era quien impartía filosofía política. Creo que existían cinco áreas de evaluación.

Sr. Brody: ¿Y la de historia del pensamiento político?

Sr. Almond: Merriam era quien la impartía. Había que aprobar un examen de historia del pensamiento político, otro de pensamiento político estadounidense y otro de pensamiento político contemporáneo.

Sr. Brody: ¿Leyó usted a Marx? Más bien, ¿formaba parte del programa de estudios?

Sr. Almond: Sí... Estoy tratando de recordar en donde podía uno leer a Marx. ¡Ah!, ya lo recuerdo. Era en dos sitios: uno podía leer a Marx en la historia de la teoría política de Merriam, concretamente, en la sección de teoría política moderna, y también en los apuntes de Lasswell. Pero, permítame comentarle algo acerca del contexto general del departamento.

Sr. Brody: ¡Por supuesto!

Sr. Almond: A finales de los años veinte y durante los años treinta, que es cuando estuve allí, se construyó el edificio de Investigación en Ciencias Sociales. Y se dio una acalorada controversia en torno al lema de lord Kelvin que Ogburn inscribiera en ausencia de Merriam en el frontispicio —o mejor dicho, ¿el dintel? de la entrada de dicho edificio. Decía algo así como que “nuestro conocimiento es poco si no podemos medirlo” —no recuerdo las palabras exactas. Cuando regresó Merriam, se molestó mucho por ello. Pero no era un edificio muy grande; constaba de cinco niveles en donde estaban contenidos todos los departamentos y, excepto el de psicología, todos los de ciencias sociales, incluida buena parte del de historia. La otra parte de este último departamento se encontraba en el edificio contiguo de la Biblioteca Harper. Allí tenían sus oficinas.

Sr. Brody: ¿También el de economía?

Sr. Almond: Los departamentos de economía, sociología, ciencias políticas y antropología se encontraban todos en ese edificio de cinco niveles. Ahora bien, si hemos de tomar como prototipo el departamento de ciencias políticas, debía haber en ese edificio aproximadamente cuarenta profesores con cubículos asignados y muchos de ellos, si no la mayoría, tenían asistentes de investigación. En un ciclo de estudios de digamos, cuatro a seis años, lo común era que uno conociera, por lo menos de vista, cuando no personalmente o en una relación de amistad, al profesorado de economía, antropología y sociología, lo mismo que al de ciencias políticas. Había además una cafetería y una estancia, en el segundo piso, y todas las tardes —cosa curiosa, allí no servían café; uno bebía té con galletas; ya sabe, las clásicas galletitas Lorna Doones— y la mayoría de los profesores y de los graduados acostumbraban reunirse a tomar el té a eso de las cuatro de la tarde. Así, como puede usted ver, el contexto físico era tal que uno se consideraba tanto

polítólogo como especialista en ciencias sociales. Los egresados que trabajaban como asistentes investigadores no forzosamente compartían sus habitaciones con colegas de su misma especialidad. Compartí mi primera oficina en el edificio del cics* con Edward Shils, Leland Devinney y Herbert Goldhamer, todos ellos sociólogos, de modo que entablé cálidas relaciones personales lo mismo con antropólogos y sociólogos que con politólogos.

Sr. Brody: ¿Cuántos alumnos de posgrado eran admitidos en Chicago cada año?

Sr. Almond: Pienso que el departamento de Chicago contaba con aproximadamente la misma cantidad de alumnos de posgrado que aquí, en Stanford, es decir, más o menos un total de ochenta en todos los niveles, incluidos aquellos que ya impartían cátedra, pero que aún no habían terminado sus tesis. A los seminarios, no solamente acudían alumnos diplomados; también estudiantes no titulados. No se hacían distinciones entre ellos. En mis dos últimos años de licenciatura, tomé clases con Frank Knight y George Herbert Mead, quienes estaban más avanzados que yo. Cuando me mudé hacia el Este al principio de mi carrera en la docencia, se me antojó anómala la clara distinción que allí se hacía entre los cursos de licenciatura y de posgrado.

Entonces, como puede usted ver, éste era un ambiente relativamente informal, y creo que ello contribuyó en algo al desarrollo de las ciencias sociales en Chicago. En ello influyó, además, el hecho de que ésta fuera la primera universidad que, en cierto sentido, reconociera la unidad de las ciencias sociales, reuniendo todos los departamentos en un solo edificio. Fue, creo yo, el primer edificio propiamente dicho de ciencias sociales en una universidad estadounidense. Pero más importante aún fue su cuerpo docente, y pienso que ello fue consecuencia de la visión de su fundador, Samuel Rainey Harper quien, con dinero de la Fundación Rockefeller, buscó y contrató a los mejores catedráticos—así fue como estructuró un contexto muy dinámico: el de Chicago a la vuelta del siglo, en donde no había tantas restricciones ni tanta estratificación. Había, tal vez, media docena de elementos sobresalientes y creativos, y el mismo número de excelentes empresarios, es decir, hombres capaces de movilizar recursos y entablar relaciones con la comunidad.

Sr. Brody: ¿Colocaría usted a Merriam en esta última categoría?

Sr. Almond: Bueno... de Merriam, diría que su influencia fue de índole empresarial, en un sentido un tanto profético y carismático.

Sr. Brody: ¿Más que de un líder creativo e intelectual?

Sr. Almond: Así es. Su trabajo se inspiró en la historia de la teoría política de Dunning; éste fue el asesor de su tesis de doctorado en Columbia, y

* Centro de Investigación en Ciencias Sociales. [N. del E.]

durante toda su vida, Merriam mantuvo la ilusión, un poco al estilo germánico, de producir una versión americana de *Allgemeine Staatslehre*, por decirlo así —creo que pensaba en algo que algunos de nosotros llamamos una teoría política empírica: algo que mantuviera continuidad con los tipos de interrogantes y problemas que plantea la teoría política clásica. Tenía esta ilusión y cerca del final de su carrera, produjo varios libros que reflejaban dicha ambición; pero mi opinión personal es que, en realidad, había en cierta forma agotado sus energías. Es difícil saber cuál hubiera sido su última aportación, pero llegó muy temprano a una ciudad en un momento en que se hacía sentir una tremenda necesidad de liderazgo, es decir, cuando el dinero de Chicago estaba invirtiéndose en la segunda generación que aspiraba a mejoras cívicas y otras cosas por el estilo. Este liderazgo fue asumido por Julius Rosenwald, por Sears, Roebuck y todos aquellos millonarios del Norte; no recuerdo todos sus nombres, estaban los ganaderos, los Armour, los Swift, y toda esa gente. Y Merriam, entonces un varón alto

de Lasswell versó sobre la propaganda durante la primera Guerra Mundial, y se inspiró directamente de la experiencia de Merriam en esa época.

Sr. Brody: También fue —durante la comida, usted dijo que fue uno de los progenitores del movimiento científico de administración pública. ¿Había mucha interacción entre este tipo de actividad y el Centro de Investigación en Ciencias Sociales?

Sr. Almond: Sí la había. Con esta participación de Merriam en el movimiento de reforma se asoció al desarrollo, en los recintos de la Universidad de Chicago, de todo un conjunto de organizaciones, todas ellas situadas en un edificio ubicado del otro lado de la avenida central —1313 E. Calle 58— y administradas por maestros jóvenes y doctores del Departamento de Ciencias Políticas. La función de estas organizaciones y asociaciones era la de capacitar a servidores públicos como directores de finanzas, asesores, funcionarios de condado, alcaldes y gobernadores. Había ocho o diez de ellas y una organización superior, cuya función consistía en fomentar el desarrollo de otros tipos de actividades, entre ellas la formación de organizaciones profesionales entre los servidores públicos. Ésta era la Cámara de Compensación de la Administración Pública, encabezada por Louis Brownlow, un amigo íntimo de Merriam. Pero si uno había sido alumno de la Universidad de Chicago a finales de los años veinte y principios de los años treinta, y se le hubiera preguntado cuál era la actividad más importante que allí se llevaba a cabo, nos habría respondido que era el tipo de labor desempeñada por Lasswell y Gosnell, o la que Merriam preconizara en *New Aspects of Politics*. Era aquella actividad que contara con edificio propio y fuera respaldada por más capital, cuyo personal fuera integrado por los jóvenes politólogos mejor pagados y ataviados con trajes de franela gris quienes se la pasaban viajando cuando el transporte aéreo apenas estaba en sus inicios. Todos esos tíos volaban por todo el país y el que gozaba de más prestigio era el que menos tiempo estaba en su casa, al igual que una generación posterior de profesionales en ciencias políticas o sociales.

Pero en todo caso, si vemos las cosas desde nuestra perspectiva de la historia de la ciencia política estadounidense, diríamos que eso era lo que Merriam recomendaba y lo que aquellas otras personas empezaron a hacer; sin embargo, Merriam realmente se interesaba en todas estas cosas —digo, todo esto de la reforma— y veía cómo encajaban entre sí. Le preocupaba lo que él consideraba ser la profesionalización del servicio público; pensaba aplicar a la formación de los funcionarios públicos y a sus normas profesionales los conocimientos acumulados a través de las ciencias sociales. Éste era el objetivo principal de la vida de Merriam; él consideraba que todas estas cosas encajaban entre sí. Era ciencia y al mismo tiempo actividad cívica; era un objetivo moral, no sólo en el contexto local, sino también en los ámbitos nacional e internacional. También veía estos desarrollos empí-

ricos y prácticos en una relación continua con la historia de la tradición de la teoría política, a la cual él pertenecía. Y cuando se retiró a principios de la década de los cuarenta, tenía el propósito de articular formalmente toda su teoría. Pero en esa época, cuando se dijo a sí mismo: "Ahora voy a sentarme y abocarme a integrar mi *Allgemeine Staatslehre*", la inspiración simplemente no llegó. En este sentido, en cierta forma, sintió haber fracasado. Éste me parece un aspecto interesante de la personalidad de Merriam; creo que sentía una enorme necesidad de afecto y su relación con los estudiantes de posgrado y sus colegas más jóvenes, lo mismo que con sus adjuntos mayores como Brownlow, eran profundamente humanas. Yo sé que Merriam se preocupaba por aquellas personas como yo, que tenían que trabajar para costear sus estudios universitarios y pertenecían a familias de inmigrantes. Creo que veía con gran beneplácito a aquellos hombres y mujeres jóvenes, con estos antecedentes, abrirse paso en la vida profesional. También se preocupaba por sus padres, si éstos aún vivían. Durante los años de la ley seca, guardaba un par de botellas de whisky en su archivero y, en compañía de amigos íntimos, sacaba una de ellas y compartía una copa al final del día. El clima en la ciudad de Chicago es de los más difíciles; y durante mis años de posgrado, había en el Hotel Shoreland de Hyde Park una cantina con aire acondicionado en donde él tenía una mesa reservada. Era su mesa en aquella cantina, y siempre que uno de sus alumnos de posgrado tenía algún tipo de logro, por ejemplo, que aprobara sus exámenes preliminares o terminara su tesis, u obtuviera su primer empleo, tenía la seguridad de que Merriam le invitaría a brindar a la cantina del Shoreland en la media luz de aquel maravilloso ambiente con su familiar y omnipresente aroma a whisky.

Sr. Brody: Supongo que para hacer todas estas cosas, debía tener un muy buen puesto en la universidad.

Sr. Almond: Alrededor de 1910, tenía una posición poco menos que marginal; era un catedrático joven en un departamento pequeño, encabezado por un director un tanto autoritario (Judson) quien, en realidad, no le concedía ninguna iniciativa. Y este director autoritario más tarde sería el rector de la universidad, pero no renunció a la dirección de aquel departamento. Esto era una limitación y fue una de las razones por las que Merriam —primero, tuvo ganas de irse; y si usted revisa su correspondencia, encontrará que tenía otros ofrecimientos y estuvo a punto de aprovecharlos debido a la situación vigente en Chicago; sin embargo, nunca lo hizo. Y de alguna manera, si bien no obtuvo todo aquello a lo que aspiraba en la universidad, tenía mucho ascendente fuera de ella y esto lo retuvo, lo cual explica su trayectoria de reformista político y a finales de la primera Guerra Mundial, tenía voz de mando en el departamento. No recuerdo si Judson falleció o se retiró. Entonces, comenzó a movilizarse y poco tiempo después presentó su famosa...

Sr. Brody: ¿En qué año él fue presidente de la Asociación? ¿En el veinticinco?

Sr. Almond: Pero fue en el veintiuno, cuando presentó aquella conferencia que sirvió de introducción a *New Aspects of Politics*. Esto fue en 1921; y dicha conferencia se publicó en uno de los 21 números de la APSR. De modo que se jugó esta carta; ya se encontraba en una situación en la que podía acudir a la familia Rosenwald o Rockefeller, gracias a su reputación de reformista; así pudo obtener los fondos necesarios para financiar el Comité de Investigación sobre Comunidades Locales en aquel pequeño edificio, es decir, el edificio de Investigación en Ciencias Sociales. No era solamente el edificio; fueron las estructuras sociales que se inventaron, siendo una de ellas el concepto de un tipo de fondo local de investigación que estuviera lo bastante cerca de las bases mismas de los diferentes departamentos para poder financiar trabajos promisorios que conllevaran riesgos. De modo que aplicó el dinero aportado por Laura Spellman Rockefeller a labores creativas de investigación como *Prestige Value of Public Employment*, de L. D. White, y *Studies of Nonvoting*, de Gosnell, o *Psychopathology*, de Harold Lasswell. Pudo incluso postular ideas que parecían un tanto descabelladas en aquella época, como las aplicaciones del psicoanálisis al estudio del comportamiento político, las cuales hubieran puesto en apuros a alguien como Rosenwald o a la familia Rockefeller. Eran tales su autoridad y prestigio en general, que pudo obtener incondicionalmente dinero para estos propósitos.

Sr. Brody: Volvamos por un momento a sus propias labores de investigación durante ese periodo. Desde luego, estalló la Depresión, como usted dijo, poco después de que llegara a Chicago como estudiante; pero cuando estaba cursando sus estudios de posgrado, las cosas habían mejorado considerablemente. Fue cuando llevó a cabo un estudio, creo que como alumno de Lasswell, acerca de la relación cliente-asistente social. ¿No fue éste el tema de su tesis?

Sr. Almond: No, no lo fue. Tuve a Lasswell como profesor antes y después de titularme. Necesitaba juntar un poco más de dinero para poder cursar mis estudios de posgrado. Obtuve un empleo en el Servicio de Asistencia a los Desempleados, en el distrito de los ganaderos. Lasswell me había sugerido llevar a cabo una investigación de campo, y de alguna manera, reflexioné acerca de lo que me estaba sucediendo. Mi escritorio se encontraba precisamente en la entrada de la Oficina de Asistencia a los Desempleados en 1932, que fue el peor año por lo que se refiere a desempleo. Era un lugar de lo más interesante; allí se encontraban representados todos los grupos étnicos, inclusive negros y mexicanos, y algunos grupos estaban muy iracundos o resentidos. Lasswell me había dicho que todas esas cosas eran importantes en la política, y teníamos expedientes de casos relativos a aquellas personas que se presentaban ante mí y se comportaban en formas

que yo sabía influían en mi propio comportamiento. Recuerdo que a las dos semanas de haber obtenido ese empleo, telefoneé a Lasswell y le dije: "Oiga, creo que aquí hay material para investigación". Esto fue antes de que empezara realmente a realizar trabajos de posgrado. Y él me respondió que le parecía una excelente idea. De modo que nos reunimos y planeamos lo siguiente: yo trataría de convencer a los demás asistentes de quejas de que observaran la forma en que fueran abordados por las personas que solicitaban asistencia y tomaran notas —registraríamos todos estos contactos sobre tiras de papel, las cuales se conservarían; bueno, se conservarían por un tiempo para después desecharlas; pero yo hice que se conservaran. Logré que la gente encargada de la oficina colaborase conmigo en dicho estudio, de modo que tres personas registraron todos aquellos contactos durante un periodo de seis meses. Durante ese tiempo, uno podía tener hasta seis o doce contactos con un individuo en particular, y dicho individuo habría sido evaluado por uno de nosotros, aunque generalmente por más de una sola persona. Así, al final de un periodo de seis meses, era posible clasificar a aquellos individuos con base en su actitud frente a la autoridad. Se podía, además, obtener datos demográficos y de otro tipo a partir de sus historias de caso. Así fue de sencillo. Ahora bien, al cabo de esos seis meses, debo haber tenido información acerca de unos dos mil individuos y, desde luego, hubiera sido imposible estudiar a todos. En aquella época no sabía yo nada de técnicas de muestreo, pero Lasswell sí; y él me dijo: "Mira, tomas cada *enésimo* caso...", y cabe decir que para mí, descubrir el factor *n* fue la última revelación. Así, en vez de terminar con dos mil casos, concluimos tal vez con cien de ellos, seleccionados por la forma en que se comportaban, porque nos interesaba comparar las variables independientes; éstas darían cuenta de la agresión, la agresión pasiva o el comportamiento sumiso. Entonces, pusimos todo esto por escrito y lo publicamos en *American Political Science Review*. Lasswell se mostró muy ingenioso. La primera versión del escrito explicaría el comportamiento agresivo por parte de los solicitantes de asistencia pública, con fundamento en la hipótesis de que el comportamiento agresivo era de naturaleza protopolítica, es decir, no propiamente político, mas susceptible de convertirse en un comportamiento político revolucionario. Era la época en que Lasswell observara la revolución mundial contemporánea, lo cual, en cierto sentido, aportaba agua a su molino; él estaba estudiando tendencias protorrevolucionarias; quienes eran los individuos agresivos en una situación revolucionaria como aquella. Pues bien, aquellas historias de caso nos proporcionaron los correlatos y factores asociados con la agresividad. No los recuerdo todos, pero eran los que cabía esperar y en esa época, esto era toda una novedad. Se publicó en el *American Political Science Review*, de Ogg. Es probable que este primer logro determinara mi vocación de investigador.

Lasswell apenas estaba empezando a escribir acerca de las élites; ésta sería la época en que escribió *Politics: Who Gets What, When, and How?*, es decir, los primeros años de la década de los treinta. Y Lasswell me sugirió realizar un estudio acerca de las élites. Me interesó —comencé a redactar ensayos acerca de la élite en la ciudad de Chicago, la élite política y económica, la élite filantrópica y de prestigio social, etcétera. Me llamaban la atención las formas en que estas élites se superponían; me interesaba, por decirlo así, la estructura de la élite en la sociedad estadounidense contemporánea, en este caso, la nación estadounidense durante los años de la Depresión. Mi interés nació del planteamiento marxista según el cual la sociedad estadounidense o capitalista en general era dominada por la clase capitalista. Pues bien, uno podía considerar a las diversas posiciones sociales como una especie de punto de partida y examinar hasta qué punto se superponían. De no haberse presentado otras circunstancias, hubiera hecho mi tesis acerca de la élite en Chicago, pero en esa época, Merriam estaba fundando el Centro de Investigación en Ciencias Sociales (CICS) sobre lo cual había estado trabajando a mediados de los años veinte y en la época en que yo realizaba actividades de posgrado, el CICS estaba cobrando auge y ofrecían por vez primera, en 1935, una beca para estudios de predoctorado en ciencias sociales. Postularon mi candidatura para una de estas becas —de \$1 600 dólares— por lo que decidí qué era lo que realmente quería hacer y lo que más me impresionó y determinó definitivamente mi adhesión al CICS y a los ideales de las ciencias sociales fue el hecho de que me fuera concedida esta beca de 1 600 dólares, y que el director de becas, cuando le presenté mi proyecto de tesis —lo que me proponía hacer era algo verdaderamente fantástico— verá usted: proponía realizar un estudio comparativo de la élite neoyorquina —como usted sabe, la ciudad de Nueva York es muy grande— con la de Charleston, en Carolina del Sur, como representativa del extremo opuesto, de la premodernidad, en la medida en que pudiera hablarse de premodernidad en los Estados Unidos de Norteamérica. Todo caminó sobre ruedas: ¿Cómo podrían facilitarme las cosas, qué podían hacer para ayudarme? Esto fue —en fin, esta clase de actitud conquista a cualquiera. Como quiera, fui a Nueva York y me lancé a la aventura pertrechado de la cultura propia de la Universidad de Chicago; estudiaría no sólo como politólogo, sino también como antropólogo y sociólogo; y no tanto como economista. Pero lo que esto significaba era que tendría que mirar a la ciudad de Nueva York con ojos de antropólogo —es decir, como un campo de investigación. Y recuerdo haber entablado relaciones con la élite neoyorquina, lo cual presentó algunos problemas, porque tenía, en cierto sentido, que presentar falsas credenciales para lograr que se me invitara a una cena o un compromiso social, por lo que me presentaba allí como aspirante a doctorado, cuando lo que en realidad me interesaba era encontrarme con aquellas personas y conocer directamente sus actitudes y valores.

Pues bien, mi actividad de observador participante como parte de mi investigación acerca de la élite neoyorquina prosiguió hasta la Navidad. No pude continuar con este ritmo, supuesto que me lo impedía mi empleo de tiempo completo en la Biblioteca Pública de Nueva York. Ahora bien, había en la Biblioteca Pública de Nueva York una sección entera sobre neoyorquinos. En ella abundaban materiales documentales, antiguos directorios y muchas otras fuentes de información acerca de neoyorquinos famosos. Después de mi experiencia como observador participante, me aboqué por completo a la tarea de reunir la información necesaria para un análisis de la transformación de la élite neoyorquina desde el periodo revolucionario hasta la era moderna. Realicé secciones transversales en el tiempo, en vez de un verdadero muestreo de la élite, tomando, por ejemplo, todos los políticos e individuos de cierta posición social y comparándolos entre sí. Acopí una enorme cantidad de información de tipo cuantitativo y en ese entonces, no había computadoras ni calculadoras complejas. Toda esta información—cada biografía—estaba anotada en fichas. Yo mismo realicé los cálculos pertinentes y, como le dije, en ese entonces, sólo se tenían calculadoras muy sencillas que sacaban simples porcentajes, y terminé presentando una tesis de doctorado que contenía aproximadamente 150 tablas. Ya no recuerdo cuántas ideas había en ella, pero cuando por fin se la presenté a gente como Gosnell, Lasswell y Merriam, tuvieron que reconocer que yo había trabajado muchísimo y acumulado un enorme volumen de información.

Sr. Brody: ¿No incluyó la parte correspondiente a Carolina del Sur?

Sr. Almond: Imposible. Era un proyecto demasiado ambicioso. Nunca hice lo de Carolina del Sur.

Sr. Brody: Pudo haberle comido el mandado a Floyd Hunter antes de que tan siquiera empezara.

Sr. Almond: Tal vez. Bueno, aún hay mucho que decir acerca de la susodicha tesis; pero, no sé si hoy pueda hacerlo; ¿cree usted que...

Sr. Brody: Adelante. ¿Qué sucedió con su tesis?

Sr. Almond: Pues... tal vez diga que son cosas del pasado, pero concluí mi tesis en 1938, y acepté mi primer empleo en el Colegio de Brooklyn. Durante los dos primeros años en que estuve allí, es decir, en 1939 y 1940, no tuve tiempo de hacer nada como no fuera trasladarme de un salón de clase a otro. Impartí cinco semestres de Gobierno I y Gobierno estadounidense durante los primeros tres años de mi carrera docente, lo cual asciende a un total de 30 veces—enseñé Gobierno I, 30 veces y debo decir que durante ese tiempo, simplemente para no morirme del aburrimiento, leí toda la documentación secundaria existente sobre gobierno estadounidense. En aquellos tiempos, fue posible hacerlo—leer todo lo relativo a partidos, legislaturas, derecho constitucional y teoría política en lo que se refiere al sistema constitucional.

Teníamos obligación de publicar algo —y aunque no se insistía tanto sobre la publicación como se hizo después— la primera de mis prioridades era la de producir un libro. Lasswell y Merriam me sugerían que compendiará en un libro el fruto de tanta lectura. Ahora bien, lo más urgente era terminar mi tesis de doctorado —la cual versaba, más que nada, sobre sociología política e histórica, tratándose de identificar las características sociales de las élites política, económica y social de la ciudad de Nueva York desde el periodo revolucionario hasta la era entonces contemporánea de 1935 y 1936. Y yo tenía aquella obsesión —de alguna manera, deseaba abarcar todos los rostros de la élite y aún no abordaba sus aspectos psicológico y psicoanalítico a los que también me introdujera Harold Lasswell.

De modo que aproveché todos los momentos libres de mis tres primeros años de docencia para acumular material biográfico acerca de hombres de negocios, importantes ejecutivos y empresarios como J. P. Morgan, John D. Rockefeller y abogados de grandes empresas, es decir, hombres que se encontraban en la línea limítrofe entre el poder económico y el poder político. Reuní tal vez un par de docenas de estas biografías y me interesaba mucho averiguar si podía explicar o, de alguna manera, acercarme a una explicación de qué tipo de orientación era la que tenían aquellos hombres —es decir, desde el punto de vista ideológico. ¿En qué se distinguía un liberal acaudalado y con poder económico como Andrew Carnegie —considerando los parámetros de aquella época, tenía una orientación claramente liberal— de un reaccionario como William Randolph Hearst, quien ejerció una parte considerable de su carrera en Nueva York? ¿Acaso había algo en su desarrollo psicológico que pudiera explicar esta decisión? —la decisión de un reaccionario o un conservador, o una opción liberal de parte de individuos quienes, a grandes rasgos, pertenecían a un mismo estrato económico. Tenía allí material suficiente para integrar tres o cuatro capítulos que decidí añadir a mi tesis de doctorado, los cuales sirvieron para introducir esta dimensión psicológica.

En 1944 volví a la Universidad de Chicago desde Washington, en donde trabajaba en una de las agencias de guerra. Presenté mi tesis en las Prensas Universitarias de Chicago, en donde despertó gran entusiasmo. Era fácil entender por qué: trataba sobre poder económico y política. Era de estos libros que podían considerarse eruditos y aun así, venderse como pan caliente, por lo que pensaron que su publicación tenía bastante futuro. En esa época, Merriam había entrado en un periodo de melancolía y depresión. Hutchins había asumido el mando de la universidad después de su retiro. La universidad estaba en espera de que se nombrara un sucesor, lo cual fue motivo de humillación para L. D. White a quien nunca se le permitió asumir la dirección del departamento. Parecía resquebrajarse todo aquello por lo que Merriam luchara. Hutchins parecía burlarse de todo ello. Mortimer

Adler escarnecía este empirismo puro, basado en datos fácticos. En esa época, Merriam era un hombre desdichado y tal vez un tanto asustado. Y sé que vio mi tesis con todas las correcciones que se le hicieron, y cuando fui a visitarlo para que me diera su opinión acerca de ella, él me dijo: "Suprime toda la parte psicológica". Lo que a Merriam le preocupaba era que yo hubiera hecho interpretaciones psicológicas acerca de la persona de John D. Rockefeller, quien era el fundador y principal patrocinador de la Universidad de Chicago; asimismo, había reunido información acerca de Carnegie y la Corporación Carnegie estaba convirtiéndose en una importante fuente de financiamiento para la investigación. Merriam bien pudo pensar: "Este joven mequetrefe, no contento con hacer su tesis acerca del dinero y de la política, lo cual es, de suyo, peligroso, pretende exhibir la vida privada de aquellas personas, denunciar lo mal que se portaron sus padres con ellos, etcétera..." De modo que, esbozando con la mano un ademán de fastidio, me recomendó eliminar todo aquello. Cabe decir que no me esperaba semejante reacción de su parte. En realidad, aquellas partes que me recomendaba eliminar eran de las que me sentía más orgulloso; era la información que había puesto más entusiasmo en recopilar, aun cuando no consideraba que fuera el meollo de mi aportación. Ello aconteció en el peor momento de la guerra, cuando la gente de mi edad —aun cuando tenía un hijo nacido antes del ataque a Pearl Harbor— era conscripta y enviada al frente. Recuerdo haber pensado: "¿Qué más da?", y en caso de ser llamado, no tenía intención de solicitar prórroga.

Entretanto, Otto Klineberg llegó y me preguntó si me interesaba trabajar en el IBS —Informe sobre Bombardeos Estratégicos— de modo que, reprimiendo mi frustración y resentimiento para con Merriam, me fui a Inglaterra y luego, a Alemania; y cuando volví, en vez de suprimir aquellos capítulos, los volví a escribir bajo la forma de un artículo, y ésta fue la única parte de mi tesis de doctorado que llegó a publicarse, bajo el título de "Actitudes políticas de la riqueza", en *Journal of Politics*. Así que, esto fue lo que aconteció con mi tesis de doctorado. En cierto sentido, revela lo que le había sucedido a aquel maravilloso departamento. Pienso que de los principales departamentos de ciencias sociales, el de ciencias políticas fue el que resultó más perjudicado —bueno, después de lo que le pasó a filosofía; en pocas palabras, la escuela pragmática de Chicago se fue al garete cuando llegó Hutchins. Digo que le fue peor al departamento de ciencias políticas porque Hutchins, creo yo, por ningún motivo iba a permitir que Harold Gosnell y Harold Lasswell se convirtieran en profesores titulares en dicho departamento. Ellos se fueron precisamente en esa época y Merriam estaba en la banca, de modo que el departamento entró en un periodo de mediocridad. Fue entonces cuando Merriam asesoraba mi tesis de doctorado y creo que en un momento anterior, las cosas pudieron ser distintas. En fin, esto fue lo que sucedió con mi tesis de doctorado.

Sr. Brody: Bueno, esto será todo por hoy, pero antes de despedirnos, hábleme de algunos de sus condiscípulos y jóvenes catedráticos de la Universidad de Chicago.

Sr. Almond: Me agradecería decirle un par de cosas acerca de Harold Lasswell. ¿Está encendida la grabadora?

Sr. Brody: Ajá.

Sr. Almond: Bueno, Lasswell era un caso aparte. Estamos hablando del periodo de tiempo incluido entre finales de los años veinte y principios de la década de los treinta, hasta su partida en 1938.

No tenía muchos alumnos de posgrado; la mayoría de ellos cursaban alguna materia con él, pero lo que él estaba haciendo, incluso en Chicago, era un tanto arriesgado y a mi modo de ver, la gente se equivoca al pensar que la orientación de Lasswell y Gosnell, y la tendencia conductista del departamento, eran las prevalecientes en la enseñanza superior y la investigación dentro del departamento en aquella época. Había tal vez una media docena de alumnos que cursaban sus estudios de doctorado bajo la dirección de Harold, pero fueron muchos más aquellos en los que influyó y quienes opinaban que el tipo de trabajo que él hacía justificaba aquel tipo de investigación. Cuando conocí a Harold Lasswell, la puerta de su cubículo en el edificio de Ciencias Sociales era la única que no fuera mitad vidrio. Era toda de madera, lo cual, en cierto sentido, simbolizaba lo que él estaba haciendo y el aura de misterio que rodeara su trabajo. En esa época, él era miembro lego del Instituto de Psicoanálisis de Chicago. No sé si hacía o no análisis terapéuticos, pero creo que estaba facultado para hacerlo. Realizaba entrevistas psicoanalíticas relacionadas con la labor de investigación que desempeñaba en ese entonces. Gozaba de gran prestigio —como usted recordará, esto era a principios de la década de los treinta, y él realizaba investigaciones encaminadas a asociar la comunicación entre un terapeuta o entrevistador y un paciente/respondiente con cambios fisiológicos en la persona de este último. Estaba trabajando con un alumno de posgrado en psicología, cuyo nombre escapa a mi memoria. Las cosas que sucedían en su laboratorio equipado con los aparatos más modernos y detrás de su puerta de madera, los tipos de cuestiones y problemas que manejara, así como su —¿cómo decirle?— su temeridad, su falta de inhibiciones, digamos, al aludir a procesos un tanto escabrosos —en aquella época victoriana, simplemente no se hablaba de aquellas cosas— como el control de esfínteres, tipos específicos de actividad sexual, entre ellas la homosexualidad y otras clases de inclinaciones, todas ellas del dominio común en la actualidad. En fin, todos estos factores lo hacían parecer como un personaje un tanto extraño con el que no convenía asociarse, y esto no dejaba de incomodarlo hasta cierto punto. Sé que dedicaba mucho tiempo a sus colaboradores y que era sumamente pródigo en lo que se refiere a su tiempo y apoyo, sin el cual yo no habría podido proseguir con mis labores de posgrado.

Gente como Bruce Smith, Dorothy Blumenstock, y tal vez otras tres o cuatro personas, estaban mucho más cercanas a él y a menudo cenaban en su compañía en un sitio de su predilección sobre la Calle 63, adelante de la Avenida Cottage Grove; era un restaurante griego, el Café Atenas, en donde se podía beber vino resinado y se servía buena comida —de modo que mantenía relaciones muy cercanas con un número reducido de alumnos, al mismo tiempo que ejercía una influencia un tanto más superficial en los demás alumnos de posgrado. En ese entonces, se le consideraba un personaje un tanto inquietante.

Por su parte, Gosnell era un hombre muy tímido y caballeroso, cuyo talento se valoraba muy poco en aquella época. Esto indica cómo pueden cambiar las cosas. El hecho de que se preocupara tanto por el análisis cuantitativo se consideraba como prueba de que su orientación era puramente técnica —como le decía, su trabajo se consideraba exclusivamente técnico, y la opinión general coincidía en que no podía compararse con los tipos de investigaciones llevadas a cabo por otros miembros del departamento. Era una persona muy apacible.

Sr. Brody: ¿Y cómo era la relación entre Gosnell y Lasswell?

Sr. Almond: Bueno, Lasswell, por su personalidad más fuerte y pragmática, acostumbraba tomarle el pelo a Gosnell, lo mismo que hacía Merriam, y Gosnell era, como dije, una persona tan mansa que no hacía nada por defenderse. Un hecho interesante aquí es que Gosnell —después de que se retirara de la vida académica— enviara tarjetas de Navidad que revelaban una personalidad mucho más animosa e imaginativa de lo que se creía. Recuerdo que en una tarjeta que envió, Harold Lasswell y Charlie Merriam aparecían desnudos en algún tipo de escenografía.

Sr. Brody: ¿Se refiere a sus caricaturas?

Sr. Almond: ¿Usted sabía que dibujaba caricaturas?

Sr. Brody: Ajá.

Sr. Almond: Vaya. Como le digo, en esa época, era muy productivo; publicaba un libro tras otro sobre los negros y la política, los partidos y las elecciones, encuestas sobre actitudes hacia la participación electoral; sin embargo, no se le tomaba muy en serio, no se le consideraba realmente como un personaje creativo e innovador. Lasswell era considerado como un individuo peligroso, pero todo mundo reconocía su talento y su —casi genialidad. Le seguía, por supuesto, V. O. Key. Era el colaborador predilecto de Merriam, en una época en que Merriam aún se encontraba bajo la influencia de su incursión en la política municipal.

Sr. Brody: ¿V. O. Key era condiscípulo de usted?

Sr. Almond: V. O. estaba dos o tres años por delante de mí. Creo que obtuvo su doctorado en 1935 o 1936, mismo que hice yo en 1938; de modo que apenas cursaba mi primer o segundo año, cuando él estaba terminando.

Pero, V. O., como le decía, mantenía relaciones muy cercanas con Merriam, y su tesis versó sobre el tema de la reforma, que era el fuerte de Merriam. En su tesis de doctorado, habló de la técnica del soborno. Nunca se publicó —no sé bien por qué. Los hábitos de trabajo de V. O. —bueno, los hábitos de trabajo de toda la gente del edificio de Ciencias Sociales; era un hormiguero, y creo que el ritmo de trabajo en Chicago era bastante más elevado que en instituciones comparables. La investigación se tomaba muy, pero muy en serio, y era investigación organizada; una investigación respaldada, valga la redundancia, por fondos de investigación, y en nada se parecía a las relaciones más convencionales que se estilaban entre el profesor y los alumnos en sitios como Yale o Harvard en esa época. Se asemejaba más al ambiente de un laboratorio de ciencias o a una situación de negocios. Además, había que ser productivo a como diera lugar. Debía ser porque otorgaban becas; creo que la de Chicago fue la primera de las universidades en tener un sistema organizado de recursos para la investigación en ciencias sociales —el Comité de Investigación sobre Comunidades Locales— y uno obtenía becas que le permitían contratar a estudiantes, quienes entonces se convertían en sus aprendices y asistentes de investigación, y había que ser productivo para que le renovaran la beca. Creo que era un lugar muy estimulante, y había incentivos para tomar iniciativas y sacarlas adelante; había gente trabajando por las noches y durante los fines de semana. Los domingos, había luces encendidas en el edificio.

Sr. Brody: ¿Y la mayoría eran solteros?

Sr. Almond: ¡Oh no! De hecho, los solteros —gente como Nathan Leites y Ed Shils quienes aún no se habían casado en esa época...

Sr. Brody: ¿Y Harold no era casado?

Sr. Almond: No, Harold no era casado, pero Gosnell sí. Merriam era casado y tenía familia. V. O. Key aún era soltero —más adelante, casó con otra alumna de posgrado. No era porque no se casaban, pero incluso cuando lo eran, todos vivían en la comunidad de Hyde Park a pocos pasos del edificio, y ahí iban los domingos después de la cena. Los edificios estaban interconectados. Sin salir del Centro de Investigación en Ciencias Sociales, uno podía trasladarse directamente a la Biblioteca Memorial Harper, de modo que resultaba muy conveniente trabajar allí. Sin embargo, hasta donde puedo recordar, siempre había proyectos importantes en que participaban estudiantes de posgrado, como por ejemplo, la Encuesta sobre Tendencias Sociales Recientes de Hoover. Cuando Hoover era secretario de Comercio y luego presidente, no recuerdo con exactitud cuándo fue, decidí que hacía falta definir la situación de los Estados Unidos de Norteamérica en lo que concernía a la vida social, económica e intelectual de la nación, y él era un hombre que creía en la investigación —era ingeniero. Merriam, L. D. White y otros académicos estaban participando muy activamente en ese

estudio sobre tendencias sociales recientes y muchos de nosotros, estudiantes de posgrado, obtuvimos empleos trabajando en uno u otro de los principales estudios que formaban parte de dicho programa. Y después, hubo aquella investigación del Consejo de Planificación del Comité de Gestión Administrativa y Recursos Nacionales en la que participó Merriam y que brindó a estudiantes de posgrado oportunidades para investigar y hacer sus tesis de doctorado. En la actualidad, esto es muy común; pero la Universidad de Chicago fue una de las primeras en hacerlo.

Sr. Brody: ¿Herb Simon fue condiscípulo suyo?

Sr. Almond: Sí, Herb Simon era otro estudiante como yo; yo le llevaba los mismos años de ventaja que V. O. Key me llevaba a mí.

Sr. Brody: ¿Llegó usted a conocerlo?

Sr. Almond: Cómo no. Lo conocía muy bien. Herb Simon casó con la secretaria del departamento, Dorothy Pye. Él trabajaba en una de las organizaciones de administración pública que se encontraban del otro lado de la avenida.

Sr. Brody: ¿De modo que colaboraba más estrechamente con White?

Sr. Almond: Era uno de los discípulos de White, pero sucedió algo interesante con Herb Simon. Herb estaba en una de las organizaciones, es decir, el Instituto de Investigación Municipal, y allí realizaban tareas de medición; medían el desempeño de las funciones municipales. Esto definió sus posteriores intereses y trabajos. Pero recuerdo que como estudiante de posgrado, ya sabe usted, como asistente de investigación, él trabajaba sobre el problema de la medición cuantitativa del desempeño de funciones gubernamentales —esto refleja la primera reacción en Chicago ante aquello que ahora se reconoce como una importante investigación conductual— tuvo sus diferencias con L. D. White, no obstante que el propio L. D. White empleara métodos cuantitativos. No recuerdo todos los detalles de aquel desacuerdo que tuvo por efecto el de desanimar a Herb Simon, pero ésta pudo ser la razón por la que se alejó de las ciencias políticas.

Sr. Brody: ¿Esto sucedió cuando aún se encontraba en Chicago o en fechas más recientes?

Sr. Almond: Fue después.

Sr. Brody: Ah, sí. Ahora está en el Departamento de Psicología de Carnegie-Mellon.

Sr. Almond: Sí, ya lo sé, pero creo que comenzó a distanciarse cuando aún estaba en Chicago, lo cual se debió, en parte, a que el análisis cuantitativo y el tipo de análisis en los que trabajara Herb Simon no eran muy del agrado de sus profesores.

Sr. Brody: ¿Fue realmente esto, o estará usted pensando en los elementos no racionales de la administración...

Sr. Almond: Mire, cuando Herb acababa de llegar, Lasswell ya iba de

salida. Pocos años antes, hubiera tenido buen respaldo en el Departamento de Ciencias Políticas. Pero como quiera, creo que pudo ser la razón por la que se nos fue Herb. Pienso que Herb pudo haber sido más —pudo haber permanecido un poco más cerca de las ciencias políticas. No diría que hubiera vuelto a las ciencias políticas, pero, por ejemplo, a pesar de las labores tan importantes que desempeñó, nunca fue presidente de la Asociación. Probablemente no sea miembro de la misma y ésta ha de ser la razón —ya sabe usted, hay que ser miembro de ella...

Sr. Brody: Sí, ya lo sé.

Sr. Almond: Y se hacían muchas cosas más en Chicago. Había un grupo de estudiantes de posgrado que realizaban estudios regionales metropolitanos. Considerábamos a la comunidad como una suerte de laboratorio y en esa época, cosa interesante, el problema urbano era de los más importantes —lo cual, en realidad, reflejaba la artificialidad de las jurisdicciones gubernamentales— de modo que existía un programa general de investigación acerca de lo que entonces se denominara comunidad metropolitana. Y debe haber por lo menos una docena de tesis sobre este tema —una de ellas es la de Victor Jones, la cual trata acerca del gobierno local en la comunidad metropolitana de Chicago y en la que se demuestra que existían alrededor de 1 600 unidades diferentes con todos los problemas propios de la jurisdicción; Albert Lepawsky escribió otra acerca de los tribunales de la comunidad metropolitana; John Vieg, otra acerca de la educación en la comunidad metropolitana. Al tiempo en que se estaban llevando a cabo todos estos estudios relacionados con aspectos políticos y de gobierno, otros profundizaban aspectos sociológicos. La noción de ecología ocupaba un lugar primordial en toda esta labor de investigación acerca de la comunidad metropolitana, en particular en los trabajos de Ogburn y otros miembros del Departamento de Sociología, digamos, sobre la epidemiología de fenómenos sociales y psicológicos, tasas de criminalidad, enfermedad mental, delincuencia, etcétera —en fin, en toda una serie de estudios.

Desde luego, muchas veces me pregunté por qué la Universidad de Chicago resultó ser una institución tan creativa. A menudo sentí que, aun cuando al principio de mi carrera me molestaba un poco el hecho de que un doctorado en ciencias políticas en la Universidad de Chicago fuera un título poco convencional, de todas formas me confirió enormes ventajas en las postrimerías de la segunda Guerra Mundial, cuando descubrí que, por mi formación profesional, aventajaba en aproximadamente una década a colegas de mi misma edad. Como le decía, muchas veces me pregunté por qué la Universidad de Chicago fue tan propicia a la creatividad. Hay razones evidentes, de índole estructural digamos. Una de ellas es el hecho de que fuera una universidad nueva, en cuya fundación se invirtió mucho dinero. No había viejas tradiciones que derribar, y la universidad podía darse el lujo de

elegir qué metas perseguir. Cabe decir que la ciudad de Chicago, en sí, no es un lugar de muchas tradiciones, de modo que no era el tipo de ciudad susceptible de imponer cualquier tipo de restricciones. Pero, aparte de esto, hubo casualidades como el tipo de hombres que acudieron a trabajar allí, como Merriam, y Robert Park en sociología, Burgess, Ogburn y Wirth, todos ellos individuos muy ambiciosos y con gran imaginación, en circunstancias en que había relativamente pocas limitaciones institucionales a su actividad. Por tanto, se combinó una situación relativamente abierta con académicos agresivos, emprendedores e imaginativos. También hubo un par de innovaciones, por lo menos en lo que concierne a las ciencias sociales; una de ellas fue la investigación organizada —ya sabe usted, este Comité de Investigación sobre Comunidades Locales. Creo que fue el primero de su género en respaldar la investigación en ciencias sociales, y no era ninguna lejana fundación, sino más bien una fuente inmediata de recursos que permitía decidir con mayor conocimiento de causa qué clase de riesgos correr. Creo que otra innovación social fue la relación existente entre la docencia investigadora y los estudiantes de posgrado; es decir, la ayudantía en investigación como parte de la formación de un estudiante de posgrado, o sea, un periodo de aprendizaje en que se trabajara realmente en la investigación bajo la dirección de un académico creativo. Creo que esto fue una innovación, puesto que no sucedía así en los departamentos de ciencias sociales de otras partes del país.

En fin, éstas son, según mi opinión, las condiciones especiales que podrían dar cuenta de este fenómeno.

ÍNDICE ANALÍTICO Y DE NOMBRES

- abolicionismo: 45
absolutismo, aceptación del: 124; Era del: 262; difusión del: 271; militar: 362
acción social: 176; teorías generales de la: 181
activismo político: 228, 230
Adams, Carolyn: 335
adaptación, como enfoque de investigación: 100-101
Adelman, Irma: 320
Adler, Mortimer, actitudes prejuiciadas: 418-419
administración pública: 40, 131; bibliografía sobre: 133, 292; definición de: 267-268; desprestigio de la: 45; esencia de la: 278; estudio de la: 104; estudios comparativos sobre: 335-336; estudios de caso: 166; política y: 72
Adorno, Theodore: 43, 177, 201, 393
África, desarrollo en: 297; estudios sobre: 320, 329; relación patrón-cliente: 330; *véase también* los distintos países
agujero negro, teoría del: 107
ajuste de modelos: 33, 106, 119, 159, 163; en ciencia política: 107
Alemania, actitudes políticas en: 205; concurrencia electoral: 391; Constitución: 361, 369; corporativismo en: 254; crisis en: 121; crisis económica: 372; cultura política: 206, 208, 211, 216; democracia en: 187; desarrollo del Estado-nación: 131; estudios sobre: 270; grupos de interés: 139, 242, 250, 255, 280; grupos de presión: 382; industrialización: 371; instituciones políticas en: 304; nacionalsocialismo: 121, 202, 206, 364; nazismo en: 139; ocupación de, por los Aliados: 369; Parlamento: 361; partidos políticos: 382; política en: 175, 202, 213, 240, 353, 372; sindicalismo en: 255; socialdemocracia: 54, 163, 189; totalitarismo en: 112; transformación del sistema político: 369
Alemania del Este, cultura política: 229; República de Weimar: 121, 187-189, 213, 355, 361, 363, 376, 392
Alemania-Prusia, Constitución: 361; ejército: 367; instituciones políticas: 363
Alexander, Franz: 58
alfabetización, *véase* educación
Alker, Hayward R.: 86n, 90
Allison, Graham, influencia de: 118
Almond, Gabriel A.: 39n, 63n, 73n, 106n, 126n, 220n, 239n, 259n, 289, 297n, 365n, 381; análisis de las crisis políticas: 188, 376; componentes de la cultura política: 205, 208, 214, 355; conceptos funcionales y de sistemas: 118, 120; en Chicago: 415-416, 418; en Nueva York: 416-417; encuesta sobre actitudes políticas: 205; instituciones como factores: 300; perspectivas para el Tercer Mundo: 309; sobre comunismo: 123, 228n; sobre grupos de interés en Europa: 134, 250; variables internacionales: 318, 352n; y Laswell: 389, 407
Alt, James: 336
Althusser, Louis: 285
Amann, Ronald, sobre política soviética: 164-165
ambiente operativo, de los actores políticos: 68
América Latina, autoritarismo en: 316,

- 325, 334; desarrollo de: 311, 313; estudios sobre: 320, 329; industrialización: 371; política en: 175, 266; regímenes populares en: 315; represión en: 315; *véase también* los distintos países
- Anderson, Perry: 43, 382; sobre la corriente neomarxista: 333; sobre el Estado absolutista: 334, 366
- Anderson, William: 283, 288
- antiintelectualismo: 130
- antisemitismo: 110, 130, 202
- Apter, David E.: 297, 300
- Ardant, Gabriel: 367
- Arendt, Hannah: 58, 110, 112
- Arens, Richard: 400
- Argelia, descolonización de: 383
- Argentina, autoritarismo en: 329; democratización de: 364
- aristocracia: 199; platónica: 50
- Aristóteles: 53-54, 107, 356; sobre cultura política: 197-198; y la clase media: 197
- Armstrong, John A.: 111n, 117; administración jerárquica: 145, 292
- Arrow, Kenneth: 170
- Asia, clientismo en: 149, 151; cultura política en: 210; desarrollo en: 297; *véase también* los distintos países
- asignación, políticas de: 104
- asociacionismo: 254
- Aspaturian, Vernon V.: 121
- atribución, teoría de la: 93-94
- Austria: 366; autoritarismo en: 139; democracia: 378-379; grupos de interés: 139; ocupación de, por los Aliados: 379; transformación del sistema político: 369
- Austria-Hungría, Constitución: 361; instituciones políticas: 363
- autocracia: 112
- autoritarismo: 139, 316, 364; burocrático: 129, 325-326; centralista: 363; derecha: 130; estatal de asistencia: 129-130; grupos de interés y: 135; izquierdista: 130; japonés: 109
- Axelrod, Robert: 48
- azar, papel del: 73, 375
- Azrael, Jeremy: 112n, 146
- Baker, Kendall: 206
- Baldwin, Robert E.: 298
- Ball, Terence: 72n
- Banco Mundial, programas de inversión del: 332
- Banfield, Edward: 241n, 252
- Barber, Benjamín: 112n
- Barghoorn, Frederick C.: 115; categorías funcionales: 118; sobre cultura política: 122-124; sobre la Unión Soviética: 145
- Barker, Ernest: 131, 272
- Barnes, Samuel, sobre cultura política: 202, 205-207, 335
- Barry, Brian: 202-203, 220n, 223
- Bates, Robert: 48, 192; sobre desarrollo en el Tercer Mundo: 183-184
- Bauer, Raymond: 276, 278, 355
- Bauman, Zygmunt, estudios sobre Europa del Este: 152-153
- Bayes, Thomas D.: 58
- Bayley, David: 367
- Beard, Charles: 132
- Beardsley, Richard: 297
- Beck, Paul Allen: 335
- Becker, David: 327-328
- Beer, Samuel, estudios sobre grupos de interés: 241, 246; polémica sobre cultura política: 202; sobre grupos políticos ingleses: 250, 283
- Bélgica, concurrencia electoral: 391; democracia en: 187, 378-379; unionismo: 379
- Bell, Daniel: 73n; sobre la política soviética: 114
- Bellah, Robert N.: 209
- Bendix, Reinhard: 241n, 299, 304, 333
- Benedict, Ruth: 176, 201, 393
- Bennet, John W.: 100-101
- Bentley, Arthur, modelo de equilibrio: 133; sobre el Estado: 131, 2765; y la influencia de grupo: 239, 280; y los estadistas: 273-274

- Berelson, Bernard: 177
 Berg-Schlosser, Dirk, sobre cultura política: 202
 Berger, Suzanne: 34, 131, 336; estudio de la clase media francesa: 255; investigación sobre grupos de interés: 239n, 241, 247-254, 256
 Bergesen, Albert: 51
 Berkowitz, L.: 94n
 Berliner, Joseph: 146
 Bernoulli, familia: 58
 Berns, Walter: 50
 Bialer, Seweryn, sobre política soviética: 167
 bien común, concepto de: 266, 273
 Bienen, Henry: 297
 bienestar, público: 72; retroceso en el: 245
 Bill, James: 330
 Binder, Leonard: 334; enfoque de crisis y secuencia: 303; sobre ajuste de modelos: 106; sobre el Tercer Mundo: 297, 302, 305
 Birmania, descolonización de: 383
 Bismarck, Otto von: 216
 Black, Cyril: 3009
 Black, Duncan: 58
 Blackmer, Donald L. M.: 298
 Blaisdell, Donald C.: 240
 Blalock, Hubert M.: 86n
 Blumenstock Jones, Dorothy: 397, 421
 Blumer, Herbert: 390
 Bodenheimer, Suzanne: 305
 Bonaparte, Napoleón: 375
 Boncour, Paul: 272
 Bornschier, Volker: 51
 Brady, David: 291
 Braibanti, Ralph: 300
 Braithwaite, R. B.: 63, 79n; y el modelo D-N: 77-78
 Brandenburg-Prusia, política fiscal: 367
 Brasil, autoritarismo en: 329; burguesía estatal: 323-324; democratización en: 364; grupos de interés en: 252; industrialización de: 324
 Braun, Rudolf: 367
 Breslauer, George: 113; sobre autoritarismo: 130; sobre el futuro soviético: 129-130
 Brezhnev, Leonid: 140, 163, 221, 232
 Brodbeck, May: 84n
 Brooks, Robert R. R.: 240
 Brown, Archie: 125n, 159; bibliografía sobre grupos de interés: 138, 167; corporativismo en la URSS y Europa oriental: 141-142; sobre comunismo: 167-168, 219n, 221n, 227n, 230n, 233n-234n; sobre cultura política: 123, 202, 208, 330
 Brownlow, Louis: 413
 Bruck, Henry: 355
 Brunner, Georg: 119
 Bryce, James: 287
 Brzezinski, Zbigniew, estudios comparativos EU-URSS: 166; sobre totalitarismo: 110-113, 126
 Buchanan, James: 47, 177; sobre administración: 182; sobre elección racional: 178-180, 190
 Buehrig, Edward: 358n
 Bunce, Valerie, sobre corporativismo soviético: 140, 163, 168
 Burgess, John: 425
 burguesía, estatal: 323-324; estructura de la, rural: 334; nacional corporativa: 327-328
 Burns, John: 283; estudios sobre China: 152-153
 burocracia: 149, 157, 264-265, 284, 300, 302, 355; características de la: 145; democracia y: 301; desarrollo político y: 301; grupos de interés y: 246; negociación política entre: 379; tecnócrata: 144
 cadenas, teorías de las: 107
 cafetería central: 42, 53
 Calder, Kent: 209
 camarillismo: 114, 152
 Cameron, David: 139, 336

- Campbell, Angus: 70n, 176-177
 Campbell, Donald T.: 66n, 92n-93n, 100n
 campesinos, estudios sobre: 58; en Vietnam: 183
 Canadá, separatismo en: 215
 capitalismo, composición del, mundial: 312; cultura política en el: 223; de Estado: 164; defensa ideológica del: 339; etnicismo y: 224; futuro del: 310; internacional: 352; maduro: 313; orígenes del: 176, 192; paso al socialismo: 44
 Caporaso, James: 321
 Cárdenas, Lázaro: 189
 Cardoso, Fernando Henrique, crítica a la investigación sobre desarrollo: 305-306; sobre la teoría de la dependencia: 44, 51, 312-314, 320-322, 324-325, 327-328, 381
 Carnegie, Andrew: 418-419
 Carnoy, Martin: 285
 Carter, Gwendolyn: 283
 Cartwright, Dorwin: 176
 Casey, R. D.: 396
 Casey, William Cornell: 389
 Catlin, George: 56, 287
 causa-efecto: 67, 79-81
 causalidad, bibliografía sobre: 79; económica: 333; en la interacción nacional-internacional: 358; explicación y: 79-81; lenguajes de la: 82; leyes generales y: 78; relaciones de poder y: 82; revolucionaria: 374; secuencia de: 284
 cautivadoras, teorías: 107
 Centro de Investigación en Ciencias Sociales (cics): 269, 289, 410, 416; programas de investigación: 242, 247, 250, 252, 334, 365
 Cicerón: 53
 ciencia(s), función de la: 75; generalización y: 75; imposibilidad de separar política de: 43; morales: 54; naturales: 54; objetivos de la: 74; reglas de la: 100; teórica: 181
 ciencias exactas: 54, 57; ciencias políticas y: 31, 74, 84-85; ciencias sociales: 31-32, 63, 104; efecto demostrativo de las: 104; estrategia explicativa de las: 69
 ciencias físicas, ciencias sociales y: 91; explicación de las: 67; investigación en: 85, 91; metodología de la: 94
 ciencias políticas, ajuste de modelos: 107; aplicadas: 104; avances de las: 59; bibliografía sobre: 270, 282, 284, 287; ciencias exactas y: 31, 74, 84-85; científica: 174; conductistas: 50, 54, 56-57, 74, 291; cuantificación en: 85; degradación de las: 90; desarrollo de las: 58, 260, 354; distinción entre historia y: 56; economía y: 98; estadística en: 86; formalización de las: 98; fragmentación de las: 32; historia profesional de la: 51-59, 260; límites a la: 76; morales: 395; naturaleza de la: 31; plan de estudios en: 89-90; políticamente neutrales: 52; positivistas: 43; procesos constitutivos de las: 55; profesionalismo en: 46, 354; puras: 104; realismo en: 287; situación de las: 39-40
 ciencias sociales, aplicadas: 102; bibliografía europea sobre: 58; capitalistas: 315; ciencias exactas y: 31-32, 63, 105; ciencias físicas y: 91; ciencias naturales y: 55; degradación de las: 90; departamentos de enseñanza en: 102; desarrollo de las: 58; empirismo en: 397; en el comunismo: 221, 223; enfoques explicativos de las: 176; evolución de las: 101; filosofía de la ciencia propia de las: 105; leyes de las: 94; método científico en: 103, 199; movimiento conductista: 103; neutralidad de las: 312; unificación de las: 299
 Clark, John M.: 390
 clase(s), Estado y: 263; estructura de las, sociales: 269, 360, 374; lucha de: 43, 109, 139, 285, 311-313, 375, 381; media: 197

- clientismo, *véase* patrón cliente, relación
 Cnudde, Charles: 298, 304
 coaliciones, afinidad ideológica y: 186;
 comportamiento de: 88n; de políti-
 cas: 143; de grupos: 108, 372; estudios
 sobre: 177; formación de: 41, 150,
 174, 187-188, 243, 375-376; perma-
 nencia de las: 156; políticas: 178; ta-
 maño de las: 186-189
 Cocks, Paul M.: 126n-127n, 230n, 233n,
 330
 código operativo, análisis por: 149
 cognoscitiva, teoría: 189
 Cohen, Bernard C.: 355
 Coker, Francis: 272; sobre pluralismo: 271
 Cole, G. D. H.: 240n, 255, 273; sobre el
 corporativismo: 138
 colectivismo: 254
 Coleman, James S., críticas a las teorías
 del desarrollo: 309, 319; enfoque de
 crisis y secuencia: 303; estudios sobre
 el Tercer Mundo: 297, 302; industria-
 lización: 298; sobre el Estado: 289; so-
 bre movilización social: 126, 298; y
 las instituciones como factores: 300
 Collier, David: 325, 335
 colonialismo: 299, 382-383
 Comité de Investigación sobre Comuni-
 dades Locales: 414, 425
 Committee on Comparative Politics, pro-
 grama de investigación del: 247, 301
 Committee on States and Social Structu-
 res: 259, 268
 competencia, política y económica: 173
 comportamiento, de coalición: 88n; po-
 lítico: 87, 393, 414; racional: 182; so-
 cial: 89, 395
 comportamiento electoral, en los Esta-
 dos Unidos: 212; individualidad del:
 70; teoría del: 69-71; variables expli-
 cativas en el: 177
 Compton, Arthur H.: 65n
 Comte, Auguste: 53-55, 57
 comunidades políticas, *véase* redes de
 problemas
 comunicación: 302, 396, 411; desarrollo
 político y: 301; flujo de, en dos etapas:
 155, 212; lateral: 155; medios masivos
 de: 127, 156, 212-213, 220, 234, 263,
 265, 287, 292, 298, 319, 399; procesos
 de: 124; socialización política y: 225;
 surgimiento de medios electrónicos
 de: 212; teoría de la: 155; vertical: 155
 comunismo: 32-33, 334; activismo polí-
 tico: 230-231; autonomía política y:
 230; bibliografía sobre: 123; burocracia:
 108-109, 116; centralización del
 poder en el: 364; comunicación en el:
 155; corrupción y: 128, 148; cultura
 política y: 122, 205, 208-209, 212,
 219-221, 225-230; democracia y: 126;
 desarrollo del: 111; diversos movi-
 mientos en el: 122; estancamiento y:
 128; estudios sobre el: 113-114, 116,
 118, 120, 137, 156, 158, 163, 167-169,
 330; etnicismo y: 224, 230; facciona-
 lismo: 148; grupos de interés: 115-
 116, 134-138, 331; libertad religiosa
 y: 230; luchas de poder: 148; opinión
 pública en el: 137; padrino: 148;
 política: 165, 330; propiedad de la tie-
 rra y: 230; relación patrón-cliente:
 108-109, 116, 165; teorías de desarro-
 llo en el: 108; valores igualitarios: 224
 conciencia colectiva: 176
 Condorcet, Marie Jean-Antoine, mar-
 qués de: 58
 conductismo radical: 93
 conductual, movimiento: 248
 conformismo ritual: 124
 confucianismo: 152, 192; contribuciones
 al desarrollo económico: 210; filoso-
 fía social del: 209
 Connor, Walter D.: 137, 229n, 233n
 conocimiento, crítico: 75; separación de
 acción y: 42
 Conquest, Robert: 148
 consensual-pluralista, modelo: 132
 consociacionalismo: 291, 365, 382; cor-
 porativismo democrático y: 378-380

- control, férreo: 66, 69, 80-81, 92; libertad y: 66; plástico: 66, 69, 78
- Converse, Philip E.: 70n
- Conway, Margaret, sobre la función de la ciencia: 75, 77
- Cooper, Joseph: 291
- Corea del Sur, cultura política en: 216; democratización en: 364; distribución del ingreso: 323
- Corporación Carnegie: 419
- corporativismo: 33, 130, 163, 165-168, 291; autonomía y: 141; de Estado: 140, 164, 244; definición de: 254, 379; democrático: 244, 378-380; estabilidad política y: 380; estudios comparativos sobre neo: 336; evaluación del: 257; institucional: 243; legitimidad y: 141; liberal: 244; negociación en el: 257; pluralista: 138, 245-247; sindicalismo y: 257; social: 140; socialista gremial: 138; surgimiento del: 138; tradicional: 244; utilidad del: 141; *véase también* neocorporativismo
- costo-beneficio, relación: 188
- Cotler, Julio: 325
- Council on Foreign Relations, programa de investigación del: 332
- creatividad: 99; científica: 68; política: 103
- crecimiento y decadencia, modelo cíclico de: 107
- Crick, Bernard: 57
- crisis y secuencia, hipótesis de: 303
- cristianismo: 192
- Cronbach, Lee: 94-95
- cuantificación: 85
- Cuba, crisis de los misiles: 121; comunismo en: 123; cultura política en: 221, 226, 229-232; hombre nuevo en: 231
- cultura política, teoría de la: 116, 157, 162, 302, 330; bibliografía sobre: 122; cambios en la: 196, 205-211, 223; camión de: 123; concepto de: 33; críticas a la: 203-205; definición de: 123, 198, 203, 214; democrática: 122, 212; determinista: 203; elitista: 124, 196; en el comunismo: 122, 124-125, 208-209, 219-221, 225-230; en el marxismo y el leninismo: 221-225; especulación sobre: 121; estado actual de la: 210-214; factores que afectan la: 210; ideológica: 225; importancia de la: 33, 354, 389; investigación sobre: 121, 199, 201-203, 355; liberalismo y: 199; operativa: 225; persistencia en la: 205-210; planificada: 227; popular: 222; sub: 200; tres niveles de: 214-216
- cultura-personalidad, binomio: 163, 176, 299, 393, 397
- Cutright, Philips: 298
- Chase-Dunn, Christopher: 51
- Checoslovaquia, como experimento: 160; cultura política: 125, 209, 212, 221, 229-230, 232-235; grupos de interés en: 137; opinión pública en: 137; pluralismo en: 138
- Chein, Isidor: 91-92
- Chen, Lung-chu: 401
- Chenery, Hollis, estudios sobre el Tercer Mundo: 298; estudios sobre economía política: 320, 332; ideas de Kuznets: 323
- Chilcote, Ronald: 306
- Childs, Harwood: 240, 251
- Chile, autoritarismo en: 364
- China, análisis de la élite política: 136; burocracia: 155; clientismo: 150-153; como experimento: 160; cultura política en: 225-226, 229; desarrollo en: 300; estudios sobre: 106, 112, 115, 118, 147, 154; faccionalismo: 149, 331; grupos de interés: 108, 136-137, 331; invasión y colonización europea en: 377; patrones de comunicación: 301; política económica: 143; política soviética hacia: 146; redes de problemas: 150; Revolución: 374-375, 382; Revolución Cultural: 136, 149, 153, 330; toma de decisiones: 150

Chrystal, K. Alec: 336

Dahl, Robert: 39, 45, 53, 130n, 170, 177; hipótesis sobre desarrollo: 300; influencia de: 118; perspectivas para el Tercer Mundo: 309; sobre causalidad: 81-82; sobre el desarrollo: 129; sobre la autonomía del Estado: 261, 276; sobre la explicación: 79; sobre limitaciones domésticas: 355; sobre las redes de problemas: 142, 168; sobre pluralismo: 138, 248; teoría del poder en los Estados Unidos: 278

Dallin, Alexander, sobre el comunismo: 167

Dalton, Russel: 206, 335

Davis, Winston: 209

deduccionismo, formal: 47

deductivo-nomológico (D-N), modelo: 77-78, 88, 100

democracia: 34; aspectos psicológicos de la: 401; burocracia y: 301; capitalista: 334; competitiva: 186-187; conflictiva: 186-187; consensual: 186-188; consociacional: 378-380, 382; educación y: 122; en los países comunistas: 126; futuro de la: 310; incompatibilidad entre partidos burocráticos y: 54; industrialización y: 122, 319; liberal: 52; no consolidada: 186-187; parlamentaria: 129, 188; participativa: 328; plebiscitaria: 333; pluralismo y: 133; socialista: 129, 159; teoría económica de la: 261; transición hacia la: 334; tutelar: 310

Deng Xiao-ping: 151

dependencia, teoría de la: 34; aportaciones de la: 352-353; bibliografía sobre: 310, 318, 320, 322, 337, 381; como agenda de investigación: 315-328; como ideología: 328; comparada con el marxismo y el leninismo: 313-314; defensores del enfoque de la: 339; en economía política: 320; fundamentos de la: 317; modelo formal de: 51; mo-

vimiento de la: 310-315; perspectiva de: 322; teoría de la: 44, 50-51; teóricos de la: 305, 310, 315, 325; validez de los postulados de la: 51

derecha, blanda: 42, 49-50; dura: 42, 46-49, 52; extremismo de la: 396

desarrollismo: 164; ideología del: 305

desarrollo económico, asociado dependiente: 313; aumentativo: 306; bibliografía sobre: 307, 311, 319; como ideología: 304-310; crisis del: 303; críticas a investigaciones sobre: 305-306; desarrollo político y: 301; dimensión nacional y social del: 352; estrategias para el: 298; historia ideológica del: 371; importancia del: 302; industrial: 126, 370-371; macro: 299-300; micro: 299-300; modelos de: 33, 126, 129, 157; objetivo: 306; planificación para el: 298; secuencial: 318; teoría del: 291; variables internacionales y: 318 desarrollo político: 335; burocracia y: 301; conceptualización del: 309; desarrollo económico y: 301; sistema internacional y: 318

determinismo, conductual: 160-161; de clase: 288; estructural: 291; leyes del: 64; postura del: 65; *véase también* indeterminismo

Deutsch, Karl W.: 107; sobre movilización social: 126, 298; sobre teoría de la modernización: 318; y la industrialización: 298, 319

Devinney, Leland: 410

Dexter, Lewis: 276, 278, 355

díada: 149

dictadura, del proletariado: 109, 223-224, 313

Diesing, Paul: 77n

Dinamarca, democracia en: 187

Dittmer, Lowell: 214-215

Djordjevic, M.: 242

Dobyns, Henry F.: 401-402

Dodd, Lawrence: 291; sobre coaliciones: 186

- doble hélice, teoría de la: 107
 Dogan, Mattei: 337
 dominación-dependencia, relación:
 149, *véase también* patrón-cliente, relación
 Domínguez, Jorge I.: 231n, 300, 316
 Dos Santos, Theotonio: 312, 322
 Doughty, Paul L.: 401-402
 Downs, Anthony: 33, 170, 177; metáfora mercantil: 171, 173-175; modelo deductivo de: 69; postulado racional de interés propio: 181; sobre elección racional: 178; sobre ideologías de partido: 172
 Duguit, Léon: 131, 240n, 272
 Durkheim, Émile: 53, 57, 177, 241n, 255, 272; tradición sociológica y cultura política: 201; sobre ciencias exactas: 54; sobre fenómenos culturales: 55; sobre integración social: 176; y el realismo: 287
 Duvall, Raymond: 51
 Duverger, ley de: 54
 Dyaker, David A.: 125n, 230n
 Dye, Thomas R.: 72n

 Easton, David: 39, 118n, 177; conceptos funcionales y de sistemas: 117; sobre conocimiento crítico: 75; sobre el Estado: 285
 Echols, John M., sobre corporativismo soviético: 140
 Eckstein, Harry: 326; estudios de la Asociación Médica Inglesa: 280; estudios de caso: 162-163, 209; polémica sobre cultura política: 202; sobre el Estado: 288; sobre grupos de interés: 242, 276, 281; y las variables internacionales: 318
 economía: 91; competencia en: 173; crisis de la: 96, 376; críticas a la: 95-97; de libre mercado: 42, 183; deductiva: 177; descentralización de la: 164; desigualdad en: 249; ética religiosa y: 58; fracasos de la: 98; imitación de las ciencias naturales por la: 95; incapacidad predictiva de la: 97-98; internacional: 359; keynesiana: 243; moral: 183-184; neoclásica: 96; planificación en: 97; pluralista: 243; política y: 319, 321, 334; positiva: 179; privada: 47; repercusiones de la, en ciencia política: 98; retraso de la: 243
 economía internacional, crisis en la, y la política nacional: 371-374; desarrollo político nacional y: 370-374; liberal: 380
 economía política, agraria: 184; capitalista: 312; crisis contemporánea de la: 244-245; de la política comparativa: 336; dependencia en: 320; estudios sobre: 332; historia de la: 336; radical: 184
 Edad Media: 362
 Edelstein, Joel: 306
 educación: 126-127, 298, 302; democracia y: 122; efectos homogeneizantes de la: 234; expansión de la: 319; industrialización y: 122; masiva: 156
 Ehrmann, Henry, estudios sobre grupos de interés: 134, 241-242, 246, 247n-248, 250, 276; sobre el Estado: 288; sobre las empresas organizadas en Francia: 249n, 279, 281
 Eisenstadt, S. N.: 333; sobre desarrollo del Tercer Mundo: 299, 318; sobre relación patrón-cliente: 148, 330; y los estudios sociológicos e históricos: 304; y las instituciones como factores: 300
 elección(es), abstencionismo: 390; colectiva: 185; concurrencia en: 381; definición de: 89; investigaciones sobre: 70; libertad de: 100; modelos de: 65; procesos de: 71; teoría de las: 261
 elección pública: 47, 52, 58; bibliografía sobre: 48-49, 174, 180, 191; modelos de: 156; normal: 178
 elección racional: 33, 48, 193, 204, 255; bibliografía sobre: 174, 177-178, 191-

- 192; como revolución científica: 176-178; comparada con la teoría cognoscitiva: 189; esencia de la teoría de la: 178-182; historia de la: 170-175; individualismo y: 202; modelos de: 87-88, 116, 156, 304; obligada: 189; teóricos periféricos de la: 183-185, 192
- élite intelectual, formación de una: 50
- Ellis, Havelock: 389
- Emerson, Rupert: 382
- empirismo, en ciencias sociales: 397; puro: 113; radical: 181
- encuestas, comparativas: 335; de atención mundial: 399; investigación por: 399; metodología de las: 199; sobre cultura política: 206, 208
- Engels, Friedrich: 54, 222
- Enrique VIII: 362
- ensayo-error: 33, 107, 119; eliminación por: 66, 74
- entrevista, métodos de: 201
- equilibrio, modelo de: 133; teoría del: 96
- Escandinavia, corporativismo en: 246, 254; instituciones políticas: 363
- Escuela de Francfort: 43, 393
- Esmein, J.: 136
- España, autoritarismo en: 139; corporativismo en: 246; feudalismo: 366; grupos de interés en: 256; pluralismo autoritario en: 245; política en: 175; separatismo en: 215
- Esparta, organización militar: 360
- esponja, teoría de la: 107
- estadística, desarrollo de la: 58; descriptiva: 201; en ciencia política: 86, 91; método científico en: 103, 201; teoría, confirmatoria: 86
- Estado, abolutista: 271, 334, 366; administrativo: 109; autonomía del: 132, 159, 204, 264, 266-268, 276, 278-279, 286, 288, 338, 363, 375; autoridad centralista del: 131; burocracia y: 144; centralización del: 373; ciudad: 196; como fenómeno sociocultural: 264; como variable dependiente: 268; concepto de: 259, 262-264, 271, 338-339; construcción del: 191, 302-304, 365-368, 384; de asistencia: 132, 140; definición de: 159, 263-264, 267, 272, 284; definiciones neostatistas del: 286-291; democrático: 276; ejército y: 363; estructuración del: 131, 356, 373; funciones del: 363; importancia del: 338, 357, 371; liberal-pluralista: 266; limitación del poder del: 42; lucha de clases y: 263, 285; marxista: 288; militar: 363; moderno: 307; nación: 46, 54, 131, 333, 367, 385; oficial: 363; presencia del: 265; opresor: 291; organización del: 360; pluralista: 275, 288, 339; poder absoluto del: 260; proliferación de naciones: 358; reduccionismo y: 270; reintroducción del concepto de: 383; relación sociedad: 268, 281; retorno al: 259, 270, 285, 339; soberanía del: 260, 271-272, 291; surgimiento del: 183, 271; teoría neomarxista del: 285; tradicional: 307;
- Estados Unidos, actitudes políticas en: 205, 213; aislacionismo de: 354; ciencia política en: 40, 44, 53, 56, 132; comportamiento electoral: 212; conflictos raciales: 211, 311; Congreso: 133, 240, 270, 276, 290-291, 355; Constitución: 190; crisis económica: 372; cultura cívica: 122, 206; cultura política: 200, 205, 208, 211; democracia en: 198; *dependentistas*: 311-313, 315, 322, 337; desarrollo político: 335; Estado: 264; estudios sobre: 297; estudios sobre elecciones en: 70; europeización de: 253; federalismo: 408; formulación de políticas: 166, 171; gasto público: 368; grupos de interés: 34, 133, 139-140, 252-253, 282, 302; grupos de presión: 277, 279, 382; guerra con Vietnam: 206, 211, 311; hipótesis de crisis y secuencia: 303; instituciones políticas: 363; movi-

- miento conductista: 54, 56-57; organización: 157; política en: 202; presidencia de los: 135, 270, 277, 283; regulación gubernamental en: 279; sistema de partidos: 54, 171, 302, 382; sistemas políticos: 106; toma de decisiones: 157
- estímulos-respuesta (E-R), mecanismos de: 93
- estructural-funcional, evolucionismo: 352; modelo: 33, 108-109, 157, 162
- estudios, cuantitativos: 41; de carácter moral y político: 53; de caso: 162-163, 209, 221, 255, 326-328, 334, 339, 376; econométricos: 41, 336; *véase también* investigación
- etnocentrismo: 34, 202, 305-307, 331; peligros del: 309
- Eulau, Heinz: 39, 75n
- Europa del Este: 366; ciencias sociales en: 221; clientismo: 152-153; control soviético en: 364, 369; corporativismo en: 141, 168; cultura política: 125, 212, 330; desórdenes en la: 111; estudios sobre: 106, 112, 157; grupos de interés: 137; opinión pública en: 229; *véase también* los distintos países
- Europa occidental: 54; americanización de: 253; autoritarismo en: 334; comparación con la URSS: 145; concepto de nación-Estado: 333; corporativismo en: 245; cultura política: 208; democracia: 335, 378-379, 382; desarrollo político: 335; economía en: 297; estudios políticos sobre: 241; feudalismo: 334, 366; formación de Estados: 362, 364-366; formación de gobiernos en: 186, 188; gobiernos en: 297, 367; grupos de interés: 242, 250, 253, 282, 302; hipótesis de crisis y secuencia: 303; industrialización: 335, 370; partidos políticos: 302; pluralismo corporativo en: 246; sistema constitucional: 361; sistemas de partidos: 302; *véase también* los distintos países
- Evans, Peter, sobre concepto del Estado: 259, 269, 285, 288-289, 338; sobre dependencia: 321; y la triple alianza: 323-324, 327-328
- explicación, causalidad y: 79-80; deductiva: 77; del comportamiento de coalición: 88n; en investigación política: 76-77; ideográfica: 160, 162; leyes generales y: 82; modelos de: 67, 69, 74, 89, 100, 292; nomotética: 102, 160, 162; política: 89, 104, 116, 292; predicción y: 78, 161; reduccionista: 89; tesis simétrica de la: 78n
- faccionalismo: 114, 148-149
- Fagen, Richard: 44, 51, 123; polémica sobre cultura política: 202, 204, 214, 231n; sobre el comunismo: 122-123
- Fainsod, M.: 111n, 115, 117-118, 134, 143n
- falangismo: 175
- Faletto, Enzo: 44; crítica a la investigación sobre desarrollo: 306; y la teoría de la dependencia: 312-314, 321
- Falk, Richard: 318
- fascismo: 249n, 334, 380, 396; auge del: 200; italiano: 109, 139
- Federico II: 262
- Feher, Ferenc: 330
- Feigert, Frank B.: sobre la función de la ciencia: 75, 77
- Feigl, Herbert: 84n
- Feldman, Gerald: 253-255
- Ferejohn, John: 178
- feudalismo: 334, 366
- Figgis, John Neville: 131, 272
- Filipinas, clientismo en: 149, 329; democratización en: 364
- filosofía de la ciencia: 100; escuela neopositivista de: 63; propia de las ciencias sociales: 105
- filosofía política, clásica: 53; posmarxista: 50
- Finer, Samuel, estudios sobre las fuerzas armadas: 318, 367; sobre grupos de interés: 242

- Fiorina, Morris, sobre elección racional: 178, 182
- Fischer, Wolfram: 367
- Fisher, sir Ronald A.: 58
- Fishlow, Albert: 332
- Flanagan, Scott C.: 73n, 335; análisis de las crisis políticas: 188, 376
- Fleron, Jr., Frederic J.: 112n, 115, 155n-156n
- Flora, Peter: 129, 335
- Fox, Merrit B., y Lasswell: 401
- Fox, William T. R.: 403
- Fraenkel-Brunswick, Else: 177, 201, 393
- Francisco, Wayne Di: 124-125n
- Francia, aristocracia: 199; burguesía: 199; campesinado: 199; clase media en: 255; concurrencia electoral: 391; Constitución: 361; corporativismo en: 246, 254; crisis económica: 372; crisis políticas en: 256; democracia en: 187; desarrollo en: 300; ejército: 367; estudios sobre: 270; feudalismo: 366; gasto público: 368; grupos de interés: 242, 250, 280; grupos de presión: 382; grupos empresariales: 279-281; III República: 188, 376; instituciones políticas en: 304, 363; IV República: 149, 187; monarquía: 362; partidos políticos: 382; política: 175, 202, 240, 353; política de descolonización: 383; política fiscal: 367; Revolución: 198-199, 262, 334, 374-375, 377, 382, 384; transformación del sistema político: 369; V República: 213, 281
- Frank, André Gunder, crítica a la investigación sobre desarrollo: 306; y la teoría de la dependencia: 305, 312, 322
- Freud, Sigmund: 57, 201, 389, 392
- Freeman, J. Leiper, y los triángulos de hierro: 142
- Friedgut, Theodore: 124, 228n, 330
- Friedman, Milton, sobre economía positiva: 179
- Friedrich, Carl J.: 110, 112-113
- Frohock, Fred M.: 76
- Fromm, Erich: 58
- frustración-agresión, teoría de la: 162
- funcionalismo: 259; estructural: 116-121, 263, 270, 285, 289-290, 292, 376; estructural pluralista: 268-269, 286; surgimiento del: 286
- Fundación Ford: 300
- Fundación Rockefeller: 410
- Fundación Psiquiátrica William Alanson White: 397
- Fundación William Alanson White: 398
- fundamentalismo rusita: 129-130
- Galbraith, John Kenneth: 95-97
- Galton, Francis: 58
- Garceau, Oliver: 240, 251
- Garson, G. David: 260, 262
- gasto público: 72; guerra y el: 367-368, 382
- Gati, Charles: 137, 330
- Gaulle, Charles de: 281
- Geertz, Clifford: 40; estudios sobre comunismo: 160n; y la teoría del juego: 175, 185
- generalización: 76, 181; como marca distintiva de la ciencia: 75; debilitamiento de la: 98
- Gereffi, Gary: 326-328
- Gerschenkron, Alexander: 35; estudios sobre el Tercer Mundo: 298, 371, 381-382; y el futuro de la democracia: 310; y la industrialización: 310, 319, 370
- Gierke, Otto: 131, 240n, 255
- Gitelman, Zvi: 124-125n, 137, 229n, 233n
- Gleason, Abbott: 110n, 115; sobre el aprendizaje: 113
- Glenco, Stephen: 32
- gobierno(s), aristocrático-democrático: 197; autonomía del: 276, 286, 338; clasificación de las áreas de: 265; como arena política: 273, 275; como variable dependiente: 270; estudios comparativos sobre: 282; importan-

- cia del: 338; interacción sociedad: 243, 262; minoritarios: 187; mixto aristotélico: 50; origen del, ministerial: 361; pluralista: 270; poder discrecional del: 276; representativo: 308; toma de decisiones: 269
- Goffman, sobre la teoría del juego: 185
- Goldhamer, Herbert: 410
- Goldman, Merle: 136
- Goldthorpe, John: 336
- Golembiewski, Robert J.: 262
- Goodman, David: 136
- Gosnell, Harold F.: 47, 414, 419-420; estudio experimental de: 390-391; sobre el realismo: 287; y Laswell: 407, 421; y la Universidad de Chicago: 390, 397, 407, 417, 422
- Gourevitch, Peter: 35, 381; factores internacionales: 318, 353-354, 358-359, 382; sobre causalidad circular: 358; sobre crisis económicas: 335, 371-374, 376
- Gramm-Rudman-Hollings, propuesta: 47
- Gramsci, Antonio: 285
- Gran Depresión: 140, 285, 365, 396, 407, 414, 416
- Granick, David: 146
- Gray, Jack: 123, 125n, 208, 219n, 221n, 227n, 230n, 233n-234n, 330
- Grecia, cultura política: 196, 329
- Greene, Wade: 98n
- Greenstein, Fred I.: 70n-71n, 88n, 90n, 112n, 115n, 141n, 162n, 248n
- Greenstone, J. David: 248n
- Gregor, A. James: 87
- Grew, Raymond: 303, 318, 334
- Griffiths, Franklyn: 135, 330
- Gross Solomon, Susan: 138n
- grupos de interés: 34, 142, 157, 162, 165, 261-262, 265, 269, 292, 317, 330, 355; actividad de los: 274; ajustes de: 275; anómicos: 251; bibliografía sobre: 143, 167, 240-242, 252, 255; burocracia y: 246; compatibles con el autoritarismo: 135, 139; competitividad de los: 140; control de los: 373; en el comunismo: 108-109, 115-116, 119, 130, 134-138, 149; estudios sobre: 239-240, 243-249, 253-254, 260, 276, 280; estudios comparativos sobre: 336; funcionales: 133; institucionales: 251; modelos de: 166; negociación con: 172; negociación política entre: 379; no asociacionales: 251; orígenes de los: 249n; partidos políticos y: 246, 250; política comparativa y: 252
- grupos de presión: 133, 263, 289, 382; actividad de los: 274; bibliografía sobre: 274, 287; coaliciones entre: 372; como fenómenos de clase: 279; conflictos entre: 276-277, 291; efectividad de los: 281; estudios sobre: 279; influencia de los: 281
- Grushin, Boris A.: 229
- guerra, constitución del Estado y la: 365-368, 382; gasto público y la: 367-368, 382; ocupaciones y: 369-370; política de prevención de la: 394
- Guerra Fría: 109, 112, 246, 305
- Guerra Mundial, primera: 35, 131, 188, 200, 255, 354, 361, 363, 365, 369, 379, 382, 391, 398, 411-413; segunda: 35, 45, 71, 103, 109-110, 132, 171, 187, 199-200, 207, 246, 248, 253, 260, 278, 280, 317, 326, 330, 340, 354-355, 365, 369, 375, 379-380, 382, 391, 399, 424
- Gustafson, Thane: 136
- Hagen, Everett: 298, 299
- Hall, John: 297
- Halpern, Nina: 143
- Hamilton, citado en *Federalist*: 53
- Hanrieder, Wolfram: 355
- Hanson, Norwood R.: 99
- Harasymiw, Bohdan: 154, 330
- Harding, Harry: 330-331
- Harding, Neil: 141n, 159n
- Harper, Samuel Rainey: 410
- Harre, Rom: 92n

- Harsanyi, John: 304
 Hart, H. L. A.: 82
 Hayes, Carlton J. H.: 110
 Hazard, John: 117
 Hearst, William Randolph: 418
 Heckscher, Gunnar: 242
 Heclo, Hugh: 129, 142, 335
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: 357
 Heidenheimer, Arnold: 129, 335
 Heilbroner, Robert: 97
 Heisenberg, Werner: 65
 Held, David: 43
 Hempel, Carl: 63, 84n; sobre causa-efecto: 79; y el modelo D-N: 77-78
 Hernes, Helga, y los sistemas corporativistas: 255
 Herring, Pendleton: 47; conflictos entre grupos de presión: 277, 291; estudios sobre grupos de interés: 171-172, 240-241, 247-248, 253n; metáforas mercantiles: 171; modelo consensual-pluralista: 132-133; sobre la autonomía del Estado: 276, 288, 338
 Herz, John: 283, 369
 heterogeneidad, de la realidad: 32, 63-64
 Hibbs, Douglas: 336
 Hildebrandt, Kai: 206
 Hilgard, Ernest R.: 399
 hinduismo: 192, 209; contribución a la política del: 210
 Hintze, Otto: 35, 54, 381; puesta a prueba de la ley de: 360, 379-380; sobre enfoque estatista: 288; sobre el entorno internacional: 129, 354-356, 358, 384; y el desarrollo del Estado: 361, 366, 382-383; y Marx: 357
 Hirsh, Wolfgang Weber: 242
 Hirschman, Albert O.: 35, 40-41, 99; estudios sobre el Tercer Mundo: 298, 371, 381-382; sobre determinismo conductual: 160-162; sobre Womack: 161; y el desarrollo económico: 299, 325, 370
 historia, distinción entre ciencia política e: 56; estudios comparativos de, política: 332-335, 338
 historiografía, desarrollo de la: 55
 Hitler, Adolf: 110, 112
 Hoaglin, David C.: 86n
 Hobbes, Thomas: 53, 55, 107, 131
 Hoby, J. P.: 51
 Hoffman, Erik, sobre teoría de las comunicaciones: 155
 Hofheinz, Roy: 209
 Hollingsworth, Roger: 336
 Holmberg, Allan: 402
 Holt, Robert T.: 86-87, 300, 337
 hombre, comportamiento racional del: 85; creatividad del: 86; imagen mecanicista del: 93; libertad del: 66-67; problema de la imagen de: 91; psicológico: 93
 Honor, A. M.: 82
 Horelick, Arnold: 121, 146
 Horkheimer, Max: 201; teoría crítica de: 43
 Horney, Karen: 177
 Hoselitz, Bert: 298, 306
 Hough, Jerry, crítica a los grupos de interés: 134-135, 330; estudios sobre el comunismo: 115, 118, 135, 331; sobre corporativismo: 141, 143; sobre política burocrática: 145-146
 Hovland, Carl: 176-177, 399
 Hume, David: 53
 Hungría, corporativismo en: 142; cultura política: 125, 221, 226, 229-230, 232-235; grupos de interés en: 137, 331; nacionalismo en: 233; opinión pública en: 137; rebelión de 1956: 156
 Hunter, Floyd: 278, 417
 Huntington, Samuel P.: 126, 297n; estudios comparativos EU-URSS: 166; hipótesis de desarrollo de: 299-300; historia de la ciencia política en los Estados Unidos: 132; sobre el partido leninista: 127; y la cultura política planificada: 227; y el desarrollo del Tercer Mundo: 305, 309, 318
 Hutchins, Robert Maynard: 397, 418-419

- Huxley, Thomas: 312
 Hyman, Herbert: 212; efectos de la educación: 234
- identificación partidista, teoría de la: 70
 ideología, decadencia de la: 171
 igualitarismo, agrario: 45
 Ike, Nobutake, estudios sobre Japón: 152-153
 Ilustración: 49, 107, 199-200, 298-299
 imaginación creativa: 103
 imperialismo: 110, 382-383; defensa ideológica del: 339
 indeterminismo: 65; *véase también* determinismo
 India, concepto de nación-Estado: 333; crisis de la lengua: 376; descolonización de: 383; grupos de interés en: 251; hambruna: 376-377; padrinazgo en: 152
 individualismo, económico: 180; elección racional e: 202; liberal: 139; metodológico: 178; oligárquico: 254
 individualista metodológica, teoría: 204
 Indochina, descolonización de: 383
 industrialización: 126-127, 298, 370-371; consecuencias políticas de la: 319; democracia e: 122, 310, 319; educación e: 122; grupos de interés e: 249; instituciones políticas autoritarias e: 325; marxista: 114; no marxista: 114; problemas sociales e: 368
 Informe sobre Bombardeos Estratégicos (ms): 419
 Inglaterra, Acta de Reforma de 1832: 188, 376; actitudes políticas en: 205; concurrencia electoral: 391; corporativismo en: 246, 254; crisis económica: 372; crisis política: 377; cultura cívica: 122; cultura política: 200, 211; democratización de: 216; desarrollo en: 300; ejército: 367; Estado: 264; estudios sobre: 270; feudalismo: 366; gabinete: 283; gasto público: 368; grupos de interés: 242, 250-251, 280; grupos de presión: 382; instituciones políticas en: 304, 363; monarquía: 362; opinión pública: 377; Parlamento: 361; partidos políticos: 382; política en: 202, 206, 240; política de descolonización: 383; política fiscal: 367; separatismo en: 215; surgimiento de sistemas de partidos: 54
 Inglehart, sobre cultura política: 202, 205-208; sobre elección racional: 192
 Inkeles, Alex: 114; efectos de la educación: 234; sobre comunicación: 155-156n; sobre cultura política: 201; sobre desarrollo: 126; sobre movilización social: 126; y los factores psicológicos: 299
 instituciones: 302; autoridad de las: 361; bibliografía sobre: 292-293; importancia de las, en el desarrollo: 300; movilización e: 300; políticas autoritarias: 325
 instrumentos científicos, inadecuación de los: 97
 insumos-resultados, análisis de: 96
 interés, individual: 181, 183; personal racional: 187, 192; público: 47
 International Political Science Association, programa de investigación de la: 247
 interpretación sociopsicológica: 56
 interpretativo, modelo: 89
 investigación, analítica: 340; aplicada: 104; autonomía de la: 90-91; configurativa disciplinada: 162; cuantitativa: 340; desarrollo de la: 201; empírica: 56, 97, 156, 263, 274, 286, 328, 339; estudios de caso: 162-163; evaluación de la: 85; financiamiento para: 84, 105; heurística: 162; histórico-sociológica: 340; ideográfica-configurativa: 162; pura: 104; tecnología de la: 201; valorativa: 162-163; *véase también* estudios
 Irán, fundamentalismo en: 210; patrones de comunicación: 301

- Isaak, Alan: 76-77n, 79
 Isabel, reina de Inglaterra: 362
 islamismo: 209; contribución política del: 210
 Israel, cultura política: 196; democracia en: 187; formación de gobiernos en: 186
 Italia, actitudes políticas en: 205; corporativismo en: 246; crisis políticas: 256; cultura política: 208; democracia en: 187; desarrollo del Estado-nación: 131; estudios sobre: 270; fascismo en: 109, 139; formación de coaliciones: 188; grupos de interés: 242, 251-252, 280-282; industrialización: 371; instituciones políticas en: 304; política en: 175; sindicalismo en: 255; transformación del sistema político: 369
 izquierda, blanda: 42-46; dura: 42, 50-52; humanista: 45
 Jackson, Robert H.: 51, 330
 Jahoda, Marie: 58
 Janos, Andrew: 135; sobre desarrollo: 128-129; sobre teoría político-sociológica: 353
 Janowitz, Morris, y la moral militar: 177
 Japón, actitudes políticas en: 213; caída del régimen parlamentario: 376; clientismo en: 152-153; concepto de nación-Estado: 333; Constitución: 369; desarrollo en: 300-301, 308; expansionismo: 377; gasto público: 368; grupos de interés: 242; patrones de comunicación: 301; periodo Tokugawa: 209; política en: 202; Restauración de Meiji: 188-189, 209, 376-377; transformación del sistema político: 369
 Jennings, M. Kent: 71
 Johnson, Chalmers: 127n
 Johnson, Paul M.: 126-127n
 Johnson, Ross A.: 121n, 146
 Jones, Victor: 424
 Josza, Gyula, sobre clientismo: 154
 Jowitt, Kenneth: 107-108n, 130
 judaísmo: 192
 Judson, Henry Pratt: 390, 411, 413
 juego, de información imperfecta: 185; teoría del: 107, 116, 156, 188, 190
 Kaase, Max, sobre cultura política: 202, 206-207
 Kabashima, Ikuo: 353n
 Kadar, Janos: 226
 Kahler, Miles: 383
 Kaiser, Joseph H.: 242
 Kaplan, Abraham: 77n, 80, 90-91n, 401
 Kaplan, Morton: 318
 Kardiner, Abram: 176
 Kariel, Henry: 247n, 271, 273
 Kassof, Allen: 111-112n, 145
 Katz, Elihu: 212
 Katzenstein, Peter: 35, 381; sobre factores internacionales: 319, 354, 382; sobre neocorporativismo: 140, 378-380, 383; sobre política económica extranjera: 335
 Kavanagh, Dennis: 202, 206
 Keech, William: 136
 Keeler, John: 256
 Kelvin, lord: 409
 Kesselman, Mark: 305
 Key, V. O.: 47; conflictos entre grupos de presión: 277, 291; en Chicago: 407, 421-423; metáfora mercantil: 174; pluralismo de: 133; sobre el Estado: 288; sobre grupos de interés: 247; sobre las instituciones gubernamentales: 276, 338-339; sobre partidos políticos: 174, 277
 Kim, Jae-on: 249n
 King, Anthony: 142n
 Kingdon, John: 143
 Kirchheimer, Otto: 58
 Klineberg, Otto: 419
 Kluckhohn, los: 176
 Knight, Frank: 410
 Kocka, Jürgen: 254

- Kohler, Wolfgang: 58
 Kohli, Atul: 353
 Krasner, Stephen: 132; sobre el Estado: 269-270, 275, 279, 282, 290, 338, 373, 383; sobre fenómenos políticos: 290-291
 Krushchev, Nikita: 111, 140, 163
 Kuhn, Thomas: 99, 178, 311
 Kurth, James: 325, 335
 Kuznetz, Simon, sobre industrialización: 319; y los estudios sobre el Tercer Mundo: 298; y la curva en forma de U: 320, 323
 Kvavik, Robert: 139, 245, 252
- La Place, Pierre-Simon, marqués de: 58
 laicismo: 129
 Lakatos, Imre: 99
 Lambert, Francis: 231n
 Lande, Carl, sobre el clientismo: 148-149, 329; sobre grupos de interés: 241
 Lane, David, sobre la Unión Soviética: 118-119n
 Lane, Robert, sobre cultura política: 202
 Lange, Peter: 245
 LaPalombara, Joseph: 249n; crítica a las teorías del desarrollo: 308; papel de la burocracia: 292, 301; polémica sobre cultura política: 202; sobre grupos de interés: 241-242, 246, 248, 251, 276, 280-282; sobre grupos políticos en el desarrollo: 302, 310; sobre el totalitarismo: 115
 Lapidus, Gail: 146
 Laski, Harold: 131, 240n, 255, 260, 272-273
 Lasswell, Harold D.: 35, 117, 176, 201, 287, 358n, 407, 409, 414-416, 419-423; análisis configurativos: 395; aportaciones de: 400-401; biografía de: 389; en Chicago: 390-392, 394-397, 408, 417; en la Escuela de Derecho de Yale: 399; en Washington: 418; trayectoria académica: 389, 392, 397-398; método de: 103
- Latham, Earl, estudios sobre grupos de interés: 240; modelo de equilibrio: 133; y los estatistas: 273; y la teoría de los grupos: 262, 275-276
 Lavau, Georges: 242
 Laver, Michael, sobre coaliciones: 188
 Lazarsfeld, Paul: 58, 176-177; flujo de comunicación en dos etapas: 212; y el trabajo gubernamental: 399
 Legg, Keith, sobre el clientismo: 148, 152, 329
 legitimidad: 267; concepto de: 330
 Lehmbruch, Gerhard: 139n, 243-245, 336, 381; sobre neocorporativismo: 378
 Leiden, Carl: 330
 Leiserson, Avery: 240
 Leites, Nathan: 399, 422; sobre faccionalismo: 149
 Lemarchand, Rene, sobre el clientismo: 148, 329-330
 Lenin, Vladimir Ilich: 73-74, 144, 175, 221-223, 313-314, 324, 374-375
 leninismo, comparado con la dependencia: 313-314; cultura política en el: 221-225
 Leontiev, Wassily: 96-98
 Lepawsky, Albert: 358n, 424
 Lerner, Daniel: 103n, 298-299, 319, 399
 Levinson, Daniel: 177, 101, 393
 Lewin, Kurt: 58, 176
 Lewis, John: 143; estudios sobre China: 151, 154; sobre redes de problemas: 150
 Lewis, W. A.: 298
 leyes, empíricas: 183; físicas: 94
 leyes generales: 74, 77, 83, 99; causalidad y: 78; explicación y: 82; función de las: 75
 Líbano, democracia: 378-379
 liberalismo: 199-200, 202; democracia y: 52; elitista: 129; pluralidad y: 45
 libertad: 99; control y: 66; desarrollo de la: 67; interna y presiones externas: 54; limitaciones a la: 100; religiosa: 230

- liderazgo: 375-376; aspectos psicológicos y de personalidad del: 391; concepto de: 189; estudios sobre: 203; político: 173
- Lieberthal, Kenneth: 147
- Lijphart, Arend: 35, 53, 337, 381; y el consociacionalismo: 378-380, 382-383
- Likert, Rensis: 176
- Lindblom, Charles E.: 45, 133, 170, 261
- Lindsay, A. D.: 272
- Linglehart, Ronald: 335
- Linton, Ralph: 176
- Linz, Juan J., sobre corporativismo en el comunismo: 141; sobre democracia: 334; sobre grupos de interés: 242, 246, 256; sobre totalitarismo: 112, 115
- Lippman, Walter, sobre cultura política: 201; sobre racionalidad de masas: 200
- Lipset, Seymour Martin: 53, 139n, 319; sobre cultura política: 202, 205, 242; sobre movilización social: 126, 298; y la industrialización: 298; y la sociología política: 284
- Liu, Alan: 136
- Locke, John: 53, 55, 107
- Lodge, senador Henry Cabot: 354
- Lorwin, Val: 242, 250
- Lowenhardt, John: 143
- Lowenthal, Leo: 58, 127
- Lowi, Theodore: 261; clasificación de las áreas de gobierno: 265, 290; sobre redes de problemas: 142, 168
- Luebbert, Gregory, sobre coaliciones: 188; sobre formación de gobiernos: 186
- Luis XIV: 262
- Lukács, George: 43
- Lundgreen, Peter: 367
- MacDonald, Ramsay: 189
- Mack, Andrew: 85n
- MacKenzie, W. J. M.: 242
- MacRae, Duncan: 101-102
- Madison, James: 48
- Maier, Charles, sobre grupos de interés: 245, 254
- Maine, Henry: 299
- Maitland, F. W.: 240n, 255
- Malasia, descolonización de: 383
- manipulación: 58
- Manley, John: 132; pluralismo de: 133
- Mannheim, Karl, sobre cultura política: 201
- Mao Tse-Tung: 137, 375
- Maquiavelo, Nicolás: 53, 107, 271, 356; sobre cultura política: 198
- March, James: 48
- Marcuse, Herbert: 43
- Markel, Lester: 355
- Markov, Chaini: 58
- Marvick, Dwaine: 403
- Marx, Karl: 53-55, 176, 222-223, 314, 409; influencia de: 284, 333; sobre ciencia: 57; sobre dominación de clase: 144, 374; sobre factores internacionales: 354, 356-357; sobre modernización: 128, 299; y la Ilustración: 199; y Lasswell: 389
- marxismo: 42, 199-200, 202, 259, 268, 285; comparado con la dependencia: 313-314; cultura política en el: 221-225; determinismo de clase en el: 288; leninismo: 144, 173, 233; neo: 333; teoría de la dependencia y: 311-312; unilateral: 352
- Mason, Edward: 298
- Massell, Gregory J.: 228n
- materialismo histórico: 43, 184
- Maxwell, Grover: 84n
- May, Judith: 120n
- McAuley, Mary: 123; sobre la Unión Soviética: 118
- McClelland, David: 299, 304, 306
- McCloskey, Herbert, sobre cultura política: 202
- McCrone, Donald: 298, 304
- McDougal, Myres: 396, 398-401, 403
- McDougal, William: 201

- McDowell, Gary: 50
 McFarland, Andrew: 81n; sobre el poder: 80, 260, 262; modelo triádico: 261
 McKean, Dayton: 240
 Mead, George Herbert: 390, 410
 Mead, Margaret: 176, 201, 393
 mecanismo, modelo de: 107
 Meier, Gerald: 298, 371
 memoria profesional: 31, 248; importancia de la: 68
 Menze, Ernest A.: 115n
 Merriam, Charles Edward: 132, 407, 418-419, 421-423; en Chicago: 390-391, 397, 411-413, 416-417, 425; métodos científicos: 391; papel de, en la universidad: 408-410; pluralismo de: 133; sobre la práctica de la ciencia política: 56; trayectoria política: 338; y el realismo: 287
 metáforas, de la mano invisible: 173; de Popper: 63-67, 83, 99; de Seeley: 370; del juego de la política: 175; del sistema: 288; mercantil: 171, 173-175; literaria: 175
 metametodología, de la escuela crítica: 43; división de la opinión: 57; homogeneidad en: 63
 método, científico: 91; deductivo: 181; inductivo: 181
 metodología, bibliografía sobre: 337; blanda: 40-42; carencia de: 41; de la encuesta: 199; dura: 40, 42; en los estudios de política comparativa: 338-340
 México: 189; cardenismo: 376; estudios sobre la industria farmacéutica: 326-327; Revolución: 161, 188, 376
 Meyer, Alfred, descripción de la URSS: 144
 Meynaud, Jean: 242
 Michels, Roberto: 200, 287; ley de hierro de la oligarquía: 54, 163
 Michigan, grupo de: 70
 Mickiewicz, Ellen, sobre teoría de la comunicación: 155-156n
 Migdal, Joel: 307
 Miliband, Ralph: 288
 Mill, John Stuart: 124, 361
 Millikan, Max: 298
 Millis, Harry Alvin: 390
 Mills, C. Wright: 278
 Mitchell, William: 47
 Modelski, George: 318
 modernización, aspectos de la: 298; bibliografía sobre: 311; convergencia y: 173; económica: 249; fases de la: 300; modelos de: 157; papel de los intelectuales en la: 301; partidos políticos y: 310; pluralismo y: 130; política: 300; teoría de la: 106, 108, 126, 128, 291, 306, 310; teorías lineales de: 300
 modernizadores vacilantes: 174
 Moe, Terry: 183
 monarquía autoritaria: 361
 monismo: 163, 229; anti: 272; vs. pluralismo: 159
 Montesquieu, Charles-Louis de Sécondat: 53, 55, 107, 286, 356; sobre cultura política: 198
 Moon, J. Donald: 88-89
 Moore, Barrington: 53; sobre el desarrollo: 126, 128, 309; sobre la corriente neomarxista: 333-334, 375; sobre la Unión Soviética: 114, 117, 130; triple enfoque de: 144; y los factores internacionales: 354
 Moore, Clement: 127n
 Morgan, J. P.: 418
 Morgenstern, Oskar: 96-97
 Morgenthau, Hans: 58
 Morris, Cynthia Taft: 320
 Mosca, Gaetano: 200
 movilización social, teoría de la: 73, 126, 298, 376; institucionalización y: 300
 muestreo, métodos de: 201
 multipartidismo, conflictual: 378
 Mundt, Robert J.: 73n; análisis de las crisis políticas: 188, 376
 Mussolini, Benito: 109

- Muth, Rodney: 403
Myrdal, Gunnar: 95
- nación, edificación de la: 302-303; Estado: 46, 54, 131, 333, 367, 381, 385; proliferación de Estados: 358
nacional-socialismo: 109
nacionalidad: 204, 212
nacionalismo: 110
Nagel, Ernest: 63, 77n-78n, 84n; sobre el poder: 81
Nathan, Andrew, estudios sobre China: 149-150n, 153
National Resources Planning Board: 338
National Science Foundation, financiamiento para investigación: 84
nazismo: 139, 175; auge del: 200
neocorporativismo: 157, 365, 378, 380; bibliografía sobre: 243
Nettl, J. P., y el concepto de Estado: 259, 264-265, 270, 288
Neubauer, Deane: 298, 304
Neumann, Franz: 58
New Deal: 132, 276, 338, 396
Newton, Isaac: 64
Nie, Norman: 70n, 125, 249n
Niemi, Richard G.: 71
Nixon, Richard: 211
noción de mecanismo, racionalidad y: 87
Nordlinger, Eric, y el concepto de Estado: 259, 266-268, 270, 278, 338
North, Douglass: 48, 183, 192
Noruega, democracia en: 187; formación de coaliciones: 188; grupos de interés en: 252
- Odegard, Peter H., sobre grupos de interés: 239-240, 291; y Bentley: 274
Odom, William: 135
O'Donnell, Guillermo: 325, 334
Offe, Claus: 254, 285, 288
Ogburn, William F.: 409, 424-425
Ogg, Frederick: 283
Oksenberg, Michael: 136, 147; estudios sobre China: 155
- oligarquía, ley de hierro de la: 54, 163; modernizante: 310
Olsen, Johan: 48
opinión pública: 68, 265, 277, 391, 411; bibliografía sobre: 41; en el comunismo: 137, 229; estudios sobre: 291, 355, 396
orden de picoteo: 103-104
Ordeshook, Peter C.: 87-89; sobre elección racional: 180-181
organismo, modelo de: 107
organización, teoría de la: 155, 157
Organski, A. F. K.: 300
Oriente, política en: 175
Orr, Robert: 109n
Orren, Gary: 213
Ostrogorski, Moissaye: 54, 287
- Packenham, Robert: 157n, 299, 318; críticas a la teoría de la dependencia: 320
padrinazgo: 149, 152-153; véase también patrón-cliente, relación
Pahl, Ray: 243
Paine, Thomas: 45
Países Bajos, corporativismo en: 254; democracia en: 187, 378-379; grupos de interés: 139
Pareto, Vilfredo: 53-55, 57-58, 257; y la ilustración: 176; y el realismo: 287
Park, Robert: 390, 425
Parker Follet, Mary, sobre el Estado: 131
parlamentos: 149, 264-265
Parrington, Vernon: 132
Parsons, Talcott: 177; sobre acción social: 176; sobre cultura política: 201; sobre modernización: 128, 299; y los teóricos del desarrollo: 306
participación: 41; electoral: 72; en la política soviética: 124; política: 207, 220, 330
partidos políticos: 263-265, 277, 289, 292, 382; bibliografía sobre: 287; burocráticos de masas: 54; competencia entre: 72, 310; descomposición del

- sistema de: 70; estudios sobre: 174, 355; estudios comparativos sobre: 337; grupos de interés y: 246, 250; modernización y: 310; negociación política entre: 379; pluralismo en los: 243; sistemas de: 54, 69, 317; surgimiento de los: 131
- Pateman, Carole: 220n; sobre cultura política: 202-203, 223; sobre participación y obligación: 41
- patrimonialismo: 333
- patrón-cliente, relación: 33, 157, 184, 329-330; en el comunismo: 108-109, 114, 116, 143, 147, 149-150, 153-154, 165-166, 331; informal: 152; oficial: 151; surgimiento de la: 148; universalidad del: 153; variedades en la: 151
- Payne, James: 160-161
- Peacock, Alan: 35, 367-368, 381-382
- Pearson, Karl: 58
- Pedro *el Grande*: 308
- Pelassy, Dominique: 337
- Perry, Helen Swick: 403
- persistencia histórico-cultural, modelo de: 128
- personalidad, autoritaria: 176; cultura y: 163, 176, 299, 389, 393, 397; democrática: 401; liderazgo y: 391
- Perú, estudios sobre la industria minera en: 327-328
- Petrocik, John R.: 70n
- Pierce, George W.: 65
- Pizzorno, Alessandro: 256-255
- Platón: 50, 53, 107; sobre cultura política: 196-198
- pluralismo: 33, 108, 115, 137, 140, 259, 330; autoritario: 245; bibliografía sobre: 248-250, 270-271, 285-286; burocrático: 138; clásico: 260, 262; competitivo: 245, 253; concepto de: 131; corporativo: 138, 245-247; definición de: 138; democracia y: 133; en el comunismo: 157, 165-168; estatal: 245; estatismo como alternativa al: 270; importancia del: 34; institucional: 138, 143; integral: 273; legitimidad del: 229; liberal: 45; limitado: 130; modelos empíricos de: 133; modernización y: 130; monismo vs.: 159; orígenes del: 255; soberanía y: 34; teóricos del: 273; totalismo: 136
- Plutarco: 197
- poder(es), bibliografía sobre el concepto de: 80; concentración del: 271, 363-366; definición de: 80-82; división de: 109; limitación del: 42; maximización del: 164; relaciones de: 44, 81-82; separación de: 45, 109, 286
- Polanyi, Michael: 99
- poliarquía: 261
- Polibio: 53
- política(o), administración pública y: 72; autonomía: 204, 230; burocrática: 108-109, 116, 144-148, 157, 166, 330; comparada con la guerra: 175; comparada con la religión: 175; comparativa: 85-86, 118; competencia: 173; comportamiento: 393; creatividad: 103; crisis: 376-378; crítica: 42; cultura: 33; cultural: 222; de consenso: 122; de gabinete: 167; definición de: 284, 396; democrática: 47, 171, 173, 267; desarrollo: 339, 356-357, 365; desigualdad: 249; desprestigio de la: 45; economía y: 319, 321, 334; estabilidad: 380; estructura: 214; explicación: 89, 104, 116; ideologización de la: 70; importancia de la: 371; imposibilidad de separar ciencia de: 43; leyes científicas de la: 54; liderazgo: 173-174; modelo biológico del sistema: 358; modernización: 300; movilización: 298, 319; personalidad y: 391; propiedades ontológicas de la: 67-74; psicología: 214, 391-392, 394; psiquiatría: 396; teoría: 107; tradición: 53; tratamiento conductista de la: 56
- política comparativa: 85-86, 118, 264, 266, 302, 309-310, 317, 320, 340; bibliografía sobre: 247, 305, 353; de-

- pendencia en: 248; economía política de la: 336; estudios sobre: 339; grupos de interés y: 252; productividad de la: 329-332; reduccionista: 381
- política doméstica, comunicación masiva y: 399; efectos de la guerra y el comercio en la: 359
- política internacional: 352; carácter circular en la: 358; comunicación masiva y: 399; desarrollo de Estados modernos y: 362; efectos de la política y el gobierno nacionales en: 354-356, 359, 363, 381, 396; investigación en: 85; relaciones de poder y: 44; uso de modelos en: 87; variabilidad de la: 384
- Pollock, sir Frederick, distinción entre ciencias naturales y morales: 54
- Pollock, James K.: 240-241
- Polonia, como experimento: 160; cultura política: 125, 209, 212, 221, 229-230, 232-235; experiencia comunista en: 128, 221; grupos de interés en: 137, 331; instituciones políticas: 363; opinión pública en: 137; pluralismo en: 138; pluralismo autoritario en: 245; sindicato Solidaridad: 233
- Polsby, Nelson W.: 71n, 88n, 90n, 112n, 115n, 141n, 172n, 248n, 291
- Pool, Ithiel: 276, 278, 355, 399
- Popkin, Samuel: 48, 192; sobre desarrollo en el Tercer Mundo: 183; sobre elección racional: 204, 304
- Popper, Karl: 32, 78, 80, 97; metáforas de: 63-67, 83, 99; sobre el control: 92
- populismo: 45, 365
- Portugal, autoritarismo en: 139
- positivismo, lógico: 100
- Potter, William: 121, 146
- Poulantzas, Nicholas: 285, 288
- Powell, G. Bingham: 120, 135, 249n, 250n, 337, 365n; influencia de: 118; sobre cultura política: 214
- Pravda, Alex: 137
- predicción: 34; del comportamiento de coalición: 88n; economía y: 97-98; explicación y: 78, 161
- presidencia imperial: 338
- President's Committee on Administrative Management: 338
- Prewitt, Kenneth: 249n
- primer intento, escuela del: 50
- profesionalismo, del servicio público: 412; en ciencias políticas: 46; anti, de la izquierda dura: 50-52; de la derecha dura: 46; impugnación del: 46; objetivo: 52; vías hacia el: 52
- progreso, modelo de: 107
- propaganda: 398, 411-412; teoría de la: 396
- protestantismo: 192
- Proudhon, Jean-Pierre: 284
- Prusia oriental, estudio sobre el campesinado: 58; monarquía: 362
- Przeworski, Adam: 75-76n, 160, 337
- psicología: 91; cognoscitiva: 48; críticas a la: 97; experimental: 94; antropológica: 201; fracasos de la: 98; *naïve*: 93; nomológica: 95; política: 114, 391-392, 394; reduccionismo en: 93; social: 93-95, 176-177, 201
- psiquiatría política: 396
- Putnam, Robert, sobre burocracia: 284, 292; sobre cultura política: 202, 335
- Pye, Dorothy: 423
- Pye, Lucian: 113, 136; contribución religiosa asiática: 210; creación de modelos: 331; enfoque de elección racional: 191; estudios sobre China: 147, 151; investigación sobre el Tercer Mundo: 297, 302, 307; sobre cultura política: 202, 210; variedades patrón-cliente: 151-152, 154; sobre factores psicológicos: 299; y las comunicaciones en el desarrollo: 301
- Quine, W. V. O.: 99
- racional-tecnocrática, tendencia: 144
- racionalismo, burocrático: 127; instru-

- mental: 144; noción de mecanismo y: 87; objetivo: 190-191; papel del: 181; socrático: 50
- Ranke, Leopold von: 357
- Ranney, Austin: 213, 283
- Rasler, Karen: 368
- Rattigan, Terence: 39
- Ray, P. Orman: 283
- Reagan, Ronald: 164, 206
- realismo: 287; corroboración del: 179; del interés racional: 180-182; sustancial: 178; total: 179
- reclutamiento, de la dirigencia: 154; y formación de funcionarios: 301, 304, 367
- redes, de influencias: 151; personales: 152; políticas: 151
- redes de problemas: 130, 142, 157, 162, 165, 167, 331; concepto de: 143; densas: 150; ralas: 150; teoría antropológica de: 150
- Redfield, Robert: 390
- reduccionismo, críticas al: 266; de clase: 159; en política comparativa: 381; pluralista: 292
- regulación: 391; orígenes de la: 279
- regularidad, postulada: 88; propositiva: 181
- Reik, Theodore: 392
- relaciones internacionales, véase política internacional relativismo cultural: 308; moral: 50
- religión: 204, 212; comparada con la política: 175; comparativa: 58; ética económica de la: 58, 192, 209; sociología de la: 333
- reloj, modelos de: 78, 82
- Remington, Thomas F.: 106n, 115n, 124n
- revisionismo pluralista: 261
- revolución, agrícola: 68; bolchevique: 73; científica: 49, 176-178, 329; conductual: 159, 290; industrial: 68, 199; newtoniana: 64; proletaria: 314; social: 374-375
- Ricci, David: 44-45, 52
- Richardson, John M.: 86-87
- riesgo, aversión al: 184
- Rigby, T. H.: 120, 145, 152-153; análisis patrón-cliente: 330; críticas a los grupos de interés: 330-331; sobre reclutamiento: 154; y los estudios sobre comunismo: 330-331
- Riggs, Fred: 242, 300, 304
- Riker, William: 47, 89; sobre administración: 182; sobre elección racional: 178, 190; sobre la cuantificación: 85; sobre la teoría de coaliciones: 87-88, 177, 180, 185-191; sobre realismo: 180-181
- Roberts, Mark J.: 91n, 96
- Rochester, escuela de: 47, 183
- Rockefeller, John D.: 418-419
- Rockefeller, Laura Spellman: 414
- Rodnick, David: 203
- Rogow, Arnold: 403
- Rogowski, Ronald: 204, 220n, 223
- Rokkan, Stein: 53; sobre corporativismo: 139, 245; sobre grupos de interés: 139, 246
- Roma, organización militar: 361
- Rosberg, Carl G.: 330
- Roscher, Wilhelm: 356
- Rose, Richard: 335
- Roselle, Laura: 32, 106n
- Rosenau, James: 318
- Rosenwald, Julius: 411
- Ross, Lee: 93-94n
- Rostow, Walt W., y los estudios sobre el Tercer Mundo: 298, 306
- Roth, Gunther: 299, 304, 333
- Rousseau, Jean-Jacques: 53, 107; sobre cultura política: 198
- Rubenstein, Robert: 401-402
- Rubinson, Richard: 51
- Rudner, Richard S.: 84n
- Rueschemeyer, Dietrich: 259, 269; sobre el Estado: 285, 288-289, 338
- Rumania, cultura política: 125; experiencia comunista en: 128

- Rusia, Constitución: 361; economía: 375; ejército: 375; industrialización: 371; instituciones políticas: 363; Revolución: 334, 374-375, 377, 382, 384; *véase también* Unión Soviética
- Russett, Bruce: 51, 322-323, 328
- Rustow, Dankwart: 297, 300-301
- Rutherford, M. Louise: 240
- Sabel, Charles, sobre grupos de interés: 254-255
- Sabine, George, sobre el Estado: 262, 264-265, 271
- saltos cuánticos, modelos de: 65
- Salvati, Michele: 256
- Sanford, Nevitt: 177, 201, 393
- Sapin, Burton: 355
- Sapir, Edward: 393, 395, 397-398, 403
- Sartori, Giovanni: 32, 53, 106n-107n, 337; y la deformación de conceptos: 331
- Scarrow, Howard A.: 75
- Schaffner, Bertram: 203
- Schapiro, Leonard: 111n, 115
- Schattschneider, Elmer: 132; estudios sobre los Estados Unidos: 174; estudios sobre grupos de interés: 240; pluralismo de: 132; y los conflictos entre grupos de presión: 276-277
- Scheuch, Irwin: 202
- Schlozman, Kay L.: 249n
- Schmidt, Steffan: 148, 330
- Schmitter, Philippe: 381; estudios sobre democracia: 334; investigación sobre grupos de interés: 134, 244-245, 252, 255, 291; sobre corporativismo-pluralismo: 139n-141, 244-245, 254, 256-258; sobre neocorporativismo: 243, 336, 378
- Schneider, William: 205, 284
- Schofield, Norman, sobre coaliciones: 188
- Scholten, Ilja: 380
- Schuman, Fred: 407-408
- Schumpeter, Joseph, metáfora mercantil: 173; sobre democracia: 174; sobre liderazgo político: 173
- Schwartz, Joel: 136
- Scott, James, sobre el clientismo: 148-149, 329
- Sears, David O.: 71n
- Secord, P. F.: 92n
- Scott, Andrew: 318
- Seeley-Hintze, ley: 366; puesta a prueba de la: 359-363; y el consociacionalismo: 365, 379; y el corporativismo democrático: 364
- Seeley, John Robert: 35, 54-55, 379-381; metáfora de: 370; y el contexto internacional: 355; y el desarrollo de las ciencias políticas: 356
- Seers, Dudley: 371
- Seideman, Raymond: 45-46, 52
- Selcher, Wayne: 157n
- Selvik, Arne, y los sistemas corporativistas: 256
- separatismo: 215
- Shakhnazarov, Georgi: 159, 222
- Shapiro, Ian: 190
- Shepsle, Kenneth: 178
- Shils, Edward: 176-177, 299-300, 310, 410, 422
- Simon, Herbert: 48, 80; en Chicago: 423; sobre elección racional: 190
- sindicalismo: 244-245, 249; autonomía: 272; centralización del: 257; corporativismo y: 257; surgimiento del: 131; unidad del: 257
- Singapur, distribución del ingreso: 323
- sistema electoral: 54; estudios sobre: 291
- sistemas, teoría de los: 116, 118; políticos: 263
- Skilling, H. Gordon, estudios sobre el comunismo: 134, 330-331; influencia de: 118; sobre corporativismo: 143; sobre grupos de interés: 134-135
- Sklar, Richard: 297
- Skocpol, Theda: 35, 333, 381; enfoque estatista de: 269-270; sobre el desarrollo: 352; sobre el Estado: 259, 263-264, 282, 287, 290, 338, 382-383; sobre el marxismo: 285, 288, 334; sobre

- revoluciones sociales: 374-375; y la postura centrada del Estado: 285, 289, 373
 Skowronek, Stephen: 289
 Slater, Philip: 43
 Small, Albion W.: 390
 Smith, Adam, metáfora de la mano invisible: 173
 Smith, Bruce L.: 396, 403, 421
 Smith, David Orton, 300; efectos de la educación: 234; sobre movilización social: 126
 Smith, Peter: 310
 Smith, T. V.: 171
 Smith, Tony: 307, 320, 353
 Snidal, Duncan: 51
 Snyder, Richard: 355
 soberanía, concepto de: 262, 271; del Estado: 260, 271-272; pluralismo y: 34; popular: 129, 159; surgimiento de la: 131; teoría de la: 131, 239; teóricos clásicos de la: 260
 Social Science Research Council: 259, 268, 301, 305, 325
 socialismo: 42, 44; descentralizado: 232; etnicismo y: 224; igualitario: 233; moderado: 46; teoría del: 50-51
 socialización política: 122, 196, 198, 207; cambios en la: 212; comunista: 228, 233; concepto de: 222; importancia de la: 197; leninista: 223, 225; marxista: 225; principales agentes de: 225; procesos de: 124-125; teoría de la: 71, 203; variables de la: 210
 sociedad, de mando: 145; estructura social y demográfica de la: 71, 354, 389; interacción gobierno: 243, 262; relación Estado: 268, 281
 sociología: 201, 240; convencional: 353; de la religión: 333; histórica: 418; paradigma dominante en la: 354; política: 284, 330, 418; tradición en: 53
 Solomon, Peter, sobre sistema judicial soviético: 136
 Sosa, Ernest: 79n
 Speier, Hans: 58
 Spengler, Oswald: 107, 209
 Springborg, Robert: 330
 Sprout, Harold y Margaret: 68n
 Stalin, José: 110-112, 114
 Steinbruner, John D.: 121n, 146
 Stepan, Alfred, concepto de Estado: 259, 265-266, 270; estudios sobre grupos de interés en A. L.: 134; estudios sobre democracia: 334; sobre el corporativismo: 141
 Stouffer, Samuel: 176, 399
 Strauch, Ralph E.: 85n
 Strauss, Leo: 41, 53, 58; discípulos de: 49
 Strom, Kaare, sobre gobiernos minoritarios: 187
 Suecia: 366; actitudes políticas en: 213; crisis económica: 372; democracia en: 187; grupos de interés: 242; grupos de presión: 382; partidos políticos: 382
 sufragio: 41, 277; universal: 216
 Suiza, concurrencia electoral: 391; democracia: 378-379
 Suleiman, Ezra: 292
 Sullivan, Harry Stack: 393, 395, 397-398, 403
 Sutton, Francis X.: 300, 304
 Swan, Abram de: 88n; sobre coaliciones: 186
 Sylvan, David: 51, 322
 Tailandia, patrones de comunicación: 301; distribución del ingreso: 323
 Taiwan, cultura política en: 216; democratización en: 364; distribución del ingreso: 323
 Talmon, J. L.: 111n
 Tanter, Raymond: 78n
 Tarschys, Daniel: 120
 teoría social, desarrollo de la: 199
 teoría y praxis, unidad de la: 43
 Tercer Mundo: 32; autoritarismo: 364; comercio: 323; comunicación en el: 301; creación de Estados en el: 303-

- 304, 317; cultura política en el: 216; democracia: 34, 122, 304, 309-310, 364; desarrollo del: 48, 86, 301, 311, 315, 318, 332-333, 352; desarrollo político del: 310; estudios sobre desarrollo en el: 297-300, 302, 320, 329; grupos de interés: 302; imposiciones del capitalismo al: 352; intercambio cultural del: 323; modernización del: 297, 306, 309; partidos políticos: 302, 310; perspectivas para el: 298; política campesina: 191; populismo: 364; proceso histórico: 48; regímenes militares en el: 270; relación patrón-cliente: 148, 329; represión en el: 316; sistemas de partidos: 302; socialización política: 125; subdesarrollo en el: 381; teóricos del desarrollo del: 183-184; *véase también* los distintos países
- Teune, Henry: 75-76n, 160, 337
- Therborn, Goran: 43, 288
- Thomas, W. I.: 390
- Thompson, William R.: 319, 368
- Thorndike, E. L.: 201
- Tilly, Charles: 35, 334, 381-382; perspectivas de edificación de Estados en el Tercer Mundo: 303; sobre entorno internacional: 129; y la cadena de causalidad: 367; y los factores internacionales: 318, 354; y la formación de Estados: 365-367
- Tocqueville, Alexis de: 53, 57, 240n, 249, 255; concepto de Estado: 264; y la cultura política: 199; y la democracia: 198
- Toennies, Ferdinand: 299
- toma de decisiones: 33, 41, 67, 108-109, 157, 164, 375, 400, 402; bibliografía sobre: 121; colectiva: 180; en el comunismo: 116-120, 143, 146, 149-150, 154-155, 165; en el gobierno: 269; en política exterior: 355; enfoque prescriptivo en la: 121; fases de la: 121; políticas: 183
- totalitarismo: 33, 108, 144, 163-164, 168; características del: 110-111; fracaso del: 113; terror como rasgo del: 112; utilidad del: 115, 157; variantes del, moderno: 111
- Toulmin, Stephen: 99
- Towsend, James R.: 112, 115; sobre China: 118
- Toynbee, Arnold: 107
- trabajo, división del: 128, 251
- tradicionalismo, neo: 164
- Tratado de Versalles: 354, 364
- Tratado de Westfalia: 262
- triángulos de hierro: 142, 261, 331
- Triska, Jan: 127n, 137, 230n, 233n, 330; sobre modernización: 126
- Trotsky, Leon: 144
- Truman, David: 39, 45, 249n; estudios sobre grupos de interés: 240-241, 247-248, 251; modelo consensual-pluralista: 132-133; polémicas conductuales: 75; sobre el Estado: 261, 273; sobre la institución gubernamental: 338; teoría del poder en los Estados Unidos: 274-276
- Tsuji Tang: 242
- Tucker, Robert, sobre cultura política: 123, 202, 204, 214
- Tufte, Edward R.: 85n-86n
- Tufts, James: 390
- Tukey, John: 86
- Tulloch, Gordon: 47, 177; sobre administración: 182; sobre elección racional: 178-180, 190
- Turquía, desarrollo en: 301, 308; patrones de comunicación: 301
- Turner, John E.: 87n, 132, 300, 337
- Ulam, Adam: 117, 283
- Uledov, A. K.: 229
- Ullman, Richard: 78n
- Unión Soviética, administración pública: 146; burocracia: 144-146; camarillismo: 114; ciencias sociales en la: 221; como experimento: 160; comparada con Europa occidental: 145; co-

- municación en: 155-156; concentración del poder en: 365; concepto de nación-Estado: 333; conformación del Estado: 117; control sobre Europa del Este: 364, 369; corporativismo en la: 140-141, 168; cultura política en: 124, 212, 221, 226-227, 229, 231-232; desarrollo en la: 129; economía: 140; estudios sobre la: 106, 111, 113, 115, 118-119; faccionalismo: 114; grupos de interés: 108, 134, 137, 331; industrialización: 144; opinión pública en la: 137, 229; participación popular: 124; partido comunista: 120, 226; pluralismo en: 168; política: 163-164, 166-167, 202, 330, 353; política educativa: 136; política exterior: 121, 146, 167; redes de problemas: 167; relación patrón-cliente: 114, 152, 154; toma de decisiones: 143, 145-146, 165
- Universidad de Chicago, Departamento de Ciencias Sociales: 394; escuela conductual de la: 35, 45, 57, 420; programas de investigación: 56; y Laswell: 390-392, 394-397, 408
- Universidad de Yale, escuela de Derecho: 396, 399
- urbanización: 126-127
- Uruguay, autoritarismo en: 329
- utilidades, modelo de maximización de: 48
- Valenzuela, Arturo: 307
- Valenzuela, Samuel: 307
- Vardenburg, Arthur: 172
- variables internacionales: 321
- Verba, Sidney: 70n, 125, 220n, 249n, 302, 337; sobre activismo político: 228n; sobre cultura política: 205; sobre la influencia de los medios masivos de comunicación: 213; y el enfoque de crisis y secuencia: 303; y la encuesta sobre actitudes políticas: 335; y los factores psicológicos: 299; y las instituciones como factores: 300
- Vieg, John: 424
- Vietnam, cultura política en: 229; estudios sobre el campesinado de: 183-185; guerra de: 206, 211, 304-305, 311
- Viner, Jacob: 390
- Virginia, escuela de: 47, 183
- virtud cívica, deterioro de la: 50
- Vlasic, Ivan A.: 400
- Wagner, Adolph: 47, 190; Ley de: 368
- Wallas, Graham: 287; sobre cultura política: 201; sobre racionalidad de masas: 200
- Wallerstein, Immanuel: 333-334, 381
- Waltz, Kenneth: 355
- Walzer, Michael, sobre justicia y obligación: 41
- Ward, Robert: 297, 301, 331
- Watergate: 206, 311
- Watkins, Frederick, sobre el Estado: 259, 262, 264-265, 271
- Weber, Max: 49, 53-54, 176, 333, 361; enfoque estatista: 288; influencia de: 192, 289, 306, 333; racionalismo instrumental: 144; sobre capitalismo: 176; sobre ciencias exactas: 57; sobre cultura política: 201, 209; sobre el futuro de la democracia: 310; sobre la sujeción a las leyes: 55; sobre modernización: 128, 299; tradición europea en: 299; y Hintze: 288; y la causalidad: 284; y el realismo: 287
- Weiner, M.: 283; estudios sobre el Tercer Mundo: 297; sobre grupos de interés en la India: 242, 251; sobre grupos políticos en el desarrollo: 302, 310
- Weingast, Barry: 190
- Weir, Margaret: 289
- Welsh, W., estudios sobre Hungría: 156
- Whigman, Gordon: 234n
- White, Leonard D.: 292, 407-408, 414, 418, 422-423
- White, Lynn T.: 353n
- White, Stephen: 219n, 227n; enfoque estructural de sistemas: 119; sobre cul-

- tura política: 123-124, 202, 204, 208, 214, 221, 330
- White, William Alanson: 397
- Whitfield, Stephen J.: 115n, 228n
- Wiatr, Jerzy: 204
- Wildavsky, Aaron: 120n, 191, 202
- Wilensky, Harold: 244-245
- Willard, Andrew R.: 403
- Willerton, J., sobre política soviética: 152
- Wilson, James Q.: 261, 279
- Wilson, Woodrow: 287, 354, 356, 411
- Winkler, Jack: 243
- Wirth, Louis: 390, 425
- Wiseman, Jack: 35, 367-368, 381-382
- Wolfe, Belram D.: 111n
- Wolfe, Robert: 369
- Womack, John: 40-41, 160-162
- Wood, Gordon: 50
- Wootton, Graham: 242
- Wriggins, Howard: 332
- Wright, Chester: 390
- Wright, Georg Henrik von: 79n, 84n
- Wright, Quincy: 407-408
- Young, Crawford: 297
- Young, Oran: 78n, 87
- Yugoslavia, clientismo en: 154; corporativismo en: 141-142, 168; cultura política en: 221, 225, 229-232; experiencia comunista en: 128, 221; grupos de interés: 242; pluralismo autoritario en: 245; socialismo democrático en: 230-231
- Zapata, Emiliano: 40-41, 161
- Zeller, Belle: 240
- Zimmerman, William: 143
- Zolberg, Aristide: 297

ACERCA DEL AUTOR

Gabriel A. Almond nació el 12 de enero de 1911 en Rock Island, Illinois. Obtuvo sus grados de bachillerato y doctorado en la universidad de Chicago, el primero en 1932 y el segundo en 1938. Impartió cátedra en el Colegio de Brooklyn, en las universidades de Princeton y Yale, así como en la de Stanford, de la que es actualmente profesor emérito. También fungió como profesor invitado en las universidades de Tokyo en Japón, Cambridge en Inglaterra, Minas Geraes en Brasil, así como en la universidad estatal de Kiev, en la URSS. Es autor o coautor de *The American People and Foreign Policy*, *The Appeals of Communism*, *The Politics of the Developing Areas*, *The Civic Culture*, *Political Development*, *Crisis, Choice, and Change*, *The Civic Culture Revisted*, y otros libros y artículos sobre opinión pública, política comparativa, desarrollo político y teoría política. También fungió como presidente del Committee on Comparative Politics of the Social Science Research Council (1954-1963), y como presidente de la American Political Science Association (1965-1966). Es miembro de la National Academy of Sciences, de la American Philosophical Society, y de la American Academy of Arts and Sciences. En 1981, recibió el Premio James Madison de la American Political Science Association.

ÍNDICE GENERAL

<i>Estudio introductorio</i>	7
Recogiendo pinceladas de historia y un punto de encuentro	7
Arreglo editorial	10
Canon expositivo	13
Revelaciones temáticas sobre la ciencia política	14
Un acercamiento a la política comparada, 14; Escritorios dispersos en la ciencia política como disciplina, 17; Estudio comentado sobre la teoría de la cultura política, 19; La teoría de la elección racional como camisa de fuerza para la ciencia política, 21; Memoria profesional: Estudios sobre las corrientes de los grupos de interés, 24; estudios sobre el desarrollo, 25	
Línea final	29
<i>Prefacio</i>	21

Primera Parte

LA POLÍTICA COMO CIENCIA

I. <i>Mesas separadas: Escuelas y corrientes en las ciencias políticas</i>	39
La izquierda blanda	42
La derecha dura	46
La derecha blanda	49
La izquierda dura	50
Una reseña de nuestra historia profesional	51
Bibliografía	59
II. <i>Nubes, relojes y el estudio de la política</i>	63
Las metáforas de Popper	63
Propiedades ontológicas de la política	67

El modelo del reloj en la ciencia política	74
La adopción del modelo del reloj y su efecto en la investigación política y la pedagogía	83
Reflexiones acerca de la psicología y la economía	91
Implicaciones	100
 III. <i>El ajuste de modelos en los estudios sobre el comunismo</i>	106
El modelo totalitario	109
Teorías y marcos de referencia heurísticos	116
Funcionalismo estructural y teoría de las decisiones	117
La cultura política	121
El modelo de desarrollo	126
Los modelos pluralistas	130
El modelo de los grupos de interés en los estudios sobre el comunismo	134
El corporativismo	138
Redes de problemas y comunidades de políticas	142
La política burocrática	144
Las relaciones patrón-cliente	147
Otros modelos	155
Conclusiones	157
 IV. <i>La teoría de la elección racional y las ciencias sociales</i>	170
Prehistoria de la teoría de la elección racional	170
La teoría de la elección racional como revolución científica	176
Esencia de la teoría de la elección racional	178
Teóricos periféricos de la elección racional	183
El caso de la teoría de las coaliciones de Riker	185
Para concluir	191
Referencias bibliográficas	193
 V. <i>El estudio de la cultura política</i>	196
Prehistoria de la teoría de la cultura política	196
La Ilustración, el liberalismo y el marxismo	199
El surgimiento de la investigación moderna en materia de cultura política	200
Críticas a la teoría de la cultura política	203

Persistencia y cambio en la cultura política	205
Estado actual de la teoría de la cultura política	210
Un enfoque de la cultura política basado en sistemas, procesos y estrategias de gobierno	214
Referencias bibliográficas	216
 VI. <i>El comunismo y la teoría de la cultura política</i>	219
Una prueba de la teoría de la cultura política	219
La teoría de la cultura política en el marxismo y leninismo	221
La cultura política en la realidad comunista	225
La cultura política en Yugoslavia y Cuba	230
Los casos de Polonia, Hungría y Checoslovaquia	232

Segunda Parte

GENERACIONES Y MEMORIA PROFESIONAL

VII. <i>Pluralismo, corporativismo y memoria profesional</i>	239
 VIII. <i>El retorno al Estado</i>	259
Argumentos en favor de un retorno al Estado	259
El pluralismo como teoría y tema de investigación empírica	268
Nota sobre el marxismo y el funcionalismo estructural	285
Definiciones neoestatistas del Estado	286
Reflexiones conclusivas	291
Referencias bibliográficas	293
 IX. <i>El desarrollo del desarrollo político</i>	297
Estudios sobre el desarrollo	297
Trabajos pertinentes al desarrollo político	301
La investigación acerca del desarrollo como ideología	304
El movimiento de la dependencia	310
La dependencia como agenda de investigación, 315	
La productividad de la política comparativa en general	329
(1) Estudios acerca de la economía política, 332; (2) Estudios comparativos sobre historia política, 332; (3) Investigación ba-	

sada en encuestas comparativas, 335; (4) Estudios comparativos sobre administración pública, 335; (5) Estudios económicos, 336; (6) Estudios comparativos sobre grupos de interés y neocorporativismo, 336; (7) Estudios comparativos sobre partidos políticos, 337; (8) Metodología, 337	
Referencias bibliográficas	340
 X. <i>El vínculo nacional-internacional</i>	352
La ley de Seeley-Hintze	359
El ámbito de la seguridad internacional en la investigación del desarrollo político	365
La guerra y la constitución del Estado, 365; La guerra y el gasto público, 367; Las guerras y las ocupaciones, 369	
La economía internacional y el desarrollo político nacional	370
El momento de la industrialización, 370; Las crisis económicas internacionales y la política nacional, 371	
Influencias internacionales en la estabilidad política interna	374
Las revoluciones sociales, 374; Las crisis políticas, 376; Conso-ciacionalismo y corporativismo democrático, 378	
Conclusiones	381

APÉNDICES

Apéndice A. <i>Harold D. Lasswell: Una memoria biográfica</i> . . .	389
Selección bibliográfica	403
Apéndice B. <i>Los días de Chicago</i>	407
 <i>Índice analítico y de nombres</i>	427
 <i>Acerca del autor</i>	455

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de junio de 2001 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares.